
El santo al cielo
Carlos Ortega Vilas

El santo al cielo

Editorial Dos Bigotes

El santo al cielo

Carlos Ortega Vilas



Primera edición: noviembre de 2016

Publicado por Dos Bigotes, A.C.
www.dosbigotes.es
info@dosbigotes.es

ISBN: 978-84-946183-1-4
Impreso por Solana e hijos Artes Gráficas, S.A.U.
www.graficassolana.es

Diseño de colección:
Raúl Lázaro
www.escueladecebras.com

Apóstolos, va por ti.

En memoria de Vicente Vilas.

La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión

Índice de contenido

Primera parte
Martes, 5 de diciembre
I
Viernes, 3 de noviembre
II
Miércoles, 6 de diciembre
III
Viernes, 3 de noviembre
IV
Miércoles, 6 de diciembre
V
Viernes, 3 de noviembre
VI
Jueves, 7 de diciembre
VII
Viernes, 3 de noviembre
VIII
Jueves, 7 de diciembre
IX
Viernes, 3 de noviembre
X
Jueves, 7 de diciembre
XI
Sábado, 4 de noviembre
XII
Jueves, 7 de diciembre
XIII
Segunda parte
Viernes, 8 de diciembre
XIV
XV
XVI
XVII
Sábado, 9 de diciembre
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV

XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
Lunes, 11 de diciembre
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
Martes, 12 de diciembre
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
Miércoles, 13 de diciembre
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
Tercera parte
LVIII
Jueves, 14 de diciembre
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
Viernes, 15 de diciembre

LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
Cuarta parte
LXXIII
LXXIV
Sábado, 16 de diciembre
LXXV
LXXVI
LXXVII
LXXVIII
LXXIX
Domingo, 17 de diciembre
LXXX
LXXXI
LXXXII
Lunes, 18 de diciembre
LXXXIII
Martes, 19 de diciembre
LXXXIV
LXXXV
LXXXVI
LXXXVII
Miércoles, 20 de diciembre
LXXXVIII
LXXXIX
XC
XCI
XCII
XCIII
XCIV
Jueves, 21 de diciembre
XCV
XCVI
Viernes, 22 de diciembre
XCVII
XCVIII
XCIX
Jueves, 28 de diciembre
C

Epílogo
Jueves, 14 de octubre de 2004
Agradecimientos

Primera parte

Martes, 5 de diciembre

I

La escena es siempre idéntica. Puede que, en ocasiones como esta, el hedor resulte casi insoportable, incluso para los olfatos más curtidos. Conviene transigir y aceptarlo desde el primer embate, pues forma parte de la rutina. Una rutina —la de la muerte— con sutiles alteraciones que, sin embargo, se repite con monótona exactitud.

Aldo miró a su alrededor tratando de abarcar el conjunto. La habitación tendría unos treinta metros cuadrados. Se fijó en el capitoné dorado de la puerta, desprendido en parte a la altura del cerrojo hecho trizas. Un anacronismo a juego con el papel pintado de las paredes: motivos florales en tonos imposibles —naranja, púrpura, marrón—. Le sorprendió la pulcra austeridad del salón, a pesar del capitoné y del papel pintado. Un perchero blanco con un brazo roto. Una estantería de mimbre coronada por dos payasos y un elefante de cristal de Murano. Al fondo, en el lado izquierdo, un pasillo sin puerta. En el techo, un único plafón, redondo, corriente, de un blanco lechoso. Dos radiadores bajo sendas ventanas —doble acristalamiento—, sin persianas ni cortinas. En el lado opuesto, contra la pared, una mesa de comedor abatible, de madera de pino, y una sola silla. En el centro, un televisor Philips de los años ochenta sobre una mesita barata de IKEA. Frente al televisor, un sofá de polipiel, color cereza. Y en el sofá, el origen de aquel olor.

Aldo se volvió hacia el joven rubio que aguardaba junto al cadáver. Le hizo gracia la expresión de su cara, tan seria y compungida. ¿O era que estaba aguantando la respiración?

—Puede ponerle otra vez el cartucho en la cabeza. —Aldo se quitó la mascarilla. Abortó un acceso de náusea—. A propósito, ¿qué día es hoy?

—Eh…, cinco de diciembre, señor —contestó él, restituyendo con aprensión la bolsa de papel a su lugar.

—Cinco de diciembre. Día de san Sabas.

—¿Señor? —El joven se echó hacia atrás el flequillo. Miró al inspector, desconcertado.

—Sabas…, patriarca de la Iglesia serbia. Hijo de san Simeón, de quien escribió una Vida de san Simeón, un príncipe serbio que abdicó en el siglo XII, si no recuerdo mal, para dedicarse a la

oración y, muy probablemente, a las intrigas políticas desde la sombra. También fundó un monasterio en el Monte Athos. ¿Sabe dónde queda eso, agente?

—Teniente, señor.

—¿Cómo dice?

—Soy teniente. Y no, no sé dónde queda eso…

—En la península Calcídica, al norte de Grecia. Disculpe, no pretendía ofenderle. ¿Quién era?

—¿Quién era quién, señor? ¿San Blas?

—Sabas, teniente. Me refería a este otro. —Aldo señaló la protuberancia negruzca que parecía brotar del mismo sofá—. ¿Le han tomado las huellas?

—Lo intentamos. El forense cree que tiene las yemas abrasadas.

—Entiendo. —Aldo hizo un mohín de disgusto. Volvió a colocarse la mascarilla. El teniente lo imitó, aliviado—. No alarguemos demasiado la conversación, este sitio apesta. ¿Algo más que deba saber?

—Pues… en la exploración ocular no hemos detectado señales de violencia ni indicios de allanamiento. Las ventanas estaban cerradas desde el interior; la puerta de la calle tenía el cerrojo echado; la llave, en la cerradura. Los bomberos tuvieron que forzarla. Aparentemente, nadie ha entrado ni salido de esta casa, salvo el occiso…

—No me diga que el occiso hace esas cosas… ¿Quién es, Lázaro?

—¿Disculpe?

—Olvídelo, bromeaba. Continúe.

—La nevera estaba abierta. Parte del hedor proviene de la cocina. Lo más curioso es que en un primer examen no han aparecido huellas. De ninguna clase. Como si hubieran limpiado el lugar a conciencia…

—Intencionadamente, se refiere.

—Eso parece, al menos.

—Ya. Y ahora me dirá que tiene algo para mí, porque de no ser así me voy a sentir estafado, entre otras muchas cosas.

—¿Cómo, no le han informado? —dijo el teniente.

—No se ponga solemne. Solo dígame qué hago aquí en mi día libre.

—Disculpe, creí que ya lo sabía. Verá…, el tipo se llamaba… Orion Dauber. Llevaba unos cuatro meses en el piso. La casera dice que lo vio una sola vez, cuando le cobró el alquiler. Por lo visto insistió en pagarle seis por adelantado…

—No me lo diga: en mano.

—Y sin factura. La señora extravió el contrato, o eso nos quiere hacer creer. Lo único que pudo darnos fue un anexo, el típico listado de enseres. Por suerte está firmado. De momento no tenemos ninguna otra cosa que nos ayude a verificar su identidad: ni pasaporte ni tarjetas de crédito ni contrato de línea telefónica… Lo que sí hemos encontrado es dinero, en efectivo. Unos doce mil euros desperdigados por el apartamento, más otros mil quinientos en billetes de cien dentro de su cartera.

—Todo eso está de fábula, créame —le interrumpió Aldo—, pero sigo sin entender qué pinto yo en este entierro.

—A eso voy, señor. Bajo un zócalo suelto de la cocina descubrimos también dos tarjetas bancarias, un DNI y un pasaporte caducado…

—Que obviamente no son de Dauber —apostilló Aldo—. ¿Y bien?, le agradecería que me lo contara todo de un tirón.

—Eh…, en efecto, los documentos no pertenecen a Dauber, sino a Rubén Manzanares Ruiz…

—Desaparecido el veintinueve de octubre, día de san Saturnino de Tolosa, obispo y mártir. Tocado. Podría haber empezado por ahí, teniente. ¿Alguna pista del chaval?

—De momento, no.

—Ya veo. Así que, dejando de lado la declaración de la casera, no han encontrado nada que corrobore la identidad del tal Dauber…

—Ninguna prueba física. Tampoco lo tenemos registrado en nuestra base de datos ni en Extranjería. El nombre parece húngaro, pero el apellido podría ser británico…

—O sueco, ¿qué más da? Probablemente sea falso. La cuestión es qué hacen aquí los documentos de Manzanares.

—Eh…, sí. Eso quería decirle: habrá que esperar a las pruebas de laboratorio y al dictamen del forense, pero según la descripción que hizo la casera de Dauber antes de…, bueno, antes de descomponerse, él y Manzanares podrían ser el mismo hombre. El retrato robot guarda mucha semejanza.

—El retrato robot tiene la fiabilidad de un Picasso, teniente. ¿Han interrogado ya a los vecinos?

—No vive nadie más en el edificio. La dueña andaba en tratos con una constructora. Pensaban demolerlo.

—Tanto peor. ¿Y el forense?

—Salió a tomar un café con el secretario judicial.

—Estupendo. ¿Sabe qué piensa él de todo esto?

—Que habrá que esperar a la autopsia, pero en el primer

examen no encontró indicios de muerte violenta. De todos modos, la calefacción y la humedad han acelerado mucho el proceso de corrupción. Como le decía, la nevera estaba abierta. Las bacterias proliferaron e invadieron el apartamento en un santiamén, así que…

—Sí, sí, eso lo he entendido —dijo Aldo—. En fin, teniente, ¿algo más que deba saber?

—Por el momento es todo, señor…

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Orion Dauber.

—No. El muerto no. Usted.

—Mataró. Julio Mataró. —El inspector apuntó algo en una libretita.

—Encantado. Yo soy Aldo Monteiro.

—Lo sé.

—Ya, bueno. Es que a veces olvido presentarme, y está feo. Supongo que le han asignado a usted para coordinar el caso…

—Así es, señor.

—Estoy autorizado a solicitar un enlace con el Servicio de Información para que me ayude en la investigación del caso Manzanares, no sé si está al tanto… Espero contar con usted.

—Eh…, si en Jefatura están de acuerdo…

—Lo estarán —dijo, quitándose los guantes de látex—. Bien, ya lo celebraremos otro día, en un sitio con mejor ambiente.

Aldo le tendió la mano. Julio se la estrechó, un poco cohibido.

—Avíseme cuando los bichos canten.

—¿Disculpe?

—Cuando le hagan la autopsia, teniente. Avíseme en cuanto sepa cuándo y de qué murió el húngaro, y si es húngaro también. Yo mientras iré refrescando el expediente Manzanares. Por cierto, ¿recuerda qué día es hoy?

—Sí, señor. Cinco de diciembre, día de san Sabas. No creo que lo olvide…

Viernes, 3 de noviembre

II

Silvia nunca sintió la llamada de la vocación, y si estudió Magisterio fue porque se dejó convencer por las monjas del internado. En el fondo, le daba igual una carrera que otra, siempre que fuera breve y tuviera una salida laboral inmediata. Ese era su único objetivo: encontrar un trabajo estable que le permitiera no tener que depender nunca más de su dinero, el último lazo que los unía. Al graduarse, opositó para obtener una plaza en la ciudad. Tuvo suerte. Aquel mismo año comenzó a trabajar. Todo sucedió tan rápido, de manera tan improvisada, que apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre el rumbo que tomaba su vida. Durante los primeros meses se preguntaba a menudo qué estaba haciendo allí. Al principio le dolía estar rodeada de niños. Con el tiempo, el trabajo se volvió costumbre. Y la costumbre, una forma de distanciamiento. Entre las paredes del aula se escurrían los días, los meses, los años. Las caras nuevas que sustituían a las del curso anterior, los mismos conflictos, los temas por dar y los que se terminaban en el plazo previsto. Las programaciones, las adaptaciones, las tutorías. Los claustros, las notas, las visitas de padres… Y el día de la paz, y el de los derechos del niño… Halloween, Navidades. Los temidos días sin clase, los meses de verano… Y a comenzar de nuevo. Redecorar el aula con esas láminas plastificadas que le había regalado el chico de la editorial unos meses atrás, durante unas jornadas de integración, sobre todo por disimular que las paredes necesitaban otra mano de pintura. Y luego, a esperar la llegada de los niños y, con ellos, los días de sol y los días de lluvia, y tantos días más por venir iguales a los que ya se fueron. Cientos de horas invertidas en el vacuo propósito de olvidar, de escapar al sufrimiento que, pese a todos sus esfuerzos, seguía ahí, arrinconado pero alerta, siempre listo para saltar sobre ella y arrancarle un grito de angustia en mitad de un mal sueño.

Hasta que un día tropezó de frente con sus fantasmas, en el lugar más insospechado. Y no le quedó otro remedio que plantarles cara.

Fue a principios de noviembre. Aquella mañana llegó antes de lo habitual al colegio. Se sentó en la sala de profesores, aún vacía, y se puso a hojear un periódico atrasado que alguien había dejado sobre

la mesa. Cuando llegó el director, Silvia comprendió enseguida que pasaba algo. Anselmo era un hombrecillo nervioso, que ante el más mínimo contratiempo se retorcía las manos de manera compulsiva.

—Necesito que me hagas un favor —dijo, sin tan siquiera darle los buenos días—. Aurora acaba de llamarme para decir que no viene, tiene a la niña enferma… Y hoy está programada la visita al Botánico…

—Aurora tiene a los de quinto A, ¿no? —preguntó ella.

—Sí. ¿Te importaría sustituirla? Solo un par de horas, después del recreo. Yo puedo quedarme con los tuyos…

—¿Y por qué no vas tú?

—Por favor, Silvia… ¿Cuánto hace que no sales?

—Ni dos semanas, Anselmo. ¿A quién le tocó ir al Telepizza con el grupo de Tere cuando le dio un ataque de apoplejía a su madre? ¿Y quién se comió la pizza que prepararon los chicos? Si te soy sincera, estoy un poco harta. Además…

—Lo sé, lo sé… Pero el Botánico es más relajado.

—¿Cuántos grupos son? —preguntó, tras un breve silencio.

—Los dos quintos. Pedro se encargará de todo. Me harías un favor enorme, Silvia.

Ella suspiró.

—¿A qué hora, dices?

Miércoles, 6 de diciembre

III

El seis de diciembre, día de la Constitución, amaneció despejado, de un azul cortante y frío. Aldo salió de casa pasadas las once de la mañana, después de recibir una llamada del teniente Mataró desde el Anatómico Forense. Al ser festivo, las calles estaban inusualmente tranquilas. Un día muerto para asuntos macabros, se dijo mientras recordaba que también era día de san Nicolás de Bari, un anónimo obispo del Asia Menor que los neerlandeses yanquis desterraron al Polo Norte, donde cambió la mitra por un gorrito de dormir y la cruz por una Coca-Cola. Mirando hacia los balcones, se veía alguno que otro colgando de una escala en actitud sospechosa, con un saco a la espalda y sabe Dios qué oscuras intenciones. Aldo suspiró, se alzó el cuello del abrigo y decidió ir dando un paseo mientras meditaba sobre el caso —y sobre todos los santos, para qué engañarnos—.

El teniente Julio Mataró, de la Jefatura de Información y Policía Judicial de la Guardia Civil, le esperaba tomando un café de máquina en el vestíbulo. El edificio permanecía tan amodorrado como las calles. Desde el fondo de la sala vio que Aldo se identificaba ante el agente de seguridad. El inspector jefe de la Brigada de Homicidios y Desapariciones le atraía y también le intimidaba. Tenía fama de ser un sujeto conflictivo. Su nombramiento había despertado no pocos recelos en los círculos más conservadores, tanto de la Policía como del Instituto Armado. Sin embargo, gozaba de la simpatía del nuevo fiscal. Más vale llevarse bien con él, pensó mientras observaba con disimulo cómo se aproximaba, al menos mientras dure la investigación. No se podía negar, de todos modos, que el condenado resultaba atractivo…

—Teniente, me alegra que haya aceptado —exclamó Aldo.

—¿Qué cosa? —dijo Julio, sorprendido.

—Ser mi enlace. ¿Sabe qué día es hoy?

—¿Día de la santa Constitución, señor?

—Y más importante aún: día de san Nicolás, obispo de Mira y patrono de Bari. No lo conocía nadie, salvo un puñado de protestantes teutones, hasta que emigró a los Estados Unidos para convertirse en estrella. Allí le hicieron la estética para borrarle los orígenes turcos, pero no consiguieron que aprendiera inglés, aunque

lo disimula con una risa tonta… Ah, sí: también le cambiaron el nombre, como a Norma Jean.

—No me lo diga —contestó Julio—: o es el pato Donald, o Santa Claus…

—El pato Donald no se ríe, teniente. Está siempre cabreado. ¿Qué me dice de nuestro húngaro? —terció Aldo, echando un par de monedas en la máquina del café.

—Poca cosa. Seguimos sin averiguar si es de este barrio, como quien dice —contestó Julio.

—Ahora ya es del otro con total seguridad, teniente.

—Me refiero a que no hemos podido confirmar la nacionalidad. La identificación sigue en punto muerto. Salvo la casera, parece que nadie más en la zona lo conocía. De momento es todo, señor, aunque…

—Teniente, no siga con eso, se lo suplico.

—¿A qué se refiere?

—Diríjase a mí por mi nombre o por mi cargo, lo que prefiera, pero no diga «señor» todo el tiempo. No soy uno de sus generales o comandantes o lo que sea que tengan ustedes en la Guardia Civil. ¿Cómo va la autopsia?

—El forense nos espera, eh…, inspector…

—Oiga, ¿le importaría llamarme solo Aldo? En mi trabajo todos lo hacen. No veo qué tiene de malo, es un nombre como otro cualquiera…

—Como quiera —contestó Julio, con acritud. Por momentos detestaba a aquel tipo, por muy atractivo que fuese.

La sala de autopsias estaba en el sótano dos del edifico, junto a la morgue. El médico les esperaba en un pequeño despacho, contiguo a la «nevera», con el rostro casi pegado a la pantalla del ordenador. Cuando Aldo y Julio entraron, hizo un gesto con la mano para indicarles que se sentaran, pero siguió escribiendo, pasando dos dedos torpes sobre el teclado con una lentitud exasperante.

—Mi secretaria no ha venido —dijo por fin—. No me manejo bien con este trasto… En fin. ¿Cómo sigue, Monteiro?

—Bueno, aquí andamos. Ya conoce usted al teniente Mataró, supongo.

—Hola de nuevo, teniente.

—Señor… —Julio se sonrojó.

—¿Novedades? —preguntó Aldo.

—Tengo algunos resultados, sí. Aunque no sé si le servirán de

mucho. Sigo a la espera de las conclusiones del entomólogo sobre el momento del deceso. Ya sabe que en estos casos son más fiables las larvas que yo. De todos modos, yo aventuraría que no lleva muerto más de un mes…

—Eso ya lo vi en el atestado, Linares. ¿Qué más tiene?

—Bueno… La identificación va a llevar su tiempo. Pasado mañana también es festivo, hay un fin de semana por medio, y con tanto trabajo atrasado… En fin, ¿quieren ver el cadáver?

—No, a no ser que quiera que lo veamos —contestó Aldo.

—Por mí… —dijo, con un gesto de indiferencia—. Bien, señores: no quiero entretenerles. Como les decía, el tema «identificación» va a tardar. He pedido la ficha dental de ese desaparecido suyo… Cómo era…

—Rubén Manzanares Ruiz —se apresuró a contestar Julio.

—El mismo, sí. Por ahora no hay ficha, así que de momento la autopsia bucal solo ha servido para tomar muestras, ya sabéis: para obtener el perfil de ADN, aunque nuestra base de datos es tan limitada…

—Céntrese, Linares —rezongó Aldo.

—Que mejor no hacerse ilusiones —prosiguió el forense, ignorando al inspector—. Tampoco había pulpejos, pero creo que la lesión fue anterior al deceso. En el laboratorio encontraron trazas de cloruro de hidrógeno. Probablemente se quemó los dedos con un limpiador de metales u otro producto corrosivo, o bien se los quemaron. En cualquier caso, fue una chapuza en toda regla, porque la lesión era superficial y no alcanzó la epidermis. Quien fuera que lo hizo no sabía que las crestas dactilares se regeneran. Qué más, qué más… Sí… Tenía una cicatriz en la zona lumbar. La resonancia muestra que está operado de hernia discal y que tiene un desgaste serio en otras dos vértebras. No es gran cosa, aunque…

—Linares —interrumpió Aldo—: si tiene algo más concreto, dígalo ya. Tenemos trabajo.

—Ay, Monteiro… Deje que me recree en mis descubrimientos y retrase el momento de ponerle la guinda al pastel. ¿Cree que me gusta hurgar en la carne podrida? No, señor. Lo detesto, especialmente en estos casos. ¿Sabe por qué soy patólogo forense, teniente? —dijo, mirando a Julio.

—No, señor. No tengo ni idea…

—Pues verá… Yo era un buen cirujano. Joven, pero seguro de mis habilidades. Un día estaba practicando una apendicectomía. Nada serio, ni siquiera había riesgo de peritonitis. Todo transcurría normalmente, pura rutina… Y, sin embargo, tuve miedo. Así, de

repente, sin venir a cuento, tuve miedo, ¿comprende? No sé por qué ese día y en ese instante me dio por pensar que tarde o temprano acabaría matando a alguien en aquel quirófano. Y la certeza fue tan evidente que no volví a operar. El miedo, teniente, me incapacitó para tratar a los vivos. Así que he acabado ocupándome de los difuntos. No es muy edificante, pero tiene sus momentos. Y, aquí, el inspector quiere que me dé prisa y le desvele mis secretos a bocajarro, así sin más, sin adornarlos con un bonito prólogo…

—Linares, que le conozco —murmuró Aldo—. No intente darnos pena y hable de una vez. Sabe la causa, ¿no?

—¿Fue un infarto? —preguntó Julio.

—Algo así… Pero lo interesante no es la causa, sino el modo y la manera. Le diré algo, Monteiro, a usted que le gustan los acertijos —respondió el forense.

—¿Que a mí me gustan los acertijos? —gruñó él.

—Escuche, escuche —continuó Linares, haciendo un ademán con la mano para obligarle a guardar silencio—: «La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?» —comenzó a recitar, hiperbólico.

—Sí, ya sé, los suspiros se escapan de su boca de fresa, ha perdido la risa y ha perdido el color, me lo imagino, suele ocurrir cuando te quedas tieso… ¿Y qué? No me gustan los acertijos, Linares. Siempre se lo digo y siempre me viene con esas. ¿Qué intenta decirnos? —dijo, irritado.

—Lo que la necropsia ha revelado, ni más ni menos, es que este hombre murió como una princesa. Mejor dicho: murió como una emperatriz, la más triste de la historia: Elisabeth de Wittelsbach, duquesa de Baviera, emperatriz de Austria, reina de Hungría… ¿Le suena de algo, Monteiro? —concluyó, triunfal, el médico.

Viernes, 3 de noviembre

IV

Rubén avanzaba despacio por la avenida atestada de transeúntes, tratando de salvaguardar los límites de su espacio personal, mientras los otros se empeñaban en romperlo a fuerza de codazos y empellones. Era irritante, pero seguro. Entre la muchedumbre era uno más, uno cualquiera —nadie, por tanto—. Nunca le había seducido la vida en la ciudad. Detestaba el ruido de los coches, el vaivén errático de aquella marea humana, siempre con prisas, siempre con retraso, como hormigas deprimentes y constantes obcecadas en llegar a algún destino. Había cierta trascendencia en la premura que mostraban, como si fueran a descubrir un gran misterio tras la siguiente esquina. Algo tan etéreo que se desvanecería en el aire antes de alcanzarlo. Pero solo iban al trabajo o regresaban a sus casas o, simplemente, compraban. Todo era mucho más mundano, más vulgar y sucio. Sí, la ciudad también era sucia, asfixiante, incluso en invierno. Un par de horas en la calle y la mugre se apropiaba de uno. Ya en casa había que frotarse a conciencia para hacer desaparecer la película de polución adherida a la piel. El agua corría entonces negra hacia el desagüe. Resultaba asqueroso. Qué le vamos a hacer, se dijo. Ya faltaba menos. En breve, tendría una nueva identidad. Podría salir del país. Francia, primero. Y una vez allí… Bueno, se daría un respiro. Rubén ansiaba descansar en la campiña, alejado de todo, antes de dar el salto al otro lado del Canal. El estrés de los últimos meses iba a matarlo. La amenaza constante, el temor a ser descubierto, eran mayores cuanto más cerca estaba de conseguirlo. ¿Y si ya hubieran dado con él? ¿Y si lo vigilaban en ese mismo momento, ocultos tras el anonimato de aquellos rostros sin nombre? Tranquilo, Rubén, respira hondo, pensó. Eso no tiene sentido. Si supieran algo, ya te habrían echado el guante… Aquí nadie te conoce. La ciudad te ampara en su inmensidad. Nadie te ve, nadie te oye. Estás a punto de conseguir tu pasaporte al olvido. Sí, ya falta menos, ya estás a salvo… O a un palmo de estarlo.

Rubén dio un profundo suspiro. Casi sin darse cuenta, había llegado. Pagó la entrada y se adentró en el Jardín Botánico. Allí, el bullicio exterior llegaba más amortiguado, enredado entre las ramas a medio descarnar de la arboleda. Al final del paseo de las Escuelas Botánicas, junto al árbol más veterano del parque —tanto que tenía

nombre propio—, le aguardaba su contacto. Rubén no se apresuró. No quería llamar la atención.

Una tropa de escolares chillones, pastoreada por dos adultos —una mujer miope envuelta en un abrigo de mal gusto y un hippy astroso, maestros a todas luces—, se aproximaba. Rubén se detuvo —mejor evitar testigos—. Fingió estudiar con absorta atención un mapa del jardín. Cuando la caterva de colegiales estaba a punto de alcanzarle, uno de los chicos echó a correr y tropezó con él, golpeándole en el costado. Rubén se dio la vuelta y fulminó al muchacho con la mirada. De haber podido, le habría dado un buen revés. La maestra se adelantó, decidida a echarle un rapapolvo al mocoso. Sin embargo, no hubo reprimenda. La maestra lo miró a él, con expresión bovina. ¿Qué coño…? ¿Se conocían, acaso? El corazón le dio un vuelco. La mujer agachó la cabeza. Sujetó al muchacho por los hombros y le obligó a marchar delante de ella. Sin pronunciar palabra, siguieron de largo. Se unieron al grupo y pusieron rumbo al invernadero. Las rodillas le flaquearon. ¿Le habría reconocido? Pero ¿quién podía ser aquella tipa? Su cara le era vagamente familiar… Una sensación a la que ya estaba acostumbrado, de todos modos. Esperó, con un nudo en la garganta, las piernas ancladas al suelo. Cuando finalmente la vio desaparecer en el invernadero, respiró hondo. La maestra no se había vuelto ni una sola vez. Rubén abrió los puños, trató de relajar la mandíbula. Otra falsa alarma, se dijo. Paranoias. Debía huir cuanto antes o acabaría por darle un infarto. Echó un último vistazo y, recobrada a medias la calma, se encaminó por fin hacia la reliquia arbórea que a duras penas sobrevivía en aquel agujero.

—Llega tarde —murmuró el hombrecillo con mono verde, amarillento y enjuto, que esperaba junto al ciprés centenario.

—Tomo mis precauciones, ya sabe —contestó él.

—Venga, vamos a dar un paseo. Usted delante. —El tipo señaló con el mentón hacia un emparrado, las manos guarecidas en los bolsillos de un anorak de un verde más estridente aún.

—¿Cuánto tiempo más van a tardar? —murmuró Rubén.

—Tranquilo. Nosotros también tomamos precauciones. Deténgase un momento y mire a su izquierda… ¿Ve aquel barracón? Es la caseta del jardinero. La puerta solo está entornada. Cuando terminemos de hablar, diríjase a ella. Hay una carretilla y, dentro, unos tiestos. Deje el sobre debajo. Si alguien le pregunta, diga que buscaba los baños… Están un poco más a la izquierda, ¿los ve?

—Conozco bien el parque.

—Bien… La cosa casi está. Contacte con nosotros en un par de días y le confirmaremos hora y lugar de recogida. Los gastos corren de su cuenta, no lo olvide…

—Por favor, apresúrese. Pueden vernos…

—No se ponga nervioso. En unas semanas podrá echar a volar con su nueva identidad… Y tirado de precio —sonrió, aviesamente —, no se quejará. Lo de hoy son seis quinientos. Espero que esté todo.

—¿Cómo que seis quinientos? —exclamó Rubén—. Me dijeron cinco mil, no traigo más. Cinco mil. Pregúntele a su jefe…

La cara del tipo flaco cambió. Se volvió canina, peligrosa. Acercó la boca al oído de Rubén y siseó:

—Pues deje lo que tenga donde le he dicho, coja un puto taxi y tráigame lo que falta. Y no vuelva a dudar de mí ni me replique. Dé un paso en falso, uno solo, y le aseguro que el señor «Dauber» pasará a mejor vida antes de haber empezado a vivir…

Miércoles, 6 de diciembre

V

—Por tanto —concluyó Linares—, todo apunta a que fue homicidio.

—No puede ser —murmuró Julio—. Si algo sabemos con certeza es que no había nadie más en la casa. Puertas y ventanas estaban intactas. Este hombre murió solo, echado en su sofá, de punta en blanco y viendo la tele… ¿No pudo hacérselo a sí mismo?

—¿Suicidio? —dijo el forense—. No, no… Sería absurdo. Le atacaron de frente, aunque no hubo ensañamiento. De una estocada limpia, rápida, casi invisible. Los daños solo eran apreciables al microscopio. Me parece sumamente improbable que se autolesionase, incluso por accidente…

—Además —intervino Aldo—, en ese caso el arma no estaría muy lejos del cadáver. ¿Para qué iba a querer deshacerse de ella un suicida?

—Tal vez esté allí y no la hayamos visto. Tal vez la pasáramos por alto —respondió Julio.

—No diga esas cosas, hombre. ¿Qué va a pensar el doctor? Por cierto, Linares: repítame la parte jugosa del dictamen.

—¿Qué parte encuentra jugosa, Monteiro? ¿La de «El sujeto presenta herida punzante situada a catorce centímetros debajo de la clavícula izquierda y a cuatro por encima de…»?

—No. Más adelante…

—«Pequeño desgarro pulmonar y fractura de la cuarta costilla».

—Más abajo, hacia el final —se impacientó Aldo—. Donde habla del instrumento…

—«… herida causada por un instrumento afilado y agudo que apenas produjo hemorragia, no detectable en necropsia debido a los signos evidentes de autolisis-putrefacción de los tejidos blandos, y que presumiblemente provocó que la sangre cayera gota a gota en el pericardio, paralizando muy lentamente la función del corazón…». ¿Eso?

—Sí, eso —dijo Aldo—. «Paralizando muy lentamente…». ¿Cómo de lenta puede ser una muerte así?

—Pues no sabría decirlo con exactitud. Era un hombre robusto, aparentemente sano. Unas dos horas, tal vez más —contestó Linares.

—Bien. Julio, aparte de la cartera, ¿qué más llevaba encima

nuestro hombre?

—Algunas monedas sueltas en los bolsillos del pantalón… Y un paquete de pañuelos de papel en el abrigo… Creo que eso es todo.

—¿Restos, trazas de algún tipo? —insistió Aldo.

—El cuerpo está infectado de hongos y parásitos, Monteiro. Y sus cosas están en el laboratorio —le explicó Linares—. No creo que hayan tenido tiempo de…

—Había tierra adherida a los zapatos —dijo Julio—. Perdone que insista, doctor, pero si alguien le atacó con un… punzón, o lo que sea, habría reaccionado de alguna forma, se habría defendido, habríamos encontrado indicios de lucha, de resistencia, algo… Además, según usted, tardó al menos dos horas en morir. ¿Por qué no pidió ayuda?

—Parece que no me he expresado bien —contestó el médico—. Cuando dije que este hombre murió como aquella emperatriz famosa, lo decía en serio. Creo que no se dio cuenta de nada, como ella. La herida apenas era visible. No hubo hemorragia externa. En la camisilla encontré un cerco de sangre seca tan pequeño como una moneda de un céntimo. Y no he dicho nada sobre un punzón. Más bien fue como si le hubieran hundido una hipodérmica, teniente. Algo tan fino y afilado que atravesó la ropa sin dejar señales perceptibles a simple vista. La lesión vital se produjo porque alcanzó la membrana que recubre el corazón. Si el instrumento hubiera penetrado unos milímetros menos, no habría sucedido nada. El desgarro pulmonar fue tan leve que no comprometía las funciones vitales.

—Pero tuvo que notar algo —insistió Julio.

—No lo niego. Una punzada, quizás. Una molestia, como las que puede provocar un esfuerzo físico severo, un sobresalto, un ataque de estrés… Una sensación reconocible, en todo caso. Quizás se mareó. Y es muy probable que, antes de entender la gravedad de su estado, perdiera el conocimiento —puntualizó Linares.

—¿Tierra? —exclamó Aldo—. ¿Qué tierra?

—¿Cómo? —Julio miró al inspector, sorprendido.

—Tierra en el calzado, dice. Eso no estaba en el informe que me pasó.

—Le dije que el informe estaba inconcluso, señ…, inspector, eh, Monteiro. Aldo, quiero decir.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —repitió Julio.

—La tierra. De dónde salió. En esta ciudad no abunda, que digamos.

—Como ha dicho el doctor, se mandó a analizar. Y los resultados tardarán algo, porque…

—Sí, lo sé —rezongó Aldo—. Los festivos dichosos. En fin… Conclusiones, Linares.

—Pues creo que eso es todo, Monteiro. Para mí, es homicidio. No veo pruebas de ensañamiento y no hay señales de tortura. La única lesión vital es esa pequeña herida.

—¿Algún dato más prosaico que nos ayude a saber de quién se trata?

—Bueno… Era un tipo muy pulcro, incluso coqueto. Usaba tinte, llevaba el cabello bien cortado… Yo diría que se hacía la pedicura con relativa frecuencia, aunque se mordía las uñas, en especial la del pulgar derecho. En cuanto al contenido gástrico, no ha sido posible identificar ningún resto alimenticio, salvo algo parecido a gránulos de arroz. Las pruebas bioquímicas dan positivo para la ingesta abundante de hidratos de carbono, con escasa cantidad de proteínas y grasas…

—Eso suena a dieta de entrenamiento… Y el tipo no era un atleta, precisamente. Estaba bastante orondo antes de palmarla — observó Aldo.

—Puede que debido a alguna medicación. Los test toxicológicos tardarán algo más… No presentaba malformaciones de ningún tipo, y, salvo por la hernia lumbar, presumo que gozaba de buena salud. Veremos qué dicen los entomólogos y qué pasa con el análisis de tóxicos. Entretanto, a ver si encontramos la ficha dental y el historial médico de ese desaparecido suyo…

—Rubén Manzanares —le recordó Julio de nuevo.

—Eso, sí. Qué memoria la mía…

—En cuanto lo sepa, avísenos, Linares. Y gracias por todo —dijo Aldo.

—De nada, Monteiro. No se preocupe, les mantendré informados —contestó. Se levantó de la silla para acompañarlos hasta la puerta.

—¿Tiene coche, teniente? —preguntó el inspector, una vez fuera del despacho.

—Sí…

—Pues en marcha.

—¿En marcha? ¿A…?

—A casa de Dauber, naturalmente. Por si nos hemos dejado algo atrás, como usted dijo.

—Delitos Violentos estará recabando pruebas, no creo que les guste que nos presentemos allí sin avisar.

—Venga, teniente… Solo quiero echar un vistazo, aunque me salte el protocolo. Total, aquí todo el mundo se lo salta, ¿no le parece?

—Yo no.

—Entonces iré solo. Usted vaya al laboratorio. Intente averiguar algo sobre la tierra en los zapatos de Dauber o cualquier otra cosa que nos ayude. Ya le llamaré —dijo, saliendo del ascensor.

—Monteiro —le llamó Julio.

—¿Sí? —El inspector, que ya avanzaba a grandes zancadas por el vestíbulo, se volvió hacia el teniente.

—¿Tiene coche?

—No —contestó Aldo.

—¿Quiere que le lleve?

—No se preocupe, Julio. Pero gracias. —Aldo reanudó la marcha, saludó con un gesto al agente de guardia y se perdió de vista tras la puerta.

Viernes, 3 de noviembre

VI

Llegaron al Jardín Botánico a las doce y cuarto. En la entrada los agruparon y les dieron un plano y un cuadernillo antes de iniciar la visita. Pedro era un botánico aficionado, pero entusiasta. Había planificado al detalle las actividades de aquella «salida al medio», de manera que Silvia se despreocupó. Aquel grupo tampoco daba especiales problemas. Con nueve años aún sentían curiosidad, algo que cualquier maestro sabe que debe exprimir al máximo, mientras dure. Además, eran niños de ciudad: la naturaleza conservaba, todavía, cierto misterio para ellos, lo que no dejaba de ser una ventaja añadida.

Tras admirar el olmo del Cáucaso, el más alto del parque, Pedro los guio hasta la Terraza de las Escuelas Botánicas. Allí se detuvieron un rato para comerse los bocadillos, mientras él les daba una charla sobre las propiedades medicinales de algunas plantas. Después pusieron rumbo a los invernaderos. Por el camino, uno de los chicos echó a correr sin mirar y tropezó con un hombre mayor, enfundado en un abrigo de paño gris oscuro. El impacto estuvo a punto de hacerle caer. Silvia corrió a pedirle disculpas… ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Quince, dieciséis…, dieciséis años. Había envejecido mucho, sí. Pero aquel rostro demacrado… era el suyo. Tan infame como lo recordaba. Silvia apenas pudo disimular el sobresalto. Él la observó, la expresión furtiva de un animal acorralado, presto a morder. Ella desvió la mirada. Todo cuanto había intentado borrar de su memoria afloró en un segundo. Apartó al niño y se dio la vuelta, muda. Recorrió los metros que la separaban del invernadero sin darse cuenta, como en sueños, las manos todavía aferradas a los hombros del chiquillo. Cuando el vaho del recinto la envolvió, estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Silvia? ¿Te encuentras bien? —Oyó la voz de Pedro, como en la distancia, aunque lo tenía al lado. Ella se tambaleó.

—No es nada… Un mareo… —dijo, quitándose las gafas. Los cristales se le habían empañado.

—Será el cambio brusco de temperatura… ¿Seguro que estás bien?

—Sí, tranquilo… ¿Quieres que nos dividamos? —Silvia intentó que su voz sonase natural.

—Oye, estás muy pálida… A ver si te da una lipotimia o algo.

Hay un café un poco más arriba, en el Pabellón del Estanque.

—No, yo…

—Vete y espéranos allí —le ordenó él, tajante, y le abrió la puerta del invernadero.

Salió, obediente. A pesar del frío, estaba empapada en sudor, la boca seca. Se acercó a un surtidor de agua. Bebió. Luego se puso las gafas, se enfundó los guantes y como una autómata se encaminó hacia el estanque. Sin los niños, el jardín parecía un lugar desierto. Sentía un pitido agudo en los oídos que le impedía pensar con claridad, como si todo el vaho del invernadero se le hubiera metido en la cabeza… A mitad de camino, se detuvo. Se desabotonó el abrigo, lo justo para que asomase el fular. Y el broche…, una piedra pulida de resina fósil soldada a un alfiler de plata. Pensó en la pequeña libélula, plegada sobre su abdomen, atrapada para siempre en el interior traslúcido y ámbar de aquella burbuja petrificada que le había costado una pequeña fortuna. Se vio a sí misma, estática ante el escaparate de aquel puesto de anticuario, en el Gran Bazar —Estambul, hacía ya dos veranos—. Pocas veces había deseado algo con tanto desconsuelo… El último día, unas horas antes de tomar el avión de regreso, se decidió. Fue entonces cuando supo de qué se trataba en realidad: un alfiler de sombrero. El dueño del negocio le contó también una historia de celos y venganzas, de concubinas y sultanes, que ella escuchó sin dar mucho crédito. Los vendedores de cosas viejas solían justificar los precios con leyendas de ese estilo. En su caso, podría haberse ahorrado la cháchara. Silvia amaba aquel objeto. Lo amó nada más verlo. Quería lucirlo, daba igual que fuera un alfiler de sombrero, que midiese catorce centímetros. Que fuera tan afilado. En cuanto regresó a España encargó un cierre, una fundita metálica para evitar pincharse por accidente. Y allí estaba ahora. Con ella. Tenerlo cerca le hacía sentirse protegida, reconfortada. No sabía bien por qué.

Silvia acarició el broche. Luego tiró del cierre y desprendió el alfiler del pañuelo. Lo empuñó, pensativa. Giró la muñeca, lo aferró con fuerza y lo ocultó bajo el antebrazo. Tenía la mente despejada. La bruma en su cabeza se había disipado. Por primera vez en su vida sabía con absoluta certeza lo que debía hacer.

Jueves, 7 de diciembre

VII

Julio se levantó con migraña. Había vuelto a fumar —solía recaer cuando tenía un caso complicado entre manos—. Al estrés habitual había que añadir otro elemento desestabilizador: Aldo. Y su puñetero carisma, pensó. Qué aversión sentía por esa palabra, ya desde niño. Aún recordaba al pie de la letra la definición de su diccionario escolar: «Don gratuito que Dios concede a algunas personas en beneficio de la comunidad. Por extensión, don que poseen algunos de atraer o seducir por su presencia o palabra». ¿Existía gracia más injusta? Cómo odiaba esa atracción que no se basaba en nada, que no necesitaba del esfuerzo ni de la honestidad ni del rigor ni de la dedicación para ser objeto de reconocimiento, como en su caso. Esta vez, sin embargo, incluso él se sentía propenso a admirarle. Detestaba la sensación.

Mientras se tomaba un café con leche —y un paracetamol— en la cocina, sonó el teléfono. Julio hizo una mueca al ver el número en la pantalla.

—Diga.

—¿Es usted, Julio?

—Yo mismo. Ayer esperé todo el día su llamada.

—Sí, disculpe… No había mucho que decir. Y usted, ¿qué tal?

—Tengo noticias del laboratorio. ¿Paso a recogerle? —preguntó.

—No quisiera abusar, teniente —dijo Aldo.

—En media hora estaré listo.

—Si insiste…

Colgó y fue a vestirse. Al menos, tenía algo con lo que esperaba sorprender a Monteiro.

Julio aparcó su viejo cupé amarillo —un Renault 15-TL de los años setenta— frente a la central. Cuando preguntó por Monteiro, le dijeron que le esperaba en una cafetería, a escasos metros de allí. Julio salió a la calle y buscó el sitio. Por la ventana vio al inspector leyendo un periódico, frente a una taza vacía. Entró. Pidió en la barra y fue a sentarse junto a él.

—Teniente, ¿qué tal está? —le saludó Aldo.

—Mejor, gracias.

—¿Mejor? ¿Le ocurre algo? —El inspector apartó la vista del periódico.

—Ah… No, nada. Me levanté con algo de cefalea…

—Lo mejor para el dolor de cabeza es el ajo —dijo Aldo—. Mi padre me hacía tragar un diente crudo cuando me quejaba.

—¿Funciona?

—Bueno, eso es relativo. Si tenemos en cuenta el ardor de estómago que provoca, podría decirse que uno se olvida del dolor de cabeza. Y también aprende a no quejarse.

—¿Le suele doler la cabeza?

—No, que va. Creo que el ajo me inmunizó. Pero sufro mucho de acidez.

—Vaya, lo siento. No sé qué es peor… —murmuró Julio.

—Mi acidez de estómago, por supuesto. Por suerte a mí no me duele su cabeza. No tengo madera de mártir. Eso me recuerda que hoy es…

—Siete de diciembre, día de san Ambrosio. He hecho mis deberes —sonrió el teniente.

—Muy bien —asintió Aldo—. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia. Continúe.

—Eso es todo. Mi calendario no da para más…

—Bah…, san Ambrosio era un advenedizo —dijo Aldo, dando un manotazo al aire—. Un romano bautizado a última hora para esgrimir el báculo y rompérselo en la cabeza a paganos y herejes. Pero hay más figuras ilustres en el santoral de hoy, teniente. ¿Recuerda a san Sabas?

—Le dije que nunca lo olvidaría —murmuró Julio.

—Pues hoy también celebramos el día de su hijo: san Simeón, eremita. ¿No es curioso?

—Si usted lo dice…

—Veo que no lo pilla, Julio. Padres, hijos… Si lográsemos confirmar que Dauber es Manzanares, habría encontrado al padre. Ya solo me quedaría descubrir qué fue del hijo.

—Creo que me he perdido un poco… ¿Le importaría explicármelo de nuevo?

—¿Qué sabe de Manzanares?

—No mucho… Sé que era un hombre adinerado, casado y con un hijo adolescente. Sé que el chico salió un día de casa para encontrarse con un amigo y que en el trayecto se volatilizó sin dejar rastro. Sé que Manzanares, algunas semanas después, también desapareció. Y que, aunque en principio se pensó que el chico se había fugado, hay algo turbio en todo el asunto, algo que incrimina al mismo Manzanares en la desaparición de su hijo. Es todo lo que sé.

—Se aproxima a los hechos —dijo Aldo—. Sí, Manzanares era un ricacho de provincias con cierta influencia en la política local. Su matrimonio le había abierto puertas, eso sí.

—¿Qué fue de la mujer? —preguntó Julio.

—Tras las desapariciones ingresó en una quinta de reposo. Una especie de manicomio para ricos, vaya… Hace año y medio, se suicidó.

—No tenía ni idea. ¿Cree que sabía algo?

—Es probable —contestó Monteiro—. Pero entonces no conseguimos que dijera nada mínimamente coherente… En fin. ¿Qué iba a contarme usted?

—Tengo el informe de los entomólogos. Nuestro hombre llevaba muerto entre veinte y treinta días. También tengo datos del estudio de ropa y calzado. —Julio sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo interior de la chaqueta. Sin prisas, encendió un cigarrillo. Luego arqueó las cejas y miró oblicuamente al inspector.

—Julio, si tanto le gusta el suspense, dedíquese a escribir relatos policiacos. En los ratos libres podría leérmelos, y yo le escucharía con mucho gusto —se quejó Aldo—. Hable de una vez. ¿Qué pasa con la ropa y el calzado?

—En pocas palabras: encontraron esporas, gravilla, barro… No será fácil saber la procedencia del barro. Pero lo más interesante, por lo visto, es un pequeño fruto silvestre que los biólogos todavía no han identificado, algo parecido a una uva pasa. Por desgracia, no hay señales del agresor: ni fluidos ajenos al cadáver ni nada de lo que se pueda extraer ADN útil.

—¿Y ya está, eso es todo?

—Casi. No encontraron transferencias, ni siquiera entre las fibras rotas de las prendas que atravesó el arma. Pero, gracias a los entomólogos precisamente, tenemos pistas sobre el objeto utilizado…

Julio dio una calada profunda y miró al inspector con aire triunfal.

—Hable, por Dios —refunfuñó Aldo.

—Verá… Piensan que puede tratarse de un objeto muy parecido a los alfileres que ellos usan para sus bichos. Otro dato importante de la datación post mortem es que el cadáver no se movió…

—Julio, debería consultar con un especialista esa tendencia suya a pensar que los cadáveres se mueven. Es una fijación preocupante.

—Quiero decir que no trasladaron el cuerpo —puntualizó Julio, sin poder evitar una sonrisa—. No tenía visitantes de fuera…

—Pero estuvo fuera: esporas, barro, pasas —señaló Aldo—. ¿Qué

conclusión extraemos de todo eso?

—Que si nadie trasladó el cadáver hasta el apartamento, y nadie, excepto Dauber, entró o salió de allí, deberíamos admitir que los cadáveres, en ocasiones, sí que andan —dijo Julio.

—Cuando aún no saben que están muertos —concluyó el inspector.

Viernes, 3 de noviembre

VIII

Rubén entró en la caseta. Levantó el tiesto con cuidado y depositó el sobre con el dinero debajo. Luego se apresuró a salir de allí. Tenía menos de una hora para llegar a casa, coger lo que faltaba y regresar. Con el tráfico que habría a aquella hora, el metro era su mejor opción. En taxi no llegaría nunca… Asco de ciudad. Y aun así no le daría tiempo, estaba seguro. Bueno, solo trataban de amedrentarlo. Al fin y al cabo, ellos querían el dinero, su dinero. No iban a echar a perder un negocio así. Además, estaba claro que el sicario quería una propina, al margen del pago. Era el precio por hacer tratos con aquella gentuza…

Ya había dejado atrás los baños y se alejaba por el paseo de las Escuelas Botánicas hacia la salida cuando alguien que avanzaba de frente tropezó con él, con tal brusquedad que estuvo a punto de tirarlo al suelo. El sujeto musitó una excusa ininteligible sin tan siquiera detenerse. Rubén lo observó, atónito, la respiración entrecortada… Entonces se percató de que ya conocía esa silueta. La maestra otra vez. Iba tan absorto que no la vio acercarse. Pero ¿qué pasaba que todo el mundo parecía disfrutar jodiéndole el día, atropellándole, estafándole, golpeándole sin más? ¿Qué coño les habría hecho él a todos aquellos imbéciles?

—¡Mire por dónde va, cretina! —gritó, furioso. Ella aceleró el paso y desapareció en el servicio de señoras—. Menudo modelo para los críos —gruñó. Sin embargo, no había niños a la vista.

Rubén se dio la vuelta y avanzó, con paso menos firme, hacia la cancela. Sentía el pulso acelerado. Las piernas le temblaban de nuevo.

—No estoy para metros —murmuró—. Que espere si quiere cobrar su jodida propina…

Rubén salió por fin del Botánico y, ya en la avenida, detuvo un taxi.

Jueves, 7 de diciembre

IX

Tras varios intentos fallidos de estacionar, llegaron por fin. El edificio, una reliquia de renta antigua en precario estado de conservación, compartía su (en otra época distinguida) fachada neoclásica con un par de locales de alterne, de los pocos que aún subsistían en el antiguo barrio chino, casi fagocitado por tiendas de moda, restaurantes exóticos y otros espacios alternativos, según la jerga del momento. La propietaria llevaba algo más de un año negociando con una constructora su demolición, con el fin de levantar en su lugar un bloque de oficinas. Que se hubiera avenido a alquilar una única vivienda —de las ocho existentes, ya desalojadas—, y que el contrato de arrendamiento —del que no existía registro alguno en la Cámara de Comercio— se hubiera extraviado, proporcionaba bastantes pistas sobre la naturaleza del trato al que habían llegado inquilino y casera: Dauber pagaba un sobreprecio, probablemente, y ella no hacía preguntas. Tal vez no fuera ético, pero tampoco era un crimen. Salvo para Hacienda.

El apartamento de Dauber estaba en el tercer piso. Julio y Aldo tomaron el ascensor. Desde el rellano, una voz de mujer les saludó.

—¿Jaime? ¿Eres tú?

—No, a no ser que sepas algo que yo no sé —bromeó Aldo al salir del ascensor.

—Sé muchas cosas de ti que tú no sabes, querido —le saludó una mujer menuda embutida en un mono blanco.

—Isobel, te presento al teniente Julio Mataró, de la Jefatura de Información. Julio, esta es…

—Subinspectora Marcos, Delitos Violentos —dijo ella, estrechándole la mano a Julio—. Llegas tarde. Estaba a punto de irme.

—¿Y tu gente? —preguntó Aldo.

—De vuelta al laboratorio. Yo me quedé porque tenía una cita con un tipo bastante desaprensivo, hará cosa de una hora.

—Es culpa suya. —Aldo señaló a Julio—. Huye de las zonas verdes como de la peste. Por este barrio no hay mucho más donde elegir, así que hemos estado media hora dando vueltas…

—¿Y la otra media hora? No, no contestes. No iba a creérmelo. En fin… Tengo algo para ti. —Marcos sacudió en el aire unos

papeles.

—El inventario —sonrió Aldo—. Teniente, es todo suyo. ¿Hay algo nuevo?

Isobel le pasó el inventario a Julio, con cierta reticencia.

—Pues sí. Algo que te va a gustar: una foto del hijo de Manzanares. La encontramos en el inodoro, entre las páginas de un libro, bien precintado y con un peso para mantenerlo en el fondo de la cisterna —explicó ella—. La buena noticia es que hay huellas en la superficie de la foto, cosa rara. Prácticamente, son las únicas que tenemos.

—Se ve que el tipo era minucioso —comentó Aldo.

—Pues no sé qué quieres que te diga. Hasta el filtro de la lavadora estaba limpio. Hemos desarmado codos y junturas, hemos rastreado tuberías y desagües… En todo el perímetro no hay más rastros que las inevitables huellas del orden público y las pocas que dejó el sujeto antes de morir. Había una asepsia enfermiza en este sitio.

—Es un dato a tener en cuenta —dijo Aldo—, pero la foto me parece más reveladora. Curioso, también. ¿Por qué no deshacerse de algo tan comprometedor si tan meticuloso era a la hora de borrar cualquier rastro de su propia identidad?

—¿Meticuloso? —bufó la subinspectora—. Venga ya, Aldo… Era un enfermo. O eso, o un ser diabólico que por las noches recorría los cielos montado en una aspiradora, con una bayeta en una mano, una botella de lejía en la otra y un plumero en el… Bueno, mejor me callo. ¿Para qué tanta molestia? No tocaba nada sin ponerse guantes, encontramos un arsenal en la cocina, y tenía las yemas de los dedos en carne viva. ¿Quién puede vivir así?

—Alguien con muchos escrúpulos o con demasiado sentimiento de culpa. Supongo que no habéis identificado las huellas de la foto…

—Todavía no hemos procesado nada, Aldo.

En ese momento, el teléfono del inspector dio un timbrazo.

—… Llamada importante, ahora vuelvo. —Aldo se alejó por el corredor.

—Qué encanto de hombre —musitó la subinspectora.

—Ehhh —titubeó el teniente—, ¿le parece?

—Claro que me lo parece —le respondió, cortante—. ¿Por qué? ¿A usted no?

—No, yo… Bueno, hace poco que conozco al inspector —carraspeó—. Y… ¿qué me dice de la foto?

—¿Qué quiere que le diga? Hay que analizarla. Creo que ya lo

he mencionado antes —contestó, con acritud.

—Sí, claro —dijo Julio, cohibido. Por algún motivo, era obvio que no le caía nada bien a la subinspectora—. Tan solo quería saber si… Bueno, dice que estaba entre las páginas de un libro. Por lo que sé, no había ningún otro libro en la casa.

—No, no había libros en la casa —afirmó ella—. ¿Y?…

—Pues… me resulta curioso que solo hubiera uno y que estuviera en el fondo de la cisterna.

—No olvide la fotografía.

—Sí, entiendo. Pero no era necesario meterla dentro de un libro para ocultarla, ¿no?

—Mi equipo solo reúne evidencias. —La subinspectora miró fijamente a Julio.

—Sí, claro. Yo…

Julio respiró aliviado cuando Aldo se les unió de nuevo.

—Julio, noticias —exclamó—. Era Linares. Parece que su teoría comienza a tener algo más de solidez: dieron con la ficha dental de Manzanares y con su historial médico. A nuestro húngaro el historial le va como anillo al dedo…, por lo de la operación de hernia y por unas radiografías… Ah, sí: Manzanares tenía una anomalía genética bastante común: era daltónico. De momento, no saben si nuestro fiambre también lo era, pero es un dato a considerar. Con la ficha dental no ha habido mucha suerte. Es de hace diez años. Coincide parcialmente. Si es Manzanares, se hizo bastantes arreglos después de esa fecha, y puede que con otra identidad, también. De todos modos, son indicios más que suficientes para solicitar una prueba de ADN…

—No entiendo —dijo Julio—. Ya obtuvieron su perfil genético y no sirvió para identificarlo.

—Me refiero a una prueba de parentesco —le explicó Aldo.

—¿Una prueba de parentesco? ¿Y de dónde va a sacar la muestra de referencia?

—Pues, a no ser que también se haya esfumado, san Simeón no lo quiera —murmuró Aldo—, me parece que ella es la persona idónea.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —preguntó Julio, desconcertado.

Monteiro guardó un breve silencio. Miró a Julio de soslayo, respiró hondo y contestó:

—Su hija, por supuesto.

Viernes, 3 de noviembre

X

Ya en casa, después de ejecutar sus pequeños rituales cotidianos —como persignarse tres veces, una por cada vuelta que daba la llave en la cerradura—, Rubén se apresuró a coger el dinero, sin tan siquiera quitarse el abrigo, a pesar del calor asfixiante que reinaba en el piso. Había olvidado —algo impropio en él, lo que demostraba hasta qué punto estaba alterado ese día— bajar el termostato. Contó quince billetes y los metió en la cartera. Fue entonces cuando notó que la vista se le nublaba, al tiempo que le invadía una sensación de vacío en el estómago. Un mareo. Se quitó los guantes y el abrigo y lo dejó todo sobre la mesa del salón. Acto seguido, se dirigió a la cocina. Cogió una barrita de cereales de un estante, la sacó del envoltorio y la engulló de un par de bocados. Después sacó una botella de agua de la nevera y llenó un vaso. En un principio, se sintió mejor. Lavó el vaso, lo secó y lo devolvió a su sitio, en la alacena… Pero, al agacharse para tirar el envoltorio vacío a la basura, el pecho comenzó a dolerle. Un flato, pensó. Había comido demasiado rápido. Estaba acelerado, nervioso. La vista se le nublaba de nuevo. Fue al salón. Necesitaba reponerse, olvidar todos sus agobios al menos durante cinco minutos. Encendió la tele y se echó en el sofá… Tenía dificultades para respirar. La cabeza se le iba. El ambiente estaba demasiado cargado; la temperatura, demasiado alta. Pero no tenía fuerzas para mover un solo dedo. Qué bien le haría echar un sueño, una cabezadita breve… para olvidar… aquel dolor… Dios, qué difícil se hacía respirar entre aquellas paredes…, veinte minutos de siesta y se levantaría como nuevo. Rubén entrecerró los ojos. Pero al instante los abrió. No, nada de siestas… Se hacía tarde… y el estafador aquel le esperaba en el Jardín… Tenía que levantarse… Tenía que…

Rubén sufrió un espasmo, breve, impreciso. Se llevó la mano al pecho. Sus párpados temblaron, con reticencia, antes de cerrarse. Para siempre.

Jueves, 7 de diciembre

XI

Julio detuvo el coche frente al número veinte, un edificio de ladrillo rojo de un típico barrio de clase media, situado a medio camino entre el centro y los suburbios. Lo bastante cerca de todo para tener estatus de zona céntrica y lo suficientemente alejado para tildarlo de «barrio tranquilo». Pero incluso allí resultaba difícil estacionar.

—Bájese —le dijo secamente al inspector—. Yo iré a buscar aparcamiento.

—Le acompaño, no hay prisa —contestó Aldo.

—Como prefiera. —Julio arrancó.

—¿Le ocurre algo? ¿Jaqueca, otra vez?

—No. Estoy bien. Solo que…

—¿Sí?

—¿Cuándo pensaba decirme que Manzanares tenía una hija? Le recuerdo que este también es mi caso.

—Disculpe, Julio, pero no es así exactamente. Dauber es su caso. Manzanares es el mío.

—Creí que trabajábamos juntos.

—Y lo hacemos, pero…

—Pues teniendo en cuenta que Dauber y Manzanares podrían ser la misma persona, Aldo, yo diría que tenemos un muerto en común, así que…

—Concéntrese, Julio. Acaba de saltarse un hueco estupendo.

—¿Qué? —preguntó el teniente.

—Un aparcamiento, ahí detrás…

—¿Quiere dejar de jugar al despiste y contestarme?

—Está bien, no se sulfure. Le debo una disculpa. Pero comprenderá que hasta no tener evidencias suficientes sobre la identidad del muerto no tenía motivos para contarle demasiado de la otra investigación. En rigor, no era asunto suyo, hasta ahora… Acaba de saltarse otro hueco…

—¿Qué más da que el muerto se llame Dauber o Manzanares? —contraatacó Julio, obviando la observación del inspector—. Si me escatima información, no sé qué sentido tiene esta colaboración. Sinceramente, me parece desleal por su parte…

—Julio, dice usted palabras mayores. La discusión no va por ahí. Ya le he pedido disculpas. Esta tarde sin falta le pongo al día sobre

el caso Manzanares. Sin embargo…

—¿Qué? —se impacientó Julio.

—Me sabe mal decírselo, pero hay reticencias entre sus superiores.

—¿Qué quiere decir? En Jefatura han dado carta blanca, me consta…

—Instancias superiores, Julio. Encuentran innecesario que usted se implique más en este asunto cuando ya existe un expediente abierto en el que mi brigada lleva trabajando desde hace dos años. Temía que al final se diera una contraorden.

—¿Cómo sabe todo eso? —Julio frenó bruscamente ante un semáforo en rojo.

—Cálmese, hombre. Me está dejando las cervicales hechas puré… Entre nosotros: he hablado con alguien muy influyente en la Fiscalía, alguien con buenos contactos en el Ministerio del Interior. Por eso sé que hay quien no desea invertir más medios humanos en un caso que parece agotado. Sin mencionar el conflicto de intereses. Usted sabe tan bien como yo que ahora apuestan por fortalecer el papel de la Policía Nacional, centralizar funciones y todo eso…, de cara a la unificación de los dos cuerpos. Pero hay quienes desconfían. No quieren perder influencia ni estatus. A eso me refiero.

—¿Y qué se supone que soy yo ahora mismo? ¿Su chico de los recados? —murmuró el teniente, cáustico.

—¿Ve? Esa es la actitud que puede echar al traste el experimento. Aquí no hay chico de los recados. Se trata de poner todos los medios de los que dispone cada uno para resolver un caso.

—Pero quieren dejarme fuera —insistió Julio, lúgubre.

—Solo hace falta un poco de tiempo para convencer a los que se oponen, Julio. Mientras tanto, oficialmente usted lleva el caso de Dauber y yo el de Manzanares. Arranque de una vez, está en verde…

—¿No quedamos en que es la misma persona? —Julio se puso en marcha de nuevo.

—La identificación no será fiable al cien por cien hasta que tengamos los resultados de la prueba de paternidad.

—Pero con las nuevas evidencias…

—Las nuevas evidencias no bastan, no son concluyentes. Y no voy a dejarme la piel por resolver este galimatías si no tengo la certeza absoluta de que sigo la pista correcta. Además: si damos con el asesino y acaba ante un tribunal, primero habrá que demostrar que el muerto es Manzanares y no otro.

—Pues no parece que el fiscal tenga muchas dudas al respecto —comentó Julio.

—Bueno… A él le encantaría que fuera Manzanares. Sería un tanto a su favor. Si lo recuerda, el caso levantó mucha expectación en su momento, y no ayudó a mejorar la imagen del anterior fiscal, que ya andaba bastante tocada… Rivalidades políticas aparte, yo no soy tan optimista. Las cosas hay que hacerlas con la cabeza fría. La comparación del ADN del cadáver con el de la hija de Manzanares puede suponer la confirmación definitiva, más allá de una ficha dental o incluso unas huellas dactilares, que tampoco tenemos.

—Sigo sin comprender cómo me afecta a mí todo eso, Aldo.

—Verá…, me da en la nariz que no va a ser fácil convencer a la hija de Manzanares para que nos permita tomarle una muestra de ADN. La última vez, colaboró poco. Si no se aviene por las buenas, habrá que conseguir una orden judicial. Y luego, esperar el resultado. Eso nos da un margen de tiempo… No mucho, pero suficiente, espero, para presionar a quien haga falta y que accedan a pactar un acuerdo de colaboración más estrecho.

—Pensé que ese acuerdo ya estaba sobre la mesa.

—No. No de la forma que se la estoy planteando. La gente se queja… ¿Cómo es posible que cuando los dos cuerpos policiales se ven implicados en un mismo caso lleven investigaciones paralelas? No es un sistema demasiado eficaz. Y mucho menos, ágil. En el ministerio comienza a sentirse cierta voluntad por cambiar esa situación… Aparque ahí mismo, me estoy mareando de dar vueltas.

—¿Dónde?

—Ahí, a la derecha —señaló Aldo.

—No puedo, es un vado —respondió Julio.

—Ya lo veo, teniente. ¿Por qué cree que me quitaron la licencia? ¿Por ir atropellando viejas?

—No sabía que… Pensé que no conducía.

—Conducía perfectamente hasta que sacaron ese estúpido carné por puntos, teniente. Parece que infrinjo muchas normas… Pero no se asuste: casi todas son de tráfico.

Sábado, 4 de noviembre

XII

Por suerte era sábado, porque a las cinco de la mañana aún no había logrado pegar ojo. Ni los ejercicios de respiración ni el par de ansiolíticos que se había tomado antes de acostarse habían dado resultado. Los párpados le dolían, sentía la boca seca y se había hecho tal lío con las sábanas de dar vueltas sobre sí misma que ya era incapaz de desenredarse. Al final, Silvia se levantó. Entró en la cocina, preparó café y sacó una taza de la alacena sin mirar el fregadero. Puso una jarra con leche en el microondas. Se hizo unas tostadas, que no pudo probar. Tenía náuseas, puede incluso que algo de fiebre. Había pasado casi un día, y cuanto más lo analizaba, más incomprensible le parecía todo… Le había hundido el alfiler en el pecho, no le cabía duda, y, sin embargo, nada ocurrió. La insultó, sí, y después siguió caminando, sin inmutarse, sin reconocerla. Fue una estúpida, una insensata al actuar de aquella manera. «Enajenación transitoria», diría un abogado en una teleserie… Pero no era cierto. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué podía justificar un acto tan egoísta como el suyo? Puede que no existiera nadie en el mundo que mereciera la muerte tanto como él… Solo que, al intentar tomarse la justicia por su mano, había dejado escapar la ocasión de averiguar la verdad. Una persona sensata habría avisado a la policía, habría pedido ayuda a los trabajadores del parque, a Pedro, a quien fuera, con tal de retenerlo. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Llamar? ¿Y qué les diría?… Me llamo Silvia. Silvia Manzanares. Ayer, paseando por el Botánico, tropecé por casualidad con ese hombre, mi padre, y le clavé un alfiler de sombrero en el corazón… Sí, sí, en el corazón, estoy segura, aunque él siguió andando como si tal cosa… ¿Que si fue un accidente? No, desde luego que no…. Y después, ¿qué? No. Acudir a la policía significaba inmolarse, y no estaba dispuesta a más sacrificios. La interrogarían de nuevo, querrían saber por qué… La acusarían de intento de asesinato, tal vez de encubrimiento, porque nunca dijo todo lo que sabía. ¿O sería complicidad? De alguna manera, cada una de esas —hipotéticas— acusaciones eran ciertas… Lo perdería todo. A no ser que… Una llamada anónima, desde un teléfono público… No, ni hablar. En todas las películas, en todos los libros, acaban descubriéndote por tonterías así. Y él ya habría escapado para entonces. Por otra parte, tal vez la verdad no tuviera ya ninguna trascendencia y solo le

quedase el consuelo de la venganza. Porque, de ser cierto que algunos vínculos de sangre otorgan una especie de clarividencia, por decirlo de algún modo, sobrehumana, ella hacía tiempo que albergaba no la sospecha, sino la certeza terrible de saber que Daniel ya no estaba en este mundo. ¿Qué hacer, entonces? Calma. Tienes que mantener la calma. La policía no sabe nada. De lo contrario, ya te habrían detenido. Nadie te vio, tú ni siquiera tenías que estar allí… Silvia apuró el café y observó con aprensión el fregadero. Dentro, en agua y lejía, estaba el broche. ¿Quedarían restos de sangre? ¿Tendría que deshacerse de él?

—Dios —exclamó en voz alta—, ayúdame a salir de esta y te prometo que volveré a recuperar la fe en ti…

Silvia tuvo una idea. Se levantó y salió de la cocina. Se dirigió al salón y rebuscó en un cajón del aparador. Luego regresó, limpió la mesita plegable y extendió sobre ella un mapa de carreteras. Salió otra vez, y al instante volvió con una guía turística en las manos. Pasó las páginas con nerviosismo, hasta que dio con la foto que buscaba. Era una construcción impactante que le hacía pensar en un trasatlántico de hormigón encajado en lo alto de un desfiladero, con la popa aplastada cabeceando sobre un precipicio, y el tajamar emergiendo del agua, desafiante, al otro lado de la brecha… «La presa del Aldarmen —leyó— es una de las mayores obras de ingeniería hidráulica de Europa. Se eleva a 200 metros de altura sobre el embalse que lleva su mismo nombre y que ocupa una extensión de 8.600 hectáreas». Parecía el lugar idóneo. Silvia cogió el plano de carreteras y lo estudió detenidamente. Algo le decía que debía evitar las autopistas de peaje… Podía hacerlo por carreteras comarcales, aunque eso suponía atravesar dos provincias. Unos 278 kilómetros hasta el pueblo más cercano. La presa quedaba a 500 metros de allí, en mitad de ninguna parte. Eso le llevaría unas cuatro horas para llegar y otras tantas para volver, puede que algo más. Silvia miró el reloj de la cocina: faltaban casi dos para que amaneciera. Con suerte, podía estar de vuelta a primera hora de la tarde. Temblando, se levantó de la silla. Fue hasta el fregadero, tiró del tapón y recogió el alfiler con un paño. Lo envolvió en él y lo dejó sobre la encimera. Luego se metió en la ducha, repasando mentalmente la ruta que había marcado en el plano. Una vez allí, se desharía del alfiler sin ser vista. Y nada de aquello habría ocurrido.

Jueves, 7 de diciembre

XIII

Monteiro buscó el ático dos y pulsó el timbre. Al minuto, se oyó un «¿sí?» algo distorsionado.

—¿Silvia? ¿Silvia Manzanares?

—Sí… —repitió la voz, dubitativa.

—Soy el inspector Monteiro, no sé si me recuerda…

—¿Quién? Ah… Sí, sí, claro que le recuerdo…

—Me preguntaba si me dejaría hablar un instante con usted.

—¿No podría volver en otro momento? Estoy almorzando y tengo un poco de prisa…

—Le prometo que no la entretendré —dijo Aldo. La voz del otro lado enmudeció. Luego se escuchó un pitido y se abrió el portal.

—Está bien. En el ascensor tiene que pulsar el quinto y subir un tramo de escaleras a pie.

Aldo le guiñó un ojo a Julio.

—No, no parece muy dada a colaborar —murmuró el teniente mientras seguía al inspector. El ascensor estaba al fondo de un pasillo que, por la decoración, parecía más bien el pasadizo de entrada a una tumba faraónica.

—No, colaborar no es su punto fuerte —dijo Aldo—. Ya le explicaré más tarde…

—Eso espero, porque me siento como un imbécil.

—No se haga mala sangre y tenga fe, Julio. La fe mueve montañas.

—Yo no soy Moisés.

—Ese abría ríos, teniente. Le veo muy pez en historia bíblica.

El ático era diminuto en comparación con el resto del edificio. Más bien parecía una zona muerta que el constructor hubiera aprovechado para sacarle algún partido a la inversión. Las dos viviendas existentes compartían espacio con la caja de máquinas del ascensor y el cuarto de la instalación eléctrica. Silvia les aguardaba, asomada a la puerta. Aldo y Julio le mostraron sendas identificaciones, que ella miró distraída al tiempo que les hacía pasar a un saloncito, abruptamente interrumpido por un techo inclinado, donde se abría una ventana al cielo sombrío de la ciudad.

—Disculpe que nos presentemos sin previo aviso —comenzó Aldo—, solo será un minuto. Le presento al teniente Mataró, de la

Jefatura de Información y Policía Judicial.

—Adelante —musitó ella—. ¿Quieren sentarse? Yo… ando un poco apurada, pero… ¿Quieren un café, agua…?

—No, no, nada, no se preocupe —respondió el inspector. Solo había un sofá de dos plazas, y el techo se precipitaba peligrosamente sobre él. Aldo sopesó las posibilidades de golpearse la cabeza en la maniobra y decidió no hacer el ridículo. Julio, en cambio, se acomodó como pudo. Silvia se quedó en el mismo sitio, de espaldas a la puerta, con los brazos entrelazados sobre el pecho y una expresión interrogante en la mirada. Un silencio incómodo —interrumpido por el resuello de la maquinaria del ascensor— se apoderó de la situación, hasta que Aldo retomó las riendas.

—Bien… Como le decía, no pretendíamos molestarla. Pero han surgido ciertas… circunstancias en torno al caso de su padre, y necesitamos su ayuda.

—Creí que el caso se había cerrado —murmuró ella.

—No. Digamos que las investigaciones estaban en punto muerto, eso es todo. Permítame que le haga una pregunta… En los últimos meses, ¿intentó el señor Manzanares, o alguna otra persona relacionada con él, ponerse en contacto con usted?

Silvia se quitó las gafas, con gesto suave, y entrecerró los ojos. Luego parpadeó, volvió a ajustarse las lentes y miró atentamente a Monteiro, como si lo viera por primera vez.

—Señor… inspector, yo… Creo que ya conoce la situación. Desde la última vez que hablé con usted, nada ha cambiado. Todo sigue igual. Pero, si le sirve de algo, no. Ni él ni ninguna otra persona relacionada con él han intentado ponerse en contacto conmigo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, forma parte de mi trabajo… Aunque supongo que, si la respuesta fuera otra, ya habría acudido a la policía.

—Sí, claro —respondió ella—. ¿Qué ocurre? ¿Han descubierto algo?

—Algo hemos descubierto, sí. Pero no es una noticia agradable…

—¿Daniel…? —susurró ella.

—No, no es Daniel. En fin, será mejor no andarse por las ramas. Permita que le exponga los hechos, así acabaremos antes.

—Por favor —dijo ella, con un hilo de voz.

—Hemos hallado el cadáver de un hombre. Podría tratarse de Rubén Manzanares, pero no estamos seguros. Necesitamos que nos ayude a identificarlo.

—Pero yo…, hace años… No sé qué aspecto puede tener ahora.

Cualquier amigo suyo o empleado o… lo que sea… Cualquier vecino le sería más útil que yo para identificarlo.

—Por desgracia, la cosa no es tan sencilla —le explicó Aldo—. El cadáver está demasiado… desfigurado, debido al tiempo transcurrido desde la muerte, para realizar una identificación ocular y que un juez la dé por válida.

—Oh —Silvia se mordió el labio—. ¿Y qué quiere qué haga yo?

—Nos gustaría que se sometiera a un análisis de ADN para contrastar su perfil genético con el de la persona que tenemos en el depósito.

—¿El perfil genético? ¿Y no existe otra manera?

—Me temo que no.

—¿Me lo está pidiendo o me lo está exigiendo?

—¿Qué quiere decir? —musitó Aldo.

—Me gustaría saber si estoy obligada a hacer algo así.

—De momento, solo le pido que nos ayude a esclarecer la identidad de alguien que podría ser su padre. Si se niega, tendré que solicitar al juez que se ocupa de las diligencias que expida una orden, y entonces ya se vería. En cualquier caso, su oposición a colaborar sería tenida en cuenta en el sumario de la investigación.

—Entiendo… ¿Podría pensármelo, al menos? Me gustaría que alguien me aconsejara.

—Desde luego. Consúltelo con un abogado si quiere. Pero no se lo piense demasiado. El tiempo sigue corriendo en contra de Daniel. Si no quiere hacerlo por otros motivos, hágalo por él… Al fin y al cabo, es su hermano.

—No hace falta que me lo recuerde —protestó Silvia, endureciendo el tono—. Está bien. Dígame lo que he de hacer y le avisaré lo antes posible. Aunque no le prometo nada.

—De acuerdo. Pero le seré franco: si no recibo noticias suyas en cuarenta y ocho horas, no tendré más remedio que acudir al juez. Le dejo mi tarjeta. También puede llamar a este otro número. —Aldo apuntó en el dorso de la tarjeta su móvil particular—. Cuando se decida, le indicaré lo que tiene que hacer. La prueba es indolora, y los datos son confidenciales, no debe preocuparse por eso.

—Ya. Lo que usted diga. Y ahora, si no les importa… Tengo cosas que hacer.

—Desde luego —dijo Aldo. Le tendió la mano. Ella se la estrechó con frialdad. Julio se levantó del sillón desde el que había seguido la entrevista sin abrir la boca. Como Aldo había previsto, su cráneo chocó contra el techo inclinado.

—¡Cuidado! —avisó ella, demasiado tarde—. Vaya, lo siento…

—No se preocupe —contestó Julio, aturdido por el golpe—. De todos modos, ya me dolía.

Segunda parte

Viernes, 8 de diciembre

XIV

A pesar de los años transcurridos, Silvia recordaba bien el cementerio municipal. Recordaba cada uno de los sábados que había ido allí con su madre. Recordaba aquel silencio que solo el viento se atrevía a quebrantar. La recordaba a ella, siempre elegante, inclinada sobre la tumba, limpiándola con gesto pulcro, delicado. Nunca permitió que le ayudase en aquella tarea. Nunca le dejó tocar nada, como si las lápidas o las flores o incluso el agua del pilón pudieran hacerle daño, contagiarle no sabía bien qué cosa. Luego se erguía y permanecía allí durante un tiempo que a ella le parecía interminable, las manos entrelazadas sobre la falda, la mirada perdida en algún punto imaginario, más allá del ángel de piedra. Silvia la observaba con disimulo un rato, sobrecogida por la intensidad del ritual, celosa sin quererlo de aquel fantasma que ensombrecía su vida. Desde muy pequeña había aprendido a callar el nombre del niño, como hacían todos, pero el vacío que dejó pesaba más que una losa. Cuando se cansaba de espiar el diálogo mudo de su madre con la tumba, se iba a inspeccionar los nichos. Le gustaba adentrarse por los pasillos blancos y dejarse llevar por el viento que, como una mano invisible, la empujaba entre aquellas paredes que parecían sostener el cielo. Tapias enteras llenas de muertos ordenados en hileras. Archivadores gigantes de hormigón y huesos. Silvia pensó que, con todo, aquel era el mejor recuerdo de su niñez.

Buscó la tumba. Sabía dónde encontrarla… Silvia tenía solo dos años cuando ocurrió el accidente. Tal vez ahora podía entender la desesperación de su madre. Solo eso. Silvia se detuvo ante las lápidas. Se agachó sobre una y apartó la nieve del epitafio, imitando los gestos que recordaba en ella. Leyó la inscripción, con ternura, y le pidió perdón por aquellos años en los que lo sentía como un intruso que le estaba robando algo a su vida. Luego se incorporó. No necesitaba leer la inscripción de la otra para saber a quién pertenecía. Siempre estuvo allí, preparada para el reencuentro.

—Madre. Quiero que sepas que no me arrepiento. —Silvia tragó saliva—. Espero que nunca encuentres la paz, madre. Espero que exista algo más tras la muerte para que sigas sufriendo, para que sufras por siempre…

Silvia se dio la vuelta y se alejó de allí. No podía permitirse derramar una sola lágrima por aquel monstruo.

XV

—¿Y bien? —preguntó Aldo.

—La siguieron, como convenimos. Salió de casa sobre las nueve. Fue al pueblo…

—Ruinas de Santa Marina —apuntó el inspector.

—Sí, Ruinas… Entró en una cafetería. Desayunó, y de allí se dirigió al cementerio. Mis hombres no se acercaron demasiado, para no ser vistos. Dicen que estuvo paseando y que luego se detuvo junto a una tumba, en actitud…, cómo le diría… A ellos les pareció que estaba rezando.

—Me extraña —comentó Aldo.

—¿Puede hablar un poco más alto? No le escucho —exclamó Julio.

—¡Que me extraña! —repitió el inspector—. ¡¿Me oye ahora?!

—¡Sí, sí, no hace falta que grite!

—¿Qué más?

—Eso es todo. Salió del cementerio y regresó a la ciudad.

—Está bien…

—¿Qué?

—¡Que está bien! Oiga, cámbiese a una compañía que tenga cobertura o deshágase de ese trasto y cómprese uno decente…

—La cuestión —continuó Julio, sin prestar atención al comentario del inspector— es que no puedo tener a ningún hombre vigilando todo lo que hace. Ni es sospechosa ni tiene antecedentes ni es ético lo que estamos haciendo, así que el favor está hecho, Aldo. Y hasta que no me informe usted de…

—¡Caramba, Julio! Deje de machacarme de una vez. Oiga, mejor quedamos esta tarde y lo discutimos con tranquilidad. Las interferencias de su móvil me están volviendo oligofrénico… ¿Qué tal sobre las siete?

—A las ocho me vendría mejor. ¿Dónde?

—¿Conoce el Café de Tánger?

—Sí.

—Entonces quedamos allí y tomamos algo mientras me lo cuenta todo con detalle… A ver si, entretanto, me llama ella. ¿Le parece?

—Sí, siempre que sea m…tuo…

—¿Que sea «un tío»? ¿Qué está diciendo, Julio?

—¡Mutuo! Que sea mutuo, el intercambio de información,

digo…

—Se lo prometo. A las ocho en el Tánger.

—Hasta después, inspector…

—Jefe.

—Inspector jefe. —Julio suspiró y colgó el teléfono.

A las ocho menos diez, Aldo ya estaba sentado en su rincón favorito del café, frente a una litografía del Zoco Chico. Julio llegó puntual, como siempre, y con mejor cara que el día anterior. Fuera, la calle comenzaba a cubrirse de una fina capa de nieve. El tiempo había empeorado en los últimos días, trayendo promesas de una Navidad blanca a la ciudad, aunque de momento solo contribuía a que pareciese un poco más sucia. Aldo observó al teniente. Le hacía gracia. Ya se había dado cuenta de la difícil relación que mantenía con su ropa. Más que despojarse del anorak, los guantes y la bufanda, parecía que se peleara con ellos. Cuando finalmente consiguió deshacerse de aquel batiburrillo de prendas —que amontonó con pulcritud sobre una silla—, se sentó frente a él, sofocado y sonriente, un mechón de pelo rubio asomando por debajo del gorro de lana —todavía no había sonado la campana de aquel round—. Aldo sonrió también. Aquella criatura había nacido para habitar un mundo más cálido. Y sin ropa, pensó.

—¡Qué frío hace! —exclamó Julio—. ¿Lleva mucho tiempo esperando?

—No. ¿Qué tal su cabeza?

—Mejor. Y sin ayuda de ajos. ¿Qué toma?

—Limonada con menta.

—Prefiero un té. —Julio hizo una seña al camarero con una mano mientras que con la otra comenzaba a luchar con su gorrito. El asalto esta vez fue breve. Lo dejó KO de un derechazo y luego lo tumbó sobre el montón donde se apilaba el resto de contrincantes. De momento, ganaba Julio.

—Qué calor hace aquí dentro —declaró. Se apartó el pelo de la cara.

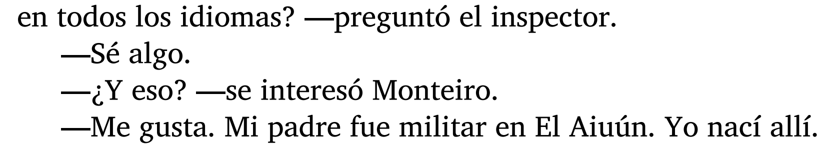
—Sí, es lo que tiene el invierno en estas latitudes: fuera hace frío y dentro, calor, como muy bien ha observado. Pero no siga quitándose ropa, Julio. Este es un lugar decente —bromeó Aldo.

—Ahlan. Uriduu… Shaii bil n’ana, min fadlik… —pidió Julio cuando el camarero, un chico de aspecto árabe, se acercó a la mesa.

—Hal tatahaddazul ‘arabiíah? —preguntó el camarero.

—Qalilan —contestó el teniente. El chico asintió y se alejó.

—¿Sabe árabe o es de los que les gusta memorizar frases hechas



en todos los idiomas? —preguntó el inspector.

—Sé algo.

—¿Y eso? —se interesó Monteiro.

—Me gusta. Mi padre fue militar en El Aiuún. Yo nací allí.

—Ya decía yo que no parece usted El espía que surgió del frío, precisamente. —Aldo sonrió.

—Bueno… El invierno no me vuelve loco. En fin, ¿le parece si entramos en materia?

—Qué animado está hoy, teniente.

—He podido dormir, solo eso. Por cierto, ¿no me va a dar la lata con el santo de hoy?

—Bah. —Aldo negó con la cabeza—. La Purísima Concepción… Es uno de esos misterios sin pies ni cabeza, como un caso que nunca se resuelve. Hablando de misterios, dígame otra vez qué fue a hacer Silvia Manzanares al cementerio de Santa Marina…

—Ah, no. De eso nada, Monteiro. Ahora… —Julio se interrumpió cuando el camarero dejó un vaso y una tetera humeante sobre la mesa.

—Tafaddali ash'shai —dijo.

—Qué rápido… —murmuró el teniente, sorprendido—. Shukran yazilan.

—'Alá rrahbi wa ssa'ah, sahbi —contestó el camarero, con expresión divertida.

—Ahora le toca a usted —concluyó Julio.

—¿Cuándo dejó el Sáhara, teniente?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me pica la curiosidad.

—En el setenta y cinco, cuando se retiraron las tropas.

—Entonces tenía usted…

—Aún no había cumplido dos años.

—¿Y recuerda el idioma? —se sorprendió Aldo.

—Lo estudié en la universidad. Antes de ingresar en la Guardia Civil.

—Vaya, así que es cierto… Existe vida antes de la Benemérita.

—Hombre, Aldo… Supongo que usted también es algo más que inspector jefe de Homicidios.

—Qué va, no crea. Yo nací con la placa debajo del brazo. Lo primero que hice al abrir los ojos fue arrestar al doctor.

—¿Qué crimen había cometido? ¿Ayudarle a nacer? —se burló Julio.

—Matar a mi madre.

—¿Perdón?

—Mi madre murió durante el parto. Por una negligencia médica.

Julio enrojeció. Durante unos segundos, no supo qué decir. Luego murmuró:

—Lo siento, no pretendía…

—Le estoy tomando el pelo, Julio. Qué ingenuo es usted… En fin, a lo que íbamos. ¿Por dónde quiere que empiece?

—Por no tomarme el pelo —dijo el teniente, airado—. Ese chiste no ha tenido gracia.

—No se enfade, hombre. Solo era una broma…

—Sin ninguna gracia —aseveró Julio.

—Eso depende del salero de cada uno, teniente. ¿Le parece si lo dejamos y entramos en materia?

—Antes que nada —dijo Julio—, ¿le llamó…?

—Sí. Accede a hacerse la prueba. Está citada mañana a primera hora.

XVI

Silvia había meditado mucho aquella decisión. Por lo que pudo inferir de la conversación con el inspector, la policía —de momento — no tenía nada que pudiera relacionarla con aquella muerte. Ni siquiera sabían que ella había estado en el Jardín Botánico ese día. De hecho, el inspector no mencionó el Botánico. Tan solo tenían a un hombre muerto que, por ciertos indicios, podría ser él. Tal vez sí. Tal vez no. Si se negaba a «colaborar», la considerarían sospechosa. Y solo retrasaría lo inevitable. De momento, jugaba con cierta ventaja. Ese inspector, Monteiro, ya sabía que no mantenía ningún tipo de contacto con su familia desde hacía años, que incluso había rechazado el legado de su madre. Siempre se guardó mucho de dar explicaciones sobre los verdaderos motivos de aquel distanciamiento. La primera vez que la interrogaron, atribuyó las desavenencias a un exceso de autoritarismo paterno —con el agravante de una madre enajenada—. «Quería escapar de esa atmósfera opresiva», se defendió. No es algo tan extraño, sucede con frecuencia… Esa era la versión que dio en su momento, y la que pensaba mantener contra viento y marea. ¿Qué podían tener en su contra? El único móvil que se le ocurría era el dinero. Pero, desde que logró independizarse, no había aceptado un duro de su familia. Podían comprobarlo fácilmente, de modo que… no había móvil.

Silvia descolgó el teléfono y marcó el número que el inspector había garabateado al dorso de su tarjeta. Eran las cinco y media. No habían transcurrido aún las cuarenta y ocho horas de plazo ni había consultado con ningún abogado. Síntoma de que colaboraba de

buen grado con la policía. O así esperaba que lo interpretase el inspector.

—Diga.

—¿Inspector Monteiro?

—Dígame, Silvia.

—Llamaba para decirle que puede contar conmigo…

—Estupendo. ¿Le parece bien mañana, a eso de las nueve?

—¿Mañana sábado?

—Cuánto antes, mejor para todos. Podemos pasar a recogerla si…

—Iré yo misma, gracias. ¿Dónde…?

—Si no tiene inconveniente, podemos resolverlo en mi oficina. Comisaría Central.

—¿Me van a hacer un análisis en su oficina? —se sorprendió.

—No vamos a extraerle sangre, no se preocupe —contestó el inspector—. En realidad es algo muy inocuo. Y rápido. Le pasarán un bastoncillo por el interior de la cavidad bucal y listo. Mañana, a las nueve. La esperamos.

—Inspector —dijo Silvia, antes de que Aldo cortara la comunicación—. Quería decirle que…

—¿Sí?

—Que siento haber estado brusca o desagradable el otro día. No quiero que se haga una idea equivocada sobre mí. Me cogió por sorpresa, eso es todo.

—Me hago cargo. No se preocupe, es comprensible. Hasta mañana, entonces…

Silvia se recostó en el sofá, pensativa. Había transcurrido un mes desde la excursión al Botánico. Lo recordaba como si lo hubiera visto en una película interpretada por unos actores desconocidos. Una no muy buena, de esas que esperas olvidar pronto. Quizás lo hubiera logrado si el tal Monteiro no se hubiera colado en la escena para recordarle el argumento. Ahora necesitaba tener una visión nítida de cada detalle, fotograma a fotograma. Revisar mentalmente cada uno de los actos que había ejecutado entonces para actuar con cautela al día siguiente. Decir lo justo. Responder de manera concisa. No mostrarse excesivamente sorprendida si le hacían alguna revelación. Aquel hombre era un extraño, daba igual el parentesco. Pero el inspector sacaría a relucir a Daniel, estaba segura. Daniel… Su punto débil.

Silvia dejó el sofá y fue a su dormitorio. Se tumbó en la cama, bajo la ventana del techo abuhardillado. El cielo, sobre ella,

mostraba ahora un tono violáceo. Observó las nubes, titánicas, monstruosas como vientres abultados y desmembrados arrastrados por el viento. Pronto caería la noche y no habría nada más que ver, salvo un fundido en negro sin estrellas. Hacía frío. Mucho, mucho frío.

XVII

—Daniel Manzanares tenía quince años —explicó el inspector, tras darle un sorbo a su limonada—. No es que fuera el más popular del instituto, pero tampoco era un bicho excesivamente raro. Sus profesores le apreciaban, vagamente, porque era disciplinado, creo. Hoy en día lo que más valora un profesor en un alumno es que aguante sentado una hora seguida y, sobre todo, que no lo agreda. Por lo demás, debía de pasar bastante desapercibido: nadie tenía una opinión muy formada sobre él. Un buen chico, decían, como si estuvieran hablando del caniche del vecino. Sin embargo, en los meses anteriores a la desaparición su rendimiento escolar había caído en picado. Las últimas calificaciones no eran como para tirar cohetes, precisamente…

—Y lo llevaba mal —añadió Julio.

—No sabemos cómo lo llevaba, teniente. En clase no hacía gran cosa por superarse, y en casa… En casa no creo que les importase demasiado que el niño no fuera una lumbrera. Papá tenía dinero de sobra como para ver un hándicap en eso. Que yo sepa, a los ricos y a los bellos no se les exige que encima saquen buenas notas…

—No empiece a divagar o nos cierran el garito antes de que diga algo importante.

—Importante lo es todo, Julio, porque solo disponemos de ese material: divagaciones y conjeturas. El caso es que el día en cuestión el chico tenía una cita con su mejor amigo. Pensaban ir a un centro comercial, ver una película y después comerse una hamburguesa. El amigo, Raúl…, no recuerdo ahora su apellido, declaró que Daniel había quedado en pasarse primero por su casa. Pero se hacía tarde y no aparecía, así que lo llamó al móvil: estaba desconectado. Probó con el fijo. Contestó Manzanares y le dijo que, efectivamente, Daniel hacía una hora que se había marchado…

—Supongo que lo comprobaron.

—Se comprobó que la llamada se había producido, que las horas coincidían… Que el teléfono móvil de Daniel estaba desconectado e ilocalizable. De resto, nada, salvo la declaración de Manzanares.

—¿Y la madre?

—Ah, sí… La madre… Doña Águeda Pardo de Ginés. Todo un carácter, la señora. Estaba como un cencerro, creo que ya se lo dije.

Tampoco se le puede exigir a la gente de alta cuna que rija bien.

—¿Cuál fue la versión de ella?

—No hubo versión, porque no estaba en casa. Había ido de compras a la ciudad. Ruinas de Santa Marina es muy chic, pero no hay tantos dependientes a los que torturar como aquí. El personal de servicio declaró que se marchó sobre las cinco y media en su coche. Nos dejó ver una multa de tráfico que le pusieron a eso de las nueve por estacionar en zona de minusválidos. También nos proporcionó una lista con los establecimientos que visitó. Aunque los dependientes no supieron precisar a qué hora la vieron, alguno la recordaba bien, porque era clienta habitual. Y porque no resultaba fácil olvidarse de ella. No sé si ha visto alguna vez una foto suya. —Julio negó con la cabeza—. Bueno, digamos que en otra época debió de romper bastantes corazones. En cualquier caso, parecía muy conmocionada por la desaparición. Nunca pudimos sacar nada en limpio de sus declaraciones… Aunque tampoco encontramos indicios de su implicación en el caso. Esa tarde salió de casa antes de que el chaval desapareciera y tardó algo más de cinco horas en volver…

—De modo que Manzanares estuvo solo con Daniel todo ese tiempo, sin coartada.

—No exactamente. Cuando doña Águeda se fue, además de Daniel y Manzanares, quedaba allí el personal de servicio, como le he dicho. En ese momento, dos criadas. La cocinera llegó más tarde, para preparar la cena (no tenían internos). Pero es cierto que, durante un lapso de dos horas y media, padre e hijo se quedaron solos. Doña Águeda andaba organizando una fiesta, y las dos criadas tuvieron que salir a hacer unos encargos. Una fue a la imprenta para recoger unas invitaciones. La otra, a supervisar un pedido en la floristería.

—¿Y necesitaron tanto tiempo? Santa Marina no es tan grande.

—Cierto, Julio. Pero le recuerdo que la señora no estaba en casa. De modo que Manzanares les dio algo más de tiempo libre, y algún dinerillo extra, para que merendaran en el pueblo. Esa fue la última vez que las dos muchachas vieron a Daniel.

—O sea, que Manzanares se deshizo de ellas para poder quedarse a solas con su hijo…

—A priori, eso es lo que parece. Sin embargo, hay un pero en ese razonamiento, Julio. No era la primera vez que Manzanares las mandaba a paseo. O de paseo. No creo que le gustase demasiado estar rodeado de lacayos. Los lacayos ven muchas cosas, y luego hablan. Les encanta hablar. La única diferencia es que, hasta ese

día, nunca había desaparecido nadie. A excepción de Silvia, claro. Pero Silvia abandonó el nido de una manera diferente y sin tanto misterio. Primero la metieron interna en un colegio de monjas, y cuando acabó el bachillerato le dijo adiós a toda la troupe Manzanares y se instaló en la ciudad, por su cuenta.

—Admirable.

—Extraño, diría yo. Aunque no es pecado. Ya volveremos luego sobre ella. Bueno, los criados hablan, decíamos. Pero, en este caso, hablaron poco. La señora era el blanco de todos sus cotilleos y quejas. De Manzanares casi no sabían qué decir, o no quisieron decirnos nada. Era un hombre distante, serio, bastante maniático pero correcto —que flirtease con la extrema derecha, como averiguamos después, no parecía incomodar a nadie—. No intervenía en las cuestiones domésticas y, si podía, evitaba tratar directamente con la servidumbre. Eso sí: siempre que tenía ocasión los mandaba lo más lejos posible, a merendar o a lo que fuera. Por tanto, aquel día no hizo nada fuera de lo común cuando les dio permiso para ausentarse durante un par de horas.

—Ya veo. Y fue entonces cuando Daniel, supuestamente, salió de casa y desapareció…

—Exacto. Dos horas y media que solo conocemos por las declaraciones de Manzanares y por las del otro muchacho. Doña Águeda se fue de casa a las cinco y media. Las criadas, sobre las seis de la tarde. El amigo de Daniel llamó pasadas las siete y media, y Manzanares le dijo que su hijo había salido de casa una hora antes, a las seis y media. En torno a las diez y media regresó doña Águeda. A las doce empezaron a inquietarse porque Daniel no regresaba. Llamaron a todos sus conocidos, sin resultado. A las dos de la madrugada alertaron a la policía. En las diligencias previas se barajó la hipótesis de la fuga, porque en su dormitorio faltaba una mochila, ropa, su teléfono, su documentación, su portátil y algún que otro objeto personal. Manzanares dijo que no lo vio salir de casa. Por tanto, desconocía esos detalles…

—¿Cómo es que no lo vio si no había nadie más en la casa? ¿Cómo sabía a qué hora se fue el muchacho con tanta exactitud, entonces?

—Declaró que él estaba en su despacho, en el piso superior. Oyó a Daniel salir del dormitorio, bajar las escaleras y, por último, un portazo. El hombre se limitó a mirar el reloj y certificar que su hijo se había largado a las seis y media.

—Pero ¿sucedió algo fuera de lo común ese día? ¿Discutieron o…?

—Según él, no discutieron. Nunca discutían. Todos los interrogados corroboraron que, si bien el trato era frío, Daniel respetaba mucho a su padre. Si se tiraban los trastos a la cabeza, se cuidaban mucho de hacerlo en público.

—Me pregunto qué motivos podría tener para querer fugarse —murmuró Julio.

—¿Motivos? A esa edad y con esa familia, se me ocurren unos cuantos. Quizás le disgustó descubrir que papá fantaseaba con ponerse un cucurucho en la cabeza y alegrar las noches de Alabama, antorcha en mano. O que mamá se pareciera cada vez más a la reina Juana reencarnada, con un carácter tan castrador como unas tijeras de podar. Por no mencionar que Silvia ya había sentado un precedente. Me incorporé al caso una semana después de su hipotética fuga. Para entonces, esa teoría ya no se sostenía. La prensa hablaba de secuestro. Se montó un revuelo enorme…

—Lo recuerdo.

—Sin embargo, tampoco había nada que nos llevara en esa dirección. Comenzamos a sospechar de Manzanares. Desde el principio, hubo un detalle que a mí, particularmente, me resultó… llamativo.

—¿Qué detalle? —lo acució Julio.

—La fecha de la desaparición. Catorce de octubre.

—No entiendo…

—Manzanares nació el catorce de octubre de 1944 —aclaró Aldo —. Daniel desapareció el mismo día del cumpleaños de papá. Por eso mamá estaba de compras. Por eso preparaban una fiesta ese fin de semana. Por eso las criadas andaban trajinando en el pueblo con invitaciones y flores, merienda de por medio…

—Y… ¿qué demuestra eso?

—Nada, teniente. Es una coincidencia más en esta espiral de coincidencias. Pero a mí ese detalle me sigue intrigando. En fin… A las dos semanas de búsqueda infructuosa, Manzanares nos montó una bronca monumental. Nos llamó de todo menos bonitos, y luego nos anunció que había decidido salir él mismo en busca del chaval, vista nuestra incompetencia para dar con él. Dicho y hecho. Se fue…

—Y nunca más regresó —concluyó Julio.

—Sí. Es una familia curiosa. Parece programada genéticamente para esfumarse sin dejar rastro. Y eso que lo teníamos bajo vigilancia…

—Al menos Silvia no ha desaparecido.

—Y espero que no lo haga. Es nuestro último vínculo con

Manzanares. Y con Daniel.

—Hábleme de ella —le pidió el teniente.

—Disculpe, Julio. Ahora me toca a mí. Cuénteme primero qué hacía en el cementerio.

—Nada fuera de lo normal… Estuvo deambulando un rato por allí. Ha nevado mucho estos días en la sierra, supongo que le costó encontrar la tumba.

—De doña Águeda…

—¿De quién si no? —Julio observó la cara de incredulidad del inspector.

—Es que… me sorprende que vaya a visitar a Águeda al cementerio, Julio. No lo hizo cuando su hijo y su esposo se volatilizaron ni cuando agonizaba en la clínica, tras cortarse las venas. Tampoco fue a su entierro. ¿Por qué ahora?

—¿Remordimientos, tal vez?

—Quizás, pero ¿por qué al día siguiente de hablar con nosotros y enterarse de que, probablemente, Manzanares también esté muerto?

—¿Más remordimientos? Me dijeron que la habían notado bastante emocionada.

—Ya. Demasiados remordimientos, ¿no le parece? —observó Aldo.

—¿Y por qué no se lo pregunta mañana a ella directamente?

—Porque no quiero que sepa que la hemos seguido hasta el cementerio y ponerla sobre aviso. De todos modos, me resulta muy extraño. Ya le he dicho que…

—Sí, lo sé —interrumpió Julio—. Odiaba a su madre. Hay quien se relaciona mejor con los muertos que con los vivos…

—Qué miedo da usted cuando dice esas cosas, Julio.

—Lo digo en serio, Aldo. Es muy posible que esas visitas al cementerio formen parte de una rutina que usted desconoce. ¿O acaso la ha estado vigilando desde que murió doña Águeda?

—No, desde luego. Pero sus argumentos psicológicos no acaban de convencerme, Julio. No es que Silvia tuviera una relación difícil con ella: es que no existía relación alguna. Ni con Águeda ni con Manzanares ni con Daniel.

—¿Por qué?

—Eso me gustaría saber… Hasta el momento, se ha negado a dar detalles. Algo oculta, no obstante. Incluso rechazó la legítima cuando doña Águeda murió…

—¿La legítima? —repitió Julio.

—El tercio de herencia que le correspondía por ley. Bueno, la

mitad de ese tercio. Ya veremos qué sorpresas nos reservan las últimas voluntades de Manzanares.

—¿Por qué lo dice?

—Verá…, tengo una sospecha. Es aún muy vaga, pero si logramos aclarar definitivamente la identidad del húngaro… No sé. Tal vez deberíamos considerarla.

—Si no me da más pistas, Aldo…

—Le haré un esbozo. Tenemos un desaparecido…

—Dos —corrigió Julio.

—Permítame que, de momento, me centre solo en uno: Manzanares. Y un muerto: Dauber. Digamos que estamos en lo cierto y son la misma persona. De acuerdo hasta ahí, ¿no?

—Supongo que sí —asintió el teniente.

—Ya le he comentado que Manzanares no hizo ningún movimiento bancario sospechoso en los días posteriores a la desaparición de su hijo, y que tras su propia transmutación en aire se le embargaron las cuentas. Tampoco detectamos operaciones irregulares en los negocios donde tenía acciones durante ese mismo periodo ni en los meses siguientes.

—Sí, ya lo ha dicho —asintió Julio.

—Ahora bien, ¿quién es Dauber?

—Pues…, de momento, parece que no es nadie —respondió Julio, dubitativo.

—Por tanto, no tiene cuenta corriente. Ese detalle me intriga, porque sigo sin comprender cómo se las iba a apañar nuestro hombre en la piel de alguien que no existe…

—¿Y qué se le ha ocurrido, Aldo? No me lo diga… Usted cree que Manzanares testó a favor de Dauber. De ese modo, se aseguraba el futuro, ¿no es eso?

—Yo estaba pensando más bien en una póliza de seguros. Pero dicho así… Suena demasiado simple.

—Complicado, más bien —adujo el teniente—. ¿Cómo iba a cobrar la herencia o a beneficiarse de un seguro de vida si no hay cadáver? Quiero decir que hasta que Manzanares apareciera muerto no podría reclamar nada.

—Bueno, eso no es un escollo insalvable. ¿Quién le dice que no hay algún desgraciado enterrado por ahí para ser usado con ese propósito? Un indocumentado, por ejemplo, quién sabe si el auténtico Dauber… Un tipo que nadie eche en falta por aquí, sin familia que denuncie su desaparición. Víctima de un macabro asesinato, de esos que no dejan forma humana de identificar el cuerpo, pero con suficientes indicios a su alrededor para hacernos

creer que se trata de él… No. Eso no me parece tan descabellado. Ya he visto casos así. Al final se cierran, se entierra al muerto, sea quien sea, y todos felices.

—No me convence —objetó Julio—. En primer lugar, es imposible cobrar una herencia sin formalizar los trámites legales. Si fuera como usted dice, Manzanares no solo tendría que haber testado a favor de Dauber; también necesitaría documentos falsos para reclamar la herencia o contar con un negro que la reclamase por él. Por no mencionar que preparar un plan tan complejo en solo dos semanas y con todos los focos puestos en él… —Julio no terminó la frase. Se limitó a chasquear la lengua.

—Sí… Tiene razón. —Aldo entrecerró los ojos—. Demasiado complejo. De todos modos, espero que la lectura de últimas voluntades de Manzanares nos aclare algo. Mientras, procure no ponerle ojitos a Silvia. Aún no sabemos hasta qué punto puede estar implicada en este caso.

—¿Ojitos? ¿Ojitos de qué? —se sorprendió el teniente.

—Bueno… Me pareció que le gustaba.

—Me agradó, sí. Transmite algo… melancólico. Solo eso —se defendió Julio, malhumorado. ¿Sería posible que Aldo no se hubiera percatado aún de nada?

—Será por las gafas y por ese aire de perrito apaleado que adopta. No se deje engañar: me da en la nariz que Silvia es una superviviente nata.

—¿Y qué si lo es? —respondió el teniente.

Aldo lo miró a los ojos. Sonreía. Julio pensó que iba a soltarle otro de sus chistes sin gracia.

—La supervivencia, Julio, es el más feroz de los instintos humanos. No lo olvide —sentenció.

Sábado, 9 de diciembre

XVIII

Estaba exhausta. La sensación sobrepasaba el agotamiento. Suponía más bien una pérdida. Una pérdida de sí misma. Llevaba cuarenta y ocho horas seguidas sin conciliar el sueño, y empezaba a resultar doloroso. Tenía calambres en las articulaciones, los músculos agarrotados. En aquel momento, acabar en la cárcel empezaba a darle igual. Solo deseaba dormir, días y noches, años enteros, sin interrupción. Un día más sin pegar ojo, pensó, y acabaría en la sala de urgencias de un hospital. O loca de remate. De camino a la comisaría se detuvo en un bar. Pidió un café. En el baño quiso retocarse el maquillaje. Sin embargo, al mirarse en el espejo vio que, al margen de una leve irritación en los ojos —ya no estaba acostumbrada a usar lentes de contacto—, tenía el cutis fresco, sorprendentemente terso. Se puso unas gotas de colirio y salió.

Aldo charlaba en su despacho con Julio y el forense mientras esperaban a Silvia.

—He estado pensando —le decía al teniente— que no estaría de más volver al cementerio y echarle un vistazo a esa tumba…

—¿Qué cementerio? —se interesó Linares.

—El de Ruinas de Santa Marina —dijo Julio.

—Ruinas de Santa Marina. —Linares suspiró—. Fue ahí donde desapareció el muchacho, ¿no es así?

—Ajá —asintió el inspector, distraído.

—Y después el padre… Muy triste todo —continuó el forense—. ¿Qué fue de la madre?

—Murió —contestó Aldo, lacónico.

—¿Y la chica? ¿Tenía más hermanos?

—¿Silvia? No, solo Daniel —dijo Julio al ver que Aldo no se molestaba en responder.

—¿Está casada? ¿Tiene hijos?

Aldo miró al médico con suspicacia.

—No, Linares. No está casada ni tiene hijos —contestó.

—Vaya. Pobre muchacha. Quedarse tan sola…

—Es usted un romántico, Linares.

—Será que me hago viejo, Monteiro. A mi edad pueden pasarte dos cosas: que los dramas te resbalen o que adquieran dimensiones

bíblicas. Creo que soy más propenso a lo segundo.

—Pues lo pasará mal en su trabajo —dijo Julio.

Linares se volvió hacia el teniente.

—¿Mal en mi trabajo? ¿Por qué?

—Bueno…, supongo que no será fácil tener que enfrentarse casi a diario con…

—¿La muerte? —dijo—. ¿Y por qué iba a emocionarme un cadáver si ya ni siente ni padece?

—Por lo que deja atrás, por lo que fue —se defendió Julio—, no sé…

—¡Toma! —exclamó Linares—. Y el pollo que se zampó usted anoche, pongamos por caso, también fue algo antes de acabar en el horno con un limón en el culo, ¿no? ¿Y se emociona usted cuando cocina un pollo, o mientras le arranca las plumas, lo despieza, lo lava…?

—Compro el pollo envasado, limpio y en filetes. Jamás le he metido un limón en ningún sitio —contestó Julio, ruborizado. Aldo observaba, serio, sin intervenir. El teniente imaginó que por dentro se estaría desternillando—. Y no puede comparar un pollo con un ser humano —añadió.

—Pues yo le digo que entre sus filetes de pollo y mis cadáveres no hay grandes diferencias. Todos realizan las mismas funciones: ninguna. En rigor, solo son materia inerte.

—Señores, no nos pongamos lúgubres —intervino Aldo—. Van a ahuyentar a Silvia.

—Es verdad. Parecemos las brujas de Hamlet.

—Macbeth, teniente —le corrigió Aldo.

—Eso…

Aporrearon la puerta del despacho. Antes de que Aldo tuviera tiempo de alcanzarla, se abrió de golpe. Un agente de ojos saltones y estatura sospechosamente baja irrumpió en el despacho.

—Monteiro, Silvia Manzanares acaba de llegar.

—Pues tráela. Y que no me pasen ninguna llamada, por favor.

Silvia asomó por la puerta. Le sacaba unos cinco o seis centímetros de estatura al agente de los ojos saltones. Julio la observó, pensando en la advertencia que Aldo le había hecho el día anterior. Era difícil no «ponerle ojitos», daba igual que a uno le gustase o no. Los del agente, desde luego, parecían a punto de precipitarse al vacío, siguiendo el recorrido de su espalda. Decir que era guapa no le hacía justicia. Es más: ni siquiera lo era. No en un sentido clásico. Su atractivo resultaba mutante. Camaleónico, en constante transformación. Hecho de detalles. Algo en su perfil, la

nariz levemente afilada. El arco de las cejas. Los labios, desiguales —el superior algo más prominente—. Su pelo oscuro, lacio, que a veces dejaba al descubierto una oreja, delicada, quizás la fracción más simétrica de su rostro, y le ocultaba la otra. O viceversa. La mandíbula, siempre en tensión. La palidez de su piel. La expresión desconfiada de sus ojos castaños… No, no era hermosa. En eso consistía su atractivo, huidizo y cambiante. Como si estuviera habituada a camuflarse en la oscuridad de la selva.

Aldo se adelantó y le tendió la mano.

—Siéntese, por favor —le pidió—. Me alegra que haya venido, Sil-via.

—Bueno. No recuerdo que me diera muchas opciones…

Aldo no contestó. La miró, los ojos entrecerrados.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo.

Silvia se encogió de hombros.

—¿Por qué ese desapego?

—¿Desapego?

—Sí. Hacia su familia. No es que la juzgue, en realidad me trae sin cuidado. Pero siento curiosidad.

Silvia permaneció callada.

—¿Y bien? —insistió Aldo.

—¿Es un interrogatorio?

—En absoluto. Explíqueselo usted, teniente.

—Eh… No, no. Claro que no. Pero ya que usted accedió a…

—Yo solo dije que me sometería a la prueba, no que contestaría a sus preguntas.

—Nadie desea importunarla —intervino Aldo—. Solo le pedimos que nos ayude…

—¿A qué, inspector? Mi desapego no le concierne. Y no tengo por qué contarle mi vida.

—Puede ayudarnos de otra forma, Silvia. —Julio alcanzó un maletín metálico que había sobre la mesa—. ¿Le importaría que le mostrásemos algunos objetos? Tal vez reconozca algo.

—Como quiera. Mientras no tenga que ver el cadáver…

—No tiene que hacerlo, no se inquiete —la tranquilizó el forense.

Julio abrió el maletín. Con mucha parsimonia fue sacando y enumerando las bolsas de plástico con las evidencias según las ordenaba sobre el escritorio.

—Libro. Foto. Camisa. Corbata… Guantes. Ah, aquí está la cartera… y un zapato…

—¿Un… zapato?

—Un zapato dice mucho de quien lo lleva —le explicó Linares —. Por el tipo de desgaste en la suela puede indicarnos el peso del sujeto, si tenía alguna lesión o…

Silvia se encogió en la silla y se llevó las manos al rostro.

—Señorita… ¿Se encuentra bien? —dijo Linares.

Ella no contestó. Se dobló aún más, las manos crispadas sobre los ojos. El pelo le cubrió la cara.

—Monteiro, que le traigan algo de beber. Se ha impresionado. —Aldo descolgó el teléfono y dio la orden.

—¿Qué ocurre, Silvia? ¿Es por el zapato? —Julio se acercó a ella, con el zapato en la mano. Silvia se estremeció, el cuerpo sacudido por pequeños espasmos, como si estuviera sollozando.

—Teniente, dele un respiro —dijo Linares—. Silvia, no es necesario que…

—Un momento, Linares —lo interrumpió Aldo—. Silvia, escúcheme… ¿Silvia?

Ella agitó una mano en el aire. Se apartó el pelo de la cara, se incorporó en la silla. Miró al inspector y soltó una carcajada, incontenible, desbordante. No podía parar de reír. Y cuanto más hacía por tranquilizarse, más virulento se volvía el ataque. El agente de los ojos saltones entró en el despacho con una botella de agua. Aldo alcanzó un vaso. Despidió al agente y se acercó a ella.

—Beba —dijo Linares—. Le hará bien…

Silvia dio un profundo suspiro. Sus ojos, cuajados de lágrimas, denotaban ahora un cansancio infinito.

Cogió el vaso que Aldo le ofrecía. Luego rebuscó en su bolso, con pulso vacilante.

—¿Quiere un pañuelo? —Julio le tendió un paquete de Kleenex.

—Gracias —murmuró—. Lo siento. No sé qué me ha pasado.

—Un pequeño ataque de ansiedad —explicó Linares—. Demasiadas emociones…

—Es posible —convino ella, sonándose—. Por favor, quisiera terminar con esto.

—Creo que será lo mejor —convino el forense—. ¿Le han explicado en qué consiste el test?

—No.

—Es muy sencillo. Tomaré una muestra bucal con un hisopo estéril y me la llevaré al laboratorio para analizar el ADN. Cuando haya obtenido su perfil genético, lo compararé con la otra muestra. Por exclusión de determinados marcadores podremos evidenciar o descartar el parentesco… ¿Lo ha entendido?

Ella asintió.

—¿Le tomo la muestra, entonces?

—Por favor…

Linares extrajo de su envase un bastoncillo largo con un algodón en el extremo.

—Esto no duele nada. Abra la boca, por favor. —Silvia obedeció. Él pasó el algodón por la cara interna de su mejilla. Seguidamente, lo guardó en un tubo de muestra.

—¿Ya está?

—De momento, sí. —Linares apuntó los datos en una etiqueta.

—¿Cuánto tardará el resultado? —preguntó Silvia.

—En un par de días tendrá noticias —respondió Aldo.

—Exacto. Me llevo esto al laboratorio. Monteiro, te veo más tarde. Teniente —saludó Linares—. Cuídese, Silvia —dijo. Recogió sus cosas y salió del despacho.

—Tengo otra pregunta —murmuró Silvia, apenas se hubo cerrado la puerta—. ¿Qué pasará si la prueba determina que ese hombre es mi padre?

—Bueno —titubeó el teniente—. En ese caso…

—En ese caso continuaremos con la investigación en curso —le interrumpió Aldo—. Algo que, de momento, parece que no le concierne… ¿Verdad?

—¿Por qué me habla en ese tono?

—¿Qué tono?

—Se lo he dicho mil veces, inspector: me fui de casa con dieciséis años y nunca más volví. A mi padre solo me une el apellido y los dichosos genes. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo?

—Pero Daniel…

—Le parezca a usted lo que le parezca, la situación es la misma. Vi a Daniel una o dos veces en toda mi vida, cuando todavía era un bebé. No llegué a conocerlo. Y, por favor, no me pregunte por mi madre. No tengo una respuesta diferente para ella… Les he dado lo que me pidieron. ¿Puedo irme ya o va a seguir insistiendo en preguntarme cosas que no tienen respuesta? —exclamó Silvia, con una inflexión más aguda de lo que hubiera deseado.

—Disculpe, Silvia —dijo Julio—. No pretendíamos ofenderla.

—¿Por qué no llegó a conocerlo? —insistió Aldo

—¿Qué? —Silvia sentía que los oídos iban a estallarle.

—Puedo entender que quisiera perder de vista a sus padres. Pero Daniel… ¿Por qué lo echó de su vida?

—No le permito que enjuicie mis actos. Usted no sabe nada…

Aldo sonrió.

—No será porque no lo intente —dijo.

—¡Yo no eché a Daniel de mi vida! —Silvia se mordió el labio. Sus ojos volvieron a humedecerse—. Quiero irme, ¿hemos terminado ya?

—No queremos retenerla a la fuerza, Silvia —dijo Julio—. Pero al menos échele un vistazo a estas cosas antes de irse… Por favor.

—Está bien.

Silvia se acercó al escritorio. Julio ordenó las bolsas, de manera que pudiera ver con claridad el contenido.

—¿Reconoce algún objeto, alguna prenda? —preguntó.

—La foto de Daniel… Fue la que utilizaron durante la búsqueda, ¿no es así? —susurró ella.

—En efecto —dijo Aldo—. Fíjese en el libro…

—Rubén Darío. Antología Poética —leyó Silvia a través del plástico.

—Fue ahí donde encontramos la foto —le explicó Julio—. ¿Le dice algo?

—No. Solo que… mi padre odiaba la poesía —contestó—. No creo que ese libro sea suyo.

—¿Está segura? —dijo Aldo.

—Completamente. A no ser que cambiara de gustos con el tiempo. Oiga, esto es inútil. No reconozco ninguna de estas cosas, salvo la foto.

—Está bien. —Aldo suspiró—. Para acabar: ¿conoce a alguien llamado Orion Dauber?

—¿Se burla de mí?

—¿Burlarme? ¿Por qué lo dice?

—Orion Dauber es un anagrama…

—¿Un anagrama? —repitió Julio—. ¿Qué quiere decir?

—Orion Dauber, Rubén Darío —contestó Silvia—. Esto no tiene gracia… ¿Me están poniendo a prueba o algo así? ¿Por eso me enseñaron el libro?

—Por favor, Silvia. No estamos bromeando. Díganos qué sabe de ese anagrama…

—Solo sé que es el seudónimo que usaba Daniel —dijo ella.

—¿Seudónimo?

—Sí. En la revista del instituto. Daniel solía escribir cosas…, poemas. Y firmaba así. Orion Dauber. Yo pensaba que…

—Niña inocente Leocadia, enséñanos dónde está la Verdad y qué hay que hacer para tenerla —murmuró Aldo—. Gracias por iluminarnos…

—¿Qué? —Silvia miró a Julio con cara de extrañeza.

—¿Leocadia? —dijo él.

—Santa Leocadia, teniente. Hoy es su día. ¿Cómo sabe todo eso, Silvia? ¿Por qué nos lo ha ocultado tanto tiempo?

—Yo no le he ocultado nada… ¿Qué importancia podía tener para ustedes que Daniel escribiera en la revista del colegio o que usara seudónimo? Además, di por sentado que, de ser algo importante, estarían al tanto. Yo lo sé porque… Bueno. Soy maestra, no lo olvide. Una vez cayó en mis manos la revista y por una compañera supe todo lo demás. Eso es todo.

—¿No tendrá alguna de esas revistas en casa? —preguntó Julio.

—No sé… Es posible —titubeó ella—. Busquen en Santa Marina. En la biblioteca del instituto. Lo siento, pero creo que no puedo más… ¿Puedo irme ya?

—Puede irse —dijo Aldo—. Por favor, si encuentra las revistas o recuerda alguna otra cosa, avísenos. En cuanto tengamos los resultados me pondré en contacto con usted.

XIX

Silvia se arrepintió de no haber llevado el coche. La temperatura había descendido de manera drástica y no le apetecía caminar. Se sentía demasiado cansada para tomar el metro —el intercambiador, estación obligada, le daba claustrofobia—, y, por norma general, procuraba evitar los taxis. Mientras decidía qué hacer, echó a andar, arrebujándose en el abrigo. Pensó que una bebida caliente le vendría bien, y recordó un café que había descubierto no hacía mucho cerca de allí. El centro estaría a reventar de gente, a pesar del frío. Era sábado, y la triste embriaguez de las Navidades estaba al acecho. En los grandes almacenes sonarían villancicos —¿sería verdad que los empleados recibían un plus por soportar el tintineo de campanitas tantas horas seguidas sin enloquecer?—. Y los papanoeles, famélicos como perros sin dueño, ya estarían dispuestos en cada esquina repartiendo publicidad a golpe de hou hou hou, histriónicos o desfallecidos, según el caso. No. Era demasiado para un solo día. Vio una boca de metro y entró. Mejor el intercambiador que los papanoeles postizos y su falso entusiasmo.

En el vagón había menos gente de la que había supuesto. Era un alivio. La cabeza se le iba, como si fuera un globo lleno de aire. Hizo un esfuerzo por despejarse. Tocaba reflexionar sobre los últimos acontecimientos, atar cabos, dar forma a los datos, pero solo le venían ideas sueltas, imágenes —la más poderosa, sin duda, la del libro—. El libro. Rubén Darío. Orion Dauber. Daniel. Todo estaba relacionado. Pero algo faltaba. Volvía a intentarlo… El libro, Rubén Darío. Rubén Darío, Orion Dauber. Orion Dauber, Daniel. Daniel…, Rubén…, Manzanares. No había sido del todo sincera con

el inspector. Si bien era cierto que el libro en sí no le decía nada, sabía que encerraba un significado. No alcanzaba a saber cuál, pero intuía que tenía la clave ante las narices. Y que la clave residía en un dato que no había querido desvelar en aquel interrogatorio, tal vez por miedo: aquel libro no pertenecía a su padre. Lo sabía con certeza. Eso era lo que no encajaba, y lo que, a la vez, encajaba demasiado bien. Tanto que sintió arcadas. Recordó su vestido blanco. Recordó aquella tarde, a finales ya de la primavera —tendría entonces nueve años—. Se había hecho una diadema ella misma. Y también la estrella azul, de papel metalizado, que llevaba sujeta al pecho con un imperdible. Iba a ser toda una sorpresa. Doña Amalia, la directora, había decidido dejarla participar en el festival del colegio, con los mayores. Ahora solo necesitaba el visto bueno de sus padres. Estaba ansiosa por mostrarles su talento. Los sentó frente a la chimenea y, haciendo una sutil reverencia, comenzó a recitar…

Margarita, está linda la mar / y el viento / lleva esencia sutil de azahar; / yo siento / en el alma una alondra cantar: / tu acento. / Margarita, te voy a contar un cuento…

Lo hacía bien. Sabía que lo estaba haciendo bien. Y sin embargo… Su madre asentía, sí. Como siempre. Inexpresiva. Sin dar muestras de aburrimiento o deleite. No esperaba mucho más de ella. Era de su padre de quien aguardaba algo. Que se emocionase. Que aplaudiese a rabiar, que la abrazase —Dios—. Un gesto de amor, de simpatía, de orgullo hacia ella.

Una tarde la princesa / vio una estrella aparecer; / la princesa era traviesa / y la quiso ir a coger…

Él se echó a reír. Temía su risa. Baja, bronca. Cruel. Se levantó del sofá. «¿Para esto te mandamos a ese colegio, hija mía?», murmuró. Luego se dio la vuelta y se fue al despacho. Antes de desaparecer por la puerta, aún oyó su voz. «Dile a tu maestra de mi parte que Rubén Darío es para mariquitas, Silvia. Suena mal hasta en la boca de una niña».

—No le hagas caso. Continúa —la animó Águeda, pero Silvia sabía que su interés era fingido. Tragó saliva.

—La princesita está bella… pues ya tiene el prendedor… en que lucen, con la estrella… verso, perla… pluma y flor… —logró declamar. Olvidó la siguiente estrofa. Su voz se quebró. Nunca participó en ningún festival. Nunca más recitó un poema.

Silvia se revolvió en el asiento. Un hombre moreno, con la cabeza casi encajada entre los hombros, la observaba fijamente. Ella

se ruborizó. ¿Habría recitado el poema en alto? Él desvió la mirada. Por la megafonía anunciaron la llegada al intercambiador. Silvia se levantó y se apresuró a salir del vagón.

Cuando llegó a casa, se derrumbó en el sofá. Era casi la una del mediodía. Tenía sueño, al fin. Para bien o para mal, estaba hecho. Ya no le cabían dudas sobre la identidad de aquel cadáver. Lo que pasara a partir de aquel momento quedaba fuera de su alcance, solo podía esperar. Bostezó. Alargó la mano para subir el termostato de la calefacción, debajo de la ventana. Se quitó las lentes de contacto y las echó en la maceta que había sobre la mesita, donde comenzaban a germinar unos bulbos de narciso. Se abrazó a un cojín. Cerró los ojos, aliviada. En su cabeza, los recuerdos seguían bullendo. No todos. Algunos estaban fuertemente blindados. La llave, escondida. Al menos, tenía la conciencia tranquila. O casi… Hablaría con el inspector Monteiro. Le llevaría las revistas… Le explicaría su corazonada, que el libro de poemas era de Daniel, y lo que eso significaba. Solo le inquietaba una cosa… Si desconocían que Daniel firmaba sus escritos en la revista escolar con aquel seudónimo, ¿por qué le habían preguntado si conocía a Orion Dauber? ¿Habían fingido no saber nada? ¿Con qué propósito, entonces? Quizás no fuera buena idea hablar. No ahora. Más adelante… Cuando tuvieran los resultados… Entonces, sí… Tal vez…

Silvia se durmió.

XX

—¿Lo huele? —dijo Julio cuando salieron a la calle.

—¿Qué cosa, teniente? —contestó Aldo, con aire distraído.

—Va a caer una buena nevada. Se respira en el aire.

—Vaya… Es usted todo un sabueso. Y eso que fuma.

—Fumo ocasionalmente. ¿Qué le dijo Linares?

—Nada. Solo que Marcos quería verme. Parece que hay novedades. ¿Dónde dejó esa reliquia de coche?

Julio hizo un mohín de disgusto.

—¿Qué soy ahora? ¿Su chófer?

—Detecto cierta animadversión en su tono, teniente. Si le molesto, puedo ir por mi cuenta.

—No, no es eso. —Julio suspiró —. Es esa subinspectora… Me hace luz de gas.

—¿Luz de gas? ¿A qué se refiere? —preguntó Monteiro, sorprendido.

—Actúa como si yo no existiera.

—Entonces le hace vacío, teniente. Ande, abra el coche de una vez. —Aldo se detuvo ante la portezuela del cupé amarillo—. Se me están congelando las neuronas. Y creo que a usted también.

Julio le abrió.

—El otro día casi me escupe —continuó, metiendo la llave en el contacto.

—Tendría un mal día. Julio, tenemos cosas más importantes ahora mismo que discutir. Olvídese de Marcos y dígame qué le ha parecido la historia de Silvia.

—¿Qué me ha parecido? Pues que nos ha puesto en ridículo. ¿Cómo es que nadie dio antes con ese criptograma?

—Anagrama.

—Lo que sea. Está claro que hay una conexión evidente entre el muerto y Daniel. Tiene que ser Manzanares…

—Sí, pero hay algo que no acabo de entender: Manzanares corría un riesgo considerable utilizando como nombre falso el seudónimo del chico.

—¿Y si no lo sabía?

—Si no lo sabía, ¿de dónde demonios lo sacó, Julio? No puede tratarse de una coincidencia. Y luego está Silvia…

—Sigue creyendo que está implicada.

—Lo creo, sí. De alguna manera. Para empezar, sabe muchísimo más de lo que dice. Hay que encontrar esas revistas… ¿Cómo se me pudo pasar algo así?

—Ojos que no ven… —sentenció Julio.

—No. Es imperdonable. Tengo que interrogar otra vez a ese muchacho. Y usted debería averiguar con qué frecuencia ha visitado Silvia Ruinas de Santa Marina en los últimos meses. Tal vez haya gato enterrado en ese cementerio. Coordine a sus hombres… O mejor: vayamos de excursión. Mañana. Seguro que le gusta el campo.

—A decir verdad, no mucho —respondió Julio.

—Pues huele mejor que esta mierda de ciudad, Julio. Con nieve o sin ella.

—Me encanta la polución, Aldo —dijo—. ¿A qué muchacho quiere interrogar?

—A Raúl. El amigo de Daniel. Ya sabe, con el que había quedado para ir al cine el día que desapareció. Iban al mismo instituto. Puede que entonces no le hiciera las preguntas adecuadas… Gire a la izquierda en la siguiente bocacalle, teniente. Llegaremos antes.

—No me dé órdenes en mi coche, Aldo —contestó Julio. Pero le

hizo caso.

—¿Ve? Despejado. Nos ahorraremos un par de atascos. Reconozca, al menos, que llevo razón…

—Claro que sí. Además, ¿quién puede presumir de tener un GPS con santoral incorporado?

—Muy agudo, teniente.

Estacionaron frente a la sede de la Policía Científica. La subinspectora Marcos les aguardaba en el vestíbulo.

—Justo a tiempo —exclamó al verlos—. Ya me iba a casa.

—Siempre te cogemos a punto de marcharte, Isobel. ¿Querrá decir algo?

—Que siempre llegas tarde. —Isobel arrojó un vasito de plástico a la papelera—. Pensaba llamarte el lunes, pero Linares me dijo que estabas de servicio.

—Qué remedio. Supongo que recuerdas al teniente Mataró.

—Vagamente —murmuró ella. Julio miró al inspector con expresión de ¿no se lo dije?—. Pasemos a mi despacho. Tengo los informes allí.

—Mira eso. —Marcos señaló la ventana. El cristal, resquebrajado, tenía varios parches de cinta aislante—. ¿No es una vergüenza?

—Sí. Pero no me lo cuentes a mí. Soy inspector de Homicidios, no de Seguridad e Higiene. ¿Qué es lo que tienes?

—Esto. —Isobel le tendió el informe—. Son los resultados del análisis de los restos vegetales que encontramos en los zapatos del muerto.

—El teniente se encarga. —Aldo se lo pasó a Julio—. ¿Qué tal si nos haces un resumen?

—Léalo usted, teniente —dijo ella.

—Eh… — Julio titubeó—. ¿Todo?

—Si quiere ahorrarse los detalles, vaya directamente al nombre en latín —contestó Marcos.

—¿Hovenia dulcis?

—Eso mismo. Hovenia dulcis, nombre científico del árbol de las pasas. Originario de…

—Japón —continuó Julio, desafiante—. «Árbol exótico de hoja caduca, caracterizado por el pedúnculo carnoso en forma en zigzag de la flor que, cuando madura el fruto, se vuelve comestible. Florece en primavera. El fruto madura en otoño. Su cultivo es raro en nuestro país. No es una especie habitual en los parques y jardines municipales. Catalogado como árbol singular, existe un

único ejemplar censado en toda el área metropolitana…».

—¿Dónde? —exclamó Aldo.

—En el Jardín Botánico —dijo Julio.

—Enhorabuena, Isobel. Eso sí que es acertar el pleno…

—Pues no sé —murmuró ella—. Teniendo en cuenta que el fiambre lleva pudriéndose cosa de un mes, resultará difícil encontrar huellas en un sitio como el Botánico. Un espacio abierto, donde además se riega con frecuencia, lluvia, viento, multitud de personas que se pasea por él a diario…

—Solías ser menos pesimista —dijo el inspector.

—Porque no tenía que poner cinta aislante en las ventanas y pensaba que la Policía Científica era la elite de este cuerpo. Ahora me siento una fregona. En fin, se hará lo que se pueda.

—Cuanto antes —apostilló Monteiro.

—A partir del lunes, encanto. Mañana libro.

—Es posible que nieve en las próximas horas. Y mucho —intervino Julio—. ¿No será un problema?

—Oiga, teniente… —empezó a decir la subinspectora. Pero decidió callarse—. En cuanto Almeida expida la orden, nos pondremos manos a la obra. Y ya veremos.

—Le meteré prisa —sonrió Aldo—. ¿Hay alguna otra cosa interesante en ese informe?

—No… Aparte de la descripción de la posible arma homicida, pero creo que ya estás al tanto…

—Algo parecido a un alfiler de entomólogo, ¿no era? —dijo Julio.

—En efecto —asintió ella—. De mayor longitud, pero de un grosor semejante a los que usan para los bichos grandes. ¿Quieres saber cuál es la teoría de Linares sobre el homicidio? —Marcos miró al inspector.

—Ya nos ha contado algo… Pero supongo que ahora se le habrá disparado la imaginación.

—Está encantado con el hallazgo de esa frutita dulce —comentó Isobel—. Eso confirmaría su tesis de la emperatriz: alguien hirió al tipo en el Botánico, pero fue a palmarla en casa, por su propio pie. Y ni siquiera se dio cuenta. Está deseando hacer la reconstrucción…

—Pues, de momento, corre más prisa el test de paternidad.

—En eso estamos, querido. Y ahora, si no se te ofrece nada más, me voy a casa. Tengo un marido que atender y un niño al que malcriar. ¿Alguna pregunta?

—Yo no. ¿Usted, teniente? —dijo Aldo.

—No, creo que no. Tal vez cuando lea el informe con

detenimiento…

Isobel lo miró de refilón, como a una mosca.

—Eso —contestó—, lea con detenimiento. La botánica es apasionante.

XXI

Silvia se despertó a las diez y media de la mañana. Había dormido más de doce horas sin interrupción… Y aún tenía sueño, pensó, dando vueltas en la cama mientras intentaba recordar qué era tan importante como para tener que levantarse, ahora que podía dormir. Entonces se acordó de Orion Dauber. Daniel. Las revistas. Tenía que llamar al inspector. Sí, tenía que hacerlo. Una cosa no quitaba la otra. Tal vez incluso la beneficiara. ¿O sería ya sospechosa? Bostezó, estiró el brazo y abrió la persiana sobre ella. Apenas se filtraba la luz del sol: el cristal estaba cegado por una gruesa capa de nieve. Se levantó y fue hasta la cocina —la única habitación del apartamento donde las paredes no estaban seccionadas por el techo inclinado—. Desde la ventana, que daba al patio, vio la magnitud de la nevada que estaba cayendo. El invierno había llegado con toda su crudeza. La visión le abrió el apetito. Chocolate caliente, murmuró, un baño relajante. Un buen paseo… Pero antes, las revistas. Silvia suspiró, ensimismada en los copos de nieve que bailaban en corro sobre el alféizar. Luego se acercó a la alacena y sacó una tableta de chocolate a la taza.

A Silvia le gustaban los domingos, el mejor día para perderse por la ciudad. Apenas había tráfico, la gente no tenía prisas. La atmósfera imprimía cierta somnolencia al paisaje urbano, cierto decaimiento. Una laxitud que, sin embargo, encontraba estimulante. La ciudad era una plaza fuerte inexpugnable, pero cada domingo pactaba con ella una tregua y se dejaba explorar, mansa. Hacía ya tiempo —más o menos desde aquel desgraciado tropiezo en el Botánico— que Silvia no se sentía a gusto rodeada de gente. Lo pasaba mal en las calles demasiado transitadas, en los centros comerciales, los supermercados y los cines a las horas de mayor afluencia. Ya había padecido de agorafobia antes, no quería recaer en aquel mal. De manera que procuraba enfrentarse a las situaciones que más temía con el arrojo de quien se tira al vacío sin saber qué le espera allá abajo. Solo que, en las últimas semanas, aquella «terapia de exposición» estaba acabando con ella: volver a Santa Marina, encararse por fin a la tumba de su madre, acceder a hacerse la prueba de paternidad, soportar las acusaciones soterradas de Monteiro… Y, ahora, tener que llamarlo para hablar de Daniel… Pero ¿sería prudente? No las tenía todas consigo. Fuera como fuese,

el domingo la ciudad era suya. Diluviara, nevase o hiciera un sol abrasador, ella la «patearía» a su antojo. Y por el camino dilucidaría qué hacer… Tengo que buscar las revistas, se repitió mientras llenaba la bañera. En realidad, sabía perfectamente dónde las tenía guardadas.

El volumen de nieve en las calles era considerable. Tanto que por un día la ciudad parecía limpia. En el camino, Silvia se cruzó con un par de máquinas quitanieves —aunque apenas había tráfico — y con varios operarios del Ayuntamiento, que echaban palas de sal y despejaban las salidas de los edificios. Pensó que ejercían la ingrata labor de Sísifo. ¿Qué podían ellos contra aquel dios todopoderoso empeñado en purificar la ciudad? Todo estaba en sus manos. En manos del dios que limpia, que azota y que congela. Un silencio opaco se imponía sobre las voces de los niños y no tan niños que se lanzaban bolas de nieve en las aceras, una estampa atípica en la ciudad. Silvia alzó la vista al cielo blanco. La cortina de nieve reblandecía los perfiles de los edificios. Parecían a punto de derretirse…

—¡Señorita!

Silvia siguió andando, distraída.

—¡Señorita! ¡Eh, señorita!…

Se dio la vuelta. Aquella voz chillona le resultaba familiar.

— ¿Yeimer?… —murmuró, deteniéndose.

No es que le apeteciera mucho encontrarse con un alumno en su día libre, aunque el pequeño no le disgustaba. Era nuevo en el colegio. Se había incorporado cuando el curso ya había comenzado y no terminaba de adaptarse. Un poco simple para su edad —nueve años—, tal vez, pero trabajador. Y limpio. Silvia agradecía eso más que otra cosa. Él se paró en seco, sin dejar de resoplar. Tenía algo de sobrepeso.

—Yeimer… ¿Qué haces aquí tú solo? —le preguntó, un poco cohibida. Fuera del aula, no sabía muy bien cómo relacionarse con los niños.

—No estoy solo, mi padre está allá. —El niño señaló hacia un todoterreno con los cristales ahumados estacionado más atrás, a unos metros de distancia.

—Ah… Qué bien. ¿Saliste a ver la nieve?

—Mi padre quiere hablar con usted, señorita —le informó el niño, cariacontecido.

—¿Ahora? —repuso Silvia. Si había algo que odiara más que encontrarse con un alumno por la calle, era tener que hablar con

sus padres.

—Bueno… —dudó él—, sí… Me dijo que le dijera…

—¿Y no puede hablar conmigo otro día, Yeimer? Dile que el lunes hay tutoría. Que se pase por el colegio. —En ese momento, el todoterreno arrancó. Silvia observó desolada cómo se acercaba a ellos. Lo que me faltaba, pensó—. Bueno, ya se lo digo yo.

El coche paró. Se abrió la ventanilla del asiento contiguo al del conductor. Silvia se acercó. Al volante, un hombre bajito y moreno le sonreía.

—Usted es la maestra de Yeimer, ¿verdad? —dijo. Silvia asintió —. Yo soy Waldo, su papá. Encantado de conocerla…

—Tanto gusto —correspondió ella. Pensó que no le gustaban nada los coches grandes con cristales ahumados. Ni la manera de sonreír de aquel tipo. Pensó qué ocurriría si se daba la vuelta y seguía andando como si nada. El gorro de lana se le estaba calando.

—Disculpe que la moleste. Hace tiempo que quiero ir a platicar un rato con usted… Sobre Yeimer, pero, ya sabe, el trabajo…

—Precisamente le estaba diciendo que el lunes tenemos tutoría. Si quiere, puede pasarse por el colegio y…

—¿La llevo a algún sitio? El día está muy feo. Suba —la interrumpió el hombre. Alargó el brazo y le abrió la portezuela—. Yeimer, monta detrás…

—No, no se moleste. Me gusta pasear. —Silvia retrocedió un paso.

—No es molestia, señorita. Suba, la llevo a su casa. Así hablamos por el camino. El lunes es mal día para mí —dijo, risueño. Silvia dio un suspiro. Capituló, se encaramó en el asiento y se puso el cinto.

—Pues usted dirá —interpeló a Waldo, en un tono algo más cortante del que pretendía. Para mitigar el efecto, le dedicó una sonrisa. Escueta. Su cara le resultaba familiar, pero no lograba ubicarlo.

—Dígame hacia dónde voy —contestó él, y arrancó con cuidado para no patinar en la nieve.

—Siga recto. Ya le indico yo dónde girar. Vivo por San Dimas.

—Hay que ver qué tiempo. Esto no lo había visto yo antes aquí. ¿Y usted?

—No. Es la primera vez que veo una nevada así dentro de la ciudad —convino—. Yeimer, ¿qué tal tu herida? —preguntó, dándose la vuelta para hablar con el chico. Unos días atrás, otro niño le había clavado un compás en el brazo. En principio pareció un accidente, pero Silvia no estaba muy segura.

—Bien… —murmuró él.

—De eso quería hablarme, ¿verdad? —le preguntó al padre—. Puede poner una queja si lo desea. Comprendo que… —El coche paró bruscamente junto a un centro comercial.

—Disculpe —siseó Waldo—. Baja, Yeimer. Y vas directo al McDonald's, ¿me oyes? —le dijo. Yeimer se bajó apresuradamente, sin tan siquiera despedirse de Silvia. El coche arrancó de nuevo—. ¿Qué me estaba diciendo?

—Que… —dudó ella, incómoda—. ¿Deja al niño solo?

—Su madre lo está esperando —explicó él, sin perder la sonrisa —. No se apure.

—Gire ahí —pidió ella.

—Ahí no se puede girar, señorita. Es dirección prohibida.

—No lo es… Oiga, era por ahí…

—Yo sé un camino mejor, no se inquiete. ¿Y qué me decía del peladito?

—Creo que prefiero ir andando. ¿Le importaría detener el coche aquí mismo? —insistió.

—Pero, señorita… Con este tiempo… No me quedaría tranquilo dejándola irse a pie. Puede resbalar y romperse la crisma.

—Gracias. Pero sé cuidarme sola. ¿Podría…? —Entonces cayó en la cuenta. El hombre moreno con la cabeza encajada entre los hombros del día anterior. El tipo de mirada huidiza que la observaba en el metro. Era él—. Detenga el coche, por favor… ¿Me oye? ¡Le digo que quiero bajarme! —exclamó, con la mano sobre el picaporte.

—El seguro está echado, señorita —dijo él—. De todos modos, saltar de un coche en marcha es una tontería. Podría romperse el cuello. —Waldo aceleró para tomar un desvío hacia la autopista. Las carreteras estaban recién despejadas de nieve y la circulación era fluida.

—¿Qué…? ¿Qué quiere? —dijo ella—. Oiga, no sé de qué va esto, pero…

—Yeimer dice que no es mala con ellos. Pero manda mucha tarea. Yo creo que debería mandar menos, ¿sabe? Los niños tienen que jugar, estar con sus hermanitos, ayudar en casa… ¿Para qué tanta tarea? Debería relajarse.

—¡Pare el coche!

—Y mano dura, señorita. Mano dura —continuó él—. Los niños han de saber quién manda. No puede dejar que se le crezcan. Se lo aseguro, no hay mejor medicina que un correazo a tiempo. Claro, usted no puede pegar a un colegial…

—¡Pare de una vez! —chilló ella.

—Pero mire lo que pasa después. Se reviran y muerden como perros rabiosos. Fíjese en ese hijueputa que le clavó el compás a mi hijo. ¿Ve lo que se consigue si no disciplina a los críos a tiempo? Se vuelven salvajes los escuincles. No es que la esté culpando, pero…

—¿Waldo…? ¿Es ese su nombre?

—Claro que sí, señorita. Ese es.

—¿Puede decirme adónde me lleva, por favor? —susurró.

—Sorpresa, señorita. Sorpresa…

XXII

Ruinas de Santa Marina se extendía, gris, por un profundo valle rodeado de peñascos, al pie de la sierra de Almacabra. Desde tiempos de Felipe V ostentaba el título de muy Noble y Leal Villa, en reconocimiento a la fidelidad que habían demostrado sus gentiles durante la Guerra de Sucesión. El rey, satisfecho tras la victoria, la erigió entonces en marquesado, otorgándole fueros y dispensas tributarias. Sin embargo, la desidia de la aristocracia, las sucesivas crisis agrarias y las guerras dejaron mermado su esplendor, hasta que en los años sesenta —coincidiendo con el boom urbanístico— la alta burguesía revitalizó el lugar. Empresarios y banqueros, mafiosos y políticos, ricos esforzados y ricos sin más hicieron de ella un segundo edén. La villa sufrió entonces una serie de operaciones estéticas para adaptarla a los gustos de sus nuevos moradores: las viejas casas solariegas se transformaron en chalés de lujo con piscina. Otros hicieron de sus mansiones ostentosos decorados de cartón piedra, donde no faltaban los escudos de armas hechos por encargo. En la periferia se extendieron urbanizaciones con acceso restringido tras barreras custodiadas por guardas armados, centros de confinamiento exclusivos donde primaba la seguridad de sus habitantes y, por supuesto, la comodidad —nunca faltaba el inevitable centro comercial y de ocio—. Solo el casco antiguo logró sobrevivir, intacto casi, a la vorágine constructiva. Un pequeño oasis de callejas empedradas sembradas de conventos, iglesias e incluso una sinagoga, recuerdo de otros tiempos. Santa Marina creció hasta donde pudo: el valle tenía sus límites. Las últimas edificaciones amenazaban con invadir el cementerio viejo, en el borde mismo de la villa. El precio del suelo se disparó. Se hicieron recalificaciones ilegales. Un hotel titánico brotó en terreno no edificable como una seta venenosa durante una legislatura y fue demolido con la siguiente. El nuevo consistorio otorgó licencias de obra en solares expropiados. Otra seta venenosa brotó, esta vez en forma de campo de golf, en un espacio natural protegido. Santa Marina tenía un don:

corrompía sin perder el recato. Todo parecía perfecto en sus avenidas sembradas de acacias y mimosas. Pulcra, sosegada, vigilada por mil cámaras de seguridad, protegida por costosos sistemas de alarma y por cientos de guardas jurados, de policías, de guardaespaldas. Un lugar tan quimérico como sus falsos palazzi renacentistas o su casino de Las mil y una noches. Tan seguro como un refugio nuclear. Tan aislado como un barco en cuarentena. Tan acostumbrado al juego del encubrimiento que nadie sabía lo que ocurría más allá de su jardín. En Santa Marina no había incidentes desagradables. Y, si los había, se miraba hacia otra parte.

Aldo y Julio aguardaban al encargado del cementerio. Julio tiritaba, malhumorado, y se sacudía los copos de nieve del anorak. El inspector se acercó a la verja. Alzó la vista, haciendo visera con la mano para protegerse de la reverberación del sol.

—«Templo de la verdad es el que miras. No desoigas la voz con que te advierte, que todo es ilusión, menos la muerte» —leyó en alto la inscripción, grabada en letras doradas sobre el friso de la entrada.

—Qué alentador —murmuró Julio—. ¿Dónde se habrá metido el encargado? Cómo odio la nieve —se quejó.

—No se sulfure y admire el paisaje, teniente. Esas montañas son más impresionantes de lo que recordaba —dijo, señalando los peñascos helados de la sierra.

—Almacabra… Un nombre siniestro.

—Divertido, diría yo. Conozco a más de uno con alma de cabra por aquí…

—Almacabra es una deformación del árabe al-máqbara. Literalmente, «el cementerio».

—Vaya. Es usted un aguafiestas, teniente. Con lo bucólico que empezaba a sentirme…

Aldo se dio la vuelta, las manos en los bolsillos, la vista perdida en las montañas, sin importarle que la nieve le estuviera dejando tieso el abrigo de paño negro, inapropiado para aquel tiempo, pensó Julio. Entonces vio al anciano que se acercaba renqueando por la nieve, con un manojo enorme de llaves en la mano.

—Mire. —Julio le dio una palmadita en el hombro al inspector, que seguía absorto en el paisaje—. Creo que es el encargado. ¡Buenos días! —exclamó.

—Jesús. Si parece el mismísimo san Pedro —murmuró el inspector.

—Yah'toy 'quí —mascculló el viejo. Sin más preámbulos, eligió una llave descomunal del manojo y abrió la cancela, con bastante

dificultad.

—¿Por qué está cerrado? —preguntó el inspector.

—¿P'l f'htivo?…

—Los domingos, ¡¿por qué cierran?! —repitió, alzando la voz.

—No'ahe falta q'rite…

—¿Disculpe?

—… 'ierda —chistó el viejo—. Un'omento. —Metió la mano en un bolsillo del pantalón, sacó una dentadura postiza y, volviendo la cabeza hacia otro lado, se la encajó en la boca—… Le decía, señor comisario, que será porque hoy es festivo en Ruinas. Cierra todo. Menos los centros comerciales.

—¿Festivo? ¿Y qué se celebra? —preguntó—. Santa Marina es en julio…

—No, nada de santas. Hoy celebramos que no sé qué rey ganó no sé qué guerra.

—Felipe V, será —comentó Aldo—. Pues menuda puntería tenemos… En fin. ¿Usted solo cuida el cementerio o lleva también otros asuntos?

—Yo hago de todo, señor comisario. Abro, cierro, me encargo de las flores, dirijo a los sepultureros… Antes también enterraba, pero mi artritis…

—¿Y los archivos? —quiso saber el inspector.

—¿Qué archivos?

—Las hojas de registro de los difuntos —le explicó Julio.

—No, de eso se encargan el señor párroco y un administrativo. Hasta hace unos años los libros parroquiales estaban aquí, pero se los llevaron para meter todo en un ordenador… Bueno, los más antiguos se los quedó la Diócesis.

—¿Y no tienen ningún registro en el cementerio?

—Aquí tenemos las hojas de inhumaciones, y a primeros de cada mes le pasamos los datos al administrativo. Pero siempre queda copia. Están todos fichados, no se preocupe —rio entre dientes—. El registro está en la neverica esa de allí. —El hombre señaló hacia un pequeño pabellón de planta cuadrada—. ¿Quieren verlo?

—Primero nos gustaría dar una vuelta. ¿Nos acompaña? —dijo Aldo.

—Yo ya lo tengo muy visto —farfulló el viejo.

—Lo que quiere decir el señor inspector es que necesitamos que nos acompañe —aclaró Julio—. Desearíamos ver una tumba en concreto.

—Pues entonces tendré que mirar el fichero, señor…

—Teniente —contestó Julio.

—Señor teniente. No me sé la dirección de todos los inquilinos de memoria. ¿Me dice el nombre del finado y el año de defunción? —dijo, echando a andar hacia la neverica.

—Doña Águeda Pardo de Ginés…

—La vieja desalmada —bufó el viejo. Se detuvo y escupió al suelo—. Esa sé dónde está.

Aldo y Julio cruzaron las miradas.

—¿La conocía… en persona? —preguntó Julio.

—Y tanto que la conocía. Todos la conocíamos, aquí y al otro lado del valle. Era de Casas Viejas, allá atrás. —El encargado señaló con el mentón las montañas—. Igual que yo. La vieja desalmada. —Meneó la cabeza—. Síganme, señores. Les diré dónde está, Dios quiera que no se mueva de ahí…

—¿No estará usted exagerando? —Aldo le guiñó un ojo a Julio.

—Ni pizca. Cuidado. El suelo resbala que da gusto —murmuró —. Si yo le contara, señor comisario. Si yo le contara…

—Hable, hombre. Es bueno soltar lastre —le animó Monteiro.

—No, señor. Si algo he aprendido de los muertos es a respetar su silencio. No me gusta hablar. Y, no se ofenda usted, menos con un polizonte. No soy un chivato, como el otro.

—¿Qué otro? —preguntó Julio.

—Mi primo. El anterior encargado. Era un soplón…, entre otras cosas. También está aquí, pero de ese solo quedan las cenizas. ¿Quieren ver los columbarios? —preguntó.

—No, no. De momento nos conformamos con la tumba de doña Águeda —dijo Aldo.

—Sí, claro. Está ahí mismo. Cuidado, no vayan a resbalarse.

—¿Qué le ocurrió al otro encargado? —curioseó Julio.

—Se despeñó con el coche. Allí. —El hombre indicó de nuevo hacia las montañas—. Ahora no se ve, por la nieve, pero se salió en esa curva. El coche se prendió fuego al llegar ahí —dijo, señalando otro punto en la montaña, algo más abajo—. No quedó casi ná del viejo taimado.

—Menudo accidente…

—¿Accidente? —el encargado soltó una carcajada— A mi primo se lo cargaron, señor teniente.

—¿Quién? —preguntó Aldo.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —contestó el viejo—. El policía es usted…

—¿Y eso cuándo ocurrió?

—Hará unos dos años, que es lo que llevo trabajando yo aquí. Justo tras la desaparición del muchacho. —El viejo se detuvo—. Y

del marido de esta fulana. —Le dio una patada a una sepultura, junto a un ángel de mármol.

Julio se agachó y retiró la capa de nieve que había sobre la lápida, lo justo para descubrir la inscripción.

—Amante esposa y madre abnegada —leyó Aldo—. ¿Está seguro de que es la misma Águeda que usted conocía? —le preguntó al viejo.

—Que no le engañen esas letritas de oro. No ha existido arpía más grande en este mundo. Ni en el otro, si me apura.

—Ya… Otra cosa, don…

—Prudencio. Y no es chiste.

—Don Prudencio. El viernes por la mañana, ¿estuvo usted aquí? —le preguntó, observando con aire distraído las tumbas aledañas.

—¿El día de la Purísima? Sí, claro que estuve. Hubo entierro a las doce. —Prudencio se rascó la barbilla—. ¿Me va a preguntar también por ella?

—¿Ella? —Aldo se volvió y lo miró a los ojos. El viejo agachó la cabeza.

—La chica, digo. Porque supongo que no estarán buscando a los dos picoletos disfrazados de paisano que la iban siguiendo…

Julio quiso decir algo, pero se atragantó. Aldo le salió al quite.

—No, solo nos interesa la mujer —dijo—. ¿La conoce, entonces?

—Hombre, conocerla, no la conozco, si con eso se refiere a si me la han presentado alguna vez. Pero no había más que ver cómo se movía para saber de quién era hija, pobre criatura. No recuerdo su nombre, aunque la vi en alguna ocasión cuando era criaja, allá en Casas Viejas… ¿Por qué la buscan?

—No la buscamos —le aclaró Aldo—. Es solo una investigación rutinaria.

—Pues para ser una investigación rutinaria hay mucha gente en el ajo, ¿no?

—¿Lo dice por los «picoletos»?

—No, lo digo por los otros dos: el bajito tizón y la mujer grande. Bastante hermosa, por cierto. También estuvieron por aquí ese viernes, detrás de la muchacha…

El teniente dio un respingo. Aldo torció el gesto y lo miró de reojo. Julio lo interpretó como una reprimenda.

—¿Un hombre bajo y una mujer grande, dice? —murmuró.

—Pues sí, señor comisario…

—Va a tener que darnos una descripción detallada de esos dos personajes, Prudencio —dijo Aldo—. ¿Qué tal si vamos a su oficina y seguimos hablando allí? —le pidió.

—¿A la neverica? —El encargado hizo una mueca de disgusto—. Como quiera. Pero no se haga ilusiones. No la llamamos así por vicio…

—Un segundo. —Aldo había rodeado la lápida de doña Águeda y se había situado junto a la tumba contigua, oculta también por la nieve. Del frente emergía un ángel casi idéntico al otro—. ¿Hay alguien enterrado aquí? ¿Algún familiar de la vieja desalmada?

—Pues claro —contestó el viejo—. Ahí está el niño…

XXIII

Silvia, noqueada aún por la conmoción, intentaba asimilar lo que estaba sucediendo al tiempo que maldecía su insensatez, su falta de reflejos… ¿Cómo se había dejado atrapar? Se mordió el labio inferior, con rabia. Ojalá bastase la fuerza de voluntad para desandar lo andado, retroceder hasta ese instante crucial, cuando Waldo le abrió la puerta y ella se metió en la boca del lobo. Valiente estúpida, se recriminó.

Dejaron atrás la ciudad. Waldo condujo unos treinta kilómetros por la autovía, en dirección norte. Tomó un desvío por una carretera secundaria; luego, un camino de tierra, bordeando lo que parecía un vertedero ilegal. Se detuvo en un descampado, en mitad de ningún sitio. Allí le quitó el bolso y la sacó a la fuerza del coche. La esposó, le metió un pedazo de tela en la boca y le hizo cubrirse la cabeza con una media para terminar de amordazarla con cinta aislante. Por último, la obligó a introducirse en un falso fondo, dentro del maletero. Ella no reaccionó: Waldo tenía una pistola. Silvia nunca había visto una de cerca, una de verdad. No existe nada tan aterrador como un arma de fuego apuntándote a la cabeza, pensó. Y el terror paraliza. Por eso no gritó ni intentó salir corriendo ni se le ocurrió que, si lograba alcanzar la autopista, podría detener un coche o cualquiera de esas posibilidades que una le reprocha al protagonista en apuros de una serie policiaca, sentada frente al televisor un domingo por la tarde…

Poco a poco, se había ido acostumbrando a la penumbra, al espacio sofocante, a respirar por la nariz a través de la media. Lo peor era estar esposada. La mordaza resultaba un mal menor… si no lo pensaba demasiado. De lo contrario, sentía arcadas. Ahogarse en su propio vómito le parecía más terrorífico aún que morir por falta de aire. Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Inspiró hondo. Mierda, ¿por qué tuve que salir de casa?, volvió a recriminarse. Necesitaba un plan, estar preparada para actuar en cuanto viera una oportunidad. Ese cabrón no se saldrá con la suya. Pero ¿qué quería aquel tipo? ¿Dinero? ¿La había secuestrado para

pedir un rescate? ¿O sería un psicópata? Buen padre y feliz esposo, llevando una doble vida a espaldas de su familia. Sí. Waldo se acercaba bastante a la idea que Silvia tenía de un asesino en serie. Solo había un detalle que no encajaba en ese perfil un tanto novelesco: que ella supiera, los psicópatas no solían compartir sus presas —eso esperaba, al menos—. Y Waldo no actuaba en solitario. Tenía un cómplice.

Waldo la había encerrado en el maletero, pero no abandonaron el descampado de inmediato. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, oyó el motor de otro coche que se detenía muy cerca. Luego, retazos de una conversación. Por último, un portazo. Arrancaron. Ella golpeó con furia la tapa metálica del doble fondo, pero solo consiguió consumir oxígeno y desesperarse inútilmente. Decidió no volver a intentarlo. Debía reservar todas sus fuerzas. Llegado el momento, las necesitaría. Procuró, entonces, centrarse en los sonidos que le llegaban de fuera, por si le daban alguna pista del rumbo. Al principio los neumáticos patinaron un par de veces, debido al hielo, dedujo. Algo más tarde —¿una hora, quizás?—, tomaron una circunvalación muy cerrada. Notó que la fricción de los neumáticos contra el asfalto variaba, como si hubieran cambiado de carretera. Ahora se deslizaban con mayor suavidad. Aceleraron. Al poco, escuchó un resoplido mecánico. Luego otro. Y otro… Parecía el sonido de un compresor de aire. Los frenos de un camión de gran tonelaje, se dijo. En ese momento escuchó muy claro el traqueteo prolongado y familiar de un tren, a su derecha. Un tren grande. De mercancías. O de larga distancia…

Silvia sonrió, satisfecha de aquel pequeño triunfo sobre la oscuridad. Ahora estaba segura: circulaban por la autopista vieja —la Transnacional 5—, ruta habitual de camiones que discurría en paralelo a la vía férrea, casi hasta la frontera. En dirección sur.

Unas tres horas después, el todoterreno se internó por un camino sin asfaltar, a juzgar por el rugido de los amortiguadores y las sacudidas. Waldo frenó en seco —Silvia supuso que para cambiar de tracción— y arrancó de nuevo. Ascendían lentamente. Había curvas. Empezaba a estar mareada cuando volvieron a detenerse. Oyó cerrarse la puerta del conductor y, al poco, un chirrido metálico. El hombre regresó y puso el motor en marcha. Pararon casi al instante. La llave giró por fin en la cerradura del maletero. Waldo abrió la tapa del falso fondo. Silvia se incorporó un poco y respiró con ansias el aire fresco, sin pensar en nada más, cegada momentáneamente por la luz del atardecer.

—Bienvenida a mi humilde choza, señorita —dijo Waldo.

Silvia vio entonces el filo de su navaja a dos palmos de su cara y gimió, horrorizada, tratando de esquivarlo.

—¡Quieta, que la pincho! —exclamó él. De un tajo cortó la cinta aislante y tiró de la media. Luego le ofreció una botellita de agua—. Tome. Estará deshidratada, ¿no es cierto?

Silvia se deshizo de la mordaza, cogió la botella con las dos manos y bebió, con desesperación, hasta atragantarse.

—Vaya saque, señorita. Deje que la ayude a salir de ahí, ande. Las piernitas primero… Así.

Silvia se tambaleó al pisar tierra. Miró alrededor. El camino que habían seguido serpenteaba ladera abajo y se perdía en un pinar. Más allá, bosques y montañas. Y frente a ellos, una construcción cuadrada, sólida, de paredes amarillas. A un lado de la casa vio un garaje. Al otro, un cuartucho de aperos. Un muro de unos tres metros de altura rodeaba la propiedad, reforzado en lo alto con una doble espiral de alambres cortantes. El coche estaba frente a la cancela, recia, de forja. Parecía el único acceso, al menos por aquel lado de la finca.

—¿Qué le parece? —dijo Waldo.

Silvia no contestó. Se volvió hacia él y le mostró las esposas.

—Ah, no, señorita. De eso nada. Con lo linda que se ve así —se mofó él.

—¿Qué quiere de mí? —dijo.

—Por ahora, que entre en casa. Sin hacer tonterías. Recuerde. —Waldo le mostró la pistola.

A simple vista, la puerta de la casa no parecía gran cosa. Pero estaba blindada.

—Usted primero —le ordenó—. Hay un interruptor a su derecha…

Silvia dio la luz.

La estancia estaba dividida en dos por una barra americana: una cocina —mínima— y el salón, más amplio, con una chimenea al fondo que parecía no haber sido usada en mucho tiempo. Las dos únicas ventanas —cerradas a cal y canto— daban a la fachada principal. Junto a la cocina se abría un pasillo. Hacía frío. Olía a polvo, a pescado frito y a humedad.

—¿Va a decirme de una vez qué quiere de mí? —insistió.

—Cómo no, señorita. Sus deseos son órdenes para mí —se burló—. Nomás aguántese un poco las ganas, que tengo unas cosillas que hacer ahí afuera. Luego le prometo que hablaremos, largo y tendido, no se inquiete. Mientras, se me va a sentar aquí. —Waldo señaló una silla—. Y se va a dejar que la ate un poquito, ¿estamos?

Silvia hizo ademán de retroceder. Waldo la sujetó por el brazo y la empujó contra la silla. Ella dio un grito.

—Cállese, mujer… Y estese quieta, no me complique más las cosas.

De un cajón de la cocina extrajo una soga. Se la pasó por el pecho y la ató al respaldo. Luego le ordenó que pegara los tobillos a las patas delanteras de la silla y terminó de inmovilizarla con la cinta aislante. A pesar del miedo, a pesar de la rabia, en aquel momento Silvia solo podía pensar en una cosa. En dos, en realidad. La primera y más perentoria: hacía horas que necesitaba ir al baño. La segunda, menos apremiante pero igualmente significativa: ¿qué haría cuando no aguantase más las lentes de contacto? ¿Cómo se las iba a arreglar para escapar de allí?

XXIV

—Daniel Manzanares Pardo… subió al Cielo el día trece de septiembre de 1975 —musitó Aldo, en cuclillas junto a la tumba. Julio, a su lado, apartaba la nieve de la lápida.

—Seis añitos tenía la criatura —comentó Prudencio—. Lo recuerdo bien. La vieja desalmada no era vieja por entonces. Ni tan desalmada.

Julio se irguió y se restregó las manos contra el abrigo. Tenía los guantes empapados. Observó al inspector, sumido en un trance bastante amargo.

—Continúe, por favor — le pidió a Prudencio.

—No hay mucho más que contar. Se saltó la mediana y lo embistió un coche que venía de frente. El niño salió despedido… Atravesó la luna delantera. Murió en el acto. El otro conductor también. Pero a ellos no les pasó ná…

—Cómo es posible —murmuró Aldo, más para sí que para ellos —. Cómo es posible que no supiera absolutamente nada de él…

—¿Quién conducía? —preguntó Julio.

—Manzanares. Águeda nunca se lo perdonó.

—¿Águeda? ¿Ya no es la vieja desalmada?

—Señor teniente: recuerdo el día del entierro como si hubiera sido ayer. Entonces solo era una madre destrozada. No será porque no haya visto entierros en mi vida… Pero nunca olvidaré aquel. A ella la internaron poco después, en una clínica de esas para ricos…

Aldo sacó su libreta de notas del bolsillo. Se sentó al borde de la sepultura, en apariencia ajeno al parloteo de Prudencio. Julio estaba perplejo: dos hermanos con idéntico nombre. Dos hijos perdidos de forma trágica. Prudencio se mostraba ahora algo más expansivo. El teniente pensó que debía aprovecharlo.

—Y dice que doña Águeda culpó a Manzanares del accidente…

—Y tanto que lo hizo. Aquí mismo, al pie de la tumba. Cuando comenzaron a bajar el féretro, se abalanzó sobre Manzanares, chillando. Aquella noche, la del accidente, él había empinado el codo más de la cuenta. Eso dijo. Hicieron falta tres hombres para sujetarla…

—Pero siguieron juntos…

—¿Divorciarse? —Prudencio sonrió—. ¿Una mujer de tanto abolengo como ella? Casi todo lo que ve entre Santa Marina y Casas Viejas perteneció alguna vez a esa familia, señor teniente. Cuando Águeda nació apenas les quedaba patrimonio, eso sí. Manzanares, en cambio, no era nadie. Pero estaba haciendo fortuna con la construcción. Y ella tenía gustos caros, como suele decirse. Tal para cual, los dos tórtolos…

—Fíjese en esto, Julio —le interrumpió Aldo. Julio se inclinó para ver la página de la libreta que le mostraba el inspector—. Es la fecha de nacimiento de Daniel…, del segundo Daniel.

—Trece de… septiembre de 1989. —Resultaba difícil descifrar aquella letra, tan apretada y minúscula—. ¿Y?…

El inspector señaló la inscripción de la lápida.

—Entiendo…

Aldo se puso en pie.

—¿Podemos ver ahora el archivo, Prudencio? —dijo.

—Lo que ordene, señor comisario. A la neverica, pues.

La neverica era en realidad una vieja capilla reconvertida en oficina, archivo y almacén de objetos litúrgicos en desuso. Bajo el tufo a moho se podía percibir aún cierto efluvio a incienso. La mesa de los oficios había sido sustituida por un escritorio de madera oscura, que parecía flotar, a la deriva, entre los restos de un naufragio: cirios a medio consumir, reclinatorios carcomidos, imágenes de yeso descalabradas y algún que otro icono ennegrecido. Los archivadores, metálicos, de un verde oxidado, ocupaban las dos paredes laterales. Cuando el encargado dio la luz, Aldo señaló hacia una imagen que había detrás del escritorio, en la hornacina del sagrario. No era muy grande, pero impresionaba, tal vez por la firmeza con que aquella santa sujetaba la cruz —hundida en las entrañas de un dragón negro que se retorcía bajo sus pies, las fauces abiertas, de un rojo intenso— mientras miraba al cielo con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Soberbia —murmuró el inspector.

—¿Quién es?

—Santa Marina de Antioquía, teniente… Hija de un sacerdote

pagano que la echó de casa con quince años al descubrir que se había bautizado en secreto. La criatura tiró al monte, pero allí se topó con un prefecto romano que se la quiso llevar al huerto. Se negó, claro, por eso de conservar intacta la virtud. Más por despecho que por deber, el prefecto se la entregó a sus hombres. Violada, torturada, sometida a toda clase de vejaciones durante días, la pobre casi agradeció que le cortasen la cabeza…

—¿Y el dragón qué pinta en esa historia?

—El dragón se le apareció en la celda poco antes de ser decapitada y la devoró. Pero parece que las santas de entonces resultaban de lo más indigestas, porque la vomitó enseguida.

—¿También es sacerdote, señor comisario? —El viejo tosió.

—No —respondió Julio—, pero le pierden los santos.

—¿Qué santos? ¿Los inocentes? —Soltó una risita. Luego sacó del bolsillo de su abrigo unas gafas, se acercó a uno de los archivadores, abrió un cajón y repasó los libros, pasando el dedo por los lomos hasta dar con el que buscaba.

—Aquí está: Daniel Manzanares Pardo…

—¿Me permite? —dijo Aldo. Prudencio le tendió el libro—. Trece de septiembre, en efecto. El acta de defunción la expidió el registro civil de Casas Viejas, no el de Santa Marina —observó.

—Ya le dije que el accidente ocurrió allí, señor comisario.

—Aún no lo entiendo —se lamentó Aldo—. Es como si todos hubieran estado ocultando la existencia de este niño…

—Señor comisario, Manzanares llevaba unas copas de más el día del accidente. Yo creo que no le interesaba que la historia se ventilase. Empezaba a ser alguien por aquí, quería meterse en política. ¿Apostamos a que si encuentra el…? El parte ese de la policía…

—¿El atestado?

—Eso. El atestado. Seguro que no pone que conducía borracho.

—En 1975 las leyes de tráfico no eran tan severas —dijo Julio.

—En 1975, señor teniente, si un crío moría por culpa de un conductor borracho, era un crimen, igual que ahora. Las leyes de tráfico no tienen ná que ver. Menudo elemento, el Manzanares…

—Parece que lo conocía usted bien.

—De lejos, señor comisario. Mi primo, en cambio… Ese sí que anduvo en tratos con él…

—Perdone que se lo plantee de esta forma, pero ¿qué tratos iba a tener un hombre como Manzanares con su primo?

—Un ricacho ambicioso y un sepulturero soplón, quiere decir —refunfuñó Prudencio—. Pues se sorprendería si supiera hasta dónde

llegó mi primo haciendo favores.

—¿Qué favores? —insistió Aldo.

—Eso no lo sé.

—Pero si acaba de decirnos…

—A los muertos es mejor dejarlos en paz.

—Oiga, no puede soltarnos que a su primo se lo cargaron por ser un chivato, luego dejar caer que le hacía favores a Manzanares y por último negarse a hablar. Son acusaciones muy serias, no sé si lo entiende.

—No me líe, señor comisario… A veces hablo sin pensar…

—Pues ahora es tarde para pensárselo, así que conteste: ¿qué tratos tenía su primo con Manzanares? Y, para empezar, ¿quién demonios era su primo?

—Jerónimo Flores Carrillo, natural de Casas Viejas. Un par de años mayor que yo, nacería allá por el 53…

—No me cuente su vida, Prudencio. Dígame solo qué favores le hacía a Manzanares.

—Que no lo sé, carajo —gruñó—. Esas cosas no se van anunciando a los cuatro vientos… De cara a la galería era el jardinero de uno, el guardaespaldas de otro, el chófer, el camarero…, qué sé yo. Pero nadie medra tanto sirviendo en casas de tipos como Manzanares si no es por algo. Y mi primo llegó alto. Demasiado —matizó—. Hasta que cayó en desgracia. De conducir un BMW de alta gama a terminar sus días dentro de un Panda chamuscado hay un trecho…

—De acuerdo, Prudencio. Digamos que su primo medró mucho haciendo… trabajillos para gente turbia —convino Aldo— y acabó mal. ¿Por qué? ¿Por hablar más de la cuenta?

—También le gustaba jugarse las perras, ¿sabe? Lo conocían en todos los casinos de aquí a la costa. En el de Santa Marina ya no le dejaban asomar el morro.

—Ludópata y soplón. Yo no le encargaría ningún trabajito a un tipo con semejante historial, Prudencio. No son cualidades muy valoradas en esos círculos.

—No lo entiende, señor comisario: mi primo sabía muchas cosas, y de mucha gente. Los tenía a todos bien trincados por aquí —dijo, llevándose la mano a la entrepierna.

—¿Y de Manzanares qué era? ¿El jardinero, el chófer, el guardaespaldas?…

—El chófer. Manzanares no volvió a conducir después del accidente. Lo que hiciera aparte de eso no lo sé. De todos modos, mi primo trabajó para peces más gordos…

—¿Qué peces, Prudencio? No me haga tirarle de la lengua.

—¿Sabe usted quién es Benítez Iscar? El alcalde de Santa Marina que…

—… Amañó unos cuantos partidos de fútbol para que su club subiera a primera división, sí —dijo Aldo—. Lo procesaron en el 99 por fraude electoral, prevaricación y malversación de fondos públicos.

—Ese, sí. Pues, desde que le echaron el guante, mi primo no volvió a levantar cabeza. Nadie quiso tratos con él. Y cuando se terminó de jugar los ahorros, no le quedó más remedio que vender el BMW y meterse a sepulturero… ¿Entiende lo que le digo?

—Vaya, me está dando pena y todo. —Aldo se preguntó cuánto habría de cierto en el relato del encargado.

—Pues así como se lo iba contando, señor comisario, a mí casi que también… ¿Qué le ocurre a usted, señor teniente?

Julio tiritaba, la mandíbula apretada para evitar que le castañeteasen los dientes.

—Creo que fuera hacía menos frío —se quejó.

—¿No se lo dije? A mi artritis también le da cien patadas este sitio. ¿Podemos irnos ya? —preguntó.

Aldo le devolvió el libro de registro y lo miró a los ojos, serio.

—Cuando nos diga una cosa…

—Quiere que les describa a la mujer y al otro, ¿no? Está bien —murmuró, cerrando el archivador—. El hombre era moreno. Achaparrado, diría yo. Cuellicorto. Cara… bovina, si comprende lo que digo. Pelo negro, ralo… Ropa oscura, como la señora. Yo creo que de buena calidad, pero de eso no entiendo mucho. No recuerdo nada más.

—¿Y la mujer? —preguntó Julio.

—La señora era de cortar la respiración. Grande, sí, yo diría que gorda, pero con las carnes bien puestas. Cara de ángel. Pelo oscuro, largo, un poco ondulado. Morena, pero no era retinta como el hombrecito. Bonitos ojos, bonita boca… Tenía hoyuelos en las comisuras de los labios. Muy atractiva, sí señor…

—Parece que le gustó. —Aldo sonrió.

—No suelen verse mujeres de esas por aquí.

—¿Algo más? —le apremió Julio. Prudencio lo miró de reojo.

—¿Quiere que le describa también a los dos civiles?

—No se indigne, Prudencio. ¿Está seguro de que seguían a la hija de Manzanares?

—Ya le digo, señor comisario, que el viernes tuvimos entierro, así que yo andaba a lo mío. Pero eso me pareció, sí.

—¿Había visto a Silvia por aquí antes de ese día? —quiso saber Julio.

—No. No la había vuelto a ver desde chiquilla. ¿Salimos? —Prudencio se dirigió hacia la puerta.

Fuera seguía nevando.

—¿Eso es todo? —preguntó Aldo.

—Es todo, señor comisario. Enterramos al muerto y cuando regresé por el camino que pasa junto a la tumba de la vieja desalmada ya no había nadie. Ni la chica ni los tipos ni los civiles. Nadie —concluyó, echando a andar hacia la verja del cementerio—. Cuidado, no pise ahí, señor teniente…

Julio dio un patinazo y cayó de culo sobre el pavimento helado.

—¡¿Pero usted me oyó que tuviera cuidado al pisar, hombre de Dios?! —exclamó el encargado, al tiempo que se agachaba para intentar, con ayuda de Aldo, levantar del suelo a un dolorido Julio.

XXV

—Por favor, necesito ir al baño —fue lo primero que dijo Silvia cuando Waldo reapareció en la casa. Él cerró la puerta con llave y se la guardó en un bolsillo del pantalón.

—Primero deje que le haga una preguntita… ¿Dónde carajos está su cartera?

—Mi bolso lo tiene usted —contestó, desafiante.

—¿Por quién me toma, señorita? ¿Por un ratero? En su bolso no está.

—Pues… la olvidaría en casa. —Silvia decidió que era preferible no discutir con Waldo. Si le daba la razón acabarían antes y podría ir al baño. De todos modos, no tenía ni idea de dónde podía estar la cartera.

—O la tiene usted en algún bolsillo —dijo Waldo. Silvia se sobresaltó al ver la navaja en su mano—. Voy a desatarla y me va a dejar que la registre sin hacer movimientos raros, ¿me entiende?

—Ya me cacheó antes. —Silvia contuvo el aliento mientras él cortaba las ligaduras—. No llevo nada en los bolsillos, no me gusta —murmuró.

Waldo se agachó. Rasgó la cinta que le mantenía los pies aprisionados a las patas de la silla. Solo le dejó las esposas.

—En pie. —Waldo le tendió una mano. Silvia estiró los brazos. Se le habían hinchado tanto los dedos que se asustó al verlos. Vaciló. Él la agarró por las muñecas y la alzó.

—¿Qué le pasa ahora? —bramó—. ¡Firme! Y quietecita. Levante los brazos. Así, muy bien. —Ágil, como si estuviera acostumbrado, comenzó a cachearla.

—Las esposas… Me están dejando la piel en carne viva —se quejó Silvia—. ¿No podría quitármelas?

—¡Cállese! Los brazos en alto, coño. —Waldo le desabotonó el abrigo. Empezó a palparla, desde las caderas, subiendo por la cintura… Cuando llegó a sus pechos, Silvia intuyó que ya no tenía intención de registrarla. Bajó los brazos. Él le tiró del pelo hacia atrás y, casi al instante, Silvia sintió el filo de la navaja contra su carótida—. ¿Qué hace, señorita? —gruñó—. ¿No le dije que se estuviera quieta? ¿Quiere que la pinche por accidente?

—No… Lo siento —gimió ella—. Lo siento, lo siento —repitió. Se echó a llorar. Iba a mearse encima de un momento a otro.

—Venga, no se aflija de ese modo. —Waldo plegó la navaja. Se la guardó en el bolsillo—. Siéntese, ande. Haré un café… ¿O prefiere un té?

—Necesito…, necesito ir al baño, por favor —gimoteó ella, sin moverse del sitio. No podía sentarse.

—¡Está bien, está bien! —exclamó él.

La arrastró por el pasillo. Le abrió la puerta del baño. Silvia se precipitó dentro, casi a la carrera. Él puso un tope de madera para evitar que la puerta se cerrara y se apoyó en el quicio.

—No es buena idea salir indocumentada a la calle, señorita —dijo en voz alta—. Puede detenerla la policía. O tener, qué sé yo…, un accidente. ¿Y cómo la van a reconocer después? No llevar la tarjeta de crédito, en cambio… Eso no está mal pensado, ¿sabe? Mi mujer es una sanguijuela. Me la desangra cada vez que va de compras.

Silvia no le prestaba atención. Sentada en el váter, inspeccionaba el baño, minúsculo y sin ventanas, buscando algo con que defenderse. A su derecha, junto a la ducha, había un botiquín con cerradura, sin llave a la vista. Al fondo, sobre el lavabo, un armarito. Allí, tal vez…

—¿Me está oyendo, señorita? Pues sí que andaba apurada… ¿Oiga?

—Sí…

—Le decía que se ve que no pensaba ir muy lejos este domingo, ¿no es así? El viernes pasado, en cambio… Qué bonito paseo se dio.

Silvia se sobresaltó. Entonces… la había seguido hasta Santa Marina. Tal vez llevara detrás de ella semanas. O meses. Aquello significaba algo. Extorsión. Eso era. Waldo sabía lo que había hecho. ¿La habría seguido hasta la presa cuando se deshizo del alfiler? ¿Querría chantajearla, ahora que la policía había encontrado el cadáver? Silvia casi sintió ganas de reír. No es que

fuera una buena noticia, pero lo prefería a tener que vérselas con un asesino en serie. Tiró de la cisterna y se subió los vaqueros, torpe.

—… Y qué detalle por su parte detenerse en el cementerio —continuó Waldo—. Qué hermoso don es una madre. No lo sabe uno bien hasta que falta, ¿verdad que sí?

Silvia abrió el grifo. Miró hacia la puerta entornada. No estaba segura de si Waldo podía verla. ¿Se arriesgaría a abrir el armario?

—¿Me está oyendo? —exclamó él—. Digo que uno no sabe el don que significa tener una madre hasta que la pierde…

—Sí. Supongo —contestó ella. Pensó que su madre no había sido nunca un don, ni viva ni muerta. Al final se decidió. Alargó los brazos y abrió el armarito. Pero allí no había nada, a excepción de un gran frasco de colutorio dental. Lo cerró. Cerró también el grifo y salió, con aire de resignación. Estaba cansada. Y hambrienta.

—¿Está mejor? —Waldo le sonreía. Sonreía mucho. De una manera desagradable. Silvia prefería verlo serio. Reconocía el gesto, por Yeimer. A veces él sonreía de la misma manera, y Silvia sabía entonces que estaba planeando alguna travesura. Solo que las travesuras de Yeimer no iban más allá de tirarle a otro niño una goma de borrar a la cabeza, mientras que las del padre… Aún no sabía cuál era el alcance de sus travesuras.

—¿Cuánto tiempo lleva siguiéndome? —le preguntó.

—De momento hago yo las preguntas —dijo él—. ¿Un cafecito caliente? Hace frío aquí dentro… La casa es chiquita. No más hay gente, se calienta corriendo, ya verá.

—Tengo hambre… ¿Qué hora es?

—Casi las siete. Hambre, dice. —Waldo se dirigió a la cocina. Abrió un armario repleto de latas de conservas—. ¿Le apetece una fabadita, doña?

—Lo que sea —contestó ella—. ¿No podría soltarme? Esto duele…

—Túmbese ahí. —Waldo señaló un sofá cama que había junto a la chimenea—. Ahora lo arreglamos. —Abrió la lata, echó el contenido en un cazo y lo puso al fuego. Sacó la pistola de la funda que llevaba a la cintura y la dejó sobre la barra americana. Se acercó a Silvia, con un llavín en una mano y la navaja en la otra. Silvia le tendió los brazos. Él le quitó las esposas.

—Gracias —murmuró ella.

—De nada, mujer. ¿Ve que fácil es la vida cuando hay buen entendimiento?

—Waldo…

—¿Sí?

—Yeimer… Dígame que solo es casualidad que sea alumno mío…

Waldo se encogió de hombros.

—Piense lo que quiera —dijo.

XXVI

Julio abrió la portezuela del cupé. Casi había dejado de nevar. Desde las montañas, sin embargo, descendía un aire gélido. Sacó un rascador de la guantera y se lo pasó al inspector para que le ayudase a quitar la capa de escarcha. Los cristales se habían congelado.

—Dele al limpiaparabrisas —dijo.

Aldo se subió al coche. Julio arrancó.

—Tiene mala cara, Julio. ¿Quiere que conduzca yo?

—Ni en broma. Estoy bien.

Al incorporarse a la vía, el coche derrapó un poco.

—Cuidado que patina, teniente…

—¿Alguna otra advertencia estúpida que hacerme? —exclamó Julio, estabilizando el vehículo.

—Disculpe. No pretendía burlarme.

Julio lo miró.

—¿Le ocurre algo?

—No, nada… Estaba pensando en mis propios patinazos. ¿Cómo se me pasaron tantas cosas por alto, Julio?

—Bueno… Digamos que se le fue el santo al cielo —intentó bromear él.

—No me toque los santos, teniente. A este paso, vamos a necesitar que intercedan por nosotros. Se han abierto demasiadas vías en los flancos de la investigación. Como no empecemos a achicar, este barco se nos hunde.

—¿Achicar? ¿Achicar qué?

—Incógnitas. Empezando por la que rodea a Daniel… A mi Daniel. Hay que entrevistarse de nuevo con sus profesores, con sus compañeros, con su mejor amigo. Encontrar las revistas, averiguar cuál es el nexo entre Orion Dauber, Daniel y Manzanares…

Julio volvió a mirar al inspector. Sus ojos tenían esa expresión febril que ya empezaba a resultarle familiar. Estaba enormemente atractivo cuando le daba vueltas a una idea, pensó. De perfil su nariz parecía más recta de lo que era en realidad. Grande, desde luego. Como le gustaban a él…

—Teniente —dijo Aldo, volviéndose. Julio se ruborizó—. ¿Qué está pensando?

—Eh… Pensaba en ese tipo, el primo del encargado…

—Flores, dice. Sí. Hay que verificar la información que nos dio Prudencio. No creo que nos resulte muy difícil aclarar si de verdad era un informador de la Guardia Civil. Interrogue a sus compañeros de Santa Marina, le será más fácil a usted que a mí.

—¿Y qué pasa con Silvia? Si es verdad que la estaban siguiendo…

—Hay que comprobarlo. De ser cierto, pediré medidas judiciales —murmuró— y, de paso, controlamos un poco sus movimientos. Por cierto, ¿a quién le encargó la vigilancia, Julio? ¿A Hernández y Fernández?

—Muy gracioso. A ver qué versión me dan ellos. Es obvio que Prudencio no nos tiene en mucha estima…

—En eso lleva razón.

Julio hizo una mueca de dolor. El golpetazo en el coxis empezaba a hacerse sentir.

—¿Le preguntará a Silvia por su otro hermano? —dijo.

—Es lo primero en mi agenda. La coincidencia en las fechas de defunción del primer Daniel y el nacimiento del otro son demasiado extravagantes. No puede ser una casualidad…

—¿Cuánto se llevaban?

—Veinte años exactos, teniente. Águeda nació en 1951. Tuvo al primer Daniel con dieciocho y al segundo con treinta y ocho. Era una mujer de extremos, sin duda.

—No lo entiendo… Si es verdad que nunca le perdonó a Manzanares el accidente, ¿por qué tener otro niño, tantos años después? Y ponerle el mismo nombre… ¿No es demasiado morboso?

—A lo mejor no era hijo de Manzanares, Julio. A lo mejor Águeda no encontró mejor forma de vengarse de él. A lo mejor, y creo que es lo más probable, la vieja desalmada ya estaba como un cencerro por aquel entonces y solo hay que ver todo el asunto como una de sus excentricidades. Tenemos que consultar el Registro Civil. No nos precipitemos en sacar conclusiones sin antes cotejar datos… Teniente, ¿seguro que se encuentra bien?

—Sí —contestó. Pero en el acto recapacitó—. No… Me está doliendo una barbaridad.

—Deténgase en el arcén y déjeme conducir a mí.

—No… Usted no… Es un delito.

—No diga tonterías, hombre…

Julio detuvo el coche. Intercambiaron los asientos. Cuando Aldo se incorporó de nuevo al carril, el teniente dio un profundo suspiro

y cerró los ojos, aliviado a pesar de todo.

—Hacía tiempo que nadie me llevaba a mí —dijo—. Lo echaba de menos…

—Será mejor que lo lleve a urgencias. ¿Tiene preferencia por algún hospital?

—No hace falta. Estoy bien. Solo necesito un poco de calor, echarme en el sofá a ver la tele y comerme una pizza… Los hospitales me ponen enfermo.

—¿Y a quién no? En serio, Julio. Creo que deberían echarle un vistazo, lo necesito en forma estos días. Luego puede atiborrarse a pizza y telebasura hasta caer rendido.

—Está bien —capituló—. Al 7 de Abril, entonces…

XXVII

Ana estaba de buen humor. Dejó el coche en el parking y subió las escaleras mecánicas del centro comercial. Por suerte, las tiendas estaban abiertas, para compensar que el viernes habían cerrado. Llevaba tiempo queriéndose comprar un jersey blanco de angora con cuello vuelto. Lo había visualizado claramente en su cabeza, aunque parecía que aquella temporada no se llevarían ni los jerséis de angora ni los de cuello vuelto ni, menos aún, esa combinación. Al menos, no lo había encontrado en ningún catálogo ni se lo habían podido ofrecer en ningún comercio. Sin embargo, estaba segura de que en algún sitio la esperaba. Ana creía firmemente que, si deseaba algo con mucha intensidad, tarde o temprano el universo se lo brindaría. Se reía de la gente que prendía velitas a los santos esperando su ayuda. No, no hacían falta intermediarios. A ella le bastaba con el poder de sus propios deseos. Se alisó la melena al pasar frente a un espejo. Sonrió, y dos hoyuelos aparecieron en la comisura de sus labios color cereza. Avanzó por la galería acristalada. Había pocas personas, y, en general, prestaban más atención a la nevada que estaba cayendo sobre la ciudad que a los escaparates. Unos operarios terminaban de dar los últimos retoques a la decoración navideña, bastante sosa en su opinión. Todo demasiado blanco. Faltaba color. La musiquilla que se oía de fondo no parecía muy navideña, aunque sonaba vagamente a cántico religioso. Aburrido, pensó. Se detuvo frente al escaparate de una boutique. Ana chasqueó la lengua, satisfecha.

—Hoy es el día, Anita —susurró. Allí estaba su jersey. Se apartó el flequillo de la cara y entró en el establecimiento, moviendo con desparpajo sus generosas caderas.

Al salir, con su preciosa adquisición en una bolsa negra, elegante, pasó junto a una juguetería donde unos tipos esmirriados

con trajes de elfo escuchaban las peticiones de los niños para Papá Noel. Ana pensó en Yeimer. Si tenía tiempo, lo llevaría. Pensó también en comprarle algún juguete, pero se contuvo. La semana anterior ya le había regalado un videojuego, cuando aquel salvaje le había clavado un compás en el brazo. Waldo se había enfadado con ella. Temía que lo mimase demasiado, que lo afeminase. Era tan primitivo en ese aspecto… Ana hizo una mueca. ¿Solo en ese aspecto?, pensó. Yeimer lo era todo para ella. Tal vez lo sobreprotegía, sí. ¿Y qué si lo hacía? Afeminado o no, Yeimer siempre sería lo mejor de su existencia. ¿Por qué no recompensárselo tantas veces como le apeteciera, mientras pudiera? Claro que, de vez en cuando, había que ceder. Waldo era un bendito, pero como la mayoría de los hombres, un obtuso en determinados temas. Por suerte, estaba ella para malcriar a Yeimer, para protegerlo y mantenerlo al margen tanto como fuera posible de…

Ana encendió un cigarrillo. Dio una profunda calada, asomada al ventanal de la galería. Al otro lado de la cristalera, todo era tan blanco, tan puro… Aunque solo en apariencia, pensó. Alguien tosió detrás de ella. Se volvió. Un guarda jurado corpulento la miraba, inquisitivo.

—Está prohibido fumar, señora —la amonestó.

—¿En serio? Ay, qué torpe. —Ana tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta del zapato—. Dispense, señor. —El guarda puso cara de disgusto, pero se dio la vuelta sin decir palabra y continuó su ronda.

—Capullo —masculló.

No, se dijo, observando los andares simiescos del guarda. Yeimer nunca sería un tipejo envarado como aquel si ella podía evitarlo. Miró el reloj: era hora de ir acercándose al McDonald’s.

Llevaba unos veinte minutos frente al restaurante de comida rápida cuando apareció el niño. Se había apoyado en la barandilla, al borde de las escaleras mecánicas. Desde allí podía controlar lo que ocurría abajo, en el vestíbulo del centro comercial. Por fin lo vio aparecer por las puertas giratorias, el semblante grave, buscándola con la mirada. Lo saludó con la mano cuando la mirada errante del niño se detuvo por fin en ella. Yeimer sonrió y corrió hacia las escaleras.

—¡Te encontré! —exclamó y se abalanzó sobre ella, como si hubieran estando jugando al escondite. Ana se agachó y le estampó un ostentoso beso en la mejilla.

—Mi niño… ¿Qué tal el paseo? ¿Te gustó la nieve?

Yeimer se encogió de hombros. Desvió la mirada hacia el McDonald's.

—Tengo hambre —dijo. Ana miró la hora.

—Está bien. Te compro una hamburguesa, pero te la comes en el coche, que tenemos que irnos. Cuéntame qué hiciste, ¿no?

—Nada… Bueno, vi a la maestra.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

Yeimer volvió a encogerse de hombros.

—Se fue con papá en el coche.

—Eso es que la llevaría a casa. Como papá es tan amable… ¿Verdad que sí, mi cielo?

Yeimer no contestó. Ana dio un suspiro. Le dio la mano y se encaminaron al restaurante. Los elfos esmirriados tendrían que esperar.

Ya en el coche, Yeimer atacó la hamburguesa doble con queso mientras Ana maniobraba con dificultad por la rampa de salida. Odiaba las columnas de los aparcamientos subterráneos.

—¿Está buena? —dijo. El niño asintió.

—¿Vamos a casa? —preguntó él.

—No, mi vida. Ya te dije que vas a quedarte un rato donde Fele. —Fele era un amiguito del colegio. O, para ser más exactos, el único que Yeimer había hecho en aquellos tres meses y medio. Ana había entablado bastante amistad con Marga, la madre, así que, cuando le pidió que cuidara a Yeimer mientras ella hacía las compras de Navidad, aceptó enseguida.

—Fele es tonto —murmuró Yeimer.

—No te lo pierdas —exclamó Ana—. ¿No era tu mejor amigo, pelado?

—Pero es tonto —insistió.

Ana se volvió hacia él. Arqueó una sola ceja y bizqueó.

—Pues contigo ya son dos. —Yeimer se echó a reír. Ana estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo. Al frenar, el coche derrapó. Se detuvo al borde mismo del paso de peatones. Una quinceañera que se disponía a cruzar en ese momento le hizo un corte de mangas.

—La muy puta —mascculló Ana, asustada por el patinazo. Si seguía nevando de aquella manera, el santo lo iba a tener complicado.

—La puta puta puta putaputaputapu-ta-pu…

—Vale ya, cielo. Sabes que esas cosas solo las dicen los mayores.

Dime, ¿la maestra se llevó una sorpresa cuando te vio?

—Sí. Pero no quería hablar con papá.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—No sé… ¿Y por qué tengo que ir a casa de Fele?

—Porque tengo que hacer unos recados. Te recojo después de cenar. —Ana arrancó—. Por cierto, mi vida, ¿recuerdas esas cosas especiales que no puedes decir a nadie?

—Sí —susurró Yeimer.

—Pues que viste hoy a tu maestra y que papá la llevó a su casa es una de esas cosas. ¿Entiendes lo que te digo?

Yeimer asintió, apretando los labios con fuerza.

—¡Este es mi hombrecito! —Ana se echó a reír—. Ya verás qué de cosas te traen este año los Reyes, mi cielo…

—¿Y el Papá Noel?

—Y el barrigón barbudo también, cielito. Hasta los ángeles del belén te van a dejar regalos si hoy te portas bien y no dices nada de…, ¿de quién te estoy diciendo?

—No sé, mamita. Yo no vi a nadie…

Después de dejar al niño, Ana cogió la autovía y salió de la ciudad. Tardó casi media hora en llegar a la desviación del Cerro, y otros diez minutos en encontrar el camino del vertedero. Waldo la esperaba, apoyado contra el capó del todoterreno, con el cuello de la cazadora alzado hasta las orejas.

—Ya era hora, Anita. Estaba a punto de llamarte…

—La carretera no está para ralis. ¿Y la seño…?

Waldo le señaló el maletero. Se asomó al asiento del conductor y cogió el bolso de Silvia.

—Las llaves están dentro. Antes de tirar las cosas, échale un vistazo al móvil. ¿Yeimer?

—Bien. Quedé en recogerlo sobre las diez. Oye, tengo que enseñarte algo. —Ana se dio la vuelta. Dejó el bolso de Silvia en su coche y sacó el jersey de la bolsa—. ¿Qué te parece? ¿No es precioso? —dijo.

—¿Crees que es momento ahora de…? —Waldo no terminó la frase—. Muy bonito, sí…

—Ay, mi santito, qué bien me siento. —Ana se acercó a él. Lo besó en los labios—. ¿Estuvo complicado?

—No mucho. La cogí desprevenida… Ana, ¿estás segura de lo que estamos haciendo?

—No lo dudes, mi amor… Mira: el jersey es una señal. Todo va a ir de maravilla a partir de ahora. Tú confía en mí.

—¿En serio, Anita? ¿El jersey? Pues qué bien… Oye, se hace

tarde. Me llamas sobre las… ocho de acá, y me dices qué encontraste en el piso. Cuídate mucho. Y cuida del pelado…

—Lo dices como si no te fuera a ver más.

—Bueno… Esto no es ningún juego. —Waldo se subió al todoterreno, dio un portazo y puso el motor en marcha.

Los neumáticos chirriaron, escupiendo barro y nieve sucia. Ana dio un salto atrás para evitar mancharse. Le dijo adiós mientras se perdía por el sendero, de vuelta a la autovía. Aún sostenía el jersey de angora en una mano. Las mangas rozaban el suelo. Al darse cuenta, lo alzó y lo apretujó contra su cara. Vio, con horror, unas manchitas oscuras. Olió el jersey. Salpicaduras de aceite…

—¡Maldito seas, santito! —Ana arrojó el jersey al suelo, con furia—. ¡Maldito seas tú y tu puto Nissan chingón!

XXVIII

Eran casi las nueve cuando salieron de urgencias. Ahora que el cóctel de calmantes y el antiinflamatorio comenzaban a hacer efecto, se sentía mucho más aliviado. Al menos, no tenía ninguna vértebra fuera de su sitio, ningún hueso roto. Julio temía enfermarse —como todo el mundo, diría Aldo—. Pero lo suyo alcanzaba ya grado de fobia. Una fobia que sobrellevaba en secreto, que lo atormentaba periódicamente, que se cebaba con él al menor signo de fatiga o de fiebre. Cualquier cosa era un síntoma de alguna enfermedad terrible: una herida en la boca, una manchita oscura en la piel, un dolor inusual, una molestia gástrica. Solo que, a diferencia de otros, él se negaba a poner los pies en un hospital, en un centro de salud, en la consulta de un médico. Prefería el anonimato de los laboratorios clínicos. Era adicto a los test serológicos, a las pruebas tumorales, al autodiagnóstico. Y, si bien jamás había padecido ninguna dolencia —más allá de alguna migraña, un catarro, una gripe—, vivía en un constante sobresalto, obsesionado con la salud, atormentado por aquel tabaquismo recurrente y culpable que intentaba compensar haciendo «vida sana». Iba al gimnasio con regularidad. Cuidaba la dieta, bebía de forma moderada. Practicaba sexo seguro. Nunca perdía el control… Solo que él no tenía el control, se dijo. Nunca lo tendría. La enfermedad era un monstruo paciente. En algún momento lo mandaría a la cama de un hospital como aquel, y allí le roería hasta los huesos. Como hizo con su padre.

A veces, en sueños, tenía de nuevo once años. Y todo volvía a repetirse. Las visitas diarias a la planta de oncología. El miedo, la esperanza, el rechazo. Los olores desagradables, la degradación física, mental. La brutal certeza de lo inevitable. Julio tenía motivos

de sobra para odiar aquellos pasillos, aquellas salas pobladas de enfermedad y muerte asociadas para siempre a la orfandad, al desamparo. Motivos de sobra, creía, para tenerles miedo.

Aldo lo acompañó hasta la salida. Le pidió que esperase allí mientras sacaba el coche del parking. Julio asintió, dócil. Comenzaba a tener cierta sensación de ingravidez, de apatía, desde la que podía aproximarse a los viejos dolores con distancia, sin angustia. Agradeció el aire helado de la noche, dejar atrás la calefacción asfixiante del hospital. Se arrimó al muro, encendió un cigarrillo. Pensó en Aldo. No como en el inspector Monteiro, sino como… Julio sonrió. Realmente, era difícil imaginárselo de otra forma. Y sin embargo… No. Esas cosas nunca salen bien. Hay que evitarlas a toda costa. Sacudió la ceniza en el aire, meneó la cabeza. En su fuero interno sabía que no tenía ninguna intención de evitar nada.

—Lo que tenga que ser, será —murmuró.

En ese momento, el cupé amarillo dio un frenazo brusco justo delante de él. Tiró la colilla al suelo, con despreocupación.

—¿Necesita que le abra la puerta, Julio? —preguntó Aldo, asomándose por la ventanilla.

—No… ¿Quiere que conduzca?

—Ni hablar. Está más dopado que un deportista de elite. Ande, suba de una vez.

Julio obedeció.

—Aldo… No sé cómo agradecérselo —dijo, tras ajustarse el cinturón de seguridad.

—Ya se le ocurrirá algo… Por Dios, Julio, ¿qué han hecho con usted?

—¿Por qué lo dice? —preguntó, empastando las palabras como si llevara una copa de más.

—No sé. Parece feliz, de una forma insultante. ¿Dónde vive, por cierto?

—Calle Fleming. —Julio suspiró y reclinó un poco el asiento. Aún le dolía la espalda.

—¿Sabe cuántas calles Fleming existen en el mundo? Si no hila un poco más fino…

—¿Conoce la Filmoteca?

—Claro.

—Sería estupendo que encontrase un hueco donde aparcar por esa zona.

Julio vivía en un tercer piso. Sin ascensor. Subieron despacio las

escaleras y se detuvieron junto a una puerta de madera, robusta, con una ventanita romboidal en lugar de mirilla.

—Aquí es, no se asuste si la ve un poco desordenada…

—No se preocupe, Julio. Solo quería acompañarle, no voy a pasar.

—¿No? —La decepción podía leerse en su cara—. ¿Seguro? ¿No quiere tomar algo?

—Otro día, tal vez. Ahora debe descansar, Julio. No lo quiero fuera de combate. —El inspector le tendió la mano.

Julio se la estrechó, apoyado en el quicio de la puerta.

—Qué pena… Me habría gustado enseñarle la casa. Tengo una cocina de carbón, ¿sabe? Tendrá cien años o más…

—Otro día me la enseña, Julio. ¿Me la devuelve?

Julio le soltó la mano.

—Disculpe… los calmantes. —Se sonrojó.

—Está bien, teniente. Aproveche y descanse. Ha sido un día muy largo.

Aldo retrocedió hacia las escaleras.

Julio se acercó a la barandilla y se asomó para verlo marchar.

—¡Aldo! —exclamó. Él alzó la vista.

—¿Qué ocurre?

—Olvidó decirme qué día era hoy…

Julio creyó ver que le guiñaba un ojo antes de darse la vuelta y reanudar la marcha escaleras abajo mientras recitaba su letanía.

—Diez de diciembre, teniente. Día de Nuestra Señora de Loreto, patrona de la aviación, pues se le atribuye haber enviado a unos ángeles a cambiar de sitio su casa en Nazaret para evitar que cayera en manos de los infieles. Algo caprichosa, ordenó que la depositaran primero en Dalmacia, y luego en Loreto, vaya a saber por qué. También es día de Eulalia de Mérida, virgen y santa. Nació en el siglo III y murió a los doce años tras atroces torturas. —Al llegar al segundo piso, un vecino asombrado abrió la puerta y se asomó al descansillo—. Buenas noches —le saludó, con una inclinación de cabeza, antes de perderse de vista.

—Buenas noches —musitó Julio.

XXIX

Silvia había comido con apetito. Saber que Waldo no era exactamente un perturbado le había dado un margen de esperanza. Lo más probable es que fuera un chantajista, él y sus cómplices. A saber cómo reaccionarían cuando descubrieran que no tenía un céntimo… Su padre era una fuente inagotable de problemas. Incluso muerto.

Sacudió las manos en el aire, tratando de atraer la atención de Waldo. Tras la comida, la había vuelto a esposar.

—¿Por qué no me quita esto? No voy a escaparme —murmuró.

—No sabe cuánto me gustaría… Pero no puedo. Mejor le preparo un café.

—¿Y quién decide si puede? —dijo. Estaba cansada. Y había descubierto que el cansancio le daba una valentía que hasta hacía poco ignoraba poseer.

—¿Qué clase de pregunta es esa, señorita?

—Una que tampoco se sabe. ¿Quién le hace los deberes, Waldo? Me gustaría conocerlo…

—Se cree muy lista, ¿verdad? Pues no se confíe, que igual no aprueba este examen.

Waldo se levantó del sofá. Se dirigió a la cocina. Cogió el arma que había dejado sobre la barra, comprobó el seguro y la enfundó en el cinto. Alcanzó un frasco de un estante, armó una cafetera. De vez en cuando miraba el reloj y resoplaba, nervioso. Silvia pensó que desde el otro lado de la barra, con la cafetera al fuego, parecía un tipejo inofensivo. Como si le hubiera leído el pensamiento, él se dio la vuelta. La pistola asomó en su funda. 'Cómo un hombrecillo corriente se convierte en un tipo peligroso con solo darse la vuelta', por Silvia M., se dijo.

La cafetera empezó a silbar.

—¿Solo? —preguntó.

—Y sin azúcar —respondió Silvia.

—Ah, es de las mías, pues.

Waldo sirvió dos vasos y se acercó al sofá. Le tendió uno a ella.

—Es usted una hembra muy rara, ¿sabe? —comentó.

Silvia se mordió el labio. No pensaba darse por aludida.

—En serio. Hace un rato estaba ahí, lloriqueando, descompuesta como una china meona… Y ahora me enseña las uñas.

—Oiga, Waldo…, me ha metido en un maletero. Me ha puesto un arma en la cabeza, me ha amordazado, me tiene esposada, secuestrada en… No sé ni dónde estamos, y aún no me ha dicho qué demonios quiere de mí ni cuánto va a durar esto. ¿Y piensa que soy rara? ¿Le digo lo que pienso yo de usted?

—Mejor cállese la boca, señorita, no vaya a ser que se le escape una culebra y tenga que reventarla a golpes.

—¿Y Yeimer? ¿Qué piensa él de todo esto?

—Caliente…

—¿Lo utiliza a menudo de cebo? ¿O solo cuando sale a secuestrar maestras?

—Caliente, caliente…

—¿Sabe una cosa?, tarde o temprano se volverá contra usted. Comprenderá que lo ha utilizado, y eso no se perdona…

—Caliente, caliente, caliente. —Waldo se puso en pie. Silvia enmudeció al ver la pistola en su mano—. Se va a quemar como siga por ese camino, señorita. Ya casi puedo oler a chamuscado…

Una melodía pegadiza les interrumpió. Waldo sacó el móvil del bolsillo. Sin dejar de apuntar hacia ella, retrocedió hasta la cocina.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tardaste tanto? Sí, ya hace horas, estaba preocupado… Da igual. Oye, no podemos hablar mucho. ¿Qué?… No, no tenía nada encima. No. Bueno… Dime. —Durante unos minutos permaneció en silencio, escuchando atentamente—. Está bien. Sí… Sí… Que sí, carajo… Oye, no me hagas esto… ¿Qué? No, no. Está bien…

A Silvia le dio la impresión de que se despedía con un beso.

—Pues sí. —Waldo suspiró. De repente parecía haber olvidado el altercado. Dejó el móvil sobre la barra, volvió junto a ella—. Esta noche nos quedamos aquí. Ya mismo le enseño su pieza.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —exclamó Silvia, contrariada—. ¿No va a decirme qué quiere de mí? Porque esto es ridículo, ¿sabe? Yo no tengo dinero ni propiedades… Nada de valor.

—No me diga.

—Y nadie va a pagar un rescate por mí.

—Eso no lo dudo. —Waldo se echó a reír—. Pero no se apure. No le voy a poner precio a su cabecita…

—¿Entonces?

—¿Entonces? —repitió Waldo, imitándola.

—Me alegra que lo encuentre divertido. No importa. Ríase. Pero, por favor —le suplicó, mostrándole las manos—, quítemelas. No puedo más…

—Ay, ahora se pone tiernecita otra vez. Qué talento el suyo, carajo. Para quitarse el sombrero, nomás…

—Por favor. —Silvia sintió que el coraje que minutos antes había sentido la abandonaba. Tenía las muñecas hinchadas, estaba agotada. La luz artificial, las ventanas cerradas, las esposas… Era demasiado. Se echó a llorar—. Enciérreme si quiere, pero quítemelas de una vez —sollozó.

—No llore —dijo Waldo—. Eso no le va a servir conmigo… ¿Me oyó? Cállese, ande…

Pero Silvia no pensaba callarse. Llorar era una liberación, una descarga. Lloraría hasta hartarse si quería. No se lo iba a poner tan fácil…

—¡Está bien, la llevo a su pieza! —bramó. Waldo se acercó a ella. Silvia gimió, como un animal herido—. ¿Y ahora qué le pasa? Cálmese. Cálmese, ¿me oye?

Gimió más fuerte, espoleada por alguna fuerza que ni ella misma comprendía.

—¡¡Cállese!! ¡¡¡Cállese de una puta vez, no lo soporto!!! —chilló Waldo, fuera de sí. Sacó la pistola de la funda y arrimó el cañón a su frente.

Silvia aguantó la respiración.

—Si vuelve a llorar de esa forma, le juro que le meto una bala en la cabeza, ¿me oyó? ¡¿Me oyó?! —repitió. Ella asintió con un gesto.

Waldo bajó el arma.

—Ande, límpiese. —Waldo le tiró un rollo de servilletas que había sobre la mesita. Esta vez, obedeció.

Los dos guardaron silencio. Silvia respiraba con pesadez, intentando evitar las lágrimas. Veía esferas blancas flotando por toda la habitación. Sintió un dolor agudo en la sien. Cerró los ojos. Al cabo de unos quince minutos, oyó la voz ronca de Waldo.

—Está bien —gruñó—. Se lo diré: su viejo nos contrató.

El corazón le dio un vuelco. Abrió los ojos. Miró a Waldo, con expresión interrogante.

—¿Se sorprende? —dijo él—. Pues sí. El muy cabrón nos contrató. Solo que… nos la jugó. Se largó, ya sabe. Sin terminar de pagar la cuenta.

—Entonces…, quiere que yo…

—Queremos saber dónde está. Él o la plata que nos debe, da igual. Y usted nos va a ayudar.

—Pero yo… No sé de qué me habla…

—Oh, claro que sí, señorita. De lo contrario, no la andarían vigilando los aguacates.

—¿Los…?

—La bofia, la pasma, la poli… Los picos. Qué más da.

Silvia se llevó las manos a la boca. Waldo la observó, atónito. No podía comprender por qué se reía ahora de aquella manera.

—¡Está loca, ¿lo sabe?! —le gritó.

Lunes, 11 de diciembre

XXX

Aldo no podía dormir. Un sinfín de preguntas sin respuesta daba vueltas en su mente, entremezclándose, torciéndose, perdiéndose en callejones sin salida. Malhumorado, se incorporó en la cama. Encendió la luz, alcanzó su libreta y volvió a repasar los últimos datos. Comprobó, por enésima vez, que la fecha que tenía en sus notas era la misma que figuraba en el certificado de nacimiento de Daniel. El mismo día, el mismo mes —trece de septiembre— estampados en el acta de defunción del otro Daniel, el eslabón perdido del que nadie parecía querer hablar. Había estado revisando toda la documentación del caso hasta bien entrada la noche, sin resultado: ni en las actas ni en las diligencias ni en ningún otro legajo se mencionaba al primogénito varón de Manzanares. Tampoco el accidente que le costó la vida. Silvia es la única persona que podría arrojar algo de luz sobre los hechos, pensó. Y esta vez no se lo iba a poner tan fácil. Si se negaba a colaborar, la acusaría de obstrucción. Claro que primero estaba lo otro… Mientras esperaba a Julio en urgencias había llamado a la oficina de Almeida para ponerle al tanto y solicitar un protocolo urgente de vigilancia. Cómo se complica todo, murmuró, irritado. ¿Sería cierto que la estaban siguiendo? Pero ¿quién? ¿Por qué? Aldo cerró la libreta y de un manotazo la lanzó al otro lado de la habitación. Miró el despertador. Las cuatro y media. Pensó en Julio. En aquel momento estaría durmiendo a pierna suelta. Le hacía gracia imaginárselo dormido: tenía pinta de ser de los que se enredan entre las sábanas… y hablan en sueños. Sería interesante escucharlo, se dijo.

Aldo apagó la luz.

El supermercado parecía un almacén de ultramarinos, con ventanas altas y estrechas por las que se filtraba una luz blanca. Tenía dos plantas, tal vez más. Había demasiadas escaleras para saberlo, escaleras estrechas, apremiantes, de peldaños desvencijados. El suelo crujía. Los anaqueles de madera que cubrían las paredes, también. Las paredes, el suelo, todo olía a resina. A manzanas verdes. A humo, a ceniza. Aldo se deslizaba por los pasillos buscando algo —no recordaba qué—. Estaba apuntado en la lista de la compra, pero no podía leerla: las letras se habían

desordenado, bailaban cada vez que acercaba su cara al papel, como si le rehuyeran. Entonces sintió una presencia detrás de él. Se volvió. Era un perro negro. Enorme. El animal encogió los belfos, le enseñó los dientes. Había mucha gente por allí, deambulando entre los botes de conservas, pero nadie les prestaba atención. El perro se acercó a él, despacio. Sonrió. De un bocado le arrancó la lista de la compra y se la comió. Luego le mordió la mano.

—¡Me ha mordido! —exclamó.

Un viejo se echó a reír detrás de él.

—El perro no muerde… —le dijo.

—¡Pero si acaba de morderme! ¡Mire mi mano! ¡Miren! —les gritó a todos. El suelo tembló con sus risas.

—El perro no muerde —repitieron.

Aldo subió las escaleras, escoltado por el perro, una sombra negra pegada a su mano. Los listones de madera exhalaban un polvillo fino, como esporas de hongos. Tenía que encontrar lo que estaba buscando. Era esencial. Detrás de un mostrador, un hombre con delantal blanco despiezaba un pollo. Aldo se detuvo. ¿Sería eso lo que buscaba? El hombre desgarraba, seccionaba, troceaba. Zas, zas, zas. Había cestas con manzanas entre los pollos muertos. El hombre lo miró.

—¿Sabes qué día es hoy? —le preguntó mientras cercenaba un muslo de un tajo limpio con su machete de carnicero.

—Once de diciembre, día de san Dámaso, papa —contestó Aldo, confuso.

—¡No! —gritó el carnicero, blandiendo el cuchillo.

—¿San Eutiquio? —titubeó Aldo.

El carnicero negó, los ojos en blanco.

—Bársabas —aventuró.

Entonces sintió otro mordisco. Vio, horrorizado, que le faltaba un dedo. Miró al hombre y le mostró la mano.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? —se lamentó.

Por toda respuesta, el carnicero cogió una manzana del mostrador, la partió en dos y lanzó una mitad hacia las fauces abiertas del perro. Pero ya no era un perro, sino un león.

—El Señor es mi juez. —El carnicero le dio un mordisco a la otra mitad de la manzana al tiempo que de un machetazo descabezaba un pollo.

—¿Aldo? ¡Aldo!

—¿Qué? ¿Qué…? —se despertó, sobresaltado.

—El despertador. Páralo de una vez… Tienes zumo de naranja en la nevera. Me voy al trabajo. A la vuelta paso por el súper,

¿necesitas algo, aparte de lo que hay en la lista?

—¿Qué lista?

—¿Cuál va a ser? La de la compra… ¿Estás bien?

—Sí… No, no necesito nada…

—Pues me voy, que tengo que recoger el coche en el garaje. Si puedes, déjame la ropa sucia en el cestón para lavarla hoy, no podré pasar por aquí en un par de días. ¡Y tómate el zumo antes de que pierda las vitaminas!

—Relájate. Estoy bien. Puedo cuidarme solo.

—Ya veo. —Marcia recogió del suelo la libreta de notas de Aldo —. Un caso complicado, ¿verdad?

—Eso no tiene que ver con…

—¿Poner una lavadora? —le interrumpió—. Venga, Aldo. Los dos sabemos tus prioridades. La casa está patas arriba, no hay nada en la nevera… Yo diría que sí necesitas que alguien te eche una mano. Anda, levántate.

—Di mejor «levántate y anda»…

Marcia se aceró a la cama. Le besó en la mejilla.

—Si ves un perro sin dueño en el súper, no te acerques —le dijo.

—¿Un perro-perro… o es en sentido figurado?

—Me refiero a un perro. Negro, grande y sin dueño.

—¿Qué iba a hacer un perro sin dueño en el súper? —musitó ella antes de salir de la habitación—. ¿Elegir otro pienso? ¿Ligar con el carnicero?

A las nueve y media, Aldo aguardaba dentro de un taxi frente a la casa de Julio. El teniente salió del portal. Cojeaba un poco. Al subirse, una mueca de dolor asomó en su cara, pero la falseó fingiendo un bostezo. Aldo sonrió.

—¿Aún le duele? —preguntó, tras darle instrucciones al taxista.

—Un poco… No demasiado —murmuró Julio—. ¿Y usted? ¿Qué tal?

—Molido, Julio. Anoche tuve problemas para conciliar el sueño. Y, cuando por fin me quedé dormido, un espíritu con forma de perro me persiguió sin descanso para morderme la mano, hasta que mi hermana me sacó de la pesadilla.

—¿Un espíritu con forma de perro? —¿Hermana?, ¿no vivía solo?, se preguntó en realidad.

—Sí. Aunque al final resultó ser un león… Es curioso. ¿Sabe quién era Rubén, teniente?

—¿Manzanares?

—No. Hablo del Antiguo Testamento.

—Ya sabe que no ando muy versado en esos temas…

—Yo se lo digo: el primogénito de Jacob. Pero eso da igual. Lo que nos interesa es el nombre. Verá, para unos etimologistas, Rubén en hebreo significa «lobo». Para otros, «león»… Como en mi sueño. Sin embargo, creo que era el espíritu de Daniel el que me perseguía.

—No me diga que cree en esas cosas. —El tono de Julio era escéptico.

—¿En los espíritus, las premoniciones y los mensajes ocultos? Pues casi tanto como en los santos, teniente.

—Es que aún no tengo muy claro cuál es su relación con ellos…

—Soy ateo. Un ateo recalcitrante y sin fisuras. Pero también soy un romántico empedernido, Julio. Un romántico en el sentido estético de la palabra, entiéndame. Me divierte el psicoanálisis, la psicomagia, la interpretación de los sueños y todos los santos…

—Ya… ¿Y por qué piensa que era el espíritu de Daniel el que le perseguía?

—Porque hoy es once de diciembre, teniente. Día de san Dámaso, san Bársabas, san Eutiquio y también de Daniel el profeta, intérprete de sueños. Y porque su nombre significa «el Señor es mi juez». Yo no soy Dios, pero me gustaría hacerle justicia. Creo que se lo debo…

—Aldo, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Supongo que sí —sonrió.

—Tengo la impresión de que se toma este caso de forma muy personal.

—Eso no es una pregunta.

—¿Por qué?

—Eso es una pregunta que no puedo responder ahora, Julio. Digamos solo que en su momento no hice lo suficiente. Creí que sí, pero ahora comprendo que no. Andaba inmerso en una crisis de fe.

—¿No decía que era ateo?

—¿Y qué, Julio? La fe no es patrimonio exclusivo de los creyentes. Hay muchas clases de fe y muchas maneras de perderla.

—Pero… —insistió Julio.

—Teniente, no quiero hablar de ese tema. Mejor centrémonos en el día de hoy. Anoche hice una lista de prioridades. Son demasiadas, creo que deberíamos dividirnos el trabajo.

—¿Qué propone?

—Tenemos que interrogar a Silvia. Quiero saber cómo justifica que tampoco nos haya hablado del otro Daniel…

—¿Hay alguna noticia de…?

—No, nada. Pero el dispositivo está activado. Si alguien la está

siguiendo, seremos los primeros en saberlo… ¿Por dónde iba? Ah, sí… Hay que tomarle declaración a Prudencio. De paso, usted debería pasarse por la comandancia de Santa Marina y averiguar todo lo que pueda del anterior encargado. Quién sabe, tal vez Prudencio esté en lo cierto y andaba en tratos con Manzanares… ¡Déjenos aquí, por favor! —exclamó.

—Por lo menos ya no nieva —dijo Julio al bajar del coche.

Linares les esperaba en su despacho con cara de satisfacción.

—Monteiro, estaba a punto de llamarle —dijo al verles asomar por la puerta.

—¿Tiene los resultados?

—Cierren, por favor —contestó él. De un cajón de su escritorio sacó una carpeta mientras ellos tomaban asiento.

—¿Y bien? —preguntó Aldo. La cara de Linares denotaba cierto aire conspirativo.

—Ese trasto es una maravilla —dijo, con ternura—. La de casos que habríamos solucionado cuando yo empezaba de haber tenido la posibilidad de reduplicar el ADN de una muestra en tan pocas horas…

—Linares, otra vez no… ¿Es él? —se impacientó Aldo.

—Es él —confirmó el forense—. Tengo que verificar algunos marcadores, pero el resultado no deja lugar a dudas.

—¿Y ahora? —Julio se volvió hacia Aldo—. Habría que comunicárselo a Silvia…

—A su debido tiempo, Julio. Cuando Linares termine sus comprobaciones. Primero quiero interrogarla con respecto al otro… asunto.

En ese momento, sonó el móvil de Julio.

—Un segundo.

—¿Qué piensa hacer, Monteiro? —preguntó el forense cuando Julio salió del despacho.

—No lo tengo muy claro… Todavía. Supongo que podemos sacar alguna conclusión… Volver sobre lo que ya sabemos, buscar indicios del móvil, tratar de reconstruir el crimen. Si supiéramos por qué, estaríamos más cerca de saber quién. A mí me huele a venganza.

—¿Venganza? —repitió el forense—. No hubo ensañamiento, Monteiro. La venganza suele ser bastante más ampulosa, intenta infligir el mayor daño posible… Y se planifica.

—Tal vez. Pero, entre todas las posibilidades, no me parece la peor.

—No, tal como yo lo veo, el homicida no reflexionó. Probablemente, no habría cometido el crimen si hubiera tenido la cabeza fría. Se dejó llevar por un… arrebato. Odio esa palabra, pero no se me ocurre otra.

—¿Y el arrebato excluye la venganza?

—A mí me parece más un acto producto del miedo, por ejemplo.

—¿Defensa propia? No hay evidencias de algo así —objetó Aldo.

—Hay una. Lo atacaron de frente.

—Como a Julio César, y no era el caso. Simplemente, lo cogieron desprevenido. Puede que conociera a su atacante. No se olió nada raro, así que…

—¿Julio César? Qué barbaridad… No, no —negó el forense, enérgico—. Cierto, Manzanares no se dio cuenta de nada. Pero no ocurrió así… Recuerde lo que le dije cuando hicimos la primera autopsia. Si el atacante era alguien conocido, como…

—Su hija —apuntó Aldo.

—Bien. Digamos que ella. Póngase en situación, Monteiro. Imagine que usted es Manzanares y yo su atacante… Estamos hablando, frente a frente. Si yo hago esto… —Linares dirigió el brazo con un movimiento rápido y brusco hacia el pecho del inspector. Aldo se apartó, instintivamente—. ¿Lo ve? No, él se habría dado cuenta, habría reaccionado. Pero no lo hizo, estoy seguro. Me inclino más por la teoría que le planteé en su momento.

—Ya. La muerte de la emperatriz.

—Ríase si quiere, pero no es tan disparatado como piensa.

—¿Me está diciendo que se trata de un asesinato político? ¿Un atentado terrorista? ¿Ese es el móvil, acabar con un tirano? Venga, Linares, no…

Julio irrumpió en el despacho. Los ojos le brillaban cuando se dirigió al inspector.

—Aldo, noticias del Botánico: tenemos un sospechoso.

El repiqueteo ahogado de una tonadilla sacada de una película en blanco y negro surgió de alguna parte. Aldo extrajo el móvil de un bolsillo de su chaqueta.

—El tercer hombre —musitó Linares.

XXXI

Había dormido profundamente. La oscuridad total, a pesar de lo inquietante, actuó también como un bálsamo. Se despertó con cierto optimismo. Conforme reflexionaba, enredada aún en el letargo, sus pensamientos se fueron ensombreciendo. Seguía allí. Estiró los dedos de la mano derecha, entumecidos. Chirrió el metal de las esposas al arañar los barrotes de la cama. Fuera no se oía

nada, salvo el viento agitando las ramas de los árboles. Ninguna voz. Ningún sonido humano. Silvia se estremeció.

La víspera no le había importado que el hombrecillo la esposase a la cama. Le dejó un brazo libre, suficiente para arroparse. Cuando cerró la puerta y la llave giró en la cerradura, casi agradeció que la noche se tragara de golpe el cuarto diminuto y sin ventilación. Logró dominar el desasosiego, el asco —las sábanas heladas, el edredón maloliente—. Aceptó, con resignación, la mordedura de las esposas. El cansancio se impuso a la incertidumbre, a la rabia, al sentimiento de impotencia. Apartó todo pensamiento inútil y se quedó dormida. Pero ahora… ¿Qué pasaría? Waldo no quiso creerla cuando le dijo que nunca estuvo al tanto de los chanchullos de su padre, que por mucho que quisiera no podía decirle dónde estaba escondido ni dónde guardaba su condenado dinero… Silvia esbozó una sonrisa al recordarlo. Barajó entonces la posibilidad de contarle que Manzanares estaba muerto. Pero se mordió la lengua. Luego comprendió que había hecho bien. Si Waldo descubría la verdad, ¿qué valdría su vida? Mientras pensara que era valiosa, disponía de tiempo. Se lo jugaba todo en esa prórroga. No puedes rendirte, se dijo. Aún no…

Oyó pasos. Contuvo la respiración. Waldo introdujo la llave en la cerradura. Abrió la puerta. Al encender la luz, Silvia cerró los ojos.

—Hora de levantarse, señorita. ¿Ha dormido bien?

Ella no contestó. Gimió al incorporarse. Tenía el brazo terriblemente amoratado, la mano hinchada.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Quíteme las esposas, por favor, quítemelas!

—Ya va, ya va, tranquilita. —Waldo hurgó en el bolsillo de su pantalón, encontró el llavín y la liberó—. Póngala un rato en remojo. Se le pasará, no se apure…

—Por favor, no lo haga más… No voy a escaparme. —Silvia miró a su alrededor—. ¿Qué miedo tiene? —dijo, señalando la habitación vacía y sin ventanas—. Esto es una celda…

—Lo hago por usted. Para que no tenga la tentación de hacer un disparate. Ya me entiende. —Waldo imitó el gesto de un ahorcamiento.

—Yo no soy ese tipo de persona.

—Nadie lo es, hasta que un día se lía una sábana al cuello. ¿Cree en Dios, señorita?

—Por favor…

—¿Cree usted? Porque al Padre Dios no le gusta que le quiten el

trabajo, ¿sabe?

—Tiene gracia que diga eso —murmuró.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Waldo sonrió, avieso.

—¿Usted cree en Dios?

—Como el que más, no tenga duda —contestó, solemne.

—Y, cuando dice que va a matarme, ¿no es quitarle a Dios el trabajo, como dice?

—Pero, señorita, eso es hacerle un encarguito no más, que es bien distinto —rio él—. Está usted relinda esta mañana, ¿sabe? No lo estropee. Ande, levántese que se le enfría el café.

En el baño, Silvia abrió de nuevo el armarito sobre el lavabo mientras dejaba que corriese el agua fría sobre su brazo. La botella de colutorio seguía allí. Tamborileó con las uñas sobre la superficie para cerciorarse: cristal. Se lavó la cara. Intentó desenredarse el cabello con los dedos, inútilmente. Tenía los ojos muy irritados por culpa de las lentillas. La boca, pastosa.

—Oiga, Waldo…

—Dígame. —La voz del hombre surgió tras el quicio de la puerta.

—Necesitaría algunas cosas de aseo. Un cepillo de dientes, dentífrico, jabón. Algo para peinarme… y una toalla limpia. Este trapo apesta. ¿Qué pasa con el agua?

—¿Qué tiene el agua, señorita?

—Que está helada. ¿No hay agua caliente?

Waldo soltó una carcajada.

—La próxima vez la llevaré al Hilton, no se apure. Ande, salga de una vez.

Silvia echó un último vistazo al armario antes de salir.

—¿Café? —le ofreció Waldo, de camino al salón. Silvia asintió.

—Waldo, no me ponga las esposas otra vez. Me hacen mucho da- ño…

—Usted sea buenecita y ya veremos. No arrugue la frente, que se afea. Siéntese. De momento no hace falta que la espose, ¿contenta?

—Gracias…

—Pues enseguida le traemos el desayuno a madame… ¿Cómo quiere las tostadas?

—¿Tostadas? —Silvia sintió una punzada en la boca del estómago. Waldo volvió a carcajearse.

—Era broma. Café no más con leche evaporada. Y, si quiere, dulce de membrillo para acompañar.

—¿Qué hora es? —dijo. Las ventanas permanecían cerradas.

Parecía aún de noche.

—Pues —contestó Waldo, consultando su reloj de pulsera— las doce veintisiete minutos exactamente. Ha dormido usted como…

No terminó la frase. El móvil comenzó a vibrar sobre la barra.

—Mierda… —Se apresuró a cogerlo—. Te dije que no me llamases —siseó—. ¿Cómo? ¿Estás segura? —Waldo reculó hacia el fondo de la cocina, sin quitarle ojo a Silvia. Con la mano izquierda se levantó el jersey para mostrarle la pistola. Su voz era apenas un susurro cuando volvió a hablar—. ¿Cuándo? Serán hijos de… No, no. Todavía no… ¿Estás loca? No. Ni hablar, no se te ocurra, ¿me oyes? ¡No me grites!

Waldo se apartó el aparato del oído. Resopló, con aire contrariado.

—Está bien —dijo, retomando la conversación tras un breve silencio—. Hazlo, pero ándate con ojo, ¿me oyes? Yo qué sé… ¿Qué? Dale, pues. Sí. Sí… En el área de servicio que hay justo antes de Idanha… Idanha-a-Velha. Corta. No. Te digo que no, tranquila… Por Dios, Anita, que no te siga nadie, que no te vean salir…

Waldo cortó. Silvia se asustó al ver su cara. Hasta que comprendió que él también estaba asustado.

—¿Ocurre algo?

—¡A callar, hija de puta!

De un manotazo, Waldo arrojó al suelo la taza de café.

XXXII

—Se llama Santiago Pillado Blasco —explicó Julio—, alias «el Chino»…

—¿Pillado? Qué apellido tan desafortunado para un criminal… ¿Y por qué dice usted que habían pillado al Chino anteriormente? —quiso saber Aldo.

—Tráfico de divisas, estafa, y lo más importante: falsificación de documentos. Lo soltaron hace un año. Trabaja de jardinero en el Botánico desde septiembre, en un programa de reinserción para exreclusos.

—Ya veo… ¿Por qué lo llaman el Chino?

—¿Y eso qué importa?

—Curiosidad —dijo Aldo.

—La Europol lo tuvo en el punto de mira entre el 90 y el 92 por un asunto de tráfico ilegal de personas procedentes de Asia. Tal vez por eso. ¿Le gustan los interrogatorios, Aldo?

—No es lo mío. Prefiero dejárselo a otros.

—Pues si no habla, habrá que soltarlo. De momento solo podemos acusarle de resistirse a la autoridad. Pero si…

—¿Qué?

—¿Qué le parece si añadimos alguna acusación más? Tal vez, si cargamos un poco las tintas y lo asustamos…

—Es difícil echarse un farol con un mafioso de ese calibre, Julio. Se las saben todas.

—¿Y qué hacemos? Lleva trabajando en el Botánico el tiempo suficiente como para haber coincidido con Manzanares. Procesado por tráfico de divisas y falsificación, investigado en un caso internacional de tráfico de personas…, es nuestro hombre, Aldo. Si no confiesa, no podremos retenerle. Huirá en cuanto salga de aquí. Hable con el instructor. Pídale que nos deje probar, al menos.

—Está bien, Julio. Pero, si le golpea, procure que no me salpique.

—¡Aldo, por favor! —exclamó Julio, apartándose del espejo unidireccional para mirar al inspector a los ojos—. No diga esas cosas ni en broma, es… de mal gusto.

Aldo lo miró, los ojos entrecerrados. Julio intuyó lo que se le venía encima.

—Yo diría que de mal gusto es ponerle al chihuahua un collar de diamantes —dijo el inspector—. De mal gusto son las flores de plástico y los jarrones chinos. Pero golpear a un detenido no es, exactamente, de mal gusto, ¿no le parece?

—¿A qué viene eso? ¿Usted hace un chiste desagradable y luego me ataca?

—No le ataco, Julio. Solo le pido que no hable como una abuelita victoriana. Eso sí que es de mal gusto.

—Qué bestia es…

—Mucho mejor expresado. En fin, vamos a ver si nos dejan charlar un rato con el Chino. Pero no se haga ilusiones, Julio. Seguro que no pica.

—No cree que haya sido él, ¿verdad?

Aldo se encogió de hombros. Julio abrió la puerta del despacho.

—Después de usted, teniente —dijo el inspector.

El Chino estaba sentado ante una mesa metálica fijada al suelo, custodiado por un agente. La sala de interrogatorios era pequeña y blanca. La luz, cenital, procedía de una falsa claraboya en el techo que iluminaba la mesa. Solo había tres sillas. La de Pillado —fijada también al suelo— quedaba algo alejada de la mesa, lo justo para evitar que apoyara los codos en ella. No había más mobiliario. Tampoco ventanas ni más elementos que pudieran servir de distracción, aparte del espejo unidireccional —detrás del detenido—

y un intercomunicador para hablar con la habitación de control. Al entrar, Aldo le hizo una seña al agente para que saliera.

—Buenos días —saludó, sentándose frente al hombre. Dejó el expediente sobre la mesa. Lo abrió, con estudiada solemnidad—. Don Santiago Pillado Blasco, ¿correcto?

—¿Va a interrogarme otra vez? Pierde el tiempo. Estoy en mi derecho a no declarar, así que corte el rollo…

—Artículo 17, apartado 3 de la Constitución. Muy bien, Santiago. Yo también conozco ese capítulo. Pero nadie quiere obligarte a nada. Estoy aquí para pedirte que colabores.

—Ya me sé el cuento. Y no trago —dijo, con firmeza—. Esto es una detención ilegal —continuó—. Yo no he hecho nada.

—No estás detenido. Aún —puntualizó Aldo—. Solo retenido para tu identificación. Creo que ya te lo han explicado.

—Oiga, estoy más fichado que un tablero de parchís. Ya me han identificado. ¿Por qué no me dejan en paz?

—Me parece que no lo has entendido. —Aldo trató de darle un tono más grave a su voz—: estás a punto de ser imputado por un delito muy grave, así que te conviene empezar a decir la verdad. Ya sabes que una confesión a tiempo pesa mucho en un juicio…

El Chino se echó a reír. Luego fijó la vista en el otro extremo de la sala, como si estuviera observando algo muy interesante en la pared.

—¿Por qué te diste a la fuga esta mañana? —preguntó Aldo.

—¿Quién dijo que me di a la fuga? Tenía un poco de prisa, eso es todo.

—Mira, Pillado —murmuró el inspector—, seré franco contigo: con la cantidad de pruebas incriminatorias que tenemos y con tus antecedentes, ningún juez va a mostrarse muy proclive a reducirte la pena cuando te condenen…

—¿Reducción de pena? —El Chino se frotó las manos contra las perneras del mono—. ¿Condena? ¿Y por qué me van a juzgar? ¿Por salir escopetado?

—¿Te interesa el trato?

—¿Qué trato?

—La reducción de pena.

—No existe esa clase de tratos. Conozco la ley. Los tratos son para los peces gordos. Y, de todos modos, yo no hice nada…

—Entonces, ¿por qué huiste al ver a la policía?

—Oiga, ya se lo he dicho: tengo antecedentes. No hace ni un año que dejé la trena. Cuando se rompe un plato, van a por el primer pringado que se les cruza en el camino, así que… me asusté. Lo

reconozco, solo pensé en pirarme.

—¿Conoces a este hombre? —Aldo sacó una foto de Manzanares del dosier y la depositó con cuidado sobre la mesa. Miró a Pillado. Notó que le temblaba ligeramente el párpado izquierdo.

—No —dijo, restregándose el ojo.

—Pues es una lástima. Una verdadera lástima…

—¿No me diga? ¿Y eso por qué?

—Porque está en el depósito, y tenemos indicios suficientes para afirmar que tú lo enviaste allí.

—¿Se está quedando conmigo? Yo no le he puesto la mano encima a nadie en mi puta vida —protestó el hombre—. No tengo delitos de sangre, mire mis antecedentes…

—Tus antecedentes no me importan, Santiago. No te vamos a juzgar por fraude ni por robarle el bolso a una ancianita en el metro. Ni siquiera por traficar con seres humanos…

—¡Eso es mentira! —exclamó.

—Calma, Santiago. La necesitarás, créeme.

Tocaron a la puerta. Julio apareció en la sala con una carpeta en la mano. Se acercó al inspector y le cuchicheó algo al oído. Luego tomó asiento junto a él. Aldo se encaró de nuevo al Chino.

—Santiago Pillado Blasco, tengo que comunicarle que está usted detenido. Voy a proceder a leerle sus derechos…

—¿Qué coño dice? —rugió el Chino—. ¿De qué me acusan?

—Homicidio. —Julio le pasó la carpeta al inspector. Aldo la abrió. Dentro, unas fotocopias con una normativa atrasada de seguridad e higiene en el trabajo.

—¡Le digo que yo no he matado a nadie! ¡No pueden acusarme de algo así!

—Sí que podemos —afirmó Aldo, cerrando la carpeta—. Tenemos testigos. Tenemos pruebas…

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

—Pruebas, Santiago. Las llamamos testigos silenciosos. Has dejado muchos rastros en el Botánico. No sabes la de maravillas que hace nuestra policía científica en estos casos… Supongo que también los verías a ellos esta mañana. ¿No fue por eso que huiste?

—¡Yo no lo maté, ni siquiera sabía que…! —El Chino se puso rojo. Desvió la mirada.

—Así que lo conocías —atacó el inspector.

—¿A quién?

—A Rubén Manzanares —intervino Julio—. Sabemos que lo conocías, Santiago. No sirve de nada que lo niegues.

—Ustedes no saben nada. —Pillado pareció recobrar la calma—.

Solo intentan cargarme el muerto, ¿verdad? No tienen pruebas. Y yo no pienso confesar algo que no hice.

—Claro que no —dijo Aldo—. El problema, Santiago, es que hay mucha gente mala en el mundo. Hemos tomado unas declaraciones de lo más elocuentes. Parece que con ese mono no pasas desapercibido…

—Miente. Están dando palos de ciego, no tienen ni idea…

—Sabemos lo suficiente, créeme. Por ejemplo, que no eres jardinero por vocación. Y que le proporcionaste documentos falsos a Manzanares… De todos modos, eso no importa mucho: hemos encontrado el arma, Santiago. Lo que no sabemos es por qué lo mataste. Si eres listo, nos lo dirás…

—¿Qué arma ni qué niño muerto? ¡Yo jamás he disparado a nadie!

—¿Quién habló de disparar, Santiago? Con la cantidad de herramientas afiladas y cortantes que hay a tu disposición en ese jardín…

—¿Qué insinúa? —dijo, entre dientes. Se llevó la mano a la cara, tratando de ocultar el tic en el ojo.

—No insinuamos nada —contestó Julio—. Solo estamos diciendo que tenemos el arma que causó la muerte a Manzanares, y que nuestros peritos han encontrado tus huellas en ella.

—¡Eso es imposible! —chilló. El Chino se llevó la mano a la boca, pálido—. Quiero un abogado —murmuró.

—Desde luego. —Aldo le tendió una diligencia—. En cuanto leas esto y lo firmes, te asignarán un letrado de oficio.

—No quiero uno de oficio. Quiero al mío.

—Buena idea —asintió el inspector—. Mejor uno de confianza, que te explique bien cuál es la pena máxima por asesinato. Quizás entonces quieras colaborar con nosotros y llegar a un acuerdo, aunque no seas un pez gordo…

—Que te jodan.

—Eso no ha estado bien, Santiago —murmuró Aldo—. Nada bien. Otro en mi lugar se habría cabreado mucho, así que ándate con ojo la próxima vez… En fin, creo que no necesitamos hacer tratos. Avise al instructor —le dijo a Julio—. Que le lean sus derechos y lo lleven al calabozo. Su abogado va a tener mucho trabajo a partir de ahora.

Aldo guardó la foto de Manzanares en la carpeta. Los dos se levantaron. Ya estaban a punto de salir cuando el Chino farfulló algo.

—¿Cómo dice? —preguntó Julio, volviéndose hacia él.

—Prestaré declaración —repitió—. Pero solo ante un juez, con un acuerdo firmado para entrar en un programa de protección de testigos. No pueden enviarme a la cárcel. Si hablo, mi vida no valdrá nada allí dentro…

XXXIII

Silvia tiró una vez más de los barrotes. Los muelles de la cama chirriaron. Nada más. Dio un grito de rabia. Tenía la piel descarnada a fuerza de intentar liberarse de las esposas. Desistió: era inútil. Él podía regresar de un momento a otro. Si no lograba serenarse, el pánico le impediría pensar con lucidez. Y seguía necesitando un plan.

Tras la llamada, Waldo se puso muy violento. Tiró el café al suelo, se acercó a ella y la golpeó en la cara, sin mediar explicación alguna. Silvia, aterrorizada, no pudo reaccionar. Ni siquiera intentó defenderse. La abofeteó hasta provocarle una hemorragia en la nariz. Luego volvió a interrogarla. Silvia quiso decirle que sí, que lo llevaría hasta el dinero si no le hacía más daño. Quería hacerlo, pero de su boca no salió nada, salvo un balbuceo ahogado. Él cambió de actitud. Suavizó el trato, las palabras. Le limpió la sangre, musitó excusas. Luego la arrastró a la habitación. La ayudó a acostarse y la esposó a los barrotes de la cama. Silvia hizo un esfuerzo por no cerrar los ojos. Sabía que, si renunciaba a seguir luchando, si permitía que su cuerpo cediera al agotamiento, su mente se anularía también y ya no habría escapatoria. Una trampa dentro de la trampa, pensó. Poco a poco fue recobrándose. Al principio, los golpes le habían dejado una sensación de acartonamiento en el rostro. Ahora comenzaba a doler. Sentía un gusto acre en la boca. Y sed, una sed espantosa. Lo más desesperante, sin embargo, era estar atada en aquella postura, los brazos rígidos, extendidos por detrás de la nuca. Al cabo de un tiempo largo —dos horas, tal vez más—, Waldo asomó por la puerta para comunicarle que salía un momento. Apagó la luz y cerró con llave la habitación. Silvia llevaba desde entonces luchando con todas sus fuerzas por liberarse, resistiéndose a la idea de morir allí, enterrada, a oscuras. Abandonada en ninguna parte.

Fuera, un coche se detuvo con el motor en marcha. La puerta del garaje graznó al abrirse. Oyó un rumor de voces, de pasos. Waldo no venía solo. Silvia escuchó claramente a una mujer. También la voz de un niño. Yeimer.

—Ay, qué mal huele esto —oyó a la mujer en el salón—. Dame algo de beber, ¿quieres?

—¿Agua? Yeimer, no toques las persianas, ¿oíste? —bramó

Waldo.

—¿Qué agua, mi santo? ¿Bendita?

—Hay un resto de ron.

—Pues ron. ¿Dónde está la…?

—Yeimer, ve al cuarto de atrás a jugar, que tengo que hablar con tu madre.

—Pero tengo hambre…

—¡Que te vayas al cuarto, carajo! —gritó Waldo.

Pasos cortos alejándose por el pasillo. Un portazo. Silencio.

—Cuéntame, Ana.

—Échame el resto, estoy seca. ¿Qué quieres que te cuente? No sé más…

—¿Por qué lo detuvieron? ¿No te dijeron nada?

—No, mi vida. Primero me avisó Alfonso, el abogado. Y al poco telefoneó el Inglés. Le dije lo que acordamos, que habías cruzado el Estrecho para recoger la mercancía, que tendrías el móvil fuera de cobertura. «¿En serio?», dijo. Ay, mi amor. Me puse tan nerviosa… Creo que lo notó.

—Mierda. ¿Tú crees que…?

—Sí, mi santito. Lo creo. Piensa que te has ido de la lengua. Y a estas alturas ya sabrá que no has cruzado ningún estrecho. Tenemos que largarnos pero que muy lejos. ¿Qué hay del dinero?

—¿Por qué iba a sospechar de mí ese hijueputa si nunca le di motivos? —dijo Waldo.

—¿Tal vez porque recién te perdió la pista? ¿No ves que todo encaja? Tú desapareces justo cuando detienen al Chino…

—Y luego te largas tú.

—¿Y qué querías, Waldo? No podía quedarme. ¿O ya olvidaste lo que hizo con los dos chiquitos del Licenciado?

—Ni lo menciones, Anita. Esto se nos va de las manos. Como el Chino cante…

—Olvídate del Chino. Nuestro problema ahora es el Inglés.

—¿Telefoneaste al colegio?

—Claro. Hablé con el director, un lameculos simpático. Le dije que Yeimer tenía anginas, que no iría en una temporada. Me dio ánimos, el capullo. A la maestra ni la mentó.

—Tenemos que deshacernos de ella —murmuró Waldo.

—Primero el dinero, santito. No hemos arriesgado tanto para echarlo todo por la borda.

—¿Y qué se te ocurre? Hoy casi le reviento la cara a golpes y ni por esas.

—Pero no, mi amor… Así no. Tú déjame a mí. De mujer a

mujer, ya sabes. Conmigo hablará… ¿Qué mierdas hay de comer en este agujero?

—Primero dime qué hacemos con tu coche. El Inglés conoce esta casa, no conviene ponérselo en bandeja.

—¿Yo qué sé? Despéñalo, montañas no faltan. O déjalo donde está, ya se lo llevará algún quinqui.

—Claro, todo muy fácil —resopló—. Ya pensaré algo. Tú haz que esa puta entre en razón. Hay que largarse de aquí cuanto antes.

—Y tú habla con el niño. Le debes una explicación…

—¿Estás loca? —exclamó él.

—No digas eso. Sabes que no me gusta. —La voz de la mujer retumbó en el salón, repentinamente severa—. Si no hablas con Yeimer, algún día te lo echará en cara, y no va a ser bonito. Dile hasta donde puedas. Pero dile algo.

—Al final hasta te vas a entender con la maestra, carajo…

—¿A qué viene ese tonillo?

—A que ayer casi le meto una bala en la cabeza por decirme algo así.

XXXIV

Tras formalizar la detención del Chino, Julio salió del juzgado, cabizbajo y sombrío. Aldo se había quedado rezagado, saludando a alguien. Él siguió de largo sin prestarle atención. Ahora bajaba la escalinata con cuidado, aferrándose al pasamano para no resbalar: todavía quedaba hielo en la parte en sombra de los escalones. Tenía ganas de perder al inspector de vista… No, en realidad no. Lo que de verdad le apetecía era encontrar la manera de sincerase con él. Preguntarle a qué jugaba, por qué unas veces se mostraba tan atento y otras se volvía cáustico y cínico sin motivo. Parecía que Aldo siempre le tendía una mano abierta. Unas veces para hacerle una caricia, como a un perrito. Otras, para darle un bofetón. Igual que a un niño. Y ambas cosas resultaban igualmente humillantes. Sobre todo, cuando uno sentía que… No, se reprendió. Eso, ni en sueños.

—¡Teniente! —Aldo lo alcanzó casi al final de la escalinata—. ¿Adónde va?

—Primero, a comer. Y después, a Santa Marina, como habíamos acordado.

—No me parece buena idea… Lo de Santa Marina, digo. No creo que esté en condiciones de condu…

—No se preocupe por mí —le interrumpió Julio—. Puedo pedir que alguien me lleve.

—Ya… Me hubiera gustado presentarle a Tena.

—¿El fiscal?

—Sí. Tengo una buena noticia que darle: en breve tendremos un jefe en común.

—¿En serio? —Julio se detuvo al llegar a la acera y se volvió hacia Aldo. Intentó sonreír, pero no pudo. En realidad, no entendía bien a qué se refería Monteiro con lo de «un jefe en común».

—Vaya, parece que no le impresiona el chisme… Si le parece bien, le invito a comer y se lo cuento. Si le interesa, claro. —Aldo parecía contrariado. Julio se ablandó.

—Disculpe —dijo—. Estaba abstraído. ¿Qué?

—Le estaba invitando a comer. Conozco un chino aquí cerca bastante…

—Creo que ya he tenido suficiente chino por hoy. Prefiero tomar un bocadillo en un bar, no tengo apetito.

—Como quiera. ¿Puede caminar o…?

—Puedo caminar, Aldo. Es más: necesito caminar. Venga, sé de un bar decente no muy lejos. ¿Qué me decía del fiscal?

—Eh… —titubeó Aldo—, bueno. Ya sabe que nos conocemos bien. Acaba de confirmarme lo que le dije el otro día. Van a unificar los dos cuerpos, Julio. Bajo un mismo mando. Eso simplifica mucho las cosas, ¿no cree?

—¿Cuándo?

—Antes de que finalice esta legislatura. El Gobierno quiere zanjar el asunto de la manera más rápida y menos ruidosa posible. ¿Se imagina?

—Es…, está bien, supongo.

—Está más que bien, teniente.

—De todos modos, tardarán meses. A esta legislatura aún le queda camino por recorrer. Para entonces, si es que es cierto, yo ya estaré fuera de la investigación.

—No, Julio. Seguirá hasta el final.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque a partir de ahora… —Aldo bajó más el tono, hasta hablar casi en un susurro—. A partir de ahora tendré bastante más influencia, teniente. Tenemos vía libre para seguir adelante con el caso. Los dos. Juntos.

—¿Quiere decir que usted…?

Aldo se limitó a guiñarle un ojo. Luego le dio una palmada en la espalda, satisfecho. Una vez más, le tendía la mano. Y, una vez más, Julio deseó encontrar en aquel gesto un matiz diferente.

XXXV

Ahora que la veía, Silvia pensó que su voz —melódica, vibrante

— no pegaba en aquel cuerpo, demasiado robusto. Sin embargo, también su presencia tenía algo suave, protector. Su rostro era hermoso. El pelo negro, ondulado, con un recogido a los años cincuenta. Los ojos grandes, oscuros, igual que las pestañas. Los labios carnosos, pintados de un rojo intenso. Sonrió. Dos hoyuelos diminutos aparecieron a ambos lados de su boca, muy próximos a las comisuras. Cuando se inclinó sobre ella para quitarle las esposas, un aroma a jazmín la envolvió.

—Así mejor, ¿verdad? —dijo—. Yo soy Ana. Anita, me llaman. Sí, sé lo que piensas… Que tengo un nombre muy chiquito para tanto cuerpo, ¿no? —rio, dejando ver una hilera de dientes perfectamente alineados, inmaculadamente blancos. Silvia sonrió, sin proponérselo. Ella le pasó una mano por el pelo—. Qué bonita melena tienes —murmuró.

—¿Qué hora es? —preguntó Silvia.

—Hora de tener una charlita las dos, ahora que los chicos no están.

—Yo…

—¿Sí? —La mujer le acarició la mejilla. Silvia tuvo que reprimirse para no echarse en sus brazos y dejarse acunar por aquella especie de sirena gorda, cálida, fragante como una noche de verano—. Cuéntame, Silvia. Quiero ayudarte. —La miró a los ojos. Muy al fondo de sus pupilas, Silvia percibió una señal de algo no demasiado sano, no demasiado cabal.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —dijo.

—Nada, cielito. Nada de nada. Solo tienes que decirme dónde está el dinero y podrás irte. Estamos en una situación difícil —continuó Ana, en tono confidencial—, igual que tú. Podríamos ayudarnos mutuamente, ¿no crees? Ya sé que no ha sido una experiencia agradable, tienes que disculpar a mi santito…, a Waldo. Es un poco torpe, pero no es mala persona. ¿Sabes por qué lo llamo mi santito? Porque oyó mis rezos, niña. Él me sacó del prostíbulo de mala muerte donde me encerraron cuando vine a este puto país…Y me dio a Yeimer. Yeimer te aprecia, Silvia. Tienes que ayudarnos, aunque solo sea por él. Corre peligro, niña. No imaginas lo que… —Su voz se quebró. Agachó la cabeza y buscó las manos de Silvia. Las apretó con fuerza. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Entiendo, pero yo… Yo no me llevaba bien con mi padre. —Silvia no sabía muy bien qué decirle.

—Lo sé, cielito, lo sé. Hizo cosas horribles, ¿verdad?

Silvia se preguntó qué sabría Ana de las «cosas horribles» que había hecho su padre. Intentó apartar las manos. La mujer las

retuvo entre las suyas con firmeza.
—¿Conocías a mi padre?
—Hace mucho tiempo de eso —dijo Ana—. Entonces era una puta joven. Muy joven. Ya no importa… Habla, cielo. Se hace tarde…
—Creo que no lo entiendes —contestó—. Mi padre es…
—¿Es? —Ana suspiró—. Tu papá está muerto, niña.
—¿Qué…? —Silvia fingió un sobresalto.
—Oh, no. No hagas teatro, conmigo no funciona… Fuiste tú, ¿verdad? Por eso te andaba vigilando la poli. No te lo reprocho, niña.
Silvia tomó aire. Hizo otro intentó por zafarse de sus manos, sin resultado. Ana tenía una fuerza descomunal.
—Chsss, no te inquietes, niña. No voy a contarle a nadie tu pequeño secreto. Ni siquiera a Waldo, lo prometo. Pero tienes que cooperar un poco. Ya viste que está bastante alterado, no sé si podré mantenerlo a raya mucho tiempo… Así que, dime, ¿dónde está el dinero?
Una respuesta, pensó. Necesitaba encontrar una respuesta satisfactoria a aquella pregunta. Ganar tiempo. El dinero está… escondido en… Silvia tuvo una idea. Quizás funcionase. Si era cierto que la policía la había estado vigilando, pronto empezarían a buscarla. Tenía que lograr salir de aquella casa. Solo fuera de allí podría pedir auxilio… Miró a Ana. No acababa de entender por qué no le había dicho a Waldo que su padre estaba muerto. ¿Pensaba jugársela? ¿O la estaba engañando?
—Cielo, no hay tiempo —la apremió Ana—. Confía en mí, solo yo puedo ayudarte.
—¿Por qué no se lo has dicho a Waldo?
Ana entrecerró los ojos, suspicaz, y sonrió.
—Piensas que quiero traicionarlo, ¿verdad? No soy tan puta, cielito. Solo intento protegerlo. El Inglés…
—¿Quién?
—Alguien realmente peligroso. Sabe que te hemos encontrado, no se le escapa nada. Supongo que piensa que estamos en esto los tres…
—No entiendo…
—Mira, niña, no te voy a mentir: cuando dimos contigo pensamos que podríamos hacer ganancias por nuestra cuenta, burlar al Inglés y salir airosos. Si Waldo se entera de lo que yo sé, querrá arrastrarse hasta él suplicándole compasión a cambio de entregarte. Intentará convencerle de que solo intentábamos

recuperar el dinero. Su dinero. El que le debía tu padre. Pero yo sé que el Inglés nunca perdona una traición. Nos matará a los tres. A ti te torturará hasta arrancarte la información y, luego, las entrañas. No queremos que haga eso, ¿verdad que no, cielo? Por eso no le diré nada a Waldo, al menos hasta que estemos a salvo. Todos nosotros, tú también. Confía en mí, Silvia. De mujer a mujer —musitó, aflojando la presión sobre sus manos—. Dime dónde está la plata que iba a usar tu viejo para comenzar de cero en la otra punta del mundo… Y no intentes engañarme —añadió—. Sé que tú no la tienes. Pero sabes dónde está, ¿verdad?

Silvia pareció sopesar sus palabras.

—Está bien —dijo, tras una pausa premeditada—. Sé que mi padre tenía un refugio con una caja fuerte donde guardaba fondos… para una emergencia. Solo lo sabíamos mi madre y yo, nunca se lo he dicho a nadie… Os llevaré, con una condición.

—Habla. —La voz de Ana comenzaba a mostrar signos evidentes de exasperación.

—Os guiaré, pero no os diré el lugar exacto hasta que hayamos llegado. Y Yeimer estará conmigo permanentemente, así me tenga que esposar a él…

—¿Qué? —bufó Ana.

—Es la única garantía que tengo de que no me haréis daño.

—Estás arriesgando mucho… Podría dejar que Waldo te hiciera hablar. A su manera.

—Lo sé. Pero solo me arrancaría mentiras. Si me lleváis con vosotros, en cambio….

La puerta de la calle se abrió de súbito. La voz de Yeimer resonó en el salón.

—¡Mamita! —gritó—, ¿dónde estás?

—Mierda. —Ana ocultó las esposas en el amplio bolsillo de su abrigo.

—¡Mamita?

—¿Dónde coño estará ese…? —La mujer miró a Silvia, los ojos ahogados en dudas—. No sé, niña. No sé…

—¡Mamaaaá! —lloró Yeimer al otro lado del pasillo. Silvia se lo imaginó, quieto en la oscuridad, sin atreverse a dar un paso, paralizado por el miedo. Sintió una fuerza extraña. Una determinación ciega, casi heroica. La mujer de Waldo se retorció las manos, la mirada puesta ahora en la puerta cerrada de la habitación. Se volvió hacia ella, el gesto grave.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera —claudicó.

Silvia asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—¡Estoy aquí, cariño! —exclamó Ana, levantándose de la cama. Las esposas tintinearon en su chaquetón. Le dirigió a Silvia un ademán de advertencia y abrió la puerta. Se asomó. Unos pasos al galope retumbaron por el pasillo—. ¿Dónde está tu padre?

—Volvió al pueblo —jadeó el niño—. Me dijo que te dijera…

Yeimer se interrumpió al ver a Silvia. Parpadeó, perplejo.

—Mira quién vino a visitarnos, pelado —musitó Ana—. Anda y dale un beso.

Silvia forzó una sonrisa.

—Hola, Yeimer. —Silvia alargó los brazos. Al hacerlo, sintió calambres. La cabeza le dio vueltas. Recordó que no había comido en todo el día—. ¿Cómo estás?

Yeimer se acercó a ella con desgana. Le dio un beso en la mejilla, circunspecto. Silvia se preguntó cuánto sabría realmente de lo que estaba sucediendo y sintió un principio de lástima que apenas duró, porque enseguida reconoció en la cara redonda del niño rastros de la fisonomía del padre y en su mirada hosca, profunda, destellos del mismo desajuste mental que había observado en la madre. Y lo aborreció, vaga, sutilmente, mientras le devolvía el beso.

—¿Qué le pasa en la cara, señorita? —susurró Yeimer.

—Se cayó, ¿verdad, Silvia? —contestó Ana.

Él la miró, con gesto interrogante. Silvia asintió.

—¿Qué dijo papá, Yeimer? —preguntó Ana, nerviosa.

—Dijo que… tenemos que ir junto a la cancela dentro de una hora y que no pueden vernos…

—¿Pero adónde se fue? ¿Qué pasó? ¿Quién no puede vernos? —insistió Ana.

—No sé…, estábamos comiendo… Papá fue al baño. Entonces, un hombre se acercó a la mesa y dijo que me conocía… Pero se marchó cuando vio a papá salir del baño. Y papá se enfadó, y nos fuimos sin terminar de comer, y… luego me dio las llaves y me dejó aquí… y me dijo que nos esperaba abajo, junto a la cancela, pero que no nos viese nadie, en una hora, y que si no venía en una hora…

—¿Qué? —casi gritó Ana. Yeimer hizo un puchero.

—Que nos fuéramos…

—¿Que nos fuéramos? ¿Cómo? ¿En una alfombra mágica, en una escoba volona? ¿No te dijo el tarado de tu padre cómo coño nos vamos de aquí si él no aparece?

—¡No lo sé, mamita! —Yeimer rompió a llorar y corrió hacia ella. Ana apretó los labios. Hizo un gesto de imprecación al cielo y

lo abrazó.

—Perdona, mi vida. Perdona. No pasa nada… Ya todo se va a solucionar, no te preocupes —canturreó, secándole las lágrimas con la palma de su mano, grande y suave. Yeimer se tranquilizó. Lo suficiente, al menos, como para recobrar la curiosidad.

—¿Pero por qué está ella aquí? —murmuró—. Dijiste que no iba a volver al colegio…

—No te preocupes ahora por eso, cielo.

—¿Pero qué hace en la cama? —insistió el niño.

—Estaba descansando, cielito. Le dolía la cabeza, por la caída. Y ahora dime…, el hombre que viste en el bar ¿te preguntó algo?

—Me preguntó dónde estabas tú. Le dije que en una casa muy grande que vi cuando cruzamos el pueblo. Tenía piscina y todo…

—Bendito seas, mi vida —suspiró ella—. Hay que ponerse en marcha, Silvia.

—¿Qué pasa mamá? ¿Adónde vamos?

—A la cancela, como dijo el santito… Y más le vale que aparezca. Dame las llaves, cielo. Y vete a recoger tus cosas.

—Papá dijo que no encendiera la luz —susurró el niño.

—En el salón no, pero en tu habitación sí puedes, pelado. Solo tienes que cerrar la puerta.

Cuando Yeimer salió, Ana se acercó a Silvia, la aferró por los hombros y clavó sus ojos en los de ella.

—Escúchame bien. Si se te ocurre jugar sucio conmigo, te juro que yo misma te arrancaré la cabeza. Dejaré que Yeimer vaya contigo. Espero que sepas lo que significa eso. Confío en ti. Confío en que todo saldrá bien. Waldo nos recogerá y tú nos llevarás hasta el dinero. Luego, cada uno tirará por su lado y nunca contaré tu secreto. Di, ¿confías tú en mí?

—No —dijo Silvia, sin vacilaciones—. Pero sé que quieres a tu hijo y que me respetarás mientras esté a mi lado.

—Cielo, tal vez yo no sea muy buena persona. Pero tú no eres mucho mejor.

—La diferencia es que yo no tengo alternativas. Tú, sí.

Ana rio por lo bajo. Luego la besó en la frente. Yeimer regresó con una mochila a la espalda.

—Será mejor que vayamos al salón —dijo Ana.

Silvia se puso el abrigo. Dio tres pasos y se tambaleó. Se detuvo junto al umbral y apoyó la cabeza contra el quicio de la puerta.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ana.

—No he comido nada… Y tengo que ir al baño…

—Yeimer, quédate aquí un momento —le ordenó. El niño dio

marcha atrás y se echó pesadamente sobre el catre, obediente—. Te acompaño.

—Puedo yo sola… Por favor, necesito intimidad.

—Está bien —concedió ella—. Cuando salgas veremos qué podemos comer. Y, Silvia…

—Qué…

—Esto —murmuró, de espaldas a la cama, sacando un revólver del bolsillo de su abrigo.

—Entiendo —dijo Silvia.

XXXVI

Aldo apartó el pocillo de café y miró a Julio.

—Está siendo un día muy largo el de hoy, ¿no le parece? —comentó.

—Sí, sí que lo está siendo —contestó Julio. Al otro lado de la ventana, en la calle, las farolas acababan de encenderse. Resultaba deprimente—. ¿Le importa si fumo?

—Fume, teniente. No me molesta. Parece que le ha vuelto a coger el gusto…

—Con gran disgusto —bromeó—. Lo odio. Pero estoy demasiado estresado para dejarlo. Otra vez.

—¿Por qué está tan estresado? Quiero decir… ¿Es solo por este caso o…?

—Supongo que estoy cansado, es todo. Y todavía me duele la espalda. Creo que no iré hoy a Santa Marina. Se ha hecho demasiado tarde.

—No me malinterprete, Julio. No es que no me importe lo que le ocurra, es que no quiero que se sienta obligado a tener que contarme su vida. Pero, si lo desea, soy todo oídos…

Julio dio un par de caladas más antes de aplastar la colilla en el cenicero. Miró al inspector y torció la boca.

—Perdone que se lo diga, pero lo suyo no es la interpretación, teniente. No había visto una sonrisa más hipócrita en toda mi vida.

—No es una sonrisa hipócrita. Solo una sonrisa cansada. ¿Nos vamos?

—Cuando quiera. Creo que me pasaré por la oficina, a ver si hay alguna otra noticia del Botánico y…

—¿Qué pasa con Silvia?

—Sin novedad. Hay un dispositivo delante de su casa desde esta mañana. De momento, todo parece tranquilo. La llamaré desde la central para citarla mañana si le parece…

—Cómo no. Lo que usted mande.

—Julio, no entiendo qué le ocurre. Ya sé que no soy perfecto,

pero tampoco soy un monstruo, vaya. En fin. Discúlpeme. Hoy me levanté con el carácter avinagrado, nada más. Yo…

—No se sienta obligado a darme explicaciones de su vida.

—Ese ha sido un golpe bajo, teniente.

—Perdone. No era mi intención

—Será mejor que lo dejemos en tablas. No estoy de humor para discusiones absurdas.

—Lo siento. No me haga caso. Necesito llegar a casa y meterme en la cama.

—Está bien. Le llamaré si me entero de algo. Mañana…

—Mañana iré a Santa Marina a primera hora —se adelantó Julio —. Buscaré el expediente de ese tal Flores y procuraré indagar un poco en el pasado del actual encargado. Me pasaría por el colegio para ver si encuentro las revistas, pero creo que eso le corresponde a usted. Como lo de interrogar a ese chico.

—Al amigo de Daniel, dice. Sí…

—Si quiere, puedo acercarme al Registro y ver qué más averiguo sobre el otro Daniel.

—Entonces podríamos ir los dos, así matamos dos pájaros de un…

—Preferiría ir solo, Aldo. Usted tiene otros asuntos que resolver aquí. Silvia, por ejemplo.

—Está bien. Como prefiera. Julio, yo…

—¿Sí?

—Por favor, discúlpeme. No volveré a ocultarle información ni a hacer observaciones idiotas ni chistes de mal gusto.

—Eso último lo veo un poco difícil, Aldo.

—¿Estamos en paz?

Julio titubeó un instante antes de estrecharle la mano que le ofrecía el inspector. Al hacerlo, se sintió inmediatamente reconfortado. Un gusto amargo en la boca le estropeó la sensación.

—No ha sido más que un pequeño desencuentro —susurró.

—Entonces, mañana…

—No insista. Mañana yo iré a Santa Marina y usted hablará con Silvia. —Julio se levantó de la mesa—. Nos sentará bien perdernos de vista por un día.

—Entendido —dijo Aldo, poniéndose en pie también—. Sea prudente, Julio. No sabemos…

—Ya sé: no sabemos cuántas víboras hay en ese agujero. Tendré cuidado.

—¿Me repito mucho?

—Un poco. Como con los santos. ¿Quién nos toca mañana, por

cierto?

—Le dejaré en la incertidumbre, teniente. Mejor no invocarlos antes de tiempo.

XXXVII

Silvia encendió la luz del baño. Cerró la puerta. Se miró en el espejo. Veía destellos irisados en torno al cerco de luz que se reflejaba en el cristal. Tenía la mejilla amoratada, sangre seca en la nariz, un corte en el labio superior, los ojos muy enrojecidos. Llevaba más de cuarenta y ocho horas sin quitarse las lentes de contacto. Pensó en enjuagarlas, pero temía no poder volver a ponérselas si lo hacía, de modo que decidió aguantar con ellas. Lo que pudiera. Se lavó la cara. Luego abrió el armarito, procurando no hacer ruido. Allí estaba el frasco de cristal. Lo vació y lo ocultó en un bolsillo de su abrigo. Buscó detrás del inodoro, por si encontraba alguna botella de desinfectante, lejía, detergente… Nada. Hubiera sido demasiado pedir, pensó. Tiró de la cisterna. Justo a tiempo. La puerta se abrió y Ana asomó la cabeza.

—¿Ya estás, niña? Es hora de largarse.

—Ana, estaba pensando que…

—¿Qué? Venga, date prisa. —La mujer se impacientó y la cogió de un brazo para obligarla a salir del baño.

—¿Cómo conociste a mi padre? ¿Cuándo? ¿Qué sabes de mí, de mi madre? ¿Qué sabes de Daniel?

—No hay tiempo para eso ahora. —Ana la arrastró por el pasillo. Yeimer les esperaba ya en el salón, con una linterna.

—Espósame al niño —susurró Silvia, dejándose llevar hasta la cocina.

—¿Qué dices? —dijo Ana entre dientes.

—Espósame. Dile que es un juego. Así estaremos seguras… Tú de que yo no pueda escapar fácilmente, yo de que no se aparte de mí hasta que estemos a salvo.

—Estás demasiado débil. Si pasara algo, si hubiera que salir corriendo, no llegarías muy lejos. No podrías protegerlo. No. No lo haré —Ana sacudió la cabeza.

—Hazlo. Él también estará más seguro conmigo. Piénsalo: me quieren viva, de momento. A ti les da igual matarte. A tu lado no durará un segundo. Ni tu banda de estafadores te quiere viva ni la policía va a dudar en dispararte si ven que tienes un arma.

—Grandísima hija de perra… Me están dando ganas de matarte yo misma —siseó Ana con el tono más meloso de cuantos podía adoptar su formidable voz—. Yeimer, ven aquí —ordenó. El niño se acercó, con las cosas de Silvia aún en la mano—. Deja eso en la

barra y coge la linterna. Eso es. Enfoca hacia arriba.

Ana revolvió entre las conservas.

—Sardinas… Sopa de tomate. Salchichas —enumeró—. Fabada. ¿Qué prefieres? Sea lo que sea, tendrás que comértelo frío. No hay tiempo…

—Yo también tengo hambre —musitó Yeimer.

—Sí, mi niño. Pero tendrás que aguantarte un poco.

—Sardinas —decidió Silvia.

—¿Y por qué ella sí y yo no? —protestó Yeimer.

—Porque ella no ha comido y tú sí, mi amor —dijo. Abrió la lata y se la pasó a Silvia—. Toma. ¡Rápido!

—Yo no… —comenzó a decir Yeimer.

—Cielito, ¿entiendes cuando te digo que mamá está nerviosa? Ahora no puede ser. Por el camino pararemos a tomar algo. Dame eso. —Ana le quitó la linterna—. Abrígate. ¡Venga!

—¿Y si no viene papá? ¿Cuándo comeré?

—¡Yeimer! —exclamó Ana—. Papá vendrá y nos iremos todos a comer por ahí… Vamos, vamos. Se hace tarde —espoleó a Silvia, que engullía las sardinas con las manos sin pensar en las náuseas que le provocaba el pescado en conserva.

—Espósalo a mí —repitió, mostrándole a Ana una mano pringosa de aceite—. Hazlo. Te prometo que no le pasará nada a mi lado. Soy una buena corredora…

—Ay, mierda, mierda, mierda. ¿Por qué me pasa esto a mí? —masculló Ana.

—Piensa en lo que te dije —insistió.

—¡Cállate de una vez! —Ana barrió con la linterna el salón. La luz se detuvo sobre un bolsón oscuro que reposaba sobre la mesita. Silvia no recordaba haberlo visto antes.

—¡¿Mamita?!

—Vamos —ordenó a Silvia. Volvió a cogerla del brazo y la arrastró fuera de la cocina—. ¡Y tú, ven aquí! —llamó al niño.

—¡Mamita!

—¡¿Qué?!

—Tengo miedo…

—Ay, mi niño… No, no. No hay que tener miedo, ¿me oyes? Todo esto es como… Como un juego. Como un teatro, ¿entiendes? Estamos haciendo un teatro.

—Un simulacro —dijo Silvia, dejándose llevar hasta la mesita. Ana cogió el bolsón y rebuscó en el bolsillo de su abrigo. Las esposas resonaron—. ¿Te acuerdas? —continuó—. Como cuando hicimos el simulacro de evacuación en el colegio. Lo recuerdas,

¿no?

—Sí, pero… —Yeimer vaciló—. ¿Por qué?

—Para huir de los malos —improvisó Silvia.

—¿Pero quiénes son los malos? —insistió él.

—Ay, mi vida —intervino Ana—. No hay tiempo para explicártelo ahora. Tú obedece, como en la escuela… No servirá, son muy grandes —comentó, sacando las esposas del bolsillo—. No. Y no creo que quiera hacer esto. Es demasiado, no me fío…

—Tiene la muñeca casi tan ancha como la mía. Servirá.

—No sé qué estoy haciendo. Dios, mi santito… Ayúdame. Yeimer, acércate. Mira, te voy a poner esto para que vayas todo el tiempo al lado de Silvia. No te separes de ella, ¿entendido? Y no dejes que ella se separe de mí. Ese es el juego.

—¿Nosotros somos los malos? ¿Por eso nos pones esposas?

—No, no. Los malos son invisibles. Es para que la ayudes a caminar, que está muy cansada.

—¿Y el simucralo?

—Mierda, Yeimer. Cállate y hazme caso por una vez en tu vida, ¿quieres, pelado? Sin hacer preguntas. —Ana ajustó las esposas a la muñeca del niño y luego a la de Silvia. Por último, cogió sus cosas —. A partir de este momento, prohibido hablar. Dame la mano, Yeimer. Voy a apagar la linterna, así que no te asustes…

—Ana. —Silvia se adelantó hacia la mujer para hablarle al oído.

—¿Qué pasa ahora, puñetas?

—La llave. Necesito tenerla. Por si hay que soltar a Yeimer y tú no puedes…

—Tú deliras, niña.

—Pero…

—¿Crees que soy tan estúpida? No me conoces, Silvia. Pero yo a ti sí, recuérdalo. —Ana abrió la puerta, se asomó fuera, escrutó la oscuridad y les ordenó salir—. Yeimer, enséñale el camino a Silvia —dijo—. En silencio. ¡Venga!

El viento, un poco más intenso ahora, sacudía las ramas de la arboleda que rodeaba la casa, revolvía la hojarasca seca mientras los impulsaba camino abajo, hacia la verja. Yeimer y Silvia avanzaban a trompicones. Ana los seguía. Una mano en el bolsillo del abrigo, firmemente aferrada al revólver. Tenía una sensación extraña. Y no era solo miedo. La situación se le había escapado de las manos. ¿Por qué había aceptado las condiciones de Silvia? ¿Qué pretendía haciéndose esposar al niño? Aquella mujer era peligrosa, más de lo que aparentaba. Sus ojos. Fríos, siempre distantes. Como

los del viejo, podridos como los suyos. Capaces de matar a su propia estirpe. Y ella le había dejado a su hijo en prenda. Una locura… Ana tensó la mano alrededor del revólver. Tal vez… Acabar con todo, ahora que aún estaba a tiempo de hacerlo. Un disparo en la nuca. Huir con Yeimer, huir por las montañas, hacia el mar. El pulso se le aceleró al quitarle el seguro al revólver. Sacó la llave del bolsillo. Liberar al niño primero, mandarlo camino arriba, donde no pudiera oír ni ver nada. Que no viera lo que su madre podía hacer por él, que no lo supiera nunca. Solo que…, el dinero. Sin dinero no había escapatoria. No había futuro. Ana tragó saliva y relajó los músculos del brazo. Silvia se volvió entonces, los párpados entornados, la expresión inquisitiva, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Oigo un motor —susurró. Ana les ordenó detenerse con un gesto.

—¡Es papá! —exclamó Yeimer— ¡Vamos, vamos!

—¡Chssss! —Ana empezó a sudar, incapaz de tomar una decisión. ¿Correr hacia la cancela todos juntos y arriesgarse a que no fuera Waldo, sino los sicarios del Inglés? ¿Avanzar ella sola para asegurarse y dejar a Yeimer a merced de Silvia? ¿Dejar a Yeimer atrás y llevarse a Silvia para usarla como escudo? ¿Era eso lo que ella había tratado de evitar encadenándose al niño?

—¡Es papá! ¡Vamos!

—¡No grites! —gruñó entre dientes. Luego se acercó a ellos. Sacó el revólver y lo apretó contra la espalda de Silvia—. Andando. Deprisa, pero sin correr. Si es el santito, que espere.

—Ana… ¿Qué haces?

—Camina, niña. Cuando lleguemos a la cancela se acabó este juego, ¿me oíste? Pase lo que pase, se acabó este juego.

Martes, 12 de diciembre

XXXVIII

Julio se levantó a las seis y media. Se afeitó, se duchó, preparó café y se fumó un cigarrillo. El primero del día, apuntó mentalmente. Se había propuesto no pasar de cinco. Miró el cenicero y la taza de café vacía. Luego comprobó la hora en el reloj de pared. Las siete y media. Tenía tiempo para un café más. Cuando se lo sirvió, observó de nuevo la colilla que había en el cenicero. Volvió a pensar en los cuatro cigarrillos que podía permitirse aún. El de media mañana. El de la sobremesa. Otro con el café de la tarde. El último, antes de acostarse… A la mierda con el de media mañana, se dijo, alcanzando la cajetilla.

A las nueve y cuarto ya estaba entrando en Ruinas de Santa Marina. Conducía su propio coche, aunque iba de uniforme. Había pensado que sería mejor recibido de esa guisa. Por el camino había liquidado sus buenos propósitos para ese día —pensó mientras miraba las siete colillas que había dejado en el cenicero—. Se bajó del coche. Sentía un gusto amargo en la boca, a nicotina y decepción. Se dirigió con paso decidido hacia la entrada principal de la comandancia, no sin antes echarle un vistazo a las montañas, blancas y relucientes como témpanos emergiendo de un océano helado. Le recibió un guardia con cara de pocos amigos.

—Julio Mataró, Servicio de Información —se presentó—. ¿Puedo hablar con el superior al mando?

—El capitán Herranz es el superior al mando en estos momentos, pero ha sido requerido en el valle, mi teniente.

—Ya… ¿Tardará mucho?

—Lo ignoro, señor.

—Bien. Tal vez usted pueda ayudarme. Necesito comprobar una información referente a un hombre de esta comarca que murió hará cosa de dos años, en un accidente de tráfico…

—Para eso debe dirigirse a Atestados, mi teniente.

—Sí, sí, lo sé. Tan solo quería saber si…

—¿Quién es usted? —susurró una voz detrás de Julio. Se dio la vuelta, sorprendido. El superior lo observaba con expresión vacía.

—¿Capitán… Herranz?

—Soy yo. Y usted es…

—Teniente Mataró, señor. Del Servicio de…

—Su identificación, por favor —le interrumpió. Julio se la

mostró. Él la estudió, con la misma expresión apática. Se la devolvió y echó a andar.

—Sígame, teniente —le ordenó.

Una vez en el despacho, Herranz se tomó su tiempo para desprenderse del abrigo y la gorra, sentarse ante el escritorio y encender el ordenador, sin mirar a Julio ni dirigirse a él. Julio aguardó instrucciones, paciente, sin atreverse a mover un músculo. El capitán tenía la cara desfigurada por la viruela. Era un hombre alto, moreno, de rasgos acusados y mirada perdida. Julio se fijó en sus manos mientras encendía el ordenador. Le parecieron sorprendentemente delicadas. Dedos largos, manicura esmerada.

—Descanse, teniente. Y siéntese —dijo por fin—. ¿Qué le trae por Ruinas?

—Quisiera obtener cierta información relativa a un accidente de tráfico en el que, según tengo entendido, pereció Jerónimo Flores Carrillo, antiguo encargado del Cementerio Municipal. Creo que fue hace dos años…

—¿Y por qué le interesa ese asunto, teniente?

—Es parte de una investigación rutinaria.

—Ya. Sobre Rubén Manzanares, ¿no es así?

—Bueno… —titubeó Julio—. Eso intento averiguar.

—El señor Flores falleció hace dos años, en efecto, en una carretera comarcal al este de Santa Marina. En las montañas. Su coche se salió en una curva y cayó por la pendiente. El siniestro se produjo el día… nueve de noviembre, de madrugada. Un noviembre desacostumbradamente frío. Las carreteras estaban heladas y el señor Flores conducía a unos… ciento veinte kilómetros por hora. El coche siniestrado ardió por causas desconocidas. ¿Qué más desea saber?

—Veo que lo recuerda usted bien.

—No lo recuerdo en absoluto, teniente. Hace dos años yo no estaba destinado aquí. Lo que le he dicho es lo que pone en el atestado, ni más ni menos.

—Pero usted…

—Le sorprende que sepa a lo que viene. No debería. No han sido demasiado discretos en su investigación rutinaria, teniente. Sé que han visitado el cementerio y también sé que han estado hablando con el actual encargado.

—¿Qué más sabe?

—Cuando se dirija a mí, no utilice ese tono. Me parece inapropiado viniendo de un subalterno.

—Disculpe, yo…

—Sé que usted y ese inspector de Homicidios, Monteiro, buscan algo que relacione a Flores con Rubén Manzanares Ruiz. Lo presumo, al menos. Es lo que haría yo.

—El actual encargado sugirió que Flores y Manzanares eran amigos. O que tenían algún tipo de trato.

—Mal asunto cuando un empresario seducido por la política se hace amigo de un sepulturero —contestó el capitán, lacónico.

—¿Sabe si Flores tenía antecedentes?

—Ni una multa. Un ciudadano intachable. Como Manzanares.

—Pues no era esa la idea que teníamos de él. ¿Nunca lo detuvieron por tráfico de estupefacientes o…?

—Ya le he dicho que estaba limpio, teniente.

—Ya. No sé si debería preguntarle esto o si puede usted responderme, pero…, en fin… Verá, Prudencio, el actual encargado, acusó a Flores de ser un confidente habitual de la Guardia Civil. ¿Sabe usted algo?

—En los informes que he podido estudiar no se menciona tal cosa. Ni siquiera se deja caer.

—Disculpe, mi capitán, pero si pudiera hablar con alguien que lleve aquí más tiempo… que usted, quiero decir, tal vez recordaría…

—El comandante Estébanez está de vacaciones. De todos modos, adelante, teniente. Interrogue a quien le plazca. Aunque no creo que saque mucho más que evasivas o negaciones.

—Parece que impera la ley del silencio en Ruinas…

—Yo no he dicho tal cosa, teniente. ¿Quiere consultar el atestado? —El capitán giró la pantalla del ordenador hacia Julio.

—Gracias. —Julio estiró el cuello y repasó minuciosamente los datos que tenía ante sí. Informe pericial, croquis, inventario. Ni una sola foto—. Es curioso —murmuró.

—¿Qué cosa, teniente?

—El accidente en sí. Es curioso. ¿Quién avisó del siniestro? ¿Había alguien más en el lugar de…?

—Tal vez no se ha fijado en esas montañas, teniente. Salvo para las cabras, el acceso es difícil. El rescate del cuerpo no fue moco de pavo, estoy seguro.

—Sí, eso es lo curioso. Que tardaron muy poco en descubrirlo, llegar al punto donde se salió de la carretera, descender por la ladera escarpada de una montaña helada y rescatar los restos de un hombre carbonizado. El accidente tuvo lugar en torno a las dos de la madrugada. Y según veo… aquí, en el parte médico del SAMUR:

a las dos cuarenta y cinco el cuerpo ya estaba en la morgue.

—Puede ser un error. Confundieron la hora del rescate con la del accidente. O está mal la hora de entrada en la morgue.

—Eso es fácil de averiguar. ¿Podría ver los resultados de la autopsia?

—No hay datos de la autopsia, teniente.

—¿Disculpe?

—Ya me ha oído: no disponemos de esa información.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—No quiero decirle nada. Usted me ha preguntado por la autopsia y yo le he contestado.

—¿Se ha extraviado? Porque supongo que alguien haría una autopsia, es el procedimiento en caso de…

—Teniente, sé cuál es el procedimiento. Es posible que se haya perdido o que se haya borrado por error de la base de datos. No lo sé. Solo aparece una referencia a la autopsia en el registro, pero no los resultados.

—Esto es… sorprendente. Supongo que podré contactar con el forense que se ocupó del cuerpo. ¿O cree usted que también se habrá perdido?

—Teniente, vuelvo a notar que no se dirige a mí en el tono adecuado. Hágalo otra vez y yo mismo me encargaré de que reciba una sanción. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor. Mis disculpas. Yo solo…

—Le gusta ir por libre, ¿no es cierto? Demasiado, quizás. Está perdiendo las formas. El doctor Beltrán Nájera realizó la autopsia. Que yo sepa, no se ha perdido. Ahora es catedrático de Medicina Legal y Forense en la Universidad Juan Pablo II. Seguro que podrá encontrarlo sin dificultades y preguntarle lo que quiera.

—Le preguntaría si encontró indicios de homicidio cuando realizó la autopsia, pero no sé por qué sospecho que mi pregunta no iba a sentarle muy bien. A nadie.

—Eso no puede usted saberlo hasta que no lo intente, teniente. Y yo que usted, lo haría, si es que su investigación rutinaria lo requiere.

—Señor… ¿Podría darme usted su opinión sincera sobre este caso?

—Mi opinión sincera sobre este caso es que no hay caso, si se refiere a la trágica muerte del señor Flores. Y si quiere que le diga algo más… personal, almuerzo todos los días a la una en el Auberge des Francs. Pase por allí si no tiene otra cosa que hacer. Mientras, dese una vuelta por el Registro de la Propiedad. Aún no han

actualizado ciertos datos que pueden ser de su interés. Tenga, este es el DNI de Flores. —Herranz le alargó a Julio un trozo de papel con el número apuntado—. Diga que le envío yo, no tendrá problemas. Consulte también la hemeroteca del Club de Prensa y Actividades Sociales. Está en la plaza de los Mártires Hebreos. Busque en los periódicos locales de aquel año. Encontrará algún artículo interesante sobre el accidente.

—Gracias, señor. Le veré a la hora del almuerzo —dijo Julio, levantándose de la silla.

—Puede retirarse, teniente —gruñó el capitán, los ojos de nuevo perdidos en algún punto muy lejano.

—Eh… Sí, desde luego. Señor…

XXXIX

Aldo llegó al Botánico sobre las diez de la mañana, despejado y sereno. No había tenido noticias de Julio, pero aún era temprano. El Botánico estaba cerrado al público y la Policía Científica seguía peinando la zona en busca de pruebas. Aldo se identificó ante el agente que custodiaba la entrada y preguntó por la subinspectora Marcos.

—Le espera en el invernadero. Siga de frente y luego gire a la derecha por…

—Ya sé, ya sé —le interrumpió Aldo. Conocía perfectamente el parque.

—Por favor, no olvide respetar las indicaciones, camine sin salirse del…

—Ya sé, ya sé —le interrumpió de nuevo—. No pisaré donde no debo, tranquilo.

—Disculpe, pero…

—Lo sé, agente. Solo cumple con su deber —le interrumpió por tercera vez. Resultaba deprimente que todavía alguien usara una fórmula tan repetida y vacía, tan de teleserie barata, como aquella que hacía referencia al «deber».

—Y que lo diga, señor. Pero no olvide ponerse esto antes de entrar en el invernadero —dijo el policía, triunfante, dándole unas fundas de plástico para cubrirse el calzado y un set de guantes—. Órdenes de la subinspectora.

Aldo siguió el camino indicado por el precinto, no sin cierto sentimiento de frustración. Las nuevas generaciones venían contestatarias. Eso estaba bien. Y, al mismo tiempo, resultaba molesto. Contradicciones al margen, echaba de menos a Julio. El día anterior casi se había sentido herido ante su insistencia por perderlo de vista. Como si lo estuviera acosando. Qué tontería,

murmuró para sí, yo acosando a Julio…

—Oh, mira quién se digna a venir por aquí… ¡El mismísimo Monteiro! Qué honor —exclamó la subinspectora Marcos, de brazos cruzados ante la entrada del invernadero—. No hace falta que te pongas eso —añadió, al ver que Aldo comenzaba a pelearse con las fundas de plástico.

—¿Ah, no? —dijo, pensando si el agente no se habría extralimitado con alguna broma—. ¿Por qué?

—Porque ya hemos acabado. Y no hay nada que puedas contaminar con tus elegantes mocasines de piel sintética.

—Ni sintéticos ni mocasines. Menuda bienvenida, ¿ocurre algo?

—¿Qué quieres que ocurra, Aldo? No sé qué demonios se supone que tengo que buscar en este parque. ¿Huellas? Hay miles de huellas, de todo tipo y condición. ¿Indicios de homicidio? Bien, tengo alguna salpicadura de sangre en los lavabos, pero no parece tener que ver con un homicidio, más bien con un accidente laboral…

—¿Instrumento? —le señaló Aldo.

—¿Del crimen? En esas estamos. De momento, no hay nada que se parezca a lo que Linares presume. Nada que indique que haya sido utilizado como arma, quiero decir… Aunque todavía estamos estudiando las herramientas de los jardineros y de los botánicos. De todos modos, ha transcurrido demasiado tiempo. Ha llovido, ha nevado, ha helado, ha salido el sol… ¿Y el detenido?

—Si te refieres al jardinero…

—¿Es que hay alguien más?

—No, de momento…

—¿Y bien?

—Si dejas de interrumpirme, yo…

—Disculpa. Me muero por fumar. No tendrás un pitillo…

—No fumo, Isobel.

—Ya. ¿Y tu amigo?

—El teniente fuma, pero fue a…

—¿Qué ibas a decirme del detenido?

—Isobel, por Dios, ¡dame un respiro! El jardinero declara mañana, si es que su abogado llega a un acuerdo con el juez para entrar en un programa de protección de testigos.

—¿Crees que confesará?

—Quién sabe. Yo no me hago ilusiones. Intentará hacernos perder tiempo. Cambiará la declaración, se irá por las ramas… Es lo que suele ocurrir. De todos modos, no creo que lo haya hecho.

—Extorsionaba a Manzanares, ¿no? Y trabajaba aquí. Y todo

indica que fue aquí donde Manzanares dio su último paseo…

—¿Quién te ha dicho que lo extorsionaba? —preguntó Aldo, sorprendido.

—¿No es así?

—Es sólo una hipótesis. Cuando declare, podré decirte algo más. Pero te aseguro que Manzanares no le servía de nada muerto.

Isobel se apoyó contra la cristalera. Se metió las manos en los bolsillos del mono y miró al cielo, con aire melancólico.

—Mira esos nubarrones, Aldo. Lloverá hoy o mañana. Y todo se cubrirá de fango… ¿Sabes que mi hijo tenía una excursión programada para hoy?

—¿Aquí? —preguntó Aldo, por cortesía.

—Con la escuela —afirmó Isobel—. Me odia.

—Se le pasará.

—Los críos se lo pasan bomba aquí, no sé por qué —continuó ella—. Supongo que no lo ven de la misma manera que yo. El invernadero… Está lleno de huellas diminutas, millones de deditos pringosos en los cristales. Supongo que podemos descartarlas.

—Deditos pringosos… —murmuró Aldo.

—Sí, ya sabes. Mantequilla, crema de chocolate, de cacahuete. A mi hijo le encanta la de cacahuete, es algo inaudito. Por más que la pruebo, no logro averiguar si me gusta o no… ¿Aldo? No me estás haciendo caso…

—Disculpa. Tengo que ir a comprobar algo. Ahora vuelvo.

—¡No te esperaré aquí, Monteiro! ¡Me voy a desayunar! —exclamó la subinspectora mientras Aldo se alejaba con paso decidido hacia la salida.

El agente seguía allí, charlando con una joven. Cuando vio acercarse a Aldo, le saludó con una sonrisa.

—¿Ya se va, inspector?

—Inspector jefe. ¿Dónde están las entrevistas de los empleados? ¿Quién las tiene?

—Supongo que… —balbuceó el policía. Pero Aldo no le prestó atención. Miró a la mujer. Tenía una chapa de identificación en el abrigo.

—Trabaja aquí, ¿verdad? —preguntó.

—Sí… Pero ya me iba, solo vine a por…

—¿Sería tan amable de contestar a algunas preguntas? —la interrumpió.

—Eh… Sí, claro…

—¿Cuál es su puesto?

—Soy administrativa, trabajo en Atención al Público —dijo.

—Estupendo. Vienen muchos colegios, ¿no es cierto?

—Sí, muchos.

—Y supongo que tendrán un registro de todos ellos…

—Bueno, tienen que pedir cita para concertar la visita, y se anota en una ficha, junto con los datos del responsable. Uno por cada veinte personas…

—Estupendo —murmuró Aldo—. ¿Podría consultar esas fichas?

—Eh… Sí, claro. Pero tengo que entrar en la centralita. ¿Puedo?

—Creo que todavía no han registrado esa área, señor —dijo el agente.

—Vaya por Dios. Hablaré con la subinspectora Marcos… Aguarde un momento, no se vaya —dijo, dirigiéndose a la mujer.

—¡Señor! ¡Disculpe! —exclamó ella cuando Aldo casi echaba a correr de nuevo hacia los invernaderos.

—¿Sí? —Aldo se volvió.

—Tal vez, si me dice lo que busca… En la garita de la entrada guardamos una libreta de incidencias. Es como un diario donde se apunta todo lo que ocurre y las actividades que hay programadas para cada día, incluidas las visitas.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Yo…

—Da igual. Necesito un listado de todos los colegios que visitaron el jardín entre el veinte de octubre y el diez de noviembre… Y los nombres de los responsables que acompañaban a los chavales. ¿Cree que lo encontrará en esa libreta de incidencias?

XL

—¿Pero qué carajos…? —exclamó Waldo cuando Silvia, esposada al niño, subió al coche.

—Ya te explicaré, mi santito. Pero arranca de una vez y dime qué pasó. Me tenías preocupada…

—Pasó lo que tenía que pasar, Ana. Que estamos jodidos. ¿Sabes quién nos andaba detrás? El Milico, Ana. El Milico. A dos palmos de Yeimer, hablando con él, en la misma mesa…

—Solo a ti se te ocurre dejarlo solo, idiota.

—¿Quién es el Milico, papi? —preguntó Yeimer.

—Te he dicho que no me llames «papi», pendejo. ¿Por qué están esposados esos dos, Ana?

—No me gusta que hables así al niño. No me gusta… ¿Adónde vamos?

—Hacia la frontera, nos abrimos. No has contestado a mi pregunta. ¿Qué hacen esos dos…?

—Los esposé yo. Era más seguro. ¿A la frontera? Espera un

momento, Waldo, Silvia…

—Estábamos jugando a los simucralos, papá. A que venían los malos…

—Cállate, Yeimer, déjame hablar. Silvia nos llevará hasta el dinero, santito. Llegamos a un acuerdo…

—¿Tú estás sorda, Ana? Te digo que mandaron al Milico. Y seguro que no estaba solo. Hay que largarse, ya.

—¿Qué ocurrió, Waldo? ¿Qué hiciste cuando dejaste al niño en…?

—¿Tú qué crees?

—No lo habrás…

Waldo afirmó con un gesto de cabeza.

—¡Imbécil! ¿Cómo se te ocurre hacer algo así, cómo demonios…?

—¡No me grites! ¡¿Qué esperabas, que me cruzase de brazos y que nos cazase como a ratones?!

—¿No ves que lo has empeorado todo? Mierda, santito… Podríamos haber huido sin que se enterase. Podrías habernos recogido en lugar de ir a por él…

—Mamita, ¿qué pasa? —gimoteó Yeimer.

—¡Cállate o vas a recibir, tú! ¡Y quítale las esposas de una vez, Ana!

—Tranquilo, Waldo. Estáis asustando al niño. —Silvia, hundida en el asiento trasero del todoterreno, atrajo a Yeimer hacia ella.

—¡Tú te callas también, puta de mierda!

—¡Waldo, basta ya! ¡Basta o…!

—¡¿O qué, Anita?! ¿O qué? ¿Qué vas a hacer, qué idea grandiosa se te ocurre para salir de esta? Estamos jodidos por tu culpa. Nunca debí hacerte caso. Nunca debí escucharte…

—Para el coche.

—¡¿Estás loca?!

—¡Te digo que pares, gonorrea hijo de puta! —estalló Ana, desatando su voz como una tromba de agua sobre todos ellos.

—¡Mamita!

—Por favor… Por favor, por el niño. Mantened la calma —intervino Silvia. Yeimer lloraba pegado a ella—. Podríamos atravesar la frontera, bordearla en dirección norte y volver a entrar en España, más o menos en el lugar donde mi padre…

—¿Qué clase de trato hiciste con ella? —Waldo aminoró la marcha.

—Detén el coche. Hablo en serio. Yo me bajo. Con ellos. Tú huye si quieres.

—¿Estás loca? ¿Qué vas a hacer con ella y el niño aquí, solos en mitad del monte y con este tiempo de perros?

—No lo sé —musitó ella—. No lo sé…

Waldo sacó el coche del camino y lo detuvo en una explanada, una especie de mirador. Más abajo, al final de una ladera, entre los troncos calcinados de los pinos, podían divisar las luces del pueblo, Idanha. Puntos luminosos y vibrantes asidos a un lienzo negro que el viento parecía sacudir. El vehículo se bamboleó al borde mismo del bosque quemado.

—Ana, mi vida —dijo Waldo—. Perdóname. Perdóname. Perdí los nervios. Cuando lo vi, cuando lo vi al salir del restorán…, pensé en el Licenciado, Ana. Él le hizo aquello al Licenciado. Y se me fue la cabeza. Pude darle esquinazo y llevarte a Yeimer, pero cuando volvía al pueblo, con idea de pararle los pies, ya venía. Por este mismo camino.

—¿Solo?

—Sí…

—Qué extraño —dijo Ana.

—Sí, lo es. Creo que esperaba instrucciones, por eso no hizo nada cuando vio a Yeimer. O puede que tuviera alguna otra idea en la cabeza, no lo sé. Pronto descubrirán su coche. Hay que alejarse lo más posible.

—¿Y… él?

—Olvídalo. No hablemos ahora de eso.

—Mamá —susurró Yeimer—, mamita… ¿Cuándo volvemos a casa?

—No volveremos a casa, cielo. Nos vamos de vacaciones. Santito, yo… He hablado con Silvia, ¿verdad, niña? —Ana se volvió hacia ella. Silvia asintió—. Y nos hemos entendido muy bien. Ella sabe dónde podemos encontrar… eso que buscamos. Nos llevará. Luego nos iremos todos de vacaciones, ella por su lado y nosotros por el nuestro, ¿conforme?

—Pero…

—¿Conforme, mi santito? —insistió. Había recuperado el tono persuasivo de su voz.

—Es peligroso, Ana. Es demasiado peligroso. Podríamos aplazarlo un tiempo, hasta que las cosas se calmen y…

—Las cosas no van a calmarse, Waldo. No van a calmarse en absoluto. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en averiguar que Silvia está con nosotros? Se nos echarán encima, todos, los aguacates y el Inglés, tú mismo me lo dijiste esta mañana. Es ahora o nunca, mi santito. Podemos hacerlo. Sé que podemos…

—¿Y me quieres explicar por qué están atados?

—¡Y dale! —exclamó ella—. Alcánzame el brazo —le ordenó a Silvia, volviéndose hacia el asiento trasero con sorprendente agilidad. Silvia estiró el brazo. Arrastró con el suyo el del niño. Ana los liberó.

—¿Estás más tranquilo ahora? —le dijo a Waldo mientras se sentaba de nuevo.

—No lo entiendo, Ana. ¿Te parece sensato hacer algo así? ¿A qué jugabas?

—¡A los simucralos! —exclamó Yeimer.

—Simulacros, mi vida. Simulacros. Eso es, mi santito. Jugábamos a ver qué pasaría si nos dejabas solos y venían los malos. Pero ahora no tiene sentido discutirlo más. Arranca, este sitio me pone los pelos de punta.

—Hacia la frontera, entonces —dijo Waldo.

—Hacia la frontera y luego al norte. Silvia nos guiará, ¿eh, niña?

—Sí. Mientras el niño esté conmigo.

—¿Qué está diciendo esa chalada?

—Tú conduce y déjame a mí. Todo está en orden. Silvia cuidará de Yeimer y Yeimer de Silvia. Ese es el trato.

—Me cago en… —Waldo arrancó y se incorporó con brusquedad a la carretera.

—Chsss, santito. Basta por esta noche. Conduce y llévanos a algún sitio donde podamos cenar.

—Yo quiero un Happy Meal, mamita…

—Cualquier meal será happy, mi amor —comentó Ana, e incluso Silvia se vio tentada de darle la razón—. Santito…

—¿Qué?

—No vuelvas a llamarme loca.

XLI

Camino de la plaza de los Mártires Hebreos, Julio se preguntaba si sería buena idea llamar al inspector para comentarle lo que había encontrado en el Registro de la Propiedad o si sería mejor esperar a haber charlado primero con el capitán Herranz. Confiaba en que estando en un entorno menos opresivo que la comandancia se mostrase algo más locuaz —y menos obsesionado con el respeto a la jerarquía—. Decidió que era mejor no llamar al inspector. De momento. Aún no sabía qué podía significar aquella información. Quizás el capitán le diera alguna clave, meditó, apretando con fuerza contra su pecho la carpeta barata de cartón que había comprado hacía diez minutos para guardar aquel montón de fotocopias que había sacado del registro. Era un descubrimiento

importante, no le cabía la menor duda. Ahora solo necesitaba que encajase dentro en el puzle.

El casco histórico de Ruinas de Santa Marina permanecía silencioso y vacío, traspasado ya el umbral del mediodía. La mayor parte de las calles eran peatonales, pero, salvo algún que otro anciano, nadie parecía sacarles provecho esa jornada. Lo mismo ocurría con las cuatro arterias abiertas al tráfico que cruzaban de parte a parte la ciudadela y que confluían en la plaza de los Mártires Hebreos, su centro neurálgico. De todos los barrios de la zona vieja, la judería parecía el más desolado, pensó. Julio se detuvo al llegar a la plaza, bordeada de plátanos desnudos. Los habían podado de manera que cada arbolito imitara la forma de un candelabro de seis brazos, injertados a su vez en los extremos de las otras ramas. Julio se acercó a la fuente de mármol que había en el centro y contempló, asombrado, la obra de jardinería. Por un momento tuvo la sensación de estar encerrado tras una alambrada de ramas secas. Lo encontró tétrico. Miró el reloj. Faltaba algo más de una hora para la cita con el capitán. Divisó el Club de Prensa al otro lado de la calle y se dispuso a cruzar. El restaurante quedaba en el extremo opuesto de la plaza, tenía tiempo para echar un vistazo en la hemeroteca. No había dado ni tres pasos cuando un deportivo oscuro surgió de una bocacalle y se precipitó a gran velocidad sobre él. Julio tuvo el tiempo justo de esquivarlo. Dio un brinco hacia atrás y cayó de culo. El coche rugió al girar de nuevo y se perdió de vista en la angosta callejuela que bajaba hacia la parte nueva de Santa Marina. Alguien se acercó por detrás.

—¿Está bien? —preguntó una voz femenina. Julio, sentado sobre el bordillo, intentaba sobreponerse—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda? —repitió la voz.

—No, no —murmuró mientras buscaba con la mirada la carpeta. Estaba en la calzada. Afortunadamente, las fotocopias seguían dentro—. ¿Pudo ver la matrícula? —Julio trató de incorporarse.

—Lo siento, fue todo tan rápido… Los jóvenes son así. Piensan que el mundo les pertenece. ¿Seguro que puede levantarse?

—Sí… —Julio se volvió hacia la mujer. Una monja. Se sorprendió al comprobar que era bastante mayor, aunque el timbre de su voz resultaba muy juvenil.

—Yo le ayudaría, hijo. Pero tengo la cadera de cristal.

—No se preocupe, puedo solo. —Julio se puso en pie. Le temblaban las rodillas cuando se agachó a recoger la carpeta. La espalda, en cambio, ya no le dolía—. Al menos tengo esto. —El neumático había dejado una huella sobre la superficie del

portafolio.

—Ha tenido suerte —sentenció la monja—. Pero, para otra vez, mire bien antes de cruzar. No se confíe porque no haya tráfico.

—¿Seguro que no vio nada?

—Nada.

—Me pareció que era un Audi, ¿no?

—Hijo, no sé qué es eso. —Julio se quitó el abrigo y lo sacudió en el aire. La monja se fijó en la divisa de la guerrera—. Disculpe…, teniente. Porque es usted teniente, ¿no es así?

—En efecto. ¿Podría darme su nombre y una dirección o un teléfono de contacto?

—¿Para qué? —preguntó ella, con desconfianza.

—Para tomarle declaración. Como testigo…

—¿Una declaración? ¿Y qué quiere que declare?

—Pues… Lo que vio, solo eso…

—Le digo que no vi nada —insistió ella, nerviosa.

—Vio que eran jóvenes, ¿no? Más de uno, supongo. Eso ya es algo.

—No. No sé si eran jóvenes, solo lo supuse. Lo siento, pero no puedo ayudarle —dijo, indignada—. Solo vi que usted cruzó la calle sin mirar, por un sitio donde además no se ven venir los coches, en lugar de hacerlo por el paso de cebra que hay ahí. —La monja señaló el paso, a unos metros de distancia.

—Pero…

—Con Dios, teniente —dijo ella, al tiempo que se daba la vuelta y se alejaba a paso ligero.

El Club de Prensa y Actividades Culturales tenía la sede en una casa solariega del siglo XVI, según informaba una placa junto a la puerta. La fachada, en realidad, era lo único en pie del edificio original. Dentro, el nuevo espacio resultaba sobrio y funcional. Tenía dos plantas. El primer piso —el club de prensa— se lo repartían una sala de conferencias, un archivo y dos modernas salas de lectura, una de prensa reciente y otra de microfilms. La segunda planta albergaba un bingo.

El encargado de la hemeroteca era un hombre de rostro avinagrado, parco en palabras pero eficiente. Le explicó someramente cómo acceder a los fondos —digitalizados en su mayor parte— y le acompañó a la sala de lectura. Una vez solo, Julio buscó primero los sucesos de la prensa local —La Gaceta de la Villa y La Voz de Santa Marina—. Encontró un artículo interesante sobre el accidente de Flores, que incluía una semblanza del difunto.

En ella se mencionaba que había participado como voluntario en la búsqueda de Daniel. Julio consultó su bloc de notas… Manzanares había desaparecido el veintinueve de octubre, once días antes del accidente. Siguió buscando en las crónicas de sucesos, atento a cualquier referencia sobre un posible vínculo entre los dos hombres, sin resultado. Tampoco encontró demasiada información sobre la autopsia. En una noticia se afirmaba que Flores no conducía bajo los efectos del alcohol, como se había especulado en un principio, dato confirmado por una muestra de sangre. Al parecer, Flores había fallecido antes de estrellarse contra el quitamiedos y salirse de la carretera debido a un presunto paro cardíaco… Lo cual no aclaraba demasiado. ¿Cómo era posible que circulara al borde de un precipicio a la velocidad que lo hacía y que no aminorase al sufrir un infarto y, por tanto, perder el control del coche? Las cenizas de Flores fueron a parar al cementerio viejo de Santa Marina, al que, irónicamente —según el esforzado cronista de sucesos—, «tanta dedicación en vida le había consagrado el finado».

Estaba a punto de dejarlo cuando una foto captó su interés. Era Aldo, sin afeitar, bastante más delgado, gabardina y unas gafas oscuras que le hacían parecer un espía de película en blanco y negro. La instantánea lo mostraba con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra alzada, en un gesto autoritario, como si estuviera dando una orden o amenazando a alguien. Detrás de él podía apreciarse parte de un precinto policial y lo que parecía ser un jardín. La foto daba un poco de miedo. Aunque no tanto como el titular de la noticia: «Inspector de policía investigado por presunta agresión». Julio se inclinó sobre la pantalla del ordenador como si de esa manera fuera posible aprehender mejor los detalles.

«Inspector Aldo Monteiro, jefe unidad especial de Desaparecidos de la CPN, investigado por una supuesta falta de lesiones… Según la denuncia interpuesta por el Ilmo. Señor don Ignacio Artiles, primer teniente de Alcalde de Ruinas de Santa Marina… Contusiones de diversa consideración… La conducta violenta del inspector de Homicidios, que desde hace algunos meses trabaja en la desaparición del joven Daniel M. y del padre del mismo, Rubén M. —vecinos de esta Noble Villa— ha suscitado la repulsa de los representantes de los distintos grupos políticos… Solicitado el cese cautelar de Monteiro… Hasta el momento de la presente edición, no han trascendido más detalles sobre los motivos del altercado. Según fuentes consultadas por este periódico, Monteiro, que recientemente ha perdido la custodia de su hijo tras divorciarse…».

Julio apartó la vista de la pantalla y se revolvió en la silla. Hasta

cierto punto, podía imaginarse a un Aldo colérico asestándole un puñetazo a un teniente de alcalde… O a un ministro… Pero un Aldo divorciado, con un hijo… Aldo deprimido por la pérdida de la custodia, Aldo perdiendo los nervios, violento y descontrolado, investigado, sancionado tal vez… Un Aldo bastante más humano e imperfecto de lo que sospechaba. ¿Era esa la «crisis de fe» que le había mencionado? No podía ser. No tenía el más remoto indicio de que aquello fuera cierto. No había ninguna mancha en el expediente del inspector, estaba seguro. Ni sanciones ni… Bueno, sí… Le habían retirado la licencia de conducir, pero eso no demostraba nada… ¿O sí? Julio miró la hora. Llegaba tarde a la cita con el capitán.

XLII

Aldo caminaba deprisa, maldiciendo el tráfico y a la gente. Sudaba, a pesar del frío. Creía recordar que el colegio no quedaba demasiado lejos del Botánico. Una apreciación errónea, ahora se daba cuenta. Sacó el móvil del bolsillo y volvió a llamar a Julio. La voz enlatada le transmitió el mismo mensaje. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Colgó, malhumorado.

El colegio quedaba en lo alto de la cuesta más abrupta de toda la ciudad —de ahí el nombre de la calle, pensó: Válgame Dios—. Decidió subirla con calma. Le saludaron desde un coche patrulla que descendía la pendiente, pero no tuvo tiempo de reconocer a los ocupantes. Era casi la una y media. Empezaba a arrepentirse de no haber llamado primero para asegurarse del horario lectivo. Quería coger a Silvia desprevenida, y ahora temía que se le escapase. Por centésima vez en aquellos últimos días injurió a la Dirección General de Tráfico y al Gobierno que había hecho posible aquella absurda ley del carné por puntos. Se consoló pensando que, bien mirado, habría tardado más en encontrar aparcamiento a aquella hora que en recorrer todo el trayecto desde el Botánico a la pata coja. Se detuvo, al fin, junto a la verja del colegio, inspiró un par de veces, se pasó un pañuelo por la frente y llamó al videoportero.

—¿Sí? —resonó una voz gangosa del otro lado. Aldo puso su identificación frente a la lente.

—Aldo Monteiro, Brigada de… —La verja se abrió con un zumbido antes de que terminara la frase.

En la portería le aguardaba el conserje. Desde las aulas llegaba el murmullo, muy atenuado, de voces infantiles. Aldo escuchó también un eco de sus propios recuerdos: bolígrafos rasgando libretas, tizas que herían un encerado y alguna que otra solitaria diatriba de maestro. El olor, una mezcla de polvo en suspensión,

sudor de adolescente y ese algo indefinido que solo se puede percibir en un colegio, le entristeció. El conserje, de la misma tonalidad grisácea que las paredes, tampoco era una presencia muy alegre. Tragó saliva y pidió ver al director. El hombre le guio por el pasillo hasta una puerta verde oliva. DIRECCIÓN, se leía en el rótulo. Aldo le dio las gracias y llamó. La puerta no hizo ningún ruido al abrirse. Un hombre bajo, delgado, con el pelo gratuitamente engominado le hizo pasar, retorciéndose las manos con cara de angustia.

—Siéntese, por favor —le rogó, al tiempo que se parapetaba tras su mesa. Aldo se sintió algo perplejo. Parecía que todos allí le estaban esperando.

—Eh… Disculpe, usted es…

—Anselmo Figueroa —contestó el director, con una sonrisa desmayada.

—Encantado. —Aldo le mostró su identificación—. Aldo Monteiro, inspector jefe de la Brigada de Homicidios.

—Dios mío —Anselmo palideció—. No me diga que ella… ¿Tan rápido?

—¿Disculpe?

—Tenía un presentimiento, ¿sabe? Incluso pensé en decírselo a ellos…

—Creo que hay un malentendido. ¿Quiénes son ellos? ¿A qué se refiere?

—Pues… a los agentes que… Hace nada que se marcharon, yo… Como dijo «Homicidios», pensé que habían encontrado a Silvia. Ya sabe…, muerta o algo así.

—¿Silvia? ¿Silvia Manzanares? ¿No está aquí? —se sobresaltó. Luego recordó el coche patrulla con el que se había cruzado al subir la cuesta.

—¿Aquí? No, claro que no… Por eso llamé al 091. Silvia lleva sin aparecer por el centro desde ayer, no contesta al teléfono, no ha solicitado una baja… Es raro, ella nunca falta al trabajo, ¿sabe? —farfulló.

Aldo sintió que se le revolvía el estómago. Se preguntó qué sería para el director algo parecido a estar muerto que no fuera estar muerto.

—¿Cursó una denuncia? ¿Qué les dijo a los agentes?

—Sí…, yo… les expliqué la situación y poco más. Querían saber si tenía familia, amigos, alguien cercano. Pero Silvia no tiene familia. Y no sé nada de sus amistades, la verdad. Es tan reservada…

—Entiendo. Debo hacer una llamada, ¿me disculpa un momento?

Aldo se acercó a la ventana. Daba al patio de la escuela. Cipreses. ¿A quién se le habría ocurrido plantar cipreses allí?

—¿Analía? Sí, soy yo. Escucha, quiero saber si hay noticias de una desaparición que han denunciado hace cosa de una hora. Manzanares, Silvia. Enviaron un radio-patrulla, no sé de qué comisaría. Creo que se dirigían al domicilio. Sí… Sí, hay un protocolo activado en esa dirección. Ponme en contacto con ellos, por favor. No, no tengo radio. Que me localicen en este número. Gracias.

El inspector volvió a sentarse frente al director, que miraba nervioso la hora en el reloj de pared. Afortunadamente, tenía las manos debajo de la mesa. Aldo se sentía poco comprensivo con las estereotipias ajenas ese día.

—Van a dar las dos…

—Ya veo —murmuró, intentando ordenar las ideas antes de interrogar al hombre.

—Las clases terminan a las dos…

—Sí, sí. Solo una cosa…, en noviembre realizaron una visita al Jardín Botánico, ¿lo recuerda?

—Eh… Sí, más o menos… ¿Por qué?

—¿Cuántos adultos acompañan normalmente a los chicos en esas visitas?

—Pues… depende del número de alumnos. En esa ocasión fueron las dos clases de quinto, si no recuerdo mal. Cuarenta chicos, de manera que solo dos responsables, uno por grupo.

—¿Podría comprobarlo? Me gustaría saber si en esa ocasión iba alguien más, aparte de… —Aldo consultó los nombres que aparecían en la hoja de reserva que le había facilitado la empleada del Botánico—. Aurora Bellido y Pedro Delgado.

—Bueno, Aurora y Pedro son los tutores de los dos grupos. Con dos responsables es suficiente, ¿sabe? No iba nadie de apoyo, eso lo recuerdo.

—En ese caso, quisiera hablar con ellos…

La sirena que anunciaba el fin de las clases aulló como un gato en celo por todo el edificio. En un segundo quedó enmudecida por los gritos de los colegiales que se precipitaban en jauría fuera de las aulas.

—Pues… ya son las dos —anunció Anselmo. Su sonrisa resultaba cada vez menos verosímil.

—Me hago cargo —dijo Aldo, sombrío—. Aun así, le agradecería

que…

La puerta del despacho se abrió y apareció una mujer rellenita, pelirroja, de ojos saltones.

—Anselmo, ¿sabes algo de…? Oh… Disculpa, no sabía que tenías visita…

—Aurora, precisamente iba a pedirte que vinieras. Este es el señor…

—Monteiro. Inspector jefe de Homicidios —dijo Aldo, poniéndose en pie.

—Oh… —murmuró ella, paralizada junto a la puerta—. ¿Qué…, qué ocurre?

—Nada, tranquilícese. —Aldo tuvo que alzar la voz para dejarse oír sobre el griterío que llegaba del otro lado del pasillo—. Quisiera hacerle unas preguntas.

—¿A mí? —Su voz tenía un agudo desagradable, pensó Aldo.

—A usted. ¿Recuerda la visita al Botánico?

—¡Uf! —suspiró ella—, qué calor pasamos… Sí, claro que me acuerdo.

—Ya. ¿Quién más ib…? —Aldo la miró perplejo—. ¿Calor? ¿Dónde, en el invernadero?

—Pues… no, el invernadero casi resultaba agradable, con la humedad y todo. Pero fuera… Siempre pido que no programen esa dichosa visita en septiembre.

—No, Aurora. Él se refiere a la que hicisteis en noviembre, ¿no te acuerdas?

—¿En noviembre? —dudó ella—. En noviembre… Ah, en noviembre operaron a mi madre de… la cadera, creo. —Aldo vio que se ruborizaba al decirlo.

—¿No fue a la madre de Tere? —dijo el director.

—¡Ay sí, qué tonta! Lo de mi madre fue el año pasado… En noviembre tuve mala a Carmela. El sarampión —añadió, y miró a Aldo con cara de lástima.

—¿Puede cerrar la puerta? —Aldo estaba a punto de perder los nervios, entre el estrépito de niños bajando las escaleras y la parsimonia de los dos maestros. La mujer pelirroja cerró, con evidente cara de susto—. Gracias… Y, ahora, ¿podría alguien decirme quién, de todos los docentes de este bendito colegio, fue de visita al Jardín Botánico el pasado tres de noviembre?

—Pedro y… —Anselmo dudó.

—Silvia. Silvia fue al Botánico en mi lugar, ¿no te acuerdas? —dijo la maestra, con su voz chillona.

El corazón de Aldo dio otro brinco.

XLIII

El todoterreno se deslizaba con suavidad, a unos ochenta o noventa kilómetros. Ahora que no iba encerrada en el maletero, Silvia comprobó que Waldo era un conductor bastante diestro, prudente a pesar de las prisas y el cansancio. Agradecía que tomase las numerosas curvas que iban salvando con tanta delicadeza. De no ser por las circunstancias, el paseo habría sido casi agradable. El viento había ido amainando a medida que se internaban en la zona baja de monte. Pinares sin fin se extendían a una y otra orilla de la carretera. A lo lejos, la silueta de las montañas se recortaba en negro sobre un cielo despejado. Silvia descansó la cabeza en la ventanilla y contempló las estrellas. Pocas veces había visto tantas, tan luminosas… Temía cerrar los ojos: las lentes de contacto le bailaban al parpadear. Yeimer, apoyado en su costado, resbaló lentamente hasta posar la cabeza sobre el asiento y se ovilló, las piernas encogidas. Silvia lo observó con cierta aprensión. Sintió entonces los ojos de Ana clavados en ella, acechándola desde el espejito del parasol. Acercó su mano hacia el niño y le acarició la cabeza. Cuando volvió la vista al frente, Ana dormitaba. Silvia intentó centrar su atención de nuevo en las estrellas. No quería quedarse dormida. Hacía calor dentro del coche, y eso no ayudaba a combatir la somnolencia. Se quitó el abrigo, lo dobló cuidadosamente y lo dejó en el asiento, entre ella y Yeimer, asegurándose de que la botella robada quedara bien protegida.

—No falta mucho para Graça —murmuró Waldo—. De allí a la frontera habrá una hora, no más…

—¿Y qué? —Ana abrió los ojos.

—Quiero saber adónde vamos.

—¿Tenéis un mapa? —preguntó Silvia.

—Mira ahí, Anita —dijo Waldo, señalando la guantera.

—Aquí hay uno. No, espera. Francia… Ah, aquí. Toma. —Se lo tendió a Silvia—. Santito, ¿viste que también tienes uno de Portugal?

—Me lo sé de memoria, Ana. ¿Qué, señorita? —preguntó Waldo —. ¿Por dónde piensa llevarnos?

—Un momento. Ah…, sí.

—¿«Ah, sí», qué? —refunfuñó Waldo.

—Si seguimos un poco más hacia el norte, hay una carretera comarcal que entra en España y llega hasta Valverde de Calazor.

—¿Es allí dónde…? —preguntó Ana.

—Bastante cerca —dijo Silvia.

—Coge el mapa, Anita. —Ana obedeció—. Déjame ver…

Valverde de Calazor. ¿Por qué Valverde de Calazor? ¿Qué se le perdió a su padre en ese pedregal, señorita?

—¿Qué te pasa, santito? —se inquietó Ana. Waldo aceleró un poco más de la cuenta en una curva—. ¡Waldo!

—No me huele bien, Ana. No me huele nada bien… Estoy cansado. Déjame que acabe ya con esto.

Silvia se aproximó más a Yeimer. Ana seguía vigilándola a través del espejo.

—Todavía no —susurró. Le guiñó un ojo sin que Waldo se diera cuenta. Ni lo uno ni lo otro resultaba muy tranquilizador.

—Nos lleva a una trampa, Anita. No creo que sepa nada del dinero. No creo que haya nada en ese lugar para nosotros, nada que no sea muerte…

—¡Chssss! —Ana se aferró al brazo de Waldo—. No la mentes, santito. No la-men-tes.

—¿Que no lamente el qué?

—Que no digas más esa palabra…

—¡Suéltame el brazo, coño!

Ana lo soltó, brusca. Se volvió hacia el asiento trasero. Alargó la mano y acarició a Yeimer.

—Duerme como un bendito —musitó—. Da tanta paz verle así, ¿verdad, niña?

Silvia asintió. Ana estaba muy extraña desde que Waldo había vuelto, y no sabía a qué atribuirlo. La mirada extraviada que tenía a veces, algún que otro gesto incongruente. En ocasiones, incluso su manera de hablar… Parecían síntomas de alguna perturbación que se manifestaba a intervalos. ¿O tal vez fingía? ¿Y si estaba tramando algo por su cuenta? De ser así, ¿hasta dónde entraba ella en sus planes? Silvia se arrebujó un poco más junto al cuerpo tibio del pequeño. Debía actuar a la primera oportunidad que se le presentara. El tiempo había empezado a correr de nuevo. En su contra.

Amanecía. El paisaje se había transformado. Ya no había pinos, solo una llanura de roca blanca y matorrales. De tarde en tarde, dejaban atrás algún pueblucho de apariencia cada vez más familiar. Se aproximaban a la frontera. Silvia calculó que llevaban algo más de cuatro horas circulando por vías secundarias. No hacía tanto que habían comido en un área de servicio. No le permitieron bajarse del coche, y ahora sentía unas ganas tremendas de ir al baño. Los nervios la mortificaban cada vez que pensaba en escapar, en dar con el lugar y el momento idóneos. Valverde de Calazor era una

posibilidad. Habría gente. La otra posibilidad era la villa… Si es que seguía en pie. El recuerdo le dio escalofríos. Silvia sacudió la cabeza. Tanto tiempo intentando olvidar y ahora… volvía, en busca de un tesoro imaginario, como cuando era pequeña. Sin embargo, empezaba a tener serias dudas sobre las posibilidades de éxito de su plan. Demasiado fantástico y endeble. Una vez analizado con frialdad, le parecía casi un suicidio haber escogido aquel paraje. Si todo seguía igual, no encontraría a nadie que la ayudase en muchos kilómetros a la redonda. Silvia se llevó una mano al estómago.

—Voy a vomitar…

—¿Qué? —dijo Waldo.

—Creo que voy a vomitar —repitió ella—. Para, por favor…

—Ana… ¡Ana, despierta! —exclamó Waldo. Yeimer se revolvió en el asiento, pero siguió durmiendo.

—¿Qué pasa, santito?

—Mira a ver qué hacemos con esa.

—¿Qué ocurre, niña?

—O me dejáis salir o vomito aquí. En serio, no puedo más…

Waldo se detuvo en el arcén. Ana salió del coche, le abrió la puerta y la ayudó a bajarse. Justo a tiempo. Después, se derrumbó en el asiento de nuevo, respirando pesadamente. Temblaba.

—Estás pálida, niña. Waldo, alcánzame esa botella. —Waldo le tendió un botellín de agua—. Toma, bebe un buchito. Un poquito solo… Arranca, santito. Yo me quedó aquí.

—Tanto mejor. —Waldo puso el motor en marcha. Ana le pasó a Silvia un brazo por los hombros y la obligó a recostar la cabeza sobre su pecho.

—Estás helada… ¿Por qué no te cubres con el abrigo? —dijo. Silvia se inquietó. Temía que Ana pudiera descubrir la botella de colutorio en el bolsillo.

—No, no. Tengo calor.

Ana le acarició el pelo. Silvia aspiró el perfume de jazmín de su ropa. La luz del día era cada vez más intensa. Yeimer, acorralado ahora contra la otra puerta, rezongó en sueños. Cambió de postura y estiró un brazo. Silvia notó que los dedos del niño se enredaban en su pelo.

—Eso le tranquiliza —dijo Ana.

—Estamos a veinte kilómetros de Graça —anunció Waldo—. Hay que repostar antes de pasar la frontera…

—Yo también necesito repostar, mi santo.

—Y yo, Anita. Como no me tome un café pronto…

—Podría conducir yo —propuso Ana—. Así te echas un

sueñecito.

—Olvídalo. Mejor encárgate de ella. ¿Está mejor, señorita? —dijo luego, en tono jocoso.

—Si pudiera tomar una infusión…

—Sí, señorita. En la gasolinera le servirán un té con pastas no más lleguemos. Estese tranquila y no me vomite el coche, ¿oyó?

—Ay, mi santito. A veces me pregunto qué vi en ti. No le hagas caso, Silvia. Waldo te traerá un tecito. ¿Seguro que no quieres abrigarte?

—No. Solo estoy… mareada.

—Es normal, niña. Es normal. Ya pronto se acabará todo, verás —dijo, presionando su brazo. Silvia sintió que desfallecía, que la cabeza se le llenaba de oscuridad. Cerró los ojos.

XLIV

Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con avidez. Definitivamente, Santa Marina no le sentaba bien. Eso sí: tampoco dejaba de sorprenderle. Con paso zambo cruzó la calle, alerta a cualquier chirrido de neumáticos, y se encaminó al restaurante. Recordó entonces que había tenido que silenciar el móvil en la hemeroteca. Le echó un vistazo. Tenía cinco llamadas perdidas, todas de Aldo. Julio vaciló. El capitán estaría maldiciendo su impuntualidad. Decidió que no podía retrasarse más y apagó el móvil, no sin cierto sentimiento de culpa. Ni que le estuviera siendo infiel, se dijo, medio avergonzado, y apresuró el paso.

El Auberge des Francs tenía un nombre elegante y una bonita fachada, como todos los edificios del casco antiguo. Pero no dejaba de ser un simple mesón de pueblo, decorado con fotos de peñas de fútbol en las paredes y claveles de plástico en jarroncitos pringosos sobre las mesas. Al entrar, olía a panceta frita. El capitán le esperaba ya, tomándose un aperitivo en la barra. Le saludó con la mano.

—¿Qué le pasa en la pierna? —le preguntó.

—¿Podríamos sentarnos en una mesa? —contestó Julio. Los cuatro parroquianos que bebían en la barra no le quitaban ojo de encima.

—¿Le parece bien allí? —Herranz le señaló una mesa bastante aislada del resto. Julio asintió—. ¡Andrés, tráenos la carta! —gritó a un camarero imberbe que salía en ese momento de la cocina.

La mesa era grande. En lugar de sillas había bancos de madera. Julio hizo una mueca de dolor al sentarse. Se arrimó a la pared. La mirada reprobatoria de Herranz le ponía nervioso.

—¿Puede decirme qué le ocurre, teniente? —insistió.

—Bueno… Ha sido una jornada muy intensa. Estuve en el registro, como me indicó. Traigo esto. —Julio dejó la carpeta sobre la mesa, con la huella del neumático a la vista.

—¿Le pasó un coche por encima?

—Pues sí, mi capitán. Un…

Julio se interrumpió al ver llegar al camarero. El muchacho les dejó un par de hojas sueltas con el menú escrito a mano.

—La casa recomienda hoy el revuelto de setas con ajetes tiernos y el solomillo a la pimienta —recitó.

—¿Le gustan las setas, teniente?

—Bueno… —dijo Julio, sin mucha convicción.

—Pues eso mismo, Andrés. El solomillo que esté jugoso, ¿me oyes?

—El mío muy hecho, por favor —logró articular Julio antes de que el chico regresara a la cocina, raudo y diligente como un cordero amaestrado. En cuanto se alejó, el capitán volvió la vista a la carpeta.

—Explíqueme lo del coche.

—Después de visitar el registro, me acerqué a la hemeroteca y, al ir a cruzar, un Audi se me echó encima a toda velocidad. No me atropelló de milagro.

—¿Vio la matrícula?

—No, yo…

—¿El modelo?

—No estoy seguro. Un A100, tal vez.

—¿Algún testigo?

—Sí. Una monja. Pero se negó en redondo a ayudarme. Dijo que ella no había…

—Visto nada. ¿Sabe aquello de que en el país de los ciegos el tuerto es el rey?

—Sí.

—Pues ningún tuerto quiere reinar en Santa Marina —sentenció Herranz—. Por eso no vio nada. De todos modos, no creo que fuera intencionado, teniente. Sería algún niño de papá con un colocón de speed.

—Pues no sé qué decirle. El coche salió de la nada y tuve la impresión de que iba a por mí.

—Bien, tal vez me equivoque. La cuestión es: ¿quién querría matarle, según usted?

—¿Alguien a quien no le ha gustado que fisgue en el pasado de Flores? O alguien relacionado con Manzanares. O ambas cosas.

—La primera posibilidad me apunta a mí, teniente.

—No se ofenda, señor, pero parece que hay cierto empeño en esa comandancia por…

—¿Encubrir el asesinato de Flores? —Herranz carraspeó.

—¿Usted también lo…?

—No. Solo sigo el hilo de sus especulaciones, teniente. Además, ese rumor no me coge de nuevas. El actual encargado del cementerio lleva años divulgándolo. Le encanta echarnos mierda, qué le vamos a hacer.

—Reconozca al menos que, si ahora quisiéramos reabrir el caso, no tendríamos forma de llegar a una conclusión —contraatacó Julio—: no hay evidencias, no hay testigos, no hay autopsia y ni siquiera tenemos un cadáver que exhumar. Solo nos queda un atestado contradictorio junto con alguna nota de prensa.

—La mayor parte de los atestados incurre en contradicciones, teniente. Los hacen personas, no máquinas. En cuanto a la autopsia, que no esté aquí no quiere decir que no exista una copia en alguna parte. Búsquela. Encuentre al doctor Nájera e interróguelo.

—Perdone que se lo diga, pero no entiendo muy bien su postura.

—¿Qué postura?

—No estoy muy seguro de si me da la razón, si me la quita… o ambas cosas a la vez. ¿Está haciendo de abogado del diablo conmigo?

—Veo cosas y también dudo, teniente. Por otra parte, yo estoy dentro. Debo ser cauto. Y ecuánime. Hacer de abogado del diablo no es mal ejercicio, en cualquier caso.

—Pues yo le agradecería que me ayudase, capitán. Sin andarse por las ramas, sin…

—Aquí llega el primero. —Herranz levantó la mano para ordenarle que se callara. Julio se lo imaginó vestido de árbitro, haciendo sonar el silbato y mostrándole una tarjeta roja. El camarero se acercó. Dejó los platos en la mesa sin demasiado protocolo—. ¿Quiere algo de beber, teniente?

—Agua, gracias.

—A mí ponme un tinto —pidió el capitán—. ¡Que no esté agrio, Andrés! —le gritó cuando se alejaba.

Herranz se quedó mirando al camarero con los ojos entornados hasta que lo vio desaparecer tras la puerta de la cocina.

—Teniente —dijo entonces—, tiene usted un problema, ¿sabe?

—¿Un problema?

—Un problema de indisciplina. Tal vez piense que por estar sentado conmigo en esta taberna de mala muerte no me debe ningún respeto. Le recuerdo por última vez que se equivoca. De

manera que elija mejor su lenguaje cuando quiera pedirme algo. Yo no me ando por las ramas. No soy ningún mono, ¿entiende?

—Sí, señor. Discúlpeme —se excusó Julio, azorado. Empezaba a echar mucho de menos la compañía de Aldo.

—¿Qué tipo de ayuda me iba a pedir?

—Necesito averiguar si se ha cometido alguna irregularidad que pueda considerarse materia delictiva en esta comandancia, capitán. Esperaba que usted…

—Si se refiere a un complot para asesinarle, no estoy al tanto, no. —Herranz sonrió. El gesto no encajaba en sus facciones. En lugar de simpatía despertaba una sensación de disgusto. Nació con cara de almirante, pensó Julio—. Si se refiere a Flores, lo único que he encontrado es que no hay nada. Si eso le sirve de algo…

—Pero usted me envió al registro para que encontrase esto. —Julio apartó su plato, sacó de la carpeta las fotocopias y las depositó frente al capitán—. ¿Puede explicármelo?

—Creo que está claro. El señor Flores escrituró una propiedad días antes de su accidente.

—Una vivienda de mil cuatrocientos metros cuadrados útiles, tres mil metros de parcela ajardinada, piscina, bodega y dos garajes, junto al campo de golf —enumeró Julio—, donada en vida por doña Águeda Pardo de Ginés. Una chabola de ocho millones de euros, nada menos.

—A caballo regalado… —masculló el capitán, con la boca llena.

—Este caballo era muy caro. Solo de transmisiones patrimoniales Flores tenía que pagar 560.000 euros, el siete por ciento del valor total. ¿Da para tanto ser encargado de cementerio?

—Bueno, si eres encargado de un cementerio gestionado por una subcontrata propiedad de un empresario llamado Rubén Manzanares…

Julio se disponía a probar las setas. Al oír al capitán, dejó caer el tenedor dentro del plato.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Cualquiera en este pueblo sabe que el cementerio lo explota una de las empresas de Manzanares. Tampoco es un secreto que el notario que firmó las escrituras del chalet y el señor Manzanares eran uña y carne.

—Tendré que hablar con él.

—Pues tendrá que contratar a un médium. Murió el verano pasado.

—No me lo diga, ¿un accidente de coche?

—No. Un vulgar infarto de miocardio.

—Mierda…

—Sí —convino Herranz—. Lo raro es que no se hayan actualizado los datos del registro. Flores no tenía cónyuge ni hijos. Que yo sepa, nadie reclamó la herencia, ni siquiera ese primo suyo tan charlatán, así que la propiedad pasó al Estado. Hace unos meses el Ayuntamiento intentó comprarla, pero no hubo acuerdo sobre el precio.

—Qué embrollo…

—La cuestión es, ¿tiene alguna importancia práctica para su investigación?

—Creo que sí. A Manzanares lo estaban investigando en aquel momento. Transacciones, ventas, movimientos bancarios… Sin embargo, la policía no estaba tan pendiente de Águeda, y la donación pasó desapercibida. Flores tuvo que jugar algún papel en la desaparición del chico. Y, por algún motivo, lo acabó…

El camarero de mirada bovina se acercó con la segunda comanda. Sin preguntar, retiró el plato vacío del capitán y el de Julio, prácticamente intacto.

—Un solomillo jugoso por aquí… y otro muy hecho —dijo, al tiempo que les ponía los platos ante las narices. Julio lo miró con impaciencia.

—… Lo acabó pagando muy caro —concluyó cuando el muchacho ya no podía oírle.

—O puede que Flores no tenga nada que ver con la desaparición del hijo de Manzanares. Imagine que simplemente tuviera un lío con la señora. Ella se cansa, quiere dejarlo. Pero él la amenaza con irse de la lengua. Ella no puede permitirse un escándalo. De manera que compra su silencio. No con dinero, que lo controla el marido, sino con una de sus propiedades. O puede que Manzanares estuviera al tanto del lío. Que Flores los chantajease a los dos. Pero tiene un accidente y fin del cuento.

—¿Eso cree? —Julio intentaba hundir el cuchillo en la carne chamuscada, sin resultado. Tenía un hambre atroz.

—Todo es posible —contestó el capitán—. A veces, la verdad se esconde tras la explicación más simple, más inocua.

—Solo que nada resulta ni simple ni inocuo en este caso. Hay… —Julio logró desgarrar la carne—. Hay demasiados muertos. Oh, vaya…

—¿Qué ocurre?

—Está crudo por dentro —se lamentó, mirando con desolación el reguero de sangre que se esparcía por el plato.

XLV

Aldo se despidió de Anselmo y cerró la puerta del despacho. Volvió sobre sus pasos, casi de puntillas. Estaban solos: los estudiantes ya habían salido. Sin embargo, aún podía percibir una vibración suspendida en el aire, una presencia al acecho. Aldo apartó la silla del director con extremo cuidado y ocupó su lugar. Pedro lo observaba, expectante, balanceándose en la otra silla.

—Señor Delgado —comenzó—, quiero que entienda que, aunque esta conversación sea informal, le agradecería que lo que hablemos no salga de aquí.

—Entonces ha desaparecido, ¿es eso? —contestó Pedro, con cierta acritud. El inspector no parecía despertar en él demasiada simpatía.

—De momento no sabemos qué ha ocurrido. ¿Conoce bien a Silvia? ¿Mantienen buenas relaciones?

—Tenemos una buena relación de trabajo, sí.

—Quiere decir que no son amigos —insistió Aldo.

—Nos llevamos bien aquí dentro, pero nunca hemos salido de copas. Es buena compañera. Me cae bien. Espero que no le haya pasado nada…

—Eso intentamos averiguar —murmuró Aldo—. Supongo entonces que la última vez que la vio fue en el colegio…

—Sí. El viernes pasado. Coincidí con ella en la sala de profesores. Parecía muy cansada.

—¿De qué hablaron?

—En realidad, hablé yo. Le comenté un proyecto que llevo en el taller de ciencias. Soy un poco aberrante explicando mis proyectos…

—¿Ha notado algún cambio en Silvia en los últimos meses?

—Le digo que nuestra relación es estrictamente laboral, señor… ¿Montero?

—Monteiro. Disculpe, pero le noto a la defensiva. Entiendo que esta situación no le resulte demasiado cómoda. Solo intento hacer mi trabajo, no pretendo fastidiarle el día, créame. Yo también quiero irme a casa. Tengo fobia a los colegios vacíos.

—Pues tendría que verlo lleno… Está bien. Sí, un poco rara sí que la he notado.

—¿En qué sentido «rara»? —Aldo suspiró, aliviado. Pedro había dejado de balancearse en la silla.

—Pues… Silvia es una persona bastante introvertida, pero últimamente estaba más retraída de lo habitual. Desmotivada, yo creo. O deprimida. La enseñanza desgasta mucho, de todos modos. En un centro educativo, el que más y el que menos tiene

temporadas así.

—Le creo —convino Aldo—. Aparte del estrés propio del trabajo, ¿es posible que tuviera alguna otra preocupación, algún problema fuera del entorno laboral? Piénselo bien.

—Ya le digo que es muy reservada. No le gusta hablar de sus cosas.

—¿No mencionó ningún… contratiempo? ¿Alguna mala experiencia reciente?

—¿Como qué?

—Quizás sentirse acosada, perseguida…

—No. A mí nunca me dijo algo así, al menos. ¿Por qué? ¿La acosaba alguien? —dijo, alarmado.

—Era una pregunta de rutina. Tengo entendido que en noviembre estuvieron en el Jardín Botánico con el colegio. Usted y Silvia eran los encargados del grupo, ¿no es así?

—Bueno, en realidad le tocaba a otra profesora, pero pasó algo y Silvia la sustituyó.

—Estoy al tanto, sí. ¿Recuerda si ocurrió algo ese día, algo extraño o que le llamara a usted la atención?

—No… Pero ¿qué tiene que ver eso con…?

—Verá, es muy importante para mí conocer al detalle cómo transcurrió aquella visita. Ese día se produjo un incidente en el Botánico que tal vez esté relacionado con la desaparición de Silvia —dijo Aldo—. Tratamos de esclarecerlo.

—¿Qué incidente? —Pedro, pálido, comenzó a balancearse de nuevo en la silla.

—No puedo decirle más. Créame que me gustaría, pero de momento es información reservada. Tenga cuidado, puede caerse —le advirtió.

—No sospecharán que yo tengo algo que ver con la desaparición de Silvia…

—En absoluto. —Aldo sonrió.

—Y no necesito un abogado ni me tiene que leer mis derechos ni nada por el estilo.

—No necesita ningún abogado ni que le lea sus derechos —dijo Aldo—, pero seré honesto con usted: tal vez Silvia se haya cansado del colegio y de esta ciudad y haya decidido desaparecer por voluntad propia. Pero puede que su seguridad esté seriamente comprometida en estos momentos. Si es así, no puedo perder el tiempo tratando de convencerle para que me ayude. Tendré que pedirle que me acompañe para tomarle declaración en comisaría.

—Todo esto es muy raro, inspector. El día de la visita no ocurrió

nada. Si me explicara a qué incidente se refiere…

—No insista. Es parte de una investigación en curso. —Aldo se puso en pie—. Lo siento, pero esto no nos lleva a ninguna parte. Tendrá que…

—Está bien, pregunte.

—¿A qué hora llegaron al Botánico?

—Sobre las doce…

—¿Estuvo con Silvia en todo momento durante la excursión?

—Sí. Excepto en el invernadero. Silvia se mareó al entrar. Creo que tuvo una bajada de tensión. Le dije que saliera y se tomara un café.

—¿Ocurrió algo antes de entrar en el invernadero que pudiera indisponerla?

—No. A no ser que le sentara mal el bocadillo… Hasta ese momento, estuvo muy bien. Y no ocurrió nada, se lo aseguro. Los niños no dieron demasiada guerra ese día.

—¿Había mucha gente a esa hora?

—No. Puede que nos tropezáramos con cuatro o cinco personas en toda la visita. Hacía bastante frío, el jardín no estaba en su mejor momento.

—¿Podría describir a alguna de esas personas?

—Eh… No, no lo creo.

—¿Hombres, mujeres? ¿Jóvenes, mayores?

—No lo recuerdo, en serio…

—¿Si le enseñase alguna foto?

—Soy muy mal fisonomista.

—¿Y Silvia? ¿Se fijó ella en alguien, algún conocido, tal vez? ¿O viceversa?

—No. No habló con nadie, al menos en el tiempo que estuvimos juntos.

—¿A qué hora entraron en el invernadero y cuánto tiempo estuvo Silvia fuera de su vista?

—Sobre la una y cuarto, creo. Y estuvimos allí unos cuarenta y cinco minutos…

—Cuando salieron, ¿Silvia les estaba esperando fuera del invernadero?

—No, no exactamente. En realidad tuvimos que esperarla nosotros.

—¿Y eso?

—Pues… Porque no había cafetería en el Botánico. Yo pensé que sí, pero resultó que no. De manera que tuvo que salir.

—¿Sabe dónde estuvo?

—Ni siquiera se me ocurrió preguntárselo.

—Cuando regresó, ¿cómo la notó? ¿Se le había pasado el mareo?

—Más o menos. Seguía bastante pálida. Me comentó que había vomitado.

—¿Cuánto tiempo más duró la visita?

—Nada, otros quince o veinte minutos.

—Y en ese tiempo no ocurrió nada de particular ni ella dio muestras de nerviosismo…

—No, no vimos a nadie… Excepto a un jardinero, me parece, que llevaba herramientas a algún lado. Es todo lo que recuerdo. Silvia no se encontraba bien, pero no parecía nerviosa.

—¿Preocupada?

—Tampoco. Cansada, tal vez.

—En la visita, ¿llevaban algún tipo de material con ustedes?

—Sí, claro. Unos cuadernillos y planos del Botánico…

—¿Nada más?

—No sé, lo que llevaran los chicos en las mochilas. Cuadernos, libros, bolis, lápices… Qué se yo.

—¿Y usted y Silvia?

—Pues… yo tenía mis apuntes, un cuadernillo, un par de libros de botánica, claro. No recuerdo qué más…

—¿Alguna herramienta, tal vez?

—Una navaja, pero no la saqué en ningún momento.

—¿Y Silvia?

—No sé lo que llevaría ella en el bolso. Yo solo la vi con un cuadernillo en la mano.

—¿Algún instrumento para… remover la tierra, quizás? ¿Para coger bichos?

—¿Bichos?

—No sé… ¿Tal vez algo parecido a los alfileres que se usan en las colecciones de insectos?

—No, no íbamos a cazar insectos ni creo que nos hubieran dejado hacerlo, la verdad.

—Entonces ni ustedes ni los niños portaban instrumentos afilados…

—De haber venido Aurora, le diría que la lengua —se rio Pedro, nervioso—. Perdón.

—¿Está seguro? —Aldo intentó intimidarle con la mirada.

—Seguro. Creo… Yo no recuerdo ningún instrumento afilado. Aparte de mi navaja, claro. Pero le aseguro que no la saqué de la mochila.

—¿La tiene con usted? ¿Podría verla?

—Sí. —Pedro alcanzó una mochila negra que había a sus pies y empezó a abrir bolsillos—. Aquí está —dijo. Las manos le seguían temblando.

—Hum… —La navaja era un viejo cortaplumas de hoja corta y roma, un poco oxidada. Imposible matar a nadie con esto, a no ser por contagio de tétanos, pensó. Aldo la cerró y se la devolvió—. ¿Le dejan venir armado a clase?

—Bueno, yo… —balbuceó.

—Es broma. En fin. —Aldo se puso en pie. Pedro lo imitó—. No puedo obligarle, pero sería de gran ayuda que no mencionase el contenido de esta conversación. Especialmente a nadie que tenga la lengua afilada.

—Sí. Lo he entendido —dijo Pedro—. ¿Qué pasa con Silvia?

—En cuanto sepamos algo, me pondré en contacto con el colegio, no se preocupe. Tal vez necesite hablar de nuevo con usted. Espero que lo entienda. Y espero que no me haya ocultado nada.

—No oculto nada. Si lo dice porque estoy temblando, son nervios.

—Me hago cargo. —Aldo sonrió y le tendió una mano—. Ha sido un placer hablar con usted.

—¿Puedo irme? —preguntó el maestro.

—Sí… Estaremos en contacto. Es posible que necesitemos tomarle declaración.

—Si no queda más remedio… —Pedro lo miró con expresión triste y meneó la cabeza, antes de alejarse por el pasillo.

Aldo echó un último vistazo al despacho, apagó la luz y cerró la puerta. Todo parecía en calma. Centró su atención en los sonidos del edificio. El batiente de una ventana mal cerrada en alguna parte del segundo piso. Más allá del despacho, el grifo de un baño que goteaba. Un fluorescente flojo crepitó en lo alto del pasillo al pasar por debajo. Aldo sintió un estremecimiento. Se ciñó el abrigo y se alejó, atento al crujir de las suelas de sus zapatos sobre el piso encerado. El conserje lo esperaba en el vestíbulo. Aldo lo saludó con un gesto y salió. La puerta se cerró detrás de él con un chirrido metálico. Inspiró hondo, contento de estar de nuevo al aire libre, frío y contaminado de la ciudad. Tendré que psicoanalizarme esta fobia, pensó mientras bajaba la pendiente de Válgame Dios de camino al centro.

XLVI

Huían del holocausto. Silvia podía ver desde el promontorio la llanura sembrada de enormes cántaros de barro. El calor que

irradiaban desde el interior les daba un aspecto translúcido, palpitante, de un rojo oscuro. Silvia pensó en el niño. Había que ocultarlo antes de que fuera tarde. Estaban cada vez más cerca, rodeados de soldados. Como reses camino del matadero, nadie se resistía. Los padres lloraban, pedían piedad mientras alzaban en volandas a sus criaturas. Los gritos de los pequeños atravesaban el aire sofocante de la noche. Silvia se tapó los oídos. No podía soportar aquel sonido —el crepitar de sus cuerpos al caer en el aceite hirviendo—. Ana dio un grito. El niño había desaparecido.

Al amanecer vagaron bajo una lluvia de cenizas por un erial. La luz ambarina que desprendían los recipientes se iba apagando. Entonces lo vio.

Con paso vacilante se acercó al cántaro. Cayó de rodillas junto a él. Miró con horror la silueta que flotaba al trasluz, entre burbujas doradas. Abrió la boca para gritar, pero fue incapaz de articular sonido alguno. Se ahogaba. Se ahogaba…

—Silvia, cielo, ¿me oyes? ¡Silvia!

Silvia parpadeó. Sobre ella, la cara borrosa de una mujer gesticulaba de manera incomprensible. Intentó poner orden en su cabeza. Le dolía. Le dolía todo. Los ojos. Sus ojos…

—No veo —susurró—. No veo nada…

—No me asustes, niña. ¿Cómo que no ves? ¿No me ves?

—Mis lentillas. ¿Dónde están? —Silvia intentó incorporarse, presa del pánico. Ana se lo impidió.

—Tranquila. Te dio un desmayo, no te agites así.

—¿Qué hago, arranco? —preguntó Waldo—. Es muy tarde, no conviene que nos vean…

—Tengo hambre, ¿cuándo desayunamos?

—¡¿Será posible?! ¿Te quieres callar de una vez, pelado? ¡Desayunaremos cuando podamos, te dije! —exclamó Waldo.

—Santito, el niño lleva razón. Tenemos que comer todos. Eh, ¿qué haces ahora?

Silvia logró sentarse. La cabeza le daba vueltas. Guiñó los ojos. Comprendió entonces que le faltaba la lentilla del ojo derecho.

—Mierda… —masculló.

—Arranca, Waldo. Busca un área de servicio. ¡Suave, santito! No queremos que se nos desmaye otra vez. ¿Qué tal, niña? —Ana le pasó una mano por la cabeza.

—Bueno. —Silvia cerró el ojo derecho y la miró—. ¿Y mi abrigo?

—Ahí. ¿Tienes frío?

Silvia se volvió. El abrigo estaba hecho un revoltijo junto a la puerta. Palpó el forro. La botella seguía en su sitio.

—No. Estoy bien.

—¿Seguro, reina? Porque me estás mirando con un solo ojo…

—Es que, si abro los dos, no veo. Yo…

—¡De puta madre! —exclamó Waldo—. Se marea, vomita, pierde el conocimiento y ahora tampoco ve. ¿Esta es la que va a sacarnos del apuro, Anita? ¿Tú lo crees? Porque lo que yo creo es…

—No me interesa saberlo, santito. Tú calla y conduce.

—No me hables así delante del niño, Ana…

—¿Cómo es que te hablo, mi amor? —contestó ella, con dulzura.

—¿Dónde estamos? —Silvia miró por la ventana.

—Cerca de Valverde. Hace una hora larga que pasamos la frontera. Menudo susto me diste, niña. Pensé que te habías quedado dormida, pero no reaccionabas. Y luego casi te ahogas…

—Mamá. —Yeimer tiró de su brazo. Se había cambiado de sitio mientras ella estaba inconsciente. Ahora Ana estaba entre los dos—. ¿Puedo pasarme otra vez a tu asiento?…

—No. Ahora no. —Ana lo atrajo hacia ella y lo abrazó. Luego cogió el cinturón de seguridad y trató de atarlo. Yeimer se revolvió.

—Es que me duele el culo —susurró de manera casi inaudible.

—Sí, mi vida. Lo sé. Pero no puedes. Silvia, es mejor que te abroches el cinturón tú también. No queremos que nos pare la policía por una estupidez así, ¿verdad? —Silvia obedeció, torpe. Los asientos del todoterreno eran amplios, pero, aun así, el cuerpo de Ana resultaba demasiado grande. Sintió un pinchazo agudo en la cabeza y se agachó.

—¿Qué ocurre? ¿Te mareas otra vez? Waldo, más despacio…

—Joder. No llegaremos nunca —se quejó él.

—Me duele…

—Cuando paremos te daré una aspirina. Siempre llevo alguna en el bolso —dijo ella.

—Dígame, señorita —intervino Waldo—. Supongo que ese lugar…, ¿qué es? ¿Una gruta de piratas? ¿Una casa?

—Una villa…

—Pues supongo que estará bien defendida, ¿no?

—¿Qué?

—Que su viejo era un zorro. Imagino que no escondería su dinero en una casucha abandonada donde pudiera entrar cualquiera a robar, ¿no?

—No es una casucha abandonada —contestó Silvia. Ahora empezaba la parte complicada de su plan. Ni siquiera podía

asegurar que la villa siguiera en pie… O que no estuviera habitada.

—Bien. Pues dígame: ¿hay alambradas? ¿Sistemas de alarma, perros, blindaje…?

Ana la observaba de reojo sin decir palabra. Silvia no sabía qué responder. Cerró el ojo de nuevo. Miró por la ventanilla. Qué fácil parecía abrir la puerta, dar un salto y huir. Qué fácil y qué inútil. Ana le cogió de la mano y se la apretó.

—Contesta, niña. No le tengas miedo al santito. No va a romper nuestro pacto…

—No puedo. Si os describo el lugar, si os explico cómo burlar los sistemas de seguridad…, ¿cómo sabré que no seguiréis sin mí? —musitó.

—Esta no tiene ni puta idea de adónde nos lleva, Ana —suspiró Waldo—. Ni pu-ta idea…

—Eso no es cierto, ¿verdad que no, niña? Silvia sabe que ahora nos necesita tanto como nosotros a ella.

—¿No me digas? —gruñó Waldo—. ¿Y eso?

—Cosas nuestras —dijo Ana, con una risita.

—Ya veremos en qué acaba esto… Mira, un área de servicio a quinientos metros. Justo a tiempo, ¿no?

—Justo, santito. Justo a tiempo…

XLVII

Julio echó un vistazo dentro de la cajetilla. De los quince cigarrillos que había esa mañana, ya solo quedaban cuatro. Cogió uno y lo encendió. Estuvo tentado de tirar el paquete, pero descartó la idea. Total, por otros tres ya no ganaba nada deshaciéndose de él. Julio suspiró, contrariado, y sacó el móvil del bolsillo. El teléfono de Aldo seguía comunicando. Llevaba así al menos quince minutos. O está muy ocupado o se está tomando la revancha, pensó de camino al cuartel. Notaba un dolor bastante agudo en el muslo. Necesitaba un calmante.

Saludó al guardia de la entrada, atravesó la verja y se dirigió directamente al garaje. No le apetecía ver al capitán de nuevo. Lo único que deseaba era largarse cuanto antes de allí. Solo esperaba poder conducir hasta la ciudad sin incidentes. Bajó las escaleras y abrió la puerta del sótano, bastante mal iluminado. A Julio le costó un poco acostumbrarse a la penumbra. Vio el coche y se dirigió a él, con la llave en la mano. Cuando estaba a punto de introducirla en la cerradura, se detuvo. Retrocedió unos pasos y observó el coche con aprensión. En ese momento, el móvil empezó a vibrar.

—¿Sí?…

—¿Julio? ¿Oiga?

—Diga, Aldo.
—¿Dónde está? ¿Sigue ahí?
—Sí, justo…
—¿Julio? ¿Me oye?
—Le oigo, sí. ¿Aldo? —Julio retrocedió hacia la salida.
—¿Julio?
—¿Me oye ahora? —Julio abrió la puerta y salió del sótano.
—Ahora mejor, sí. ¿Dónde anda metido?
—En un garaje, disculpe…
—Julio, escuche: Silvia se ha esfumado. No estaría de más que viniera…
—¿Cómo que se ha esfumado?
—Es una historia muy larga, ya le contaré. ¿Sigue en Santa Marina?
—Estaba a punto de volver, yo…
—Estupendo. Voy de camino al apartamento de Silvia. Le espero allí.
—Aldo, tengo un problema…
—¿Qué ocurre?
—Me da miedo subirme al coche…
Silencio. Luego, una carcajada. Julio apartó el móvil de su oído.
—Pues no se monte. Empújelo. El camino de vuelta es cuesta abajo, ¿no?
—Aldo, creo que han intentado atropellarme.
—¿Atropellarle? ¿Cómo que atropellarle? ¿Está bien? ¿Necesita ayuda?
—Estoy bien. Más o menos. Pero me da miedo que hayan manipulado mi coche…
—Pida que lo revisen en el cuartel.
—Precisamente, Aldo. Estoy en el cuartel. Yo…
—Entiendo. Coja un taxi y salga de ahí. Olvídese del coche, ¿me oye?
—Sí, sí…, le oigo.
—Le espero en el apartamento de Silvia. No se entretenga, Julio. Salga ya de Santa Marina.
—Hasta ahora. —Julio escuchó un clic seguido de un sonido hueco. Él también colgó. Miró hacia la puerta entornada del garaje. Sintió otro escalofrío. Se giró y, cojeando, salió del cuartel sin tan siquiera dirigir un saludo al guardia de la entrada.

Aldo observaba el desorden reinante con desconcierto. La puerta no había sido forzada. La habían cerrado con llave. Lo que más le

extrañaba era la pulcritud con la que habían dado vuelta a todo, prolijamente, sin excesos ni prisas. El piso era minúsculo, ahora se daba cuenta. El saloncito de tejado inclinado, la cocina —en la que apenas cabía una mesa plegable y los electrodomésticos—, un pasillo estrecho que daba a un dormitorio con el mismo techo inclinado y un baño diminuto. Eso era todo. Y todo había sido concienzudamente destripado. Pero ¿qué buscaban exactamente? ¿Qué había sido de Silvia? ¿La habrían secuestrado? ¿Por qué querrían secuestrarla? Aldo sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

—Analía, soy yo, Monteiro. Escucha: pide una unidad de la Científica. Sí… Al forense no, mujer. Eso es. Avísame con lo que sea. —Aldo colgó. Luego se dirigió a los dos agentes que aguardaban fuera del piso.

—¿Precintamos ya? —preguntó uno de ellos.

Aldo asintió.

—Quiero que vayan casa por casa y que interroguen a los vecinos. Insistan en las últimas setenta y dos horas. Si alguien ha visto entrar o salir del edificio a cualquiera que no conozcan, que lo describan. Y si en la conversación sale a relucir un hombre bajo, moreno, o una mujer llamativa de complexión gruesa, quiero que me avisen de inmediato. Comprueben si alguno tiene antecedentes o alguna cuenta pendiente, aunque sea una multa o el impago de un recibo, me da igual. Quiero un informe completo en las próximas doce horas; si es antes, mejor. Pero nunca más tarde… ¿Alguna pregunta?

Los agentes negaron con la cabeza. Aldo les siguió hasta las escaleras y se asomó al hueco. En el descansillo del piso inferior se habían reunido algunos vecinos.

—Por favor, regresen a sus casas —les dijo—. En unos momentos pasarán estos señores para hacerles algunas preguntas. Les rogamos que colaboren y que no salgan del edificio hasta que…

—¿Ha sido una banda de rumanos? —exclamó alguien.

—¿La han matado? —preguntó otro vecino. Aldo suspiró.

—Están interfiriendo en una investigación policial. Si son tan amables de retirarse a…

—¡Queremos saber qué pasa! —gritó una anciana.

—Pasa que están entorpeciendo nuestro trabajo, señora. —Aldo comenzó a descender las escaleras, desafiante. Los curiosos retrocedieron un poco. Se lo pensó mejor y suavizó el tono—. Les agradezco su comprensión —dijo, con una sonrisa no exenta de cinismo. Sin embargo, pareció surtir efecto.

Aldo se volvió hacia los agentes, dispuestos ya a precintar el acceso al ático.

—Que no suba ningún curioso, ¿de acuerdo? Y precinten el ascensor. La Científica viene hacia aquí.

Aldo entró de nuevo en el piso. Seguía maravillado por la meticulosidad con la que habían actuado. Sin duda, la mejor manera de registrar un espacio tan exiguo era esa: extraer, clasificar y apilar. Tanto el sofá del salón como el colchón de la cama habían sido rasgados, pero de una manera metódica, limpia. El relleno, depositado en montoncitos junto a la pared. Aldo entró en el cuarto de baño. La mayor parte de la ropa había pasado del armario del dormitorio a la bañera. Volvió al salón. Los cajones del aparador estaban volcados en el suelo. Mientras sorteaba un montón de revistas de pedagogía, Aldo reparó en que no había ningún ordenador. ¿Era eso lo que buscaban? Pero, entonces, ¿dónde estaban los cables, la instalación, los accesorios? Ni siquiera había un módem en aquel piso. ¿En qué mundo vivía Silvia?, se preguntó, buscando con la mirada algún rastro de otro detalle que le inquietaba: las fotos. Ni una sola en toda la casa. Aldo escudriñó el suelo. Las paredes estaban limpias. Los estantes, desiertos. Pero era obvio que cada cosa sacada de su sitio permanecía cerca de su posición original. No vio ningún marco vacío ni un solo álbum…

—Dios mío. —Oyó una voz conocida detrás de él—. ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Teniente! Aguarde un segundo. —Aldo retrocedió hacia la puerta con cuidado.

—¿Y Silvia? ¿Han averiguado algo?

—Nada, de momento. Nadie la ha visto en las últimas cuarenta y ocho horas. Esta mañana el director del colegio llamó al 091. Y aquí esta-mos…

—¿Secuestro?

—Sin confirmar. No hay señales de violencia, más bien lo contrario. Parece que se han tomado su tiempo para ponerlo todo patas arriba, y lo han hecho con bastante mimo. Además, la puerta estaba cerrada con llave.

—No pensará que fue ella la que…

—Es pronto para decirlo. Reconozco que fingir su propio secuestro resulta bastante descabellado, pero motivos para intentar desaparecer no le faltan. Perdone, Julio… ¿Cómo está?

—Cansado. Muy, muy cansado. —Julio oteó el salón desde el quicio de la puerta—. ¿Qué más me he perdido, Aldo? ¿Qué motivos iba a tener Silvia para hacer algo así?

—Esta mañana averigüé que estuvo en el Botánico con el colegio. La fecha coincide con la muerte de Manzanares, si los cálculos de Linares son correctos.

—¿En serio? —La mirada de Julio se ensombreció—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Por pura casualidad, esta mañana, en el Botánico. Todo cuadra bastante bien. Estoy deseando interrogar al Chino de nuevo.

—¿Y eso?

—Silvia estuvo en el Botánico el tres de noviembre, y durante unos cuarenta y cinco minutos permaneció fuera de la vista del resto del grupo. Si el Chino declara que vio a Manzanares después de ese día, puede que no tenga nada que ver con este asunto y todo sea una extraña coincidencia. Pero si el Chino confirma que estuvo con Manzanares el tres de noviembre en el Botánico, se acabó la casualidad. A Manzanares lo mataron en torno a esa fecha y parece claro que fue allí donde lo atacaron. En ese caso, creo que deberíamos empezar a buscar pruebas incriminatorias para atraparla, ¿no le parece?

—Me parece que deberíamos priorizar su búsqueda antes de intentar incriminarla en un asesinato. Si la han secuestrado…

—Eso está por demostrar. No me mire así, hombre. Es muy posible que se la hayan llevado, pero ¿por qué? ¿Quién?

—Los tipos que la seguían…

—Nadie los ha visto, salvo Prudencio. Ni siquiera sabemos qué relación pueden tener con ella. Mire, ahora mismo tengo suficientes indicios para considerar a Silvia sospechosa por el homicidio de Manzanares, aunque a usted no le guste; ya me contará algún día el motivo.

—No es que no me guste, Aldo. Pero no me parece justo que la considere sospechosa de un homicidio mientras no aclaremos si ha sido víctima de un secuestro, puede que por una negligencia nuestra, además. Es…, es absurdo.

—Una cosa no quita la otra —dijo Aldo, seco—. Escuche, Julio: no sabemos nada de Silvia. Y la gente que la rodea no parece saber mucho más. Una persona tan reservada, tan solitaria… Oculta algo por fuerza.

—Vaya, Aldo. Creo que todos ocultamos cosas. —Julio pensaba en los titulares que había leído esa mañana en la hemeroteca—. Y por eso no nos convertimos en sospechosos de homicidio.

—O sí.

—La presunción de inocencia…

—Déjese de tonterías, Julio. La presunción de inocencia es una

cosa estupenda y necesaria, no lo pongo en duda. Pero Silvia reúne ya demasiadas papeletas en este crimen para estar implicada, de una manera u otra. Y creo que su desaparición no es ajena a esa circunstancia. Sea como sea, Silvia no ha sido honesta con nosotros.

—¿Por qué lo dice? —repuso Julio—. ¿Porque no nos contó que estuvo en el Botánico? Que yo sepa, tampoco se lo preguntamos. Y se avino a la prueba de paternidad…

—Porque la amenacé, recuérdelo. Colaborar con la prueba era la mejor forma de hacernos creer que no ocultaba nada. Al fin y al cabo, hasta ahora solo hemos podido demostrar el parentesco entre los dos. Debe de ser la única verdad que le hemos extraído…

—Tiene gracia que lo diga usted… —Julio se mordió el labio inferior.

—¿Qué quiere decir? —Aldo arrugó el ceño. Julio sintió que se ruborizaba.

—Nada.

—Se ha puesto rojo, teniente.

—Discúlpeme, no pretendía decir eso.

—Es que aún no sé qué pretendía decir, Julio. En fin. Da igual, no estoy de humor para discusiones tontas. La Científica debe de estar al caer. Tal vez tengamos suerte y puedan identificar alguna huella. Pero, cuénteme, ¿qué ocurrió? ¿Quién intentó atropellarle? ¿Sus compañeros de armas?

—No sé, yo… Venía pensando en el taxi y creo que saqué las cosas de quicio. Ya no estoy muy seguro de lo que le dije.

—No se haga el interesante y deme datos. Yo sacaré las conclusiones. ¿Qué lleva ahí? —Aldo señaló la carpeta que Julio apretaba contra su pecho.

—Una cosa que le va a gustar, creo. ¿Qué tal si…?

Julio se interrumpió al escuchar voces en la escalera. Dos peritos de la Policía Científica subían, acompañados por un funcionario judicial.

—Estupendo —murmuró Aldo—. Ya estamos todos… Préstame, Madre, tus brazos para poder trabajar, que así rendirá el trabajo una y mil veces más —recitó.

—¿Y eso?

—Una plegaria a la Virgen de Guadalupe.

—Amén —dijo Julio.

XLVIII

Silvia había recuperado la sangre fría tras el desayuno. Por desgracia, no era la única. Waldo conducía con determinación, siguiendo las indicaciones que le iba dando. Sin embargo, intuía

que había decidido deshacerse de ella a la primera oportunidad, contara o no con el consentimiento de Ana. Yeimer se había vuelto a dormir, la cabeza apoyada sobre su regazo. Ana canturreaba en voz baja en el otro extremo del asiento trasero. Había discutido con Waldo innumerables veces desde que dejaron el área de servicio. Empezaban a desconfiar el uno del otro, todos de todos. Waldo insistía en huir. Le preocupaba más escapar de aquel inglés que encontrar el dinero. De momento, la codicia de Ana la mantenía a salvo. Silvia contaba con que la defendería, siempre que Waldo no se hiciera con las riendas. Se revolvió en el asiento. Qué dilema, pensó. La búsqueda estaba agotando la paciencia de Waldo. Pero dar con la villa tampoco iba a mejorar la situación. En cuanto descubrieran el engaño, acabarían con ella.

Observó el paisaje con su única lentilla. Se había ido acostumbrando, dentro de lo razonable, a aquella sensación de borrosa realidad. La cosa tiene su gracia, se dijo. O la tendría si fuera un recuerdo en una distancia lejana y segura. Mientras tanto, suponía un factor de estrés añadido. Si Dios la estaba poniendo a prueba, apretaba demasiado.

—Dios aprieta, pero no ahoga —susurró. Ana se volvió hacia ella, con ojos interrogantes.

—¿Qué?

—Nada. Pensaba que es mala suerte lo de mi lentilla. No distingo bien el camino.

—No me jodas —exclamó Waldo—. ¿Nos hemos perdido o qué?

—No, no —se apresuró a decir—. Es solo que… es molesto, nada más.

—Pobre niña —musitó Ana—. Ya queda poco, ¿verdad?

—Sí —asintió ella, volviéndose de nuevo hacia la ventana. La meseta le resultaba familiar. Por ahora, todo parecía en su sitio—. Ya queda muy poco…

Silvia esperaba ver surgir el pantano en el horizonte. La casa —si no había desaparecido— era visible desde la orilla izquierda. Eso lo recordaba perfectamente, como el primer día que la vio. Una casona medio derruida, aislada de todo, sobre una pequeña colina junto a las aguas estancadas de un pantano cuyo nombre desconocía. Habían llegado hasta allí de excursión el invierno que sus padres decidieron pasar las vacaciones en el Balneario de Torres Viejas, junto a Valverde de Calazor, buscando algún alivio a las dolencias crónicas de su madre. Silvia tendría entonces nueve años y apenas guardaba en la memoria alguna imagen de aquellos días de baños termales e infinito aburrimiento. Nunca podría olvidar,

eso sí, la impresión primera que el perfil ennegrecido de la villa había dejado en su ánimo. Una sensación de inquietud profunda, inexplicable, como una premonición. Entonces no podía saber que años más tarde su padre adquiriría aquella casa ni que viviría encerrada en ella durante meses, tal vez los más dramáticos y amargos de toda su existencia. Una parte de ella había muerto entre sus muros. Y, aun así, la casa seguía ejerciendo una atracción difícilmente explicable. Por mucho que hubiera evitado pensar en ella, por más que se hubiera prohibido a sí misma regresar, allí estaba. ¿Por qué? ¿Por qué ese lugar? ¿Por qué pensó siquiera que sería fácil huir de allí, cuando la experiencia le decía lo contrario? ¿Qué esperaba encontrar, en realidad? Silvia intentó poner en orden los recuerdos de aquella época para poder visualizar los paisajes mentalmente. Lo había evitado durante los últimos dieciséis años. Ahora debía enfrentarse de nuevo a toda aquella ponzoña. Necesitaba señales, miguitas de pan que la llevasen hasta la casa. No era fácil. La última vez llegaron casi a hurtadillas, de noche, evitando los lugares habitados desde Valverde hasta la villa. Su madre apenas le había dirigido la palabra. Su padre se había quedado en casa. Conducía un hombre delgado, seco y torvo que trabajaba para ellos. Aquella noche tenía órdenes de llevarlas hasta la villa sin ser vistos. Eso lo recordaba bien, porque su madre no cesó de repetírselo durante todo el trayecto, tanto que casi le hizo perder la paciencia. Pasaron de largo Valverde y tomaron un camino sin asfaltar que llevaba al pantano y que se adentraba luego en una vereda, hacia lo alto de la colina donde se alzaba la casa. Llegaron muy de madrugada. Al bajarse del coche, sintió la misma extraña aprensión de la primera vez. Por fuera tenía un aspecto más cuidado. Dentro aún quedaba trabajo por hacer, la mitad de la segunda planta seguía en obras. La primera, sin embargo, había quedado bastante bien acondicionada. Y luego estaba el sótano…

Silvia suspiró, inquieta. Cerró de nuevo el ojo y prestó atención al paisaje. Algo no iba bien. Hacía tiempo que habían dejado atrás Valverde, y aún no había señales del pantano ni de la pista de tierra. Y no tenía más referencias, a excepción de «la aldea». Un lugar enigmático que nunca había visto, en realidad. Pero que en teoría no debía distar mucho de la villa. Lo sabía porque mientras duró el encierro alguien solía traerles provisiones desde allí cuando se quedaban solas, cosa bastante frecuente. Su padre apenas las visitaba, y aquel hombre tosco, el chófer, iba y venía, pero nunca pasaba más de un par de días con ellas. Su madre encargaba entonces la compra por teléfono. Por algún comentario suyo había

inferido que el recadero, fuera quien fuese —nunca llegó a verlo—, no venía de Valverde, sino de la consabida aldea, y hacía el trayecto en bici, así que no podía quedar a una gran distancia, algo ventajoso para Silvia: un lugar cercano donde pedir ayuda. De manera que sustentaba su última esperanza en un pueblo fantasma del que desconocía la ubicación exacta, del que desconocía incluso el nombre, un lugar que nunca había visto y que, para colmo, podía estar deshabitado. Silvia sacudió la cabeza, tratando de espantar los malos augurios. Cerró los ojos. Tenía que conservar la sangre fría que había creído recuperar unas horas antes. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y la tensó alrededor de la botella, como si de un talismán se tratara. Algo más reconfortada, abrió los ojos… En la distancia, advirtió la reverberación del sol sobre el agua quieta del pantano.

—Ya está —susurró.

—¿Ya está, niña? —exclamó Ana, sin poder disimular la ansiedad—. ¿Ya llegamos?

—Estamos muy cerca.

—¿Por dónde? —preguntó Waldo.

—Hay que llegar allí —le señaló—. Cuando nos aproximemos al pantano, te indico…

—¿Un pantano? —Waldo pareció excitado con la idea.

Silvia se volvió hacia Ana en busca de apoyo. El tono empleado por Waldo le había puesto los pelos de punta. Ana sonrió, sin mucho entusiasmo. Parecía muy cansada. Silvia cogió la mano de Yeimer, dormido aún, con tanta fuerza que el niño rezongó en sueños.

—Espero que cumpláis el trato —dijo, desafiante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ana, con cierto decaimiento.

—Waldo parece alegrarse de que os lleve hasta el pantano.

—Porque es un sitio estupendo para deshacerse de un muerto, ¿verdad, santito? —rio ella por lo bajo.

—Y de un vivo también —dijo Waldo.

—¿Os estáis riendo de mí? —Silvia se acercó un poco más al cuerpo de Yeimer. El pantano se veía ahora con claridad. Parecía mucho más grande de lo que recordaba. De hecho, le rondó la idea de que pudiera no ser el mismo. Entonces reconoció la silueta inconfundible de la villa en la distancia.

—No hay nada malo en reírse un poco, niña. No te lo tomes todo tan a pecho. Nos referíamos a un muerto cualquiera. —Ana le rozó la mano con la suya. Silvia creyó percibir cierta complicidad en aquel gesto.

—O a un vivo cualquiera, Anita —gruñó Waldo—. Un pantano da para mucho…

XLIX

—Me hacéis trabajar mucho últimamente —se quejó la subinspectora Marcos.

—Lo siento, Isobel. Pero prefiero que todo quede en familia —sonrió Aldo.

—¿En serio? Porque cuando me llamaste creí entender que habías encontrado… Espera, ¿cómo era? Ah, sí… El «arma homicida», ¿no era eso? Técnicamente, esto es otro caso, ya tenías un equipo adscrito.

—Y…, bueno, a mí me parece que es el mismo caso. La chica estuvo en el Botánico cuando a Manzanares le ensartaron un imperdible entre pecho y espalda.

—Aún no sabemos si coinciden las fechas —le interrumpió Julio. Aldo le miró de reojo y continuó, como si no hubiera escuchado nada.

—Tarde o temprano habrías tenido que venir a husmear por aquí, de modo que…

Marcos echó un vistazo al informe pericial.

—Así que Silvia es la última superviviente de la estirpe —dijo—. ¿Estaban catalogados en algún sitio como familia en peligro de extinción?

—No, pero espero que aún estemos a tiempo de hacerlo —respondió Aldo, lúgubre—. Dime una cosa, Isobel: ¿crees que Silvia pudo simular…?

—¿Un secuestro? No, no lo creo. Su coche está en el garaje. Veo en el inventario que encontraron las llaves, el cargador del móvil… Y lo más llamativo: dos pares de gafas, un pack completo de lentes de contacto…, por no mencionar unas cremas que valen una fortuna. En mi opinión, si no te llevas tu reafirmante de doscientos euros ni las gafas para ver por dónde coño huyes, es que algo no encaja.

—Pero no hay señales de violencia ni parece que tuvieran prisa en poner la casa patas arriba. Fueron muy meticulosos. Demasiado, tal vez —dijo Aldo.

—Te recuerdo que apuntar a alguien con un arma es una forma muy efectiva de ejercer violencia. Y muy limpia. Normalmente no deja señales… En fin, hasta que no empiece a procesar datos, cualquier conjetura vale, y viceversa. Yo lo veo así: tenemos dos sucesos, puede que relacionados, puede que no. Por un lado, el allanamiento. Por otro, la desaparición…

—Tres —le recordó Aldo—. Recuerda por qué te pedí venir.

—Ya. También tenemos el caso del Botánico. Veré qué descubro, pero son muchos frentes abiertos, Monteiro. Abusas de mí. Echaré un vistazo y me vuelvo al laboratorio. Si descubro algo, te llamo.

—Tienes de plazo hasta mañana por la tarde —dijo Aldo.

—No me agobies, rico. No trabajo bien bajo presión.

—Yo creo que sí —contestó el inspector—. Mañana me cuentas —se despidió. Julio lo siguió hasta las escaleras, cojeando.

—Aldo, hazme un favor —exclamó la subinspectora—: dile a mis chicos que dejen de fumar y que suban a echarme una mano, ¿quie-res?

—¿Y ahora qué? —preguntó el teniente cuando salieron del edificio.

—Primero, encontrar una cafetería y sentarnos a charlar un rato. Veo que le cuesta caminar.

—No es nada. Empiezo a acostumbrarme. Pero me vendría bien un algo caliente y un ibuprofeno. ¿Le importa que busquemos primero una farmacia?

—¿Un algo caliente? —se mofó Aldo.

—Cualquier cosa. Tengo frío en el estómago.

—Qué poético. Tenga, a lo mejor le sirve esto. —Aldo extrajo del bolsillo de su abrigo un blíster—. Póngase una debajo de la lengua.

—¿Y eso? —Julio aceptó las pastillas—. ¿Le duele algo?

—No. Las llevo encima por si me resbalo en un cementerio o me atropella un coche…

—No tiene gracia.

—Me las dio el dentista, pero no las usé. Se ve que olvidé sacarlas del bolsillo. Tiene un roto y se me cuelan cosas en el forro.

—¿No estarán caducadas? —masculló Julio, alarmado. Ya se había metido una pastilla en la boca.

—No lo creo. Hará un mes de eso… ¿Qué tal aquella? —Señaló una cafetería en la acera opuesta. Julio se encogió de hombros y lo siguió. Estaba bastante concurrida, pero Aldo vio que una pareja dejaba una mesa libre y se adelantó a un par de chicos.

—Si no les importa… A mi compañero acaban de atropellarlo y no puede sostenerse en pie.

Los chicos lo miraron con mala cara, se dieron media vuelta y se alejaron. El uniforme de Julio resultaba de lo más persuasivo. Aldo le ofreció una silla a Julio, sonriente.

—Supongo que debo darle las gracias. —El teniente se derrumbó

sobre la silla, aliviado.

—Claro que sí, aunque solo sea por variar. ¡Camarero! —Un joven que pasaba junto a su mesa con una bandeja llena de tazas sucias y cara de «no existo, pídaselo a otro» se detuvo con desgana —. ¿Ya sabe qué va a tomar, teniente?

—Un chocolate… Y tarta. De chocolate.

—¿Selva negra o moka, señor?

—Selva negra.

—Yo tomaré lo mismo. Gracias —dijo Aldo. El camarero asintió y siguió su camino.

—¿Qué me estaba diciendo? —preguntó Aldo.

—Nada… No parece muy preocupado por Silvia.

—¿De qué serviría, Julio? Esto apesta a mafia. Mañana podremos interrogar al Chino. Creo que él puede darnos alguna clave. Y mientras no procesen las huellas, no tenemos ninguna pista, así que… Podemos hacer un alto en el camino para tomarnos el pastel con tranquilidad y que me cuente sus desventuras en Santa Marina antes de ponernos histéricos, ¿no le parece?

—Odio ese lugar. Hay algo en la atmósfera que… No sé cómo definirlo. Es como si…

—Como si un meteorito fuera a caerle encima de un momento a otro y supiera que nadie movería un dedo por sacarlo de debajo si eso ocurriera.

—Ahora es usted el poeta. Sí, supongo que algo así. Estuve en la comandancia, tratando de averiguar quién era Flores en realidad y cómo murió. Me entrevisté con el superior al mando. Parecía tener miedo. Y no me extraña. Yo mismo me asusté sin motivo. A ver qué hago con el coche…

—¿Sin motivo, teniente? ¿Y el intento de atropello?

—Creo que exageré, ya se lo dije. Fue accidental. No tengo ninguna evidencia de lo contrario.

—No pensaba así cuando me llamó.

—En aquel momento, no. Todo fue muy rápido. Puse el pie en el arcén y en ese momento salió un coche a toda velocidad de una bocacalle y estuvo a punto de llevarme por delante. Nada más.

—¿Dónde?

—Frente a la hemeroteca, en el casco viejo…

—¿La hemeroteca?

—Sí. El capitán Herranz me dijo que buscase allí información sobre el accidente de Flores.

—¿En una hemeroteca?

—En la comandancia no había nada. El expediente se había

traspapelado. O eso me dijo el capitán. Solo quedaba el atestado, pero era muy vago. El informe pericial estaba incompleto, no había resultados de la autopsia…

—Qué casualidad. Y ese… capitán, le manda a la hemeroteca…

—Sí. También me invitó a comer.

—¿Antes o después del incidente?

—Antes. Pero comimos después de… ¿Qué pasa? ¿Qué está pensando?

—¿Dónde?

—¿Dónde qué? ¿Dónde comimos?

—Sí.

—En una taberna bastante asquerosa, aunque el nombre prometía. El Auberge des Francs.

—La conozco. Está en la judería.

—En la plaza de los Mártires Hebreos, muy cerca de la hemeroteca —asintió Julio.

—¿Y dice que el coronel parecía asustado?

—El capitán. Sí, pero…

—¿Le dijo que un coche había intentado atropellarle? —le interrumpió Aldo.

—Sí, claro, pero…

—Pero no le pareció que fuera intencionado. Un loco al volante, todo lo más. Algún niño de papá quemando llantas.

—Sí, exacto. Y creo que tenía razón —contestó Julio, un poco mareado. Las tripas le hacían ruido y la tarta no aparecía.

—Ya. Oiga, Julio, sé que tiene usted muy buena fe. Pero me da mala espina todo lo que me cuenta. El coronel…

—Capitán.

—Bueno, lo que sea. El tal… ¿Sáenz?

—Herranz.

—Herranz le dice que no tienen nada sobre Flores. Le envía a la hemeroteca y allí intentan atropellarle. Pongamos que fuera intencionado. ¿Quién sabía, además de él, adónde se dirigía?

—Nadie. Pero cualquiera pudo seguirme.

—No en el casco viejo, al menos en coche. Las callejuelas son demasiado estrechas, se hubiera percatado enseguida. Le estaban esperando, Julio. Siento decírselo. ¡Eh! —Aldo levantó la mano. Julio se sobresaltó. Al mirar atrás, vio como el camarero tomaba nota a otra mesa—. ¡¿Qué pasa con lo nuestro?!

El muchacho se dio la vuelta y se alejó hacia la barra sin hacerle el más mínimo caso.

—Maldito cretino —mascullló Aldo—. ¿A que era amigo de los

otros dos?

—¿Qué dos? —preguntó Julio, desorientado.

—Los dos que tuve que echar de esta mesa para que usted pudiera asentar su dolorido trasero.

—¿Pero qué mosca le ha picado ahora?

—¿Pudo ver la matrícula?

—No, no pude ver nada. La carpeta salió volando y creo que me preocupé más por recuperarla que por la matrícula.

—Pues ya me dirá que hay dentro que sea tan valioso como para olvidarse de ese detalle.

—Esto. —Julio extrajo las fotocopias del Registro de la Propiedad—. Justamente, lo que me dice que Herranz no tiene nada que ver con el incidente del coche, porque fue gracias a él que lo conseguí. —Aldo miró las fotocopias con una mal disimulada falta de atención.

—Ya. ¿Y dice que fue el coron…?

—¡No, el coronel no, el capitán! —exclamó Julio—. ¡Por Dios, Aldo, ponga un poco más de interés! Sí, él me sugirió que indagase en las propiedades de Flores —murmuró, algo avergonzado de su salida de tono—. Disculpe…

—No importa. —Aldo ya no se preocupaba por disimular nada. Ahora parecía totalmente abstraído en los documentos.

—También dijo que Flores trabajaba para Manzanares, de manera…, digamos que indirecta.

—¿Ajá?

—Por lo visto era dueño de una pequeña empresa que gestiona, o gestionaba, no tuve tiempo de averiguarlo, el cementerio municipal de Santa Marina. Flores estaba empleado en esa subcontrata: Nubia SL.

—Ya… —musitó Aldo con aire ausente.

—¿Lo sabía?

—Sabía que Manzanares había invertido dinero en esa empresa y que esa empresa presta algunos servicios administrativos al Ayuntamiento. No recordaba que también gestionara el cementerio. Pero Manzanares no era el dueño, solo un accionista minoritario. Lo de Flores me coge totalmente por sorpresa.

—Esa casa… parece el pago por un servicio muy gordo —apuntó Julio.

—Demasiado ostentoso para pasar desapercibido —dijo Aldo, examinando las fotocopias como si intentara descifrar un criptograma.

—Sí, si hubiera sido Manzanares el donante. Pero doña

Águeda…

—No lo entiendo —suspiró Aldo—. Alguien boicoteó mi investigación… Águeda estaba bajo sospecha, también la investigábamos.

—Usted dijo que no…

—Que considerábamos que no era autora material de la desaparición de Daniel, porque tenía una coartada bastante sólida, solo eso. Siempre he pensado que encubrió a su marido. Habrá que comprobar si la firma que aparece en el documento original es la suya, de todos modos. Voy a degollar a ese pequeño cabrón…

—¿Qué?

—Voy a degollar a ese camarero. Cada vez que lo miro, se hace el sueco.

—Pues, si le golpea, procure que no me salpique.

—Muy gracioso. No perdona una, ¿verdad?

—Casi nunca —sonrió Julio—. Por cierto…

—¿Sí?

—No me ha preguntado qué descubrí en la hemeroteca.

—Estoy ansioso por saberlo.

—Poca cosa, en realidad. Solo encontré dos datos interesantes: que Flores participó en la búsqueda de Daniel con el equipo de voluntarios y que no murió a consecuencia del accidente. Sufrió un paro cardíaco y perdió el control del coche; murió antes de estrellarse. Y según algunos medios, no conducía ebrio. Aunque no sé si es posible determinar algo así con un cuerpo calcinado. Habría que preguntarle a Linares.

—¿Eso es todo?

—Sí…

—No le veo muy convencido.

—No, eso es todo.

—Escúpalo de una vez, Julio.

—¿Qué…, qué quiere decir? —balbuceó el teniente.

—Supongo que su capitán cómo-se-llame no le envió a la hemeroteca para que viera esas minucias. Venga, dígame qué más encontró en la hemeroteca…

Julio buscó con la mirada al camarero, sin saber muy bien qué decir. El chico revoloteaba en torno a las mesas más apartadas de la cafete-ría.

—¿Y si pedimos la hoja de reclamaciones y nos largamos?

—Sí. Pero contésteme primero. Siento curiosidad.

—Bueno…, leí que tuvo usted algunos… problemas durante la investigación. Que agredió a un teniente de alcalde de Santa

Marina. Que le abrieron un expediente…

Julio fijó sus ojos en los de Aldo. El inspector sonreía. Parecía satisfecho.

—No me abrieron ningún expediente —dijo—. Y no agredí a ese individuo, créame. Por cierto: ahora está en prisión. Y pasará ahí mucho tiempo, espero. Malversación de fondos públicos, estafa, fraude fiscal… Corrupción de menores…

—¿En serio? —En cierto modo, Julio se sintió algo decepcionado.

—Bueno, por corrupción de menores no lo han procesado, pero deberían. Andaba con chicas demasiado jóvenes para mi gusto.

—Entonces, ¿no lo acusaron a usted de nada?

—Claro que me acusaron, Julio. Ese tipo era amigo de Manzanares, supongo que le debería algún favor, o creería que atacándome a mí podría salvar el pellejo, desviando la atención hacia otra parte. Pero le salió mal. Al investigar los negocios de Manzanares, salieron a la luz algunos trapos sucios de otros. Empresarios, políticos, funcionarios civiles. Cayeron unos cuantos.

—Pero no pudo inventarse lo de las contusiones. Si puso una denuncia, lo vería un forense. Tal y como lo describían en el periódico, estuvo a punto de perder un ojo por la agresión.

—¿Un ojo? —Aldo se echó a reír—. Bueno, es una forma de expresarlo. Yo solo le di con una puerta en el culo… No me mire así: fue un accidente. En el ayuntamiento, además. Él se había agachado para recoger no sé qué cosa y en ese momento salía yo del ascensor. No fue culpa mía ni que el edificio estuviera tan mal diseñado que el ascensor se encontrase al borde mismo de las escaleras ni que el señor teniente de alcalde tuviera el culo en pompa justo cuando abría yo la puerta. Rodó por las escaleras…

—Pura coincidencia, ¿no?

—Piense lo que quiera, Julio. No me importó lo más mínimo, es cierto. Pero fue bastante desagradable que me acusasen de algo así. Jamás le he puesto la mano encima a alguien, no estando de servicio, al menos. A veces pienso que él mismo se precipitó escaleras abajo para denunciarme.

—También leí que…, bueno, que usted no estaba atravesando un buen momento. Que se había divorciado y que… había perdido la custodia de su hijo.

—¿Qué estuvo leyendo, teniente? ¿Toda la prensa amarilla de Santa Marina? —Aldo intentó sonar divertido, pero Julio notó que su voz había sufrido un pequeño requiebro.

—Perdone. Creo que no es asunto mío.

—No, no lo es. —El rostro de Aldo se ensombreció—. Pero es natural que sienta curiosidad. Yo no perdí la custodia de mi hijo porque nunca la tuve. Y no me divorcié, porque nunca he estado casado… ¿Qué hora es? —Intentó sonreír.

—Las ocho y cuarto.

—Bien. Hace un cuarto de hora que no estoy de servicio. Ahora sí que puedo darle una lección a ese muchacho —dijo, poniendo los puños sobre la mesa.

L

El camino describía una curva justo frente a la cancela, ahora desvencijada, que en otros tiempos daba paso al jardín. O a lo que quedaba de él.

—Esto no es un castillo —musitó Yeimer cuando Waldo detuvo el coche—. Mamita, esto no es un castillo —insistió. Silvia entendió a qué se refería. La casa tenía la misma apariencia tétrica y ruinosa de la primera vez que la vio: un caserón abandonado al otro lado de la ciénaga.

—Bueno —titubeó Ana—. No, no exactamente. Pero es…

—Es una mierda. — Waldo quitó la llave del contacto—. ¿Dónde están las esposas?

—Las tengo yo —dijo Ana.

—¿Pues a qué esperas? —Waldo se giró en el asiento y clavó en ella una mirada cargada de intención.

—No, por favor —murmuró Silvia—. El niño…

—El niño ya ha visto suficiente para darse cuenta de todo, no es un puto tarado.

—Ya está bien, santito. No creo que…

—Me importa un carajo lo que tú creas. Pónselas o lo hago yo. Vamos a terminar rápido con esta charada y a largarnos de una vez.

—¡Ese no era el trato! —gritó Silvia.

—¡Yo no hice ningún trato contigo, ¿te enteras?! —Waldo se alongó sobre el asiento. Hizo ademán de ir a golpearla. Ana le asió del brazo para impedírselo.

—Basta ya —susurró, haciendo tintinear las esposas en la mano —. Lo siento, niña.

Yeimer gimoteó y buscó el abrazo de Ana. Silvia estaba apoyada contra la puerta, paralizada por el miedo. Ana envolvió al niño con los brazos.

—No, pelado. No llores. ¿Te asustaste? ¿Por esto? —Ana le mostró las esposas—. Pero si es un juego, ¿recuerdas?

—¡Deja ya de mentirle, carajo! —chilló Waldo fuera de sí. Salió del coche. Lo rodeó y abrió la portezuela. Silvia retrocedió hasta

caer de espaldas sobre el niño. Waldo la apuntaba con la pistola.

—Sal —le ordenó. Yeimer empezó a gritar—. ¡Haz que se calle, Ana!

—No… —Silvia se apretujó todo lo que pudo contra el niño. No podía asumir que el final hubiera llegado.

—¡Que salgas, hija de puta! —Waldo metió medio cuerpo dentro del coche. Los gritos de Silvia se sumaron a los del niño cuando la apresó por una pierna para arrastrarla fuera del vehículo. Forcejearon. Silvia se debatió en busca de protección. Trató de aferrarse al cuerpo de Ana, al del niño, no podía saberlo. No veía, no sentía más que su propio pánico y su voz, solapada con la de Yeimer, mientras Waldo tiraba de ella. Ana, arrinconada contra la ventanilla, le clavó las uñas en los brazos para apartarla del niño. Waldo logró inmovilizarla. La encañonó de nuevo.

—Quieta… —resopló.

Silvia hizo un último esfuerzo por liberar una pierna. Alcanzó a darle un puntapié en el pecho. Se oyó una detonación. El cristal de la ventanilla opuesta se hizo añicos. Yeimer daba manotazos al aire. Silvia sintió que le arañaba la cara.

—¡Serás hijo de puta! —gritó Ana—. ¡Serás… cabrón gonorrea hijo de puta!

Silvia se encogió un poco más en el asiento. El niño emitía ahora una especie de silbido ronco. Silvia se llevó la mano a la frente. Estaba manchada de sangre, pero no le dolía. Sintió un tirón en la cabeza al intentar volverse: Yeimer tenía aprisionado un mechón de su pelo. Estaba echado sobre Ana, los ojos cerrados. Había sangre por todas partes. El asiento estaba mojado de orina. Ana se agachó con dificultad sobre el pecho del niño mientras recorría nerviosa su cuerpo con las manos.

—Ana… —gimió Waldo.

—¡Cállate, no digas nada! —bramó Ana, aferrándose al niño. Le subió el pulóver. Solo entonces comprendió Silvia lo que buscaba. Pero no había ningún impacto en el pecho del pequeño. Ana se desabotonó el abrigo. Al hacerlo, la sangre corrió a borbotones. Tenía una herida debajo del hombro izquierdo, muy cerca del pecho. Jadeó, atónita. Se echó a reír.

—Anita… —Waldo parecía desolado. Ella sacó su arma del abrigo. Silvia se deslizó en el hueco que quedaba entre el asiento posterior y el delantero. Escuchó un disparo. Se cubrió la cabeza con las manos, aterrorizada. Siguieron más detonaciones. Los últimos disparos fueron al aire, porque Waldo se había desplomado a la segunda descarga. La pistola de Ana ya no tenía munición, pero

Silvia siguió escuchando el «clic» del percutor durante al menos un par de minutos más.

—Santito gonorrea de los cojones… —la oyó decir finalmente.
Aguardó un poco todavía antes de incorporarse. Ana, con la mirada ausente, continuaba apuntando hacia el otro lado del coche. Parecía una figura de cera. El olor acre de la pólvora, sin embargo, era real. Por un momento Silvia creyó que había perdido la otra lentilla. Todo tenía un aspecto inusualmente desenfocado. Se frotó el ojo con cuidado. No, seguía en su sitio. Intentó apartar la mano de Yeimer de su pelo. Ana reaccionó entonces. Se volvió hacia ella. Acercó el cañón del arma a su frente y le sonrió. Silvia contuvo el aliento.

Ana presionó el gatillo.

—Pum —dijo. Luego dejó caer el arma. Los párpados le temblaron. Sufrió una pequeña convulsión y se desvaneció.

Silvia logró soltarse del niño. Salió a gatas del todoterreno. Sorteó el cuerpo de Waldo y se arrastró sobre la hierba seca unos metros. Intentó erguirse, pero las rodillas le temblaban de tal forma que tuvo que tumbarse de nuevo. Estaba llorando. Se sorprendió, porque hasta ese momento no había sido consciente. En realidad, era más bien un hipido prolongado y sin lágrimas. Un sonido que le resultaba ajeno, que no parecía proceder de ella. Hizo unas cuantas inspiraciones profundas. Logró sentarse. ¿Y ahora qué?, se preguntó. No tardaría en anochecer. Había que moverse. Se levantó y se acercó al coche, evitando mirar el cadáver.

Las llaves no estaban en el contacto. No le quedó más remedio que acercarse a Waldo. Se agachó junto a él, venciendo la repugnancia. Palpó su ropa, con pulso errático. Encontró las llaves en un bolsillo del pantalón. La pistola estaba en el suelo, cerca de su mano. La recogió. Era pesada. Su primer impulso fue lanzarla lejos, pero se contuvo. Tal vez la necesitara. La examinó. Nunca había tenido un arma de fuego en las manos, y la sensación resultaba desagradable. Descubrió lo que, supuso, era el seguro. Lo deslizó y apretó el gatillo con fuerza, apuntando al aire para comprobar si la había bloqueado. Se la guardó en el bolsillo y volvió al coche. Ana aún respiraba. Yeimer seguía desvanecido, pero su pulso parecía normal. Silvia no vio ninguna herida, solo pequeños cortes producidos por los cristales. Lo arrastró fuera. Con él en brazos, atravesó la cancela y se dirigió a la casa. No quería que viera a sus padres en aquel estado si se despertaba.

La villa llevaba años abandonada, tal vez desde la última vez que ella había estado allí. La puerta principal había desaparecido.

Silvia se estremeció al subir los peldaños del porche. Ya no le parecía buena idea dejar al niño allí. Desde dentro, le llegó un rumor apagado, como de pasos furtivos.

—¿Hola? —dijo, no muy alto. El ruido cesó. Ratones, pensó. Se apretó contra el cuerpo del niño y retrocedió. Tenía que atender a Ana.

Silvia acostó a Yeimer en el porche, sacó la pistola del bolsillo del abrigo, se lo quitó y lo cubrió con él antes de regresar al coche.

Encontró un botiquín en la guantera. Había gasas y poco más. Cuando intentaba taponar la herida, Ana se revolvió en el asiento y abrió los ojos. Intentó decir algo, pero no logró articular palabra. Buscó a Yeimer con la mirada.

—Está bien —intentó tranquilizarla Silvia—. No está herido.

Ana hizo una mueca de dolor y volvió a desmayarse.

Silvia logró contener la hemorragia. No sabía si serviría de mucho. La bala había salido por la espalda, a la altura del omoplato. Dudó si recostarla en el asiento o dejarla como estaba. Decidió no moverla. De todos modos, el asiento estaba lleno de cristales. Le abrochó el cinturón de seguridad. Pensó también en esposarla, pero le pareció una precaución inútil. Recogió el revólver de Ana del suelo y lo lanzó tan lejos como pudo, junto con las esposas. Cerró la puerta y fue a por Yeimer.

Empezaba a anochecer. Desde aquella perspectiva, el disco solar había descendido hasta quedar situado exactamente detrás del tejado. Solo asomaba una breve aureola anaranjada. El cielo, de un añil intenso, estaba despejado. La fachada de la villa proyectaba una sombra alargada sobre el porche. Al acercarse, Silvia tuvo un nuevo sobresalto. Agachado junto al niño, algo se movía. Empuñó el arma con fuerza. Se detuvo, tratando de descifrar aquella imagen borrosa. Sintió entonces su mirada. Había miedo en ella. Dio un grito y echó a correr hacia él. El animal, un galgo famélico, desapareció dentro de la casa, con el rabo entre las patas.

Dejó a Yeimer en el asiento delantero. El bolso de viaje que Ana cargaba cuando salieron de la otra casa estaba allí. Con las prisas por buscar el botiquín, no le había prestado atención. Encontró el móvil de Ana. Lo encendió. Como se temía, estaba bloqueado. Supuso que Waldo llevaría el suyo consigo, pero no pensaba volver a acercarse a él. A lo lejos oyó ladridos. Se hacía tarde y la visibilidad empeoraba a cada segundo. Tenía que encontrar ayuda. Perros significaba gente, no muy lejos, en la consabida aldea. O eso esperaba. Yeimer parecía sumido en una especie de coma. Le ajustó el cinturón de seguridad, se abrochó el suyo y arrancó, no sin antes

echarle un último vistazo a la villa, tan frágil ahora: una criatura monstruosa en descomposición. Por su boca abierta asomó el galgo, venteando el aire frío del crepúsculo. Aulló, como en un sueño muy viejo.

—Ojalá se derrumbe de una puta vez.

Silvia maniobró para volver al camino de tierra, la cabeza asomada sobre el volante, un ojo cerrado. Por el espejo retrovisor vio el cuerpo de Waldo. Tuvo la sensación de que se movía. Aceleró, entre una nube de polvo, y enfiló el camino que, según sus cálculos, debía llevarles a la aldea. Valverde quedaba demasiado lejos. Tal vez no fuera fácil encontrar un médico en ese sitio, pero sí un teléfono, alguien que se hiciera cargo de Ana y del niño, que la liberase de aquella carga. Cualquiera, se dijo, que me devuelva a la realidad.

Miércoles, 13 de diciembre

LI

El teléfono sonaba sobre la mesilla de noche. Julio lo alcanzó y miró la pantalla, con los ojos entrecerrados.

—¿Diga? —farfulló.

—¿Le he despertado?

—¿Qué hora es? —Julio tosió al incorporarse. Tenía un gusto horrible en la boca. La espalda aún le dolía.

—Hora de ponerse en pie. Si pasa a recogerme, le invito a desayunar.

—No tengo coche, ¿recuerda?

—Es verdad… No importa, le invito a desayunar de todos modos.

—Prefiero desayunar en casa —dijo Julio. Aún tenía presente la tarde anterior en el café—. ¿Qué ocurre?

—Muchas cosas. ¿Cuánto tardará?

—Una hora. Como mínimo.

—¿Tanto? —Aldo pareció contrariado. Julio echó un vistazo al despertador.

—Por Dios, si aún no son ni las seis. ¿Qué ocurre?

—Ya se lo contaré. No tarde —apostilló el inspector antes de colgar. Julio dejó el móvil sobre la mesilla y se recostó de nuevo. Pero enseguida se levantó.

Mientras calentaba un café con leche en el microondas, se juró por enésima vez dejar de fumar: en cuanto termine el caso, matizó, encendiendo un cigarrillo. Se acercó a la ventana. La abrió. El día se presentaba despejado, pero el frío cortaba el aliento. Dejó la taza vacía en el fregadero y fue a vestirse. Mucho se temía que tenía ante sí una larga jornada. Y estaba francamente agotado. Al quitarse el pijama, vio en el espejo del armario que empezaban a formársele unos feos hematomas en la zona lumbar, el muslo y la espalda. Suspiró con aprensión.

Aldo bajó al bar. No le apetecía prepararse el desayuno. Marcia había dejado una bolsa llena de naranjas sobre la mesa de la cocina, pero la idea de exprimirlas y colar el zumo le parecía una tarea extremadamente engorrosa. Sentía un desasosiego que le impelía a ponerse en movimiento cuanto antes, ahora que empezaba a tener algunas certezas. La tarde anterior, a última hora, había conseguido

el informe de los agentes que interrogaron a los vecinos de Silvia. Los resultados eran alentadores: alguien había visto a la mujer hermosa y grande que Prudencio, el encargado del cementerio, les había descrito. Pidió un zumo de naranja (sin pulpa), un café con leche y un cruasán. Su sitio preferido, junto a la ventana, estaba libre. Se sentó y le envió un mensaje a Julio para que lo buscara allí. Isobel seguía sin cogerle el teléfono. Tendría que esperar a las nueve para hablar con ella.

Cuando Julio llegó, Aldo ya había tomado dos cafés y dos cruasanes y hojeaba nervioso un periódico. Julio se sentó frente a él. Encendió un cigarrillo y le hizo un gesto al camarero.

—¿Qué hay? —saludó.

—¿No ha desayunado? —dijo Aldo, con un deje recriminatorio en la voz.

—Solo quería un cortado. ¿Le importa?

—No. Si se lo toma rápido.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta prisa?

—Pasa que el tiempo se nos echa encima, Julio. Hay mucho que hacer.

—Si ni siquiera ha empezado el día. —Julio bostezó—. Un cortado, por favor —pidió—. Venga, cuénteme los planes.

—En primer lugar: ayer, cuando se fue, hablé con los agentes que interrogaron a los vecinos. Tenemos una descripción que se ajusta a la de la mujer del cementerio. La que seguía a Silvia. Una señora habló con ella. Se hizo pasar por encargada de la limpieza, pero a la señora en cuestión no le resultó muy convincente, porque era domingo. Presumiblemente, el mismo día que Silvia desapareció.

—Genial —contestó Julio, abstraído—. ¿Y qué más?

—Pensé que le daría una alegría, teniente —masculló Aldo.

—Sí, estoy muy contento. Pero no sé muy bien por qué…

—Le veo pesimista.

—Cansado, Aldo. Cansado. ¿Hay algo más? ¿Sabemos quién es?

—Aún no, pero espero que Marcos nos ayude con ese tema. De momento, no me coge el teléfono. No suele hacerlo antes de las nueve…

—Chica lista —murmuró Julio.

—Siento haberle despertado, teniente.

—No se disculpe, no creo que lo sienta de verdad.

—Pesimista y contestatario. Su visita a Santa Marina le afectó más de lo que suponía. A propósito, ¿tiene noticias del coche?

—No. Luego llamaré al capitán Herranz.

—Yo que usted mandaría a alguien a buscarlo. Y no se fíe del capitán.

—No me fío de nadie en ese pueblo, Aldo. No se preocupe por eso. Siga con el plan…

—Bien. En primer lugar, hoy declara el Chino. Quiero estar allí, por si el juez me permite hacerle un par de preguntas. Por otro lado, hay que localizar al amigo de Daniel. La otra noche, revisando informes, vi que la entrevista que le hicimos entonces fue muy vaga. Me incomoda interrogar a menores. Ahora ya será un hombrecito.

—¿Y yo qué hago?

—Volver al apartamento de Silvia. Tenga, esta es la tipa que vio a nuestra gorda misteriosa. Interróguela. —Aldo le tendió una nota con los datos y el informe policial—. También quiero que hable con Isobel, si anda por allí. Si no, búsquela en el laboratorio. Si han aparecido las revistas escolares donde Daniel publicaba sus poemas, haga copias. Pregunte si han encontrado alguna fotografía en el piso, también. Yo no vi ninguna, pero tal vez Marcos tuviera más suerte.

—¿Y qué…? —comenzó a decir Julio, pero Aldo no le dejó terminar.

—Un segundo, que pierdo el hilo. Habría que pasarse también por el colegio de Daniel. Iremos juntos, no quiero que vuelva solo a Santa Marina. Aprovecharemos el viaje para echar un vistazo en el Registro Civil y en el de la Propiedad. Quiero profundizar un poco más en ese asunto de la donación. Y…

—¿Y qué pasa con Silvia? —le interrumpió Julio.

—Ya hay una orden de búsqueda. En cuanto averigüemos algo más sobre la mujer del cementerio, ampliaremos la información.

—¿Eso es todo, señor inspector jefe?

—Pues no. También le debemos una visita a nuestro amigo Prudencio. Quiero ver otra vez los libros de registro del cementerio.

—¿Y eso?

—Bueno…, es algo muy vago. No sé aún qué quiero encontrar, pero sospecho que lo sabré en cuanto revise esos libros. No puedo decirle más. ¿Podemos irnos?

Julio dio un último sorbo a su cortado, dejó el vasito sobre la mesa y suspiró.

—Andando —dijo.

Aldo decidió ir a pie hasta los juzgados. Julio cogió el metro. Eran las ocho y cuarto, no tenía prisa. Le parecía demasiado temprano para tocar a la puerta de la vecina o para encontrar a la

subinspectora Marcos. Julio se arrebujó en su abrigo. La temperatura había vuelto a descender. Sin embargo, el cielo era de un azul puro, sin rastro de nubes. No nevaría. Por una vez, agradeció el aire viciado de la estación de metro.

La vecina que había descrito a la sospechosa vivía en el bajo del edificio, junto al ascensor. Cuando abrió la puerta y Julio se identificó, lo cogió del brazo y lo arrastró hasta el salón. Mientras avanzaban por el pasillo, el teniente observó que el piso era bastante más espacioso que el de Silvia. La mujer parecía ansiosa por hablar. A pesar de la hora, vestía un impecable traje de chaqueta y zapatos de tacón bajo. Profusamente maquillada, perfumada y enjoyada, Julio pensó que se tomaba su visita como un acto social. Tendría unos sesenta años, era baja y buscaba con avidez la mirada de su interlocutor, de una manera inquisitiva y, en opinión del teniente, algo ratonil.

—Disculpe que la moleste tan temprano.

—No es molestia, no es molestia. —Sus dientes, pequeños y nacarados, acentuaban su aspecto de roedor—. Todo lo que sea por ayudar a esa pobre chica…

—Silvia Manzanares. —Julio extrajo del bolsillo de su abrigo el bloc de notas y se pasó una mano por la frente. Hacía demasiado calor en el piso.

—Pero quítese el abrigo y siéntese, por favor. —La mujer lo llevó del brazo hasta una mesa ovalada color caoba con las sillas a juego. Él obedeció. Ella se acomodó a su lado. Julio no pudo evitar echarle un vistazo, horrorizado, a un enorme elefante de porcelana esmaltada, con detalles dorados, que había en el centro de la mesa. La mujer se dio cuenta.

—Lo hice yo —dijo, orgullosa—. Me entretengo mucho con mis manualidades. Si quiere, le enseño mi colección de elefantes. Los tengo en…

—Verá —la atajó Julio—, no tengo mucho tiempo, me esperan arriba. Si es tan amable de contestar a un par de preguntas rápidas…

La mujer cerró la boca y la sonrisa se desvaneció de un plumazo. Alzó el rostro y lo aproximó tanto al de Julio que tuvo la impresión de que en realidad intentaba olerle el aliento.

—Pobre chica, sí —murmuró, recuperando la sonrisa. Los dientecillos nacarados volvieron a brillar—. ¿Quiere un café o…?

—Nada, gracias. —Julio cruzó una pierna sobre la otra con la intención de establecer una barrera entre él y la mujer. Le

incomodaba tenerla tan cerca—. Entonces, conoce usted a la señora Manzanares…

—¿Señora? —dijo ella, sorprendida—. Pero ¿está casada?

—No…

—Ya me parecía a mí. Sí, claro que la conozco. Conozco a todos mis vecinos, señor ¿Mataró, dijo usted?

—Sí. ¿Mantiene algún tipo de relación con ella, de amistad o…?

—¿O?

—De amistad —recapacitó Julio.

—No, no, amigas no somos. Es una chica bastante arisca. Y solitaria. Pero no es de las que dan problemas. No sabe usted la de gentuza que hay aquí. Al del bajo izquierda lo tengo denunciado por obstruirme la ventana del baño, que da al patio, con unas maderas que estaba usando para construir no sé qué cosa. Sin embargo, yo…

—Señora…

—Sin embargo, yo llamé a Urbanismo, ¿sabe usted? Y lo denuncié, porque el patio es una zona común y está prohibido hacer obras, como sin duda sabrá… Pero venga, que le enseño el baño para que vea usted mismo la ventana —exclamó, con intención de levantarse.

—Disculpe —la retuvo Julio—, hace usted muy bien en denunciar esos abusos en Urbanismo, pero si es tan amable de contestar a mis preguntas…

La mujer resopló, insatisfecha pero resignada.

—¿Seguro que no quiere un café?

—No, gracias. ¿Cuándo vio usted por última vez a la señora…, a Silvia?

—El domingo pasado, a eso de las doce de la mañana. No hablé con ella, pero la vi salir a la calle. —La mujer señaló un sofá de orejas y una mesa camilla, situados estratégicamente junto a la ventana—. Pensé que hacía mal en salir con la nevada que había caído. Las calles estaban imposibles. Así se rompió la cadera mi esposo, que en gloria esté, y desde entonces le tengo aversión a la nieve.

—Y no volvió a verla…

—No, no. Desde luego, no me paso el día pegada a la ventana ni detrás de la mirilla, como dicen algunos. Lo que pasa es que me gusta hacer mis manualidades en ese rinconcito… —La mujer volvió a señalar el sofá—. Porque hay mucha luz natural y, claro, no puedo evitar ver quién viene, quién va. Pero a Silvia no volví a verla, pobrecilla…

—Hábleme de la mujer que le describió al otro agente.

—Desde luego. En cuanto la vi, me pareció sospechosa —susurró, dándole un manotazo en el muslo. Julio sintió una contracción involuntaria y, de una sacudida, descruzó la pierna. Ella apartó la mano.

—Continúe, por favor —dijo, un poco azorado.

—Pues eso. Que en cuanto la vi entrar en el edificio, me resultó sospechosa y me asomé a la puerta. Era morena, corpulenta, con el pelo largo, negro, lustroso y ondulado. De una belleza vulgar. Como nunca la había visto por aquí, le pregunté a dónde iba. Se puso nerviosa. Me contestó que a limpiar un piso. No tenía clase vistiendo, pero no era ninguna empleada de la limpieza, de eso estoy segura. Demasiado altiva. Ah, y era extranjera.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su acento. Por cierto, su voz era muy… peculiar.

—¿Peculiar? ¿En qué sentido? —se interesó Julio.

—Vibrante, nítida, rica en matices. Sé lo que me digo: flirteé con el bel canto de jovencita.

—¿Y pudo darse cuenta de todo eso con una sola frase? —se asombró Julio.

—No, no. Me di cuenta cuando le pregunté a qué piso iba exactamente, porque eso de limpiar en domingo… Ella me ignoró, pero, como insistí, me mostró unas llaves y dijo que su cliente (lo llamó así, su cliente) volvía de un viaje el lunes y le había pedido que le tuviese la casa a punto. Y añadió que aquello no era asunto mío. Luego me llamó «vieja entrometida», figúrese. Entonces fue cuando comprendí que tenía una voz muy bien dotada. Como en el tercero hay una pareja que anda todo el tiempo de viaje, sabe Dios en qué negocios andarán metidos, supuse que se refería a ellos, aunque…

—¿Y eso sucedió, exactamente? —la interrumpió Julio.

—… Aunque me dio mala espina desde el principio, y era una maleducada. El mismo domingo sobre las cinco de la tarde. Lo más curioso es que no volví a verla. O se quedó hasta muy tarde, porque yo me acuesto tarde, sobre las doce de la noche o así, y estuve atenta por si volvía a verla, o se pasó la noche limpiando, usted ya me entiende, y se fue antes de que me levantara. Llevaba una especie de saco de viaje. ¿Le digo cómo iba vestida?

—No es necesario. Ya tenemos la descripción que le dio al agente, y es muy detallada.

—Sí. Él sí quiso ver la ventana de mi baño —suspiró.

—Eh… Pues creo que es todo —dijo Julio.

—Es que da miedo cómo están las cosas —siguió parloteando la mujer—. Yo tengo otro piso, ¿sabe? Un pisito sencillo, pero decente, en la calle Primero de Mayo, y lo tengo cerrado porque ya no me atrevo a alquilárselo a nadie desde que cometí el error de meter a un estudiante sueco, creo que era, y para qué fue aquello. Un día llegué y la vecina del segundo, que es una anciana muy respetable de noventa años, que sus hijos le han puesto el piso para no…

—Qué tarde es ya. —Julio hizo amago de ir a levantarse de la silla. La mujer lo detuvo con un gesto autoritario.

—… Para no mandarla a un asilo, pues usted puede creer que ese día fui a echarle un vistazo al piso a ver en qué condiciones estaba, porque tengo todo el derecho del mundo, que para eso es mío, y sale esta señora del segundo y me dice: «Pero, Adelaida, hija, a quién metes en el piso, que se pasa el día follando con todo bicho viviente, como si tu casa fuera Sodoma». Así mismo me lo dijo. Y, claro, lo que me costó echarlo. Menos mal que tengo un abogado buenísimo que…

—En serio, tengo que irme. —Julio se levantó y, con una mueca nerviosa, cogió su abrigo.

—Bueno —suspiró la mujer—. Pues, para lo que necesite, ya sabe dónde estoy. Espero que encuentren pronto a esa pobre chica.

—Desde luego —asintió Julio, y echó a andar por el pasillo a paso ligero.

Un agente lo interceptó junto al ascensor. Julio se identificó.

—La subinspectora Marcos le espera arriba, teniente —le dijo, con aire somnoliento.

Julio pulsó el quinto. Recorrió el tramo de escaleras que lo separaba de la última planta maldiciendo al arquitecto que había diseñado aquel edificio. Isobel aguardaba fuera del piso, maletín en mano, con cara de impaciencia.

—Hola —la saludó él.

—Teniente. Tiene mala cara. ¿Entramos?

—Bueno, el día no ha empezado demasiado bien —murmuró mientras seguía a Marcos dentro de la vivienda.

—Ya, dígamelo a mí. Monteiro me llamó hace media hora para exigirme resultados inmediatos. Qué gracia. Eso de ahí es para usted. —Marcos le señaló una caja de cartón, sobre la barra—. Las revistas. Écheles un vistazo y precintamos el piso.

—¿Han encontrado algo, además de…?

—¿No se lo ha dicho Monteiro? —preguntó Isobel.

—No, no me ha dicho nada. Cuando lo vi esta mañana aún no

había podido comunicarse con usted.

—Me debe ya unas cuantas ese hombre… —Isobel meneó la cabeza—. Parece que tenemos algo interesante, sí: restos vegetales. Estaban en la bolsa del aspirador.

—¿Restos vegetales? —dijo Julio, sin entender muy bien a qué se refería.

—Frutos, en realidad. De nuestra amiga la hovenia dulcis, ¿recuerda? Las «pasas» que encontramos en el calzado de Manzanares.

—Ah. —Julio asintió, sin demasiado entusiasmo—. De todos modos, ya sabíamos que Silvia visitó el Botánico. ¿Y en relación con el allanamiento?

—También ha habido suerte. Encontramos un par de huellas digitales en la nevera que no eran de Silvia. Fue fácil identificarlas, teníamos fichado al sujeto. Bueno, a la «sujeta»: Ana Estíbaliz Goicoechea se llama. Prostituta, según consta en sus antecedentes. La detuvieron en el 92 por tenencia de arma de fuego sin licencia y pasó seis meses en la cárcel. Desde entonces no tiene ni una multa de tráfico… Si no le importa mirar eso, tengo trabajo pendiente en el laboratorio.

—Sí, disculpe. —Julio abrió la caja y extrajo las revistas, diez en total. Eligió una y buscó el índice. Allí estaba: Orion Dauber. Sintió un escalofrío. No podía evitar asociar aquel nombre a la imagen de un cadáver descompuesto. Buscó la página.

—¿Un poema? —preguntó la subinspectora Marcos.

—Eso parece. —Julio sacó su libreta de notas del bolsillo del abrigo y un bolígrafo.

—«Esta es mi vida corriendo, alejándose, adentrándose / en un mar profundo…» —leyó Isobel, asomada sobre el hombro de Julio —. Es largo. ¿Va a leerlo todo? —dijo.

—Y a copiarlos. Todos —contestó él, deliberadamente—. Claro que si pudiera llevármelas… Aldo tenía mucho interés en echarles un vistazo

—Oiga, teniente: usted conoce el protocolo mejor que nadie. Tendría que consignarlas en el acta, y no creo que podamos relacionarlas con la desaparición de Silvia. Me parece una intromisión en su vida privada, innecesaria, además.

—Pero puede que aporten luz sobre la desaparición del chico.

—Sí, pero ese es otro caso.

—Los restos vegetales también están relacionados con ese otro caso, y sin embargo usted los ha recogido como indicios…

Isobel guardó silencio.

—Está bien —claudicó—. Las consignaré como objetos no singulares pendientes de valoración. Llévelas al depósito cuando termine para que Silvia pueda reclamarlas.

Isobel extrajo una diligencia de su maletín. Añadió algo en un espacio en blanco y se la entregó al teniente.

—Le paso a usted la cadena de custodia de las revistas. Firme, por favor.

Julio obedeció.

—Gracias —sonrió el teniente—. Por cierto, ¿encontraron alguna foto? Aldo dice que le extrañó no ver ninguna.

—No, no hemos encontrado fotos, salvo un par de ellas, tipo carnet. Claro que tampoco hemos encontrado ninguna cámara, ni siquiera de esas desechables. Y, por supuesto, ningún CD, ningún tipo de soporte informático, nada. ¿Cómo trabaja? ¿Cómo vive esta mujer sin ordenador?

—Quizás se llevaron todo eso.

—No lo creo, teniente. Algún rastro habría quedado: los cables, el router, una garantía de compra, un manual de instrucciones…

—Curioso, sí.

—Es más que eso —dijo Isobel—. Normalmente las casas dicen cosas de sus dueños. Aquí, apenas hay pistas. Los libros, por ejemplo: no puedo hacerme una idea de sus gustos, de sus afinidades. Parece que le da lo mismo leerse un pastiche romántico que una obra de Primo Levi, un ensayo de Schopenhauer sobre el arte de insultar que un tratado de jardinería. Imagino que le da miedo envejecer, porque se gasta un dineral en cosméticos. Pero no guarda nada, nada personal. Ni cartas ni diarios ni un álbum de familia. Ningún recuerdo. A excepción, tal vez, de esas revistas, el resto es material de trabajo. Y libros. Hay una ausencia casi total de personalidad en esta casa…

—No lo creo —objetó Julio—. Lo único que demuestra todo eso es una enorme determinación por no aferrarse al pasado. Que no coleccione recuerdos no significa que…

—Venga ya, teniente. Esto no es una casa, es la celda de una monja de clausura con debilidad por las cremitas que mata el tiempo leyendo lo que sea con tal de no pensar en su miserable vida —concluyó, acalorada. Julio la observó, un poco sorprendido. La subinspectora tenía los ojos húmedos—. Me voy. Salude a Monteiro y recuerde llevar las revistas al depósito. Le diré al agente que precinte de una vez este sitio.

—Isobel… —Julio sintió el impulso de preguntarle si se encontraba bien. Abrió la boca, pero no supo cómo formular la

pregunta ni si sería adecuado plantearla. Ella se detuvo en el quicio de la puerta, pero no se volvió.

—Puede que tenga usted razón —murmuró—. Mi casa está llena de cosas inútiles. Quizás yo también debería deshacerme de ellas —dijo, y salió del piso. Sus tacones resonaron escaleras abajo en el momento en que el agente somnoliento asomaba por allí.

—¿Por qué lloraba? —preguntó.

—No lloraba. Era alergia. —Julio volvió a introducir las revistas en la caja—. Cuando quiera puede precintar.

LII

El aire se colaba por el cristal roto de la ventana trasera en ráfagas heladas. Yeimer, de vez en cuando, prorrumpía en una especie de gemido que se interrumpía tan abruptamente como había empezado, sin llegar nunca a despertar del todo. Ana, en el asiento trasero, permanecía inconsciente. La noche se les había echado encima. Una luna creciente de color butano apareció sin previo aviso detrás de las colinas que iban dejando a la izquierda. El camino de tierra había dado paso a una pista mal asfaltada sembrada de postes de tendido eléctrico. Los cables se columpiaban al viento, olvidados e inútiles, se temió Silvia. Comenzaba a dudar seriamente de que existiera algún lugar habitado en aquella dirección. El paisaje era hipnótico de tan reiterativo. La noción del tiempo se diluía en el cuentakilómetros. Silvia conducía con una sensación de déjà vu constante, tratando de mantenerse alerta. Casi se había acostumbrado a aquel desajuste visual. Estaba tan cansada que, una vez más, apenas podía sentir otra cosa que no fuera su propio cansancio, y, a decir verdad, ni siquiera eso. Reconocía la sensación. Llevaba con ella demasiado tiempo. Demasiado tiempo sintiendo que su cuerpo y su mente estaban a punto de disociarse, como un matrimonio malavenido que un día acepta el desencuentro y se divorcia, sin estridencias ni dramas. Estaba bien. Hermosa quietud, sin lucha ni dicha ni Dios, recordó. Era un verso del último poema que Daniel había publicado en la revista del instituto. Lo había releído muchas veces. Tenía dos ejemplares. El que había llegado al colegio, puntual, como siempre. Y el que encontró algunos días más tarde en el buzón de casa, junto con aquella carta recriminatoria, llena de odio. Silvia apartó la idea de su cabeza. Ahora no, se dijo. Yeimer gimió en el asiento contiguo. Le daba lástima, pero, a decir verdad, no veía el momento de deshacerse de él y de Ana. ¿Era normal? Aceleró sin darse cuenta y estuvo a punto de salirse de la carretera en una curva. Entonces vio la aldea.

Condujo los últimos kilómetros con el corazón en un puño. Los

perfiles de las casitas se dibujaban, vagos, a un lado y otro de la pista. No se veía luz alguna. Pasó una ermita semiderruida. En lo alto de la espadaña la campana parecía ronronear, arañada por el viento. Redujo la marcha y se adentró en una calle algo más ancha que desembocaba en una plazoleta. Ni siquiera la higuera descomunal que aún subsistía en el centro de la plaza parecía tener vida. Estaba a punto de dar marcha atrás cuando vio el morro de un coche grande asomando en una esquina, al otro lado de la plaza. Se acercó. Era una furgoneta blanca. Silvia detuvo el coche junto al vehículo y bajó la ventanilla. De alguna parte, le llegó el inconfundible olor a leña quemada. Guiñó los ojos, tratando de ver humo en alguna chimenea.

—¡Hola! —gritó, asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡Hola, ¿hay alguien ahí?!

No escuchó nada más que el viento agitando las ramas desnudas de la higuera. Tuvo una sensación extraña. Se dio la vuelta. Ana había abierto los ojos. Silvia dio un chillido y apretó el claxon. La puerta de una casa grande, al otro lado de la calle, se abrió. Por ella asomaron tres jóvenes: dos muchachos y una chica.

—¡Eh! ¿Le ocurre algo? —gritó uno. Silvia apartó la mano del claxon. Uno de los chicos se acercó al coche.

—¡Joder! ¡Tíos, venid aquí!

Era un joven de veintipocos años, con rastas.

—¡Traed una linterna! Oiga, ¿está bien?

Silvia se aferró al volante, incapaz de hablar. El chico la miraba sin saber muy bien cómo reaccionar. Parecía asustado. Esa idea la tranquilizó.

—El niño —dijo—, necesita ayuda.

—Mierda…

—¿Qué ocurre? —Los otros se habían acercado al coche con linternas. Tenían más o menos el mismo aspecto y aproximadamente la misma edad.

—Un accidente, creo. Hay un niño.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamó la chica, menuda y con gafas, ataviada con un jersey de lana que le llegaba hasta las rodillas—. ¿Qué hacemos?

—Señora, ¿está herida? ¿Puede decirnos qué ha pasado? —preguntó el otro muchacho, moreno, con barba.

—Tenéis que sacarlos de aquí —insistió ella, con un hilo de voz.

—Yo me encargo del niño —dijo la chica.

—¡Sara, espera! —gritó el chico de las rastas—. Oiga, primero díganos qué ha pasado.

El chico de la barba abrió la puerta trasera.

—Joder, aquí hay mucha sangre —dijo—. Esta mujer está muy mal, hay que pedir ayuda…

—Señora, ¿no tiene móvil? Tenemos que llamar a emergencias.

—No…, no funciona —respondió ella, tratando de recobrar el aplomo.

—Mira, yo me llevo al niño dentro —dijo la chica. Abrió la puerta y le quitó el cinturón de seguridad a Yeimer—. Está ardiendo…

—¡Sara! —exclamó el cabecilla—. ¡No sabemos qué le pasa, espera! Tráete el móvil y un cargador. Hay un conector en el salpicadero, a ver si podemos…

La chica no le obedeció. Cogió al niño en brazos y echó a correr hacia la casa.

—¡Sara! —volvió a gritar el muchacho.

—Déjala, tío. ¿Qué coño te pasa? —le recriminó el otro. Luego se dirigió a Silvia—. ¿Puede moverse? ¿Quiere agua o…?

—¡Coño, que no le ofrezcas nada hasta que nos diga qué ha pasado! ¿No ves que igual no puede beber?

—Agua, sí…

—Está bien. Vuelvo enseguida.

—¡¿Tú estás sordo?!

Silvia apagó el motor —sin quitar las llaves del contacto— y salió del todoterreno. El joven la observó, suspicaz.

—Es mejor que ponga otra vez el motor en marcha. Para cargar el móvil. No tenemos electricidad y ayer nos quedamos sin batería.

—En cuanto vuelvan.

—Solo hay un cristal roto —observó el chico—. No han tenido un accidente, ¿verdad? A esta mujer le han pegado un tiro…

Silvia hundió las manos en los bolsillos del abrigo. Se apoyó contra la puerta y respiró hondo.

—Algo así.

—¿Algo así? ¿Qué significa eso?

Silvia se encogió de hombros. El chico permanecía alerta a todos sus movimientos. Silvia volvió a tomar aire, pero no se movió.

—¿No vive nadie más en este sitio? —preguntó.

—¿Bromea? Esto lleva años deshabitado. —El joven pareció arrepentirse de lo que había dicho—. Más o menos deshabitado —rectificó—. Ah, ahí vienen.

La chica traía un móvil y un cargador. Él, un termo y una taza.

—Tome —dijo. Silvia bebió con avidez. El otro chico, el de las rastas, puso el motor en marcha y conectó el móvil en el panel.

—«Solo llamadas de emergencia» —murmuró—. ¿Cómo se llama?

—Silvia.

—¿Y puede explicarnos algo más, Silvia? Para que me tomen en serio los del 112 —dijo, desafiante.

—Diles… —Silvia comprendió entonces que no podía explicarles nada. El secuestro, la huida, el tiroteo. Ana, Waldo. Yeimer. Era demasiado. ¿Cuándo la dejarían tranquila? No iba a permitir que retrasasen ni restringieran más tiempo su libertad. Tenía que salir de allí. Con una frialdad que le sorprendió a ella misma, extrajo la pistola de Waldo y les apuntó.

—Diles lo que te parezca, pero antes saca a esa mujer del coche —ordenó, con un ligero temblor en la voz, pero sin vacilaciones.

Los muchachos la miraron, asombrados.

—Sacadla. No bromeo —insistió, sin dejar de apuntarles—. Deja el teléfono en el asiento. Y ni se te ocurra quitar la llave del contacto —amenazó al cabecilla.

Los chicos retrocedieron.

—Tú, deja la linterna en el suelo —le ordenó a la chica—. ¡Ahora! —gritó.

Sacar a Ana del todoterreno no fue fácil. Pesaba demasiado y, al moverla, la herida volvió a sangrar. La depositaron sin mucho cuidado en la carretera. La chica parecía fuera de sí. Lloraba y se retorcía las manos, con la cara desencajada.

—¡Se está desangrando, joder! —estalló—. ¿Es que no lo ve? ¡Hay que pedir ayuda!

—Tapona la herida —dijo Silvia.

—¿Qué?

—Presiona fuerte sobre la herida con un trapo o algo hasta que deje de sangrar —repitió. El rasta se quitó el jersey, se agachó sobre Ana e hizo lo que Silvia les decía. Ella se acercó a la ventanilla delantera, desenchufó el móvil y se lo tendió a la joven, sin dejar de apuntarles.

—Creo que tiene suficiente batería para hacer esa llamada —murmuró—. Lo siento…

Cerró la puerta trasera, se subió al coche, dejó el arma en el asiento contiguo y arrancó. Por el espejo retrovisor percibió el brillo de la pantallita del móvil flotando en el aire. Silvia aceleró. Ya no se veía la luna anaranjada ni las estrellas. Unos nubarrones cubrían el cielo. Dejó atrás las últimas casas de la aldea. Dio un grito, aliviada. Sabía que no llegaría muy lejos. Pronto la detendrían. No le importaba lo más mínimo. Sin aminorar, aferró el volante con la

mano izquierda mientras con la derecha se desprendía, por fin, de la lentilla. Parpadeó y apagó las luces del coche. Veía lo suficiente como para percibir las siluetas de los postes. Mástiles de una flota fantasma hundida bajo la carretera que la guiaban hacia el interior de la noche, tan ciega y efímera como su libertad recobrada. Un piloto rojo parpadeó en el panel. El depósito estaba en la reserva.

—¡A la mierda! —exclamó, y pisó a fondo el acelerador.

LIII

El juez Del Toro tenía más o menos el mismo aspecto que un animal de lidia, se dijo Aldo al salir de su despacho, escoltado por el secretario. El Chino le esperaba en una dependencia en el sótano de los juzgados. Con traje de chaqueta parecía aún más miserable que con el mono de trabajo. Al ver al inspector, torció la boca en un amago de sonrisa. No tenía buen aspecto.

—Señor Pillado, qué elegante —le saludó Aldo.

—¿Quién es ese? —El Chino señaló al secretario, que había tomado asiento al lado de Aldo y se disponía a preparar el magnetófono.

—El señor…

—Lobato —susurró el secretario.

—El señor Lobato trabaja para el juez Del Toro —prosiguió Aldo. La fauna judicial es sorprendente, pensó—. Está aquí para grabar todo lo que se diga en la entrevista.

—Estoy cansado de tanta cháchara —respondió el Chino—. ¿Cuándo me van a dar algo a cambio?

—Ya te están dando algo a cambio, Santiago. Eres un detenido de lujo, no podrás quejarte.

—¿Y el programa de protección de testigos?

—Eso, cuando el juez lo determine —dijo Aldo—. Todo depende de lo que colabores ahora con la Justicia. ¿Lo captas?

—Claro como un charco de pis —respondió—. Hay demasiada gente en esta habitación. —El Chino señaló con la cabeza al funcionario de prisiones.

—Puede esperar fuera, si el señor Lobato no pone impedimento.

Cuando el funcionario cerró la puerta, la cara del Chino se relajó.

—No me fío de ese tipo. Que quede claro. ¿Está grabando ya? —preguntó al secretario, que asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Lo conoces, acaso?

—No. Pero todos tenemos un precio, jefe. Y ese tenía pinta de venderse muy barato.

—Entiendo. —Aldo se impacientaba—. Si te parece,

comenzamos. ¿Conoces a Silvia Manzanares?

—¿Quién?

—La hija de Rubén Manzanares.

—Ah, esa… No.

—¿No, qué?

—No la conozco. No en persona. La vigilamos un tiempo, cuando el viejo nos dio esquinazo, pero parece que esos dos no tenían mucho filin —se rio.

—Me alegra que te haga gracia, porque también ha desaparecido.

—¿Y?

—Ocurrió justo antes de que te detuviéramos. —Se echó un farol.

—A mí no me mire. No tengo nada que ver.

—¿Estás seguro? Sabemos que Silvia estuvo en el Botánico el tres de noviembre. Según tu declaración, el mismo día que Manzanares te hizo la última visita. Las horas también coinciden.

—Por el Botánico pasa mucha gente.

—Pero no todos desaparecen. ¿Seguro que no te tropezaste con ella por allí? Iba con un grupo de escolares.

—Yo no sé ni qué cara tiene esa fulana. Y el Botánico por las mañanas está siempre lleno de escolares.

—Mira esta foto. A lo mejor te refresca la memoria. —Aldo le mostró una foto de Silvia.

—No, no me suena de nada. Oiga, jefe: esa tipa no nos interesaba lo más mínimo. Vivía como una rata de cloaca y Manzanares no se relacionaba con ella, así que…

—Santiago, no me hagas perder el tiempo. Tú sabes más de lo que dices.

—Sé lo que sé. Era maestra y no había visto un duro del dinero de sus padres. Sé que renunció a la herencia de la madre. A Manzanares no le interesaba un pijo, de manera que a nosotros no nos hacía ninguna falta. O eso pensaba.

—¿Cómo sabes que renunció a la herencia?

—Bueno, se lo oí decir al Inglés. Él sí que conocía bien la situación del viejo y de toda su familia.

—¿Y Daniel?

—¿El niño?

—¿Qué fue de él?

—Ya hablé con el juez de ese tema.

—Sé amable y cuéntamelo a mí también…

—Escúcheme bien, jefe: no tengo ni puta idea de lo que pasó con

el chaval. Supongo que Manzanares se lo cargó y se lo quitó de encima con ayuda de alguien, porque esas cosas no se hacen solo. Pero el viejo nunca soltó prenda. Puede que el Inglés lo sepa. Yo no sé nada.

—No me convence. Os había contratado para sacarlo del país, para que le proporcionaseis una identidad nueva. No me creo que no tuvierais información comprometedora para tenerlo bien agarrado en caso de que algo saliera mal.

—Se equivoca de cabo a rabo. Él ya quería largarse del país mucho antes de que el chaval desapareciera.

Aldo hizo una pausa y miró al Chino a los ojos, incrédulo. El otro le sostuvo la mirada, desafiante.

—Explícate —le ordenó.

—¿Qué se piensa, que una cosa así se hace de la noche a la mañana? El viejo lo tenía muy bien planeado. Había ido sacando cuartos al extranjero a cuentagotas para que no se notase demasiado, durante años. Lo sé porque conocía a un tipo que había trabajado para él, haciéndole algún trabajillo…

—¿Quién? —preguntó Aldo.

—Luis Ferra no sé qué, el Gago. Fue él quien puso en contacto a Manzanares con el Inglés. Y eso ocurrió por lo menos uno o dos años antes de todo ese asunto del chaval.

—Luis Ferranoséqué, el Gago —apuntó Aldo en su cuaderno—. ¿También trabaja para el Inglés?

—De vez en cuando. Pero ya no. Lo enchironaron por estafa y palmó en la trena, hará cosa de tres meses. Ajuste de cuentas. Era gago, pero se le soltaba la lengua con mucha facilidad.

—¿Y por qué quería largarse Manzanares del país? ¿Y a dónde?

—Ese tío, el Gago, me contó que Manzanares había hecho un desfalco importante en un negocio inmobiliario, o en más de uno, no lo sé. Sabía que en algún momento saldría todo a la luz y lo encerrarían. Ya sabe cómo se ha puesto el Gobierno últimamente con el tema de la corrupción. Manzanares tenía comprado el silencio de mucha gente en ese tugurio de lujo donde vivía. Políticos, pasma, funcionarios y otra chusma. Eso no le dejaba dormir tranquilo. Era un tipo muy nervioso, muy… obsesivo.

—Así que comenzó a planear su propia desaparición. ¿Y su mujer?

—Su mujer era una foca.

—No me interesa tu opinión, sino lo que pensaba hacer Manzanares con ella.

—Nada. Estaba loca. La vieja y el chico no entraban en sus

planes.

—No me has dicho dónde evadía el dinero ni cómo…

—A la isla de Jersey. Cómo, no lo sé muy bien, no entiendo mucho de ese tema. Oí algo de una fundación, pero no sé lo que significa exactamente.

—¿La isla de Jersey? ¿Por qué la isla de Jersey?

—Porque es un paraíso fiscal y está a un tiro de piedra de aquí. No es fácil entrar ni tampoco salir una vez dentro. Además, no tiene acuerdos de extradicción.

—Extradición.

—Lo que sea. No tiene acuerdos de esos con España. El viejo se defendía bien en inglés y podía pasar por uno. De joven vivió en el extranjero. Y supongo que tendría contactos en esa isla.

—¿Y por qué tardó tanto? Han pasado ya dos años desde lo del chico. Si me dices que llevaba planeándolo más tiempo…

—Porque era complicado. No se conformaba con documentos falsos el señor. Tenían que ser robados y manipulados con los datos que nos exigía, un trabajo fino. Pasaporte británico, partida de nacimiento, documento de identidad, permiso de conducir y mil papeluchos más para ser alguien en su nueva vida. Todo con ese nombre absurdo que se había inventado…

—Orion Dauber.

—El mismo. Creo que era el alias que había utilizado para abrir una cuenta en un banco de allí.

—No se puede abrir una cuenta con un alias, Santiago.

—Oiga, no sé muy bien cómo iba la cosa, ya se lo he dicho. Por seguridad, el Inglés no nos daba mucha información. El caso es que el chaval desapareció, y la poli empezó a sospechar de Manzanares. Todo el plan se vino abajo. Un mal momento para salir del país, y todavía quedaba mucho por hacer. El Inglés le recomendó que se escondiera hasta que pasase el jaleo.

—Y lo escondieron…

—No. Manzanares era listo. No se fiaba ni de su sombra. Le daba miedo que se la jugásemos, así que se las ingenió solo, o con ayuda de otros, pero no se puso en nuestras manos, no por entero. Tampoco sé a qué tipo de acuerdo llegó con el Inglés, pero sus órdenes eran tajantes: si alguien le ponía una mano encima a Manzanares, podía irse despidiendo de esta vida. Así y todo, yo me las apañé para sacarle alguna que otra propinilla cuando venía a verme al Botánico.

—Eso tampoco lo entiendo —dijo Aldo—. ¿Por qué en el Botánico? ¿Por qué a la vista de cualquiera?

—Precisamente por eso, jefe. Y porque era un maniático, ya se lo dije. Él ponía las reglas. Nunca supimos dónde se escondía. Ni por asomo hubiera imaginado que estaba aquí mismo, en la ciudad. Nos hizo creer que vivía en algún centro turístico de Levante. Lo seguimos varias veces, pero siempre lograba darnos esquinazo. En eso era un genio.

—¿Y cómo contactaban con él?

—Él se ponía en contacto con el Inglés y el Inglés nos daba instrucciones. Tal día a tal hora. Por lo general prefería espacios abiertos. El Botánico era el sitio ideal, porque además yo había conseguido meterme en el programa de reinserción y resultaba fácil encontrarme allí si había cualquier contratiempo. Me gustaba ese trabajo, ¿sabe? No le perdonaré que me lo haya jodido…

—No te apures. Hay más jardines en el mundo. ¿Qué iba a hacer al Botánico, exactamente?

—Por lo general, efectuar los pagos. También recoger algún documento. Esas cosas.

—Los pagos —apuntó Aldo en su cuaderno—. ¿De cuánto dinero hablamos?

—Entre seis y doce mil euros. Dependía. Siempre en efectivo. Esos eran los pagos chicos. El gordo lo esperábamos al final, cuando estuviera ya en Francia y listo para embarcarse a Inglaterra, y de allí a Jersey. El Inglés en persona pensaba acompañarlo en ese viaje.

—¿Y de dónde sacaba tanto efectivo? —insistió Aldo.

—Esa es la gran pregunta, jefe. ¿De dónde coño sacaba tanto billete? Supusimos que de la foca de su mujer. Luego murió ella, pero los pagos no se interrumpieron. Más de uno en la organización sospechaba que lo de la fundación era un cuento, que tenía todo el dinero que había estado robando durante años aquí, escondido en alguna parte. Ya sabe, debajo del colchón, como antiguamente…

—¿Y a nadie se le ocurrió secuestrarlo y hacerle hablar?

—Tiene madera de capo, jefe —siseó el Chino.

—Deja de adularme y contesta.

—¿Es que no me oye cuando le explico las cosas? Meterse con Manzanares era meterse con el Inglés, y se lo aseguro: nadie querría vérselas con el Inglés. Mientras él no ordenase algo así, el viejo estaba a salvo. Tengo sed…

—Aguanta un poco. ¿Te dice algo el nombre de Ana Estíbaliz Goicoechea?

—¿Por qué?

—Tú contesta.

—Sí. Anita la Puta, una mujer de armas tomar. Está casada con el Santo, o arrejuntada, no sé.

—¿Colegas de trabajo?

—Él trabaja para el Inglés, sí. Se lo tiene muy creído, pero es un matón del tres al cuarto. Ella en cambio… Tiene carácter. Y un buen polvo, aunque ya no sea joven, precisamente.

—Lo de «santo» supongo que será un chiste. ¿Cómo se llama?

—Se llama Oswaldo o algo por el estilo. No sé sus apellidos, no tengo mucha relación con él. Pero sé que el mote se lo puso Anita. Ella no está en nómina, que yo sepa. Tiene un hijo pequeño, feo como el demonio.

—Pues parece que los dos andaban tras los pasos de la hija de Manzanares.

—Me extraña. Ya le dije que el Inglés dejó de interesarse por ella hace mucho tiempo. Aunque tal vez…

—¿Sí?

—Bueno, esto es un suponer mío, pero cuando Manzanares dejó de ponerse en contacto con nosotros y de acudir a las citas que habíamos arreglado, el Inglés se mosqueó bastante. Tal vez hiciera que vigilasen a la hija otra vez, por si se ponía en contacto con ella. Pero me extraña que enviara a los dos. Al Inglés Ana nunca le hizo demasiada gracia. Y a mí nunca me comentaron que estuvieran vigilando a esa fulana.

—Una última pregunta: suponiendo que no fuerais vosotros, ¿quién podría tener interés en cargarse a Manzanares?

—Ni puta idea. Y aunque lo supiera, no se lo iba a decir a cambio de nada. Pero, quien fuera, se cargó al pollo de los huevos de oro.

—La gallina, querrás decir —le corrigió Aldo.

—El pollo, jefe. El pollo. En cualquier caso, el Inglés debe estar tirándose de las barbas. ¿Y dice que la hija también se ha esfumado?

—Ajá.

—Y que la Puta y el Santo la andaban siguiendo…

—Eso parece.

—Pues se le van a amontonar los muertos a la puerta de casa.

—¿Tú crees? —dijo Aldo con falsa apatía. Pensaba alguna frase sarcástica que responder cuando llamaron a la puerta.

—¿Señor Monteiro? —asomó un policía.

—Soy yo. ¿Qué pasa?

—Intentan comunicarse con usted, pero parece que tiene el móvil apagado o…

—Fuera de cobertura —murmuró Aldo, sacando el móvil del bolsillo—. ¿Sabe quién?

—Es el teniente Mataró. Quiere que lo llame, es urgente.

—¿No se lo decía? —dijo el Chino cuando el policía salió—. Ya empiezan a llamar a su puerta…

LIV

El motor del todoterreno se ahogó. Hacía rato que lo esperaba. El depósito estaba seco y todos los pilotos del panel de control emitían señales de alarma. Silvia se detuvo en la cuneta. El coche exhaló una especie de hipido bronco y prolongado. Del capó salió una nube de vapor que fue absorbida rápidamente por el aire gélido de la madrugada. Después, todo quedó en silencio. El viento había ido amainando a medida que se alejaba de la aldea y ahora el cielo aparecía despejado de nuevo. Seguía en mitad de una llanura pelada, desértica, que parecía no tener fin. El gajito de luna estaba muy alto y un ligero temblor en el firmamento era cuanto podía intuir de las estrellas. Silvia se arrebujó en el abrigo. Echó hacia atrás el asiento y se hizo un ovillo sobre él. Al flexionar las piernas, presionó el claxon sin querer y el ruido la sobresaltó. Le dio una patada al volante. La sensación le gustó. Pateó el volante y el panel del salpicadero con saña hasta que entró en calor. Se recostó de nuevo, un poco más relajada. Cerró los ojos.

Tenía un dolor azul en el costado izquierdo, un dolor verde en el derecho. El dolor verde era femenino, más agudo al tacto. El azul, en cambio, era un dolor masculino, menos intenso. Por más que lo intentaba no conseguía abrir los ojos, como si tuviera los párpados pegados con alguna sustancia adhesiva. Lo único que podía percibir en aquella oscuridad eran sus dolores. Se cubrió con la sábana hasta la cabeza. Hacía frío y no estaba sola. Sintió al menos tres presencias junto a su cama. Intuyó que una era su madre. Otra, su padre. La tercera era un monstruo que la acechaba. Quiso levantarse y huir, pero tampoco podía moverse. El dolor azul se oscureció. Mudó del cielo al marino, del marino al violeta. Del violeta al rojo. Quemaba. Oía a su madre, ululando ahora por el pasillo. Sintió entonces el aliento del monstruo sobre ella, helado, pestilente. El dolor verde parpadeó. Se volvió amarillo, punzante. Un niño lloró y su llanto retumbó en alguna habitación de la casa. Sintió náuseas. Un malestar penetrante en el abdomen. Pasos que iban y venían alrededor de ella y un aullido lúgubre, afilado. Tac-tac-tac. Uuuuh, uuuuuh. Tac-tac-tac. Uuuuh, uuuuuh…

Silvia abrió los ojos, se volvió y dio un chillido. El guardia civil

dejó de aporrear la ventanilla, se alejó unos pasos del coche y la apuntó con un arma.

—¡Quite el seguro, abra la ventanilla y luego ponga las manos sobre el volante, lentamente, ¿entendido?!

Al otro lado de la calzada, la sirena del coche patrulla dejó de aullar. Del vehículo se apeó otro guardia civil y se acercó a la parte trasera del todoterreno. Silvia estaba sudando. Le temblaba el pulso. Obedeció, no obstante.

—Documentación —le pidió el guardia, sin dejar de apuntar a su cabeza.

—No tengo, yo…

—¿Es ese su bolso? —El agente señaló el bolso de Ana, en el asiento contiguo. Silvia hizo ademán de ir a cogerlo.

—¡No suelte las dos manos del volante! —le gritó—. Quite una sola y acerque el bolso hacia mí, lentamente…

—Dile que te dé las llaves para abrir el maletero —dijo el otro guardia.

—Ya ha oído. Saque primero las llaves del contacto y tiéndamelas. Con cuidado, la estoy apuntando.

—Eso ya lo veo. —Silvia estaba nerviosa, pero, más que miedo, sentía indignación. Sacó las llaves y se las dio al guardia. Él se las lanzó al otro, sin dejar de encañonarla.

—Muy bien. Ahora el bolso. Sin soltar esa mano del volante.

—Esto tiene un falso fondo… —dijo el otro guardia civil— con cerradura. Pregúntale dónde está la llave.

—¿Está en ese bolso? —le preguntó. Silvia meneó la cabeza sin saber qué contestar—. Acérquemelo. Despacio…

Silvia alargó el brazo. Se disponía a cogerlo cuando oyó un chirrido metálico seguido de una imprecación detrás del coche. El guardia había forzado el falso fondo.

—¡Joder, aquí hay otro!

Fue entonces cuando vio la pistola de Ana. Había olvidado que estaba allí, sobre el asiento. Se volvió al guardia, con el bolso en el aire y la otra mano aún sobre el volante. El tipo se puso pálido.

—¡Las manos sobre la nuca! —gritó—. ¡Rodrigo, va armada!

Silvia soltó el bolso y obedeció. Mientras uno la encañonaba, el otro abrió la puerta y la sacó sin miramientos del todoterreno. La obligó a tumbarse en el suelo, con los brazos extendidos, para registrarla. Luego la levantaron entre los dos y la esposaron, detrás de la espalda.

—Me están haciendo daño —se quejó—, no tienen derecho, no saben por lo que he pasado…

—¡Cállese!

—¿Podría indicarnos quién es el muerto que lleva en el maletero, señorita?

—¿Qué?

—Déjalo, Rodrigo. Métela en el coche y pide que manden otra unidad mientras le echo un vistazo al vehículo. A ver qué te dicen de la matrícula.

—¿Quién…, quién está en el maletero? —preguntó Silvia.

—Si no lo sabe usted —contestó el guardia civil.

—Me han secuestrado, ¿entiende? Me llamo Silvia, Silvia Manzanares, y no tengo documentos porque no los llevaba encima cuando me… —Silvia sintió un dolor en el abdomen, una sensación súbita de calor en la cara. Se dobló hacia delante y vomitó, casi encima del guardia civil.

—¡Joder, vaya nochecita! —se lamentó el tal Rodrigo—. ¡Oiga, no haga eso!

Silvia se tambaleó y cayó de rodillas antes de que el guardia pudiera sujetarla. Vomitó otra vez. Un líquido traslúcido, ácido. Y, al final, sanguinolento.

—Tiene mucha fiebre —dijo el guardia, sujetándola por la frente para evitar que se golpeara la cabeza contra el suelo al vomitar.

—¡Me cago en la puta de bastos! —gritó el otro.

—Pues deja de cagarte en ella y échame una mano, ¿quieres? —le contestó el más socarrón.

Fue lo último que escuchó Silvia antes de perder el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, estaba en una cama de hospital. Sentado en una silla, frente a ella, dormitaba un agente de la Guardia Civil, tal vez uno de los que la habían detenido. No podía distinguir sus rasgos a aquella distancia.

Por la ventana se filtraba una luz grisácea. Era por la mañana. Tenía la boca muy seca, le dolía la cabeza y el costado derecho, pero sentía una tranquilidad inusual. Entonces se percató de la vía en su brazo. Estiró el cuello y vio que sobre ella colgaba una bolsa de suero, y otra más pequeña, supuso que con algún medicamento. A su derecha, una cortinilla blanca la separaba de otra cama. Podía escuchar un ronquido. Pensó en llamar a alguna enfermera, pero no le apetecía vérselas con el guardia. Suponía que ya se habrían enterado de la historia. Tal vez Ana hubiera muerto. ¿Y Yeimer? Los había abandonado en mitad de la nada, malheridos. Había amenazado a unos jóvenes con un arma de fuego. Y se había

largado. Suponía que todo eso estaría tipificado en el código penal. Más delitos que añadir al de…

Silvia sacudió la cabeza. No. No tenía ni que pensarlo. Ya casi había llegado a convencerse de que ella no tenía nada que ver con la muerte de su padre. Esa era la actitud. En cuanto a Yeimer y Ana, tal vez un juez fuera comprensivo. Estaba enajenada. ¿No era eso lo que solía decirse? ¿Y acaso no era cierto? Y el muerto del maletero, ¿lo habría soñado? Silvia suspiró. Le dolía demasiado la cabeza como para preocuparse por lo que le diría a un juez o por el muerto del maletero. ¿Por qué estaba en el hospital? Se moría por un vaso de agua y algo de información. El guardia civil echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. Al instante, los ronquidos se multiplicaron por dos. Silvia hizo una mueca de disgusto. Cerró los ojos y procuró tomárselo con filosofía.

Una media hora más tarde, sintió que alguien se acercaba a la cama y le ponía un termómetro. Abrió los ojos. El enfermero estaba cambiando la bolsa vacía de suero por una nueva.

—¿Qué tal? —dijo con suavidad.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital Provincial Virgen de la Luz, Ribera de la Calzada. Ahora vendrá el médico a hacer la ronda. Pero estás bien, no te preocupes —añadió. Le quitó el termómetro y apuntó la temperatura en el parte.

—¿Señorita Manzanares? —El guardia civil se había despertado.

—Sí…

—¿Me recuerda?

—No le veo. He perdido las lentes de contacto.

El guardia acercó la silla y se sentó a un palmo de ella.

—¿Y ahora?

—Sí. —Era el tipo socarrón.

—Anoche nos dio un buen susto.

—Ustedes me lo dieron a mí…

—Entonces estamos en paz. ¿Puede dejarnos solos, por favor? —le pidió al enfermero, que sin abrir la boca se dio la vuelta y se internó detrás de la cortina—. Siento que tenga que compartir habitación. Los recortes, ya sabe…

—¿Qué me pasa? —dijo Silvia.

—Estaba deshidratada. El médico le dirá algo más. Silvia, necesito que conteste a algunas preguntas.

Ella asintió, con desgana.

—Estamos investigando su secuestro. Pero hay cosas que no

entendemos muy bien.

—¿Cómo está ella?

—Si se refiere a la mujer que dejó tirada en la comuna hippy, sigue en la UCI.

—¿Y el niño?

—Está mejor. Sufre un shock postraumático o algo por el estilo, pero se va recuperando. Era alumno suyo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y aun así se desembarazó de él. Por no mencionar que amenazó con un revólver cargado a los chavales que intentaban ayudarla.

—Sí…

—Eso puede traerle problemas, ¿sabe? —sonrió.

—No sabía lo que hacía —repuso Silvia, seria.

—¿Puede decirme algo del cadáver que encontramos en el maletero?

—No. No tenía ni idea de que estuviera ahí.

—Lo hemos identificado. Se llamaba José Luís Díaz Castro. ¿Le suena de algo?

—No.

—¿Y el Milico? ¿Le dice algo ese apodo?

—Espere. Creo que sí. Cuando me tuvieron encerrada en aquel sitio…

—¿Qué sitio?

—No estoy segura. En las montañas, más al sur, al otro lado de la frontera.

—Da igual, continúe.

—Cuando me tenían encerrada allí, Waldo dijo que alguien les había descubierto, alguien que había enviado… ¿el Inglés?

—Prosiga.

—Sí. Ana se había quedado conmigo y él, Waldo… ¿Lo han encontrado?

—No se desvíe, por favor.

—Waldo había ido al pueblo… Idanha, eso es. Fue allí con el niño. Bueno, ese hombre dio con ellos. Estuvo hablando con Yeimer…, con el niño, en una cafetería mientras Waldo estaba en el baño. No sé qué pasó exactamente, solo que Waldo dejó a Yeimer cerca de la casa donde me tenían secuestrada para que avisara a Ana y regresó al pueblo. El niño nos dijo que Waldo nos recogería en una hora. Y eso fue todo. Cuando llegó, me pareció oírle decir que se había deshecho de él, pero no mencionó que lo lleváramos en el maletero. Fue entonces cuando dijo algo del Milico. Le tenían

bastante miedo.

—De manera que no seguían órdenes del Inglés…

—No lo creo. Le temían. Le temían más que a la policía.

—No me extraña —sonrió de nuevo el guardia—. Encontramos el cadáver de ese tal Waldo en una casona abandonada junto al pantano de Valverde. ¿Qué hacía allí?

—Buscaban el dinero de mi padre. —Silvia se preguntaba cuánto sabría el agente de su historia y cuánto debía contarle, pero no sentía fuerzas para resistirse a contestar a sus preguntas. En cierta manera, era un alivio—. Esa casona le perteneció hace muchos años. Aproveché toda la confusión que se creó con lo de ese hombre y me las ingenié para que creyeran que el dinero estaba allí…

—¿En serio? —Silvia veía su cara muy borrosa, pero percibió un repentino brillo en sus ojos.

—Se me ocurrió que, si los llevaba hasta allí, tal vez pudiera escapar.

—Para ser unos tipos tan peligrosos, actuaban de una manera algo ingenua, ¿no?

—Estaban desesperados. Él no se fiaba. Pero ella…

—¿Quién lo mató?

—¿A Waldo? —El guardia asintió sin mirarla. Tomaba notas a toda velocidad—. Ella. Ana. Él disparó primero y luego, Ana.

—¿Por qué?

—Se pelearon. No sé, fue todo muy confuso. El niño gritaba, Waldo intentó sacarme del coche para…

—¿Sí?

—Para matarme. Luchamos. Le di una patada, el arma se disparó y la bala alcanzó a Ana.

—Y ella le disparó a él.

—Sí. Eso es.

—Y, al hacerlo, le salvó a usted la vida.

—Supongo. —Silvia tosió. El enfermero volvió a pasar en aquel momento—. No puedo seguir hablando, lo siento. Estoy agotada.

—Está bien. Descanse. Seguiremos en otro momento.

—¿Me acusan de algo? —se atrevió a preguntarle.

—De momento, no. De momento —enfatizó, cerrando su libreta de notas.

LV

—¿Cuándo piensa recuperar su coche? —preguntó Aldo.

—¿No le gusta este?

—No se ofenda, pero siempre que entro en un coche patrulla me siento un poco como un delincuente pillado in fraganti.

—¿Quiere que le lea sus derechos?

—Mejor dígame lo que sabe. ¿A cuánto está Ribera de la Calzada?

—A tres horas de aquí. Algo menos, si el tiempo no empeora. Y en cuanto a lo que sé, pues más o menos lo que le dije por teléfono. Encontraron a Silvia esta madrugada en un páramo, próximo a Ribera de la Calzada, armada y con un muerto en el maletero, Díaz Castro, el Milico…

—Sicario del Inglés.

—Y expolicía nacional —apuntó Julio.

—En todas partes cuecen habas. Siga.

—Pues eso. La mujer que entró en el apartamento de Silvia era la compañera de Oswaldo Quintana, el…

—El Santo, lo sé. He hablado de él con nuestro amigo Santiago. De manera que está muerto…

—Sí. A ese lo encontró otra patrulla de la Guardia Civil en una casa abandonada a orillas del pantano de Valverde, no muy lejos de donde encontraron a la mujer: Ana Estíbaliz…

—Goicoechea —dijo Aldo tras ojear su libreta.

—Y al niño de ambos.

—Feo como un demonio, según el Chino.

—Eso no lo sé. Pero lo que sí sé es que era alumno de Silvia. Acabo de comprobarlo. Falta al colegio desde el lunes.

—El Inglés los recluta muy jóvenes. ¿Cómo están?

—La mujer, en cuidados intensivos. La bala estuvo a punto de seccionarle la aorta. El niño está fuera de peligro y se recupera, no entendí bien de qué. La Guardia Civil de Ribera de la Calzada pensó en un primer momento que Silvia se había cargado al tal Oswaldo, había herido a la mujer, y se había adentrado unos ciento cincuenta kilómetros páramo adentro hasta llegar a un pueblo fantasma. Encontró a unos okupas y se deshizo de la mujer y del niño. Luego huyó. Se quedó sin gasolina y decidió echarse a dormir. Hasta que la encontró la patrulla.

—Lo dice casi con admiración, teniente —le reprochó Aldo.

—Bueno, si lo piensa, es toda una hazaña, teniendo en cuenta que la secuestrada era ella.

—Es hija de Manzanares, Julio. De estirpe le viene al galgo.

—¡Por favor! —rezongó el teniente—. ¿Qué le ocurre? ¿Se ha cansado del santoral y se ha pasado al refranero? Porque, puestos a elegir, me quedo con los santos…

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué me dice del cadáver del maletero? ¿También se lo endosaron a Silvia?

—Ya le gustaría. No, parece que a ese se lo cargó Oswaldo con una Glock 26 sustraída del mismo calibre que hirió a la mujer. Lo llevaba Silvia cuando la encontraron. Balística dirá, pero su versión concuerda bastante con la escena. Dijo que a Oswaldo se le disparó el arma por accidente cuando intentaba sacarla a ella del coche y le dio a su mujer. Y esta, en respuesta, lo mató. No encontraron trazas de pólvora en las manos de Silvia, así que…

—Veamos qué cara pone cuando le digamos que el cadáver que encontramos nosotros es el de papá. Por cierto, ¿hizo los deberes?

—Si se refiere a las revistas, sí. Las tengo ahí, pero le prometí a la subinspectora Marcos que las devolvería hoy mismo. Estaba muy rara…

—¿Rara? —repitió Aldo, distraído.

—Alterada, no sé… Salió llorando del piso de Silvia. ¿Habló con ella?

—Sí. Me contó que habían identificado a la secuestradora —dijo el inspector—. Pero no me pareció que estuviera rara. ¿Qué hay de las revistas? ¿Tuvo tiempo de estudiarlas?

—Sin mucho detenimiento, la verdad. Me dio no sé qué ver ese nombre al pie de un poema escolar.

—¿Y bien? —se impacientó Aldo.

—Bueno, los poemas son bastante deprimentes…

—La adolescencia es deprimente. ¿Vio algo que le llamara la atención?

—Sí. Había una revista repetida. Todas tenían una estampilla del colegio de Silvia. Esta no. Por cierto, también es la última en la que Daniel escribió, un mes antes de que desapareciera.

—Y supongo que no encontró nada más…

—Sí. Una nota de Silvia autoinculpándose del asesinato de Manzanares. Está ahí, en la guantera, ¿quiere verla?

—Qué agudo, teniente. Cuando le conocí no dominaba así de bien el sarcasmo.

—Serán las malas influencias —dijo Julio—. Ya sabe: quien a buen árbol se arrima…

—Buenos santos le protegen. ¿Sabe qué día es hoy?

—Trece de diciembre —sonrió Julio.

—Santa Lucía, mártir…

—Esa la conozco. Es la de los ojos en una bandeja, ¿no?

—… Señora de la luz —continuó Aldo, sin prestar atención a Julio—, patrona de los pobres, de los ciegos, de los niños enfermos, de Siracusa y Venecia. Martirizada en el siglo IV. Cuando el mismo procónsul de Siracusa amenazó con violarla, dijo: «Aunque el

cuerpo sea contaminado, el alma no se mancha si no acepta ni consiente el mal». Al final le cortaron la cabeza. Lo de que le arrancaran los ojos no está muy documentado.

—Qué edificante —murmuró Julio.

—¿Verdad que sí? —Aldo se volvió hacia la ventanilla. Parecía absorto de nuevo.

—¿Qué está pensando? —le preguntó Julio.

—Nada. En santa Lucía. Intentaba recordar una oración que cantábamos mi hermana y yo de pequeños, pero solo recuerdo una estrofa…

—¿Y qué decía esa estrofa?

—«Danos en la tentación la gracia de resistir».

—Entiendo —suspiró Julio—. Últimamente me digo eso a menudo…

—¿Sí? —Aldo miró al teniente con interés—. ¿Y a qué tentación se resiste usted, Julio?

—Oh, nada del otro mundo —se sonrojó.

—Que yo sepa, todo lo que nos tienta está en este mundo. ¿No me lo va a decir?

—No, no tiene importancia…

—Como quiera. Siguiendo con el caso, ¿hay algo más que quiera compartir conmigo?

—¿Por qué no echa un vistazo a las revistas? Están detrás.

—Me mareo. Cuando paremos a tomar algo, mejor. ¿No me pregunta por el Chino?

—Cuénteme.

—Fue bastante interesante hablar de nuevo con él. Me desveló algunos secretillos del bueno de Manzanares. Aunque habría que ver qué hay de cierto, claro. En cualquier caso, el tipo sabe más de lo que dice. Es un engorro.

—No le sigo…

—El Chino me contó que Manzanares ya estaba planeando largarse mucho antes de que Daniel desapareciera. Por lo visto intentaba establecerse en la isla de Jersey con una identidad falsa. Había hecho un desfalco importante y temía que lo pillasen. Supongo que podríamos comprobarlo si descubriéramos a los testaferros que utilizaba ese sinvergüenza para encubrir todos sus tejemanejes.

—¿Testaferros?

—Sí. Intuyo que alguien le estaba proporcionando dinero en metálico para los pagos que tenía que hacerle al Inglés a través de una fundación que operaba en la isla de Jersey, o eso dejó caer el

Chino. No sé cómo, pero voy a consultarlo. Conozco a un sujeto repelente, un americano, que es experto en esos temas. Trabaja para el UBS, un banco suizo que no acepta cuentas de menos de medio millón de euros. ¿No puede ir más rápido?

—Hay hielo. No quiero patinar.

—¡Dios! Queda tanto por hacer y estamos tan cerca —se lamentó Aldo.

—Pues delegue un poco. Quiere abarcar demasiado.

—Ya delego en usted.

—No es suficiente.

—Pero no confío en nadie más. No en este caso. Es algo personal.

—¿Qué propone, entonces?

—Nada… No me haga caso. Ya estoy más tranquilo.

—¿En serio? ¿Y por qué se retuerce así las manos?

LVI

Silvia se despertó confusa tras un sueño profundo, producto tal vez del diazepam que le habían administrado. La silla a su lado estaba vacía. También había desaparecido la bolsa de suero, aunque aún tenía una vía en el brazo. Comenzaba a anochecer. En el pasillo se escuchaba el vaivén de los enfermeros y, a lo lejos, el chirriar de las ruedas de un carrito. La cena, pensó. La boca se le hizo agua. Se incorporó un poco. Al hacerlo, sintió una presión enorme en la nuca, un dolor agudo en la órbita de los ojos. Volvió a recostarse. Detrás de la cortina, el otro paciente se agitaba en la cama y daba profundos suspiros. Se aburre, pensó Silvia vagamente. Cerró los ojos. Otra vez tenía sueño. Demasiado, demasiado sueño…

Se sobresaltó al escuchar ruido dentro de la habitación. Se incorporó de un salto, con el pulso acelerado. Una enfermera se acercó a su cama con una bandeja.

—Silvia, ¿verdad? Tranquila —le dijo—. ¿Qué tal andamos de apetito?

—Hum —balbuceó, aturdida. La enfermera colocó la cena sobre la mesita. Silvia aspiró el olor a verduras hervidas y pollo a la plancha con más deleite del que había sentido nunca ante una comida.

—Por cierto —comentó la enfermera con aire distraído mientras le arreglaba un poco las sábanas—. Me parece que han preguntado por ti, ya sabes…

—¿La policía? —masculló, con la boca llena de verduras.

—Come despacio. Son dos: uno moreno y otro rubio. El rubio lleva uniforme de la Guardia Civil, pero el otro va de paisano. Te lo

digo para que no te coja desprevenida. Y con la boca llena.

—Gracias —asintió Silvia—. ¿Al hombre de al lado no le dais de cenar? —preguntó, al percatarse de que había dejado de oírlo.

—¿Juanillo? No. Se puso muy malito, pobre. Se lo llevaron.

—¿Se lo llevaron? ¿Cuándo?

—Hace un rato. Tú estabas dormida.

Silvia dejó de masticar.

—¿Está en la UCI?

—No —sonrió la enfermera. Silvia intuyó que era una sonrisa triste—. La UCI no ingresa a gente tan mayor cuando se complica mucho su estado. Pero come, antes de que te interrumpan. Necesitas reponerte.

Silvia asintió. Acercó de nuevo la bandeja y se llevó a la boca un pedacito de pollo. Cuando la enfermera salió, lo escupió en la servilleta. Ahora sabía terriblemente agrio. Se echó a llorar. En ese momento se abrió la puerta. Silvia dedujo que era el guardia civil que la había interrogado.

—Están aquí el teniente Mataró y el inspector Montero —le anunció.

—Monteiro —le corrigió Aldo—. ¿Silvia? ¿Cómo se encuentra?

—Bueno, yo les dejo —dijo el guardia—. Estaré fuera.

Julio le dio las gracias y cerró la puerta. Aldo se apoderó de la silla que había junto a la cama. Julio cogió la que estaba detrás de la cortina y la arrastró hasta el otro lado de la cabecera. Silvia alzó un momento la mirada y se echó otra vez a llorar.

—¿Está bien? —preguntó el teniente—. ¿Quiere un vaso de agua?

Silvia cogió aire y negó con la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Estoy muy cansada. Muy cansada…

—Lo entiendo —dijo Aldo—, pero hemos hecho un largo viaje hasta aquí para verla, es necesario que hable con nosotros. Sabemos que está agotada, no la molestaremos mucho.

Ella parpadeó varias veces al mirar al inspector. Las lágrimas la habían sumergido aún más en una nebulosa. Apenas podía reconocerlo.

—Ya me han interrogado dos veces hoy —se quejó.

—En realidad, queríamos darle una noticia. Tenemos el resultado de la prueba de parentesco. —Aldo guardó silencio y estudió su reacción. Silvia no hizo ningún ademán. Tenía la vista perdida en algún punto muy lejano—. Siento comunicarle que ha dado positivo.

Ella se volvió hacia el teniente. Lo único identificable en él era

su flequillo rubio.

—Bueno —suspiró.

—¿Bueno? —repitió el inspector—. ¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—¿Qué otra cosa puedo decir? ¿Que lo siento? No lo siento. Lo único que siento es que hasta muerto haya sido capaz de fastidiarme la vida ese hombre…

—¿Lo dice por el secuestro? —dijo Julio. Silvia asintió.

—¿De qué otras maneras le fastidiaba su padre? —preguntó Aldo.

—El pasado, pasado está. No quiero volver sobre él.

—El pasado está empañando su presente, Silvia. Sabemos que la secuestraron dos sicarios que extorsionaban a Manzanares. Forman parte de una organización criminal muy peligrosa…

—No —dijo ella—. No trabajaban ya para ese… Inglés. Estaban mal de la cabeza, creían que yo sabía dónde escondía mi padre no sé qué suma que les debía. Dinero. Solo buscaban eso.

—¿Qué dinero?

—No lo sé. Pero les hice creer que sí, para ganar tiempo. De lo contrario me…

—¿Sabe, Silvia? —Aldo cambió de tema—. Tenemos a un compañero de sus secuestradores entre rejas. Resulta que trabajaba en el Jardín Botánico.

—¿Y? —Silvia no mostró sorpresa alguna.

—Verá: Manzanares visitó el Botánico poco antes de fallecer. Muy, muy poco antes. Lo sabemos por una serie de evidencias que la Policía Científica encontró junto al cadáver. De hecho, creemos que alguien lo atacó allí mismo, en el jardín. Solo que no murió en el acto. Permaneció consciente unas horas, antes de…

—No sé por qué me lo cuenta —le interrumpió Silvia—. La verdad, no me interesa saber los detalles.

—Pues debería, porque eso sucedió a principios de noviembre. El día tres, para ser exactos. Y, vaya, qué coincidencia: ese día usted también visitó el Botánico, con el colegio. ¿Lo recuerda?

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿Qué pretende, inspector? ¿Intimidarme?

—Lo que digo es que usted estaba en el mismo lugar, el mismo día, en torno a la misma hora en que posiblemente fue atacado su padre —continuó Aldo—. Una casualidad extraordinaria, ¿no cree?

Silvia no respondió. Siguió mirando con expresión vacía al inspector, como si fuera transparente.

—¿No tiene nada que decir? —se impacientó Aldo.

—Fui al Botánico porque el director me lo pidió. La compañera que debía ir estaba mala… O tenía que cuidar a un familiar que estaba enfermo, no lo recuerdo. No era mi grupo.

—Lo sé. También sé que ese día usted desapareció de la vista de su compañero y de los niños durante aproximadamente una hora. ¿Qué hizo durante ese lapso?

—¿Se refiere a lo que pasó en el invernadero?

—No me responda con otra pregunta, Silvia.

—Me mareé. Tuve una bajada de tensión. Pedro, mi compañero, me sugirió que saliera a tomar algo. La atmósfera en el invernadero era irrespirable. Busqué una cafetería en el parque, pero no había, de manera que tuve que salir…

—¿Adónde fue?

—A un bar de la zona. No recuerdo el nombre. Saliendo del Botánico y cruzando la avenida, justo enfrente.

—¿Alguien que corrobore que usted estuvo allí entre… —Aldo consultó sus notas— la una y cuarto y las dos, aproximadamente, del tres de noviembre? ¿Cómo entró en el Botánico de nuevo?

—No sé si alguien me vio. —Silvia se encogió de hombros—. Y entré mostrando el tique. Oiga, esa mañana, cuando llegué al colegio, ni siquiera sabía que iría al Botánico. De manera que tiene usted razón: supongo que es una casualidad muy gorda que mi padre también estuviera allí, si es cierto lo que dice. Pero yo no lo vi.

—No parece demasiado sorprendida, sin embargo.

—Estoy en estado de shock, inspector —contestó, cáustica.

—Es comprensible —se apresuró a decir Julio.

Silvia se volvió hacia el teniente, el semblante grave.

—¿De verdad le parece comprensible? Porque a mí me parece que ustedes no entienden nada. De lo contrario no habrían venido hasta aquí para acosarme, después de todo lo que he tenido que soportar en estos últimos días, como si la criminal fuera yo… ¿Por qué, si ya tienen a un sospechoso, intentan incriminarme a mí?

—No hay un único sospechoso en este caso —dijo Aldo.

—Pues, si tiene algo en mi contra, deténgame. Y, si no, déjeme que me recupere en paz.

—¿Y Daniel? ¿Sigue sin importarle? —continuó Aldo, impasible.

—No siga por ahí, inspector. Ya dije lo que tenía que decir sobre ese asunto. No sé nada. Ojalá no fuera así, pero no sé nada…

—¿Está segura de que no vio ni habló con su hermano en algún momento antes de su desaparición? —improvisó Aldo—. ¿No le pidió ayuda? ¿No intentó ponerse en contacto con usted? Cuando

entramos en su casa….

—¿Mi casa? ¿Han registrado mi casa? —Silvia se revolvió en la cama.

—El director se alarmó al ver que no acudía al trabajo ni respondía a sus llamadas y avisó a la policía. De todos modos, su piso ya había sido allanado.

—Lo sentimos —murmuró Julio.

—Ya…

—Conteste a mi pregunta —insistió Aldo—. ¿Le pidió ayuda Daniel?

—¿Ayuda? ¡Claro que no me pidió ayuda! —exclamó Silvia—. Disculpe, pero creo que no voy a contestar a más preguntas que no tengan que ver con mi secuestro —concluyó tras una pausa, con el tono más frío que pudo articular.

Aldo se levantó y le dio la espalda. Julio lo observó con cierto disgusto.

—¿Cómo está Yeimer? —preguntó ella, nerviosa.

—¿De verdad le interesa saberlo? —dijo Aldo.

Silvia apretó los puños. Sintió ganas de arrojarse por la ventana, de ser engullida por el vacío. Pero lo que más deseó fue tirarle la bandeja a la cabeza —con la cena casi intacta— a aquel energúmeno, gritarle la verdad, acabar de una vez por todas con aquel suplicio. Eso es lo que quiere, se dijo. Te está poniendo a prueba. Y no estás en condiciones de jugar con él a esto. Ahora no.

—Se acabó.

—¿Cómo dice?

—Digo que se acabó. No tengo por qué aguantar su mala educación ni sus preguntas tendenciosas ni su falta de respeto. No voy a seguir hablando con usted. Es más: voy a denunciarle. Voy a pedir que no se acerque a mí nunca más. Voy a…

—Un momento, Silvia —intervino Julio—. No se precipite…

—No tengo nada contra usted, pero, si no salen los dos ahora mismo de esta habitación, llamaré a un abogado o a un juez o a quien tenga que llamar para conseguir que se alejen de mí, así tenga que pedírselo al rey.

—Siento decirle, Silvia, que tengo motivos más que fundados para considerar que está usted involucrada en la muerte de Manzanares. Además, estamos barajando abrir diligencias para investigar otros delitos: omisión del deber de socorro, amenazas, encubrimiento —enumeró Aldo—. Creo que ahora mismo no está en posición de denunciarnos por hacer nuestro trabajo.

—Pero tengo derecho a que un abogado esté presente cuando

me interroguen, ¿no es así?

—Esto no es un interrogatorio. Solo una entrevista.

—Pues por lo que a mí respecta, inspector, esta entrevista ha concluido.

—Como quiera —dijo él—. ¿Teniente? —Julio se levantó, un tanto compungido, y siguió a Aldo.

Antes de salir, Monteiro se volvió hacia ella.

—Puede que en las próximas horas reciba una citación, Silvia. Le conviene colaborar con nosotros si quiere evitar males mayores, no lo pierda de vista. En fin. Que se mejore. —Aldo cerró la puerta con suavidad.

Julio iba en retaguardia, con el ceño fruncido, aguardando una palabra de Aldo. El inspector avanzaba por el pasillo aparentemente absorto en sus pensamientos, sin prestarle la más mínima atención. Julio lo aferró por el brazo.

—¿Puede decirme qué ha pasado ahí dentro? —dijo, exasperado.

—Tenemos prisa, ya hablaremos más tarde.

—No. Quiero que me lo explique ahora. ¿A qué vino ese numerito? ¿Me he perdido algo?

—Entiéndalo. Estaba en baja forma, una ocasión de oro que había que aprovechar. No tendremos muchas más oportunidades de cogerla desprevenida.

—¿Coaccionándola? ¡Parecía un perro de presa, Aldo!

—No exagere, hombre. Solo la presioné un poco.

—¿Sí? ¿Y ha servido de algo? Porque mucho me temo que iba en serio con lo de la denuncia. No volverá a colaborar con nosotros, y tiene toda la razón del mundo. Y en cuanto a detenerla…, ha sonado a intimidación. Una amenaza injustificada: no tenemos pruebas ni arma homicida; nada que relacione a Silvia con la muerte de Manzanares, salvo una coincidencia. ¿En eso se basa, Aldo? ¿En una visita al Botánico que ni siquiera tenía programada? ¿Por qué sospecha de ella y no del Chino? Eso aún no lo comprendo…

—Porque seguro que ella tiene un móvil, y el Chino, no, Julio. Para el Chino, Manzanares era una fuente de ingresos. No tiene sentido cargarse a la vaca. Para Silvia, en cambio, era un tipo que le creaba problemas, incluso muerto. Ella misma lo ha admitido, ¿no?

—Ya. Solo que en el caso de Silvia todos los indicios son circunstanciales. Y no tiene antecedentes, como el Chino. Con semejantes acusaciones, no iremos a ninguna parte.

—Eso es lo de menos, teniente.

—¿Lo de menos? —repitió Julio, atónito.

—Solo quería averiguar algo. Y lo he conseguido —dijo con satisfacción.

—¿En serio? —Julio tuvo ganas de darle una patada en la espinilla. No soportaba que le sonriera de aquella forma mientras discutía con él—. ¿Y qué ha descubierto? —preguntó, casi a regañadientes.

—Tres cosas. La primera, que es una actriz estupenda, con mucho autodominio…, siempre que se conozca el papel. Pero no se le da bien improvisar. No movió un solo músculo cuando le nombré el Botánico, ni siquiera cuando le di a entender que el Chino pudo sorprenderla con Manzanares. Sabía que tarde o temprano descubriríamos que había estado allí y tenía la actuación preparada. Sin embargo, cuando nombré a Daniel y el registro… Ahí perdió un poco el control.

—¿Y?

—Pues que ahora sé que Daniel sí se puso en contacto con ella antes de su desaparición. Esa es la segunda cosa que he averiguado hoy. Y la tercera es que, efectivamente, nos oculta pruebas.

—¿Y todo eso lo dedujo por su reacción?

—También lo vi en sus ojos, Julio. Claro como un charco de pis.

—¿Un charco de qué?

—Déjelo. Se hace tarde y aún queda mucho por hacer. ¿Qué le parecería pasar la noche en algún lugar con encanto, teniente? —Aldo echó a andar sin esperar su respuesta.

Julio se atragantó. Aldo se volvió hacia él.

—Invito yo —sonrió—. Lo añadiré a las dietas.

—¿Un lugar con encanto? ¿Qué lugar?

—Ruinas de Santa Marina.

—¿Qué?

—Si salimos ahora, todavía podré importunar a algún juez para conseguir una orden de exhumación antes de la cena, mientras usted intenta recuperar su coche. Es un buen plan, ¿no cree?

—¿Orden de exhumación?

—Sí, hay que trabajar rápido. Se nos agota el tiempo.

—Pero ¿qué quiere exhumar, Aldo?

—Los restos del otro Daniel…

—¿Del otro Daniel? ¿Por qué? —insistió Julio, siguiendo al inspector hasta el ascensor.

—He pensado mucho últimamente en ese lugar. El cementerio, me refiero. ¿Recuerda la inscripción que había en la entrada?

—No sé qué del templo y de la muerte…

—«Templo de la Verdad es el que miras. No desoigas la voz con que te advierte que todo es ilusión, menos la muerte». Es una señal.

—Aldo, ¿habla en serio? ¿Ahora tiene usted revelaciones, como los iluminados?

—No. No es eso. Es que me gustan las revistas de divulgación. Siempre tengo alguna en el baño. Y anoche leí un artículo muy interesante sobre tesoros ocultos.

—¿Tesoros ocultos? ¿En cementerios?

—En graneros, en cuevas, entre los cimientos de las casas, y también en cementerios, sí.

—¿Buscamos un tesoro, entonces?

—Qué va. Es que exhumar cadáveres es la bomba, ¿nunca lo ha hecho?

—Sí, y no es agradable. Sobre todo para la familia.

—Ah, pero estos cadáveres no tienen familia.

—Silvia —le recordó Julio.

—Silvia hace tiempo que renunció a ellos, no creo que le importe mucho. Ya encontraremos la manera de conseguir su autorización, si fuera necesario.

—¿Y puede decirme, al menos, qué piensa encontrar?

—Pues… muestras de ADN para verificar una identidad…

—¿En serio?

—No. Pero no se me ocurre nada mejor para convencer a un juez. Ya pensaremos algo.

—Un lugar con encanto —repitió Julio—. Preferiría pasar la noche en un motel de carretera, aunque fuera el de Norman Bates.

—Con qué poco se conforma. —El inspector se apresuró hacia el vestíbulo del hospital. Antes de alcanzar la puerta, se detuvo en seco, con aire ensimismado.

—¿Y ahora qué? —se impacientó el teniente.

—Qué torpeza… He olvidado preguntarle algo a Silvia. Enseguida vuelvo, vaya recogiendo el coche.

—¿Pero adónde va? —le espetó Julio—. ¡No lo compliques más, no va a querer hablar contigo! —le gritó.

—¡Tú vete trayendo el coche! —contestó Aldo, sin tan siquiera volverse—. ¡No tardo ni cinco minutos!

Julio suspiró. Lo más sorprendente era que se habían tuteado. Por primera vez. Después de todo, pensó, algún encanto tendrá Santa Marina.

Tercera parte

Silvia comenzaba a lamentar haber perdido la paciencia con el inspector. Aquella salida de tono no había sido nada inteligente por su parte. Estaba claro que Monteiro pretendía echarle el anzuelo, y ella por poco lo muerde. ¿A qué pruebas se refería? ¿Quién era ese otro sicario? ¿Qué hacía trabajando en el Botánico? Recordó entonces que Ana había mencionado algo sobre un tipo al que habían detenido. De hecho, ¿no fue por eso que se presentó con Yeimer en la casa, porque el Inglés sospechaba que Waldo lo había delatado y temía sus represalias? Pero ¿qué tenía que ver aquel desconocido con ella? ¿La habría visto en el Botánico? ¿Pretendía Monteiro usarlo como testigo o solo quería intimidarla? Dudaba mucho que un juez admitiera el testimonio de un delincuente como prueba. Silvia sonrió con amargura. En conciencia, solo sentía haber dejado a Yeimer tirado en aquella aldea, y estaba dispuesta a asumir las consecuencias. Lo más preocupante era la insistencia de Monteiro por saber si Daniel se había puesto en contacto con ella. Por momentos deseaba hablar. Por momentos deseaba que alguien pudiera absolverla. Solo que Monteiro no le parecía la persona adecuada. Él nunca mostraría el más mínimo atisbo de piedad. De comprensión.

—Pero ¿por qué? —exclamó. En ese momento, se abrió la puerta. Una silueta asomó por el quicio. Silvia guiñó los ojos, sobresaltada.

—¿Por qué qué? —Oyó la voz de Monteiro.

—¿Qué hace aquí otra vez? —Silvia notó que se había puesto roja.

—No se inquiete, solo vengo a disculparme. ¿Puedo pasar?

Silvia sonrió. Una sonrisa tensa, de compromiso. No podía improvisar nada mejor.

—Si no trae un pelotón de fusilamiento —contestó—. Parece que es inútil librarme de usted. ¿Necesito un abogado?

—Entiéndalo, Silvia. No es nada personal. En una investigación, todos los implicados son, de alguna manera, sospechosos hasta que se vayan aclarando los hechos. Pero reconozco que perdí un poco el temple y…

—Disculpe que se lo diga, pero usted no es de los que pierden el temple. No tengo mucha experiencia en métodos policiales, por

fortuna, pero no soy tonta.

—¿A qué se refiere?

—Es obvio que intenta asustarme. Y se equivoca. —Silvia agitó la mano en el aire—. Da igual. Acepto sus disculpas.

—También me preguntaba si podría ayudarme a resolver una pequeña duda. —Aldo se acomodó en la silla que había ocupado momentos antes. A Silvia el corazón le dio un vuelco. Tragó saliva y miró al inspector con los ojos entrecerrados.

—¿Una duda?

—Sí, solo una, se lo prometo. Y me voy para que descanse.

—En paz —añadió ella, reclinando la cabeza en la almohada, con gesto de abandono—. Está bien. Pregunte. Pero me reservo el derecho a contestar.

—Es sobre su otro hermano. El primogénito: Daniel. —Ella arqueó las cejas, sorprendida—. ¿Por qué nunca lo nombró durante la investigación? ¿Por qué nadie lo hizo?

Silvia guardó silencio mientras sopesaba la respuesta.

—Porque nadie me preguntó por él —murmuró—. Yo tenía dos años cuando ocurrió el accidente. Supongo que sabe que murió en un accidente de tráfico…

Aldo asintió.

—Siga —le pidió.

—Eso es todo. Cuando murió, mi madre guardó todas sus cosas en una habitación y la cerró con llave. Nadie, que yo sepa, volvió a entrar allí. Jamás volvimos a mencionarlo.

—¿Por qué?

Silvia hizo una pausa.

—No lo sé bien, inspector. No creo que haya una sola respuesta. Mi madre nunca logró superar la muerte de Daniel. Su ausencia lo llenaba todo. Para mí era natural no mencionarlo, tanto como apagar la tele cuando empezaba su programa favorito o saber qué canciones no podía cantar, qué cuentos no podía pedir que me leyeran de noche, porque eran sus canciones y sus cuentos, los que mi madre le contaba. No es que me lo hubieran prohibido de manera explícita. Tan solo era así. Me acostumbré a obviarlo. Todos nos acostumbramos a hacerlo. El silencio es contagioso, ¿sabe?

Aldo asintió.

—Supongo que no recuerda nada del accidente. —Silvia negó con la cabeza—. ¿Iba usted en el coche?

—No. Sé que habíamos ido a Casas Viejas, el pueblo de mis abuelos. Mis padres salieron a cenar con unos amigos y se llevaron a Daniel. Creo que el otro matrimonio tenía un niño de su edad. A

mí me dejaron con mi abuela. El accidente ocurrió cuando regresaban a casa, o eso oí decir. Nunca supe muy bien qué pasó.

—¿Sabe quiénes eran esos amigos?

—Ni idea. Ya se lo he dicho: mis padres nunca mencionaban el accidente. Lo que sé lo supe mucho tiempo después.

—Entiendo. Lo que no comprendo es qué llevó a doña Águeda a tener otro hijo tantos años después ni por qué decidieron llamarle Daniel, un nombre ligado a tanto sufrimiento.

—¿Nunca le han dicho que mi madre estaba loca? —Silvia aguzó la mirada, tratando de distinguir las facciones del inspector. Él asintió, con un leve movimiento—. Supongo que intentó sustituir a uno por el otro. No lo sé. El ambiente en casa era asfixiante. Me fui de allí con dieciséis años y el internado de monjas me pareció un paraíso al lado de aquello.

—¿Qué me dice de la fecha de nacimiento de su segundo hermano?

—No entiendo…

—Es la misma que aparece en la partida de defunción del primer Daniel: trece de septiembre.

—¿En serio? —Silvia titubeó—. No tenía ni idea…

—¿Es que ni siquiera sabe cuándo nació su hermano?

—Daniel nació el veintitrés de mayo de 1989 —contestó ella, cortante—. No sé de dónde lo ha sacado, pero desde luego no nació el trece de septiembre.

—Veintitrés de mayo, san Desiderio, mártir —susurró el inspector.

—¿Cómo dice?

—Nada, cosas mías. De manera que los datos que constan en el Registro son falsos. Un detalle que me habría llamado bastante la atención en su momento si hubiera sabido que existía otro Daniel…

—Lo siento. Nunca se me pasó por la cabeza que la policía no lo supiera. De todos modos, ¿qué importancia tiene que Daniel naciera en un mes o en otro? ¿Cambia algo?

—Eso aún no lo sé. Supongo que es inútil preguntarle si recuerda quién inscribió a Daniel en el Registro Civil.

—No, no lo sé. Mi padre, supongo.

—Tiene muchas lagunas mentales…

—No lo niego. No es una época que desee recordar.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho. Tuve una adolescencia difícil.

—¿Y quién no? Pero no todos huyen de casa con dieciséis años. Me intriga saber por qué lo hizo —cargó de nuevo Aldo.

—No hui. Ojalá. Los estudios no me iban bien, fueron mis padres los que decidieron mandarme a un internado. Por favor, no deseo hurgar más en esa historia…

—Una última cosa, se lo ruego. ¿Conoce a un hombre llamado Jerónimo Flores Carrillo?

—No. ¿Quién es?

—Creo que fue chófer de su padre durante unos cuantos años.

Silvia frunció el ceño, pero enseguida recobró la misma expresión de aburrimiento.

—Recuerdo a un chófer, sí. Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué le ocurre?

—Murió hace dos años, poco después de la desaparición de Daniel. En un accidente de coche, precisamente. ¿No lo sabía?

—No.

—¿Sabe si le prestaba algún otro servicio a su padre?

—¿Otro servicio? No entiendo.

—No sé, tal vez de chico de los recados…

—¿Chico de los recados? No tenía pinta de chico de los recados. Siempre me pareció viejo. Un hombre alto, muy delgado, con una cara afilada y antipática.

—Vaya, ahora sí que lo recuerda. No le gustaba demasiado, por lo que veo.

—Ni me gustaba ni me dejaba de gustar. Era el chófer de mi padre, no solía hablar con él.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Poco antes de irme de casa. Hace más de quince años. Disculpe, pero me duele mucho la cabeza. Necesito descansar.

—Desde luego. No pretendía importunarla. Espero, Silvia, que algún día lleguemos a entendernos. —Aldo se levantó de la silla—. Otra cosa: si recibiera una petición judicial para exhumar el cadáver de su hermano, ¿pondría algún impedimento?

Silvia se incorporó.

—¿Exhumar el cadáver? ¿Por qué?

—No puedo explicárselo ahora, pero sería un gesto que tendría muy en cuenta.

—Bueno…, tengo que pensarlo. No puedo decidirlo sin más. Aunque supongo que no tendría inconveniente.

—Gracias. En fin, la dejo descansar. En cuanto a lo que le dije antes, tal vez exageré. Pero le rogaría que permaneciera localizable hasta que la investigación haya concluido.

—De momento, inspector, aquí estoy. Aún no sé cuándo me darán el alta. —Aldo asintió y se dirigió a la puerta—. ¡Espere!

—¿Sí?

—Me preguntaba qué pasará ahora con los restos de mi padre…

—Pues… Depende. Tiene una tumba en el cementerio de Santa Marina, si no me equivoco. ¿Por qué?

—Porque lo único que me faltaba es tener que cargar yo con los gastos de su entierro.

Aldo sonrió.

—Supongo que algún albacea se pondrá en contacto con usted cuando demos a conocer el resultado de la prueba de ADN y le informará de sus últimas voluntades. De momento, continúa en una cámara frigorífica. No se preocupe.

Cuando oyó los pasos del inspector alejarse por el pasillo, Silvia respiró. Tenía la mandíbula casi desencajada. He estado a punto de hablar más de la cuenta…, si es que no lo he hecho, se recriminó. ¿Ahora iba de tipo comprensivo? No, no iba a picar. La partida de nacimiento de Daniel, exhumar los restos del niño… ¿Qué podría significar todo aquello? Se mordió una uña. Lo peor ya había pasado. No iba a dejarse derrotar. Debía recuperar el control.

Silvia apagó la lamparita y se rindió al sueño.

Cuando la enfermera del turno de noche entró a hacer la ronda, la oyó balbucear algo que pudo entender solo a medias mientras la arropaba. ¿Una presa y un alfiler? La enfermera sonrió. ¿Qué presa pretendía cazar aquella chica con un alfiler?, se preguntó, saliendo sin hacer ruido.

LVIII

Eran cerca de las once cuando llegaron a Santa Marina. La temperatura había descendido casi diez grados durante el trayecto. De los plátanos de la plaza de los Mártires Hebreos colgaban carámbanos helados. El casco viejo parecía un decorado iluminado donde solo faltaban los actores. Una capa de escarcha cubría los bancos de la plaza y el capó de los coches, tan pulcra que parecía haber sido puesta adrede para la representación de un auto sacramental. Julio aparcó cerca de la hemeroteca.

—Cuidado al bajarse, no resbale —dijo Aldo.

—Gracias por recordármelo —contestó Julio con una mueca burlona. Sin embargo, le hizo caso—. Mire, ahí fue donde intentaron atropellarme… Este sitio me trae malos recuerdos. ¿Dónde queda el hostal?

—¿No quiere cenar primero? Sé de un sitio estupendo por aquí cerca.

Julio miró su reloj y bostezó. Una nube de vaho se escapó de su boca. Eso le recordó que no había fumado en más de tres horas. A

decir verdad, aquel día apenas había tenido tiempo de dar alguna que otra calada. Lejos de reconfortarle, la idea le provocó una sensación de insatisfacción aguda. Echó mano a la cajetilla: solo le quedaba un cigarrillo. Vaciló antes de sacarlo.

—Son las once —comentó—. ¿No tienen hora límite de entrada en ese hostal?

Aldo sonrió y se echó a caminar.

—Es un hostal, no un cuartel. Ya les dije que llegaríamos tarde.

—Está bien. Cenemos. —Julio no tenía mucho apetito, pero le angustiaba quedarse sin cigarrillos toda la noche—. ¿Dónde me lleva? Por favor, que no sea al mesón ese… El Auverge des… lo que fuera —dijo, lúgubre.

—Por supuesto que no. A la catedral se va por ahí, ¿verdad? —Julio asintió, aunque no estaba muy seguro. Todo lo que deseaba en aquel instante era disfrutar su último cigarrillo. Siguió al inspector, pisando con precaución el empedrado helado. «Sierpes», leyó en una placa. Apropiado nombre para una callejuela tan sinuosa.

A pesar de la cercanía de las fiestas y las lucecitas de colores que atravesaban las calles de fachada a fachada, todo parecía muerto. Muerto y congelado. Aldo y Julio no hablaron hasta que desembocaron en la plaza de la catedral, una explanada amplia, sobria, desangelada a aquellas horas. Un coche patrulla de la policía aminoró la marcha al pasar junto a ellos y siguió de largo.

—Aquí no hay nada —se quejó Julio.

—Sí que lo hay, lo tiene justo enfrente.

—¿El Parador Nacional? —Aldo asintió—. No lo dirá en serio…

—Le prometí un lugar con encanto. Y, ya que el hostal no es nada del otro mundo, que el restaurante lo sea.

—Me conformaba con un café con leche caliente y una napolitana en cualquier cafetería —murmuró el teniente, preguntándose si venderían tabaco en aquel sitio.

El Parador Nacional de Santa Marina ocupaba el solar de un palacio del siglo XVI en el que, según los cronistas, Carlos I había pernoctado al menos en una ocasión, allá por la revuelta de las comunidades. Desde el vestíbulo principal —decorado con armaduras y tapices que mostraban escenas de cetrería— se accedía a un patio interior, y desde allí, al restaurante, construido en las antiguas caballerizas. Julio se tranquilizó tras encontrar una máquina de tabaco y comprobar que había zona de fumadores. El comedor, abovedado en piedra vista, olía a leña y, tenía que reconocerlo, rezumaba encanto. Apenas quedaban clientes. El

camarero le puso la carta delante de las narices, servicial y taxativo a partes iguales.

—¿Qué desean beber los señores? —dijo con una sonrisa distante, las manos detrás de la espalda. Julio lo miró de reojo. No estaba mal.

—¿Prefiere carne o pescado? —preguntó el inspector.

—Carne —contestó, sonrojándose. Al leer la carta de vinos, el estómago se le encogió—. No quiero vino. Solo agua.

—¿Agua? Tonterías. Nos trae una botella de… ¿Le gustan los espumosos, Julio?

—Bueno…

—Este mismo —señaló el inspector.

—Conte di Cavour —asintió el camarero, pomposo. El inspector le devolvió la carta.

—Yo ya sé qué quiero. ¿Usted? —Julio hizo un gesto negativo—. Pues, de momento, traiga el vino.

—Creí que no bebía.

—Raramente. Pero no le hago ascos a un vino bueno cuando la ocasión lo merece.

—Pues ya será bueno con lo que cuesta. —Julio se preguntó qué merecería semejante dispendio. Decidió averiguarlo—. ¿Qué ocasión es esa, Aldo?

—Tengo un buen presentimiento. Con respecto al caso, quiero decir. ¿Sabe ya lo que va a comer? Me muero de hambre.

—¿A cuál de los dos casos? —dijo Julio, algo decepcionado con la respuesta.

—A los dos. Aunque el de Manzanares está bastante claro para mí. Si pudiera presionar a Silvia un poco más, acabaría confesando, estoy seguro. Deje que le oriente: el solomillo tiene buena pinta.

—No, no. Prefiero otra cosa. Mero langostinado. Suena exótico.

—¿No dijo que quería carne?

—Ehh… ¿Por qué sigue erre que erre con Silvia?

—Ya se lo he dicho, Julio. Porque de momento es la única sospechosa que reúne dos de los requisitos fundamentales: la oportunidad y un móvil convincente. Ahora es la heredera universal… —Aldo guardó silencio al ver llegar al camarero—. Perfecto —dijo tras dar un sorbo a la copa que acababa de servirle —. Tome nota, por favor: solomillo a la brasa con teja de vinagre de sidra para mí, un mero langostinado para él. ¿Quiere ensalada, Julio?

—No.

—Pues una botella de agua mineral. ¿Qué me decía? —continuó

cuando el chico se dio la vuelta.

—Silvia. Entiendo lo que dice de los dos casos. —Julio miró con disimulo al camarero mientras se alejaba—. Pero no sé por qué sigue hablándome de ella. No estamos en Santa Marina por Silvia, sino por Daniel.

—Daniel, Silvia, Manzanares: es un todo. Para ver el todo, hay que unir las piezas que ya tenemos y encontrar las que nos faltan. No puede verlos como casos diferentes, Julio. Es obvio que no lo son. Cuando encontremos la conexión entre uno y otro, todo resultará más fácil.

—Hum… —Julio saboreó el vino—. Qué bueno. A propósito, ¿no sería mejor que me entrevistara yo con el juez para pedir su descabellada orden de exhumación?

—No se ofenda, teniente, pero tengo más picardía que usted para conseguir ese tipo de cosas. Y siempre puedo dejar caer mis contactos en la Fiscalía. Usted recupere su coche y vaya al Registro Civil. Necesitamos una copia literal de la partida de nacimiento del primer Daniel. Intentaré localizar al amigo del otro mientras tanto. Espero que siga aquí. Y habrá que pasarse por el ayuntamiento para consultar el registro de defunciones y el de inhumaciones del cementerio.

—¿Cuántas tumbas más piensa profanar?

—Eso depende de lo que encontremos en esta…

—¿A Daniel?

—Eso me temo.

—¿En la tumba de su hermano? —Aldo asintió—. ¿Y por qué? ¿Por qué en el cementerio, por qué en esa tumba? Ya puestos a elucubrar, podría estar en cualquier otra…

—No, en cualquier otra, no. Ha de ser en una que Manzanares supiera que no iba a ser abierta en mucho, mucho tiempo. Eso nos deja pocas posibilidades: sepultura en propiedad, a perpetuidad, individual y con restos. No se arriesgaría a esconder el cadáver de Daniel en una vacía o que pudieran abrir para enterrar a alguien más. Manzanares compró cuatro parcelas individuales en los años setenta: la de Daniel, la de doña Águeda, la suya propia… y una más, la de Silvia, supongo. De esas cuatro, dos están ya ocupadas. Y solo una, la del primer Daniel, cumple todos los requisitos.

—¿La de Águeda no los cumple? —preguntó el teniente, distraído.

—No. No en el momento en que Manzanares tuvo que deshacerse del cadáver. Águeda murió hace un año. Hace dos, su tumba estaba vacía. No cumplía uno de los dos requisitos, por

tanto. ¿Me sigue?

—Más o menos. Y todo esto se le ha ocurrido leyendo una revista de divulgación…

—Bueno, también intuyo que Flores seguía trabajando para Manzanares cuando el chico desapareció. Al menos indirectamente, ya que estaba contratado por esa empresa, Nubia SL. Ahora, piense en esto: Manzanares asesina a Daniel por motivos que aún desconocemos. Tal vez fuera un accidente, nunca se sabe.

—Homicidio involuntario —asintió Julio—. Entra en pánico y decide deshacerse del cuerpo.

—Exacto. Pero debe hacerlo en cuestión de una o dos horas, antes de que doña Águeda o las chicas del servicio regresen. Alguien tuvo que ayudarle. Ahí entra en escena Flores, que a cambio recibe un inmueble valioso, propiedad de doña Águeda.

—Un regalo demasiado ostentoso, usted mismo lo dijo. Y poco práctico. Además, está lo del pago de transferencias patrimoniales —objetó Julio.

—Ostentoso o no, era la única manera de escapar al control policial. La propiedad no era un bien ganancial, así que la donación nos pasó desapercibida. Por otro lado, si Manzanares le hubiera pagado en metálico, Flores no habría resistido la tentación de jugarse un buen pellizco en algún casino, llamando la atención sobre la procedencia del dinero. Demasiado arriesgado. Tanto que, de todos modos, se lo acabó cargando.

—Más vale prevenir que curar —sentenció Julio.

—Eso es. Seguro que Manzanares lo conocía bien. Sospecho que él enchufó a Flores en esa empresa cuando perdió el favor de los demás «gentiles» de Santa Marina, aunque hacerle encargado de cementerio…, no sé, parece una especie de castigo. En cualquier caso, ¿qué mejor sitio para ocultar el cadáver que el cementerio? Con Flores allí, el acceso era pan comido —concluyó, satisfecho.

Julio enarcó las cejas, de un trago se acabó el vino y miró al inspector, circunspecto. El camarero regresó con la comanda, silencioso como un gato. El teniente aguardó a que les sirviera.

—¿Por qué ha tardado tanto en contarme esa teoría suya? —dijo cuando se alejó.

—Con toda sinceridad, Julio: porque se me ocurrió en el mismo instante en que le dije que iba a pedir una orden de exhumación. —Aldo trinchaba la carne casi con ansiedad—. Lo de la subcontrata que gestiona el cementerio lleva rondándome la cabeza desde que usted habló con el capitán… ¿Herranz? —Julio asintió—. Pero fue ayer, cuando ojeé ese artículo sobre tesoros escondidos, que logré

establecer una conexión entre Manzanares, Flores, Nubia SL y la desaparición de Daniel. Solo es una corazonada —añadió, con la boca llena—. Puede que me equivoque. No le oculto nada. ¿Por qué desconfía tanto de mí, Julio?

—Es que sé tan poco de usted…

—Y yo de usted, y no pongo en tela de juicio constantemente cuanto dice, hace o piensa. ¿Podemos dejar ya esta discusión? Le prometí una velada encantadora y me la está boicoteando.

—Tiene razón —admitió Julio—. De manera que Daniel no nació en septiembre, sino en mayo —continuó, por cambiar de tema.

—Eso afirma Silvia. De ser verdad, el médico que certificó su nacimiento mintió. Habría que encontrarlo y tener una charla con él. Se llama… Vaya, olvidé los papeles en el coche, recuérdeme que vaya a por ellos antes de irnos a dormir. Creo que se apellidaba Nebrija. O Nájera o algo igual de rimbombante.

—¿Nájera? —Julio soltó los cubiertos. Se dio la vuelta y buscó su cuaderno de notas en el bolsillo del abrigo, colgado en el respaldo de la silla. Lo sacó y pasó las páginas, nervioso—. ¿Beltrán Nájera?

—Eso creo, sí… ¿Qué ocurre, teniente?

—Esto —Julio le señaló una línea en la libreta—. Es el mismo que realizó la autopsia de Flores.

—La autopsia perdida. —Aldo miraba absorto los datos apuntados por el teniente—. Catedrático de Medicina Legal…

—En la Universidad Juan Pablo II. No creo que viva ya aquí. Pensaba hacerle una visita uno de estos días.

—Pues ahora es el momento, Julio. Mañana mismo.

—¿Mañana?

—Podría ir usted mientras yo… Pero antes tendría que pasarse por el Registro Civil, quiero que pida copias de todos los partes médicos de nacimiento y defunción de esa familia, a ver en cuántos aparece el doctor. Y, cuando recoja el coche, pídale a ese capitán suyo un listado de autopsias, atestados o cualquier otro documento en el que aparezca su firma. Después podrá ir a la universidad, entrevistarle y volver aquí para…

—Eche el freno, Aldo. Me estoy mareando. ¿No podemos enviar a otro?

—Ni hablar. Usted sabe las preguntas apropiadas. Y conviene cogerlo desprevenido. Mucho me temo que la exhumación va a crear cierto revuelo. Si ese doctor está implicado de algún modo en la desaparición de Daniel, puede que sienta la tentación de irse al

Caribe de vacaciones. Tiene que interrogarle antes de que la noticia salga a la luz.

Julio dio un bocado. El sabor le empalagó. Dejó los cubiertos sobre el plato y suspiró.

—Supongo que no me queda otra. ¿Y usted?

—Yo iré a los juzgados a primera hora. Luego trataré de localizar al amigo de Daniel y me daré una vuelta por el instituto para conversar con sus profesores. Intentaré pasar también por el ayuntamiento, y si allí no consigo lo que quiero, iré a esa empresa, Nubia SL…

—¿Y qué es lo que quiere?

—Saber quién fue enterrado en ese cementerio en el periodo que va desde la desaparición de Daniel a la muerte de Flores, y una relación de las tumbas que no son propiedad municipal. Por si me falla la corazonada, ya sabe. Si Flores no tuvo un accidente, su muerte tiene que tener un significado. Y la clave está allí…

—¿Le importa si fumo?

Aldo negó con la cabeza.

—Usted apriétele las tuercas al médico, a ver si se pone nervioso. Pediré también que investiguen si tiene antecedentes de algún tipo. Ah, otra cosa…

—¿Qué más quiere que haga, Aldo? —se quejó Julio, dando un bostezo mientras abría el paquete de tabaco.

—¿Podría pedirle un favor personal?

—¿Un favor personal? —se sorprendió.

—¿Podría pasar mañana por mi piso y recogerme algunas cosas?

—¿Qué cosas?

—Unos documentos, algo de ropa. Si le incomoda hacerlo, no se preocupe. Prescindiré de…

—No, no me molesta. Lo haré encantado.

—Gracias —dijo el inspector—. Será mejor que pida la cuenta.

Regresaron por el mismo camino hacia el coche para recoger los papeles que Aldo había olvidado. Hacía viento. El cielo, cubierto ahora, se había quedado sin estrellas. Entre las nubes asomó la luna menguante, cercada por una aureola blanquecina. La plaza de los Mártires Hebreos seguía teniendo el aspecto desolado de un escenario recién abandonado por los actores. Las luces navideñas se balanceaban entre las farolas, impulsadas por ráfagas de aire que ascendían desde las calles aledañas.

—Julio, el coche. —Aldo se detuvo en seco antes de cruzar la calle.

—¿Qué…? —El teniente entrecerró los ojos—. ¡Mierda! —exclamó, apresurándose a cruzar. Al llegar junto al vehículo, se agachó para inspeccionar los neumáticos de un lado, mientras Aldo daba la vuelta para ver los de la otra parte—. ¡Reventados! —dijo—. Anarcos de mierda…

—No creo que haya sido un anarquista, teniente. Venga a ver esto.

La pintada recorría toda la carrocería izquierda, desde la puerta del conductor a la trasera, con letras grandes y rojas.

—«Maricones al matadero» no es la consigna que un anarquista estamparía en un coche de la Guardia Civil, ¿no le parece?

—Pero ¿quién…? ¿Qué hacemos ahora? —balbuceó Julio, desolado.

—Sacar las cosas, irnos a dormir, y mañana veremos. Venga, no ponga esa cara, teniente. Mírelo de esta forma: ya no tiene más remedio que ir a buscar su coche.

Jueves, 14 de diciembre

LIX

Silvia se despertó a las ocho de la mañana. Faltaba una hora para que sirvieran el desayuno, de manera que decidió darse una ducha. Se levantó, algo mareada, pero cuando sintió el agua tibia sobre ella se despejó. Se enjabonó un par de veces, demorando el momento de salir. Cuando por fin lo hizo, los auxiliares estaban ya repartiendo el desayuno. Comió con apetito. Una enfermera entró para decirle que en breve pasaría el doctor a hablar con ella. Esperaba que le dieran el alta. Los guardias civiles de la víspera no habían asomado por allí, de manera que suponía que nadie le pondría impedimento alguno para volver a casa esa misma tarde. Lo primero que haría sería visitar una óptica. No podía hacer el camino de regreso en aquellas condiciones. Y, una vez en la ciudad, pediría una baja. No pensaba incorporarse hasta después de las vacaciones de Navidad. Entre tanto, se iría a… A ningún lado, tuvo que admitir, con un estremecimiento. El inspector no se lo permitiría. Silvia sacudió la cabeza. No podía pensar a largo plazo. Ni siquiera a medio. Solo en el día a día. Y la prioridad ahora estaba clara: debía convencer al médico para que le diera el alta, recuperar la visión de las cosas —en sentido real y figurado— y regresar a la seguridad de su piso.

Silvia intentaba adivinar la hora en un reloj que colgaba de la pared cuando se abrió la puerta y un hombre con bata blanca apareció por ella.

—¿Qué tal se encuentra? ¿Ha descansado? —dijo el médico.

—Estoy mucho mejor. Muchísimo mejor, con ganas de volver a casa…

—Debe permanecer en observación un día más. Mañana podrá irse.

—¿Mañana?

—Un día más aquí no le hará ningún daño.

—¿Y quién decide eso?

—Lo decido yo —dudó el médico. Silvia supuso que no era del todo exacto.

—¿Seguro? ¿No será la policía?

—Ese tema no me concierne. Ahora vendrán a tomarle una muestra de sangre y mañana, si todo va bien, firmamos el parte de alta. Descanse hoy.

Sin más explicaciones, abandonó la habitación. Silvia se levantó de la cama. Abrió el armario metálico. Su ropa no estaba allí. Suspiró, contrariada. Luego corrió la cortina que la separaba de la otra cama, vacía ahora, y se paseó por la habitación. Por la ventana entraba una luz grisácea. El paisaje le pareció mediocre, mustio. Silvia apoyó la frente en el cristal. A pesar de todo, hubiera dado cualquier cosa por poder estar al otro lado de aquella ventana. Nada resultaba tan feo y deprimente como la habitación de un hospital.

LX

Julio se levantó con cuidado de no hacer ruido. Aldo dormía profundamente en la otra cama, no quería despertarle. Él apenas había pegado ojo. Demasiada tensión, demasiadas expectativas como para conciliar el sueño, se dijo, avanzando de puntillas hacia el baño. El incidente con el coche había sido el remate de la faena el día anterior. La pintada iba dirigida a él, no le cabía duda. Aunque Aldo no quiso darle mayor importancia, Julio rabió en silencio durante gran parte de la noche. Estaba a punto de sincerarse con él cuando se percató de que el inspector dormía ya, a pierna suelta. Entreabrió la persiana, volvió a su cama y lo observó. La calefacción estaba alta. Aldo había apartado un poco la colcha. Era la primera vez que lo veía en ropa interior, y… Julio aguantó la respiración. Sabía que estaba mal, pero no podía apartar los ojos de su cuerpo. Tal vez no tuviera otra oportunidad como aquella. Tal vez jamás volviera a verlo de ese modo, sin defensas, sin barreras, ajeno a lo que significaba para él en aquel instante: no el inspector de policía, sino… Julio suspiró. En ese momento, Aldo se revolvió en la cama. Su brazo cayó pesadamente hacia delante, la mano laxa, los dedos extendidos, apuntándole. Julio contuvo la respiración de nuevo. Escudriñó las sombras. No podía asegurar si se había despertado o si seguía dormido. Su pecho oscilaba plácidamente al ritmo de su respiración. Julio alargó la mano hasta que sus dedos casi se rozaron. La mantuvo así unos segundos, trémulo. Luego la retiró.

Entró en la ducha. Aún sentía cierto rubor al recordar todo aquello. Qué idiota había sido. ¿Y si Aldo se hubiera despertado en aquel momento? Habría comprendido que la pintada iba dirigida a mí, se contestó, con una sonrisa amarga. No quería ni pensar qué otras consecuencias podría haberle acarreado. Julio tragó un buche de agua y se puso a hacer gárgaras mientras se enjabonaba el pelo.

—Teniente, ¿podría parar con sus dulces gorjeos, por favor? —Oyó la voz de Aldo al otro lado de la cortina. Se dio la vuelta, atragantado, y asomó la cabeza. El inspector se miraba en el espejo

del lavabo, con cara somnolienta.

—¿Le…, le he despertado?

—Sí. —Aldo bostezó y se examinó la barba—. No, tranquilo. Era broma. ¿Le importa si me afeito mientras usted termina de ducharse? No tenemos mucho tiempo.

—Claro, yo… Ya acabo —balbuceó Julio.

Desayunaron en una cafetería de los alrededores. Julio seguía sintiéndose algo cohibido en su presencia. Aldo, en cambio, estaba de un humor mucho más expansivo de lo habitual. Tras el segundo cigarrillo, el teniente logró relajarse, a medida que los recuerdos de la noche se difuminaban. El cielo estaba encapotado, pero no hacía tanto frío como la víspera.

—¿Qué hacemos con el coche? —preguntó.

—Pues… comuníquelo en el cuartel y que lo recojan.

—¿No habría que buscar pruebas?

—¿Pruebas? ¿De qué? ¿De vandalismo? Eso salta a la vista, ¿no? —contestó el inspector, irónico.

—Me refería a un examen lofoscópico.

—Pídaselo al capitán Herranz, Julio. Va siendo hora de ponerse en marcha. —Aldo consultó su reloj—. Yo voy a los juzgados. Usted vaya al Registro Civil y de allí a la comandancia. O al revés, como mejor le parezca. No sé si tendremos tiempo de almorzar juntos, ya le llamaré. Por si las moscas, tenga esto —dijo, tendiéndole un manojo de llaves—. Y esto otro. —Aldo le dio una tarjeta de visitas con su dirección apuntada al dorso y una lista de cosas que necesitaba—. ¿Seguro que no le importa?

—No, claro…

—En el armario de mi dormitorio encontrará una maletita roja.

—Qué letra, Aldo —se quejó Julio.

—¿Qué tiene mi letra?

—Que es minúscula. Y escribe sin espacios…

—Pues ahora no tengo tiempo para traducírsela. Apáñeselas como pueda. —Aldo se levantó. Julio se sacudió las migas del uniforme, se puso el anorak y salió tras él. El cielo estaba tan negro que parecía última hora de la tarde.

—Bien, Julio. Que tenga suerte. Cualquier cosa, avíseme —se despidió el inspector.

—Lo mismo digo. Si no le veo luego…

—Nos vemos mañana. Si averiguo algo sobre ese doctor antes de que vaya a visitarlo, se lo haré saber. Procure no ponerle sobre aviso. Tal vez en la universidad puedan decirle dónde encontrarlo si

no está allí.

—No se preocupe. Lo tengo todo bajo control.

—De eso no me cabe la menor duda —sonrió Aldo, dándole un golpecito amistoso en la espalda. Con paso ligero, echó a andar en dirección a los juzgados.

Julio salió de la oficina del Registro Civil algo decepcionado. No había podido conseguir la partida de nacimiento literal del primer Daniel, bien por haber sido inscrito en otra circunscripción, o bien en un registro consular, si había nacido en el extranjero —dato que desconocían—. Podía solicitar una copia al Registro Central, pero pensó que sería más sencillo ir él mismo a buscarla. Sí encontró la partida de Silvia y la del otro Daniel, ambos nacidos en Santa Marina, y los correspondientes partes médicos. El doctor que había certificado el nacimiento del chico era, efectivamente, Beltrán Nájera, con fecha del trece de septiembre de 1989. Sin embargo, no figuraba el hospital donde Águeda había dado a luz, una irregularidad sumamente extraña. La firma de Nájera no aparecía en el documento de Silvia, expedido por el Hospital Comarcal Virgen de la Peña. Dado que la defunción del primer Daniel había sido anotada en el Registro Civil de Casas Viejas, desconocía quién la habría certificado. Julio encendió un cigarrillo y, de mala gana, se encaminó a la comandancia. No le apetecía lo más mínimo vérselas de nuevo con el capitán Herranz ni tener que dar cuenta de los «actos vandálicos» perpetrados contra el coche patrulla. Por otro lado, echaba de menos su cupé amarillo. Echó un vistazo a la hora: diez y media. Extrajo el móvil del bolsillo del abrigo y marcó el número de información telefónica. Quería saber si podría localizar a Beltrán Nájera en la facultad.

A las once y media, tras hacerse pasar por un estudiante, logró por fin comunicar con la secretaría de la Universidad Juan Pablo II. El doctor Beltrán Nájera tenía prácticas de Patología Forense aquella tarde de cinco a siete en el laboratorio. Julio suspiró y, algo más animado, franqueó la barrera de control de la comandancia justo a tiempo: comenzaba a llover. Pidió que le dijeran a Herranz que estaba allí. Con cara de pocos amigos, el guardia descolgó el teléfono y tuvo una escueta charla con el capitán.

—Puede usted pasar, teniente. El despacho…

—Ya sé, gracias. —Julio se dio la vuelta y con paso decidido se dirigió a la oficina. Tocó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró. El capitán, sentado en su escritorio ante una pila de expedientes, lo miró con su característico gesto de censura.

—Adelante, teniente.

Julio se adelantó y, con una sonrisa, tomó asiento frente a él, intentando aparentar autodominio.

—¿Mucho trabajo? —comentó, afable.

—No demasiado. Solo son papeles viejos —explicó Herranz—. Estaba poniendo un poco de orden. ¿Viene a retirar su coche?

—Entre otras cosas.

—Pues usted dirá. Hoy no estoy de humor para cháchara, así que sea breve.

—Quería pedirle un favor…

—No me gusta hacer favores, teniente. Si necesita algo de mí o de este cuartel, ya sabe por qué vía pedirlo —dijo, airado. Julio lo encontró especialmente quisquilloso.

—Desde luego, mi capitán. No pretendía saltarme las normas.

—Qué guasa tiene usted.

—¿Perdón?

—He oído decir que va a cambiarse de bando.

—¿Cambiarme de bando? ¿Qué bando?

—Que abandona usted el Cuerpo, vamos…

—¿Que abandono el Cuerpo? ¿Dónde ha oído eso?

—Será un rumor. —El capitán sonrió. Julio ratificó una vez más que aquel rostro picado de viruelas no había sido diseñado para sonreír. Ni para aparentar amabilidad. Solo cinismo.

—Será —concedió, sin querer transmitir que aquello le afectase en particular—. ¿Le importa que le exponga el motivo de mi visita? Después, decida usted mismo si me ayuda o no.

El capitán se echó atrás en la silla, entrelazó las manos y lo miró a los ojos. Julio le mantuvo la mirada, sin pestañear. Estaba harto de tanto macho alfa. Pensó que de todos modos el capitán tampoco se ajustaba mucho a ese perfil. No con aquella esmerada manicura.

—Pues repito: usted dirá —gruñó Herranz.

—¿Recuerda que vine buscando una autopsia que no existía?

—Una autopsia extraviada, teniente. No empiece otra vez.

—Lo que sea. Recordará que lo único que usted encontró fue el nombre del doctor que había certificado la defunción de Flores y que también realizó la autopsia…

—El doctor Beltrán Nájera, sí. ¿Y qué?

—Pues resulta que su firma figura en el parte médico de nacimiento de Daniel Manzanares.

—Eso no tiene nada de particular.

—No, si no fuera porque falseó la fecha. Nos consta que Daniel nació en mayo, no en septiembre, como certificó el doctor.

—¿Y por qué iba a falsear Nájera la fecha de nacimiento de un bebé? Si fuera el de la vieja… Doña Águeda, me refiero.

—Eso no lo sabemos. Pero los hechos están ahí, y relacionan a ese médico tanto con Manzanares como con Flores.

—Tendría que demostrarlo.

—A eso iba, señor. Si pudiera conseguir cierta información de sus archivos…

—¿Qué información, teniente?

—Verá, me ayudaría mucho saber en qué casos trabajó Beltrán Nájera, directa o indirectamente. Autopsias, atestados, actas, diligencias, peritajes…

—Ya. ¿Por qué no lo consulta usted mismo? No necesita mi autorización.

—Porque… —Julio titubeó—. Porque sospecho que yo no accedería con la misma facilidad que usted a esos datos.

—¿Otra vez con su dichosa manía persecutoria?

—No, me refiero a que usted parece tener una habilidad natural para encontrar documentos… olvidados. —Señaló con el dedo una de las carpetas que había ante él, en cuya etiqueta descolorida podía apreciarse el trazo de una esmerada caligrafía, ya en desuso.

—Solo hacía limpieza, teniente —contestó Herranz. Julio percibió cierto orgullo en su mirada—. Lo que me pide requiere que bucee en la base de datos, no en estos papeluchos. No le prometo nada. Pásese por aquí en un par de días y ya veremos.

—Me corre algo de prisa…

—Pues a mí me corre prisa mi propia rutina. Y ahora le agradecería que me dejara trabajar. Porque supongo que eso es todo, ¿no?

—Eh… No. Por desgracia, hay algo más.

El capitán hizo una profunda inspiración.

—Hable —dijo con fastidio.

—Se trata del coche patrulla que conducía. Anoche lo dejé aparcado en la plaza de los Mártires Hebreos. Cuando regresé de cenar los neumáticos estaban reventados y… había una pintada en la carrocería.

—¿Una pintada?

—Insultante.

—¿Qué, exactamente?

—«Maricones al matadero».

—Qué mal gusto —comentó.

—Quisiera que enviara una unidad de inspección ocular, por si pueden extraer alguna huella. Y traer el coche.

—A sus órdenes, teniente —contestó Herranz—. Si no fuera por usted, nos moriríamos de aburrimiento en Santa Marina.

—Me alegra que le resulte divertido, pero a mí no me hace ninguna gracia.

—No emplee ese tonillo conmigo, teniente. Me cansa tener que recordárselo todo el tiempo. Curse la denuncia fuera. Y ahora, si no le importa…

—¿Mandará una unidad de…?

—Haga usted su trabajo, teniente, que nosotros haremos el nuestro. Cada cual en su sitio y Dios en el de todos.

Julio se levantó.

—Capitán, ¿sabe por casualidad qué día es hoy? —preguntó, antes de salir del despacho.

—Catorce de diciembre.

—Me refería al santoral.

—No tengo ni la más remota idea, teniente. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Disculpe. Sentía curiosidad. Gracias por todo —se despidió, cerrando la puerta con suavidad.

LXI

Aldo seguía de buen humor tras su visita a los juzgados, a pesar de no haber conseguido la orden de exhumación. El juez de primera instancia le pareció un tipo razonable, de manera que le expuso su teoría sin ambages ni subterfugios. Sin embargo, erró el tiro. Al juez los argumentos de Aldo no acababan de convencerle. Discutieron cerca de una hora, hasta que llegaron a un acuerdo: abrir solo la fosa. La autopsia de Daniel se había practicado en el Instituto Anatómico Forense —lo usual por aquel entonces cuando la diligencia judicial se tramitaba en poblaciones con menos de cinco mil habitantes, como Casas Viejas—. Trasladaron el cuerpo a la ciudad y una vez realizado el examen forense lo embalsamaron y lo devolvieron a Santa Marina para su inhumación, en un doble féretro: uno exterior de madera y otro de zinc, sellado y hermético, siguiendo el protocolo sanitario de transporte. El juez se comprometió a ordenar la exhumación únicamente si, al abrir la fosa, encontraban señales de manipulación en alguno de los dos ataúdes, siempre que Silvia diera su consentimiento.

—Enviaré a un funcionario judicial y a un perito forense —le dijo—, para avalar que solo se abra la fosa.

Aldo aceptó el trato. Tras rellenar las diligencias y conseguir, con la intervención del juez, el permiso de Sanidad, llamó a Julio. Luego puso rumbo al instituto de Daniel —el C.P.E.S. Santa María

de los Ángeles—, a unas tres manzanas de los juzgados.

No había dado ni dos pasos cuando oyó el eco de un trueno, más allá de las montañas. Miró al cielo, de un gris plomizo, tirando peligrosamente a negro. Una gota enorme se estrelló contra su frente, la abanderada de un batallón que, en cuestión de segundos, lo asedió. Aldo refunfuñó y buscó donde guarecerse. Al otro lado de la calle vio un bazar. El dependiente acababa de colgar una ristra de paraguas en el escaparate. Odiaba aquellos chismes tanto como el ajo, pero…

Aldo cruzó la calle.

Entre los muchos paraguas de marcas estrambóticas —¿desde cuándo Alain Delon firmaba paraguas?— que le mostró el dependiente, eligió uno negro, compacto, con cierre automático. Cuando salió del bazar el agua caía ya en tromba. Abrió el paraguas y reanudó la marcha, con los pies mojados, sintiendo que se le agriaba el buen humor. El mal tiempo podía complicar la apertura de la fosa.

A pesar de ser un instituto de elite —fachada ostentosa, jardín inglés, piscina y pista de pádel—, no dejaba de tener ese aire carcelario que tanto desasosiego le provocaba. Eso sí: este era un penal de lujo. Aldo recordaba bien el vestíbulo, de dimensiones exageradas, con dos escaleras laterales en voladizo que trepaban hasta la galería superior. El conserje lo observaba desde la ventanilla de su garito. Se acercó a él, con paso decidido.

—¿Qué desea? —Aldo depositó su identificación sobre el mostrador sin decir palabra. El hombre la examinó, apático, y volvió a fijar sus ojos en él—. Lo recuerdo, señor Montero.

—Monteiro.

—¿Qué desea? —repitió.

—Busco a Petra Manrique.

—Tendrá que esperar al cambio de hora. En diez minutos.

—¿En qué aula…?

—Nueve. Segunda planta, la escalera de la izquierda. Tengo que llamar a Dirección —añadió antes de descolgar el teléfono—. ¿Qué digo?

—¿A quién?

—Al director. Querrá saber a qué ha venido.

—Se lo acabo de decir: necesito hablar con Petra Man…

—¿Para qué? —le interrumpió.

—Eso no le concierne, ni a usted ni al director.

—En horario lectivo sí que nos concierne. —El conserje ahuecó

el pecho como un palomo en celo—. Al menos, al director —rectificó, desinflándose un poco.

—Bien. Dígame dónde encontrarlo, entonces. Se lo explicaré yo mismo. —Aldo le dedicó una sonrisa conciliadora, con la esperanza de abrir alguna brecha en el caparazón de aquel tipo.

—Está en su despacho, por ese corredor de ahí. —Le señaló una puerta de doble batiente en un extremo del vestíbulo—. Llamaré, de todos modos. A lo mejor está ocupado.

Aldo suspiró, resignado.

El cargo de director había pasado a otras manos desde su última visita. El nuevo resultó ser bastante diplomático. Al contrario que el conserje, no mostró ningún interés por lo que tuviera que hablar con la tutora de Daniel, y si sentía alguna curiosidad, se las apañaba muy bien para disimularla. A las doce sonó un escueto timbrazo. El director se levantó de la silla como accionado por un resorte. Aldo tuvo la impresión de que no se sentía del todo cómodo con un inspector de Homicidios sentado al otro lado de su mesa.

—Si desean hablar en privado, pueden usar mi despacho —le dijo al despedirse—. Encontrará a Petra en la sala de profesores, suele tomarse un café a esta hora. Disculpe que no le acompañe, tengo que resolver algunos asuntos fuera.

—No se preocupe, me las apañaré.

—Ya… Le agradeceré que no suba a la segunda planta. Es mejor que los alumnos no lo vean merodeando por ahí.

—Entiendo. Seré discreto. —Aldo le estrechó la mano. La suya era fría y escurridiza. No le gustó.

El ala norte del edificio —al menos la planta baja— estaba reservada al personal docente: baños, despachos, sala de reprografía y hasta una cabina para fumadores. El pasillo olía a una mezcla de ambientador y tiza. Lo segundo le resultó extraño: hacía tiempo que las pizarras digitales habían desplazado a los encerados en aquel centro, pionero en innovaciones tecnológicas —o así lo vendían—. También le pareció percibir cierto efluvio a mantequilla rancia. Hay cosas que nunca cambian, pensó al adentrarse en la sala de profesores. Localizó a la tutora de Daniel al instante. No resultaba difícil: Petra Manrique era llamativa, a su manera. Pelo muy rizado, rubia y bastante ancha, pero solo de cintura para arriba, algo que no había cambiado en aquellos dos años. Charlaba con otra profesora, con una taza de café en la mano. Al verle interrumpió la conversación y se le acercó, guiñando los ojos. Aldo también recordaba aquel tic y su mirada legañosa.

—¿Qué tal? —le saludó, como si se hubieran visto un día antes. Se le derramó un poco de café en el suelo cuando le estrechó la mano.

—¿Cómo le va, Petra?

—No me quejo. ¿Y usted? ¿Pasaba por aquí o viene por trabajo?

—Un poco las dos cosas —sonrió Aldo—. En realidad, venía a verla.

—¿A mí? —Petra dejó escapar una risita nerviosa—. Vaya, qué importante me siento —dijo. Se le derramó un poco más de café, esta vez en su falda.

—¿Podríamos hablar en otro sitio? —propuso Aldo. Había unas diez o doce personas más allí. Los profesores, como los centros educativos, le provocaban cierta aversión.

—¿Quiere un café?

—No, yo…

—Tiene prisa, claro. Yo tampoco tengo mucho tiempo. —Petra pestañeó—. Ahí hay una salita más pequeña si le parece bien.

—Estupendo.

Los demás interrumpieron sus conversaciones cuando entraron y volvieron a prorrumpir en cháchara nada más cerrar la puerta. La «salita» parecía más bien un trastero: un par de pupitres rotos, sillas viejas, varios encerados antiguos arrinconados tras un archivador —de ahí el olor a tiza, pensó— y montones de cajas apiladas a distintos niveles contra las paredes.

—¿Qué es esto? ¿El cuarto de la escoba? —preguntó Aldo.

—Aquí es donde encerramos a los estudiantes disruptivos —contestó Petra—. Era broma —añadió, con una risita.

—Ya. —Aldo no acababa de verle la gracia al chiste, pero aprovechó para entrar en materia—. ¿Daniel era disruptivo?

—Daniel. Por eso está aquí.

—¿Por qué si no?

—Claro. Por qué si no —repitió, pensativa—. ¿Tiene alguna novedad?

—Aún no, Petra. Pero tal vez pueda ayudarme a resolver ciertas lagunas…

—Daniel nunca fue disruptivo —musitó, el semblante serio—. Cuando desapareció pensé mucho en él, ¿sabe? Intenté hacerme una idea exacta de quién era en realidad, pero no logré llegar a ninguna conclusión. Es una sensación terrible, no sé si me entiende.

—Si no hila más fino…

Petra pestañeó de nuevo.

—Daniel no era mal chico, pero tampoco puedo asegurarle lo

contrario. Era discreto. Demasiado, quizás. Pasaba tan desapercibido que… —Petra se llevó la taza a los labios. Hizo una mueca de disgusto y escupió el café dentro—. Está helado. Disculpe, ¿qué estaba diciendo?

—Decía que Daniel pasaba desapercibido.

—Sí. Desde que llegó al instituto dimos por sentado que era un estudiante mediocre, sin metas, sin expectativas. Creo que ya se lo comenté en su momento. Sin embargo, ahora sé que eran mis expectativas las que fallaban con respecto a él. Un error que no me perdono. Cuando leí sus poemas…

—Los poemas. Esa era otra de mis preguntas. Escribía en una revista del instituto, ¿verdad?

—Prosa Nova, sí. Dejamos de editarla hace un año, una lástima.

—¿Por qué nunca me habló de esa faceta de Daniel?

—Porque la desconocía —se defendió—. Daniel firmaba siempre con seudónimo, yo no tenía ni idea. Me enteré muchos meses después, por María. Ella era la única que sabía la identidad de…

—¿María?

—María Guerra. Su profesora de Filosofía. También coordinaba la edición de la revista en el taller de prensa.

—No la recuerdo.

—Cuando Daniel desapareció, María estaba de baja. Cáncer de mama —murmuró, en tono confidencial—. Tardó bastante en superarlo, pero…

—¿Sigue trabajando aquí? —la interrumpió Aldo.

—Me estaba tomando el café con ella hace un minuto. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—Se lo agradecería mucho, Petra.

A primera vista, María y Petra guardaban cierta similitud. Las dos eran rubias. Las dos tenían el pelo rizado, la misma estatura, el mismo aire progre, aniñado —sobre todo María, quizás por su excesiva delgadez—. Y las dos parecían un poco fuera de lugar en aquel instituto para chicos bien. Ateniéndose a los detalles, sin embargo, no guardaban mayores semejanzas. A Aldo le gustó su sonrisa franca, relajada.

—¿Quería hablar conmigo? —le preguntó, mirando a Petra con cierto reproche.

—Sí. Soy Aldo Monteiro, inspector jefe de la Brigada de Homicidios…

—Sí, sí, sé quién es usted.

—¿Quiere que me quede o les dejo solos? —preguntó Petra.

—Puede irse. Gracias de nuevo, Petra.

—No es nada. Ojalá sirva de algo todo esto —dijo, antes de salir.

Aldo le ofreció una silla, en relativo buen estado, a María cuando se quedaron solos. Ella rehusó. Prefirió sentarse sobre una de las cajas, con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Qué quiere de mí, señor Monteiro?

Aldo arrastró su silla hacia ella.

—Charlar un poco sobre Daniel. Tengo entendido que lo conocía bastante bien, ¿es así?

Ella se tomó su tiempo antes de contestar.

—Depende —dijo—. En comparación con el resto de profesores, creo que sí. Pero en relación con el resto de mis alumnos diría que no. Daniel se resistía a dejarse conocer.

—Un adolescente problemático…

—Eso es un lugar común —dijo ella—. Los adolescentes tienen los mismos problemas que cualquiera. Solo que a esas edades comienzan a tomar conciencia de ellos, y a buscarles un porqué.

—¿Y qué problemas tenía Daniel?

—No puedo contestar a eso. Ya le digo que lo conocía, pero no hasta ese punto. Era muy introvertido, procuraba no entrar nunca en el terreno de lo personal. Y yo respetaba que no quisiera hablar de ciertos temas. Además, evitaba destacar a toda costa.

—Ya, eso dice su tutora. También dice que tenía talento escribiendo, pero que nadie lo sabía, salvo usted. De algún modo se ganó su confianza, ¿no?

María arrugó el ceño.

—Daniel utilizaba seudónimo. Para publicar en la revista, yo tenía la obligación de saber su identidad, normas del centro.

—Y nunca la desveló, ¿no es así?

—Se lo prometí.

—Bien. Eso implica que existía cierta complicidad entre ustedes…

—Nos teníamos simpatía mutua. Respeté su deseo porque me pareció legítimo, eso es todo.

—¿Sabe por qué no quería firmar con su nombre?

—Por timidez, quizás. O por jugar a tener un alter ego… No sé, nunca me lo explicó.

—Un alter ego —dijo Aldo, pensativo—. El anagrama de Rubén Darío, ¿cree que se le ocurrió a él? ¿O lo tomaría prestado?

—Pues… no lo sé, la verdad… Es tarde, debo volver a clase.

Aldo la observó con atención. Ella le sonrió. Pero su sonrisa no le resultó tan franca como minutos antes.

—Hay algo que no me ha dicho.

—Si se refiere a «la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad», he cumplido.

—Tal vez. Pero no es todo. Me está ocultando algo.

—¿Lo afirma o lo pregunta? —dijo ella, nerviosa.

—¿Conoce a Silvia Manzanares?

—¿La hermana de Daniel?

—¿Hay otra?

—¿Por qué? ¿Importa algo?

—Usted le mandaba las revistas a su colegio. Al menos los números en los que figuraba Daniel. ¿Me equivoco?

En ese momento, sonó la alarma.

—Lo siento, tengo que volver al trabajo.

—Puede retrasarse un poco, los chicos no se lo tendrán en cuenta. Dígame, ¿conoce a Silvia?

—Éramos amigas, sí. De pequeñas. Hace muchos años que no la veo.

—¿Le mandaba usted las revistas? —insistió Aldo.

—Sí. Ella no…, bueno, se había distanciado de su familia. Por un compañero supe que también era docente. Averigüé dónde trabajaba y le mandé una revista al colegio. Y una carta hablándole de Daniel, de sus poemas. Fue un impulso, debí pedirle permiso. Traicioné su confianza.

—¿Por qué dice eso?

—Una vez quise hablarle de Silvia, contarle alguna anécdota de nuestra infancia, supongo… Daniel me cortó. Dijo que no quería saber nada de ella. Es lógico. Silvia perdió el contacto con su familia al poco de nacer él, y nunca lo retomó. Una lástima. Se parecían tanto…

—¿Silvia respondió a su carta?

—Indirectamente. Recibimos una petición de la biblioteca de su centro solicitando más ejemplares. Pero ella no me dedicó ni una letra. Me molestó bastante, lo reconozco. Sin embargo, seguí enviando las revistas hasta que… tuve problemas de salud. Yo estaba de baja cuando Daniel desapareció. Cuando volví a incorporarme, dejé de enviarlas. Ya no la editamos, de todos modos.

—Supongo que Daniel le perdonó en algún momento que le enviara a Silvia la revista…

—Es que no se lo dije. Intentaba acercarme a él, conocerlo mejor. Eso no hubiera ayudado.

—¿Nunca lo supo?

—No. Estuve a punto de contárselo antes de enfermar. Pero no

lo hice. No creo que le hubiera hecho ningún bien —añadió María, en un susurro.

—Y dice que Silvia nunca se puso en contacto con usted…

—Nunca.

—Por casualidad no le enviaría alguna revista a su casa, en lugar de al colegio.

—¿A su casa? —se sorprendió—. Pues no. Si le soy sincera, ni siquiera se me ocurrió buscar su dirección.

—¿Y Daniel? ¿Cree que él pudo…?

—¿Mandarle algún ejemplar a Silvia? Me extrañaría mucho, la verdad. Pero no lo sé.

—Está bien. Si recuerda algún otro dato que pueda ayudarnos en la investigación, le agradecería que se pusiera en contacto conmigo. —Aldo le tendió una tarjeta.

—Por supuesto. —María hizo una pausa—. ¿Ha leído los poemas de Daniel, inspector?

—Aún no.

—Debería hacerlo. Creo que descubrirá muchos de sus fantasmas leyendo entre líneas.

—¿Por ejemplo?

—Nombra la palabra «farsa» a menudo. Y hay ciertos pasajes que, en mi opinión, son declaraciones de amor encubiertas. A otro chico. Siendo hijo de quien era, no creo que en casa aceptasen de buen grado su orientación sexual.

—¿Le habló alguna vez de su padre? —se interesó Aldo.

—No. Evitaba los temas personales, ya se lo he dicho. Solo es una conjetura mía.

—Y supongo que tampoco sabe a quién iban dirigidas esas declaraciones de amor…

—No, no lo sé… Inspector, si quiere podemos continuar esta charla en otro momento. Ahora tengo que volver al aula. —María desvió la mirada hacia la puerta, nerviosa. Hacía rato que no se oía ni un murmullo en la sala de profesores.

—Una última pregunta y me marcho. ¿Cuándo perdió usted el contacto con Silvia? ¿Por qué?

—El porqué no lo sé. Ocurrió, sin más. —María sonrió—. Comenzó a distanciarse, poco a poco, no fue algo brusco. Cuando teníamos catorce…, quince años, su madre enfermó y se la llevó con ella una temporada. Águeda, la madre de Silvia, caía con frecuencia en estados maníaco-depresivos. Otro «ataque de nervios», dijeron en casa. Pero luego nos enteramos de que en realidad estaba embarazada. Un embarazo tardío: Daniel, precisamente. Eso ocurrió

por estas fechas…

—¿En diciembre?

—Sí. Diciembre de 1988. Recuerdo que se fueron unos días antes de Nochebuena, y ya no volví a ver a Silvia. Jamás respondió a mis llamadas ni a mis cartas. Coincidí con su madre un año después, a finales de verano. Me dijo que la habían enviado a un internado para terminar el bachillerato en la ciudad. Lo demás ya lo sabe. —María se levantó y se alisó la falda—. ¿Puedo irme ya?

Aldo asintió.

—¿Quiere que le diga algo de su parte? —se le ocurrió decir.

—¿A Silvia?

—Sí.

María dudó. Aldo percibió que su mirada se enturbiaba. Pero enseguida recobró el aplomo.

—Me parece que no. —Le tendió la mano. Aldo se la estrechó.

—Gracias por su tiempo… y su ayuda. —María no le oyó. Atravesaba ya la sala de profesores a la carrera.

LXII

Julio conducía en dirección suroeste al volante de su viejo cupé, contento de haber dejado atrás la tormenta y poder perder de vista Santa Marina, aunque fuera por un día. Aldo le había telefoneado sobre las once y cuarto de la mañana, pero no se habían visto. El juez había cedido en parte: le autorizaba a abrir la fosa en busca de señales de profanación, nada más. O eso le había entendido. Como siempre, Aldo fue escueto en sus explicaciones —parecía tenerle fobia al teléfono—. Julio le pagó con la misma moneda. En realidad, tampoco tenía mucho que contarle, salvo que no había podido dar con la partida de nacimiento del primer Daniel y que el nombre de Nájera no figuraba en el parte médico de Silvia. La apertura de la fosa estaba prevista para el mediodía del día siguiente. Julio seguía pensando que aquella corazonada del inspector rozaba el absurdo. Pero ¿qué podían perder por intentarlo? Nada…, salvo la credibilidad, la confianza de sus superiores, el dinero de los contribuyentes y otras «minucias», como diría Aldo, pensó, sin poder evitar una sonrisa. Estuvo a punto de saltarse el carril de entrada a la circunvalación. Encendió los faros. Anochecía.

La Universidad Católica Juan Pablo II llevaba en funcionamiento diez años escasos. Contaba con tres facultades —Medicina, Farmacia y Derecho— y una Escuela Profesional de Medicina Forense que gozaba, a pesar de su corta andadura, de cierto

prestigio. El complejo universitario sobresalía en lo alto de un cerro estrangulado en todos sus flancos por una sucesión interminable de urbanizaciones —feas, impersonales, pero ajardinadas— que ocupaban los restos de una vasta dehesa, donde no mucho tiempo atrás pastaba libre el ganado. Lo más extravagante, pensó Julio, era el nombre de aquel nuevo distrito surgido a la sombra de la universidad y las recalificaciones dudosas a solo cincuenta y cinco kilómetros de la ciudad: Marazul de la Encina. Por allí ni asomaba el mar ni quedaba una sola encina en pie. Julio ascendió la colina rozando el límite de velocidad. Giró a la derecha y se adentró en el último tramo. Una valla publicitaria le dio la bienvenida al campus en cinco idiomas, dos de los cuales no reconoció. Las farolas, de luz amarillenta, se encendieron justo cuando se bajaba del coche. Eran las seis y media. No le resultó difícil encontrar el edificio donde Nájera impartía sus clases para el Departamento de Medicina Pericial, Toxicología y Antropología Física —un cubo de hormigón desnudo con un jardín vertical en la fachada norte—. Cuatro estudiantes, tres chicas y un chico, fumaban en las escaleras. Lo miraron con curiosidad. Su uniforme no pasaba desapercibido, se lamentó.

Localizó el laboratorio de prácticas en la segunda planta. Echó un vistazo por la ventana de ojo de buey. Allí estaba Nájera. Se había imaginado una escena escabrosa —al doctor, con un delantal salpicado de sangre, dirigiendo a un puñado de discípulos ávidos por hundir sus escalpelos en la carne putrefacta de algún cadáver horriblemente desfigurado—, pero lo que vio tenía poco que ver con sus fantasías: los estudiantes seguían con atención la disección de un cadáver, sí. Pero desde sus sillas, mirando una filmación. Julio observó al doctor. Según sus datos superaba ya los sesenta años, y, sin embargo, no aparentaba más de cincuenta. Sin ser demasiado alto, conservaba la figura. El pelo canoso, cuidadosamente peinado con raya a un lado. Su bata blanca y pulcra contrastaba con el color de las vísceras que estaba señalando en aquel momento sobre una imagen congelada. Uno de los estudiantes se fijó en Julio y cuchicheó algo al oído de otro. El teniente se apartó del cristal y se sentó en un banco del pasillo. Mientras esperaba el final de la clase repasó mentalmente la información que el capitán Herranz le había facilitado. Aldo no le había vuelto a telefonear, de manera que o bien el doctor no tenía antecedentes, o bien se había olvidado de llamar para comprobarlo.

A las siete y diez la puerta se abrió. Julio contó quince estudiantes. El doctor Nájera salió el último, vestido de manera

impecable con traje de chaqueta y corbata. Julio se fijó en el sello de oro de su mano derecha. Detestaba aquellos anillos. El hombre cerró la puerta del aula sin percatarse aún de la presencia de Julio, detrás de él.

—¿Señor Nájera? —preguntó. El médico se volvió, sobresaltado. El uniforme de Julio no pareció hacerle gracia—. ¿Beltrán Nájera?

—¿Qué quiere?

—Me gustaría hablar con usted, si es tan amable…

—Tengo prisa. Y ya no trabajo para la Guardia Civil.

—Permita que me presente —Julio no se amedrentó—. Soy el teniente Julio Mataró, del Servicio de Información y Policía Judicial de…

—Me da igual quién sea usted. Ahora no tengo tiempo. —Nájera se dio la vuelta y echó a andar hacia las escaleras. Julio lo siguió.

—Solo quería hacerle unas preguntas, le aseguro que no tardaré mucho…

—En otro momento, tal vez. —El doctor apresuró el paso. Julio se interpuso en su camino—. ¿Qué hace? —exclamó.

—O me dedica unos minutos o tendré que pedir un requerimiento judicial.

—¿Con quién se cree que está hablando? —casi gritó Nájera, rojo de ira—. ¡Apártese!

Julio extrajo de su carpeta unos papeles. Dejó a la vista la copia del parte de nacimiento expedido por Nájera.

—Supongo que sabe que falsear documentos es un delito.

El doctor lo miró con ojos desorbitados.

—¿Cómo se atreve? —siseó, con un ligero temblor en los labios—. La Guardia Civil está en deuda conmigo…

—Yo no le debo nada, señor Nájera. No se confunda —dijo Julio—. ¿Le importaría ahora contestar a mis preguntas? ¿O prefiere hacerlo por vía judicial?

Beltrán Nájera miró hacia ambos lados del pasillo, vacío en aquel instante, y se pasó una mano por la frente. Julio observó que tenía las iniciales grabadas en el sello de oro.

—Está bien. Sígame. Hablaremos en mi despacho.

Subieron a la tercera planta y se adentraron por otro pasillo. El despacho estaba al final. Nájera cerró la puerta con llave. Le indicó a Julio que tomara asiento frente a su escritorio.

—¿Por qué cierra? —le preguntó el teniente, incómodo.

—No quiero que nos moleste ningún estudiante, tengo tutoría. ¿Me permite ver esos papeles?

—Si no le importa, me gustaría que contestase primero a unas preguntas.

El teniente echó un vistazo al despacho. Detrás del médico, junto a la ventana, colgaba un esqueleto humano al que le faltaba la mandíbula inferior. Le pareció de mal augurio.

—Como quiera. No tengo nada que ocultar —respondió Nájera.

—Doy por hecho que conocía a Rubén Manzanares.

—A él y a su mujer, sí.

—¿Era usted amigo personal de Manzanares y de doña Águeda?

—No, yo no diría tanto. Fui su médico de cabecera durante casi veinte años, supongo que estará informado. Siempre he procurado mantener una relación cordial con mis pacientes.

—Muy cordial, a la vista de esto. —Julio dejó sobre la mesa el parte de nacimiento de Daniel—. ¿Puede decirme si esa de ahí es su firma?

Nájera se puso las gafas de cerca y observó el documento.

—Sí, lo es. ¿Me va a decir ya de qué me acusa?

—Usted certifica aquí que Daniel nació el trece de septiembre de 1989, en Santa Marina, pero no figura en qué centro hospitalario dio a luz doña Águeda.

—Parió en casa.

—¿En casa? ¿Sin ayuda de una comadrona?

—Con mi ayuda. —Julio enarcó las cejas, con gesto incrédulo—. Antes que forense soy médico, si es eso lo que está pensando.

—De modo que Daniel nació el trece de septiembre —continuó Julio.

—Si es la fecha que pone ahí… Yo no recuerdo el día exacto, como comprenderá.

—¿Qué puede decirme del primogénito de Manzanares?

—¿Y eso a qué viene?

—Conteste, por favor.

—Poca cosa. Yo no conocía ni a Rubén ni a Águeda por aquel entonces. Ni siquiera vivía en Santa Marina. Sé que el niño falleció en un accidente, pero eso ocurrió…

—En 1975. El trece de septiembre, para ser más exactos. Catorce años antes de que usted estampara la misma fecha en este documento. —Le pareció que la cara del médico palidecía, pero sus ojos seguían destilando rabia.

—Una coincidencia extraña —musitó Nájera.

—Y tan extraña. Máxime cuando la hija de Águeda y Manzanares afirma que Daniel nació el veintitrés de mayo y no el trece de septiembre.

—¿Y eso qué significa?

—Esperaba que usted me lo dijera —contestó Julio—. Pero a mí me parece que alguien miente.

Nájera se echó atrás en la silla, mirándole con acritud. Luego volvió a ponerse las gafas y estudió con mayor atención el parte que había firmado. Suspiró.

—De acuerdo, usted gana. No asistí a Águeda en el alumbramiento. Me llamaron cuando el niño ya había nacido. Águeda ejerció como enfermera voluntaria de joven, tenía nociones de obstetricia. Dio a luz sola.

—¿Y usted no sabe diferenciar a un recién nacido de un crío de cuatro meses?

—Oiga, teniente: de lo único que puede acusarme es de actuar movido por mi buena fe. Puede que firmase el parte engañado por Águeda y por Rubén, pero fueron ellos los que mintieron con relación a la fecha, no yo. Les hice un favor, en todo caso. De lo contrario, habrían tenido problemas para inscribir al niño en el Registro Civil.

—Está bien —murmuró Julio—. Por cierto, ¿cuándo comenzó a prestar sus servicios como patólogo forense en Santa Marina?

—¿No lo sabe?

—Solo quiero que usted me lo confirme.

—En el otoño de 1987, si no recuerdo mal. ¿He acertado?

Julio no respondió. Hizo como que consultaba algunos datos entre sus notas, buscando la manera de seguir tirando del hilo sin que se notara demasiado lo que desconocía.

—Hábleme de Jerónimo Flores Carrillo —dijo.

—¿Quién?

—Flores Carrillo —repitió Julio, más despacio—. Trabajaba como encargado en el cementerio de Santa Marina cuando Daniel desapareció. También fue chófer personal de Manzanares. Murió hace dos años en un extraño accidente de circulación, usted firmó su autopsia.

—He firmado muchas autopsias en mi vida. No las recuerdo todas.

—Esta debería recordarla. Fue una de sus últimas actuaciones para la Guardia Civil de Santa Marina —intentó acorralarlo Julio.

—¿Flores, dice? Y murió en un accidente de tráfico…

—Sí. Se despeñó por un precipicio en la sierra de Almacabra, el nueve de noviembre de 2004. El coche ardió por motivos desconocidos, según consta en el atestado.

—Empiezo a tener una idea, sí. ¿Qué quiere saber?

—¿No guardará usted una copia de la autopsia, por casualidad?

—¿Una copia? Por supuesto que no. Todos los informes, diligencias y actas relacionados con mi trabajo como forense legal se quedaron en los juzgados de Santa Marina o en los archivos de la Guardia Civil. No guardo copias de nada, teniente. ¿Por qué me lo pregunta?

Julio titubeó. No sabía si decirle la verdad o inventarse una excusa. Por desgracia, en aquel momento no se le ocurría ninguna que fuera creíble.

—Parece que se ha perdido —acabó por decir.

—¿En serio? —Nájera se aflojó el nudo de la corbata. Sonrió—. ¿Y por qué le interesa tanto ese informe en particular?

—Lo recuerda, entonces…

—Es posible.

—Para empezar, me gustaría saber cuál fue la causa de la muerte. Los datos que tengo son muy contradictorios.

—Al depósito llegó un cadáver carbonizado, tan consumido por las llamas que incluso le faltaba una extremidad superior. El examen interno determinó que se trataba de un varón de entre cuarenta y cinco y cincuenta años, si no me equivoco. En cuanto a la causa de la muerte…, recuerdo que presentaba un traumatismo inciso severo en la zona occipital, pero es normal que se produzcan soluciones de continuidad, parecidas a heridas incisas, cuando un cuerpo es consumido por el fuego, y que los huesos del cráneo estallen. De todos modos el coche era un amasijo de hierros. Puede que se fracturase el cráneo al caer, quién sabe.

—Leí que habían encontrado alcohol en su sangre.

—¿Alcohol en sangre? Lo dudo. Es el humor vítreo lo que utilizamos para determinar la concentración de etanol en un cadáver carbonizado. Además, no recuerdo que nadie me pidiera realizar un test de alcohol post mortem. Lo que sí recuerdo es que no hallé restos de cenizas en las vías respiratorias ni en el aparato digestivo, ni tampoco quemaduras en epiglotis y laringe, ni detecté proporciones superiores a un diez por ciento de carboxihemoglobina en las muestras de sangre cardíaca, signos más o menos evidentes de que el sujeto ya estaba muerto cuando el coche se incendió.

—¿Carboxi…?

—Carboxihemoglobina. Compuesto de la hemoglobina con el monóxido de carbono. Según la concentración se puede determinar si el individuo inhaló o no monóxido de carbono.

—Entiendo —asintió Julio—. En algunos medios se afirmaba

que Flores murió por causas naturales… Un infarto mientras conducía, quizás, no por la colisión ni por el fuego. Pero dice usted que no pudo determinar las causas.

—No, no pude. No sé de dónde sacaría la prensa semejante sandez. El cadáver estaba… devastado. —El doctor abrió la boca en una amplia sonrisa—. Durante la combustión tuvo que alcanzarse una temperatura cercana a los mil grados centígrados. Es difícil que un cuerpo arda hasta el punto de que alguno de sus miembros se consuma por completo, como ocurrió en este caso. Si el sujeto hubiera sido obeso, la cosa variaría, porque la grasa prende bien: es como una lámpara de aceite. Pero no era así.

—Entonces no llegó a ninguna conclusión —insistió Julio.

—Creo que no comprende el alcance de lo que le estoy diciendo, teniente… Salvo que se hubiera producido una deflagración súbita de gran intensidad, y no era el caso, se necesita un tiempo prolongado de combustión para que una extremidad se consuma hasta desaparecer.

—¿Cómo de prolongado? —preguntó Julio, confuso.

—Depende del peso del sujeto, la edad, la complexión… Pero le aseguro que un hombre adulto no arde de esa manera sin un carburante potente que lo inflame.

—¿El carburante del coche?

—Era gasoil. Sin embargo, el cuerpo olía a queroseno. Me extrañó. Envié al laboratorio muestras del calzado, lo único que no había ardido por completo. El análisis químico confirmó mis sospechas. También dio trazas de petróleo sin refinar.

—Entonces Flores no murió mientras conducía ni a consecuencia del accidente…

—Lo veo poco probable, teniendo en cuenta los resultados. El petróleo combustiona mejor que la gasolina o el gasoil, y es menos volátil. El queroseno aviva la combustión. Alguien se tomó muchas molestias en quemar el cuerpo antes de lanzar el coche al vacío, vaya usted a saber por qué.

—¿Incluyó esos datos en la autopsia?

—Supongo. De todos modos, faltaban muchas pruebas periciales por hacer y mi informe quedó inconcluso. Renuncié al puesto de forense legal por esa época.

—¿Recibió algún tipo de amenaza durante la investigación? —aventuró Julio.

—¿Amenaza? —Nájera volvió a sonreír—. No, por supuesto que no. Pedí una baja, eso es todo.

—Entiendo —dijo el teniente, poco convencido—. Una cosa

más…

—Espero que sea la última. Tengo trabajos que corregir.

—Si el cadáver estaba en esas condiciones, ¿cómo es posible que lo identificaran nada más hallar el coche?

—No sé si nos estamos refiriendo al mismo individuo, teniente. Porque yo le estoy hablando de un cadáver sin identificar al que usted le ha puesto nombre. Que yo sepa, ni las radiografías dentales ni las evidencias físicas eran concluyentes cuando dejé el caso. Quedaba pendiente el examen de ADN. No sé si después…

—Pero en las primeras diligencias ya consta el nombre de Flores.

—En eso no puedo ayudarle. Le he dicho todo lo que sé. Quizás la matrícula del coche estaba registrada a ese nombre y algún novato con poco tino dio por sentado que era él.

—Disculpe que insista, pero ¿por qué dejó el caso de una forma tan precipitada?

—Por asuntos per… —El médico cambió de opinión—. Me fui de Santa Marina por motivos de salud que no podían esperar. Estuve tres meses en Suiza, puede verificarlo. No sé quién me sustituyó ni que ocurrió con mi informe, y tampoco me importa. Eso es todo lo que tengo que decir, teniente.

—¿Repetiría lo que acaba de contarme ante un juez?

Nájera se ajustó de nuevo el nudo de la corbata. Miró fijamente a Julio. Ya no había rabia en sus ojos, solo indiferencia.

—¿Repetir? ¿Repetir qué cosa?

LXIII

Silvia había conseguido unas gafas de farmacia gracias a una enfermera. Se paseaba en bata por el pasillo, un poco asombrada ante la dimensión que presentaban ahora los objetos y el espacio. También sentía vértigo, la graduación de los cristales no coincidía con sus dioptrías. Lo veía todo un poco más grande de la cuenta, en realidad. No le gustaba andar en bata por el hospital, pero no tenía elección. Rodrigo le había dicho que se habían llevado su ropa para examinarla en un laboratorio. Volvió a pasarse por su habitación para explicarle los trámites a seguir en caso de que quisiera personarse como acusación particular contra Ana. Silvia rehusó, casi sin pensárselo. A pesar de todo, sentía lástima por ella. Y por el niño. Le habían dicho que Ana seguía en la UCI, pero estable. Se recuperaría, aunque había sufrido una hipoxia cerebral provocada por la pérdida de sangre que podía dejarle alguna secuela. Tendrían que esperar a que despertara del coma que le habían inducido para saberlo. Yeimer seguía en observación. A Rodrigo le intrigaba que fuera alumno suyo. Silvia le explicó que el niño había llegado al

colegio con el curso ya empezado. Por nivel, y por la ratio del centro, ella era la única opción: solo había un cuarto curso de primaria, y una única tutora para ese curso. Estaba casi convencida de que a Yeimar le habían utilizado para tenerla vigilada. Rodrigo no lo vio tan claro.

—No iban a esperar a que el crío fuera a cuarto de primaria para secuestrarla, eso solo pasa en las telenovelas —dijo—. Aunque no niego que les viniera bien… ¿Se encuentra mejor?

—Sí. Con ganas de salir de aquí y volver a casa. Espero que mañana me den el alta.

—Necesitará algo de ropa.

—Y otras gafas. Con estas me mareo.

—¿De verdad es tan cegata, Silvia?

—Esas cosas no se preguntan —contestó, medio en serio, medio en broma. Silvia lo encontraba bastante atractivo. Sonrió. Pero enseguida abortó la sonrisa, al recordar cómo la habían sacado del coche. Sufría un síndrome de Estocolmo constante aquel día. Rodrigo pareció intuir lo que pensaba.

—¿La he molestado?

—No, no. Solo estoy cansada.

—Bien. Descanse, entonces…

—Gracias.

—De nada. —Se dirigió a la puerta, pero se detuvo—. Silvia, yo…

—¿Sí?

—Mi trabajo no siempre resulta agradable. A veces yo…

—¿Qué?

—Nada, olvídelo. —Rodrigo se despidió con un gesto.

Ya era casi de noche. Silvia se echó en la cama, pensativa. Tenía miedo de perder de vista la realidad. No podía bajar la guardia ni permitirse el más mínimo conato de simpatía hacia los que, de una manera u otra, habían abusado de ella —o buscaban incriminarla—. Lo último que necesitaba era entablar amistad con un guardia civil. La estaban investigando. La estaban poniendo a prueba. No podía dejarse llevar por los sentimientos ni mostrarse vulnerable. La simpatía, la pena, la culpa, el miedo eran debilidades que no se podía permitir. Solo lograría salir airosa de aquel trance con fuerza de voluntad y fe en sí misma. Sí. Podía lograrlo. «El crimen perfecto no existe», decían siempre en las novelas, en las películas. Pero solo un idiota planearía un crimen perfecto. El suyo había sido tan improvisado, tan defectuoso e irracional… Tan indemostrable —esperaba—, que saldría indemne. Tenía que salir indemne. Mi

crimen no fue perfecto, señor Monteiro. Pero, si me libro de usted, será redondo, se dijo al meterse bajo las sábanas.

LXIV

Aldo ni siquiera necesitó llamar a la central. Encontró el teléfono de los padres de Raúl en la guía telefónica de Santa Marina. Contestó el chico. Estaba de suerte, aunque el tiempo siguiera sin acompañarle: no había dejado de llover desde la mañana. Raúl se mostró esquivo. Con voz entrecortada le explicó que sus padres estaban de vacaciones y tenía que cuidar de su hermano pequeño. Aldo insistió hasta que finalmente el muchacho accedió a verle. Quedaron a última hora de la tarde en el centro comercial donde los dos amigos habían planeado ver una película el día que Daniel desapareció. Raúl colgó el teléfono de manera un tanto brusca. Aldo pensó que no le apetecería recordar de nuevo el pasado. Echó un vistazo a la hora. Las oficinas municipales ya habrían echado el cierre. Decidió comer algo y pasarse por el hostal para descansar un poco.

A las seis y media cogió un taxi. Había dejado de llover, pero la temperatura descendía de manera nada alentadora a medida que caía la noche. Si helaba, tampoco lo tendrían fácil al día siguiente. Aldo suspiró, contrariado. Cuando el coche se adentró en la urbanización de Manzanares y pasaron frente a su casa, sintió una punzada de amargura en el estómago. El taxista lo dejó frente a uno de los accesos laterales del centro comercial, menos concurrido. No se le ocurrió pensar en la cantidad de gente que iba a haber allí en vísperas de las fiestas, de compras o matando el tiempo. En el vestíbulo, una muchedumbre se agolpaba alrededor de unos niños que cantaban villancicos. Uno de ellos, el más gordito, portaba un estandarte morado con letras doradas: Orfeón Infantil de Santa Marina. Los coros de voces blancas le resultaban siniestros, no sabía bien por qué. ¿Seré el único?, se preguntó.

Aldo se abrió paso hacia las escaleras mecánicas, entre el gentío que aplaudía y pedía más, mientras abominaba de los villancicos y de los niños cantores.

Raúl Sánchez Orihuela había cambiado tanto que le costó reconocerlo. Acababa de cumplir dieciocho años. Era bastante más alto de lo que recordaba, y más delgado también. Le llamó la atención su manera de vestir. A primera vista daba la impresión de haberse puesto lo primero que había encontrado en el armario, sin importarle que una prenda combinase con la otra. En realidad, Aldo sospechaba que había mucho pensamiento detrás de cada elección:

sus vaqueros estrechos, rotos a la altura de las rodillas, la camiseta tres tallas más grande, la bufanda larguísima, el abrigo de espiga marrón —a juzgar por la anchura de las solapas, o lo había comprado en un rastro o era una reliquia de familia—, las deportivas caras, de colores estridentes… Nada era casual. Raúl lo saludó desde la barra cuando entró en el local. Parecía menos tímido que al teléfono. El inspector se pidió un café. Raúl, una jarra de cerveza.

—¿Quiere que nos sentemos en otro sitio?

—Me parece buena idea —asintió el inspector—. ¿Dónde has dejado a tu hermano? —le preguntó mientras lo seguía.

—En casa de unos amigos de mis padres. —Raúl señaló una mesa junto al ventanal—. ¿Le parece bien ahí?

—Perfecto —dijo. Las vistas de la sierra eran impresionantes a la luz rojiza del crepúsculo.

—Ha tenido suerte. —Raúl dio un trago, observando a Aldo con curiosidad—. Desde que empecé la carrera no vengo mucho por Ruinas, ahora vivo en la costa.

—¿En serio? ¿Y qué carrera es esa? —preguntó, por mera cortesía.

—Ciencias del Mar. —Raúl captó que al inspector le importaba más bien poco lo que estudiara o dónde viviera ahora—. Aún no me ha dicho por qué quería verme.

—Cierto. Raúl, estoy aquí por Daniel. Tenemos nuevos datos sobre su desaparición, pero necesito que me ayudes a entender algunas cosas.

—¿Qué datos?

—De momento no puedo decirte nada, lo siento. ¿Te importaría contestar a unas preguntas?

Raúl se quitó la bufanda, pero no el abrigo. Miró al inspector con expresión interrogante.

—¿Qué quiere saber?

—¿Recuerdas la primera vez que hablé contigo?

Raúl asintió.

—En aquel momento me diste a entender que Daniel se había fugado, pero…

—No —le interrumpió Raúl—. Le dije que a lo mejor se había fugado.

—Sí, tienes razón —admitió Aldo—. Lo que me gustaría saber es por qué pensaste algo así. Cuando te hice esa misma pregunta no supiste, o no quisiste, responderme.

—Bueno, él… estaba harto de sus padres. De su vida aquí…

—¿Solo eso?

—¿Le parece poco?

Aldo se tomó un respiro antes de proseguir.

—Raúl, seré sincero contigo: cuando te tomamos declaración te noté más sorprendido que preocupado. Incluso diría que un poco dolido con Daniel, como si…

—Porque al principio me jodió…

—¿Cómo dices?

Raúl se aferró a la jarra de cerveza, que menguaba a pasos agigantados.

—Cuando hablé con usted pensaba que se había ido, es verdad. No lo entendí. Hasta que desapareció su padre, yo…

Raúl no terminó la frase. Se volvió hacia el ventanal, con aire ensimismado.

—Sigue, por favor —le pidió Aldo—. ¿Qué ibas a decir?

—Creo que fue Rubén —dijo—. Creo que él…

Raúl se atragantó. Se terminó la cerveza de un trago.

—Sé que es difícil pasar otra vez por esto —musitó Aldo—. No te lo pediría si no fuera vital para la investigación, créeme. Raúl, ¿piensas que Manzanares tenía algún motivo para hacerle daño a Daniel?

—¿Motivos? Sí, más de uno. Voy a pedir otra birra. —Raúl se levantó—. ¿Quiere algo?

—No, gracias.

Cuando el chico dejó la mesa, Aldo echó un vistazo a sus notas. Comprobó que había hablado con él en dos ocasiones antes de la desaparición de Manzanares, y en las dos lo había notado bastante a la defensiva. Cosas de adolescentes, pensó entonces. Ahora ya no lo tenía tan claro.

—Le he pedido otro. —Raúl le puso una taza de café humeante ante las narices. Aldo se sobresaltó—. Ese estará frío…

—Gracias, no tenías que molestarte.

—No es molestia.

—Raúl, esto es muy serio. Si Manzanares amenazó alguna vez a Daniel, tienes que decírmelo. Por favor: continúa. Y no te censures.

—Eso me gusta. La censura mata, ¿verdad? —sorbió la espuma de la cerveza y lo miró a los ojos—. Está bien. Verá: Daniel nunca me dijo que se sintiera amenazado, pero sé que pirateó la clave de acceso del ordenador de Rubén. Llevaba meses trasteando en sus archivos, a escondidas. Encontró cosas muy sucias…

—¿Cosas sucias? —Aldo se aproximó más al chico—. ¿Cómo qué?

—Pornografía infantil —afirmó.

—¿Pornografía infantil? —Aldo lo apuntó en su cuaderno, perplejo. La Brigada de Delitos Telemáticos no encontró indicios que apuntasen en esa dirección ni cuando revisaron el disco duro del ordenador de Manzanares ni cuando rastrearon sus movimientos en la red.

—Sí —susurró el chico—. Tíos mayores abusando de niñas pequeñas y burradas así. Daniel encontró cientos de vídeos en una carpeta encriptada, era un hacha hackeando ordenadores.

—¿Estás seguro?

—Eso fue lo que me dijo. Yo no los vi, pero ¿por qué se lo iba a inventar?

—¿Sabes si Daniel reconoció a alguien en esos vídeos? ¿A su padre, tal vez? ¿A alguna de las víctimas? ¿Algún escenario?

—No… No recuerdo que me dijera nada de eso…

—Está bien. Antes mencionaste «motivos», en plural. ¿Encontró más información comprometedora en ese ordenador?

—Pues sí. Pero no llegué a saber qué, exactamente. La última vez que vi a Daniel fue en clase, aquella mañana. Estaba eufórico. Quedamos en vernos por la tarde. Quería contarme algo que me iba a sorprender, dijo. También comentó que tenía a su padre agarrado por…, bueno, ya sabe.

—Lo pillo, sí. Continúa.

—Eso es todo. Quedó en pasar por casa para ir…

—Al cine, lo sé.

—No. —Raúl dio otro trago—. En realidad, pensábamos ir a un sitio más… íntimo.

—No sé si te sigo.

—Yo creo que sí —sonrió—. Dani y yo estábamos juntos, ¿comprende?

Aldo guardó silencio, sopesando las palabras del chico.

—Por eso te enfadaste —dijo—. Pensaste que se había fugado sin decirte nada.

—Peor —contestó Raúl—. Pensé que se había ido sin mí.

—¿Qué quieres decir?

—Daniel y yo teníamos un plan. —Raúl intentó llevarse la jarra a los labios, pero Aldo se lo impidió—. ¿Le molesta que beba?

—Me molesta que te interrumpas tanto. Cuéntame primero qué plan era ese —le pidió.

—Está bien… Pensábamos fugarnos los dos. Ahora me parece una chiquillada, pero entonces lo tenía clarísimo. Daniel estaba convencido de que podíamos lograrlo.

—¿En serio? —Aldo arqueó las cejas—. ¿Cómo?

—Con la información que había encontrado en el ordenador de su padre. Creo que había hecho copia de todo, no solo de los vídeos, sino de esas otras cosas que le comenté. Pensaba utilizarlas para que Rubén le pagara por estarse callado. Creíamos que hasta nos pondría un piso en la ciudad. Qué ingenuos, ¿no? —dijo, sin apartar los ojos de la jarra.

—A ver si me aclaro. ¿Daniel pretendía extorsionar a su padre para que le permitiera irse de casa?

—Dicho así, suena fatal.

—Bueno, el chantaje no viene incluido en el manual del perfecto boy scout, que yo sepa.

—Quien roba a un ladrón —se defendió Raúl.

—Es otro ladrón, pero eso no viene al caso. ¿Crees que Daniel llegó a contarle vuestro plan a Manzanares?

—Creo que sí. Dani desapareció el catorce de octubre. Era el cumpleaños de Rubén, ¿sabe?

Aldo asintió.

—Y ya le dije que ese día en clase estaba muy nervioso, como si hubiera tomado una decisión. Para mí todo encaja: la noticia que tenía que darme esa tarde, el cumpleaños de Rubén, el comentario que me hizo sobre tenerlo agarrado… —Raúl cogió la jarra y la apuró, sin importarle la expresión reprobatoria de Aldo.

—Entiendo —dijo el inspector—. Pero ¿de verdad crees capaz a Manzanares de hacerle daño a Daniel por algo así?

—Era un hijo de puta…

—Puede. Aun así, por mucho que Daniel lo amenazase con airear sus trapos sucios, y por muy sucios que fueran, no dejaba de ser su hijo, ¿no te parece?

Raúl se revolvió en el sofá. Por un momento, volvía a ser el chico inseguro que Aldo recordaba.

—¿Por qué me habla así?

—No te estoy atacando, Raúl —intentó tranquilizarle—. Si piensas que Manzanares es responsable directo de la desaparición de Daniel, será porque tienes razones más o menos fundadas para creerlo, solo quiero que medites bien tu respuesta. Dime: ¿crees capaz a Rubén de atentar contra la integridad de su hijo? ¿Piensas que, llegado el caso, no habría tenido escrúpulos en… asesinarle?

—¡Sí! —exclamó Raúl—. ¡Sí, lo creo! Pero no por los motivos que usted dice…

—¿Por su orientación sexual, entonces? ¿Crees que eso fue lo que ocurrió ese día? ¿Que Daniel le dijo a su padre que era gay y

eso le enfureció hasta el extremo de…?

—¡De molerlo a golpes, sí! —Raúl gimió—. Necesito beber algo.

—Ahora no. Primero dime por qué no mencionaste ninguna de estas cosas cuando Daniel desapareció.

—¡Ya se lo expliqué! Al principio creí que había decidido irse sin mí. Además, su padre seguía aquí, nadie parecía sospechar de él. Yo estaba hecho un lío. Aún no había salido del armario, tenía miedo. Acusar a Rubén habría significado admitir que Dani y yo éramos novios. No estaba preparado para dar ese paso, ni siquiera por él. Lo siento, de verdad que lo siento…

—Tranquilo. No es culpa tuya. —Aldo suavizó el tono—. Lo importante es que me lo has contado. Solo te reprocho que hayas tardado tanto en compartir tus sospechas.

—¿Tanto? —Raúl miró hacia la barra, con cara de angustia.

—Han pasado dos años. Creo que debiste contactar antes con la policía.

—¡Pues claro que contacté! —protestó Raúl.

—¿Perdona?

—Al poco de que Rubén desapareciera, me sinceré con mis padres. Les dije todo. Ellos telefonearon a la policía y vino a verme un agente.

—¿A tu casa?

Raúl asintió.

—¿Qué agente, Raúl? ¿De qué comisaría?

—No lo sé. Normalmente es la poli la que te interroga, no al revés. A lo mejor mi padre lo sabe. Solo recuerdo que iba de paisano, como usted. Y que tenía marcas de acné en la cara.

Aldo lo apuntó todo, cada vez más confuso.

—¿Y qué le contaste?

—Lo de la fuga. Y que sospechaba que Manzanares le había dado una paliza a Daniel, que quizás lo había matado. Rubén odiaba a los homosexuales, no se cansaba de repetir que había que exterminarlos a todos para que no siguieran propagando el sida por el mundo. Daniel sufría mucho por su culpa.

—¿Qué más le contaste?

—Lo de la pornografía infantil…

—¿Y lo demás?

—No, solo eso. No quería mencionar lo del chantaje. Me parecía feo, por Daniel.

—¿Cuándo regresan tus padres de viaje? Tendré que hablar con ellos.

—Este domingo, por su propio bien. Yo me voy el lunes.

—Estupendo —murmuró Aldo—. Por cierto, ¿conoces a la hermana de Daniel?

—¿Una hermana? —Raúl arrugó el ceño, con aire de incredulidad—. ¿Qué hermana?

—Silvia. Silvia Manzanares. ¿Daniel nunca te habló de ella?

—No, nunca. Siempre pensé que era hijo único… ¿Quién es?

—Olvídalo, no tiene importancia. Dime una última cosa y te dejo ir. ¿Sabías que Daniel escribía en la revista del instituto?

—Prosa Nova. Sí, claro que lo sabía. Me dedicó varios poemas.

—Por casualidad no sabrás de dónde sacó el seudónimo que utilizaba para firmar…

—¡Ah, sí!, casi lo olvido: era la clave.

—¿La clave? ¿Qué clave?

—La clave para acceder al ordenador de Rubén.

—¿Daniel usaba la clave de Manzanares para firmar sus poemas? —Aldo no daba crédito.

—Sí. Formaba parte de su plan, pero nunca supe muy bien qué sentido tenía. De todos modos, Orion Dauber era un buen seudónimo, ¿no cree?

—Sin duda. —Aldo dio un sorbo al café. Amargo y frío. Como este caso, pensó—. En fin, creo que es todo, Raúl. Toma. —El inspector le acercó una tarjeta—. Si te acuerdas de alguna otra cosa llama directamente a este número. Tal vez tenga que volver a tomarte declaración, espero que no te importe.

—No, claro. —Raúl guardó la tarjeta en un bolsillo interior del abrigo—. Lo que sea por Daniel. Llame a mi padre. Quizás sepa quién era el agente que me interrogó.

—Eso espero —contestó Aldo—. Gracias por tu tiempo.

—De nada. —Raúl pareció vacilar. Miró al inspector—. ¿Sabe? No dejo de soñar con aquella mañana, en el instituto…

—Entiendo —dijo Aldo—. Raúl, no fue culpa tuya…

—Lo sé. Pero no dejo de soñar con aquella mañana —repitió él —. Yo invito, inspector.

Viernes, 15 de diciembre

LXV

Julio despertó sobresaltado. Alargó el brazo hacia la mesilla y desconectó la alarma del despertador. Las seis y cuarto. A las nueve debía estar de vuelta en Santa Marina. Le aguardaba otro día difícil y tenía la sensación de no haber pegado ojo en toda la noche. La víspera había estado intercambiando información con el inspector hasta las dos de la madrugada. Después le costó conciliar el sueño, pensando en Daniel y en aquel otro chico, Raúl, con una mezcla de rabia y envidia. Rabia porque, si las sospechas de Raúl eran fundadas, la desaparición de Daniel le conmovía de una manera especial, no podía evitarlo. Envidia porque, siendo los dos tan jóvenes, ya sabían quiénes eran, qué querían, algo que a Julio le había llevado mucho más tiempo asumir. Le parecía que el miedo había arruinado su infancia, que le habían secuestrado la adolescencia, la posibilidad del primer amor, del primer beso, aunque hubiera vivido todo eso más adelante, cuando ya conocía demasiado el mundo para sentir que estaba descubriendo algo. Y lo peor: no podía culpar a nadie en concreto, salvo a sí mismo, a sus propios fantasmas… Claro que tampoco nadie le ayudó entonces a aceptar que sus deseos eran legítimos. Lo que no se menciona carece de entidad, pensó. Normalizar el silencio no dejaba de ser una forma artera y efectiva de ejercer violencia, siguió cavilando, de negarle la identidad al otro. De hacerle sentir una pieza defectuosa en el engranaje desde pequeño, concluyó. Apartó las sábanas de mal humor. Saltó de la cama y, arrastrando los pies por el pasillo, llegó hasta el baño. Hizo una mueca de disgusto ante el espejo: tenía un aspecto horrible aquella mañana. Si lograse fumar menos…

Mientras se duchaba, rememoró la visita a la universidad, la conversación con el médico y su teoría sobre el accidente de Flores. Si Nájera estaba en lo cierto y alguien había quemado el cadáver antes de precipitar el coche al vacío, ¿qué intención perseguía? ¿Borrar las huellas del crimen? ¿Evitar que identificaran el cadáver? ¿Y si, después de todo, aquel cuerpo no era el de Flores? Puede que nunca lograsen averiguarlo: sin cadáver, sin autopsia, con un atestado plagado de contradicciones y sin la colaboración de Nájera resultaría difícil reabrir el caso. Siempre podía solicitar una investigación interna para depurar responsabilidades. Aunque

sospechaba que había demasiados implicados, y no solo en la comandancia de Santa Marina. Para empezar, ¿qué juez había permitido la incineración de unos restos sin identificar, pasando por alto la desaparición del informe forense, cuando a todas luces se trataba de una muerte violenta? Por no mencionar la destrucción de pruebas: alguien en la Judicial se había saltado la cadena de custodia con total impunidad.

Julio cerró el grifo. Alcanzó una toalla y salió de la bañera. Secó el vaho del espejo. Un poco mejor, murmuró, rebajando su nivel de autoexigencia. Empezó a secarse, metódico, de los pies a la cabeza, mientras pensaba en Aldo. Tras la charla con el forense, había ido a casa del inspector para recoger sus cosas, nervioso como un niño a punto de cometer una fechoría. Pero al girar la llave en la cerradura vio que la puerta no estaba cerrada. Entró con cautela.

—¿Aldo? —Una mujer, alta y morena, lo sorprendió nada más poner el pie en el recibidor—. ¿Quién es usted? —exclamó.

—Julio Mataró… Soy compañero de Aldo, él me dio la llave —justificó su presencia allí, un tanto azorado.

—Oh… disculpe —sonrió ella—. Soy su hermana, Marcia. ¿Dónde está él? —preguntó. A Julio le pareció notar un leve matiz de preocupación en su voz.

—En Ruinas de Santa Marina, por trabajo. Me pidió que le recogiera unas cosas, yo…

—¿Quiere que le ayude?

—No. Bueno, sí, claro —dijo, decepcionado. Sacó del bolsillo la tarjeta con las instrucciones de Aldo garabateadas al dorso y se la tendió—. Tal vez usted entienda mejor su letra.

Marcia se echó a reír. Julio la miró con disimulo. El parecido con Aldo era innegable: los mismos ojos negros, el cabello oscuro, la nariz recta algo prominente…

—Sí. Mi hermano tiene una letra endiablada. Pase, por favor, no se quede ahí. ¿Le apetece un zumo de naranja?

—No, gracias. Me voy enseguida, estoy deseando llegar a casa. —Julio la siguió al salón, observándolo todo sin poder ocultar su curiosidad.

—Lástima, se van a estropear…

—¿Perdón?

—Las naranjas. En fin, póngase cómodo, no tardo nada. —Marcia le señaló un sofá color chocolate. Hasta en los gestos se parecían, pensó Julio—. Y perdone que me asustara al verle. Es el uniforme, ¿sabe? No me acostumbro. Siempre pienso que traen malas nuevas.

El sofá era demasiado blando para su gusto. Cuando Marcia desapareció, se levantó a curiosear un poco. El salón tenía dos puertas correderas de madera en ambos extremos —Marcia había salido por la que, supuso, llevaría a la habitación de Aldo— y otra más pequeña que daba al recibidor. El espacio le pareció sobrio: salvo un par de plantas junto a la ventana, no vio nada que pudiera considerarse meramente decorativo. Persianas blancas, dos sofás del mismo color chocolate, una mesa baja de madera sin barnizar, casi sepultada bajo pilas de libros y revistas, un sillón ergonómico de diseño chocantemente moderno junto a una lámpara de lectura más clásica. Y más libros, estanterías repletas en cada hueco libre de la pared. Le llamó la atención no ver ningún aparato de televisión ni ordenador. Había, eso sí, un tocadiscos y una colección de vinilos que ocupaba dos estantes de la biblioteca. Julio se acercó a husmear qué música le gustaba al inspector. Entonces vio la foto.

Tendría unos nueve o diez años. En un primer momento pensó que se trataba de Aldo, pero la foto parecía muy reciente, y el niño tenía los ojos claros. Por lo demás, era casi una réplica en pequeño del inspector: tez morena, pelo oscuro —algo rizado—, la misma mirada inquisitiva, la misma sonrisa. La nariz, más respingona…

—Me encanta esa foto. —Marcia entró en ese momento con una maletita roja. Julio volvió a dejar el portarretratos en su sitio.

—¿Es el hijo de Aldo?

—Etienne —asintió ella.

—¿Dónde está?

—En Martinica, con sus abuelos. ¿No lo sabía?

—Bueno, Aldo no habla mucho de él.

—Sí. Es cierto. —Marcia suspiró—. En fin, aquí está todo. La ropa, las cosas de aseo, los documentos. —Dejó un portafolios sobre la maleta.

Julio se acercó. Cogió la maleta y el portafolios, pero no se movió. Ella lo miró, interrogante.

—¿Falta algo? —le preguntó.

—No. Es que… me preguntaba si la madre vive aquí o si…

—Juliette abandonó este mundo hace dos años —contestó Marcia—. Pero, si Aldo no le ha dicho nada, no creo que yo…

—Sí, sí. Perdone. Es que no sabía que… En fin, no sabía que hubiera fallecido.

—¿Intenta tirarme de la lengua? —sonrió Marcia. Aquel tono le resultaba familiar—. Juliette no ha muerto, era una forma de hablar.

—Lo siento, yo…

—No se disculpe, ¿Julio, me dijo?

El teniente asintió.

—¿Se lo pusieron por alguien en particular o por su fecha de nacimiento?

—Por mi abuelo, creo.

—¿Y qué día celebra su santo? —Marcia le guio hacia el recibidor—. ¿El doce de abril, el veintisiete de mayo, el diecinueve de enero, el uno de julio, el…?

—En realidad, no lo celebro —la interrumpió Julio. Aquella familia tenía las mismas manías, por lo visto.

—Qué lástima —musitó ella—. Si cambia de opinión, le recomiendo que lo celebre el veintisiete de mayo. Creo que le pega.

—Lo tendré en cuenta —contestó él, con una sonrisa de compromiso.

Lo importante, pensaba mientras terminaba de secarse el pelo, es que le había puesto nombre y rostro a aquel niño y a su madre —bueno, a ella, solo nombre—. ¿Y no era una casualidad curiosa que se llamara, justamente, Juliette? ¿Qué le habría pasado, qué significaba que había abandonado este mundo? Dos años atrás, coincidiendo con la desaparición de Daniel. Tal vez lo que había leído en la prensa fuera cierto, después de todo. Aunque Aldo no tuviera la custodia del niño, ¿habría intentado reclamarla? ¿Por qué la tal Juliette se había ido? ¿Adónde? ¿Qué hacía el hijo de Aldo en Martinica? Tarde o temprano lo averiguaría, decidió, estudiando por última vez su imagen en el espejo.

El día estaba nublado y caía una ligera llovizna, casi aguanieve. A las ocho y cuarto ya estaba entrando en Santa Marina. Encontró aparcamiento en las inmediaciones de la plaza de los Mártires Hebreos, como de costumbre. Comprobó, con alivio, que el coche patrulla ya no estaba allí. Julio sacó sus cosas y las de Aldo del maletero y se encaminó al hostal. Aldo le abrió la puerta de la habitación, con cara de impaciencia.

—Menos mal, Julio —dijo, a modo de bienvenida, arrancándole la maleta de las manos—. Me visto y bajamos a desayunar. ¿O ya ha desayunado?

—No, yo… Le espero en la cafetería —contestó el teniente.

Quince minutos más tarde Aldo ya estaba sentado ante un café con leche y unas tostadas. En Santa Marina el tiempo había mejorado. De momento no llovía, y el sol aparecía de vez en cuando

entre las nubes.

—Anoche, tras hablar con usted, me llamó Marcia —dijo el inspector mientras mordisqueaba su tostada—. Quería saber si se había llevado muy mala impresión de ella.

—No, ¿por qué iba a llevarme mala impresión? —se extrañó Julio.

—No sé, no me lo dijo.

—A decir verdad, se parecen mucho ustedes dos. Me preguntó por mi santo. Creo que le decepcionó un poco que no lo celebrase.

—Y no será porque no tenga días para elegir —comentó Aldo.

—Sí, sí, me lo dijo. Ella me propuso el ¿veintialgo de mayo?

—Veintisiete. San Julio, soldado y mártir. Sí, es una elección acertada. Gracias por hacerme el favor, teniente.

—No hay de qué. —Julio consultó su reloj—. ¿A qué hora tenemos que estar en el juzgado?

—Quedé con todos a las once y media en el cementerio. De manera que el señor Nájera no está dispuesto a declarar…

—Eso parece, sí. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que miente. Ese cuento de que solo certificó el nacimiento de Daniel y no sabe nada más no me lo trago. Y, en cuanto a lo de la autopsia, ¿seguro que no está intentando cubrirse las espaldas?

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, ahora sabe que estamos investigando la muerte de Flores, y que su informe se ha esfumado. Tal vez intenta culpar a otros de las irregularidades que se cometieron en esa comandancia para desviar la atención de las suyas…

—Es posible. De todos modos, hoy o mañana tendré que hablar con Herranz. Quiero ponerle sobre aviso.

—¿De qué quiere avisarle, Julio? —se alarmó el inspector.

—He decidido solicitar una investigación interna. Me parece que Herranz debe saberlo.

—¿No podría esperarse un poco? No nos interesa tener un frente abierto en esa comandancia justo ahora. Si aparecen los restos de Daniel, es probable que necesitemos la colaboración del Servicio de Criminalística de la Guardia Civil. Una investigación interna lo va a entorpecer todo…

—Está bien —dijo Julio, tras una pausa—. No lo haré, de momento. Pero no quiero dilatarlo mucho.

—Comprendo. Solo le pido unos días, Julio. Aguarde a ver qué ocurre hoy. En cuanto decidamos nuestro siguiente movimiento, por mí que arda Roma. ¿Nos vamos?

—Aún es temprano, ¿no dice que hemos quedado a las once y media?

—Sí, pero antes tenemos que pasar por el ayuntamiento para consultar el registro de fallecidos. Ayer llamé y di con una tipa bastante amable, imagínese. Hasta prometió tenerme un listado de inhumaciones ya preparado a eso de las diez. Por si hoy no encontramos nada, ya sabe…

Julio se llevó las manos a la cabeza, mascullando algo ininteligible.

—¿Qué le pasa, teniente?

—Aldo, si el féretro sigue intacto, tendrá que olvidarse de todo este asunto, como le pidió el juez. No puede abrir tumbas a diestra y siniestra solo por una corazonada.

—Ya lo sé —contestó el inspector, cortante—. De todos modos, tampoco perdemos nada por echarle un vistazo a esa lista, ¿no cree?

—Como siga por ahí, lo van a inhabilitar. Y yo caeré con usted.

—Julio, comprendo su desconfianza. Pero sé que Daniel está en ese cementerio, si no en la tumba de su hermano, en otra. Y nadie va a convencerme de lo contrario, lo siento.

—¿Se puede saber por qué está tan seguro? —exclamó el teniente—. ¿No ve lo que nos estamos jugando? Un presentimiento no sirve para que un juez ordene un auto de exhumación, ya lo vio. Si no hay nada en esa fosa, se acabó, ¿entiende? No podrá…

—¿Nunca ha tenido usted una certeza, Julio? —le interrumpió Aldo—. Sin que medie la lógica, me refiero.

—Claro que sí. Siempre que compro un billete de lotería. Y nunca me ha tocado, fíjese. —Julio abrió por fin la cajetilla, que llevaba manoseando desde que entró en el bar. Extrajo un cigarrillo y lo encendió, satisfecho con su respuesta.

—No me refiero a esa clase de certeza. No tiene nada que ver con el azar, sino con otro tipo de discernimiento más profundo.

—Oh, vamos… ¿Ha perdido la razón?

—La razón es cobarde, Julio. No analiza todas las posibilidades, solo aquellas que son lógicas. La intuición va más allá: rastrea todas las alternativas, incluso las más disparatadas, y es justo ahí donde puede estar la respuesta. Solo que nuestra razón la descarta sin más. Ya lo dijo Freud: en los asuntos vitales, la decisión debe provenir del inconsciente…

—Pensé que no le gustaban las «teorías psicológicas».

—Depende. Esta me resulta útil. La intuición arranca de la parte más antigua de nuestro cerebro, ¿sabe?

—¿Y?

—¿Nunca oyó eso de que los viejos son sabios y hay que hacerles caso cuando hablan?

—¿También cuando empiezan a chochear? —El teniente sacudió la ceniza del cigarrillo con gesto nervioso.

—Julio, está usted imposible esta mañana, ¿qué le ocurre?

—A mí, nada. Pero creo que a usted tanto santoral le ha trastornado.

—¿Qué tienen que ver los santos con esto?

—Mucho. Pensar que va a encontrar un cadáver porque desea encontrarlo no es ninguna intuición, es un acto de fe. Y, por mucha fe que yo deposite en mi billete de lotería, sé que solo hay una combinación ganadora entre millones. Sería estúpido querer comprar todos los números para estar seguro de que voy a ganar. Usted intenta hacer eso.

—No —dijo Aldo—. ¿Y sabe por qué estoy tan seguro de que mi intuición es acertada?

Julio se encogió de hombros, con gesto de indiferencia.

—Porque, de todas las posibilidades que podemos barajar, esta es la más simple —continuó Aldo—. Todo encaja: Flores, el cementerio, su accidente, las fechas. Manzanares no solo se deshizo de su cómplice, sino también del coche donde seguramente transportaron el cadáver de Daniel. Los perros nunca encontraron rastros de cadaverina en ninguno de sus vehículos…

—Pero no tiene pruebas.

—¡Y dale con las pruebas! La mayor parte de los grandes descubrimientos de la humanidad han sido producto de la intuición, del azar o de un error de cálculo, no de las condenadas pruebas. Me está usted sacando de quicio, Julio.

Los dos callaron. Aldo, con cara de orgullo herido, los ojos fijos en su taza vacía mientras Julio lo observaba de soslayo, preguntándose por qué intentaba provocarle de aquella manera. Al fin y al cabo, entendía sus argumentos. Se sintió culpable.

—Aldo…, creo que será mejor que vayamos a por esa lista, ¿no le parece? —rompió el silencio—. Son casi las diez.

El inspector asintió, circunspecto.

—Por cierto, ¿qué santo nos ampara hoy? —preguntó Julio, en tono conciliador.

—No se lo va a creer: santa Silvia de Roma —contestó Aldo mientras se ponía el abrigo—, madre de san Gregorio Magno, doctor de la Iglesia y patrono de los músicos —añadió, con una sonrisa forzada—. También es día de Fortunato, que, como sabe, significa «afortunado» en latín. No voy a decirle que es una señal

por si me muerde usted…

—Y hace bien —dijo Julio, aplastando la colilla de su tercer cigarrillo en el cenicero.

LXVI

Sobre las once, recibió el alta médica. Silvia empezó a comprender entonces hasta qué punto era acuciante su soledad mientras aguardaba a Rodrigo tumbada en la cama. Estaba citada a las doce para prestar declaración en el juzgado y se preguntaba de qué guisa tendría que presentarse ante el juez. Seguía sin ropa, sin dinero, y nadie le había dicho cómo podía solucionar aquellos dos pequeños inconvenientes. Tampoco sabía cómo iba a regresar a casa. Una casa sin puerta —o con una puerta inútil, atrancada con un candado provisional, según le dijeron—, saqueada, donde ni siquiera podría permanecer. ¿Y a quién recurrir? Silvia meneó la cabeza. En algún momento de su vida, todo se había torcido. Se castigó a sí misma aislándose de los demás. Por miedo, por vergüenza, por vanidad. Por lo que fuera, no lo tenía muy claro. Y, al parecer, se volvió invisible. En definitiva: no sabía a quién llamar para que le echase una mano, porque entre todos sus conocidos no contaba con un solo amigo, uno de verdad. Silvia hundió la cabeza en la almohada e intentó llorar. Pero no lo consiguió.

Rodrigo apareció poco después con una bolsa en la mano.

—¿Qué hace acostada? —le preguntó.

—Pienso —contestó ella, lacónica.

—¿Y qué piensa?

—Que mi casa no tiene puerta, que mis tarjetas de crédito no han aparecido. Que no tengo ni ropa para salir de aquí. No es como para dar saltos de alegría…

—Lo de la ropa puede arreglarse. —Rodrigo abrió la bolsa. Sacó unas prendas de vestir—. Supuse que no querría ir en pijama al juzgado. Espero que le sirva el pantalón, es de mi hermana.

Silvia se vistió en el baño. Rodrigo le había traído unos vaqueros —algo grandes—, una camisa —algo estrecha— y un grueso jersey de lana. Silvia vio que todo estaba sin estrenar. En el interior de los pantalones encontró una pegatina con advertencias sobre el lavado. El gesto de Rodrigo la conmovió.

—Normalmente —oyó que le decía desde el otro lado de la puerta—, en estos casos es un familiar o un amigo o un… novio quien se encarga de estas cosas, pero pensé que…

—Gracias mil, Rodrigo. —Silvia salió del baño—. Es usted muy amable. Se lo devolveré todo en cuanto pueda.

—No hace falta —sonrió él—. Lo que quería decir es que… Bueno, disculpa si te lo digo, pero me sorprende un poco que no tengas a nadie que…

A Silvia se le ensombreció la mirada.

—Gracias de verdad —musitó, sin contestarle. Él no insistió.

—Te darán tus cosas en unos días.

—No importa. No quiero ver esa ropa nunca más. Pero tendré que devolverle todo esto a tu hermana.

—No, de verdad. Ella no la usa. Puedes dársela a alguien que la necesite si quieres. En fin. Es hora de irnos.

—¿Qué pasará después? —le preguntó.

—Bueno, cuando declares aquí, tendrás que volver a hacerlo en la ciudad. Hay otras diligencias abiertas. El inspector que vino a verte detuvo a un colega de tus secuestradores, no sé si lo sabes…

Silvia asintió.

—Vas a tener un día movidito. —Rodrigo le dedicó otra de sus sonrisas ladeadas—. Cuando salgas del juzgado, te entregaré a la Policía Nacional para…

Silvia se alarmó.

—¿Entregarme? ¿Qué significa eso? ¿Me van a detener?

Rodrigo la observó, divertido. Silvia notó con disgusto que volvía a ser el mismo tipo de aspecto cínico que le había puesto las esposas la noche de la detención.

—¿Deberían? —dijo, guiñándole un ojo.

—Deberían dejarme en paz —le respondió, huraña. Rodrigo cambió el gesto.

—No está en mi mano decidirlo. Ese asunto lo lleva la Policía Nacional. Además, tienes que tramitar documentos nuevos. Dos agentes te custodiarán hasta la ciudad y se asegurarán de que veas al juez que instruye el caso abierto allí. Es el procedimiento. Tienes poco sentido del humor, Silvia.

—Ninguno, cuando no puedo tomar mis propias decisiones. Perdona. —Silvia suavizó el tono—. Rodrigo, te agradezco horrores todo lo que estás haciendo por mí, pero estoy muy nerviosa…

—Y que lo digas. —Echó un vistazo al reloj—. En fin, despídete de esto. Nos esperan abajo.

—¿Hay tiempo para un café?

—¿Un café? Tal vez cuando declares, ahora vamos muy justos.

—Me gustaría invitarte, para darte las gracias por…

—No hace falta. Solo hago mi trabajo. Además —añadió—, no podrías pagarlo, ¿no?

Silvia no contestó. Se ajustó las gafas, echó un último vistazo a

la habitación y siguió a Rodrigo. También a él lo perdería pronto de vista. En parte era un alivio. Pero en otra pequeñísima y recóndita fracción de su conciencia le apenaba. Y odiaba albergar sentimientos tan ambivalentes.

LXVII

El ayuntamiento no quedaba muy lejos del hostal, de manera que no cogieron el coche. Caminaron en silencio durante casi todo el trayecto, hasta que comenzó a chispear. Aldo resopló, contrariado.

—Por favor, que no llueva. Bastante complicado lo tenemos ya.

—Habría que prenderle una velita a santa Silvia —bromeó Julio en un intento de congraciarse con él. Tras la discusión en la cafetería, el ambiente resultaba algo tenso.

—No, a esa no. Es capaz de mandarnos una tormenta tropical en lugar de ayudarnos.

—¿Por qué? ¿Quién era?

—Bueno…, en realidad hay dos Silvias —se animó Aldo—. Una, virgen, murió en el 420 en Constantinopla y no hizo gran cosa, aparte de portarse bien. La otra vivió en el siglo VI en Italia, y su mayor virtud fue la de poseer una ambición descomunal.

Julio sonrió.

—¿Y qué ambicionaba? —le preguntó, fingiendo interés.

—¿Qué iba a ser, Julio? Poder. Para una mujer de su época no resultaba fácil, aunque fuera la esposa de un senador romano. Entonces dio a luz a un niño y vio los cielos abiertos, literalmente. El niño creció y se convirtió en prefecto de Roma. Pero Silvia no se conformaba con nada que estuviera por debajo de emperador para él. El muchacho se agobió. Abandonó la carrera política, vendió sus propiedades y se hizo monje…

—Y llegó a papa —concluyó Julio.

—Sí. Pero no por méritos propios. Silvia pensó que, si no podía ser la madre del emperador, ser la del papa tampoco era un mal negocio. Es probable que envenenase al papa Pelagio II, aunque otras fuentes afirman que fue víctima de un brote de peste negra que asolaba Roma en aquel momento. Tras alguna peripecia que otra, logró el báculo para su retoño, comió perdices y alcanzó la santidad. En resumen, esa era Silvia de Roma.

—Una madre de armas tomar —dijo Julio.

—Y tanto. —Aldo se detuvo ante el consistorio—. Aquí estamos, teniente. ¿Preparado?

Julio asintió, con cierta desazón en el estómago.

El ayuntamiento de Santa Marina era un edificio racionalista que desentonaba sin pudor alguno con el entorno. Una serie de cubos superpuestos y terrazas inútiles, de hormigón armado, que a Julio le disgustó por el aspecto a búnker y la frialdad que rezumaba. Por dentro no era mucho mejor. Cogieron el ascensor hasta la tercera planta. Julio siguió al inspector por un pasillo desnudo de color vainilla. O blanco sucio, era difícil saberlo. Aldo se detuvo frente a un despacho sin más rótulo que un número: el diez. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada desde el interior. Tocó.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Julio, mirando a un lado y otro del pasillo vacío.

—Seguro. ¿Qué hora es?

—Diez y diez.

—Hora de trabajar. —Aldo aporreó la puerta. Del otro lado, les llegó una voz ahogada.

—¡Adelante!

Aldo trató de abrir una vez más, con idéntico resultado.

—¡Está cerrada! —gritó. Oyeron entonces un chirrido de bisagras y el sonido inconfundible de unos tacones que martilleaban el suelo. El pomo giró. La puerta se abrió de una sacudida.

—Se atasca —se disculpó la funcionaria—. ¿Inspector Monteiro?

—Sí —contestó Aldo.

—Pasen, por favor —les indicó. Tenía una cara inexpresiva, pero parecía amable—. Estaba terminando de imprimir la lista. Deme un segundo —dijo. Luego arrastró sus tacones hasta un mostrador, subió la trampilla y desapareció en otra habitación.

—Qué eficiente —dijo Julio.

—No cante victoria tan pronto. —Aldo se apoyó sobre el mostrador. Desde el despacho contiguo les llegaba el rumor de una impresora y la voz de la mujer, que discutía con alguien más. Pudieron captar alguna que otra palabra en aquella retahíla, como «sanción», «policía» y «abuso de autoridad».

—Espero que no lo diga por mí —susurró al oído de Julio.

La impresora enmudeció. Los tacones resonaron tras el cristal esmerilado que separaba los dos despachos y la mujer apareció de nuevo con una carpeta bajo el brazo.

—Aquí tiene —dijo—. El listado de inhumaciones realizadas entre el catorce y el treinta y uno de octubre de 2004 en el cementerio municipal. Los datos resaltados son los que corresponden a las parcelas en propiedad. Las demás…

—Eh…, disculpe —la interrumpió Aldo—, pero le pedí una relación que llegara hasta el diez de noviembre.

—El uno no se entierra, por la festividad del Día Todos los Santos —contestó ella—. Y en los días siguientes no hubo defunciones, así que…

—Comprendo. La muerte también se toma días libres —sonrió el inspector. La funcionaria lo miró, impasible.

Aldo abrió la carpeta y empezó a estudiar el listado bajo la atenta mirada de Julio. Su dedo se detuvo prácticamente al comienzo, en el día quince de octubre.

—Faltan datos del Registro Civil —le dijo a la funcionaria.

—En efecto —contestó ella.

—¿Y eso?

—Tuvieron un fallo al poco de informatizar los servicios. Se borraron los archivos completos y no quedó constancia de los matrimonios, nacimientos y defunciones en Santa Marina durante una semana.

—No puede ser —murmuró Julio.

—Se subsanó, en gran parte —continuó ella—. Pero algunos documentos se perdieron, como los certificados de defunción. Porque los vivos reclaman, pero algunos muertos no tienen quien reclame por ellos. Y como se dejó de hacer copia en papel cuando se informatizaron los registros…

—No puede ser —repitió el teniente. Aldo lo miró de reojo, con cara de reproche.

—¿Tienen muchos fallos informáticos de este tipo? —dijo.

—Aquí no. Pero en el Registro Civil tuvieron otra mala racha hace cosa de un año. Un virus, supongo.

—Entonces no es seguro que en este listado aparezcan todas las inhumaciones que se llevaron a cabo en esos días —comentó Aldo.

—No tiene que ver una cosa con la otra —respondió ella, displicente—. El registro de inhumaciones está intacto, solo se perdieron algunos datos del Registro Civil, como los certificados médicos expedidos en formato electrónico. Pero nosotros guardamos copias del archivo parroquial, del registro del cementerio y de Sanidad, además de los permisos municipales para la concesión de tumbas, nichos, panteones…

—Servicios que gestiona otra empresa, ¿no es así?

—Una subcontrata, en efecto. Tienen la oficina en…

—Lo sé, lo sé —la interrumpió—. Bien, le agradezco la información. Ha sido muy amable.

—Un placer —correspondió ella, con una escueta sonrisa.

Julio examinó los papeles en el ascensor. La lista no era muy

larga. Apenas quince fallecidos, de los cuales les interesaban seis, según la tesis de Aldo: tumba o nicho individual y en propiedad. Y, en cuatro de los casos, no disponían de más datos que el nombre y el sexo —en uno, ni siquiera la edad—, el número de parcela que ocupaban en el cementerio y la fecha de inhumación. Nada de lo que debía haber constado en el Registro Civil, como la partida literal, donde figurase la causa de la muerte, el nombre del médico que la había certificado o la procedencia del difunto.

—Ángela Arriola Escudero —leyó Julio en voz alta mientras seguía al inspector fuera del ascensor—, Jani Markel, Rutilio Gonçalves Carrillo, Louis-Paul Costemale…

—¿Carrillo?

—Gonçalves Carrillo, sí. Sería portugués. Para ser tan pequeña, hay muchos nombres extranjeros en esta lista.

—El segundo apellido de Flores era Carrillo. Como Prudencio.

—¿Otro primo?

—Tal vez. Hay que preguntárselo al encargado. —Aldo consultó su reloj—. Si nos apresuramos, podremos hablar con él antes de que lleguen los demás.

—¿No quiere pasarse por Nubia primero?

—Ahora no. Hay que meditar bien nuestro siguiente paso, no quiero que se nos hunda el suelo bajo los pies.

—¿Y qué hacemos con el Registro Civil? Un error informático pase, pero que no guarden una copia en papel es…

—Es una faena —admitió Aldo—, pero perfectamente posible. Hace poco leí en la prensa un caso similar. En un pueblo de no sé dónde llevaban un mes sin registros de ningún tipo por la misma historia, y a los funcionarios no se les permitía consignar nada por escrito.

—Pero justo en los días que nos interesaban, ¿no es demasiada casualidad?

—Ya. Por eso es mejor no ir a tocarle las narices a nadie que trabaje en esa subcontrata de momento. Si damos con la persona equivocada, alguien con un cómplice en el Registro Civil, por ejemplo, es posible que desaparezcan más datos.

—Esto parece una conspiración global —dijo Julio—. ¿No estaremos exagerando?

—Es el efecto Santa Marina —sonrió el inspector—, no una paranoia suya, se lo aseguro: ya lo he experimentado antes. Será mejor que cojamos un taxi.

LXVIII

Silvia llegó al hotel cerca de las nueve de la noche. Una noche

especialmente oscura. De vez en cuando se levantaban corrientes de aire, tan súbitas como erráticas, que provocaban inesperados intervalos de lluvia, débiles pero incisivos. Silvia había rehusado que la llevasen en coche, cansada ya de andar escoltada de un lugar para otro. De los juzgados de Ribera de la Calzada a los de la calle Góngora, y de allí, a casa. Se sentía tan abrumada ante la presencia constante de la policía que no se permitió mostrar el más mínimo signo de desmoronamiento cuando por fin entró en el piso. El espectáculo resultaba desolador. Observó aquel caos en silencio, con una mezcla de consternación y vergüenza. Era su vida la que había quedado esparcida por el suelo. Como escombros tras un derrumbe, pensó, esquivando las miradas de los agentes. No soportaba que la compadecieran. Sabía que la policía también había estado fisgando entre sus pertenencias, y eso empeoraba las cosas, porque a pesar de todos sus esfuerzos temía conservar algo que pudieran utilizar en su contra. Solo que no lograba imaginar qué podía ser ese algo. Tal vez un pelo, una fibra, una mancha microscópica de sangre… O quizás algo más sutil, algo que les llevara a investigar sus pasos con mayor empeño. La factura del alfiler o la de la joyería donde le pusieron el cierre, una nota escrita en un momento de debilidad y luego olvidada, un indicio de los motivos que la indujeron a…, cualquier cosa. No se atrevía a centrar su atención en ningún objeto en particular durante más de dos segundos. Mirase donde mirase, sentía que los policías no perdían detalle de sus reacciones. Su casa era una trampa. Tenía que salir de allí.

Al menos tuvieron la cortesía de reservar aquella habitación en un hotel de cuatro estrellas. Silvia abrió el grifo de la bañera. Mientras se llenaba, encendió la tele. Buscó un canal de noticias y bajó el volumen, lo justo para oír el parloteo indolente del presentador sin tener que prestar atención a lo que decía. Echó un vistazo al menú del servicio de habitaciones. No tenía hambre ni ganas de volver a salir. Un sándwich y una bebida caliente en la cama podían ser una buena opción. Luego pensó que le vendría bien una copa. Abrió el mini-bar. Se decidió por un Martini. Se llevó el vaso al cuarto de baño, comprobó la temperatura del agua, cerró el grifo y se metió en la bañera. Suspiró, complacida. El día terminaba mejor de lo que había comenzado. Y seguía siendo una persona libre. Agotada, vapuleada, cuestionada…, culpable. Pero libre. Durante horas tuvo que contestar a las mismas preguntas con ligeras variaciones. En Ribera de la Calzada el juez insistió más en los detalles relacionados con el tipo del maletero, el tiroteo que le costó la vida a Waldo y su huida hasta la aldea, mientras que el

funcionario que la interrogó en la ciudad se centró en otros aspectos del secuestro, como el lugar donde la habían retenido al otro lado de la frontera, las conversaciones sobre la banda del Inglés que había escuchado o la relación entre su secuestro y el asesinato de su padre. Le mostraron fotos de un hombre bastante desagradable al que Silvia nunca había visto. Supuso que era el tipo del Jardín Botánico. No le dieron más detalles. Luego la mantuvieron encerrada durante más de una hora en otro despacho, a la espera de prestar declaración ante un secretario judicial, o algo así, con respecto al caso de su padre. Cuando apareció, puso como excusa del retraso un imprevisto, pero Silvia intuyó que mentía, que intentaban ponerla nerviosa. Se quitó las gafas. Las últimas experiencias le habían enseñado también que era más fácil enfrentarse a los interrogatorios con un interlocutor desenfocado. Era como hablar con una caricatura. Contestó a todo sin titubear o dudando lo justo para que sonara convincente: por qué había ido aquel día al Botánico, por qué se había separado del grupo en el invernadero, qué había hecho en ese intervalo y otra serie de pequeños detalles que parecían carentes de importancia. Volvieron a preguntarle por el tipo de la foto, aunque esta vez le pusieron nombre —ahora solo recordaba un mote: el Chino—, y finalmente, por él… No, no había visto a su padre en años, desde luego ese día no se tropezó con él allí. De lo contrario, les habría alertado de inmediato. En cuanto a Daniel, no podía añadir más de lo que ya había repetido en tantas ocasiones. No sabía nada. ¿El testamento de su padre? ¿Las últimas voluntades? Ni siquiera se había parado a pensar en esos asuntos. Sí, había renunciado a la herencia cuando su madre murió. Por motivos personales. ¿Dinero negro? No sabía nada. No. No. No. Todo iba saliendo bien hasta que le preguntaron por el alfiler. En ese momento supo que la idea de quitarse las gafas había sido providencial. Si el esfuerzo de fijar la mirada en un punto —la cara nebulosa del secretario— no la hubiera obligado a mantener los párpados entrecerrados todo el tiempo, seguramente habría dejado traslucir el sobresalto que se llevó al oírlo. ¿Un alfiler? ¿De entomólogo? ¿Qué es eso?, fingió. No, no llevábamos material de ese tipo con nosotros. Íbamos a estudiar botánica, no a cazar insectos…

Había salido ilesa —o eso esperaba— de aquel interrogatorio, tal vez el más difícil… Sin contar los del condenado inspector. ¿Qué estaría tramando ahora? ¿Habría exhumado los restos del niño? Nadie le había comentado nada sobre ese tema en el juzgado, y ella tampoco se sentía muy proclive a hacer preguntas. Silvia dio un

sorbo al Martini. Tal vez hubiera debido mostrarse más interesada sobre el asunto, meditó. ¿Qué esperaban encontrar en aquella tumba? Recordó el sueño que había tenido algunos días atrás. La matanza de los inocentes, Daniel. Las tinajas. Sintió un escalofrío. Se deslizó lentamente por la pared de la bañera hasta que el agua le llegó a la barbilla y rebasó después la curva de sus labios. Se tapó la nariz y sumergió la cabeza. Bajo el agua aún podía oír al presentador en el dormitorio, dando las noticias en su tono desapasionado. Aunque su voz le llegaba distorsionada, Silvia se sorprendió al comprobar que podía entender claramente lo que decía. Y lo que escuchó no le gustó nada.

LXIX

Encontraron a Prudencio junto a la cancela, charlando con dos empleados del cementerio. Por la expresión de su cara, Julio comprendió que no le hacía precisamente feliz verlos allí. El encargado arrugó el entrecejo, miró su reloj de pulsera con aire de resignación y se acercó, renqueante.

—¿Cómo está, señor comisario? Teniente, ¿ya recuperado de la caída? —les saludó—. Llegan antes de tiempo, ¿no?

—Buenas, Prudencio —dijo Aldo. Por fortuna, el viejo tenía la dentadura en su sitio—. Sí, es temprano. Queríamos hacer unas comprobaciones antes de que empiece el jaleo.

—Tiene gracia que diga eso —rezongó—. El jaleo ha empezado ya, sin ustedes…

—¿Qué quiere decir? —preguntó Julio.

—Hay unos buitres junto a la tumba del niño.

—¿Buitres? —repitió Aldo.

—Periodistas, ya sabe. Y una cámara de televisión.

—Pero ¿quién les ha llamado? —quiso saber Julio.

—Yo no —se apresuró a decir Prudencio—. Será cosa del alcalde.

—¿El alcalde?

—Bueno, le encanta salir en la tele.

—¿Está aquí? —dijo Aldo.

—Aún no. Pero seguro que aparece, señor comisario. No se pierde una jarana ni en broma. En fin, ustedes dirán qué necesitan. Todavía tengo que arreglar unas cosillas con los sepultureros, así que…

—Nos gustaría consultar otra vez el registro de inhumaciones, si es tan amable. Y también preguntarle por un tipo que enterraron aquí hace dos años.

—¿Quién?

—Se llamaba…

—Rutilio Gonçalves Carrillo —le ayudó Julio.

—No. No me suena. Será mejor que miren en los libros de registro.

—¿Su primo no se apellidaba Carrillo? —dijo Aldo.

—Sí. ¿Y qué?

—No hay ningún Gonçalves en su familia…

—No, hasta donde yo sé. Carrillo es un apellido muy corriente en esta comarca, ¿sabe? Pero no todos somos primos, a Dios gracias…

—Ya. Solo me preguntaba si tal vez tenía usted a algún otro pariente enterrado aquí —insistió Aldo.

—No, señor comisario…

—Monteiro . Llámeme Monteiro, Prudencio. No soy comisario.

—¿Ah, no? —se extrañó el viejo.

—Es inspector jefe —le explicó Julio—. Ya se lo dije, ¿recuerda?

—¿Y usted es…?

—Teniente —contestó él, con cara de enojo—. Teniente Julio Mataró, de la…

—Claro, claro —le interrumpió Prudencio—. Lo que usted diga. Si les parece les abro la neverica para que hagan su trabajo tranquilamente mientras yo hago el mío.

—¿Qué hacemos con los periodistas? —susurró Julio al oído de Aldo mientras seguían a Prudencio.

—No sé. Espero que el secretario del juez los eche, no quiero enfrentarme yo a la prensa.

—¿Decía algo, señor comisario? —Prudencio abrió la puerta de la capilla de un empellón.

—Nada. Déjenos el fichero y vaya a hacer su trabajo —le respondió Aldo, cortante. El rostro del encargado se ensombreció ligeramente.

—¿Alguna fecha en concreto o van a fisgonear en todos?

—Octubre, 2004.

Prudencio dio la luz, abrió el archivador y dejó los libros de registro a la vista.

—Ahí tienen —refunfuñó—. Que les aproveche. Ya me encargo yo de cerrar más tarde.

—Gracias, Prudencio —dijo Julio.

—De nada. Tenga cuidado al salir, teniente: con las últimas lluvias, se ha embarrado el camino. Resbala como el demonio.

Cuando Prudencio desapareció de la vista, Aldo sacó uno de los libros de registro y lo depositó sobre el escritorio, mirando con

recelo la imagen de santa Marina. Por un momento, le pareció percibir un estremecimiento en el cuerpo retorcido del dragón.

—¿Me da la lista? —le pidió al teniente—. O mejor: vaya diciéndome los nombres por fecha de inhumación…

Julio obedeció.

—El catorce de octubre tenemos a Arriola Escudero, Ángela. Setenta y ocho años.

—La tengo. Vecina de Ruinas de Santa Marina, soltera, de profesión… Vaya…

—¿Algo interesante?

—Era monja. Murió el doce de octubre de bronconeumonía en el convento de Nuestra Señora del Pilar.

—¿Y? —preguntó Julio.

—Que falleció el día del Pilar en el convento de Nuestra Señora del Pilar. —Julio se encogió de hombros, un poco desorientado—. Bien, veo que no le interesa. La enterraron el catorce de octubre. Patio de Santiago, fila veinte, número seis. ¿Coincide el número de nicho?

—Sí. ¿Voy a por el siguiente?

—Adelante, Julio.

—Gonçalves Carrillo, el «Primo» —bromeó Julio—. Quince de octubre.

—Varón, veintinueve años, natural de Torres Vedras, distrito de Lisboa, Portugal. De profesión, conductor. Hijo de Isabel y Octavio. Casado con María Siqueiros. Fallecido el catorce de octubre. Causa de la muerte: shock séptico por apendicitis aguda. Firma el parte de defunción Andrés Bellido, Hospital Santísima Trinidad, Ruinas de Santa Marina. Patio de Párvulos, fila diecinueve, número tres.

—¿Patio de Párvulos?

—Sería la parcela reservada a las tumbas de los niños cuando se construyó el cementerio. Apunte el número de acta del Registro Civil: 53.121.

—¿Qué le parece?

—Que es sencillo comprobar los datos y saber si tiene algún parentesco con Flores. Siguiente.

—Diecisiete de octubre. Jani Markel. Jota, a, ene, i…

—Ya, ya lo tengo. Varón, treinta y tres años. De profesión… Desconocida. Soltero, vecino de esta villa, pero no explicita lugar de nacimiento. Fallecido el dieciséis de octubre por colapso cardíaco. —Aldo pasó la página—. Mierda…

—¿Qué pasa?

—Mire: donde se anotan los datos relativos al parte de

defunción. El nombre del médico es ilegible. —Julio asintió—. ¿Puede leer el número de nicho?

—Patio de… Santiago, yo creo. Fila cinco. O seis, no sé. Y eso… parece un uno, ¿no?

—¿Qué pone en su lista?

—Fila seis, número siete…

Aldo cogió de nuevo el registro y pasó otra página con cuidado. Le costó despegarla de la siguiente. Repasó un par de ellas más, desolado.

—Las siguientes entradas están echadas a perder. Hay otro registro el diecisiete de octubre, casi borrado. Y este es del… ¿Dieciocho? —preguntó, pasándole el libro otra vez al teniente. La tinta estaba desleída, como si las páginas se hubieran mojado y los datos de una se hubieran transferido a la otra. Los trazos se confundían entre sí.

—Es solo un borrón… No sé.

—Bueno —suspiró Aldo—. Esto ya no es fortuito. ¿A quién más tenemos en esa lista?

—El siguiente es otro extranjero: Louis-Paul Costemale. De este no sabemos ni la edad. Solo que fue enterrado en un panteón, no en un nicho, el diecisiete de octubre… Debe de ser ese —Julio apuntó con el dedo la página estropeada.

—¿Y qué hay del resto?

—Que se ajusten al perfil que buscamos nos quedan dos: una tal Escribano Guerra, Sonia, de setenta y seis años, y un tal López Socas, Tomás, de cincuenta y nueve. Enterrados el veintisiete y el veintinueve de octubre respectivamente.

—Esos dos se leen, más o menos —dijo Aldo—. Solo están ilegibles el francés y este otro. Busque el dieciocho, teniente.

—El dieciocho no tenemos a nadie. Me temo que eso es todo…

—Bueno, solo nos queda consultar los archivos de Nubia y cotejar los datos. Pero primero hay que abrir la fosa. El momento de la verdad está cerca —sonrió, nervioso.

—Esto nos va a traer más complicaciones aún de lo que pensaba —se quejó el teniente—. Con la prensa aquí…

—Lo sé. Pero es tarde para echarse atrás. ¿Vamos?

—No va a rendirse, ¿verdad? —Julio siguió al inspector fuera de la capilla.

—Ya me rendí una vez. No pienso hacerlo una segunda —fue la respuesta tajante de Aldo.

El secretario del Juzgado de Instrucción número 2 de Santa

Marina les aguardaba en el patio del cementerio, acompañado por otro individuo de aspecto desaliñado, un guardia civil y un agente de la Policía Judicial. Al ver al inspector, esbozó una sonrisa y se adelantó a los de-más.

—Inspector Monteiro, tenemos un pequeño contratiempo —dijo, estrechándole la mano de una forma demasiado efusiva mientras miraba de reojo a Julio.

—La prensa, ya lo sé. Le presento al teniente Julio Mataró, mi enlace con el Servicio de Información de la Guardia Civil…

—Fernando. Encantado —saludó a Julio, con otro apretón de manos efusivo y, para disgusto del teniente, más húmedo de la cuenta.

—¿Sabe quién les avisó? —preguntó Aldo.

—El gabinete de prensa del consistorio, supongo. Y, por desgracia, no podemos echarlos. El secreto de sumario se levantó hace meses, están en su derecho a dar la noticia…

—¿Y el alcalde? —intervino Julio—. ¿Anda por aquí?

—Acaba de llegar, sí —susurró el secretario—. Fue a saludar a los medios. Hay un compañero suyo con él —añadió.

—¿Un compañero mío?

—El capitán Herranz —dijo Fernando. Miró de soslayo a los otros tres, que permanecían detrás de ellos, en un silencio incómodo —. Será mejor que les presente a estos señores.

—Conque Herranz. —Aldo le guiñó un ojo a Julio. El teniente se colgó un cigarrillo de los labios, sin saber qué decir.

—Este es Carlos Torres —comenzó la ronda de presentaciones el secretario—, ayudante de nuestro forense…

—Creo que va a llover —dijo el joven, con cara de circunstancias.

—Y estos señores son Claudio Delgado, de la Policía Judicial de Santa Marina, y el sargento Andrés Peña, de la comandancia de…

—¿Vamos al tajo de una vez? —le interrumpió el sargento, mirando al teniente con expresión hostil. Los demás asintieron, lúgubres. No muy lejos restalló un trueno.

—Seguro que llueve —repitió el ayudante del forense.

Aldo comprobó, abatido, que además de la prensa local había una cadena nacional de noticias. El alcalde, peripuesto como para presidir una gala benéfica, le pareció el «prototipo dos» en la categoría que se había trazado de los alcaldes de provincias. Casposo hasta el bigote, sin escrúpulos y con mal gusto. Ideológicamente propenso a llenarse los bolsillos sin recato al tiempo que cuidaba la imagen de hombre cercano, amigo de todos.

Uno de esos que tan pronto inaugura un comedor social como un centro comercial sin licencia de apertura o les baja los impuestos a los propietarios de yates. Siempre rozando la legalidad y escurriendo el bulto. No muy diferente, por tanto, al anterior alcalde. Claro que en Santa Marina, al menos, ni había yates ni comedores sociales. Por su parte, Julio vio que el capitán Herranz se mantenía en un discreto segundo plano, enigmático, atractivo a pesar de su cara picada de viruelas y de aquel ademán perennemente altivo, sonriendo por nada, para nadie en concreto, para sí mismo tal vez, con ironía, casi con sarcasmo. Al verle, le dedicó el habitual saludo castrense, la mirada fría, cargada de censura —Julio no iba de uniforme esta vez—. El secretario, haciendo las veces de maestro de ceremonias, abrió su maletín de piel, extrajo sus artilugios de nigromante levantador de actas, escoltado por el sargento con cara de malas pulgas y el agente de la Policía Judicial, mientras el joven aprendiz de forense se retorcía las manos y miraba al cielo, expectante, temeroso de ser atravesado por un rayo —se diría—, y todos los demás hacían corro alrededor de la tumba, como un grupo de crédulos esperando ver manifestarse al espíritu invocado por el médium judicial: los sepultureros, listos para recibir la orden de retirar la pesada losa de mármol; los periodistas, ansiosos por dar fe de la aparición; el alcalde, henchido de protagonismo gratuito, y toda la caterva de las fuerzas del orden allí presentes, guardando un minuto de silencio, disciplinados, detenidos en el tiempo como estatuas enmohecidas. Solo les faltaba cogerse de las manos, pensó Aldo, al tiempo que buscaba la complicidad en los ojos del teniente. Pero Julio estaba tan absorto en el ritual que iba a dar comienzo que ni siquiera reparó en su mirada, confuso, casi aterrado, porque aquello tenía más de reunión de brujas, de sabbat impío, de vulgar profanación de tumbas que de auto judicial. Miró por fin al inspector, devorado por la duda. Pero Aldo ya no buscaba su complicidad. Aldo observaba ahora cómo retiraban la losa, con cuidado, mientras Prudencio farfullaba a los presentes que se apartasen un poco y dejaran trabajar a los operarios, que la losa pesaba, que era de mármol bueno. Y hasta a Herranz se le había borrado el rictus sarcástico de los labios, tan atento como el que más…

Pero allí no había nada. Solo un féretro podrido de madera que los sepultureros terminaron de desarmar para descubrir el otro, el auténtico, frío y compacto, hermético, sellado desde hacía veinte años. Intacto, por nadie mancillado excepto por el mismísimo cielo, que en ese momento se desplomó sobre ellos con un furor inusitado,

como un dios que quisiera limpiar el mundo de una vez por todas y para siempre. Glacial, como la decepción que se dibujaba en todos los rostros. Y, más que en ningún otro, en el de Aldo.

LXX

Silvia salió de la bañera, se cubrió con una toalla y asaltó de nuevo el mini-bar. Eligió una botellita de whisky y se la bebió de un par de tragos. Se sentó en el filo de la cama, la garganta ardiendo, el estómago hecho un revoltijo de angustias y recuerdos, todo mezclado con el alcohol, todo ácido y ganas de vomitar. Se le escapó un eructo, después hipó y a continuación le entró la risa nerviosa y hueca de otras veces, un espasmo involuntario y mezquino, porque en realidad quería llorar. Ya no había noticias en la televisión, solo anuncios de perfumes y juguetes, y una mujer que venía del futuro para vender un detergente en polvo. El mundo seguía ahí, impasible. Intentó recordar cuando aún era niña, cuando el mundo no era tan absurdo. Hubo buenos momentos, momentos de felicidad, incluso. Porque hasta los seres más despreciables caen en la debilidad del cariño en ocasiones, y sí: ella lo percibió alguna vez. Alguna vez creyó que la suya era una familia normal. Alguna vez, entre la muerte del primer Daniel y el nacimiento del segundo, se sintió en armonía con ellos y todo era tan sencillo, tan cotidiano, tan familia. Hubo regalos por Navidad y cenas con los abuelos, fiestas de cumpleaños, excursiones al campo —antes, mucho antes de que el campo fuera un lugar aterrador—. Entonces creía conocer a sus padres. Creía saber qué podía esperar de ellos: que la alimentaran, que la cuidaran, que la protegieran. Que la amasen. Y por las noches, en la seguridad de su cama, se estremecía con los cuentos de madrastras despiadadas y padres sin escrúpulos, y se compadecía del pequeño Hansel, de la pequeña Gretel, pensando con alivio que ellos jamás le harían daño, sin saber que ya vivía presa en la casita de chocolate. Sin saber que ellos esperaban, como la bruja del cuento, a que madurasen sus entrañas para devorarla un día.

Pero al final maduró. Apareció Daniel. Y ella huyó sin dejar miguitas de pan por el camino, porque no quería que la encontrasen. Y, cuando Daniel desapareció, ella se adentró aún más en el bosque, queriendo fundirse con las sombras. Y ahora, después de tantos años huyendo de sí misma, ahora que la bruja despiadada y el padre sin escrúpulos se habían esfumado para siempre, ahora que podía empezar de nuevo, en el informativo le anunciaban que Daniel también había regresado, justo antes de la publicidad, con palabras tan neutras como el detergente del futuro. Tan fingidas

como las risas de los niños con un juego educativo entre las manos. Tan vacías como la botellita que sostenía con fuerza en su mano cerrada. Tan sin sentido como su propia vida.

LXXI

El aguacero había interrumpido abruptamente el trabajo de los operarios. Todos huyeron a refugiarse bajo la bóveda de la entrada en un sálvesequienpueda poco elegante, cada cual más veloz que el otro. Alcalde, secretario, policías, peritos, periodistas, guardias y empleados del cementerio se miraban ahora un tanto abochornados, al tiempo que exhibían medias sonrisas de compromiso, sin saber muy bien qué decir o qué hacer. Julio buscó al inspector, tiritando de frío. En la desbandada, lo había perdido de vista.

—¿Busca a Monteiro? —Oyó la voz del capitán Herranz, justo detrás de él. El teniente se volvió—. Se quedó junto a la tumba.

—¿Junto a la tumba? —Julio miró hacia el camino que acaban de recorrer, indeciso. Luego dirigió la vista al cielo. No parecía que fuera a escampar.

—Querrá expiar sus culpas por montarnos este teatrillo absurdo —continuó Herranz—. Va a pillar una pulmonía. Doble. ¿El inspector es siempre así de especial, teniente?

Julio notó un silencio incómodo alrededor, interrumpido solo por el repicar de la lluvia que arreciaba contra la cubierta de piedra. Todos los oídos estaban pendientes de las palabras del capitán y aguardaban su réplica. Julio otorgó callando mientras buscaba la cajetilla de tabaco en el bolsillo de su abrigo. Intentó encender un cigarrillo, pero la piedra del mechero se había mojado. En ese momento, un rayo cayó a muy poca distancia y el trueno retumbó como una bomba sobre ellos. Todos se agacharon, instintivamente.

—Una pulmonía no sé, pero igual lo parte un rayo —siseó Prudencio. Se oyó una risa nerviosa: el ayudante del forense. Julio suspiró, tiró el cigarrillo al suelo y se dispuso a dejar el resguardo de la bóveda.

—Muy bien, teniente. Tráigalo de vuelta antes de que lo fulmine la cólera divina. O resbale dentro de la fosa y se ahogue —dijo Herranz.

El teniente prefirió ignorar las palabras del capitán.

—Supongo que nadie tiene un paraguas —preguntó, encarándose al grupo con un pie en el camino enlodado. A pesar de que la respuesta era obvia, todos negaron con un movimiento de cabeza. Julio echó a correr, sin pensar ya más en los zapatos nuevos que acababa de arruinar sin remedio con aquel gesto heroico.

Aldo permanecía al pie de la tumba mirando al infinito. Las manos en los bolsillos del abrigo, empapado y, en apariencia, ajeno al diluvio. Julio le dio un manotazo en el hombro. El inspector lo miró con expresión ausente.

—¿Qué hace? ¿Es que quiere enfermar? —le reprendió Julio.

—Algo no encaja…

—¿Qué coño le pasa? —casi gritó Julio, sorprendido consigo mismo. De repente comprendía que estaba furioso con el inspector. Y comprendía también que deseaba culparle de aquel espectáculo inútil y que, a la vez, sentía una profunda decepción, porque también él había tenido la esperanza de hallar el cuerpo de Daniel. Sin embargo, el sentido común se había impuesto, despiadado como de costumbre, y Aldo se negaba a verlo. Pero, sobre todo, le enojaba terriblemente estar bajo la lluvia, tratando de proteger a un hombre terco al que no le importaba lo más mínimo hacer el ridículo. Julio lo agarró por el brazo y tiró de él, brusco.

—¡Vámonos de aquí! ¡¿Me oye?! —volvió a gritar. Aldo lo miró, perplejo.

—No hace falta que me zarandee ni que me grite, teniente. ¿Qué le ocurre?

—¿Qué me ocurre a mí? —se desesperó Julio—. ¿Qué demonios le ocurre a usted?

—A mí nada, Julio. Estaba pensando…

—¿Y eso no puede hacerlo en el hotel, con ropa seca y algo caliente en el estómago? —insistió. Hizo un esfuerzo por sonar más calmado—. Vamos. Están todos pendientes de usted…

—¿Pendientes de mí? —se extrañó Aldo—. ¿Por qué?

—¿A usted qué le parece? Es… —Julio quiso añadir algún comentario hiriente sobre lo extravagante y obsesiva que resultaba su actitud, pero se contuvo—. Ya está, se terminó, Aldo. Ahí no hay nada. ¿Podemos irnos de una vez?

—Erramos por un poco. Abrimos la que no era —murmuró el inspector.

—Sí, que erramos ya lo sabemos. Nosotros y el alcalde y la prensa y todo el país en un par de horas. Así que piense bien lo que quiere hacer a continuación, porque no creo que el juez vaya a darle permiso para otro… —teatrillo absurdo, iba a decir, pero se mordió la lengua—, para abrir más tumbas.

—¿Por qué se pone así, Julio? Es obvio que la respuesta está aquí. Usted vio el libro de registro…

—Es posible, sí —le interrumpió el teniente—. Y también es posible que todo sea una coincidencia. Creo que deberíamos dejar…

—Un rayo cayó en una ladera boscosa de la cara sur de la sierra. El eco reverberó en todo el valle como si una olla a presión hubiera reventado. Inmediatamente, se elevó una humareda entre los árboles. El fuego comenzó a extenderse con la misma velocidad del rayo, ante la mirada estupefacta del teniente, que jamás había visto algo así—. ¿Podemos irnos ya, por favor? —suplicó.

—Está bien. Salgamos de aquí antes de que le dé un ataque. No tiene usted buen aspecto.

Julio se estremeció. Aldo le dio una palmada de consuelo en la espalda.

—Lo extinguirán enseguida —comentó—. No sufra por los árboles…

Julio apretó la mandíbula para no entrechocar los dientes. Lo miró de reojo.

—No son los árboles los que me hacen sufrir, créame —musitó.

Cuando se acercaban, vieron que el alcalde, el secretario judicial, el ayudante del forense, el perito de la Policía Científica y un nutrido grupo de periodistas abandonaban el cementerio bajo un cortejo de paraguas —convocados, presumiblemente, por el jefe del consistorio—. Aldo aminoró la marcha.

—Julio, ni una palabra a nadie sobre los registros estropeados.

El teniente lo miró con expresión severa.

—¿Tiene algún plan?

—Cuando vea los libros de Nubia, sí, tendré un plan —contestó, mirando atrás. La lluvia perdía intensidad a medida que las nubes se iban desplazando hacia el norte. Un trueno retumbó más allá de la sierra. En las montañas aún podían observarse los efectos del fuego—. De momento, guarde silencio —continuó Aldo. Julio asintió. Sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo, la escurrió con rabia y la arrojó a una papelera, entre despojos de flores y coronas.

—¿Qué tal por el otro mundo? —bromeó Prudencio, al verles llegar.

—¿Todo en orden, teniente? —preguntó Herranz. Julio titubeó. Aldo aprovechó para adelantarse y tenderle la mano.

—Capitán Herranz, ¿verdad? Soy Aldo Monteiro —se presentó.

—Sí, todos sabemos quién es usted. —Herranz parecía reacio a estrechar la mano mojada del inspector. Aldo la sacudió en el aire.

—Disculpe. No me daba cuenta —dijo—. ¿Adónde han ido todos?

—A comer —contestó el capitán—. Es lo que suele hacerse después de un entierro. O lo que sea que hayamos presenciado hoy. En fin. Fernando me pidió que les ayudara. Esos señores quieren

hacerle unas preguntas, por cierto. —Herranz señaló a dos periodistas que aguardaban en el soportal y que intercambiaban chistes de muertos con los operarios del cementerio. Aldo los observó, sombrío.

—No tengo nada que decirles.

—Lo supongo —dijo Herranz—. Pero es mejor que se invente cualquier cosa antes de irse o no nos dejarán en paz. Peña, vaya a traer un par de mantas del coche —le ordenó al sargento con cara de malas pulgas.

—No es necesario que se moleste.

—¿Usted cree? Está morado, inspector. No quiero que le dé una hipotermia ante mis narices. Será mejor que despache pronto a esos señores y vayan a cambiarse. —Aldo asintió y se dio la vuelta, de mala gana—. ¿Tienen coche? —se interesó Herranz. Julio negó con un movimiento de cabeza.

—Lo dejé en la plaza de los Mártires Hebreos. Hemos venido en taxi.

—Les llevamos, entonces.

—No hace falta. Nosotros… —comenzó a decir Julio, pero un estornudo le impidió completar la frase.

—Yo creo que sí hace falta, teniente. De paso, me gustaría que me pusiera al día. Lo de hoy me ha cogido por sorpresa. Y no me gustan las sorpresas en mi jurisdicción.

En aquel instante llegó el sargento con dos mantas. Le ofreció una a Aldo al pasar junto a los periodistas y se acercó con la otra a Julio.

—Quítese el anorak, teniente.

Julio obedeció y se envolvió en la manta. Lo peor era tener los pies mojados. En el fondo agradecía que los llevasen.

—Vienen con nosotros —comentó Herranz al sargento, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Pues nos van a dejar el coche perdido —gruñó Peña. Prudencio, que remoloneaba aún por allí, medio pendiente de los periodistas y de Aldo, medio conversando con los dos operarios que hacían conjeturas sobre el trabajo que les iba a llevar drenar la fosa antes de volver a cerrarla, se acercó a ellos con aire servil.

—Señor teniente —carraspeó—, ¿puedo cerrar ya la neverica o piensan volver?

—Puede cerrar, Prudencio. —Julio hizo un esfuerzo por no entrechocar los dientes.

—¿Estaba todo bien? —insistió. Julio lo miró, un poco sorprendido.

—Pues… —Iba a preguntarle por los registros estropeados, pero recordó a tiempo las advertencias del inspector—. Sí. Todo en orden. Gracias. —Prudencio lo observó con un rictus extraño en los labios. Julio frunció el ceño—. ¿Ocurre algo?

—No, no. En fin, me despide del comisario. Tengo quehacer. Señor capitán —dijo, saludando a Herranz antes de poner rumbo a la capilla.

La tormenta iba perdiendo fuelle para dar paso a una llovizna liviana. Un arcoíris surgió en el horizonte, recortado contra los peñascos de la sierra.

—¿De qué hablaba el viejo? —preguntó Herranz, como sin querer darle importancia.

—De nada…

—¿De nada? No parecía que…

—Le pedimos que nos dejara comprobar el registro del cementerio.

—¿Y?

—Eso es todo —intentó zafarse Julio.

—¿Está seguro? —Herranz le atravesó con la mirada.

Julio se sintió acorralado. Justo entonces vio que el inspector se despedía de los periodistas y venía hacia ellos.

—Mire, parece que ya se los ha quitado de encima —comentó—. ¿Qué les habrá contado?

Aldo se acercó a ellos, con cara de satisfacción.

—Gracias por la manta —le dijo al sargento. Peña miró al suelo, mudo—. Bueno, misión cumplida —continuó, señalando a los dos periodistas que salían ya del cementerio.

—¿Qué les dijo? —preguntó Julio.

—Me disculpé en nombre del alcalde.

—¿En nombre del alcalde? —repitió Herranz—. Qué detalle por su parte.

—El capitán Herranz se ofrece a llevarnos —dijo Julio, con voz ronca.

—Sí. Y hágame un favor, Monteiro: tómese la tarde libre y no salga del hotel. Con un espectáculo al día tenemos suficiente por aquí.

—Por mí, de acuerdo. ¿Qué dice usted, teniente?

Julio asintió, decaído.

Herranz volvió a la carga en cuanto el coche arrancó. Julio se acababa de quitar los zapatos. Le dolía la cabeza, pero empezaba a reaccionar gracias a la calefacción. El sargento, silencioso,

maniobraba brusco de camino al centro de Santa Marina.

—Intuyo que trama algo, Monteiro —dijo el capitán, directo como siempre—. Y…

—Yo no…

—Déjeme terminar —le ordenó, con gesto autoritario—. Está en su derecho a llevar la investigación como estime oportuno, no seré yo quien se inmiscuya en sus asuntos. Pero me gustaría estar al tanto de lo que hace mientras ande por Santa Marina, especialmente si decide que hay que ponerse a abrir fosas. Encuentro insultante que tenga que enterarme por terceros cuando… —Herranz respiró hondo. Luego continuó, en un tono más sosegado—. Comienza a resultar molesto que no nos tenga en cuenta, inspector. Y eso va también por usted, teniente. Lo suyo resulta aún más sangrante.

—¿Por qué dice eso? —protestó Julio, aunque sabía por dónde iban los tiros.

—Porque Monteiro no es al único al que debe obediencia, perdone que se lo haga ver.

—No es obediencia lo que espero del teniente —intervino Aldo —. Y no estamos conspirando contra usted ni contra su comandancia —puntualizó, con una sonrisa conciliadora. Julio se hundió en el asiento. Lo último que deseaba era participar en aquella discusión—. Pero todo lleva un proceso y…

—¿Y cuál es ese proceso, Monteiro? ¿Por qué no he recibido una sola notificación sobre lo que ha sucedido hoy? ¿Por qué debo enterarme por un secretario judicial? Creí que la misión del teniente era facilitar la comunicación entre ambos cuerpos. Y no veo que eso esté ocurriendo.

—El teniente no estaba al tanto de mis planes hasta esta misma mañana. Para entonces, usted ya estaba enterado. —Por una vez Julio agradeció que el inspector mintiese—. Asumo la culpa. A veces soy muy impulsivo. ¿No es verdad, teniente?

—Sí…

—¿Impulsivo? —Herranz resopló—. Usted solo nos utiliza para sus fines políticos, Monteiro.

—¿Mis fines políticos?

—Estoy al corriente de sus intrigas en el Ministerio. Esta idea de unir los dos cuerpos, este experimento de trabajar codo a codo con un agente de nuestro Servicio de Información… Todo es una maniobra. Propaganda. De cara a su promoción. Hay un nombramiento muy jugoso en juego, ¿verdad?

Julio se volvió hacia el inspector, sorprendido.

—Sinceramente, no sé de qué habla —contestó Aldo.

—¿En serio? Sepa, Monteiro, que yo también tengo mis contactos.

—De eso no me cabe duda. Pero le aseguro que el teniente Mataró no es ningún medio para alcanzar un puesto, ni nuestro trabajo en común una campaña publicitaria. Quien le haya dicho tal cosa anda muy descarrilado.

—¿Y usted qué opina, teniente? —preguntó Herranz.

—Yo solo me limito a hacer mi trabajo —dijo Julio, sin poder disimular cierto desaliento. En ocasiones aún se hacía las mismas preguntas, y los comentarios venenosos de Herranz no ayudaban a disipar las dudas que de vez en cuando seguían asaltándole. ¿Lo utilizaba Aldo para sus propios fines políticos? Miró por la ventana, un poco atragantado. No veía el momento de bajarse del coche. Afortunadamente, ya estaban llegando.

—Espero que sepa dónde se mete, teniente. O dónde lo meten —gruñó Herranz, tras un breve silencio—. Y espero que no tenga que arrepentirse algún día.

—El teniente no tiene nada de qué arrepentirse. Y, dentro de poco, usted mismo se sorprenderá de lo absurdos que eran sus prejuicios, y comprenderá que ha sido una…

—¡Mi coche! —gritó Julio, dando un manotazo en el cristal de la ventanilla. El sargento dio un frenazo—. ¡Pare, pare! —le ordenó.

El coche patrulla se detuvo en mitad de la calle, a escasos metros de la plaza de los Mártires Hebreos. Julio abrió la puerta y echó a correr, descalzo, ante el asombro de los demás. Entonces vieron al muchacho. Vestía una sudadera oscura con una capucha que le ocultaba el rostro. Acababa de hacer una pintada en el cupé de Julio. Al ver al teniente, tiró el aerosol y huyó hacia una esquina del parque dando silbidos. Julio lo persiguió, chapoteando sobre el asfalto, sin hacer caso a los gritos de Aldo y del capitán. De una bocacalle, a su derecha, surgió un coche negro. Julio lo reconoció. Era el Audi con los cristales tintados que había intentado atropellarle. Dio un frenazo y se detuvo, con el motor en marcha. El chico saltó por encima del morro para introducirse en el asiento contiguo al del conductor. La ventanilla trasera se abrió y por ella asomó el cañón de un arma. Julio se detuvo en seco.

—¡Al suelo, Julio! ¡Al suelo! —gritó detrás de él el inspector. Julio se tiró en plancha sobre el pavimento, rodó sobre sí mismo y se cubrió la cabeza con las manos. Oyó dos, tal vez tres descargas. Más gritos, ahora desde alguno de los balcones del centro cultural, a su izquierda. Escuchó también el rugido bronco del motor, que

arrancaba y se precipitaba a toda velocidad por la estrecha callejuela que descendía del lado contrario a la plaza, y el chirriar de los neumáticos, mientras intentaba recuperar el aliento, aturdido. Luego sintió pasos apresurados, alguien que pasaba a su lado —el sargento Peña— y más gritos desde el centro cultural y al otro lado de la plaza. El sargento desapareció corriendo cuesta abajo. Las voces se multiplicaban a ambos lados de la calle. Escuchó algo sobre un médico, y luego un sonido de derrape, un estruendo de hierros y cristales rotos, un pitido atronador, más abajo, al final de la cuesta. Lo único que no escuchaba era la voz del inspector. Ni la de Herranz. Una sensación de irreversibilidad le nubló la mente.

—Aldo —murmuró. Se volvió, aterrado. Allí estaba, postrado de rodillas sobre un charco. Un reguero de sangre le manchaba el rostro, la ropa. Miraba con aire desolado al capitán Herranz, que yacía junto a él, con la pistola en una mano y un orificio de bala en la frente.

Cuarta parte

El reloj digital que había en la pared emitió un escueto clic al dar las cuatro de la tarde. Julio se incorporó en la camilla. Al otro lado del tabique se oía el ajetreo deprimente del área de Urgencias. Se llevó la mano al pecho. Aún tenía algo de taquicardia. La enfermera que le había ayudado a quitarse la ropa abrió la puerta del habitáculo y enfiló hacia él con la determinación de un acorazado de guerra.

—¿Cómo está?

—Acelerado —susurró Julio, afónico.

—Es normal. Pronto le hará efecto el calmante. Si quiere, puede darse una ducha. Le sentará bien.

—¿Cómo está Aldo?

—¿Aldo?

—El inspector Monteiro…

—¿El hombre moreno y alto? —Julio asintió—. Bien, bien. No fue nada. Unos puntos y listo…

—¿Y el capitán Herranz?

—Lo siento —musitó ella—. No pudieron hacer nada por él. —La enfermera le dio una palmadita en la espalda—. Será mejor que se dé una ducha. ¿Quiere que le ayude?

—No —dijo Julio, alarmado—, gracias. Creo que podré yo solo.

—¿Seguro? ¿No se marea? Si quiere le traigo una silla de…

—No es necesario, de verdad.

La enfermera lo acompañó hasta el cuarto de baño. Julio se metió en la ducha, no sin ciertos reparos: olía tan a hospital, tan a desinfectante y enfermedad… Sin embargo, el agua caliente se llevó sus escrúpulos por el desagüe en un santiamén. Se enjabonó varias veces con aquel producto antiséptico que apenas hacía espuma solo por tener una excusa para permanecer debajo del agua, reblandecido, escondido entre el vapor, ausente de todo. Empezaba a sentirse otro cuando oyó que golpeaban la puerta.

—¿Está bien? —exclamó la enfermera.

—Sí —contestó Julio, con voz recuperada.

—No conviene que se exceda —lo amonestó la mujer con su voz suave pero inflexible. Julio cerró el grifo.

—Ya salgo —se apresuró a decir, no fuera a ocurrírsele entrar para sacarlo a la fuerza. Intuía que ganas no le faltaban.

De regreso a la consulta tropezaron con Aldo en el pasillo. Su aspecto era atroz. Restos de sangre seca en la cara y en la ropa, la mirada turbia, el pelo apelmazado. Le habían desgarrado la manga de la camisa para vendarle la herida, y llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Sostenía el móvil con aquella mano. De la otra arrastraba el abrigo por el suelo.

—¡Julio! —exclamó, esquivando a un celador y una camilla—. ¡Por fin le encuentro!

—Por favor, guarde el móvil y no dé voces —le recriminó la enfermera.

—Lo siento —dijo, y rodeó a Julio por los hombros con el brazo bueno. El teniente sintió un nudo en la garganta.

—Aquí estarán tranquilos, mientras no haya otra urgencia. —La enfermera les abrió la puerta de la consulta. Julio se sentó en la camilla, mareado.

—¿Está bien, Julio?

El teniente asintió.

—¿Y usted? —Julio señaló el brazo vendado del inspector.

—Oh, no es nada. Exageraron con el vendaje…

—Casi lo matan, Aldo. Por mi culpa —dijo el teniente, con voz ahogada—. Y Herranz…

—No, Julio. No es responsabilidad suya. Usted no disparó al capitán.

—¿Los tienen?

—Solo a dos. El de la sudadera está ahora mismo en quirófano. No han dado información sobre su estado, pero no parece demasiado grave. Al conductor lo están interrogando. Salió prácticamente ileso. Pero el tirador murió al estrellarse el coche.

—¿Y Peña?

—Peña me tiene hasta el gorro. —Aldo se llevó la mano sana a la cabeza—. Oiga, ¿le han dado algo de comer?

—No.

—¿No tiene hambre?

—No sé… Más bien siento náuseas —contestó el teniente.

—¿Puede moverse? ¿Quiere ir a la cafetería? Yo necesito tomar algo.

—Puedo moverme, pero mi ropa está…

—Olvide la ropa, puede ir así. ¿Vamos?

Abandonaron el servicio de Urgencias y se dirigieron al vestíbulo principal. Aldo saludó a dos agentes de policía que aguardaban junto al mostrador de información. Al entrar en la

cafetería se toparon con un inspector de la Policía Nacional que salía en ese momento. El inspector, un hombre bajito, al borde del sobrepeso y con cara aniñada, se acercó a ellos.

—Monteiro, te andaba buscando. —El policía miró a Julio con interés—. ¿Es usted el teniente Mataró?

—Sí.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Muerto de hambre, como yo —se anticipó Aldo—. ¿Por qué no charlamos dentro?

—Ahora no puedo, salgo para los juzgados. Teniente, la Guardia Civil necesita hablar con usted. No sé si Monteiro le ha comentado algo, pero…

—Todavía no he tenido tiempo —le interrumpió Aldo de nuevo —. Déjame que le ponga al día mientras comemos y luego hablará con quien haga falta, ¿te parece?

—A mí no me tienes que dar explicaciones, Monteiro —dijo el inspector—. Ellos llevan el caso y son ellos los que tienen prisa por interrogar al teniente. En fin, hablamos. Y cámbiate de una vez, das miedo —añadió.

La cafetería del hospital estaba atestada. Mientras hacían cola para pagar, sonó el móvil de Aldo. Julio se distrajo entonces observando las reacciones de la gente a su alrededor. Había notado la curiosidad que habían despertado al entrar. No tenía nada de extraño: Aldo parecía el protagonista de un thriller de bajo presupuesto, y él…, bueno, a él solo le faltaba una camisa de fuerza, suponía, para dar el tipo de paciente fugado del pabellón psiquiátrico. Se esforzó por adoptar una expresión cabal, de persona en su sano juicio. Se preguntó si resultaría convincente. Al fin y al cabo, intentar hacer ver que uno está bien de la cabeza no deja de ser cosa de locos.

—Luego te llamo. —Aldo colgó, brusco, cuando llegó su turno. La cajera ni siquiera lo miró, acostumbrada a toda clase de extravagancias, imaginó Julio—. Cóbrese también la bandeja del niño. —Aldo señaló al teniente. Ella asintió, hierática.

—¿Quién era? —preguntó Julio, tras conquistar una mesa que se quedaba vacía.

—Tena. El fiscal.

—¿El fiscal? ¿Qué quería?

—Aclarar algunos detalles. La cosa se puso un poco fea, ¿sabe? El sargento Peña me pidió el arma antes de subirme a la ambulancia…

—¿El arma?

—Sí. Como si yo fuera sospechoso. Como si no estuviera claro de dónde provenía la bala que mató a Herranz. No importa, ya está solucionado. Pero llamé a Tena para informarle de todo. También le sugerí que pusiera en marcha la investigación que usted quería solicitar. Por eso me llamaba.

—La investigación era asunto mío, Aldo —se quejó Julio.

—Me temo que ya no. No es una auditoría interna lo que hace falta en esa comandancia, Julio. Deje que se ocupe el fiscal, usted no puede involucrarse más. —Aldo hizo una pausa—. Cuando saltó del coche para perseguir a ese cretino, ¿tuvo tiempo de leer lo que había escrito en el capó? —continuó.

—No…

—«Matarile Mataró». Y eso no es todo: la Unidad de Inspección Ocular encontró una bomba debajo del coche, lista para detonar en cuanto pusiera en marcha el motor. Iban a por usted, Julio.

El teniente palideció.

—¿Una bomba? ¿Por qué? —dijo, tratando de mantener la calma.

—No lo sé, pero es obvio que debimos tomarnos más en serio el intento de atropello que sufrió y el ataque al coche patrulla de la otra noche.

—El Audi… Creo que era el mismo que intentó arrollarme.

—Un detalle a tener en cuenta cuando declare. —Aldo le dio un bocado a su sándwich de atún—. Por desgracia, ya escuchó lo que dijo Matías.

—¿Matías?

—El inspector de Delitos Violentos que nos tropezamos antes: Interior ha decidido que sea la Guardia Civil y no la Policía Nacional quien lleve el asunto. Así que tendrá que vérselas con ellos.

—¿Por qué, Aldo? ¿Por qué tanta prisa por pedir una investigación al fiscal? Acaban de asesinar a Herranz. Ahora sí que me parece un poco precipitado.

—Julio…, de los tres que iban en el coche, dos están vinculados de alguna manera con la comandancia de Santa Marina. El de la pintada es hijo de un oficial de la Guardia Civil, amigo de Peña, para colmo. El que conducía era cabo primero. Lleva unos meses de excedencia forzada, pendiente de juicio por golpear a un detenido. Y no es la primera vez que lo implican en un caso de violencia policial: su nombre ya apareció recogido en un informe de una asociación de víctimas de malos tratos y torturas avalado por

Amnistía Internacional hace tres años. Por aquel entonces prestaba servicio en el Estrecho. Nunca fue procesado…

—Pero…

—Espere, que aún hay más. El muerto, el que disparó, era militar. Lo expulsaron en julio de este año por propinarle una paliza a un superior que, al parecer, lo había destinado a tareas de limpieza de crudo en el litoral, en lugar de enviarlo a liquidar talibanes, que era para lo que se había alistado. Los tres eran simpatizantes del Frente de Defensa Nacional. El militar incluso se afilió, poco después de ser defenestrado…

—¿Defensa Nacional?

—El partido ultra con el que Manzanares coqueteó en su día, y que no es ilegal porque quien hizo la Ley de Partidos Políticos hizo también la trampa.

—Cada vez lo entiendo menos. —Julio se mordió el labio. Se moría de ganas por fumar.

—El caso es que corre peligro en Santa Marina, Julio. Declare y váyase. Esta misma noche, si es posible.

—¿Cómo sabe que la bomba era para mí? Tal vez era usted el objetivo. Y yo solo el medio.

—La pintada iba dirigida a usted…

—Es que «Matarile Monteiro» no rima, Aldo.

—No creo que esa gente tenga mucho amor por la métrica. Hablo en serio: debe salir de aquí cuanto antes. No me gusta darle órdenes, pero en este caso…

—¿Y, usted, qué va a hacer?

—Revisar los registros de Nubia, interrogar a los padres de Raúl y…

—Y darse una buena ducha —continuó Julio—, dormir un poco, cuidarse la herida… ¿Por qué no se va primero al hostal y descansa? Yo me reuniré con usted cuando declare. Luego ya decidiremos si me voy o no.

Aldo asintió, pensativo.

—Está bien. Pero antes le traeré algo de ropa. Impone poco respeto con ese pijamita celeste.

Julio aguardaba al inspector en la sala de espera con un periódico entre las manos. Echaba de menos la camilla, pero la enfermera lo había desalojado de la consulta. De todos modos, no podía quejarse: en comparación con Aldo tenía buen aspecto, se dijo cuando lo vio aparecer en la sala. Ni siquiera se había cambiado.

—Cuando se vista, le acompaño al vestíbulo y me voy a dormir,

si no le importa —dijo, con un hilo de voz—. Hay dos guardias civiles esperándole. El secretario del juez está con ellos. Él le llevará al hostal cuando declare.

—No se preocupe por mí. Vaya a descansar, lo necesita.

Julio se llevó las cosas al baño. El periódico lo utilizó para forrar los zapatos por dentro —no había tenido la precaución de traerse otro par a Santa Marina—. Acompañó al inspector, o lo que quedaba de él, hasta el vestíbulo. Fernando le saludó, tan nervioso como unas horas antes en el cementerio.

—¿Cómo se encuentra, teniente?

—No puedo quejarme.

—¿Viene con nosotros, Monteiro? —preguntó el secretario, algo escéptico.

—No. Creo que debo recomponerme. Si vuelvo a salir a la calle con esta pinta me pondrán una multa por atentar contra el entorno. Por favor, no se olvide de traerme al teniente de vuelta…

—Descuide —contestó el secretario—. No creo que tardemos mucho.

Aldo cogió un taxi. Julio se tranquilizó cuando lo vio alejarse. Se volvió hacia el secretario.

—¿Sabe si salió de quirófano el tipo que…?

—Está en reanimación. Los médicos son prudentes, pero creen que se recuperará —dijo Fernando.

—¿Y el otro, el que conducía?

—Detenido.

—¿Ha dicho algo?

—Lo ignoro. —Fernando titubeó—. Si no le importa, hablaremos luego de ese asunto…

Julio asintió y volvió a sumirse en el silencio, con la vista puesta en el paisaje. El cielo seguía gris, pero no llovía.

—Otra cosa. Mi coche, ¿sabe qué le ha pasado?

—Si se refiere al artefacto explosivo, los artificieros lograron desactivarlo. Me temo que de momento es una prueba.

—Sí —suspiró Julio. Se arrepintió inmediatamente de haber formulado aquella pregunta—. Claro. ¿Cuándo está previsto que sea el entierro? —volvió a preguntar, tratando de enmendar su aparente falta de tacto.

—Pues no lo sé, teniente. Habrá que esperar a los resultados de la autopsia.

En el cuartel, las banderas ondeaban a media asta. La solemnidad resultaba sobrecogedora, casi tanto como las miradas de

animadversión que sorprendió en muchos rostros. Julio se alegró de contar con la presencia de Fernando en aquel espacio abiertamente hostil. Los acompañaron hasta un despacho donde un hombre con galones de comandante hablaba con dos suboficiales, sentado ante una mesa repleta de papeles. Julio se cuadró al entrar.

—Siéntese, teniente —le ordenó el comandante—. Usted también —le indicó a Fernando. Luego se volvió a los otros dos hombres—. Pueden retirarse. —Los suboficiales miraron a Julio con frialdad cuando salían.

El comandante rondaba los sesenta años. Tenía los ojos de un azul destemplado y marcadas arrugas de expresión alrededor de la boca. Tomó aire y alcanzó unas gafas que había sobre una pila de carpetas. Se las puso. Luego apoyó los codos sobre la mesa, cruzó las manos y miró a Julio con aire solemne.

—Teniente Mataró —dijo al fin—. Lamento tener que conocerle en estas circunstancias.

—Yo… siento mucho…

—Sí, sí. Todos lo sentimos —le interrumpió el comandante—. Creo que será mejor que entremos en materia. Teniente, ayer por la mañana estuvo usted aquí. Ya estoy al tanto de los actos de vandalismo que denunció. Sé también que mantuvo una reunión con el capitán Herranz en su despacho. Quiero saber de qué hablaron.

—Yo… le comuniqué lo que había sucedido con el coche patrulla. Y le pedí que enviase un equipo para…

—Eso ya lo sé, teniente. Pero usted le pidió algo más, ¿no es así?

Julio se preguntó de dónde sacaba el comandante aquella información. ¿Le habría dicho algo Herranz al sargento Peña?

—Sí. Unos datos relacionados con el caso que el inspector Monteiro y yo coordinamos en estos momentos…

—¿Qué datos?

—Pues… Una información relativa a un hombre que murió en un accidente de circulación hace unos años.

El comandante echó un vistazo al ordenador.

—¿Flores Carrillo?

Julio asintió.

—Sí. Veo que el capitán estuvo consultando el atestado. Y bien, ¿qué quería saber usted?

—Nada importante. Unas comprobaciones de rutina —murmuró Julio.

—¿Me toma el pelo? —El oficial se quitó las gafas. Lo observó con ferocidad—. Escuche, teniente: uno de mis hombres ha muerto

por ayudarle. Y sea lo que sea lo que usted y ese inspector de Homicidios hayan venido a hacer a Ruinas de Santa Marina, nos ha salpicado a todos. Su deber ahora es colaborar con esta comandancia. Se lo debe al capitán. Me lo debe a mí.

—Colaboraré en lo que pueda —dijo Julio—, pero hay aspectos de la investigación que de momento no puedo desvelar si un juez no dicta lo contrario.

—¿Se niega a cumplir órdenes de un superior?

—Con todos mis respetos, ahora mismo usted no es mi superior inmediato.

El comandante resopló.

—Hay cosas que están por encima de todo, teniente. Recuerde: «El honor es mi divisa».

—Y cuando se pierde, ya no se recupera. Nunca —dijo Julio, sorprendido por su respuesta. O estaba muy cansado, o lo que estaba perdiendo era el respeto por los galones.

—¿A qué viene ese comentario, muchacho? —masculló el comandante—. Eso que dice es muy grave.

Julio sopesó la situación. No tenía muy claro qué convenía decir y qué callar.

—Consulte usted mismo el expediente de Flores, mi comandante —respondió al fin—. Está plagado de irregularidades, y Herranz lo sabía. —Julio miró a Fernando. El secretario se acariciaba la cabeza, nervioso.

—¿Está poniendo en tela de juicio la integridad del capitán? —preguntó el comandante.

—No. Es la integridad de otros lo que está en entredicho, créame. Que yo sepa, el capitán Herranz ni siquiera prestaba servicio en esta comandancia cuando esos hechos tuvieron lugar. Si usted…

—Cuidado con lo que dice, teniente. No voy a consentir que vierta acusaciones infundadas ni que manche el buen nombre de esta comandancia. Se está ganado usted un expediente disciplinario.

Fernando tosió.

—Si me lo permite, creo que estamos todos muy afectados —dijo—. Deberíamos tranquilizarnos y no sacar las cosas de contexto. Me consta que el teniente no pretendía acusar a nadie. ¿No podríamos centrarnos en su declaración?

—Eso intento —dijo el comandante—. Pero antes debo saber si este hombre puso en peligro la vida de Herranz al involucrarlo en ese condenado caso de la desaparición. Me consta que la conducta del capitán había variado estos últimos días, por decirlo de algún

modo.

—Herranz tenía miedo —dijo Julio. De repente, el comportamiento extravagante del capitán, su manera de dejarle caer cosas sin terminar de aclararle nada, cobraba algo más de sentido.

—¿Eso le dijo?

—No. Nunca lo expresó con palabras, pero creo que no se sentía del todo seguro aquí…

—¡Ridículo! —exclamó el comandante.

—¿Ridículo? ¿Tan ridículo como que hay un cabo de este cuartel implicado en el ataque?

—Si se refiere al conductor del coche, ya no pertenece al Cuerpo. Y la mala hierba no hace el jardín, teniente.

—Pero lo echa a perder.

—Bueno, bueno —intervino el secretario—. Hagamos todos un esfuerzo por devolver las aguas a su cauce, por favor.

—¿Pero usted oye lo que dice, Fernando? —se quejó el comandante—. ¿Cómo coño se atreve a juzgarnos, teniente?

—Lo siento —rectificó Julio—. Solo trataba de responder a su pregunta.

—Ya. La pregunta cuya respuesta no hace más que eludir —gruñó el comandante—. ¿Qué más le pidió a Herranz?

—Nada más.

—Muchacho, si continúa negándose a declarar va a tener problemas muy serios, no importa los contactos que tenga en la Fiscalía del Estado.

—Yo no tengo ningún contacto en la Fiscalía, mi comandante. —Julio enrojeció—. Le agradecería que dejara de amonestarme, solo cumplo con mi deber.

—¡Qué deber ni qué niño muerto! —gritó—. Usted ha perdido el norte, teniente. Y mucho me temo que también se lo hizo perder al capitán Herranz…

—¿Con qué derecho me habla así? —exclamó Julio, apretando los puños contra la mesa.

—Por favor, señores —intercedió Fernando de nuevo—, les ruego que rebajen el tono. Centrémonos en lo que nos trae aquí. ¿El detenido ha hecho alguna declaración? —preguntó para cambiar el rumbo de la entrevista.

—Se niega. El FDN le ha puesto un abogado. Mañana pasará a disposición judicial.

—¿Defensa Nacional? —se indignó Julio—. ¿En serio? Matan a Herranz, hieren a Monteiro, colocan una bomba en mi coche y

ahora…

—La bomba no fue cosa de ellos, teniente.

—¿Cómo que no? Yo vi a ese tipo…

—Haciendo una pintada. Nada más.

—Una amenaza de muerte —insistió Julio.

—Exacto. ¿Y le parece lógico? La idea de un coche bomba es que no levante sospechas —dijo el comandante—, no anunciarlo a los cuatro vientos.

Julio guardó silencio, desorientado.

—De todos modos, la lógica da igual —continuó el comandante —. Los peritos han encontrado dos huellas parciales y otra completa en el artefacto explosivo, y no fueron ellos, se lo garantizo.

—Pero, entonces, ¿quién?

—Las huellas están siendo cotejadas. De momento, no se han encontrado coincidencias. Pero utilizaron amonal, teniente. No es un explosivo común. Sospechamos que puede ser obra de un grupo terrorista.

—¿Un grupo terrorista? ¿Actuando en Santa Marina?

—Los terroristas ya no saben de fronteras —dijo Fernando.

—Exacto —asintió el comandante—, ya nadie está a salvo. Pero eso ahora es lo de menos. Por última vez, teniente: ¿qué información le pidió al capitán Herranz?

—¿Por qué insiste tanto? Ya le he dicho todo…

—¿Y cómo explica esto, entonces? —Le acercó una carpeta abierta. Julio lo miró, sorprendido—. Adelante, díganos de qué se trata.

—Es… un informe. Sobre el doctor Beltrán Nájera. —Julio examinaba los documentos, casi conmocionado—. Y la transcripción de una entrevista. ¿Raúl Sánchez? ¿Herranz lo entrevistó?

—¿Quién es Raúl Sánchez? —preguntó Fernando.

—Un amigo de Daniel Manzanares.

—Y dice que usted no le pidió nada de esto —insistió el comandante.

—Ni siquiera sabía que estos documentos existían, se lo aseguro.

—Cierre la carpeta, por favor.

—Pero…

—Ciérrela —le exigió el comandante. Julio obedeció.

—Está a mi nombre —musitó.

—Exacto. Y no era todo. También contenía copias de unos expedientes de Asuntos Internos. No sé cómo demonios los consiguió, pero no estaba autorizado a mostrárselos. Algo impropio del capitán Herranz.

—No sé qué decirle, de verdad. Todo esto me coge por sorpresa.

—En fin. Es su palabra. Ahora debo pedirle que me devuelva ese dosier, teniente.

—Pero…

—Sin peros. Es una orden. ¿Recuerda lo que significa? Hasta que no se aclaren los hechos, creo que debería permanecer alejado del caso.

—¿Los hechos? ¿Qué hechos? —Julio estaba a punto de perder la paciencia, harto ya de las embestidas de aquel hombre y de que todos le pidieran que se mantuviera al margen.

—Me extraña mucho que Herranz obrase de una manera tan irregular. Me pregunto si no estaría recibiendo algún tipo de presión…

—Tiene gracia que lo mencione. Yo me preguntaba lo mismo —contestó Julio.

LXXIII

—Calle San Mateo, por favor —le indicó al taxista.

—¿A qué altura, más o menos?

—Voy al Hostal Maimónides…

—Pues tendré que dar un rodeo, la circulación está cortada a la entrada de la judería. Por el atentado.

—¿Atentado?

—¿No lo sabe? Esta mañana. Mataron a un guardia civil e hirieron a otro.

—Vaya. —Aldo se llevó la mano a la cabeza. Tenía que haberse tomado un calmante cuando se lo ofrecieron en el hospital.

—Sí. Los asesinos huyeron, pero se la pegaron con el coche. Hay dos muy graves. No dijeron en qué hospital estaban, pero para mí que los trajeron a este. ¿No se fijó si había policías por allí? —le preguntó.

—No. Soy muy poco observador.

Ya en la habitación, Aldo se quitó el cabestrillo y se desnudó. Pensó que más que una ducha lo que necesitaba era un buen baño. Así evitaba mojarse el brazo. Abrió el grifo y se tumbó en la cama mientras esperaba a que se llenase la bañera. Encendió la tele, pero tuvo que apagarla de inmediato. Le dolía demasiado la cabeza. Cerró los ojos para tratar de poner orden a la oleada de ideas que le asaltaban, que no le dejaban tener una perspectiva nítida de lo que había ocurrido. Pero se quedó en blanco. Sintió un alivio casi instantáneo.

Golpeó tres veces la puerta antes de que le abriera un rubiales

pequeñajo. Su cara le resultó familiar. El local, también —las luces rojas, el aspecto clandestino—. Se encaramó en un taburete muy alto, junto a la barra, y observó el suelo de la pista de baile, tan negro y bruñido que parecía no tener fondo. Un viejo bailaba abrazado a una rubia de larga melena. Sonaba un tango —¿Madreselva?—, pero ellos se movían a ritmo de vals. Un, dos, tres. Un, dos, tres. Aldo tuvo la sensación de estar viviendo un déjà vu. Sintió un cosquilleo en la espalda. Algo iba a ocurrir.

—Tómese una copa. —Oyó una voz a su derecha. Se volvió. Sabía que era eso lo que estaba a punto de recordar. Como siempre, ya era tarde. Un tipo delgado, con la cara picada de viruelas y aires de matón, le apuntaba con un arma: una Walther PPK con supresor de gases. Ideal para un tipo flaco, pensó, consciente de haber formulado ya ese mismo razonamiento en otra parte. El matón señaló con la cabeza hacia los anaqueles del fondo, detrás de la barra, sin dejar de encañonarle. Aldo miró al camarero. Esperaba ver al chico rubio que le había abierto la puerta, pero ya no estaba.

—¿Qué quiere? —le espetó en su lugar un tipo cincuentón con cara de bulldog. También lo conocía, pero no terminaba de ubicarlo. Aldo tiritaba. Hacía frío en aquel sitio.

—Un Jack Daniel's —pidió, sintiéndose el héroe de una película de espías—. O, mejor, un Johnnie Walker.

La música cesó. La rubia se acercó a él. Sonreía de una manera imposible, como si tuviera la boca dibujada al revés.

—Hola, Monty. Cuánto tiempo —le dijo al oído, sin abandonar su sonrisa inversa.

—No me llamo Monty. Soy Aldo. Aldo Monteiro, yo…

—Aquí tiene. —El camarero le puso entre las manos un paraguas cerrado, de color negro.

—¿Qué es esto? —preguntó él, sorprendido.

—El Jani Markel que ordenó. Ábralo.

—Pero yo pedí un Johnnie Walker…

—Le aconsejo que lo abra. —El matón le dio un toque con la pistola en la espalda.

—Sí, Monty. Ábrelo —susurró la rubia, que ahora llevaba gafas y ya no era rubia.

—¿A qué espera? —exclamó el camarero—. ¿No era eso lo que buscaba?

Aldo necesitó las dos manos para sujetar el paraguas. Lo arrastró hasta el centro de la pista de baile, con mucho esfuerzo. Era pesado y enorme. Tan enorme que cuando logró abrirlo la tela lo envolvió hasta la cintura. Entonces comenzó a llover… No, no era eso. Eran

aplausos. Se asomó por debajo del paraguas y vio que, efectivamente, le aplaudían. El rubiales, la chica, el matón, el viejo… y otros, otros a los que también recordaba, aunque no pudiera ponerles nombre. Todos aplaudían. Aplaudían y se reían. Aplaudían y se reían. Aplaudían…

—¡El grifo! —gritó, angustiado.

Brincó de la cama y se precipitó al cuarto de baño, sin resuello. El agua había rebasado la bañera y caía sobre las baldosas con un rumor inquietante. Como de risas. Como de aplausos. Aldo cerró el grifo. Echó un vistazo al desastre y respiró hondo. Luego se dejó caer en el agua caliente, sin importarle ya mojarse o no la venda ni que el suelo se inundase un poco más. Necesitaba aquel bautismo. Se echó a reír, con lágrimas en los ojos.

—Un paraguas… ¡Es un jodido paraguas! —exclamó.

Después del baño se sentía, si no mejor, al menos más lúcido. Eran casi las seis. Empezaba a oscurecer. La herida le palpitaba. Cogió la tira de gasa que le habían puesto para el cabestrillo y se la enrolló alrededor del brazo. Rebuscó entre sus papeles la lista que les habían dado en el ayuntamiento. No estaba allí. Julio se había quedado con ella. Cogió sus cosas y bajó a recepción para pedir un taxi. Mientras esperaba a la entrada del hostal, pensó en su paraguas. Miró al cielo. Negro y estrellado. No llovería. Sin embargo, la temperatura había vuelto a descender. O él tenía más frío de lo habitual. Sacó el móvil del abrigo y marcó el número de Julio. En eso, llegó el taxi.

—Al cementerio —ordenó en el mismo instante en que Julio descolgaba.

LXXIV

—¿Aldo? Ya voy para allá… ¿Cómo? —Julio se pegó el móvil al oído cuanto podía—. ¿De camino a dónde? Sí… Sí, estoy con Fernando, yo… Pero… Sí, la tengo yo. Sí, conmigo, ¿por qué? Está bien. De acuerdo. Sí. Sí, conforme. No se preocupe, ya me ocupo —Julio colgó.

—¿Monteiro? —Fernando detuvo el coche ante un semáforo en rojo.

—Sí.

—¿Va todo bien? —quiso saber.

—Eso creo, sí. ¿Sabe dónde podría alquilar un coche?

—¿Ahora?

—Bueno, aún es temprano.

—Hay una agencia a unos quince minutos de aquí, en un centro comercial.

—¿Le importaría dejarme allí?

—Como quiera. Pero no me parece buena idea que vuelva a coger un coche…

—Lo sé, lo sé. —Julio trató de digerir las órdenes de Aldo: «No haga preguntas delante de Fernando. Deshágase de él sin levantar sospechas, alquile un coche y reúnase conmigo en el cementerio»—. El inspector quiere que nos marchemos esta misma noche, y no me gustan los trenes.

—Podría pedir un coche patrulla, con escolta.

—No —contestó, nervioso—. No. Gracias. No creo que sea realmente necesario.

—¿Seguro que va todo bien? —insistió el secretario del juez.

—Sí. Todo perfecto, dentro de lo que cabe, claro…

—Le entiendo. La conversación con el comandante Estébanez casi me cuesta tres años de vida útil.

—Y a mí. Fue una situación muy desagradable.

Fernando lo miró de reojo. Julio supuso que su conversación con Aldo le tendría intrigado.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo.

Julio asintió.

—¿El capitán Herranz era sospechoso en el caso Manzanares?

—No, no exactamente. Teníamos dudas, pero no estábamos muy seguros. Unas veces me daba información importante para la investigación, otras jugaba al despiste conmigo. La verdad, no sé qué pasaba por su cabeza.

—¿Y ese dosier que dejó a su nombre?

—Eso fue una auténtica sorpresa, se lo aseguro. No le mentí al comandante. Lástima que no me dijera todo lo que contenía… ¿Es ahí? —Señaló una mole de colores terminada en una cúpula reflectante, al final de la avenida.

—Sí. Aldebarán II. La agencia está en la primera planta, cerca del aparcamiento —le explicó Fernando, aminorando la marcha.

Julio alquiló un Fiat de dos puertas y pidió un plano para orientarse. El único camino que conocía para llegar al cementerio discurría a escasos metros del cuartel, y no quería volver a pasar por allí. Encontró una ruta alternativa y arrancó. Sentía un vacío en la boca del estómago. ¿Qué hacía Aldo en el cementerio de noche? Aceleró. Fuera lo que fuera lo que se le hubiera ocurrido, no presagiaba nada bueno. O, al menos, nada demasiado legal. Solo le faltaba encontrárselo abriendo tumbas por su cuenta, pala en ristre. ¿Es que no tenía suficiente?, se dijo, dando un bostezo. Dios,

cuando ya pensaba que podría acostarse, cerrar los ojos y pedir una prórroga hasta el día siguiente…

Julio aparcó frente a la entrada. Se había levantado algo de viento. Una brisa, apenas. Suficiente para agitar las copas de los cipreses. Las voces de los insectos surgían de todas partes como ánimas quejumbrosas. Una lechuza ululó desde lo alto de alguna tapia. Julio atravesó la cancela con los pelos de punta. Aquello no presagiaba nada bueno.

Se detuvo en el patio de entrada, sin saber muy bien qué hacer. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Aldo. Al instante, la musiquilla de El tercer hombre repiqueteó en las inmediaciones de la capilla, a su derecha. Julio colgó y se encaminó hacia allí. Vio a Aldo ante la puerta entornada, con el libro de registros en las manos. Prudencio estaba a su lado. El haz amarillento de una farola próxima proyectaba una sombra grotesca de los dos sobre el camino lleno de lodo.

—¡Aquí, teniente! —le saludó el inspector.

—¿Puedo cerrar o esperamos a que lleguen los demás? —gruñó el encargado.

—Vaya a cerrar y espérelos allí. —Aldo miró la hora—. Es posible que se retrasen un poco.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Julio.

—Teniente, no se lo va a creer: he tenido un sueño…

—¿Un sueño? ¿Un sueño tipo «Ay, qué bien que puedo dormir una siesta mientras Julio las pasa canutas en el cuartel»? ¿O un sueño tipo «Un perro que habla me contó un secreto»?

—Más bien del tipo dos. ¿Tuvo algún tropiezo en la comandancia?

—No, primero conteste usted: ¿qué estamos haciendo en un cementerio de noche que no puede saberlo el secretario del juez? —le exigió Julio.

—Sé con total seguridad dónde está el cadáver, teniente.

—¿Porque lo soñó?

—Algo así. ¿Puedo explicárselo o prefiere seguir puliendo su vena sarcástica a mi costa?

Julio suspiró.

—Adelante. Le escucho.

—Bien. Lo fundamental es este nombre. —El inspector levantó el libro de registros. Le señaló la primera página estropeada.

—Jani Markel. Sí, el sueco. ¿Qué pasa con él?

—Jani Markel no es sueco, teniente. Ni siquiera es un hombre.

—¿Una mujer, entonces?

—Quiero decir que ni siquiera es humano…

—Aldo, empieza a asustarme. Y, créame, este no es el mejor sitio para poner a prueba mis nervios.

—Es un paraguas.

Julio lo miró, atónito. Aldo le mantuvo la mirada, brillante, febril. Sonreía de oreja a oreja. Al teniente le pareció que estaba temblando.

—¿Un paraguas? ¿Como en El hombre que confundió a su mujer con un paraguas?

—No, teniente. Era un sombrero.

—¿Un paraguas o un sombrero, en qué quedamos?

—Es El caso del hombre que confundió a su mujer con un sombrero…

—Ya, bueno. Lo que sea. ¿Puede explicarme lo del paraguas?

—Verá: ayer no tuve más remedio que comprarme un paraguas en un bazar, cerca del juzgado. Yo buscaba uno para salir del paso, pero el dependiente se empeñó en mostrarme una docena de modelos (automáticos, antitormentas, plegables, compactos) de diferentes marcas. Tantas que casi me decido por un Alain Delon…

—¿Está de guasa?

—No, Julio. Ahora no bromeo. —El teniente vio por la expresión de su cara que decía la verdad—. En fin. Me compré uno más económico, salí de allí y no volví a pensar en los paraguas, hasta que nos hicimos con la lista de fallecidos. El nombre de Jani Markel me resultaba familiar, pero no era capaz de ubicarlo…

—¿Un paraguas? —exclamó Julio—. ¿Jani Markel es una firma de paraguas?

—Eso es, Julio. Una vuelta de tuerca más de nuestro amigo Manzanares… ¿Dónde se habrá metido Prudencio?

—¡Aquí estoy, señor comisario! —oyeron su voz—. Aunque estoy por largarme —refunfuñó, reapareciendo de entre las sombras.

—Y se hacía duro de oído —susurró Aldo al teniente.

Prudencio no venía solo. Le seguían dos periodistas y un fotógrafo. Uno de ellos traía un equipo de vídeo y otro cargaba con un foco.

—¡Hola de nuevo! —saludó el más bajito.

—Aldo. —Julio miró al inspector con expresión acusadora—. ¿Qué hacen estos aquí?

—Vienen a documentar el hallazgo. Ahora le explico…

—El hallazgo —dijo Julio, incrédulo—. No pensará que voy a

permitir que abra ese nicho sin autorización. ¿Se ha vuelto loco de remate? No somos saqueadores, por Dios. Si lo abre ahora, no servirá de evidencia en…

—¿Evidencia, Julio? ¿Para inculpar a quién? Manzanares está muerto, no puede rendir cuentas ante un tribunal, ni él ni Flores.

—¿Y si descubrimos que hay alguien más implicado, como el doctor Nájera? Él sí que está vivo. Y parece un experto en zafarse de la ley.

—Deje que le explique en otro sitio. —Aldo miró nervioso hacia los periodistas, que no les quitaban ojo de encima.

—¿Por eso quería deshacerse de Fernando? —continuó Julio—. Sin orden de exhumación, sin los permisos necesarios no puede…

—Sí que puedo. Por favor, no discuta conmigo delante de la prensa. Deme un voto de confianza y cállese un momento —concluyó, con un ligero temblor en la voz. Julio asintió, malhumorado—. Si me disculpa, voy a hablar con ellos. —Le entregó el libro de registros.

Prudencio se acercó a Julio con tanto sigilo que no lo oyó llegar. El teniente se sobresaltó. Él esbozó una sonrisa indefinida.

—Esto no termina nunca —comentó—. ¿Me pagarán horas extra? Porque los sepultureros ya se largaron, así que tendré que hacerlo yo todo…

—No sé, Prudencio. No creo que podamos abrir ese nicho.

—¿Ah, no?

—Sin los permisos correspondientes…

—Pues yo no muevo un dedo si no veo los papeles. No señor. ¿Quiere que guarde el libro o…?

—Sí. Guárdelo. —Julio le dio el registro—. Ya está bastante estropeado.

—No es culpa mía, que conste.

—Ya… ¿Me permite? —se disculpó mientras bajaba los escalones de la capilla. Aldo parecía estar dando instrucciones al fotógrafo y a los otros dos periodistas.

—No sé cuándo podrán emitirlo. Estoy esperando confirmación sobre ese asunto… Por cierto, este es el teniente Mataró —le presentó al ver que se acercaba—. Ya lo conocen de esta mañana. —Julio saludó con un gesto de cabeza.

—¿Podemos hablar, inspector?

—Claro. Si nos disculpan…

Se encaminaron hacia el primer patio de nichos y se detuvieron junto a una fuente cegada. La iluminación de las farolas no era muy potente, pero Julio notó que Aldo tenía peor aspecto que al

mediodía.

—¿Y bien? —preguntó.

—No me mire así… Está bien, es una locura hacerlo de noche, pero no puedo esperar. No, ahora que lo sé. No hay manera de pedir una orden de exhumación, usted mismo lo dijo. Aunque es obvio que… llevo razón…

—¿Está bien, Aldo?

—Sí. Es este condenado frío —dijo él—. Como le decía: no puedo solicitar que abran ese nicho por vía ordinaria. No, con restos tan recientes. Sanidad no daría permiso. Tampoco el Ayuntamiento, ni el cementerio, o sea, Nubia. Ni los familiares de Markel, que no existe. Ni el propietario del nicho, que está muerto…

—¿Cómo ha averiguado eso?

—Llamé a la central. Pedí que introdujeran las referencias legibles del libro de registros en la base de datos, por si había suerte. Y di en el blanco. El número de documento de identidad pertenece a un tipo fallecido en los años noventa en la cárcel mientras cumplía condena por un delito de tráfico de drogas. Jani Markel no dio ningún resultado. Aunque si busca en Google le aparecerá por todas partes. Era tan sencillo… No sé exactamente cómo lo hicieron, si el nicho pertenecía realmente a ese hombre y Manzanares, o Flores, sabía que estaba muerto, o si utilizaron sus datos para falsificar el título de propiedad y la inscripción en el Registro Civil. Da igual. Con esa información en la mano, llamé a Tena. Le dije que era la suya…

—¿La suya?

—Que me expidiera un permiso especial para abrir esa tumba, hoy mismo, y la noticia del hallazgo de Daniel saltaría a los medios de inmediato. Así nos cubriríamos las espaldas ante posibles denuncias.

—¿Cómo? No veo que tener a la prensa aquí ayude a cubrirnos las espaldas. Más bien lo contrario.

—Se equivoca. La televisión está por encima de todo, Julio. La televisión reviste de legalidad hasta un bombardeo sobre civiles. Y nadie lo cuestiona. Y, si se cuestiona, se olvida enseguida. Además, es publicidad. Y los políticos adoran eso por encima de todo. Hasta el alcalde de Santa Marina daría su visto bueno, si me apura…

—¿El fiscal le apoya en esto?

—Carta blanca. No hay otra forma de abrir ese nicho. Puede que alguien quiera impugnar su orden. Pero, para entonces, ya tendremos el cuerpo de Daniel, que es lo que realmente importa. Por eso no quería que Fernando se enterase. Lo habría puesto en un

compromiso.

—¿Y dónde está esa orden? ¿Cómo lo ha resuelto en tan poco tiempo?

—La traen de camino…

—¿Quién?

—El secretario de Tena, la subinspectora Marcos y su equipo.

—¿Y no van a avisar a nadie en Santa Marina?

—El inspector Matías ya está avisado. Estará a punto de llegar.

—¿Y la Guardia Civil?

—La Guardia Civil de Santa Marina queda fuera esta vez, por deseo del fiscal. Y mío. Hasta que no se inicie una investigación sobre lo que ha ocurrido hoy, es mejor que no intervengan.

—¿Y qué pasa conmigo, Aldo? ¿También me quedo al margen?

—Esa decisión le corresponde a usted…

—Tendré que informar en Jefatura. O voy a tener problemas.

—El fiscal…

—El fiscal no responderá por mí —le interrumpió Julio—. Y no quiero más enfrentamientos con mis superiores.

—Pues tal vez debería plantearse dejar el Cuerpo, Julio. Han estado a punto de matarle.

—Si lo dice por los que iban en el coche, ellos no pusieron la bomba. Y el que más ha perdido en esta historia ha sido Herranz, no lo olvide. No puede juzgar a todos por lo que hacen unos pocos. El cabo ni siquiera estaba en servicio…

—Cálmese, Julio. Solo digo que por encima de sus superiores en la Jefatura de Información está el fiscal general. Y si las cosas se tuercen… Tena asume la responsabilidad, pero mi cargo está a su disposición. Si hay problemas, mi cabeza será la primera en rodar. Así que usted decide. Puede marcharse y evitar riesgos. O quedarse y compartir conmigo el descubrimiento…

Un pitido prolongado salió del bolsillo del abrigo del inspector. Aldo extrajo el móvil y lo miró, ceñudo.

—Qué contratiempo. Se me agota la batería.

Sábado, 16 de diciembre

LXXV

Silvia se despertó apenas dieron las siete, sudorosa, con el pulso acelerado. No se demoró ni un segundo entre las sábanas. Tras una ducha rápida, se vistió y se precipitó fuera de la habitación. Desayunó en la cafetería del hotel y regresó a su cuarto. Era sábado. Los bancos estaban cerrados y seguía sin dinero, sin tarjetas, atrapada entre aquellas paredes. Y no quería que la encontraran allí cuando vinieran a por ella —porque seguro que vendrían—. Pensó en Pedro. En realidad, llevaba pensando en él gran parte de la noche. Buscó su número y la dirección en el listín telefónico. Se puso el abrigo, echó un último vistazo a la habitación y salió. Por miedo a toparse con algún policía en el ascensor, bajó los cuatro pisos a pie. Salió a la calle con cinco euros y cincuenta céntimos en el bolsillo. Suficiente para coger el metro, llamar a Pedro desde alguna cabina y tomarse un café si tenía que esperarle. Podía ser que no estuviera en casa. O que aún durmiese a aquella hora. ¿Tendría novia? ¿Viviría con alguien? Silvia se asombró al darse cuenta de lo poco que lo conocía. ¿Sería buena idea, después de todo? Tal vez no. Pero ignoraba a quién más podía recurrir. Pensó en Rodrigo. Sonrió. Solo le faltaba enamorarse del tipo equivocado y acabar entre rejas, como una vulgar heroína de novela negra que se rinde a los encantos del detective. «¿Amor eterno? Claro que sí, princesa: llámame cuando cumplas condena y negociamos las condiciones». Ni hablar. Rodrigo quedaba excluido de la famélica lista de personas a las que podía pedir ayuda. Un naturalista aficionado seguía siendo, con todo, la mejor opción.

La estación de metro más cercana era la del Jardín Botánico. Pensó en dar un rodeo, pero se le ocurrió que no estaba de más hacer un alto en el café que en teoría había visitado al salir del invernadero el día de la excursión. Si volvían a interrogarla, le convenía retener algún detalle que aportara credibilidad a su relato.

El local estaba abarrotado de turistas estadounidenses, vocingleros y madrugadores, que hacían cola ante la barra con las ilusiones puestas en una rueda de churros recién sacada de la freidora. Silvia aprovechó para ir al servicio. Luego salió, sin tropiezos, justo cuando una segunda tanda de turistas invadía el café, atraídos por el olor a fritanga. Ningún camarero la interceptó. Nadie le dirigió la palabra ni pareció reparar en ella.

En el metro, Silvia se acomodó frente a un señor que leía el periódico con ese aire solemne que adopta la gente cuando lee en un medio de transporte. Desplegó un plano. Pedro vivía en Ciudad Jardín, a doce paradas del Botánico —final de trayecto de la línea —. Cerró el plano y miró al frente. El hombre del periódico pasó la página. Silvia se quedó sin aire al reconocer la imagen de archivo, a un lado del titular sensacionalista, macabro. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que sintió un chasquido. Debajo de la noticia, en el margen izquierdo, había otra foto —una pared gris, dos tiras cruzadas sobre un hueco oscuro que formaban un aspa—. Cerró los ojos, respirando con dificultad. No volvió a abrirlos hasta que la megafonía anunció la última parada. Fin de trayecto.

Ciudad Jardín.

Silvia echó a andar, sin prisas, tratando de vencer las náuseas y recobrar el aliento. Pedro vivía en la calle Marconi, a un par de manzanas de la estación. Le gustaba aquel barrio, un ensanche construido a principios del siglo XX siguiendo un trazado racionalista. Al ser una zona exclusivamente residencial, apenas había tráfico y el aire parecía más limpio. Silvia dio enseguida con la calle, pero siguió de largo. Necesitaba impregnarse un poco más de aquella atmósfera, sentarse en alguna glorieta, observar el trasiego apacible de los jardineros que arreglaban los parterres —sembrados de prímulas y pensamientos— o trasplantaban narcisos al pie de una Ceres de mármol casi negra. Y andar, sin rumbo. Como cuando era libre. Si pudiera huir, pensó. Si pudiera cambiar de identidad, de país. Si pudiera enterrar el pasado… Pero el pasado nunca muere. ¿Cómo iba a enterrarlo, entonces?

Silvia avistó una cabina. Eran casi las nueve y media: una hora prudente para pedir socorro. Entró, metió la moneda de cincuenta céntimos en la ranura y marcó el número de Pedro. A la cuarta señal, descolgaron. Respiró aliviada cuando oyó su voz.

LXXVI

Aldo despertó bañado en sudor. Le costó unos segundos comprender que estaba en su cama. Encendió la lámpara y buscó en la gaveta de la mesilla de noche el termómetro. ¿Lo habría soñado todo? Se palpó el brazo. No. Su herida, el tiroteo, la muerte de Herranz. Daniel. Todo era real. Sintió un latigazo en la sien. Como en una filmación a cámara rápida, las imágenes de la noche anterior se fueron sucediendo en su mente hasta detenerse en la última y congelarla. Nunca podría olvidar el impacto primero, la sensación de ominosa extrañeza cuando el haz del foco que sujetaba Isobel barrió el interior del nicho, y al verlo así creyó, por una décima de

segundo, que aún albergaba en su cuerpo un hálito de vida, que dormía un sueño agitado. Recordó entonces el lema bíblico del Fénix. Moritur et obitur. «Muere y vuelve a morir». Como Daniel, que retornaba del limbo de los desaparecidos para sucumbir otra vez ante sus ojos. Ya no era una hipótesis ni la más factible de las posibilidades, sino un hecho axiomático, irreversible: Daniel, ahora sí, había muerto.

El termómetro dio un pitido —38.5º, marcaba—. No sentía ánimos para afrontar solo el nuevo día. Alcanzó el móvil y marcó el número de Julio, casi sin proponérselo. Casi. El teniente tardó en cogerlo.

—¿Aldo? —oyó su voz, desfigurada por el sueño o el exceso de tabaco—. ¿Está bien?

—¿Le he despertado?

—Vaya pregunta —bostezó el teniente—. ¿Ocurre algo?

—No, nada. Sigo con fiebre —decidió atacar el inspector—. Y no logro levantarme…

—Pues no se levante —rezongó Julio—. ¿Cómo va la herida?

—Así, así. Creo que anoche se me abrió algún punto, porque estoy viendo sangre en la venda.

—¿En serio? No se le habrá infectado, ¿verdad?

Aldo percibió que le había tocado una fibra sensible. Decidió sacarle provecho.

—No creo. Pensaba pedirle a Marcia que viniera a ayudarme, pero no quiero preocuparla…

—Puedo ir yo si quiere.

—No, no se preocupe, ya me las arreglaré. —Aldo fingió un ataque de tos.

—Me doy una ducha y voy para allá.

El inspector sonrió.

—Si insiste —dijo—. Y, ya de paso, traiga la prensa —añadió, más animado, antes de colgar.

Julio apareció una hora más tarde. Aldo pensó que había adelgazado un par de kilos mientras le servía un café con leche en la cocina.

—¿Mantequilla, mermelada?

—Nada, gracias. Veo que está mejor. —El teniente dejó un par de periódicos sobre la mesa—. ¿Y su herida? ¿Los puntos?

—Falsa alarma. No se preocupe, de momento no es necesario amputar.

—Muy gracioso —refunfuñó Julio. Aldo sacó unos cruasanes del

horno—. ¿Le molesta mucho si fumo? Solo uno, con el café…

—Soy tolerante con el humo de los demás, ya lo sabe —contestó el inspector—. Gracias por la prensa. ¿Cómo nos ponen?

—Solo he leído los titulares. —Julio encendió el cigarrillo y dio un sorbo al café, con cara de satisfacción—. Por cierto, ¿le importaría si me quedo el suplemento de cultura? Trae la programación de la Filmoteca y hay un ciclo de Polanski que…

—Claro, teniente —murmuró el inspector mientras echaba un vistazo a las noticias—. Se arman un lío con lo de Jani Markel… Pero al menos no lo relacionan con el tiroteo.

Aldo cerró el periódico y miró a Julio.

—Tiene mal aspecto, teniente.

—Pues anda que usted…

—Vamos a dejarlo en tablas, ¿le parece? —respondió, medio en broma—. He pensado que le gustaría quedarse a comer. Si quiere echar un sueño mientras tanto, hay una cama libre.

—¿Acabo de llegar y ya quiere mandarme a la cama? —dijo Julio. Se ruborizó al pensar que Aldo podía tomárselo como un doble sentido.

—Se lo digo porque veo que necesita descansar, Julio. Y es mejor afrontar ciertas cosas con la cabeza despejada —añadió.

—No me diga que me ha hecho venir para ponerme a trabajar…

—Bueno, por eso y porque me deprime la fiebre.

—Aldo, estoy agotado —protestó Julio.

—Pues aproveche y duerma un poco, hombre. Le doy de prórroga hasta las dos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa a las dos?

—He invitado a Isobel a comer. Digamos que es un almuerzo de trabajo…

—¿Ha hablado con ella?

—Aún no. Le he dejado varios mensajes en el buzón de voz, pero lo único que he recibido es un SMS: «Hablamos comida. Yo dieta. No pasta». No sé qué haré. Con lo socorrida que es la pasta…

Julio lo miró, ceñudo.

—Dígale que no recibió el mensaje. Si tiene hambre, comerá cualquier cosa. Y, si no, sírvale una lechuga. ¿Sabemos algo de Silvia?

—Qué inquina le tiene usted a la subinspectora —sonrió Aldo—. De Silvia lo único que sé es que ayer tuvo que declarar y que le han puesto un hotel mientras arregla el piso. Aún no sé cómo habrá reaccionado.

—Deberíamos hablar con ella…

—Ya habrán enviado a alguien para ponerla al corriente, no se preocupe. Pero nada le impide hacerle una visita. De paso, podría pasarse por el súper y…

—Si utilicé el condicional, fue por algo. —Julio bostezó—. Hay prioridades.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, terminar el desayuno y dormir un poco —dijo, mojando un cruasán en el café con leche—. Creo que acepto su oferta. Y no le tengo inquina a la subinspectora Marcos. Solo digo que es de mala educación decidir el menú cuando te invitan a comer.

—La confianza da asco, Julio. ¿Le gustan las espinacas? Sé una receta griega de empanada de queso y esp…

—Las odio.

—Qué díscolo, teniente. La falta de sueño le amarga el carácter.

—Pues debo estar amargado desde que nos conocemos, porque con usted no hay manera de dormir.

—Deje de regañarme, Julio. Es usted peor que una suegra. ¿Le enseño la habitación?

Aldo le hizo pasar al salón —Julio volvió a fijarse en el retrato del niño, pero no se atrevió a preguntar por él— y luego lo acompañó hasta el dormitorio. Al entrar, Julio estuvo a punto de proferir una exclamación: aquella era la habitación de un niño. Juguetes, libros ilustrados en las estanterías, afiches con personajes de Disney en las paredes…

—Hay sábanas limpias —murmuró el inspector—, hice la cama antes de que viniera.

—¿Es el cuarto de su hijo? —preguntó.

—¿Le importa?

—Me sorprende. Como nunca lo menciona, yo…

—Bueno, creo que Marcia ya le puso al corriente de mi vida —contestó, cortante—. Ahora descanse, teniente. Le necesito despejado para el almuerzo.

Sin darle opción a réplica salió y cerró con suavidad tras de sí.

Julio se quedó un momento en tensión. No sabía qué le irritaba más: que Aldo no quisiera tocar aquel tema o su propia insistencia. De todos modos, estaba demasiado cansado para darle más vueltas al asunto. Cerró las persianas y se acostó. Las sábanas de franela olían a suavizante. El edredón era ligero y cálido. Pensó que caería rendido en cuanto posara la cabeza en la almohada. Pero no. Seguía sobreexcitado, presa de una sensación de irrealidad incómoda, como si en lugar de formar parte de la acción hubiera sido un mero

espectador de los últimos acontecimientos. Rememoró el aguacero en el cementerio, la última conversación con Herranz en el coche patrulla, el tiroteo. Su declaración ante el comandante Estébanez. Y otra vez el cementerio. La discusión con Aldo, la irrupción en escena de la subinspectora Marcos —mandona y malhumorada, como siempre— y su equipo, acompañados por el secretario del fiscal, con aquella orden todopoderosa para abrir la tumba de un paraguas. Llegaron en silencio, casi a hurtadillas. Una exhumación secreta, comentó alguien. Sí, lo era, a pesar de los periodistas. Prudencio, quejumbroso y reacio a participar, manejando, no obstante, el elevador hidráulico para que dos de los hombres de Marcos alcanzaran la cuarta fila de nichos mientras un técnico intentaba iluminarles encaramado a una escalera, asistido por el cámara de televisión. Apartaron la lápida, cubrieron la pared del nicho con espuma de poliuretano, y al cabo de una media hora procedieron a serrarla para extraerla de una sola pieza. Los demás aguardaban abajo, los músculos del cuello y la espalda agarrotados, tiritando de frío. El técnico a punto estuvo de caer al suelo cuando resonaron en la noche las palabras mágicas: «¡Afirmativo!». El inspector temblaba a su lado, en parte porque le había subido la fiebre, en parte porque, ahora sí, lo había conseguido. Julio quiso felicitarle, darle un abrazo. Pero se contuvo. Prudencio hizo bajar a los peritos. Marcos, un antropólogo forense y el mismo Aldo los relevaron. Cuando el inspector se asomó al nicho, tuvo que sujetarse a la barandilla del elevador para no caer él también a causa de la impresión.

Y no era para menos. Julio sabía de casos así. Sin embargo, aquel superaba con creces todo lo que había visto hasta entonces: Daniel —su cadáver— parecía una figura de cera, algo reblandecida, como si comenzara a derretirse. Tenía la mandíbula abierta en un gesto que recordaba al de un grito mudo, congelado para la eternidad. Al verlo se preguntó qué habría sentido Aldo, si se le habría pasado por la cabeza lo mismo que a él. Marcos disipó sus temores. Daniel ya estaba muerto cuando tapiaron el nicho. Flaco consuelo, pensó.

Pero el cuerpo momificado no era la única sorpresa que les deparaba la tumba. El asesino o su cómplice había ocultado allí las cosas que supuestamente Daniel se había llevado de casa el día de su desaparición. Su ordenador portátil, su teléfono móvil…, una cámara de fotos, la mochila…, su ropa. Los restos de un ramo de… flores. Flores… ¿Por qué flores? Resultaba tan desconcertante…

Julio se quedó dormido.

Aldo se tomó dos aspirinas y tres comprimidos efervescentes de vitamina C. Puso la loza en el lavaplatos, se sirvió otro café y se dispuso a leer el periódico con detenimiento. Entonces se acordó de Silvia. Fue a su despacho y buscó en el contestador el mensaje que Analía le había dejado el día anterior con toda la información. Marcó el número del hotel. Le pasaron la llamada a la habitación, pero nadie contestó. Volvió a llamar para confirmar que no se había confundido y colgó. Casi lo prefería así. Cuando Isobel llegara con noticias frescas, tendría algo más que contarle a Silvia. O algo más que preguntarle. Se recostó en la silla. Vio los ejemplares de Prosa Nova sobre el escritorio —ni siquiera recordaba cómo habían ido a parar allí—. Cogió el número más atrasado y buscó en el índice. Allí estaba: Orion Dauber. Dos años atrás aquel anagrama no habría tenido ningún sentido para él. Visto de ese modo, ¿no sería justo calificar de providencial el asesinato de Manzanares? Se imaginó a Silvia ofreciéndole la cabeza de su padre en una fiambrera —no acababa de verla con una bandeja—. Pero ¿por qué querría Salomé liquidar a Herodes? Esa es la cuestión, se dijo. Aquella variante de la historia no terminaba de encajar. Si pudiera encontrar las piezas que faltaban…

Aldo abrió la revista por la página que Julio había marcado.

Vuela el amor,
vuela la vida.
Mis sueños vuelan
a la deriva.
Tu boca mis besos tus manos las mías
las hojas los sueños las horas los días
vuelan y vuelan.
Y nunca vuelven.

Cerró la revista. Se llevó las manos a la cabeza y se derrumbó sobre el escritorio.

Se despertó pasada la una, sobresaltado, un papel pegado a la mejilla, un dolor intenso en el cuello. Fue al baño para lavarse la cara. Al pasar junto a la habitación de Etienne, pegó el oído a la puerta. No oyó nada. De camino a la cocina pensó que haría caso al teniente con respecto a la pasta —lechuga no tenía—. Sobre las dos y cuarto, Julio apareció por allí, con los ojos hinchados y cara de mal humor.

—¿Ha dormido bien, teniente? —le preguntó Aldo, que removía un sofrito.

—Bueno… ¿Pasta, entonces?

—Bucatini all'amatriciana con bacon en lugar de guanciale y sin guindilla, por si alguien no tolera el picante.

—Ah. —Julio se rascó la cabeza, pensativo—. Huele bien.

—Mejor sabrá.

—¿Llamó a Silvia?

—Ajá. Pero había salido. Lo intentaré más tarde.

El móvil de Aldo vibró sobre la mesa. Julio vio en la pantalla que era la subinspectora.

—Es Marcos —dijo, y le tendió el teléfono.

Isobel no tenía mejor aspecto que ellos. Ojerosa, pálida, con los labios amoratados por el frío, se deshizo del maletín, la bufanda y el abrigo de mala gana y lo dejó todo sobre el sofá color chocolate del salón con una familiaridad que a Julio le disgustó. La siguió hasta la cocina, cariacontecido. Ella olfateó el aire al entrar.

—¿Pasta? —protestó, para mudo regocijo de Julio—. ¿No viste mi mensaje?

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje? —contestó el inspector—. Siéntate, anda.

—Te dije que estoy a dieta, carajo —rezongó ella.

—Hoy no hay dieta que valga. —Aldo sirvió los platos, generoso con las raciones—. ¿Alguna novedad? ¿Sabemos algo de Linares?

—Dame un break, querido. ¿Cómo va tu herida?

—Bien. Si dejarais de preguntarme todo el tiempo por ella…

—Qué hombre, Dios mío —suspiró Marcos—. Podían haberte matado, ¿sabes? —Miró a Julio con aire acusador.

—Pero no lo han hecho, de modo que es inútil recrearse con la idea. No conviene alimentar el miedo, Isobel. Mira al teniente: ya ha sufrido dos atentados en una semana, y ahí está, impertérrito.

Julio se quemó con los bucatini. Los escupió en el plato.

—Ya. Todo un héroe —comentó Marcos. Julio se sonrojó.

—Queman —intentó justificarse.

—Isobel, deja comer al teniente y dime si hay novedades, por favor —le rogó Aldo—. Me tienes en ascuas.

—Es que no hay mucho que contar, Aldo. Linares todavía estará practicando la autopsia. El ordenador de Daniel no tiene disco duro, a la cámara digital le falta la tarjeta de memoria y están tratando de recuperar la información de la SIM del móvil…

—¿Y en el nicho? ¿Huellas?

—Sí. Algunos deditos y una huella palmar completa, sin identificar. También hemos procesado unas salpicaduras de sangre

del interior del nicho. De momento solo sé que la muestra no coincide con el grupo sanguíneo de Daniel. Ni de Manzanares.

—Flores, tal vez —murmuró el inspector.

—¿Flores? Las flores no sangran, Aldo…

—Se refiere al anterior encargado del cementerio —señaló Julio—: Flores Carrillo.

—Ah. Creí que te referías al ramo —contestó ella, llevándose un buen montón de pasta a la boca.

—Qué extraño, ¿no? —dijo Julio—. Lo del ramo de flores…

—¿En una tumba? No. Lo extraño es depositarlas sobre el cadáver de tu víctima. A no ser que sea algún tipo de ritual. Encontramos una etiqueta en el envoltorio. La floristería se llama Jardin du Paradise. Seguro que venden repollos con lazos y buqués de novia.

—¿Qué flores eran? —preguntó Julio.

—Rosas. Por cierto, en el pelo del cadáver había polen. Y no proviene del ramo, no coincide con la muestra. También había restos de tierra arcillosa.

—¿En el pelo? —dijo Aldo.

—Y en el cuerpo. Son pistas importantes, pueden ayudarnos a desvelar la datación y el lugar donde ocultaron el cadáver antes de meterlo en el nicho. Daniel desapareció en octubre. La época de floración de la mayor parte de las especies silvestres no suele ser tan tardía.

—¿Cuándo lo sabréis?

—Ay, qué pesado —se quejó Isobel—. Eso es cosa de los biólogos, ¿yo qué sé?

—¿Y ya está?

—Pues sí, querido. Lo único que puedo añadir es que, en mi opinión, Daniel lio el petate él solito.

—¿Qué quieres decir?

—Que solo Daniel pudo ser tan meticuloso con sus cosas. Manzanares habría metido todo de cualquier forma en la mochila… Total, se iba a deshacer de ella. No era más que una cortina de humo para hacernos creer que Daniel se había fugado. Pero el equipaje se hizo con mucha cabeza, Aldo. Creo que Daniel pensaba marcharse ese mismo día. Hasta encontramos un plano del metro, con algunas estaciones señaladas.

—¿Aquí?

—Sí, aquí —dijo ella, un poco sorprendida por el tono de Aldo—. En Santa Marina no hay metro, ¿no?

—¿Qué estaciones? ¿Lo recuerdas?

—Creo que la Estación Central, la del intercambiador y la del aeropuerto.

—¿El aeropuerto? —dijo Julio—. Podríamos comprobar si hizo alguna reserva o si compró un billete. Por internet, quizás.

—Daniel no compró ningún billete —dijo el inspector—. Claro que no podemos descartar que otra persona lo hiciera por él.

—¿Y se le ocurre alguien?

—Silvia. La estación del intercambiador queda cerca de su casa.

—¿Silvia? ¿Por qué iba Silvia a…?

—Si Raúl dice la verdad —le interrumpió el inspector—, el plan de fuga de Daniel implicaba extorsionar a Manzanares. Es posible que quisiera salir del país, yo diría que sobre la marcha, antes de que su padre tuviera tiempo a reaccionar. La manera más rápida es en avión, en efecto. Solo hay un obstáculo legal: un menor de dieciocho puede viajar solo sin autorización de los progenitores, pero no puede adquirir un billete por sus propios medios, aunque disponga de cuenta corriente. Daniel necesitaba la complicidad de un adulto, voluntaria o no. Quizás Silvia fuera su siguiente víctima. Con qué pensaba chantajearla para conseguir su ayuda no lo sé…

—Estamos suponiendo más de la cuenta —señaló Julio.

—Bueno, por una vez tengo que darle la razón al teniente —dijo Isobel—. Creo que especulas demasiado. No te anticipes. Aún hay muchas cosas en el aire.

En otra parte de la casa sonó un móvil.

—Es el mío. Me lo dejé en la habitación. —Julio salió de la cocina casi a la carrera.

Isobel enarcó las cejas. Miró al inspector, con cara de reproche.

—¿Durmió aquí? —preguntó.

—Se echó una siesta.

—¿Antes de comer?

—¿Qué importa el orden? ¿Y qué te importa a ti, por cierto?

—No me importa. Solo me sorprende. No sabía que hubierais intimado tanto…

—¿Intimado?

—Bueno, ya me entiendes. —Isobel agitó una mano en el aire, como si quisiera apartar un insecto molesto.

Aldo la miró, serio.

—¿Por qué no te gusta Julio, si puede saberse?

—No es que no me guste. Es solo que lo encuentro muy…, no sé. Creo que no está a tu altura.

—¿A mi altura? No te entiendo.

—Tiene pinta de promiscuo —susurró ella—. Es demasiado

joven, seguro que le falta mundo. Y, además, es un guardia civil —le reprochó—. Te creía más ambicioso…

—¿Ambicioso? Isobel, pareces mi madre. ¿Qué os pasa hoy? —exclamó, recordando que al teniente lo había comparado con una suegra—. Julio solo ha dormido una siesta en la habitación del niño, y punto. Entre nosotros no hay nada.

—Te conozco, Aldo. Son muchos años ya. ¿Por qué no eres sincero conmigo?

—Pero ¿qué quieres que te diga, exactamente?

—La verdad —musitó ella—. He visto cómo te mira, con esos ojitos de huerfanito abandonado…

—¿Sabías que era huérfano?

—¿Lo es? No, no tenía ni idea. Pero ya ves: parece que explota muy bien su condición.

—Te equivocas, Isobel. No la explota en absoluto. Y no será porque yo no le haya dado pie. La otra noche estuvimos a punto de hacer manitas en la habitación del hostal…

—Por favor —carraspeó ella—. No hace falta que entres en detalles.

—Está bien. Solo te diré que no ocurrió nada. Parece que no le gusto tanto como tú te piensas. A lo mejor soy yo el que no está a su altura… No sé por qué te cuento todo esto.

—Ya. Eso dices siempre. Es el privilegio que tiene haber sido la primera ex.

—Lo dices con amargura.

—Lo digo como lo siento. Pero no es amargura. Es que no quiero verte naufragar de nuevo, Aldo. Me aburre. Odio dar consuelo a los náufragos.

—No recuerdo que me hayas consolado tú mucho.

—Porque lo odio, ¿no me escuchas? De todos modos, me duele, ya ves. En el fondo soy una sentimental.

—¿Y qué tal te va a ti con…?

—Mi vida familiar es fantástica —se apresuró a decir ella—. El niño aprueba lo justo para que los demás chavales no intenten lincharlo por empollón, o eso dice. Y Alfredo siempre se acuerda de bajar la tapa del váter después de mear. ¿Qué más puedo pedirle a la vida? —resopló—. En fin, basta de sermones. Tú sabrás lo que haces con… —Isobel se calló al escuchar pasos en el pasillo.

Julio apareció en la puerta. Atravesó la cocina y tomó asiento de nuevo frente a su plato, medio lleno aún, sin decir palabra. Aldo temió que hubiera escuchado algún retazo de la conversación con Isobel. Estaba lívido. Y le temblaba un ojo.

—¿Qué ocurre, teniente? —le preguntó.

—Era Estébanez…

—¿El comandante?

—Sí.

—¿Malas noticias? —se impacientó Aldo.

—Mi coche. Ha volado por los aires…

—¿Cómo? —exclamó Aldo—. ¿Otra bomba?

—No, no. Los artificieros. Dice que no pudieron desactivarla, que no les quedó más remedio que hacerla explosionar…

Isobel soltó una carcajada.

—Perdone —se disculpó—. Es que parece un chiste…

—Un chiste malo —dijo el inspector—. En fin, piense que fue por causas mayores.

—¿Causas mayores? —Julio lo miró, el rostro encendido—. Fernando me dijo que la habían desactivado, que estaban inspeccionando el coche en busca de más huellas. Pero, según Estébanez, tras examinar el artefacto tuvieron que detonarlo.

—¿Piensa que el comandante ha tenido algo que ver con…?

—Bueno. Parece que no le ha sentado muy bien la investigación de la Fiscalía. Por eso me llamaba. Para decirme que ya está al tanto. Y que puedo consultar toda la documentación que Herranz dejó a mi nombre… —Julio hizo una pausa, la mirada perdida en su plato de bucatini con bacon—. Y que, a título personal, me considera un indeseable de la peor especie.

—Menudo imbécil —bufó Isobel. En aquel momento, el huerfanito le dio lástima.

—Lo siento mucho, Julio. Usted ni caso. Ya se le bajarán los humos a ese comandante cuando tenga que dar cuentas de su gestión al frente de esa comandancia. En cuanto al coche, hoy mismo pediré explicaciones.

—No —dijo Julio—. No quiero complicar más las cosas. Déjelo. Estoy harto.

Julio encendió un cigarrillo y dio una profunda calada. Aldo tosió.

—Comprendo —fue todo cuanto se le ocurrió decir. Sentía deseos de mostrarle su afecto, pero no se atrevía—. Coma algo, Julio. ¿Quiere que le caliente el plato?

—Coma, sí —le secundó Isobel—. No hay nada como los hidratos de carbono para ahogar las penas…

LXXVII

—¡No puedo creerlo! —exclamó Pedro al abrir la puerta. La hizo entrar, la apretujó entre sus brazos y la meció con suavidad. Silvia,

sorprendida, solo acertó a darle unas débiles palmaditas en la espalda. Luego dejó caer los brazos, con la esperanza de que él la soltara. Pero no lo hizo.

—¿Seguro que no te molesto?

Pedro se separó de ella un instante. La miró, sonriente, y volvió a abrazarla.

—¡No sabes lo preocupados que nos tenías! —continuó—. Por supuesto que no me molestas, todo lo contrario. ¿Has desayunado?

—Sí… Oye, qué calor hace —comentó mientras buscaba la manera de zafarse de aquel hombre vestido solo con un bóxer que seguía empeñado en achucharla. Ni se imaginaba que fuera tan peludo.

—Sí, no me funciona el termostato… Será mejor que me ponga decente —dijo, como si cayera en la cuenta entonces de su desnudez—. Deja el abrigo por ahí y siéntate, no tardo nada.

Silvia se deshizo del abrigo. El apartamento parecía espacioso. Y viejo. La decoración resultaba demasiado étnica para su gusto. Un poco New Age, también. Le llamó la atención una banqueta con el respaldo inclinado y unos extraños bastidores para apoyar las rodillas que más bien parecía un aparato de tortura. Flotaba en el aire viciado un aroma a incienso y cuero que tampoco encontró muy agradable. Se fijó en la cantidad de revistas de divulgación que tenía Pedro. Sin embargo, apenas vio libros de literatura en las estanterías; solo enciclopedias y objetos de lo más variopinto: piedras, moluscos, teteras de todos los tamaños, figuritas africanas. Había, además, un narguilé junto a una colchoneta, cojines con bordados orientales, una mesita de té. Silvia se dejó caer en un puf de cuero, junto a la ventana. Estornudó.

—¿Tienes hambre? —Pedro reapareció, con un pantalón corto y una camiseta descolorida—. Yo estoy desfallecido. ¿Vienes a la cocina y hablamos mientras preparo algo?

Silvia asintió, contenta de abandonar el salón. La cocina, con su mesa de pino macizo, le pareció mucho más acogedora. Era un alivio poder sentarse en una silla de verdad. Cruzó las manos sobre el regazo. Había migas sobre la mesa y manchas de aspecto pegajoso. Pedro sacó de un armario un paquete de galletas integrales, cereales, pan negro. Luego enchufó el calentador, cogió un par de tazas y puso sobre la mesa un frasco de mermelada casera, margarina y leche de soja. Silvia lo observaba en silencio, con una sonrisa beatífica en los labios. Cuando por fin se sentó, vio que los ojos le brillaban. Es tan parecido a un niño, pensó, un niño alto y peludo. ¿Qué daño puede hacerte un niño peludo?, se dijo.

—Silvia, Silvia —murmuró Pedro, con voz ronca—. ¿Cómo estás, dime?

—Bueno…

—No hace falta que me cuentes nada, ya sé por lo que has pasado. Terrible. Cuánto lo siento, de verdad.

Ella sonrió, nerviosa, con un nudo en la garganta.

—Si puedo ayudarte en algo, no tienes más que decirlo —añadió Pedro mientras untaba una tostada con mermelada.

Silvia se quitó las gafas. Se aclaró la voz.

—A decir verdad, no estaba muy segura de que fuera buena idea presentarme así en tu casa, pero no sabía a quién llamar. Estoy un poco desorientada aún. Conmocionada. —Cuánto le gustaba esa palabra. Conmocionada.

—Pues claro que fue buena idea, mujer… Estás en tu casa.

—Gracias —Silvia enmudeció, sin saber muy bien cómo continuar aquella charla—. ¿Sabes lo de Yeimer? —le preguntó.

—Sí, nos quedamos de piedra en el cole. ¿Dónde está ahora?

—Me dijeron que en manos de los Servicios Sociales. No pude verlo. Su madre está herida y…, bueno. Yo no me comporté nada bien con el niño, si supieras…

—No te recrimines, Silvia. Ya pasó. Lo importante es que estás aquí y que estás bien. Porque estás bien, ¿verdad? Leí en la prensa que te habían hospitalizado.

—Sí. Solo necesitaba reponer fuerzas —Silvia intentó quitarle importancia—. Fue una huida bastante tormentosa.

—¿Huida? ¿No te rescató la Guardia Civil? —se asombró él.

—No exactamente. Digamos que me encontraron cuando ya había logrado zafarme de los secuestradores.

—Vaya. —Pedro le dedicó una sonrisa de admiración—. No era eso lo que leí. Aunque tampoco es que la prensa diera mucha información. ¿Puedo preguntarte qué querían?

—Dinero —contestó—. El dinero de mi padre, claro.

—Tu padre…

El calentador comenzó a silbar. Pedro se levantó y vertió el agua en una tetera.

—También leí lo de tu padre. Lo siento mucho…

—No te preocupes —dijo—, no nos teníamos demasiado aprecio. Pero ahora que han encontrado a Daniel…

—¿Tu hermano? —Silvia comprendió que Pedro aún no se había enterado de la noticia—. ¿Dónde, cuándo?

—Ayer. En un nicho del cementerio, en Santa Marina. Parece que llevaba todo este tiempo allí —musitó.

—Silvia, no sabes cuánto me apena oírlo… No sé qué decir…

Pedro le acarició el hombro. Silvia ladeó el cuello, enervada. Cogió su mano y la dejó sobre la mesa, como si fuera un objeto inerte, algo escindido del cuerpo de Pedro, extraño e irritante.

—Estoy bien —le dijo—. Más o menos. En cuanto me arreglen la puerta y pueda volver a casa…

—¿Qué le pasa a tu puerta?

—La policía tuvo que romperla cuando Anselmo denunció mi desaparición. Era una puerta de seguridad. La cerradura quedó inservible.

—El seguro te cubrirá los desperfectos, ¿no?

—No sé. Mi póliza es muy básica, la que suscribí cuando firmé la hipoteca. No sé si cubrirá un allanamiento policial. Podría llamar a un cerrajero y que me haga alguna chapuza mientras tanto, pero hasta el lunes no podré sacar dinero, mis tarjetas han desaparecido. Si tú pudieras dejarme algo —murmuró, cohibida. No quería parecer una pedigüeña. La caridad le resultaba obscena.

—Sin ningún problema, Silvia. Lo que necesites. —Pedro sirvió el té—. ¿Azúcar?

—Sí, gracias. Te lo devuelvo el lunes. Es solo para pasar este par de días…

—Venga, Silvia. No te apures —la tranquilizó—. De todos modos, puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—No. —Silvia carraspeó—. No quiero molestarte. En realidad me han puesto hotel para estos días. Más que arreglar la puerta, lo que me gustaría es poder ir de compras, al cine… Hacer lo que todo el mundo. Necesito sentirme normal con urgencia, ¿sabes?

Pedro mordisqueó una galleta, ensimismado. Silvia lo observó. Algo en su actitud le dio mala espina.

—¿Va todo bien, Pedro?

—Sí. Es sólo que… hay algo que no te he dicho. El día que Anselmo avisó a la policía, apareció un inspector por el colegio y estuvo interrogándome.

Ella asintió, con el corazón en vilo.

—Tal vez lo conozcas. Era un tipo alto, moreno. Con una mirada muy penetrante.

—Sí, ya sé: el inspector Monteiro.

—Ese, sí. Él… me hizo unas preguntas que yo… Yo no sabía si hacía bien en responder, Silvia. Espero no haberte metido en un lío.

—¿En un lío? —sonrió ella—. ¿Por qué me ibas a meter en un lío, Pedro?

—Ya, eso pensé. Pero insistió tanto en algo que no parecía tener

nada que ver con tu desaparición que me puso nervioso.

—Es porque no lo conoces —dijo ella—. A Monteiro le encanta sacar de quicio a la gente. ¿Qué quería?

—Que le hablase de la excursión que hicimos en noviembre al Botánico.

Silvia asintió, pero no dijo nada. Dejó que Pedro continuase hablando.

—Quería saber todo lo que hicimos durante la visita —prosiguió él—. Sobre todo, lo que hiciste tú: si te habías tropezado con algún conocido, si habíamos estado juntos todo el tiempo, si llevábamos herramientas u objetos punzantes. —Se echó a reír, nervioso—. Hasta me pidió que le enseñara mi navajita suiza…

—¿Tu navaja?

—Una que llevo siempre en la mochila. No tiene ni punta. En fin, cosas así.

—Bueno, le dirías la verdad, ¿no? —dijo ella, con todo el aplomo que pudo reunir.

—Dudé, pero supuse que no era buena idea mentirle. De todos modos, no teníamos nada que ocultar, ¿no?

—Claro —asintió ella.

—Pues eso. Le dije la verdad: que te mareaste en el invernadero y que te perdí de vista durante unos cuarenta y cinco minutos. Aunque creo que fue algo más…

—Es posible, sí. —Silvia se llevó la taza de té a los labios.

—También me dijo que ese día sucedió algo en el Botánico. Algo que podía estar relacionado con tu desaparición…

—Detuvieron a un jardinero. Un cómplice de mis secuestradores —contestó—. Supongo que se referiría a eso.

Pedro dio un silbido.

—¿En serio?

—Eso me han dicho, sí.

—El inspector hablaba como si hubieran matado a alguien allí ese día —dijo él—. Espera, ¿qué fue lo que me preguntó? Alfileres. Sí, eso es: si llevábamos alfileres, como los que se usan en las colecciones de insectos…

—Sí, a mí también me lo preguntaron —dijo Silvia. Ahora era el momento de averiguar si Pedro recordaba su pasador—. ¿Y si llevábamos alguno, Pedro?

—Bueno, ya sería el colmo tener que registrar a los niños. ¿Yo qué sé lo que llevaban en las mochilas? —rezongó.

Silvia respiró.

—Tienes razón. Es absurdo.

—¿Y cuándo dices que detuvieron a ese tipo?

A Silvia no acabó de gustarle el tono algo suspicaz de aquella pregunta.

—No te lo he dicho. La policía pregunta mucho, pero informa poco.

—Entonces no tienes ni idea de lo que pudo ocurrir aquel día…

Silvia se puso alerta.

—No, Pedro. No lo sé. Y tampoco entiendo a qué viene tanto interés por lo que hicimos en el Botánico.

—Quizás piensan que conocías al tipo que detuvieron.

—¿El que trabajaba en el jardín?

Pedro asintió.

—De ahí que el inspector tuviera interés en saber si te habías encontrado con algún conocido, si estuvimos juntos todo el tiempo…

—Nunca había visto a ese hombre. Hasta ayer, que me enseñaron unas fotos.

Pedro pareció no oír lo que ella le decía. Siguió hablando, con aire abstraído.

—… Aunque si quieres que te diga la verdad, me dio la impresión de que el inspector… No sé. Como que…

—¿Qué? —Silvia se impacientó.

—Me pareció que intentaba involucrarte en algo. ¿Y si piensan que eres miembro de esa banda? Que fingiste tu secuestro, por ejemplo. Los padres de tu alumno por un lado, el jardinero por otro, Yeimer… Parece que todos tienen que ver contigo.

Silvia lo miró con curiosidad.

—Es broma, ¿verdad?

—Bueno, yo…

—Esos tipos estuvieron a punto de matarme, Pedro.

—Entiendo. Perdona, no quería…

—No. No lo entiendes. Y no te culpo, pero, de verdad: no puedo más. Y aún tengo que enfrentarme a lo más difícil… Daniel.

—Es verdad. ¿Saben ya qué sucedió? —Pedro se llevó una mano a la boca—. Disculpa, otra vez me estoy metiendo donde no me llaman.

—No sé nada —contestó ella—. Solo lo que dijeron en las noticias…

—¿La policía no se ha puesto en contacto contigo para informarte?

—No. Bueno, no sé si habrán intentado localizarme. Salí temprano del hotel.

—¿Y por qué no les llamaste? —Pedro la miró de una manera más intensa de lo que Silvia podía tolerar—. ¿No quieres saber qué…?

—Pedro, por favor —le interrumpió Silvia—. Me estás pidiendo que responda la pregunta más complicada que podrían hacerme. Yo necesito un respiro, ahora no puedo. —Silvia se atragantó—. No es un capricho, ¿entiendes? Es una necesidad. O me dan una tregua o creo que voy a…

—Silvia…

—… Estallar —gimió. Pedro intentó abrazarla—. ¡No! —Silvia se levantó—. No —susurró, apartándose de él con las manos extendidas—. Te lo agradezco, pero no puedo soportar que me toquen. Ni que sientan lástima por mí ni que me juzguen…

—Silvia, no digas tonterías. No pretendía juzgarte. Necesitas un respiro, lo entiendo. Tranquilízate.

—¡Es que no puedo más! —estalló, llevándose las manos a la garganta. Sentía que se asfixiaba.

—Tranquila. Respira, Silvia. Respira…

—¡Todos quieren explicaciones! Nadie entiende que yo no puedo…, no puedo. —La vista se le nubló. Intentó alcanzar la encimera para apoyarse, pero calculó mal la distancia y trastabilló. Pedro la sujetó antes de que cayera al suelo.

—Silvia, cálmate. Necesitas descansar…

Pedro la condujo al salón.

Ella se dejó llevar, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. Pedro era un extraño, al fin y al cabo. Nunca lograría comprender aquel dolor. Resultaba inútil tratar de explicárselo. ¿Cómo había ido a parar a aquella casa mal ventilada?, se preguntó mientras él la depositaba con suavidad sobre una colchoneta blanda y apestosa. Qué alivio sentir que otro tomaba decisiones por ella, aunque fuera una tan simple como situarla en un espacio concreto, con un fin concreto. «Descansa», le dijo. Ese era el fin. Silvia se volvió de cara a la pared. Él llamará ahora a la policía y ellos me reubicarán en otro espacio, pensó casi con indolencia. Tenía que aceptar que la vida no era más que eso: una mudanza continua. Un dolor agudo en el costado. Y un tener que afrontar la verdad en el momento menos oportuno. Pero ¿acaso existía un momento oportuno para encarar una verdad como la suya?

LXXVIII

Aldo regresó del despacho algo perplejo. En la cocina, Isobel y Julio permanecían inmersos en un mutismo contemplativo, somnoliento, ante sendas tazas de café vacías. Los dos recibieron

con cara de alivio al inspector.

—Silvia no ha regresado al hotel —dijo—. En comisaría no saben nada de ella, se marchó antes de que pudieran localizarla. Se ve que Daniel sigue sin importarle gran cosa.

—¿Por qué dice eso? —le recriminó Julio.

—Hombre, teniente: seguro que ya se ha enterado. Y en lugar de ponerse en contacto con la policía o esperar a que lo hagamos nosotros, sale pitando del hotel y desaparece. Sabe que su actitud resulta sospechosa. ¿A qué juega?

—La estás prejuzgando, Aldo —dijo Isobel—. Vale que es rara, pero…

—¿No le habrá pasado algo?

—¿Cómo qué, Julio? —preguntó el inspector.

—Aún no hemos podido confirmar que el Santo actuara por libre. Quizás el Inglés…

—Pues solo nos faltaba que volvieran a secuestrarla —resopló Aldo—. Esta chica dura lo que una bolsa de caramelos a la puerta de un colegio.

—Caramelos. Qué anticuado. En fin, yo me voy. —Isobel dio un bostezo—. Suerte con la hermanita perdida.

—¿Ya? Pero si no hemos tenido tiempo de…

—Mira, guapo: llevo en el tajo doce horas seguidas, no he pegado ojo y los resultados del laboratorio no estarán hasta el lunes, hazte a la idea. Tú también deberías relajarte un poco. Las heridas de proyectil se infectan con mucha facilidad.

—Qué empeño tenéis todos en que se me gangrene el brazo.

Isobel le dio un beso en la mejilla y se volvió hacia Julio, que hacía amago de levantarse.

—No se mueva, teniente —dijo—. Y no se deje avasallar por este desalmado. Usted también tiene cara de necesitar otra buena siesta.

—Gracias —murmuró él. ¿Eran cosas suyas o Marcos había dicho aquello con cierto retintín?

Julio encendió un cigarrillo. Mientras Aldo se despedía de Isobel en el recibidor —prestó atención, por si podía escuchar lo que decían, pero solo alcanzaba a oír un murmullo apagado—, el móvil del inspector vibró sobre la mesa. «Linares», parpadeó en la pantalla.

—¡Aldo! ¡El teléfono! —gritó. Se oyó un portazo y el inspector reapareció como una exhalación en la cocina.

—¿Linares? Bien, sí. Cuéntame… ¿Cómo? No, no lo recuerdo. ¿Águeda? ¿Y yo qué sé, Linares? No, salió del hotel y aún no ha regresado… No. Pero ¿qué hay de la autopsia? Ajá… ¿De mujer?…

Entiendo, sí. Sí. ¿El lunes? —exclamó—. ¡Cuatro días! No, ni hablar. Mañana mismo… Sí, sí, con lo que tengas. De acuerdo. Entiendo, sí. Adiós. Adiós —colgó.

—¿Qué ocurre?

—Linares quería saber si Águeda era daltónica.

—¿Y eso? —se extrañó Julio.

—Encontró unos cabellos de mujer transferidos al cadáver y sospecha que son de ella, supongo que por eso quiere saber lo del daltonismo. Dice que necesita consultar su historia clínica, pero en lo que cursa la petición, el juez decide si expide el mandamiento y la institución médica accede pueden pasar semanas. Acabamos antes preguntándoselo a Silvia, si es que aparece. O exhumando los restos de Águeda —sonrió.

—Inténtelo y lo próximo que desentierre será mi cadáver.

—Qué trágico, teniente.

—Ahora que lo pienso, ¿no era daltónico Manzanares?

—No lo recuerdo. De todos modos, Linares nos espera mañana para…

—¿Mañana? Aldo, ¿no me dejará ni un solo domingo en paz? —protestó Julio.

—Eso mismo dijo él —volvió a sonreír—. Claro que no, Julio. Linares ya tiene un borrador del informe pericial, y no quiere soltar prenda por teléfono. No pienso esperar hasta el lunes para saber qué ha averiguado. De modo que este domingo no descansa ni Dios.

—Blasfema usted.

—¿La abuelita victoriana ataca de nuevo?

—Era una broma —se ruborizó el teniente.

—Lo sé, lo sé. —Aldo tosió—. Lo de la abuela también.

Los dos se quedaron callados, abismados en sus propios pensamientos. Aldo miró al teniente. Julio intuyó que intentaba decirle algo, sin saber muy bien cómo. Le sostuvo la mirada, interrogante.

—Julio —dijo al fin—, estaba pensando que no es necesario que venga mañana. Tómese el día libre e intente recuperar fuerzas, yo…

—No, prefiero ir con usted. Si me quedo en casa lo voy a pasar peor, no quiero sufrir un ataque de ansiedad.

—Entiendo. Siento horrores lo de su coche, teniente.

—No tiene nada que ver con eso, Aldo —dijo con vehemencia—. Es la muerte de Herranz lo que no logro quitarme de la cabeza.

Aldo asintió.

—El capitán no era santo de mi devoción —dijo—. Pero siento mucho lo que ocurrió. También es mala suerte que…

—¿Y si no fue mala suerte?

—¿Qué quiere decir, Julio?

—Hay cosas que aún no le he contado de mi conversación con Estébanez. Lo del coche me dejó un poco noqueado, y con Marcos aquí…

—Marcos es de confianza.

—Lo sé. Pero no me siento cómodo con ella.

Aldo frunció el ceño. Julio pensó que iba a regañarle, pero en lugar de eso se sirvió un vaso de agua y se la bebió de un largo trago. Luego se volvió hacia él, con expresión serena.

—Hable, teniente. ¿Qué le dijo el comandante?

—Que ya pudieron tomarle declaración al chico que hizo la pintada en mi coche, y niega que tuviera algo que ver con la colocación del artefacto explosivo…

—Eso ya lo suponía. Su padre es guardia civil y no tiene antecedentes. Saldrá en libertad sin cargos.

—Ya. Pero creo que dice la verdad. Reconozca que no tiene sentido poner una bomba y al mismo tiempo hacer que nuestra atención recaiga sobre el coche. ¿Qué trampa es esa?

—No subestime la imbecilidad de esos tipos…

—Ni usted su inteligencia —respondió, brusco. Luego carraspeó —. El chico también dice que el tiroteo le cogió desprevenido. Culpó al exmilitar de todo…

—Y no será el muerto quien se lo rebata —se burló Aldo.

—Sí, pero para mí su versión tiene sentido. Piénselo. ¿Y si Herranz no murió por fatalidad? ¿Y si la bala que lo mató estaba destinada a él desde el principio? El militar…, Estébanez me dijo que había servido como tirador de precisión en misiones internacionales.

—Julio, ¿no ve que Estébanez solo intenta salvarles el pellejo a los otros dos culpando al muerto? ¿Por qué iba a enviar el ejército a un francotirador a limpiar vertidos de fuel en una playa?

—Porque lo tenían arrimado, Aldo. Aunque Estébanez no sea trigo limpio, los hechos son los que son: el hombre que disparó a Herranz formaba parte de un contingente de tiradores de precisión del Ejército de Tierra destinado en Mostar. Lo apartaron del servicio en el 95…

—¿Por?

—Algunos compañeros lo señalaron como posible autor de un crimen. Un sargento de la Legión con el que le vieron discutir días antes fue abatido de un tiro en la frente cuando salía de la cantina. No se pudo demostrar su culpabilidad, pero…

—¿Qué?

—Que no lo expulsaron del ejército solo por agredir al oficial que lo mandó a limpiar chapapote, Aldo. El tipo tenía un largo historial de arrestos, de bajas forzadas y expedientes disciplinarios. Por eso no querían mandarlo a Afganistán, a pesar de ser uno de los mejores tiradores del ejército. Estébanez dice que en Bosnia se hizo famoso por cobrarse «objetivos» a más de 1.600 metros de distancia y en las condiciones más adversas.

—¿Adónde quiere llegar, teniente?

—¿No es obvio? —contestó—: un francotirador como él ni falla el tiro ni desperdicia munición…

Aldo le mostró su brazo vendado.

—¿Y esto? —dijo.

—Quizás intentaba despistarnos —aventuró Julio—, hacernos creer que Herranz era una víctima colateral, no el objetivo. O puede que solo quisiera neutralizarle… Herirle para que no sacara el arma. Además, ¿por qué no me disparó a mí? Yo era el blanco más fácil.

Aldo guardó silencio, pensativo.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos—. Pongamos que Herranz era el objetivo. Pero ¿por qué? ¿Quién tenía interés en cargárselo? Si fue una ejecución, dudo que el militar actuara por su cuenta.

—Recuerde que el capitán se estaba jugando el tipo al sustraer información confidencial de los archivos para entregármela. Puede que la clave esté ahí, en esos documentos.

—Estébanez dijo que le iba a enviar la documentación, ¿no?

—Que podía consultarla. Pero el único que conoce el contenido íntegro de esa carpeta es él. ¿Y si me muestra solo una parte?

—Ya no hay forma de averiguarlo, teniente —murmuró Aldo—. Veamos: si no he entendido mal, usted sugiere que el francotirador seguía órdenes de alguien vinculado a esa comandancia. Alguien que deseaba evitar que Herranz se fuera de la lengua.

—Al tiempo que nos hacía creer que el ataque iba dirigido a nosotros. Sí. Eso creo.

—Olvida dos cosas, Julio. Primero: el Audi era el mismo que intentó arrollarle, según dijo usted.

—Sí, pero eso no demuestra nada.

—¿Y la bomba? Puede que el chico que le adornó la carrocería diga la verdad y no supiera nada, pero, si no fueron ellos, ¿quién quiso hacernos volar por los aires, Julio?

—No lo sé —dijo el teniente—. Ni creo que lleguemos a aclararlo ahora que no hay coche para solicitar una segunda

inspección ocular…

—Y volvemos a tener al comandante Estébanez en el punto de mira —continuó Aldo—. Puede que él ordenase a los artificieros la detonación del dispositivo con el fin de borrar cualquier huella. Empezando por la procedencia del amonal.

—¿Qué quiere decir?

—Que es un explosivo en desuso, Julio. Ningún grupo terrorista lo utiliza ya. Sin embargo, la Guardia Civil se ha incautado de varios alijos de amonal en los últimos años. Quizás Estébanez tenga acceso a los depósitos donde se almacena hasta su destrucción.

—Quizás —dudó Julio—. Eso refuerza mi teoría: el asesinato de Herranz se fraguó en algún despacho de esa comandancia o fue planeado por alguien próximo a ella. Además, creo que el francotirador no actuó solo ese día. ¿Y si tenía un cómplice? Un infiltrado…

—¿Un infiltrado dónde, Julio?

—Entre nosotros.

—¿Peña? —dijo Aldo.

Julio asintió.

—Herranz asumió el mando en Santa Marina porque el comandante estaba de vacaciones, y el sargento era su mano derecha. Creo que Estébanez no se fiaba del capitán y ordenó a Peña que le espiase. Y creo que fue Peña quien avisó al francotirador, desde el mismo cementerio, para que nos tendieran la emboscada en la plaza… Justo a tiempo de evitar que Herranz me diera la documentación. ¿Recuerda qué hizo Peña durante el tiroteo?

—Cuando Herranz cayó, sacó su arma y echó a correr hacia el Audi.

—Que se precipitó calle abajo. Y luego se estrelló. Sin embargo, Peña no disparó en ningún momento. Y lo más sorprendente: el francotirador tampoco le disparó a él.

—Tiroteos, coches bomba, infiltrados —enumeró Aldo—. Qué quiere que le diga, Julio. Para cargarse a Herranz, o a cualquiera de nosotros, no era necesario montar tanta escenografía. No le encuentro sentido, la verdad.

—¿Y eso lo dice el mismo que removió Roma con Santiago para abrir la tumba de un paraguas porque lo soñó? —contestó Julio.

Aldo le guiñó un ojo.

—Ahí me ha dado, teniente. Está bien. Digamos que su razonamiento es acertado. Pero solo en parte: puede que Herranz no fuera tan inocente como usted piensa. Incluso puede que fuera

víctima y verdugo a la vez.

—No le entiendo…

—Imagine por un momento que lo que Herranz pretendía, en realidad, era ocultar sus propios trapos sucios. Algo que estaba a punto de salir a la luz en el curso de nuestra investigación. Intenta crear una cortina de humo, inculpar a otros. O delatarlos, con la esperanza de salvarse él. Peña lo descubre, Estébanez ordena silenciarlo y el mercenario lo ejecuta…

—Eso sí que es complicar las cosas.

—¿Usted cree? No sé, Julio, pero a mí siempre me escamó su comportamiento. La segunda posibilidad que se me ocurre es que nos considerase una amenaza. Por usted sabía que andábamos muy cerca de pillarle en algo. De modo que decide deshacerse de nosotros, quizás con el beneplácito de Estébanez. Nos conduce hasta la emboscada. Sin embargo, algo se tuerce. Y deciden cargárselo a él.

—¿Por qué?

—¿Para evitar que la policía lo detenga y acabe confesando? ¿No se le ha ocurrido que la bomba en su coche podría ser cosa de Herranz?

—¡Venga ya, Aldo! —exclamó Julio—. Su hipótesis es disparatada. Herranz no tenía motivos para hacer algo así…

—¿Revisó usted el coche tras recogerlo en la comandancia el día que abandonó Santa Marina?

—No, pero…

—¿Cómo sabe entonces que no salió de allí con la carga de amonal ya acoplada bajo la carrocería? Es más estable que cualquier otro explosivo y puede activarse mediante un detonador. Herranz podía accionarlo a distancia en cualquier momento.

—¿Y a qué estaba esperando para mandarme al otro barrio, según usted?

—A que yo también me montase, Julio. Querría matar a los dos pájaros de un tiro, ¿no lo ve?

—No, no lo veo. ¿Qué le ha dado con el capitán?

—Julio, deme un solo motivo para no sospechar de él. Explíqueme, por ejemplo, por qué mostraba tanto interés por este caso si cuando Daniel desapareció ni siquiera estaba destinado a Santa Marina.

—No lo sé. Puede que encontrase algo raro entre los expedientes que revisó al tomar posesión de su cargo y que decidiera investigarlo por su cuenta. Conocía muchos detalles sobre Flores, y creo que estaba al tanto de los chanchullos de Manzanares, y

también de Nájera.

—Ya. Por eso entrevistó a Raúl y no informó a nadie. ¿Qué hacía metiendo las narices en mi caso? ¿Y por qué se guardaba para él solito la información? Perdone que se lo diga, Julio, pero esa forma de comportarse no dice mucho en su favor. Y solo puede responder a dos motivos: o estaba implicado él también en algo muy turbio o intentaba proteger a alguien.

—¿Implicado? ¿En qué?

—Si lo supiera, no estaría quemándome las neuronas ahora mismo. ¿Qué sabemos de Herranz, de su pasado, de sus posibles debilidades? Reconózcalo, Julio: nada en absoluto.

—Sí, pero fue él quien perdió la vida en el atentado. Y creo que se merece un respeto.

—Está bien —concedió el inspector, de mala gana—. Lo único seguro es que Dinamarca no olía ni la mitad a podrido de lo que huele Santa Marina.

—¿Dinamarca? ¿Qué tiene que ver Dinamarca con…?

—Nada, teniente. Tan solo citaba a Shakespeare.

LXXIX

Sentado al borde de la cama, Pedro jugueteaba con la tarjeta, haciéndola girar entre los dedos. Miró el teléfono, sobre la mesilla de noche, con ansiedad, casi con recelo, mientras prestaba atención a los sonidos de la casa. Qué calma, pensó. Silvia, extenuada, dormía a pierna suelta en el salón.

Pedro vaciló por enésima vez. Por último, descolgó y marcó el número escrito al dorso de la tarjeta. Una gota de sudor le resbaló desde el nacimiento del pelo hasta la frente, se deslizó por el arco de su nariz y cayó sobre la tarjeta, justo en el centro de aquella «O».

—¿Señor Monteiro? —dijo con voz ronca—. Soy Pedro. Pedro Delgado, no sé si me recuerda. Del colegio, sí —carraspeó—. Es por Silvia. Ya, ya lo sé. Está aquí. Aquí —repitió—, en mi casa.

Pedro sintió que se quitaba un peso enorme de encima al colgar.

Silvia abrió los ojos. Por un instante no supo dónde se encontraba. El olor —aquella mistura a incienso y cuero— le hizo recordar. Buscó las gafas a tientas. Las encontró sobre la mesita de té, a su lado. Se las puso y escudriñó las sombras. Oyó el sonido de una cisterna en algún punto de la casa. Luego, un rumor de pasos. Se quitó las gafas, cerró los ojos. Pedro entró en el salón. Le oyó aclararse la garganta, pasar, sigiloso, junto a ella, abrir las persianas. Una luz perezosa le hizo cosquillas en los párpados. Se frotó los ojos y lo miró. Enseguida supo que lo había hecho.

Extendió una mano. Él se acercó y la aferró entre las suyas. Estaba sudando.

—Pedro… Siento tanto haberte puesto en este apuro —musitó.

—Por favor, no digas eso —dijo él—. Silvia, yo…

—Creo que debería llamar a la policía —se anticipó ella—. Es tarde. ¿Cuánto he dormido?

Pedro le apretó la mano con fuerza.

—Silvia, yo… llamé por ti, espero que no te enfades. Estaba preocupado y… Bueno, tenía el número de ese inspector, Monteiro. Así que…

—Hiciste bien. —Silvia sonrió, dispuesta a seguir con la farsa hasta el final. Pero el estómago se le contrajo. Imbécil, pensó, cretino. ¿Monteiro? ¿Por qué Monteiro, maldito idiota?

—Llegará de un momento a otro. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias. Lo que necesito es ir al baño —dijo, soltándole la mano.

—Te haré una tortilla —continuó él—. Por cierto, no tengo mucho efectivo en casa. He podido reunir cincuenta euros. ¿Te arreglas con eso o quieres que me acerque a un cajero?

—Me apaño con cincuenta, no te preocupes. —Se levantó—. ¿El baño?

—Por el pasillo, al fondo…

Cincuenta euros, se dijo mientras se lavaba la cara. Además de chivato, roñoso.

Casi había terminado de comerse la tortilla —con mayor apetito del que deseaba admitir— cuando llamaron al timbre. Pedro salió disparado. Sus ansias por deshacerse de ella resultaban tan obvias que se sintió un poco ofendida. La sensación le duró poco. Una cabeza rubia asomó por la puerta de la cocina. Silvia se sorprendió al ver que no venía el inspector, sino su comparsa.

—Silvia. —Julio le tendió la mano, formal.

—Hola. —Ella se la estrechó sin entusiasmo—. Disculpe, siempre olvido su nombre.

—Julio. Teniente Julio Mataró.

—Ah, sí. Mataró —asintió ella—. ¿Y Monteiro?

—No ha podido venir. Está… ocupado. ¿Cómo se encuentra?

—Ahora un poco mejor. Pedro ha cuidado tan bien de mí…

—Oh, por favor. No ha sido nada —dijo él. Julio lo miró con curiosidad. Hacía tiempo que no veía unas piernas tan peludas.

—Sí. Eh… Silvia, no sé si desea que hablemos aquí o prefiere que la lleve al hotel. Supongo que ya está al tanto de…

—Sí —murmuró ella—, lo sé. Preferiría charlar fuera, si no le importa. Necesito tomar un poco el aire.

—De acuerdo —dijo Julio, aliviado. Hacía un calor asfixiante en aquella casa. Y las piernas peludas de aquel tipo le estaban poniendo nervioso. Se sonrojó.

Subieron al Fiat que había alquilado la tarde anterior en Santa Marina —parecía que había transcurrido una eternidad de aquello — y arrancaron. Julio fue el primero en romper el hielo.

—Silvia, en el hotel la esperan dos miembros de la Policía Judicial para hablar con usted.

—¿Otro interrogatorio? —se quejó ella, con voz desmayada.

—No, solo quieren explicarle la situación. —Julio se volvió hacia ella—. Lo siento mucho…

—Ya. —Silvia dio un suspiro—. Supongo que pensará que no está bien lo que hice.

—¿A qué se refiere?

—Irme del hotel sin decir palabra.

—Estaba en su derecho.

—Qué comprensivo.

Julio volvió a mirarla, pero no logró averiguar si lo había dicho con segundas. Su cara no dejaba traslucir ninguna emoción.

—Silvia, ¿hay algo que desee saber con respecto al hallazgo de…?

—¿Cómo dieron con él? —le interrumpió—. ¿Cómo han tardado tanto?

—Jani Markel, ¿le dice algo?

—No. ¿Debería?

—Es un nombre comercial. Una marca de paraguas…

—No sé nada de paraguas. ¿Qué tiene que ver con mi hermano?

—El nicho donde apareció. Alguien falsificó los datos del registro para ocultar allí el cuerpo bajo una identidad ficticia. La del paraguas.

—Retorcido.

—Sí. Mucho.

Silvia se sumió de nuevo en el silencio. El coche se detuvo ante un semáforo. Comenzaba a oscurecer. El alumbrado navideño se encendió al tiempo que las farolas, vacilante en un primer momento. Enseguida ganó intensidad. Silvia vio que una de las lucecitas que colgaba sobre ellos titilaba, a punto de fundirse. Cuando el semáforo se puso en verde, la luz dio un chispazo y contagió a las demás. El circuito se oscureció. Donde antes había un

trineo, quedó un vacío.

—¿Sabe? —dijo—. De pequeña pensaba que morirse solo podía deberse a un suceso insólito, como un accidente. Cuando enterramos a mi hermano, creí que el cupo ya estaba cubierto. Que con uno en la familia bastaba, que su muerte nos había inmunizado a… los tres. No sé en qué momento comprendí que morir era algo contagioso. Una epidemia.

—Silvia, yo…

—Daniel está muerto —continuó ella—, ¿qué importa la tumba? No cambia nada.

—No es tan simple. Desde el punto de vista penal, sí que importa. La Justicia…

—La Justicia no resucita a los muertos.

—Pero castiga a los criminales.

—Llega tarde para eso, teniente.

—¿Eso cree?

—Bueno, ya no pueden castigar a mi padre por lo que le hizo a Daniel —dijo Silvia, con una sonrisa amarga—, ¿no? Y, de todos modos: ¿de verdad piensa que existe algún consuelo en el castigo?

—Sinceramente, sí —contestó Julio—. Para muchas personas, al menos. ¿Por qué está tan segura de que su padre…?

—Oh, vamos. ¿Quién si no?

—Todavía está por demostrar. Pero digamos que fue él. ¿No se le ha ocurrido que pudo tener un cómplice?

—¿Un cómplice? —se sorprendió ella—. No sospecharán de mí, ¿verdad?

Julio vaciló.

—¿Por qué lo pregunta?

—¿Por qué no me contesta?

—No —respondió, tras meditarlo un segundo.

Silvia suspiró.

—Gracias —dijo, con cierta ironía—. Es un alivio saberlo.

—Silvia, comprendo lo duro que tiene que ser para usted, pero…

—Oh, por favor —exclamó—. Déjelo, no necesito que me consuele.

—Solo intentaba ser amable. —Julio echó en falta la presencia autoritaria y segura de Aldo. No era fácil lidiar con el carácter de Silvia—. ¿Por qué lo hace tan difícil?

Silvia se volvió hacia él, desafiante.

—¿Qué hago tan difícil, teniente?

—Pues… Todo. Su actitud, siempre a la defensiva, como si…

—¿Como si…?

—Nada. Olvídelo.

—No, dígalo. ¿Como si tuviera algo que ocultar? ¿Como si fuera culpable?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensa. Igual que Monteiro. Y ya que han decidido crucificarme, teniente, no espere que yo les dé los clavos.

—Le aseguro que nadie quiere crucificarla, Silvia.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué…?

Silvia enmudeció y se arrimó contra la ventanilla. Julio se fijó en ella a través del espejito del parabrisas. Le pareció que temblaba.

—¿Se encuentra bien?

Silvia se volvió.

—Daniel. ¿Sabe si… sufrió? —susurró.

—Ojalá pudiera asegurarle que no —dijo el teniente—. De momento no sabemos nada… Silvia, esto no viene mucho a cuento, pero Águeda… ¿era daltónica, por casualidad?

—¿Mi madre? No, no lo era. Mi padre, sí. ¿Por qué?

—Por nada. Una comprobación. Por cierto, encontramos las revistas. En su piso. Las hemos requisado por si nos daban alguna pista. Ya le diré cuándo podrá reclamarlas.

A Silvia se le secó la garganta.

—¿En mi piso? —¿Con qué derecho?, quiso gritarle. Pero se contuvo. Era mejor hacerle creer que aquello carecía de importancia para ella—. Vaya. Creí que ya las habría devuelto a la biblioteca. No son mías, son del centro.

—Lo sé. Aunque hay una repetida. La última en la que publicó Daniel. Esa no tiene el sello de la biblioteca.

—¿No? Qué raro…

—Puede que se la mandaran a su casa.

—¿A casa? ¿Quién iba a…?

—Daniel, quizás.

Silvia se revolvió en el asiento.

—Dudo que Daniel conociera mi dirección.

¡Bingo!, se dijo Julio. Parecía que al fin la había cogido desprevenida en algo. Decidió dar un rodeo para prolongar la conversación unos minutos.

—Bueno, no es tan difícil —comentó—. Con buscarla en el listín telefónico…

Silvia no contestó.

—¿No? —insistió Julio.

—¿Por qué se desvía? El hotel está por allí.

—Disculpe. No me di cuenta… No me ha contestado, Silvia.

¿Fue Daniel? ¿Él le mandó esa revista a casa?

Silvia se mordió el labio. Estaba casi segura de haberse deshecho de la carta, pero ¿y si no era así? ¿Y si la habían encontrado? ¿Le estaba tendiendo el teniente una trampa con su cara de no haber roto nunca un plato?

—¿Y qué si fue él? —contestó, al fin.

—Nada. Solo que una vez nos dijo que Daniel nunca se había puesto en contacto con usted, ¿recuerda?

—Enviar una revista no es lo que yo llamaría ponerse en contacto con alguien, precisamente.

—Depende.

—¿De qué?

—Tal vez esa revista en concreto contuviera un mensaje para usted. ¿Recuerda ese último número?

—No —mintió—. ¿Qué tipo de mensaje?

—Pues no lo sé. Si le parece podemos echarle un vistazo mañana. Quizás descubramos algo que le pasase inadvertido cuando…

—¿Mañana?

—Sí. El forense desea hablar con usted. Ahora le informarán de todo en el hotel.

—¿Qué forense? ¿El mismo de la otra vez?

Julio asintió. Giró a la izquierda y dejó atrás el Botánico. El hotel ya se divisaba, en la confluencia de Libreros con Neptuno.

—¿Cree al menos que podré recuperar mi coche e ir por mis propios medios? —le suplicó Silvia—. Estoy cansada de que me escolten a todas partes…

—No estoy seguro —dijo Julio—, quizás no sea buena idea.

Frente al hotel, Silvia observó un coche negro con aspecto de vehículo oficial. Dos tipos de paisano fumaban junto a la entrada. Se volvió hacia Julio.

—¿Por qué no es buena idea? No voy a escaparme.

—Es por su seguridad, Silvia. Mientras sea testigo de cargo en el caso del secuestro…

—¿Por mi seguridad? —exclamó ella—. ¿Y por qué no me arreglan la puerta de casa, entonces? Menuda cara tienen. —Julio detuvo el coche—. Buenas noches, teniente —se despidió. Al salir, dio un portazo.

—Buenas noches, Silvia….

A pesar de todo, debía admitir que sentía una admiración casi inconfesable por aquella mujer. Sus pensamientos saltaron automáticamente de ella a «piernas peludas», y luego al inspector,

no sin cierto sentimiento de culpa. Era sábado. Tenía la noche libre. Podía dar una vuelta y luego quizás…

Julio puso rumbo a casa. Por el camino se preguntó si el hombre de su vida no estaría esperándole en la barra de algún club. Y, si no el hombre de su vida, al menos uno que le hiciera olvidar un rato aquella sensación de vacío.

—¿A qué santo me encomiendo esta noche, Aldo? —musitó.

Domingo, 17 de diciembre

LXXX

Linares les aguardaba en el sótano, paseándose de un lado a otro del corredor con las manos en los bolsillos del sobretodo mientras ensayaba lo que tenía que decirle a Monteiro. Se detuvo, indeciso, ante la puerta de su despacho. En ese momento el ascensor se abrió. Linares se abalanzó sobre los tres hombres que venían hacia él.

—¡Ya era hora! —exclamó.

—Lo siento, Linares —se disculpó Aldo—. No hemos podido llegar antes. Ya conoce a Domingo, ¿verdad?

—Sí, sí —contestó el forense, sin ni siquiera molestarse en saludar al secretario del fiscal—. ¿Está ella aquí? —le preguntó.

—No. —El secretario echó un vistazo a la hora—. En media hora o así.

—¿No será mejor que la espere en el vestíbulo, entonces? —dijo el forense.

—Sí, claro. Solo quería saber si hay alguna novedad.

—Estoy pendiente de unos datos del laboratorio. Le agradecería que la entretuviera, debo hacer unas comprobaciones antes de entrevistarla. ¿Le importa?

El secretario se balanceó sobre los talones.

—De acuerdo —dijo—. La entretendré. Aunque me gustaría estar al corriente de los últimos resultados…

—Tranquilo, Domingo. —Aldo le dio una palmada en la espalda —. Le avisaremos.

El secretario se dio la vuelta, resignado, y desapareció en el ascensor.

—¿Vamos? —les apremió Linares.

El forense abrió la puerta de su despacho. Las luces estaban dadas y había un discreto desorden, algo que no encajaba demasiado con su personalidad, pensó Aldo, mientras apartaba unas carpetas de una silla para poder sentarse. Todavía tenía unas décimas y le flaqueaban las piernas. Julio miró indeciso la otra silla, ocupada por una caja con material quirúrgico. Linares se acomodó frente a su escritorio.

—Deje eso en el suelo y siéntese, señor Mataró —dijo.

Julio obedeció. Los tres se miraron un segundo, como si esperasen que de un momento a otro fuera a dar comienzo una carrera de fondo: Aldo y Julio, en las gradas; Linares, con el pie en

la línea de salida. Pero fue Aldo quien dio el pistoletazo.

—¿Y bien? ¿Tardarán mucho esas pruebas? —preguntó.

—Ya tengo algunos resultados —contestó el forense—. Pero hay ciertos aspectos que me intrigan. Por eso quería comentarlos con ustedes, en privado…

—Sea lo que sea, dispara —le azuzó Aldo.

—Primero, el informe pericial. He de confesar que la autopsia ha sido apasionante. No me gusta expresarlo en esos términos, pero esta vez… En fin, no se ve algo así todos los días.

—¿Qué le ocurrió al cadáver? —preguntó Julio—. Parecía de cera.

—Ácido palmítico, ácido oleico y ácido esteárico en grandes concentraciones. En otras palabras: adipocira —le explicó el forense —. Es un fenómeno de conservación natural conocido también como «saponificación cadavérica», por ese aspecto jabonoso, o de cera, al que usted se refiere. Por desgracia, no está tan bien conservado como parece. Los órganos internos han sufrido mucho los efectos de la putrefacción.

—¿Y a qué se debe que acabara en estado jabonoso?

—Eso es lo más interesante, Monteiro. El cuerpo sufrió una fase inicial de putrefacción y otra de conservación. Hemos encontrado restos vegetales y de tierra arcillosa en cabello, cavidad bucal, fosas nasales, pabellones auditivos… Y también en el calzado y en la ropa, lo que indica que primero enterraron el cuerpo en un lugar muy húmedo, casi encharcado. O lo sumergieron en un regato de agua detenida. Una acequia, tal vez. En el cabello hallamos concentraciones altas de sales minerales que no cuadran con las muestras extraídas del nicho.

—¿Lo ahogaron? —preguntó Julio.

—No, el cuerpo ya había entrado en fase enfisematosa. —Julio arqueó las cejas, con expresión interrogante—. Quiero decir que las vísceras ya habían comenzado a descomponerse, no había signos de ahogamiento. En mi opinión, el cadáver permaneció enterrado entre quince y veinte días en condiciones de alta saturación hídrica…

—Al grano, Linares —le pidió Aldo.

El forense lo miró con cara de fastidio.

—Lo que es obvio —prosiguió— es que el proceso de descomposición prácticamente se detuvo, puede que al extraer el cadáver de ese primer emplazamiento para trasladarlo al que ya conocemos. No obstante, creo que el cambio físico de la grasa corporal en adipocira ya se había iniciado, debido a la misma hidrólisis y a que desde el principio se tuvieron que dar las

condiciones idóneas para que el fenómeno se produjera.

—¿Qué condiciones? —intervino Julio.

—Ausencia de oxígeno y mucha humedad. Es una transformación que suele producirse entre la tercera y la sexta semana de descomposición, pero he documentado algún caso en el que con quince días de maceración del cadáver en condiciones similares ha bastado para…

—No te vayas por las ramas, Linares. Extrajeron el cuerpo de donde fuera que lo tenían, y entonces… —le apremió Aldo, con cara de disgusto.

—Lo lavaron. Yo diría que sin muchas sutilezas, como a manguerazos, a juzgar por la cantidad relativamente grande de tierra que encontré.

—Querrían borrar huellas —dijo Julio.

—O quizás lo limpiaron por el hedor que…

—Ahórranos los pormenores. —Aldo aún recordaba el olor que surgía del nicho cuando lo abrieron, como a queso curado y rancio.

—Bien —continuó Linares—. Lavaron el cuerpo, como decía, y a continuación lo depositaron en el nicho, aún mojado, vestido y sin caja. Las condiciones de humedad allí dentro, la escasez de oxígeno, el tejido sintético de la ropa deportiva que vestía Daniel, la presencia de bacterias gramnegativas y el propio líquido corporal provocaron que la descomposición se ralentizase hasta detenerse, mientras se aceleraba el proceso de saponificación, que requiere generalmente entre seis meses y un año para completarse.

—Resulta curioso que lavasen el cuerpo, pero que no tuvieran la precaución de echarle cal viva —señaló Aldo. Linares asintió.

—En efecto. Eso nos habría complicado bastante el trabajo… Tal vez tuvieron algún reparo. Había un ramo de flores en el nicho.

—Sí, lo sé. ¿Qué hay de la tierra? ¿Alguna pista?

—Bueno, faltan determinaciones por hacer, pero la composición química se aproxima mucho a la de las muestras tomadas en el cementerio. Mi teoría es que en un primer momento ocultaron el cadáver allí mismo, en una zanja poco profunda y muy húmeda. Tal vez cerca de un riego por goteo, un pozo… O quizás en una fosa parcialmente inundada. ¿Recuerdas si llovió por aquella época?

—Es probable. Era octubre. Las tormentas son frecuentes en la zona.

—Y tanto —añadió Julio—. La subinspectora Marcos mencionó algo sobre restos de polen en el pelo de Daniel…

—Cierto. También encontré una hoja en bastante buen estado de conservación adherida a su ropa, lanceolada. De laurácea, quizás.

Aún no tengo una identificación positiva ni para el polen ni para la hoja.

—Muy interesante, Linares. Pero ¿qué hay de la causa de la muerte y de los cabellos que había en el cadáver? —preguntó Aldo.

—Por partes, Monteiro. El tema de los cabellos es complicado. Y en cuanto a la causa… Bueno, lo que más me preocupa ahora mismo es el modo, que de momento es inespecífico.

—¿Inespecífico?

—Quiero decir que aún no he descartado ninguna hipótesis. La naturaleza de las lesiones no aporta datos suficientes para llegar a una conclusión. Espero que el equipo de Marcos me ayude a aclararlo.

—¿Qué lesiones?

—Lesiones internas severas, no apreciables en el examen externo y con una etiología a caballo entre la precipitación y la caída. El único indicio que tengo hasta el momento de un posible acto homicida son esos cabellos aprisionados en los eslabones de una pulsera que portaba el cadáver en la muñeca derecha. Podrían tomarse como signos de lucha… Aunque no está muy claro que sea así.

—¿Aún no los han identificado?

—Espera, no me atosigues. Decía que sin duda se trata de una muerte violenta, si bien no hay lesiones por arma blanca o de fuego. No tengo los resultados del examen toxicológico, pero no vi indicios de envenenamiento. Tampoco encontré signos de estrangulamiento, sofocación o ahogamiento. La piel estaba casi intacta, salvo las rodillas, la parte anterior del omóplato derecho y la cara interna de las manos y las muñecas, que aparecían desolladas y con excoriaciones. Presentaba también una dislocación de la mandíbula, pérdida de un incisivo y un traumatismo craneal severo, consecuencia de un fuerte impacto contra una superficie dura. En mi opinión, ninguna de esas lesiones era necesariamente causativa del óbito. Sin embargo…

—¿Sin embargo? —se impacientó Aldo. Linares alcanzó una botellita de agua mineral mediada, la abrió y la vació a sorbitos—. Linares, sin embargo, ¿qué? —exclamó, exasperado.

—Fractura traumática de la apófisis odontoides del axis —contestó el forense, tras lanzar la botella vacía a la papelera.

—¿Fractura de la qué? —preguntó Julio.

—Se desnucó —le tradujo Aldo—. ¿Es eso? ¿Murió debido a un golpe en la nuca?

—Es lo más probable. La lesión medular por sí sola bastaba para

provocar la muerte. Todo apunta a que sufrió una caída sobre el polo cefálico que…

—¿El polo fálico? — le interrumpió Julio, entre sorprendido y horrorizado.

—Cefálico —le corrigió Linares—. Quiero decir que cayó de cabeza. O se precipitó.

—¿Cuál es la diferencia? —Aldo miró divertido a Julio. Se había puesto rojo una vez más.

—Una caída se produce sobre el mismo plano de sustentación que ocupa el individuo, y, por lo general, la asociamos con una muerte accidental, como resbalarse en la bañera. Sin embargo, en el caso de Daniel, las lesiones en la mandíbula, el cráneo, la pérdida del diente y las erosiones en rodillas, manos y hombro hacen pensar en algo más aparatoso, más violento…

—¿Como si se hubiera precipitado de cabeza al vacío? — aventuró Julio.

—No exactamente. Cuando un cuerpo se precipita desde un plano mucho más elevado al de la superficie de choque, las lesiones internas son más graves. En ese caso habría encontrado signos de aplastamiento del hígado, rotura de costillas, estallido de vísceras huecas como el estómago… No. Los órganos aparecían perfectamente individualizados y, a pesar del estado de putrefacción, no vi nada anormal. Las señales en las palmas de las manos, la naturaleza de las contusiones y de las lesiones internas hacen pensar más en algo a medio camino entre la caída y la precipitación, como les comentaba. Por ejemplo, que rodase por unas escaleras. Si hubo o no intencionalidad, es algo que desconozco. Tal vez lo empujaran, tal vez cayera accidentalmente o tal vez… Tal vez se arrojó él.

—Eso no tiene sentido —rezongó Aldo—. Manzanares no se hubiera tomado tantas molestias en ocultar el cuerpo si Daniel se hubiera suicidado. Además, ¿qué chico de quince años, a punto de iniciar una nueva vida, se arroja por unas escaleras?

—Yo solo te expongo las posibilidades, Monteiro —masculló Linares—. Si conociéramos el ángulo de caída podríamos hacernos una idea de la trayectoria del cuerpo con respecto al borde del plano de sustentación, y tal vez aclarar si lo empujaron o si cayó.

—¿Es posible saberlo?

—Creo que se puede simular con un software de los que maneja la Científica. Comparando las lesiones que se producirían en un cuerpo con unas características idénticas en peso, tamaño y complexión a las de Daniel al rodar accidentalmente por unas

escaleras con las que sufriría si fuera impulsado con una fuerza determinada, y extrapolando esos datos a las lesiones del cadáver. Necesitaríamos una referencia espacial concreta, saber de qué escaleras estamos hablando para que el resultado se aproxime a los hechos. ¿Estabas presente cuando registraron la vivienda de Manzanares?

—Sí —contestó Aldo—, pero los perros no encontraron rastros de sangre ni de cadaverina allí.

—Tal vez utilizaron alguna sustancia irritante para desorientarlos. Amoniaco o…

—Zotal —recordó—. Toda la casa olía a Zotal.

Julio miró al inspector con curiosidad.

—¿Zotal?

—Un compuesto de cloro metilfenol y bencilo bastante tóxico —dijo Linares—. Se utiliza como desinfectante y como plaguicida. ¿No os resultó sospechoso?

—Sí. Pero el Ayuntamiento estaba desinfectando los alrededores, por una plaga de garrapatas. Lo confirmamos.

—¿Garrapatas en un barrio residencial? —se extrañó Linares.

—Hay muchas zonas verdes, y una granja relativamente cerca —le explicó Aldo—. El jardinero nos dijo que Manzanares le había pedido que baldease también los garajes y las terrazas. Pero el olor llegaba hasta la buhardilla.

—Pues yo que tú solicitaría una nueva inspección ocular y me centraría en los accesos a las plantas superiores. El chico se golpeó la cabeza, puede que contra un peldaño o contra un balaustre. Puede que aún quede alguna evidencia biológica, pelos adheridos en algún rincón, quizás.

—Pediré una orden, sí. Hablando de pelos, Linares: ¿qué pasa con…?

—Por partes, Monteiro. Por partes.

—Lo digo porque Domingo no tardará mucho en presentarse con Silvia.

—Silvia, sí —murmuró Linares—. Ahora nos ocuparemos de ella. Primero déjame que finalice con el informe pericial. Decíamos que, una vez descartadas otras causas, mi conclusión es que Daniel falleció a consecuencia de esa fractura de la apófisis odontoides. Por lo demás, el examen forense determinó que no padecía ningún tipo de enfermedad degenerativa ni otras patologías… Sin embargo, descubrí un detalle que me llamó la atención no en su cuerpo, sino en su ropa.

El forense hizo una pausa.

—Habla, Linares —gruñó Aldo—. ¿Qué descubriste?

—Una letra bordada a mano en el interior de su camiseta. Una «R». Al principio pensé que podía tratarse de una inicial, pero ¿de quién? Rubén y él no compartían, obviamente, la misma talla.

—¿Raúl, tal vez? —sugirió Julio.

—¿Quién es Raúl? —preguntó Linares.

—Su amigo.

—Su novio, quiere decir el teniente —puntualizó Aldo.

—Ah… Bueno, en realidad da igual —prosiguió Linares—, porque la camiseta era de Daniel.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Dije ya que era roja? —sonrió el forense—. Se me encendió una lucecita y examiné el resto de las prendas que había en su mochila. Encontré también un jersey con una «R» bordada en la etiqueta. Un jersey rojo. Recordé entonces que Manzanares padecía daltonismo dicromático: era totalmente ciego al color rojo… Y aquí es donde entran en juego los cabellos que hallé en los eslabones de la pulsera. Largos, de una coloración rubio ceniza. Doce en total, de los cuales nueve conservaban bulbo y tejido epitelial.

—Eso quiere decir que…

—Eso quiere decir que tal vez podamos someterlos a una analítica molecular de cara a una posible identificación, aún no sé si la muestra será suficiente para extraer ADN nuclear que no esté demasiado degradado. De momento solo sabemos que pertenecen a una mujer del grupo sanguíneo O+, el más común, por desgracia…

—Pero habrá otras maneras de saber si son de Águeda —dijo Aldo.

—Sí… y no —repuso Linares—. Antes que nada, ¿pudieron preguntarle a Silvia si Águeda era daltónica?

—Afirma que el único daltónico de la familia era su padre —contestó Julio.

—Interesante —murmuró Linares—. Bien, obviamente está equivocada. Contestando a tu pregunta, Monteiro: sí, hemos podido analizar el ADN mitocondrial de los cabellos sin bulbo. Y, al comparar los resultados con los que ya hemos obtenido de Daniel, podemos afirmar el parentesco.

—Estupendo…

Linares hizo un gesto para que el inspector le dejara continuar.

—Sin embargo —prosiguió—, no puedo asegurar que esos cabellos sean, a ciencia cierta, de Águeda, porque no disponemos de una muestra de control con la que comparar los resultados. El análisis del ADN mitocondrial solo prueba el parentesco, pero no

sirve para identificar al sujeto de la muestra.

—No acabo de ver adónde quieres llegar, Linares —dijo Aldo—. Y se nos agota el tiempo.

—Quiero decir que ese material genético no es específico, Monteiro. Todos los individuos con un mismo ascendiente femenino comparten el ADN mitocondrial. De manera que los cabellos que encontramos en el cadáver lo mismo pueden pertenecer a Águeda que a Silvia que a la abuela del chico o a una tía materna…

—¿Qué insinúas, Linares?

—¿Qué saben de la discromatopsia o ceguera cromática?

—Pues, desde hace un par de minutos, que provoca fuertes dolores de cabeza en quienes no la padecen.

—Algo así —sonrió el forense—. Bien, permitan que les ilustre: el daltonismo, por regla general, es un trastorno genético hereditario que se transmite por un alelo recesivo ligado al cromosoma X. Como saben, los hombres poseen dos cromosomas sexuales: un cromosoma X y un cromosoma Y. Las mujeres, dos cromosomas X. Si un hombre y una mujer, ambos con daltonismo, tienen un hijo, será daltónico con total seguridad, sea niño o niña. Si el padre es daltónico y la madre solo portadora del gen anómalo, existe un cincuenta por ciento de posibilidades de que su hijo varón sea daltónico y un cincuenta por ciento de que nazca sano. Y el mismo porcentaje de posibilidades tendría una niña de ser daltónica o portadora del gen. Sin embargo, es muy poco común que las mujeres adquieran un trastorno recesivo de este tipo, pues, al poseer dos cromosomas X, normalmente uno, el dominante, suple las deficiencias del recesivo…

—¿Y si nos dices de una vez el final del cuento? —Se impacientó Aldo.

—Sabemos que Manzanares era daltónico. Pero si Águeda no lo era… Un padre enfermo y una madre sana solo pueden tener una hija portadora, Silvia en este caso, y un hijo sano. ¿Entiendes? No hay más posibilidades en esa ecuación. Si Águeda no padecía la enfermedad, es imposible que Daniel fuera daltónico.

—Un momento, Linares… ¿Qué quieres decir?

—Que Daniel tendría que haber heredado el cromosoma con el alelo defectuoso de otra portadora. Alguien que compartía el mismo linaje materno.

Julio miró al forense, boquiabierto.

—Silvia —susurró.

—Solo es una sospecha, no tengo pruebas. El daltonismo afecta a un cero coma cinco por ciento de mujeres. La probabilidad de tener

dos progenitores con daltonismo es muy baja, y, en ese caso, Silvia también lo padecería. Sin embargo, existe una pequeña posibilidad de que Águeda fuera portadora. De ser así, no tendría nada de particular que Daniel hubiera desarrollado la patología. Tan solo resultaría poco probable, en términos estadísticos.

—Comprendo. ¿Y qué hay de su otro hermano? —preguntó el inspector.

—Usted dice que Silvia niega que fuera daltónico, ¿no? —Linares se volvió hacia Julio, que parecía abstraído en sus propios pensamientos.

—Sí. Pero era muy pequeño cuando murió —contestó—. Tal vez no se lo detectaron.

—Tenía seis años —dijo Aldo—. En el colegio se habrían dado cuenta de que tenía problemas para distinguir los colores. Y si no lo era…

—Seguimos en las mismas —contestó Linares—. Si Águeda era portadora, entra dentro de las probabilidades. Pero, si estaba sana, confirmaría mis sospechas.

—Es aberrante. —Julio consultó sus notas—. Daniel nació en el ochenta y nueve. Entonces Silvia tenía…

Aldo revisó también su cuaderno.

—Dieciséis años —dijo—. Los cumplió el veintisiete de abril.

—Aberrante, sí —dijo Linares—. No puedo comprender cómo alguien de la posición social de Manzanares…

Aldo hizo una mueca.

—Linares, qué comentario tan clasista —le reprendió—. Las aberraciones son patrimonio de la humanidad, sin distinción de clases ni credos. No hay nada más igualitario que una aberración, usted debería saberlo mejor que nadie.

—Lo que yo sé, Monteiro, es que estos casos se dan sobre todo en entornos de marginalidad y pobreza. En las clases altas la incidencia es tan baja que puede considerarse un fenómeno inexistente.

—Claro. Por eso todos los reyes son primos —se burló el inspector—. Será que a los ricos no los denuncian, Linares. Nadie se atreve a meter las narices en sus asuntos. Mire al bueno de Manzanares, qué bien se lo montaba.

—No creo que debas bromear con este asunto.

—No bromeo. Me lo tomo muy en serio. Entre otras cosas porque, de ser ciertas tus sospechas, habríamos dado con un móvil sólido para el crimen de Manzanares.

—¡Oh, por favor! —se desesperó Julio—. ¿Ahora va a

criminalizar a Silvia?

—No se excite, teniente —gruñó Aldo—. Lo único que digo es que tenía razones de sobra para cargarse a Manzanares. Es un hecho que no podemos eludir, le guste o no.

—No creo que este sea el momento de discutirlo.

—En eso estoy de acuerdo con usted, Julio, así que centrémonos. Linares —prosiguió—, si no entendí mal, no has podido comprobar que Águeda fuera portadora de ese dichoso gen.

—Me temo que no. Y tampoco se me ocurre cómo.

—¿No puedes averiguarlo con un análisis?

—No estoy muy seguro. Nunca he oído hablar de pruebas genéticas específicas para aislar el alelo recesivo asociado al daltonismo. Supongo que si tuviéramos suficiente ADN se podría hacer un estudio bioquímico de enzimas, o tal vez una prueba de portador… Siempre que un juez lo autorizase, claro. En principio, no podemos extraer datos de la información genética codificante, como en el caso de las enfermedades hereditarias.

—¿Y no sería más sencillo hacer una prueba de maternidad? —preguntó el teniente.

—¿Para saber quién es la madre biológica de Daniel? —Julio asintió—. No, tampoco serviría de mucho. Las pruebas de paternidad son concluyentes en un noventa y nueve por ciento. Pero las de maternidad no superan el sesenta y ocho o setenta por ciento de acierto. El resultado sería meramente orientativo, especialmente en este caso.

—No acabo de estar seguro de entenderlo —dijo Julio—. ¿Por qué «especialmente en este caso»?

—Porque no podré saber con certeza si la mitad de la información genética que Daniel obtuvo de su madre es o no distinta a la mitad de la información genética que posee Silvia de Águeda. A no ser que ella nos lo aclare, veo sumamente complicado descubrir mediante una prueba genética si Silvia y Daniel tienen un doble parentesco. Tal vez con un estudio de antígenos, pero necesitaría una muestra de los dos progenitores.

—O quizás…

—¿Quizás, qué?

—Julio, ¿por casualidad no tendrá aquí el suplemento cultural que me robó ayer?

—¿La programación de la Filmoteca? Sí. Y no se la robé, se la pedí. ¿Por qué?

—¿Podría prestármela, por favor? Me gustaría comprobar algo.

El teniente abrió su maletín y rebuscó entre sus papeles.

—Aquí tiene. —Julio le dio la separata del periódico—. ¿Qué quiere comprobar?

Aldo examinó el programa.

—Bingo —dijo, con una sonrisa.

—¿Bingo? —repitió Julio, desconcertado.

—¿Qué ocurre, Monteiro?

El teléfono sobre el escritorio repiqueteó en ese instante. Linares descolgó.

—Diga… Sí. Sí, entiendo. Bien, que bajen… No, espere: mejor llévelos a la segunda planta, a la sala de reuniones. Eso es. Gracias —se despidió—. Señores, Domingo no puede retener a Silvia más tiempo. Es mejor que nos reunamos con ellos arriba, aquí no hay sitio.

—¿Va a explicarnos qué piensa hacer, Aldo?

—Enfrentar a Silvia con los hechos —contestó el inspector—, y ver cómo reacciona…

—¿Qué hechos? —se alarmó Linares—. Lo que les he contado no puede salir de aquí, Monteiro. No tengo pruebas. Prométeme que…

—Tranquilo. No voy a preguntarle a Silvia si Manzanares la dejó embarazada, y menos con Domingo delante. Hay otras formas de averiguarlo.

—¿Por ejemplo? —insistió Julio.

—Ya lo verá, teniente. Ya lo verá… Linares, ¿me presta ese periódico? —Aldo señaló un diario en la esquina de la mesa.

—Puede quedárselo, ya resolví el crucigrama. Solo lo compro por eso.

—Gracias. —Aldo metió el suplemento entre las páginas del periódico—. Si no les importa, vayan adelantándose. Por cierto, Julio, tiene usted las revistas del instituto, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué está tramando, Aldo?

—Nada, no se inquiete. Enseguida me reúno con ustedes.

—Por favor, Monteiro —dijo Linares al salir del despacho—: ni una palabra a Domingo.

—Soy una tumba.

—Ay, Monteiro… Eso a un forense no le tranquiliza lo más mínimo.

LXXXI

Silvia se incorporó para saludar al médico, extrañada de que el teniente se presentara de nuevo sin el inspector. Lo miró y le dedicó una breve sonrisa de compromiso.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el forense.

—Bueno… —Silvia suspiró, rogando para sí misma no tener que

escuchar de nuevo otro «sabemos lo duro que es para usted». Ignoraba si podría reprimir entonces las ganas de soltar algún sarcasmo. El doctor movió la cabeza con aire afligido, pero no dijo nada.

En ese momento entró el inspector. Venía con un periódico bajo el brazo, como si pasara por allí de casualidad. Saludó a los demás con una inclinación de cabeza y se acercó a ella. A Silvia no le gustó el brillo en su mirada. Quiere morderme, pensó.

—Silvia. —Monteiro le estrechó la mano—. Antes de empezar quisiera pedirle disculpas. Siento no haber podido informarle personalmente de… los últimos acontecimientos.

—No se preocupe. El teniente ya me puso al día —contestó ella —. Y el señor Domínguez…

—Domingo —le corrigió el secretario del fiscal.

—Domingo, ha sido de gran ayuda.

—También quería expresarle mi más sentido pésame —continuó Aldo. Silvia sintió un latigazo en las vértebras.

—Gracias. —Ya empezaba a buscarle las cosquillas aquel idiota. Silvia se volvió hacia el forense—. Me gustaría aprovechar este preámbulo para pedirles, para rogarles, que no me obliguen a verlo.

—¿Se refiere a reconocer el cadáver? —preguntó Linares. Ella asintió—. No se preocupe. Tenemos la confirmación genética, no es necesario.

Silvia experimentó una leve inquietud al oír aquello, pero no supo exactamente el motivo. El teniente la observaba con una expresión curiosa, casi suplicante. El aspecto de ameba del ayudante del fiscal, o lo que fuese, no había variado un ápice desde la tarde anterior, cuando se presentó en el hotel para hablar con ella de Daniel. Al doctor lo recordaba con la misma cara de pena.

—Se lo agradezco mucho. Yo… no era la más indicada, además. ¿Saben ya qué sucedió?

—De momento no podemos dar una respuesta concluyente — dijo Linares, cauto, mirando de soslayo al secretario del fiscal.

—A Daniel lo empujaron por unas escaleras —le contradijo Aldo —. Lo que el doctor quiere decir es que aún desconocemos si el homicidio responde a un acto planificado o si se trata de un crimen circunstancial…

—Por favor, esta información no puede salir de aquí. —Domingo miró al inspector con aire severo.

—Comprendo, sí —dijo ella, lívida. ¿Por qué lo había preguntado? No quería saber. No soportaba imaginar la escena, sentir la agonía de Daniel. Pero era tarde. La imagen se metió en su

cabeza con tal realismo, con tal crudeza, que se mareó.

—¿Silvia? —dijo Julio, al otro lado de la mesa. A Silvia le pareció que alargaba el cuello como una jirafa, o como una serpiente, pensó—. ¿Está bien?

Silvia lo miró con rabia.

—Sí. Estoy bien —contestó entre dientes—. No sé qué esperan de mí, pero les agradecería que fueran breves. Y que respeten el deseo que voy a expresarles una vez más: no quiero saber…, no puedo —se atragantó.

—¿Qué es lo que no quiere saber, Silvia? —le preguntó Aldo.

—Se lo estoy diciendo…

—¿En serio no siente la necesidad de conocer las circunstancias que rodean la muerte de su hermano? —le echó en cara—. ¿No quiere saber por qué? ¿Ni quién?

—¡Basta! —exclamó Silvia—. ¿Por qué me habla así? ¿Con qué derecho?

Julio sintió ganas de darle una patada al inspector por debajo de la mesa. En la espinilla.

—Aldo, por favor —le suplicó.

—Esto es increíble. —Silvia se echó atrás en la silla y se retorció las manos, crispada. Domingo le acercó un vaso de agua—. No, gracias. No tengo sed. Usted me prometió que esto no iba a ser un interrogatorio —le recriminó.

—Y no lo es —dijo Aldo.

—Pues se parece bastante. Y si me van a interrogar, quiero que haya un abogado presente. No estoy dispuesta a dejar que pisotee otra vez mis derechos.

—Monteiro —intervino Domingo—, modere el tono de sus preguntas, por favor.

—Lo siento. Es que me sorprende tanta reticencia, cada vez que le pedimos que nos ayude…

—¿Ayudarles? ¿Ayudarles a qué? Yo no estaba allí cuando Daniel… murió. Yo no vi nada. Yo no sé nada. Todo cuanto deseo ahora es tratar de recomponer mi vida. Creo que tengo derecho, ¿no?

—Por supuesto —musitó Julio. Silvia lo miró con suspicacia.

—Ya le dije ayer que no encuentro consuelo en saber quién lo hizo o qué motivos tuvo, teniente —prosiguió—. No creo que existan motivos para hacer algo así.

—¿De verdad piensa eso, Silvia? ¿O solo nos lo quiere hacer creer?

—¿Cuántas veces hay que repetirle a usted las cosas para que las

entienda, inspector?

Aldo enmudeció. Cómo odio a los maestros y sus frases hechas, se dijo.

—Le seré sincero, Silvia: en mi opinión usted sabe que alguien ya pagó por ese crimen —la acusó, sin ambages—. De ahí que todo le dé igual.

—Definitivamente, quiero un abogado —dijo Silvia, indignada—. Este señor con aires de inquisidor general me está acusando sin tener pruebas, y ustedes son testigos.

—Aldo —susurró Julio al oído del inspector—. ¿Se puede saber qué pretende? Pare y déjeme a mí. Por favor.

—Inspector Monteiro, no voy a consentir más salidas de tono, se lo advierto —lo amonestó Domingo.

—Lo siento. Fue un impulso.

—Pues reprímase —refunfuñó el secretario—. Le pido disculpas —le dijo a Silvia—. Si desea interrumpir la entrevista y reanudarla en otra ocasión, en presencia de un abogado, yo…

—No —respondió ella—. No. Prefiero terminar de una vez. Siempre y cuando el inspector muestre un poco más de respeto y no me hable de esa manera.

—¿Está de acuerdo, Monteiro? —preguntó Domingo. Aldo sonrió.

—Me mantendré calladito como Lázaro de Betania, aun a riesgo de que me resuciten.

—Monteiro, qué mal gusto —dijo Linares—. Excúsenos, Silvia. Desde luego, entiendo su postura. Es doloroso conocer los detalles de este…, de esta tragedia. Solo quisiera hacerle una o dos preguntas, sin el menor ánimo de importunarla. Es algo muy simple, en realidad.

—Dígame.

—¿Sabe si su madre…, si doña Águeda era daltónica?

—Ya le dije al teniente que no.

—¿Y en la familia de su madre? Abuelos, padres, hermanos…

—No. Que yo sepa, nadie en la familia de mi madre tenía ese problema. Solo mi padre.

—Usted tampoco, supongo.

—Soy miope. Con eso me basta, créame.

—¿Le importaría someterse a un pequeño test para asegurarnos? Es una prueba sencilla: unas cartas de colores con…

Silvia lo miró, extrañada.

—Conozco ese test. Pero no entiendo… ¿Por qué le interesa saber si soy daltónica?

Linares miró a Domingo con expresión interrogante. El ayudante del fiscal le hizo un gesto de afirmación.

—Verá —le explicó—: si usted es daltónica, quiere decir que su madre era portadora del gen recesivo implicado en este trastorno. Saberlo nos ayudaría a identificar una evidencia decisiva para la investigación pericial.

—Le aseguro que no lo soy. —Silvia miró fijamente al forense—. Yo misma he usado ese test con mis alumnos. Si fuera daltónica, haría tiempo que me habría enterado.

—Sin embargo —intervino Aldo—, desconoce si es portadora.

—Lo desconozco, sí —reconoció ella—. ¿Por qué? ¿Hay alguna forma de saber eso?

—Quizás. Si se sometiera a una analítica…

—¿Una analítica de qué tipo?

—Un estudio de ADN —puntualizó Linares.

—Ya me hicieron un estudio de ADN, ¿no?

—Cierto, cierto. El test de paternidad. Pero una vez que se obtiene el resultado, la muestra se destruye, lógicamente. La ley no nos permite utilizar una misma muestra para fines distintos.

—¿Quieren hacerme otro análisis, entonces? —se inquietó.

—Con su consentimiento, por supuesto…

—Su consentimiento informado —recalcó Domingo.

—Muy bien, pues infórmeme. Si resulta que soy daltónica, eso les ayudará a saber qué, exactamente.

—Pues… —dudó Linares.

—Si podemos conectar a Águeda con el homicidio de Daniel —dijo Aldo.

—¿Mi madre? —Aquella revelación la cogió desprevenida. Observó al inspector con desconfianza y luego al teniente. Julio le rehuyó la mirada. Se volvió entonces hacia el forense—. Disculpe, pero no entiendo nada. ¿Cómo van a saber algo así haciéndome a mí un análisis de ADN?

—Es un poco complicado —admitió él. ¿Cómo tratar el tema sin entrar en detalles? Ni siquiera sabía si aquella prueba era factible.

—Creo que si me lo explica podré entenderlo —dijo Silvia, cortante.

—No podemos desvelar nada más por ahora —zanjó la cuestión el inspector.

—En ese caso, no pienso dar mi consentimiento. No sin consultarlo antes con un abogado.

—Ya veo —dijo Aldo—. Esperaba que tal vez…

—Me da igual lo que esperase, inspector. No pienso someterme a

más analíticas sin que me expliquen los motivos. Como comprenderá —prosiguió, mirando a Domingo—, lo que me piden no es lo que yo llamaría un consentimiento informado.

—¿No le sorprende la posibilidad de que su madre esté involucrada en el crimen? —preguntó Aldo.

—Sorprender no es la palabra. Pero está en la tumba. Si tuvo algo que ver con la muerte de mi hermano, ya no tiene remedio.

—Perdone que insista —dijo Linares—. Su otro hermano, el primogénito: ¿recuerda si era daltónico?

—No, no lo recuerdo. Yo era muy pequeña cuando murió. Pero nunca oí decir que lo fuera. ¿Por qué?

—Olvídelo, carece de importancia ahora mismo —contestó Aldo.

—Pues cualquiera lo diría…

Linares tosió, visiblemente incómodo con la situación.

—Silvia, si no tiene ninguna pregunta para mí, debo retirarme.

—Solo una cosa. Quisiera hacerme cargo de los… restos. ¿Cuándo cree que podré?

—La autopsia casi ha concluido. En cuanto remitamos al juez los informes y los resultados de las pruebas periciales, si no ordena ningún otro examen…

—Quisiera incinerarlo. ¿Sería posible? —preguntó.

—Depende de lo que dictamine el juez. A propósito, disculpe si lo menciono en estos momentos, pero…, su padre. El juez ya ha ordenado la inhumación, y alguien tiene que reclamar el cuerpo. El pariente más próximo es usted.

—No pienso reclamar el cuerpo, si es eso lo que me está pidiendo. Lo lamento. Que se hagan cargo sus socios, como hicieron con mi madre.

—Entiendo. Creo que por mi parte es todo. —Linares se levantó de la silla. Parecía triste y cansado, los hombros vencidos por un peso enorme—. Que tengan buen día.

Cuando Linares cerró la puerta, Julio depositó los dos números repetidos de Prosa Nova sobre el escritorio, uno junto al otro. Silvia observó las revistas con cierta aprensión. Domingo, sentado a su lado, se quitó la chaqueta, se sirvió un vaso de agua y volvió a ofrecerle uno a Silvia. Ella lo rehusó otra vez.

—Silvia —dijo Julio—, en primer lugar quiero recordarle que esto no es un interrogatorio, tan solo una conversación amistosa, y que no tiene nada de qué preocuparse.

—No me preocupo, teniente.

—De acuerdo. Entonces, sincérese con nosotros —Julio le sonrió.

—Con todos mis respetos: me sincero con quien me da la gana. Ahórrese los paternalismos y hágame ya esas dichosas preguntas.

Julio carraspeó, levemente ruborizado. Aldo abortó una sonrisa.

—¿Reconoce estas revistas? —le preguntó el teniente, sin más preámbulos.

—Sí.

—Bien. Silvia, nos gustaría saber quién le envió esta en concreto. —Julio le mostró el ejemplar que no tenía el sello de la biblioteca.

—Ya le dije que no lo recuerdo, han pasado dos años. Sé que llegó por correo. Supongo que tiraría el sobre.

—Pero recordará la procedencia, al menos.

—Bueno —titubeó—. Imagino que me la enviaron desde Santa Marina, ¿no? No sé de qué otro sitio podría provenir…

—Cabe entonces la posibilidad de que el remitente fuera Daniel. —Julio pareció recuperar la seguridad en sí mismo.

—Si fuera así lo recordaría… Supongo.

—¿Supone? —murmuró Aldo. Esta vez, Julio le dio una patadita por debajo de la mesa.

—¿Disculpe? —dijo ella.

—Nada. —Aldo abrió el periódico. Comenzó a pasar las páginas, con aire distraído.

—¿Puede ser más precisa, Silvia? —continuó Julio—. ¿Recuerda o no recuerda si Daniel le envió esta revista?

—No, no lo recuerdo. Y deje de hacerme la misma pregunta.

Aldo apartó la vista del periódico.

—Por cierto, no hace mucho hablé con alguien que dijo ser una vieja amiga suya: María, María Guerra. ¿La recuerda?

—Sí. Íbamos al mismo colegio.

—Ya, eso me dijo. Una mujer muy agradable. Fue profesora de Daniel.

—Lo sé.

—Ella le envió el primer ejemplar de Prosa Nova, ¿verdad? El primero en el que participó Daniel.

—No me lo envió a mí. Lo envió al centro…

—No. —Aldo le quitó la tapa a su bolígrafo y la señaló, acusador —. Se lo envió a usted. A la dirección del centro escolar, sí. Pero a su nombre.

—Sí, bueno…, no sé cuál es la diferencia —se defendió ella.

—La diferencia es que la revista no venía sola. María le envió también una carta en la que le hablaba de Daniel. De otro modo, presumo que usted no hubiera sabido que Orion Dauber era, en

realidad, su… hermano. ¿Me equivoco?

—No.

—¿No qué?

Silvia resopló.

—Tiene razón, inspector. Sin la ayuda de María no habría descubierto que detrás de ese seudónimo estaba Daniel. ¿Y qué?

—Nada. María me dijo que nunca se puso en contacto con ella para agradecerle el detalle.

—¿No lo hice? —Silvia calló, pensativa—. Es posible. Tampoco lo recuerdo.

—Sin embargo, se las ingenió para que la biblioteca de su centro solicitase a la del instituto de Daniel que le enviasen los ejemplares que fueran publicando.

—Me pareció que tenían una calidad aceptable. Y que quizás podíamos tomar ejemplo, motivar a nuestros alumnos y…, en fin, esas cosas.

—Entiendo…

Aldo pasó otra hoja del diario, con expresión ausente. Julio, indeciso, aguardaba una señal suya para saber si había terminado ya con sus preguntas. La señal no llegó, así que retomó la entrevista.

—Silvia, ¿es posible que…?

—¿Solo por eso? —le interrumpió de nuevo el inspector—. ¿Solo porque tenían una «calidad aceptable»? ¿No porque Daniel escribiera en ellas?

—Por eso también, por supuesto.

—Claro. Si no, no se las habría llevado a casa.

—Pues… ¿Eso es una pregunta?

—No. Es una afirmación. Usted sentía interés por Daniel, de una manera sesgada, podríamos decir, pero lo sentía. Lo cual no cuadra mucho con el desinterés que demostró durante la investigación. E incluso ahora.

—No empiece otra vez. Teniente, se lo ruego. —Silvia miró a Julio. Domingo carraspeó, en señal de advertencia.

—Si no le importa, ahora hago yo las preguntas —se encaró con el inspector.

—Desde luego, teniente. Me callo. —Aldo volvió a centrar su atención en el periódico.

—Bien. —Julio se aclaró la voz, mientras buscaba la manera de recuperar el hilo—. Decíamos que…

—Es una actitud curiosa, sin embargo —murmuró el inspector, para desesperación de Julio—. Como si se sintiera culpable. —Aldo

pasó otra página y se detuvo en la programación de la Filmoteca—. Caramba, qué interesante…

—Ya veo. Intentan ponerme nerviosa. Los tres. —Silvia miró a Domingo, ceñuda.

—No, de ningún modo —se defendió el secretario—. Monteiro, ¿qué pretende?

—Inspector, por favor. O me deja hablar a mí o dejamos aquí la entrevista.

—¿A qué están jugando? —les recriminó Silvia—. No le encuentro la gracia a esta comedia…

—Tiene razón —dijo Aldo—, dejémonos de juegos. Le diré lo que ocurrió: Daniel se puso en contacto con usted en los días anteriores a su desaparición. Sabía dónde vivía, pensaba ir a verla. Tal vez le pidió ayuda, pero usted…

—Y dale —le interrumpió Silvia—, le digo que Daniel nunca se puso en contacto conmigo. No sé si conocía o no mi dirección, pero jamás me escribió una carta…

—Yo no he dicho nada de una carta —musitó Aldo—. Solo hablé de ponerse en contacto con usted…

—¿Y cómo si no?

—Por teléfono resultaría más sencillo, ¿no cree?

Silvia guardó silencio.

—¿Le escribió Daniel, Silvia? —le preguntó Julio con suavidad.

—No. He supuesto que el inspector insinuaba que me había mandado una carta junto con la revista.

—Entonces, le envió la revista.

—No lo sé. Es posible.

—¿Eso es un sí? —insistió el teniente.

—Es… posible. Solo eso. No diré nada más.

Aldo quiso añadir algo, pero Julio se le adelantó.

—¿Le parece si le echamos un vistazo al poema? Tal vez pasó por alto algún mensaje dirigido a usted, alguna alusión, alguna referencia que le resulte familiar —dijo, un poco atropellado. Temía que una nueva intervención de Aldo echase a perder aquella oportunidad.

—Está bien: muéstremelo. Pero no creo que contenga ningún mensaje secreto para mí.

Mientras Julio abría la revista por la página que tenía marcada, Aldo alcanzó el periódico, buscó de nuevo la programación de la Filmoteca y trazó un círculo con el bolígrafo. Domingo intentó ver qué era, pero Aldo puso el brazo encima.

—¿Quiere leerlo, Silvia? —dijo Julio.

—Hágalo usted, si no le importa.

Julio se aclaró la voz. Comenzó a leer, un tanto abrumado. De tanto estudiar el texto en busca de pistas se lo sabía casi de memoria. Al llegar a las estrofas finales, pausó la lectura:

Voy llegando.
Voy tocando fondo.
El mar me cubre por completo
pero no me ahoga,
pues yo ya estaba muerto.
Aquí abajo se está bien,
digo
no sé a quién.
Casi parece tranquilo.
Hermosa quietud,
sin lucha ni dicha ni Dios…
Ya está.
Ya estoy varado en la arena
alborotada por mi cuerpo
recién
deshecho.
Ya se diluyen las dudas entre mis dedos,
burbujas de aire que escapan
de mi pecho.
Un grito.
Un lamento.
Y la certeza en carne viva
de saber por qué se fue.

El teniente leyó los últimos versos casi en un susurro. Durante unos instantes nadie se atrevió a hablar. Julio miró a Silvia, vestida con la misma ropa del día anterior, demacrada y tensa, la mirada perdida. Le dio la impresión de estar a punto de romperse, y una vez más sintió lástima por ella.

—«La certeza en carne viva de saber por qué se fue» —repitió Aldo—. ¿Le dice algo ese final, Silvia?

—Me dice que sufría por una pérdida —musitó ella.

—¿A quién podría referirse?

—¿Y cómo lo voy a saber? —se exasperó Silvia—. Alguna novia, supongo. A su edad…

—Daniel sentía afecto por un chico, no por una chica —dijo Aldo—. Y créame: por aquella época se entendían muy bien.

Silvia no se inmutó.

—¿Lo sabía?

—¿Qué cosa?
—Que Daniel era…
—No. No. ¿Por qué, importa algo?
—Depende. Tal vez a su padre no le hiciera mucha gracia.
—Es probable —suspiró ella—, pero lo ignoro.
—El caso es que no creo que esos últimos versos hagan referencia a un desengaño amoroso…
—¿Va a psicoanalizar ahora el poema? ¿Es usted psicólogo, acaso?
—No. Pero intuyo que usted sabe más de lo que dice.
Silvia se volvió hacia Julio.
—Teniente, pensé que esta conversación amistosa la moderaba usted.
—Verá —vaciló Julio—. Lo que el inspector intenta decir es que, tal vez, Daniel le estuviera haciendo algún tipo de reproche…
—Ya entendí lo que quiere decir el inspector —contestó—. Lo que no entiendo es qué conclusión intenta extraer de una observación tan peregrina. Daniel… De acuerdo, reconozco que él me envió la revista. Tal vez fuera un intento de toma de contacto, no lo sé. Pero eso no implica que el poema contuviera un mensaje para mí ni que me estuviera reprochando algo.
—El teniente ha sido muy suave al utilizar la palabra «reproche» —murmuró Aldo, de manera casi inaudible— en lugar de «chantaje».
—¿Cómo dice? —Silvia lo fulminó con la mirada.
—Su madre tuvo una gestación difícil, ¿verdad? —repuso él.
—¿Y eso a qué viene?
—Curiosidad. María Guerra me comentó que pasó usted una temporada fuera de Santa Marina cuando su madre se quedó embaraza de Daniel. ¿Es correcto?
—Mi madre tuvo una gestación difícil a causa de la edad, sí. Le recomendaron reposo y Santa Marina la agobiaba. —Silvia trató de mantener el tipo—. Pero no quería estar sola, así que me llevó con ella.
—Esto no nos lo había comentado. ¿Dónde se refugiaron su madre y usted durante esos meses?
—¿Y por qué tendría que decírselo?
—¿Y por qué no? —contestó Aldo.
—Porque no es asunto suyo.
—Sea amable y dígame dónde…
—Lea la declaración que hice en los juzgados de Ribera de la Calzada. Ahí está todo.

—Por favor, Silvia —intervino Julio.

—En Valverde de Calazor, ¿qué importa?

—Ya veo —dijo Aldo—. En el mismo caserón abandonado donde uno de sus secuestradores, Oswaldo Quintana, perdió la vida.

—Por aquel entonces no era un caserón abandonado. Solíamos pasar allí las vacaciones de invierno. A mi madre le gustaba aislarse del mundo.

—Pero aquellas vacaciones del ochenta y ocho fueron inusualmente largas, ¿no es cierto? Duraron hasta principios del verano.

—Por el embarazo de mi madre —contestó Silvia, nerviosa.

—¿Y sus clases, sus amistades? ¿Y su vida, Silvia?

—Estudiaba yo sola para los exámenes de septiembre. Y no tenía amigos. Nunca los he tenido.

—¿No había nadie más con ustedes?

—Mi padre venía de vez en cuando, pero no se quedaba mucho tiempo. Ya sabe: los negocios hay que mimarlos —dijo, con un deje amargo—. Mejor así. No hacían más que pelearse cuando estaban juntos.

—¿Nadie que cuidase de ustedes, entonces? Una enfermera para Águeda, una criada, un instructor para usted. Podían permitirse ciertos lujos, ¿no?

—Mi madre era enfermera titulada, inspector. Y no quería a nadie del servicio por allí. Atravesaba una de sus fases maníacas.

—¿Y qué hay del parto? ¿Dio a luz en esa casa?

Silvia asintió.

—¿Sin asistencia médica?

—Hubo un médico.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Julio.

—No, no lo recuerdo.

—¿No sería el médico de la familia, el doctor Beltrán Nájera?

Silvia se mordió el labio.

—Le digo que no lo recuerdo. ¿Por qué quieren saber tantos detalles?

—Bueno… Debe reconocer que resulta una situación muy peculiar —sonrió el inspector.

—Infernal, querrá decir —señaló ella—. Y como esto no es un interrogatorio, creo que no me apetece contestar a más preguntas sobre mi pasado.

—Me parece bien —asintió Aldo.

—Le agradecemos su paciencia, Silvia —dijo Julio, dando por concluida la entrevista. Él también estaba cansado.

—¿Puedo irme, entonces?
—Claro, claro —contestó el inspector—. Ah, Silvia…
Ella lo miró, con cara de mortificación.
—Me preguntaba si le gusta a usted el cine.
—¿Es una pregunta trampa?
—No, en absoluto —contestó Aldo—. Es tan solo que Pedro, su amigo…
—Pedro no es mi amigo —puntualizó ella—, solo un compañero de trabajo. —¿Qué demonios le habrá dicho ese imbécil?, pensó.
—Su compañero de trabajo, entonces. El caso es que ayer, cuando hablamos, me comentó que le apetecía a usted distraerse, ir al cine…
—¿Me está juzgando de nuevo? —exclamó ella, mientras se abotonaba el abrigo, brusca.
—Por supuesto que no. Intento recomendarle una buena película, eso es todo. De casualidad he visto en el periódico que hay un ciclo dedicado a Polanski en la Filmoteca… Le gusta Polanski, ¿verdad?
—Ahora mismo no recuerdo ninguna película suya —respondió, sin saber muy bien cómo tomarse aquel interés repentino del inspector por sus gustos cinematográficos.
—La semilla del diablo, El baile de los vampiros —dijo Aldo.
—Lunas de hiel —añadió Domingo.
—Sí, ya sé —murmuró Silvia.
—Esta noche reponen una buenísima: Chinatown. ¿La ha visto?
—No.
—Pues se la recomiendo. Encarecidamente.
—¿Puedo preguntarle por qué?
—Bueno, creo que le va a sorprender la trama. Y Faye Dunaway actúa de maravilla. Vaya a verla. Así podemos comentarla la próxima vez que nos encontremos —sonrió.
—No creo que me apetezca participar en un cinefórum con usted.
—Aun así… No se la pierda, Silvia. Merece la pena.
Silvia terminó de abotonarse el abrigo y los miró a todos con frialdad. Le hizo un gesto al secretario del fiscal para que no la acompañase.
—Puedo regresar sola al hotel —dijo—. Buenas tardes.
A paso ligero, se dirigió hacia la puerta y se perdió por el pasillo.
LXXXII
Silvia abandonó el edificio con el aspecto derrotado y sombrío

de una condenada a muerte. Había cometido un error imperdonable al reconocer que Daniel le había enviado la revista. Otras veces ya había experimentado aquella sensación tan desagradable —la de hablar más de la cuenta—, pero creía que nunca antes había sido tan imprudente en presencia del inspector. De alguna forma, les acababa de dar la razón en algo que tal vez podía ser utilizado en su contra. La única buena noticia —si es que estaba en lo cierto y no le habían tendido una trampa, claro— era que no habían encontrado la carta cuando registraron su piso, de modo que era casi seguro que se había deshecho de ella. «Chantaje», había murmurado Monteiro en algún momento de aquella pesadilla. ¿Cómo podía saber él…? Silvia se frotó las manos, angustiada, tratando de procesar lo que había ocurrido durante el interrogatorio, las revelaciones a media voz, las acusaciones más o menos veladas, aquel empeño del forense por averiguar si ella o su madre eran daltónicas. Su madre. ¿Sería cierto que ella…? No. Aquello no tenía lógica. Daniel significaba demasiado para Águeda —Silvia sonrió, con amargura—, lo había sacrificado todo con el fin de ¿protegerlo? ¿Era esa la palabra? ¿Era lo que había intentado hacer, protegerlo de la gran mentira que ella misma había urdido? No estaba segura. Sin embargo, no la creía capaz de hacerle ningún daño. ¿Qué prueba habrían encontrado para relacionarla con la muerte de Daniel? ¿Y qué tenía que ver con que fuera o no daltónica? Era todo tan confuso… Silvia se detuvo en una intersección. No le apetecía volver al hotel. El centro estaría demasiado concurrido y no estaba de humor para soportar el tráfico, el ajetreo de la gente. Tomó el desvío de la derecha y se adentró en el barrio de la Recova, cabizbaja.

Caminó, impulsada por la inercia, sin preocuparse del rumbo que le imponían sus pies. Monteiro intentaba conectar la muerte de Daniel con el asesinato de su padre, convencido de que ella era el nexo. ¿Qué le había dicho? «Usted sabe que alguien ya pagó por ese crimen». Silvia se llevó una mano a la cabeza, sofocada. El inspector le había hincado el diente, sí. Tal vez no tuviera pruebas, pero algo sabía o no se habría atrevido a lanzar una acusación tan directa. Aquellas alusiones al embarazo de su madre, las preguntas sobre el médico que la atendió en el parto… ¿Qué había descubierto Monteiro? ¿Cuánto tardaría en atraparla? Definitivamente, necesito un abogado, se dijo.

Silvia se detuvo. Miró al cielo, de un azul intenso, sin rastro de nubes. Nítido, pensó. Casi marino. Sintió deseos de sumergirse en aquel rectángulo azul que se recortaba contra los edificios grises.

Estiró los brazos por encima de su cabeza, como un nadador al filo de un trampolín, presto a saltar. La ilusión se desvaneció al instante. Dejó caer los brazos. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y miró alrededor por si alguien había sido testigo de aquel extraño arrebato. Siguió caminando, encogida, y trató de apartar de su mente las acusaciones del inspector, sus observaciones sobre la muerte de Daniel, las dudas, los remordimientos. La calle se estrechó. Los edificios proyectaron una sombra fría sobre ella. El cielo ya no era tan nítido. Ni siquiera azul.

Desembocó en una travesía del casco antiguo que le resultaba familiar. Continuó su vagabundeo, con la mente en blanco —al fin—, sin apartar la vista de los adoquines desiguales de la acera. De alguna parte le llegó una música de organillo. Le siguió la pista hasta llegar a una plaza con un mercadillo al aire libre. Se paseó entre los puestos, ojeó distraída los belenes, los adornos navideños, los artículos de broma, mientras aspiraba el olor a castañas asadas y algodón de azúcar, una más entre la gente que se preparaba ya para las fiestas. Familias corrientes con problemas corrientes, se dijo. Sobre una tarima, dos muchachos disfrazados de pajes —junto a tres tronos vacíos— recogían las cartas de los más pequeños para los Reyes Magos. Los vendedores pregonaban ofertas que juzgó extravagantes: «Con el niño y la Virgen, llévese gratis un sanjosé. Por dos ángeles, un pastorcillo». Las luces del árbol de navidad se encendieron en el centro de la plaza. El organillo se desmayó en alguna esquina. Silvia se cansó del espectáculo. Estaba sedienta, y aún no había tenido oportunidad de gastarse el dinero de Pedro. Dejó atrás el mercadillo, la plaza, las voces de los vendedores, de los niños, de los padres y se adentró por una calle cortada al tráfico, en busca de un local a la altura de su ánimo: vacío. Pero lo único que encontraba eran librerías de viejo, zapateros remendones y alguna que otra tienda de litografías y grabados, todo con el mismo aspecto deprimente. Al fin encontró un bar. Se detuvo ante la cristalera y observó el interior, un eco distorsionado de otra época. Barra americana tapizada en cuero rojo, taburetes giratorios, espejos de vidrio esmerilado cubiertos de orín, camareros con pajarita. «Los Ángeles. Auténtico vermut de grifo». Entró.

Eran las siete y media pasadas cuando salió del bar, algo mareada tras cuatro vermuts apurados sin nada en el estómago. Caminó calle abajo en busca de un taxi para regresar al hotel. Vio uno detenido junto a un semáforo. Estaba a punto de llamarlo cuando recordó que la Filmoteca no quedaba muy lejos de allí. Se detuvo, indecisa. Le molestaba reconocerlo, pero sentía curiosidad.

Miró la hora. Se dio la vuelta y apresuró el paso.

La proyección ya había comenzado cuando llegó. Compró una entrada, de todos modos. Encontró un asiento libre en las primeras filas, entre una pareja de mediana edad y unos jóvenes de aspecto extranjero. La película se proyectaba en versión original. Durante la primera media hora siguió la trama con atención, intentando descubrir qué podía tener en común el personaje de Faye Dunaway con ella, si era eso lo que el inspector había querido insinuar. Cuando entró en escena la actriz secundaria, lo comprendió todo. Aguardó casi hasta el final, pero ya no le sorprendió aquella confesión arrancada a bofetones. Se levantó y salió del cine. Había visto suficiente.

Fuera parecía a punto de nevar. Anduvo de nuevo en busca de un taxi, aterida. No podía dejar de pensar en Monteiro, en la forma tan artera, tan perversa que había encontrado para intimidarla… Bien, se dijo, lo sabe. No tenía sentido seguir fingiendo. De todos modos, ya era tarde. Demasiado tarde para escapar. Demasiado tarde para salvarse. Demasiado tarde para salvar a nadie. Sí, señor inspector. Le diré la verdad, no hace falta que me abofetee: Daniel era mi hijo. Mi hermano. Mi hijo…

Lunes, 18 de diciembre

LXXXIII

Julio dejó el Fiat en una sucursal del aeropuerto. Cuando devolvió las llaves sintió un amago de tristeza al recordar su viejo cupé, pero intentó no añadir más pesares a su ya maltrecha moral. Desde las nueve llevaba una actividad frenética en Jefatura. Arreglar papeleos, atender llamadas, dar explicaciones, redactar informes y poner algo de orden en el caos de diligencias que se habían acumulado sobre su mesa en aquellas semanas le habían dejado el ánimo abollado. Lo que antes le parecía mera rutina, ahora le resultaba una labor insulsa y, hasta cierto punto, estéril. Por no mencionar esta angustia atroz, se dijo. Consultó la hora: las cinco y media. De nuevo llegaba tarde. Cuando salió de la terminal vio con disgusto que caían algunos copos de nieve. Encendió un cigarrillo de camino al taxi y lo apuró de un tirón. Se metió en el coche, atontado e insatisfecho.

Le dio la dirección al conductor y se hundió en el asiento, observando el paisaje con apatía. Intentó relativizar la situación. Lo peor, con todo, no había sido enfrentarse de nuevo a la rutina burocrática, sino la entrevista a media mañana con sus superiores. De manera sutil pero inequívoca le habían dejado caer su disconformidad con que siguiera recabando pruebas en el caso Manzanares. Su papel de enlace con la Brigada de Homicidios suscitaba ya demasiadas dudas, y la investigación abierta por el fiscal en la comandancia de Santa Marina había caldeado los ánimos. Estébanez, por su parte, no había desaprovechado la oportunidad de presentar una queja formal contra Julio. Le acusaba de haber coaccionado a Herranz con el fin de obtener información confidencial, siguiendo órdenes del inspector. Una reacción lógica, pensó Julio. Tal vez por eso no supo defenderse cuando lo amonestaron. «Teniente, esperábamos que no se convirtiera usted en la marioneta del señor Monteiro». Tras aquella frase lapidaria, el coronel al mando de su unidad abrió un cajón y depositó con cuidado un archivador sobre la mesa: los documentos que Herranz había dejado a su nombre.

—Aquí tiene —dijo con el desdén de quien le hace un regalito a un niño malcriado que en realidad solo merece un pedazo de carbón—. Tómeselo como un gesto de buena voluntad, una prueba de la disposición del comandante Estébanez a colaborar con la

Fiscalía. Hágale llegar el mensaje a Monteiro —añadió.

Julio contempló con aprensión el maletín que descansaba a su lado. No había tenido tiempo de estudiar el contenido íntegro de la documentación que incluía aquel dosier de la discordia, pero lo poco que leyó no despejó ninguna de sus dudas. ¿Qué sabía el capitán Herranz? ¿Qué ocultaba? A aquella hora, lo estaban enterrando. Ya no había forma de preguntárselo.

Luego quedaba el asunto de la bomba. Las huellas que habían logrado extraer del mecanismo antes de que los artificieros hicieran su trabajo seguían sin identificar. Los detenidos no habían incurrido en contradicciones durante los interrogatorios, y parecía casi seguro que al menos los dos supervivientes no estaban al tanto de la colocación del artefacto. En cuanto al francotirador… Lo único que habían podido averiguar era que tampoco despertaba demasiadas simpatías entre los militantes del FDN. Al parecer se había introducido en aquel círculo de una manera demasiado aleatoria, como quien busca inscribirse en un club social para pasar el rato —apaleando a inmigrantes y gais, pensó Julio—. Eso encajaba con la idea de que fuera un infiltrado con una misión concreta: asesinar a Herranz y cargarle el «muerto» al partido fascista, con el fin de encubrir a los verdaderos culpables. El dictamen médico que precipitó su expulsión de las Fuerzas Armadas no podía ser más claro: violento, con tendencias homicidas, con poca o nula empatía hacia los demás y problemas para discernir lo que estaba bien de lo que estaba mal, o lo que era ético de lo que no. Un psicópata, en suma, concluyó, entrecerrando los ojos. Ya casi habían llegado. El cielo se había vuelto tan gris que parecía una gran panza de burro. Por fortuna, la nieve no cuajaba en las calles. De momento.

En la recepción de la Comisaría General de la Policía Científica le aguardaba Aldo, con el abrigo ya puesto, un vaso de café en la mano y cara de impaciencia.

—Teniente… ¿Qué le ha ocurrido? Y dígame que ha sido algo gordo —refunfuñó.

—Tuve que devolver el coche en el aeropuerto, no encontré otra sucursal —se excusó Julio.

—De manera que no tenemos coche.

—Pues no. Vine directamente desde el aeropuerto, no pude pedir uno en Jefatura.

—Está bien, no se apure. ¿Qué trae ahí? —preguntó.

—El dosier de Herranz —dijo—. ¿Y Marcos?

—Trabajando. Tenemos noticias —sonrió Aldo.

—Dígame que son buenas, porque mi día ha sido espantoso.

—Buenas y no tan buenas. —Aldo le echó una ojeada al reloj—. Tengo que reunirme con Tena en una hora. ¿Tomamos algo por aquí cerca y le cuento?

—¿Le importa si damos un paseo? No tengo ganas de tomar nada…

—Está nevando —observó el inspector—. Y, al contrario que Aristóteles, cuando paseo me disperso.

—Como quiera —accedió Julio, a regañadientes.

Encontraron una cafetería no muy lejos de allí. Un lugar pequeño, habitado por gente de barrio, donde reinaba una pantalla gigante de televisión que en aquel momento emitía una tertulia sobre los peligros de la cirugía plástica. Se sentaron tan lejos como pudieron del televisor, que no era mucho. Aldo pidió un café. Julio, una botella de agua mineral. Encendió un cigarrillo y miró al inspector, interrogante.

—Un mal día, entonces. —Aldo lo observó con interés.

—Ni se lo imagina. Dígale a Tena que tengo los días contados gracias a él…

—Cómo le gusta dramatizar, teniente.

—Es verdad. Creo que me culpan de la investigación en Santa Marina.

—Pero eso es absurdo, Julio. De una manera u otra, las irregularidades habrían salido a la luz. Deberían agradecérselo.

—Me lo agradecerían si les hubiera informado antes de que el fiscal metiera las narices —se quejó.

—No tuvimos más alternativas. Julio, no disponemos de mucho tiempo, esto lo podemos discutir en otra ocasión.

—Sí, claro. Cuente.

—Primera noticia: ya han identificado los restos de polen. Nerium oleander. Una adelfa vulgar y corriente. Igual que la hoja.

—Pues hay cientos de adelfas por esa zona. ¿Eso ayuda mucho?

—Hay cientos de adelfas en Santa Marina, sí. Incluso en el jardín de Manzanares. Menos en el cementerio. Ni una. Pero a alguien del equipo de Marcos se le ocurrió preguntarle al bueno de Prudencio, y resulta que hasta hace un par de meses había dos matos cerca de la tapia oeste. Por lo visto el hijo de uno de los operarios se intoxicó con las flores y decidieron arrancarlos.

—Pero aun así…

—Un momento, teniente. Los arbustos crecían junto a un pozo cegado hace años, en la zona innoble del cementerio.

—¿La zona innoble?

—La parte reservada a los que morían sin haber recibido los santos sacramentos. Bebés sin bautizar, suicidas, infieles, vagabundos… y los fusilados por el régimen. El Ayuntamiento tenía previsto destruir los osarios para construir una nueva zona de panteones, pero la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica interpuso un recurso y un juez paralizó las obras. Llevan cuatro años en litigios para recuperar los cuerpos de los represaliados tras la guerra, así que de momento esa zona permanece cerrada al público. Es, por decirlo de algún modo, el barrio más muerto del cementerio.

—Muy gracioso. —Julio reprimió un escalofrío. Después de todo lo que había ocurrido allí, los chistes macabros del inspector ya no le hacían gracia—. ¿Esa era la buena noticia?

—La buena noticia, Julio, es que el equipo de Marcos se puso a tomar muestras en el perímetro donde antes crecían las adelfas y dieron con una fosa poco profunda, cegada por el barro, que escondía un pequeño tesoro…

—Venga, suéltelo de una vez —se impacientó Julio—. Parece usted Linares.

—Ahí va: encontraron el disco duro del portátil de Daniel y una caja que contenía joyas, varios fajos de billetes y unos documentos casi desintegrados. Por desgracia, la caja no era hermética…

—¿En serio?

—Sí. Y no es todo. También había un diente en un saquito de cuero. El incisivo que le falta al cadáver de Daniel. Las joyas puede que pertenecieran a Águeda, están tratando de averiguarlo. Y en cuanto al dinero, había unos cuantos cientos en billetes de quinientos. Cien mil, para ser exactos.

—Flores…

—Ajá. Parece que no se fiaba de Manzanares. Se guardó en la manga un par de pruebas incriminatorias, por seguridad o por si podía seguir ordeñando la vaca. Lo dejó todo allí, incluidos los honorarios que cobró por el servicio, supongo que de manera provisional. Pero se lo cargaron antes de que pudiera desenterrar el botín.

—La cifra cuadra con lo que tendría que haber pagado de transmisiones patrimoniales por la propiedad que le donó Águeda.

—Es verdad… No había caído.

—¿Cree que podrán extraer algo del disco duro?

—No están seguros. Isobel dice que tal vez tengan que enviarlo a una agencia en Estados Unidos especializada en recuperar datos de ordenadores siniestrados. Pero hay esperanzas, Julio. Sobre todo en

un día como hoy.

—¿Un día como hoy? —El teniente echó un vistazo por la ventana. En la calle, la nieve se volvía negra sobre el pavimento—. ¿Qué día?

—Día de Nuestra Señora de la Esperanza. Y de san Modesto, que con tenaz determinación reconstruyó el estropicio que armaron los persas a su paso por Jerusalén, allá por el siglo VII. El pobre murió envenenado. Tal vez con flores de adelfa —añadió.

—Ya. —Julio meneó la cabeza—. ¿Y cuál era la mala noticia?

—La no tan buena, dije —le corrigió el inspector—. Ayer por la tarde llamó a la central una tal Aurora, compañera de Silvia. Una chismosa en toda regla —sonrió—. Parece que Pedro le comentó que yo estaba interesado en saber si el día de la excursión al Botánico llevaban objetos punzantes, tipo alfiler de entomólogo. Me dijo que Silvia solía llevar uno…

—¿Un alfiler de entomólogo? —se sorprendió Julio.

—No, lo de entomólogo lo dije yo. Un broche, por lo visto, bastante peculiar: un alfiler de sombrero con un prendedor en forma de libélula o algo por el estilo. La buena mujer se creyó en su deber de informarnos.

—Vaya —musitó el teniente, sin saber bien qué decir.

—Lo malo es que no pudo precisar si lo llevaba puesto ese día. Dice que le parecía recordar que Silvia lo había perdido días antes de la excursión. Habrá que comprobarlo. De todos modos, llevo toda la mañana tratando de conectar a Silvia con los alfileres de sombrero. Aquí existen tres establecimientos con género de ese tipo. Uno de ellos provee solo a gente del cine y trabaja por encargo. Otro depende del Museo de la Moda. Y el tercero es una tienda de disfraces que vende imitaciones hechas en China con escaso poder letal, ya me entiende. Pero supongo que objetos de ese tipo pueden encontrarse también en algún anticuario, y anticuarios hay a la patada.

—¿Y quién le dice que no era un regalo? ¿O una herencia? —le refutó Julio.

—Sí, lo sé. Es como buscar una aguja en un pajar, nunca mejor dicho. Quiero solicitar otra orden de registro por si acaso a Isobel se le pasó por alto.

—¿Y cree que iba a conservarlo en casa si realmente ella…?

—No. Pero ya va siendo hora de tomar medidas. Voy a pedir que la imputen, Julio.

—Aldo, ¿no le parece que se está precipitando?

—No, no lo creo. Se nos va el caso. Si no logramos que

confiese…

—¿Y si no tiene nada que confesar? ¿No se le ha ocurrido?

—Le recuerdo, Julio, que Silvia miente más que habla —masculló—, y que cada vez reúne más papeletas: la oportunidad, el móvil y un objeto muy similar al que utilizaron para cargarse a Manzanares, según los peritos. ¿Qué más necesitamos?

—Pruebas —dijo Julio.

—O que reconozca los hechos. Voy a pedir que vuelvan a entrevistar a sus compañeros de trabajo y, si es preciso, que los sometan a un careo con ella. Tal vez la tal Aurora se equivoque y Silvia «perdió» ese broche después de la visita al Botánico, no antes.

—Ya. Y de paso que interroguen a los niños. A lo mejor lo usaba para pincharles en el culo cuando no hacían bien los deberes.

—Pues no sería mala idea. Podríamos preguntárselo al crío que dejó abandonado en mitad de la nada. Al que casi deja huérfano, por cierto.

—No lo abandonó en mitad de la nada…

—Sabe perfectamente a lo que me refiero.

—Vale, lo que usted diga. A propósito: hay novedades en el caso del secuestro. Ana Goicoechea ha despertado del coma.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cómo está?

—Se recupera. Pero desconocen si hay algún tipo de daño cerebral. De momento parece incapaz de hablar. Por lo visto perdió mucha sangre y tal vez tenga mermadas las facultades mentales por falta de riego o algo así. Isquemia, creo que lo llaman. Es indetectable con un escáner. Si hay consecuencias, lo sabrán cuando vean cómo evoluciona en las próximas horas.

—Hum. ¿Qué tipo de consecuencias? —preguntó el inspector, mirando la hora.

—Problemas de habla, pérdida de memoria, parálisis…

—Genial. Pues que no se lo digan, porque podría usarlo como excusa para no declarar. ¿Y el niño?

—Está bien, dentro de lo bien que puede estar un crío en su situación. Y usted ¿sabe algo de Linares, algo nuevo de la autopsia?

—La autopsia ha concluido oficialmente —contestó el inspector—. El análisis toxicológico de los cabellos dio positivo en fluoxetina, alprazolam y otras sustancias que no recuerdo. El resultado coincide con los fármacos que tomaba Águeda desde hacía varios años por prescripción médica. Lo que no han podido completar es el perfil genético; la muestra de ADN resultó insuficiente, como predijo

Linares…Vaya, el tiempo pasa volando. Dígame algo del dosier misterioso antes de irme.

—Pues… parece que el capitán Herranz investigó las actuaciones del doctor Nájera, como le pedí. Tendré que mirarlo todo con lupa, no he tenido tiempo.

—Al día aún le quedan horas —sentenció el inspector.

—Al día, puede. Pero mis reflejos están bastante mermados.

—Pues mañana lo quiero a pleno rendimiento, Julio. Nos vamos de excursión a Santa Marina.

—¿Mañana?

—Sí, a casa de Manzanares. Intentaremos reconstruir los hechos con ayuda de la Científica.

—¿Marcos también va?

—Evidentemente. Es la mejor. Venga, hombre…, anímese. Presiento que estamos a punto de aclarar la muerte de Daniel y cerrar de una vez el caso. Ojalá haya suerte con el disco duro.

—¿Cree que ahí está la clave?

—Bueno, por algo se lo quedó Flores.

—¿Y qué pasa ahora con Silvia?

—En cuanto interroguen a sus compañeros sobre el asunto del alfiler, le pediré a Tena que solicite su imputación para poder citarla a declarar lo antes posible. A estas alturas ya sabrá que sospechamos que Daniel no era su hermano, y cuando descubra que sabemos lo del alfiler puede que se derrumbe y hable.

Julio encendió otro cigarrillo, taciturno.

—No sé, Aldo. Sigo pensando que se precipita. No tenemos nada sólido para considerar que hay un motivo ni una sospecha fundada…

—¿Qué está diciendo, Julio? —le increpó Aldo—. Si se hubiera cargado a otro que no fuera Manzanares, ¿sería tan benévolo? Porque parece que está defendiendo usted el ojo por ojo. Y, si en lugar de matar a Manzanares lo hubiera denunciado, ahora lo tendríamos entre rejas, pagando por lo que hizo.

—Deje de echarme en cara que la defiendo, solo intento ser justo. E imparcial.

—¿Imparcial? —rezongó Aldo—. Vamos a dejarlo, Julio. No quiero discutir más con usted por Silvia… Tengo que irme. —Le hizo una seña al camarero, malhumorado.

—Deje. Invito yo.

—Gracias. —Aldo se levantó y se puso el abrigo—. Nos vemos mañana, teniente. Salimos a las nueve. Nos llevará Marcos.

—Genial —asintió Julio, cariacontecido—. Suerte con su

reunión.

—Julio…

—¿Sí?

—Nada. Descanse esta noche —se despidió—. Parece agotado.

Julio no contestó. Desvió la vista hacia el cenicero lleno de colillas. El día no había mejorado. Y otra vez caía la noche. Una noche asfixiante, a pesar del frío. Una noche negra, a pesar de la nieve. Una noche extremadamente fría. Solitaria, a pesar del tráfico en la calle y de la gente. Julio miró la hora. Llamó al camarero. Pidió una ginebra con tónica. La tónica, se dijo, le aliviaría un poco el dolor de garganta. Y la ginebra, tal vez, el otro dolor. Un dolor indefinido para el que no encontraba nombre. Pero que, indiscutiblemente, dolía. Cuando el camarero volvió con el gin-tonic, Julio dio un par de tragos y encendió otro cigarrillo. Miró el móvil, encima de la mesa. Alargó un dedo y pulsó la tecla de apagado.

Martes, 19 de diciembre

LXXXIV

A las ocho y cuarto sonó el teléfono en el salón. Julio recordó entonces que había olvidado encender el móvil. Alcanzó una toalla, salió de la bañera y corrió desnudo por el pasillo. Descolgó al undécimo timbrazo.

—¡Sí! —exclamó.

—Julio, tiene el móvil desconectado. —Oyó la voz de Aldo.

—Acabo de darme cuenta, sí.

—No le habré sacado de la cama…

—No. Solo de la ducha. —El teniente miró el rastro que había dejado en el suelo de linóleo, ceñudo—. ¿Ocurre algo?

—Pues… sí —titubeó el inspector—. Hay cambio de planes. Ayer a última hora me llamó Isobel. Han podido rescatar los archivos del disco duro, no estaba tan mal como parecía. Necesito que se quede aquí y pida medidas cautelares para Nájera. Consiga órdenes de registro para su domicilio, el despacho y cualquier otra propiedad a su nombre.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ya sabemos de dónde sacaba efectivo Manzanares y en qué invertía lo que defraudó en sus empresas. Daniel logró piratearle el ordenador. Está todo: el nombre de la fundación en la isla de Jersey, los datos de los empleados que la gestionaban y los de un par de testaferros, uno aquí y otro en la isla. El de aquí es nuestro amigo, el doctor.

—¿Nájera, testaferro de Manzanares? —murmuró Julio—. Pero ¿qué…?

—Obras de arte. Obras de arte robadas o adquiridas en el mercado negro, algunas muy valiosas. Nájera sabrá dónde están, es imposible que se haya desembarazado de todas sin llamar la atención. Son unas cuatrocientas piezas, entre pinturas, esculturas y muebles antiguos…

—¿Cuatrocientas? —exclamó Julio, mientras intentaba secarse sin soltar el teléfono.

—Sí. La lista es anterior a la desaparición de Manzanares, evidentemente. Tal vez haya más, no sabemos las transacciones que pudo llevar a cabo en estos dos años. Hemos enviado la lista a la Interpol, a ver qué averiguan ellos.

—¿Quiénes son los otros? —preguntó Julio.

—¿Qué otros?
—¿No dijo algo de empleados?
—Sí. Uno de ellos es un marchante de arte británico. Vamos a necesitar la colaboración de las autoridades locales, y dado que esa isla es un territorio tan peculiar no resultará fácil detenerlo, si es que vive allí. ¿Teniente? ¿Qué hace?
—Perdone. Estaba secando el auricular —se disculpó Julio—. Le escucho, sí.
—¿Qué le parece?
—Increíble…
—Lo increíble es que Orion Dauber es el beneficiario de toda esa fortuna, no andábamos desencaminados. Si no es por la información que logró extraer Daniel, no hubiéramos dado con esa fundación en la vida.
—¿Cómo se llama?
—Ars Longa Management. Tiene guasa.
—¿Guasa? —dijo el teniente, luchando con la toalla.
—Sí. Está sacado de un latinajo: Ars longa, vita brevis. «El arte perdura, la vida es breve». Muy agudo, Manzanares.
—Mucho —convino Julio—. Entonces…
—He hecho que le envíen toda la información a su oficina: la lista de las obras, los nombres de los implicados, los delitos que podemos imputarle a Nájera, todo. Curse la querella y solicite medidas cautelares de carácter extraordinario, registro domiciliario, embargo de bienes y la intervención del correo. Convenza al juez de que es necesario tenerle incomunicado.
—¿Y qué alego?
—En primer lugar, que corremos el riesgo de que destruya pruebas o se deshaga de las obras de arte. Es de suma importancia que no le permitan hacer llamadas ni que se comunique con su abogado cuando lo detengan. También podemos conectarlo con una organización criminal, seguro que ha estado en tratos con la banda del Inglés. Si el juez necesita más motivos, hágale ver que la investigación debe llevarse en el más absoluto secreto, no podemos poner sobre aviso a posibles cómplices. Creo que con eso bastará.
—Está bien —dijo Julio—. Enseguida salgo…
—Si tiene alguna duda, llámeme. Y procure que no se filtre nada, no sabemos qué contactos conserva Nájera en círculos policiales…
—No se preocupe. —Julio empezó a tiritar—. Aldo, tengo que colgar.
—Por cierto, ayer le llamé varias veces, pero…

—Me quedé sin batería —mintió Julio—, y luego olvidé conectar el móvil.

—También le llamé a casa.

—… Volví tarde.

—¿Está bien?

—Sí, claro.

—Ya. Bueno, espero que no siga enfadado conmigo por la discusión de anoche.

—¿Qué tal le fue con el fiscal?

—No pudimos hablar mucho. Isobel me llamó con todo esto y tuve que irme. ¿Qué tal con el dosier de Herranz?

—Ahora se pone más interesante, sin duda. ¿Lo veré esta tarde?

—En el despacho del fiscal. Cuando volvamos de Santa Marina le aviso. Suerte por ahí, teniente.

—Lo mismo digo. —Julio colgó y volvió corriendo a la ducha.

Al servirse el café vio el paquete de cigarrillos sobre la mesa. Estrujó la cajetilla y la tiró a la basura. Luego se bebió un vaso grande de agua. Tenía resaca. Y bastantes remordimientos. Mientras desayunaba, trató de concentrarse en las instrucciones que le había dado Aldo. Aldo… Julio se levantó de un salto y abrió el cubo de la basura. Cogió la cajetilla. Uno de los cigarrillos no estaba demasiado descalabrado. Se lo fumó con el café, decepcionado consigo mismo, con sus debilidades. Al entrar en el dormitorio percibió con disgusto que aún olía a… No recordaba su nombre. Quien fuera. De todos modos, no volvería a verlo. Abrió la ventana para que el aire se llevase su perfume, dulzón y penetrante. Quitó las sábanas y las dejó en el suelo. Sobre la mesilla de noche había un papel con un número teléfono. Lo arrojó por la ventana antes de cerrarla, hecho una bolita. Se vistió, dejó las sábanas en la lavadora y salió de casa. Bajó las escaleras maldiciendo la ginebra y sus consecuencias, al tiempo que proclamaba un propósito de enmienda en cada descansillo. El frío de la mañana le cortó la respiración, pero también le ayudó a despejar la mente. Tenía trabajo que hacer. No debía pensar en nada más, gracias a… ¿Qué santo nos tocará hoy?, se preguntó. Julio esbozó una sonrisa. El día acababa de comenzar. Había esperanzas. Para eso estaban hechos los días, para ponernos ante las narices un montón de horas nuevas, inmaculadas y llenas de posibilidades, se dijo.

A las doce y cuarto ya había cumplimentado el grueso de las diligencias judiciales para solicitar la detención de Nájera —en los

términos que Aldo le había pedido— y los requerimientos de registro. Se moría de ganas por fumar. Estaba a punto de salir para el juzgado cuando el teléfono sonó. Dudó un instante antes de descolgar.

—Teniente Mataró al habla.

—Teniente, soy el sargento Sanjurjo, de Ribera de la Calzada. No sé si se acuerda de mí…

—Sí, sí. Dígame —contestó Julio. Abrió el primer cajón de su escritorio y cogió el paquete de tabaco.

—Verá, le llamo porque tenemos un pequeño dilema. Ana Goicoechea…

—¿Está bien? —se sobresaltó el teniente.

—Evoluciona favorablemente. Sigue aturdida, pero parece lúcida. Excepto por un detalle. Ha solicitado entrevistarse con Silvia Manzanares.

—¿Cómo dice? —exclamó Julio—. ¿Entrevistarse con Silvia? ¿Por qué? ¿Para qué?

—No ha querido decirnos los motivos. Se niega a prestar declaración, a no ser que le permitamos hablar con ella. Dice que después no tendrá inconveniente en «largar todo lo que sabe», según sus propias palabras.

—Pero… No lo entiendo. ¿Qué demonios…?

—Sí. Aquí estamos igual de perplejos. Parece fuera de lugar acceder a sus demandas. Por otro lado, no nos vendría mal una declaración voluntaria, si es que cumple su promesa. ¿Qué opina?

—¿Se lo han comunicado al juez instructor? —preguntó Julio.

—No. Queríamos consultarlo primero con usted.

—Está bien. Veré lo que se puede hacer, aunque dudo mucho que Silvia acepte.

—Quizás yo pueda convencerla…

Julio enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Usted?

—Bueno, creo que me escucharía. No es que nos hiciéramos amigos, por supuesto —trató de excusarse—, pero…

—Tendría que consultarlo, sargento. Si me permite que haga unas llamadas, enseguida me pongo en contacto con usted.

Julio colgó, confuso. Buscó el número de Aldo y lo llamó al móvil. Jugueteó con el paquete de tabaco. Lo abrió y miró con desconsuelo el contenido. Tenía una sensación extraña, como si se le estuviera escapando algo muy obvio que no podía ver en aquel instante. Será la abstinencia, se dijo, y pegó la nariz a la cajetilla abierta para aspirar el aroma de aquellos veinte flamantes cilindros

rellenos de tabaco, alquitrán y nicotina. De placer, frustración y…

—¿Teniente? —exclamó Aldo al otro lado de la línea. Julio dio un respingo. La cajetilla se le escapó de las manos y cayó, dejando un reguero de cigarrillos esparcidos por el suelo.

—Mierda… —refunfuñó.

LXXXV

La casa había permanecido deshabitada aquellos dos últimos años. Aldo sintió cierta conmoción al poner los pies allí de nuevo. El polvo se había apoderado de todo; los muebles, las lámparas, el mismo suelo de madera tenían una pátina grisácea. Las arañas reinaban ahora en las habitaciones silenciosas y heladas, más vacías de lo que recordaba. Los muebles y los objetos de mayor valor habían sido trasladados a un depósito cuando se ordenó el embargo judicial de la propiedad. Quedaba, eso sí, el piano de Águeda, anclado pesadamente al suelo en una esquina del salón, justo al final de la escalera que descendía en curva, como la mitad de una hélice monstruosa incrustada entre las dos plantas. Mientras el equipo de Marcos se preparaba, Aldo abrió la tapa del piano, se sentó en el taburete y apoyó los pies en los pedales. Con suavidad, pasó los dedos por el teclado. Para su sorpresa, no parecía demasiado desafinado. Marcos se sobresaltó.

—Aldo —susurró—. Deja eso.

—Perdón —se disculpó.

—Tienes que ponerte un equipo si quieres quedarte —continuó ella.

—¿Es necesario? —contestó él—. No voy a moverme de aquí…

—Da igual. Hay que extremar las precauciones si queremos encontrar algún rastro. ¿Es esa la sospechosa? —Isobel señaló la escalera.

—La principal sospechosa, sí —asintió el inspector.

Isobel se volvió hacia el personal de su equipo.

—¡Atentos, por favor! —exclamó. Su voz retumbó con una resonancia hueca que los sobrecogió a todos—. Empezaremos por el salón —continuó, en un tono más bajo—. Vamos a dejar trabajar primero a los perros. De uno en uno. Bien —murmuró, dirigiéndose a Aldo—: que empiece el espectáculo…

—¿Toco algo? —Aldo posó las manos otra vez sobre el teclado.

—Ni se te ocurra —lo amenazó Marcos con el dedo.

—Qué pena. Pensaba en Pergolesi. El Stabat Mater. —Aldo tocó los primeros acordes—. Quae moerebat et dolebat… ¿O prefieres un vals? El de La viuda alegre, por ejemplo.

—Sal de ahí, anda. Estorbas —gruñó Isobel.

El primer perro, un cruce de pastor alemán algo achaparrado, de orejas desproporcionadamente grandes y picudas, entró en acción. Aldo observó con cierto escepticismo los movimientos nerviosos del animal a medida que trepaba, torpe, los peldaños de mármol. Su cuidador lo dirigía con pericia, mientras el resto del equipo aguardaba al pie de la escalinata, expectante.

—¿Y tú crees que podrá encontrar algún rastro ese bichejo después de tanto tiempo? —le susurró Aldo a Isobel.

—Si alguno puede, ese es Vader. Es nuestro perro estrella.

—Pues para ser una estrella, tiene poco garbo, ¿no? Tan paticorto…

—Pedigrí no tiene, si te refieres a eso. Pero ha sido adiestrado en Argentina y en Holanda. Es capaz de seguir un rastro de hasta cinco años de antigüedad. Ya tiene la referencia de Daniel, además. Eso debería facilitarle el trabajo… Mira.

El animal se había detenido a mitad de la escalera. Olfateó un barrote del pasamano, tensó el cuerpo y se sentó, con expresión concentrada, las orejas erguidas.

—Parece que tenemos algo —exclamó el cuidador. El perro emitió una especie de jadeo bronco y prolongado. Aldo se sobresaltó.

—Por eso se llama Vader. —Isobel le guiñó un ojo—. ¡Señores, a trabajar! Dejen un pasillo de seguridad y actúen con sumo cuidado. No se nos puede escapar ni un pelo —le ordenó a su equipo—. Aldo, tú espera en el vestíbulo con el agente de la Judicial…

—¿No puedo echar un vistazo arriba?

—No, hasta que los perros hayan rastreado el piso superior y sepamos por dónde tenemos que movernos. Y, Aldo…

—¿Sí?

—No vuelvas a acercarte al piano, por favor.

—Está bien —concedió él—. Esperaré fuera.

Aldo salió al jardín, cubierto ahora de maleza seca. Se dirigió hacia el garaje, a paso lento, mientras pensaba en Águeda. A pesar de los indicios, no podía creer que ella hubiera sido la responsable —directa, al menos— de la muerte de Daniel. Pero ¿y si se equivocaba? Estaba tan abstraído que no escuchó el repiqueteo del móvil en el bolsillo de su abrigo hasta pasados unos segundos. Al querer sacarlo, vio que se le había colado en el forro por el agujero del bolsillo, y, cuando por fin lo extrajo, se le cayó al suelo, sin parar de sonar. Lo recogió, nervioso. Era Julio.

—¿Teniente? —exclamó, más alto de lo que hubiera deseado.

—Mierda… —oyó mascullar a Julio al otro lado.

—¿Ocurre algo, Julio? ¿Está bien?

—Eh… Sí. Perdone. Es que se me cayeron los… Bueno. Nada. ¿Qué tal va por ahí?

—La cosa marcha. Y usted ¿ha conseguido la orden?

—Casi está, sí. Aldo, le llamo por otro motivo. Acaban de comunicarme que Ana Goicoechea ha hablado, pero…

—No me diga que ha perdido la memoria.

—No, no es eso. Quiere ver a Silvia —dijo Julio.

—¿Disculpe?

—Sí, lo ha oído bien. Pone como condición para declarar que le permitan entrevistarse con ella.

—¿En privado? —quiso saber el inspector.

—Supongo…

—¿De qué va? ¿Quiere invitarla a un té con pastas para charlar de los viejos buenos tiempos?

—No lo sabemos. No ha dado detalles. —Julio suspiró—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué, teniente? ¿Qué piensa usted?

—Pienso que, incluso si el juez acepta que se entrevisten, es muy posible que Silvia se niegue. Pero en Ribera de la Calzada tienen ganas de intentarlo. Al menos, el sargento que la detuvo, Sanjurjo. Piensa que puede convencer a Silvia para que acepte.

—¿Cómo? ¿Ofreciéndole caramelitos? —se burló Aldo—. No sabe nada el pobre…

—Pues parecía muy seguro, no sé… Lo conocimos en el hospital, ¿lo recuerda? Quizás hicieron buenas migas.

Aldo soltó una carcajada.

—Qué tendrá esa mujer que vuelve loco al cuerpo de la Benemérita.

—No sé a qué se refiere —dijo Julio, algo molesto—. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Lo intentamos? Si Ana habla en serio, sería de gran ayuda que declarase.

—Lo importante no es que declare, teniente, sino que declare la verdad y con todo lujo de detalles —le hizo ver Aldo—. Tampoco sabemos si tiene algo que sea de utilidad para nosotros. Ya sabe lo que dijo el Chino de ella…

—Puede que el Chino no sea la persona más honesta del mundo.

—Está bien. Que se entrevisten. Pero que nos avisen primero. Llame a Silvia y tantéela, a ver cómo reacciona. Tengo curiosidad… ¿Qué tendrán que decirse esas dos? —murmuró Aldo.

—Quizás es un delirio de Ana. Igual tiene astenia, después de todo…

—Isquemia, teniente.

—¿Y qué dije?

—Astenia.

—Ah. Eso es lo que tengo yo. ¿Y Sanjurjo? —preguntó.

—¿Ese? Un calentón, sin duda —se mofó el inspector.

—Hablo en serio, Aldo. A lo mejor no es mala idea que llame él a Silvia antes de ponerme yo en contacto con ella. No quiero que piense que le estamos tendiendo una trampa o algo por el estilo.

—Me parece acertado —concedió el inspector—. Está bien. Haga las gestiones para arreglar la entrevista y dele carta blanca a ese donjuán. Que la llame, a ver si logra convencerla. Quién sabe. Igual es verdad que a Silvia le cae simpático, después de todo. —El móvil de Aldo dio un pitido—. Se me agota la batería, teniente. Nos vemos esta tarde. Le avisaré en cuanto llegue, aún no sé a qué hora es la reunión con Tena.

—Está bien. Me muero por…

El teléfono se apagó. Aldo volvió sobre sus pasos, con las manos en los bolsillos. ¿Qué querría Ana Goicoechea de Silvia? Si se llevaba a cabo la entrevista, era indispensable que el juez autorizase grabar la conversación. Y, en segundo lugar…, ¿por qué cosa se moriría el teniente?

LXXXVI

Silvia bajó con un cuchillo de cocina al portal. Forcejeó con la ranura del buzón hasta que logró extraer un par de cartas y varios folletos publicitarios. Oyó que alguien carraspeaba tras la puerta del bajo derecha. De un salto se metió en el ascensor. Una vez en casa, corrió la cadena del cerrojo —un arreglo provisional, hasta que pudiera cambiar la cerradura—. El salón seguía patas arriba. Tiró la propaganda al suelo y echó un vistazo a las cartas. Una era del banco. La otra no llevaba remitente. La abrió. Dentro encontró su DNI y la tarjeta de la Seguridad Social. Alguien habría encontrado su cartera —¿perdida, robada? Imposible saberlo— y había tenido el detalle de mandarle los documentos. Suspiró. Por lo menos ya no tengo que pedir un duplicado de la tarjeta sanitaria, se dijo, buscando una bayeta para limpiar los cajones del aparador. El mueble estaba un poco ladeado. Al querer ponerlo en su sitio, vio que la clavija del teléfono estaba suelta. Lo conectó. Sobre la marcha repiqueteó, estridente, como si hubiera estado aguantándose las ganas de sonar durante meses. Silvia descolgó, medio arrepentida de haberlo conectado.

—¿Diga?

—¿Silvia? Silvia, por fin…

—¿Anselmo? —La última persona con la que le apetecía hablar en aquel momento, si exceptuaba a la bruja del bajo, era el director del colegio.

—¿Cómo estás?

—Voy tirando. Oye, ya sé que tengo que resolver lo de la baja, pero…

—No te preocupes, mujer. Personal ya ha enviado un sustituto. Cuando puedas te pasas a firmar los papeles.

—Esta semana, sí.

—Por cierto, tengo en el despacho a Pedro, Nieves, Aurora. Te mandan muchos saludos. ¿Va todo bien, entonces?

—Bueno —dijo—, dentro de lo que cabe.

—Claro, claro. Pero tú, ¿tú…?

—¿Ocurre algo, Anselmo?

—Mira, te paso a Pedro, que quiere decirte hola. Cuídate, ¿vale?

—¿Anselmo?

Le contestó Pedro.

—Silvia, ¿qué tal? ¿Más tranquila?

—Pedro, ¿pasa algo?

—Nnno. Te echábamos de menos. Eso es todo.

Silvia escuchó la voz de Aurora, que chismorreaba en alguna parte. Creyó oír un «¿por qué no se lo vamos a decir?». Se puso tensa.

—¿Hay alguna novedad? —prosiguió Pedro—. ¿Te ha dicho algo la policía?

—¿Algo de qué?

—No sé… Solo preguntaba. Me alegra oírte, Silvia. Esperamos verte pronto por aquí —dijo. Su voz no le resultó muy sincera—. Los niños te extrañan…

—Oye, tengo que devolverte el dinero —le recordó Silvia—. ¿Te hago una transferencia o…?

—No te preocupes, ya habrá tiempo. Te dejo, que Aurora quiere hablar contigo.

—¿Silvia? —graznó Aurora. Silvia apartó el auricular de la oreja —. ¡Silvia, mi niña! ¿Cómo estás? ¡Pero qué pesadilla, ¿no?! —parloteó—. Te he dejado miles de mensajes, en el buzón de voz, en el contestador de casa, pero no hay manera de…

—Me robaron el móvil y el fijo estaba desconectado, acabo de darme cuenta. Tengo la casa del revés ahora mismo.

—Ay, pobrecilla. ¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que me pase esta tarde a echarte una mano?

—No, no. Gracias, no hace falta —dijo, horrorizada—. Oye, os

noto un poco raros. ¿Pasa algo?

—Pues, mira, sí. Un momento… ¡Cállate, Anselmo! —le gritó al director—. ¿Por qué no se lo voy a decir? ¿Silvia?

—Aurora, me estáis asustando. ¿Qué ocurre?

—Nada, bobita. Es solo que tenemos una pequeña discusión aquí porque… Bueno, esta mañana han venido unos señores de la policía a interrogarnos, y les da apuro decírtelo, mira tú. Como si no tuviéramos confianza.

Silvia se sentó en el suelo.

—¿Silvia? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí, Aurora…

—Mira, todo es culpa mía, lo reconozco. Es que Pedro me contó que os habían preguntado si el día que fuisteis al Botánico llevabais objetos afilados. Como alfileres o algo así. ¿Verdad?

A Silvia se le secó la garganta. Pensó que de tener a Aurora delante no dudaría en estrangularla con el cable del teléfono.

—¿Silvia?

—Sí. ¿Y qué?

—Nada, que entonces me acordé de tu broche.

—¿Qué broche? —murmuró.

—El del insecto ese tan original que compraste en… ¿Bulgaria? ¿No me habías dicho que en realidad era un alfiler de sombrero? Y yo pensé: qué raro que Pedro no se acordase de mencionárselo a ese inspector tan atractivo el día que vino por aquí. Así que ayer me dije: ¿por qué no le das una llamadita y se lo comentas? A lo mejor me dice que me pase a verle y, mira por dónde, igual le saco una cita. Total, pensé yo, tú ya se lo habrías dicho…

—Aurora, tengo que colgar.

—¿No te habrás molestado? Oye, disculpa, yo no pretendía… No sabía que iban a venir a interrogarnos a cuenta del dichoso broche, yo solo quería flirtear un poco, ya sabes…

—¿Flirtear un poco? —Silvia estrujó el auricular como si fuera el pescuezo de Aurora lo que tuviera entre manos—. Te dije que lo había perdido. Antes de…

—Sí, lo sé. Eso les dije yo a los agentes, que tú no lo llevabas el día de la excursión, que se te había perdido no sé dónde. Tuve que describirlo con pelos y señales, hasta hicieron un dibujo, imagínate. Ya sabes lo observadora que soy, me quedo con todo. ¿Veis? —exclamó, dirigiéndose a los otros—. Lo perdió antes de ir al Botánico, ya os lo decía… ¿Silvia?

—Qué.

—Pues que pensé que debías saberlo. Fue solo un malentendido,

siento mucho haberte puesto en una situación rara…

—¿Rara? —exclamó Silvia—. Aurora, me has acusado… ¿para flirtear con un policía?

—Por Dios, qué cosas dices. ¿Acusarte yo? ¿Por decir la verdad? Pero si no tienes nada de qué preocuparte, Silvia…

—Aurora, voy a colgar.

—Porque tú no has matado a nadie, ¿verdad que no?

Silvia colgó de golpe. El teléfono volvió a sonar. Roja de ira, descolgó otra vez.

—¡Déjame en paz, Aurora!

—¿Silvia? —dijo una voz de hombre, vagamente familiar.

—… ¿Quién es?

—Rodrigo, de Ribera de la Calzada. ¿Me recuerdas?

—Rodrigo…

—¿Estás bien?

—Sí. Sí, ¿qué ocurre?

—¿Quién es Aurora?

—Nadie. Rodrigo, disculpa, pero estoy muy ocupada. Te agradecería que…

—Silvia, ya sé lo de tu hermano. Lo siento mucho.

—Gracias. Pero ahora mismo no puedo…

—Ya, ya sé que no te llamo en el mejor momento. Dame solo unos minutos, por favor. Es importante. Necesito hablarte de…

—¿Yeimer? —Tuvo un presentimiento—. ¿Le ha pasado algo?

—No —se apresuró a decir él—, Yeimer está bien. En un centro tutelado, no te preocupes.

—¿Entonces?

Rodrigo se aclaró la voz.

—Ana Estíbaliz Goicoechea ha despertado del coma —dijo.

—Dios…

—Y quiere verte —continuó.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No lo sabemos. Tranquila, nadie va a obligarte si no quieres —añadió—. Pero me gustaría que te lo pensaras. Sería de gran ayuda. Quizás nos dé pistas para atrapar al Inglés. La decisión es tuya, por supuesto.

—Lo siento, Rodrigo. No quiero involucrarme en ese asunto.

—Pero…

—No insistas, por favor. Estoy desbordada ahora mismo —dijo, con la voz quebrada—. No quiero acabar en un manicomio.

—Venga, Silvia. No te victimices, no te pega en absoluto. Alguien con tanto arrojo como tú no acaba en un manicomio…

—¿Ya no quieres detenerme?

—Yo nunca quise detenerte —contestó, serio—. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

—Rodrigo, me estás pidiendo que me enfrente a la mujer que me secuestró.

—Lo sé, pero ya no puede hacerte ningún daño. Además…

—¿Qué?

—Silvia, no quiero que suene a que intento hacerte chantaje, pero el juez que instruye el caso quiere abrir diligencias contra ti por un delito de amenazas y coacciones, y por otro de omisión del deber de socorro. Y aunque es obvio que existen atenuantes que explican tu conducta… En fin. Ya que los chicos a los que amenazaste no te han denunciado, hemos llegado a un acuerdo con el juez y con la Fiscalía. Si colaboras con nosotros, tal vez podamos olvidar ese asunto.

—Tienes razón —dijo Silvia—: lo que dices suena a chantaje.

—Silvia, si te lo digo es porque intento protegerte. No te lo tomes así, por favor. Te repito que Ana no puede hacerte ningún daño, y tú aún estás a tiempo de evitar que el juez dicte un auto de imputación…

—El inspector Monteiro no tendrá nada que ver con esto, ¿verdad? —se le ocurrió.

—¿Monteiro? No, claro que no. No tengo tratos con ese inspector —contestó Rodrigo, con cierto desdén—. Di, ¿me ayudarás?

—¿A ti?

—A nosotros… A ti misma. A todos.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—No hay tiempo, Silvia. No podemos arriesgarnos a que Ana se eche atrás. Ni a que el juez cambie de opinión —añadió.

—Está bien. Llámame mañana y…

—Te dejo mi número, mejor. Pide que te pasen conmigo. ¿Tienes dónde apuntar?

—Espera. —Se acercó a un cajón volcado. Entre el material escolar esparcido por el suelo encontró un lápiz—. Dime…

Silvia garabateó el teléfono en uno de los sobres que había rescatado del buzón.

—También quería pedirte disculpas —prosiguió Rodrigo—. La última vez que te vi… Bueno, creo que fui un poco brusco contigo.

—Yo tampoco fui muy amable —dijo ella—. Por cierto: aún tengo la ropa de tu hermana.

Rodrigo se echó a reír.

—Te diré un secreto: no tengo ninguna hermana.
—Te diré yo otro: ya lo sabía.
—¿En serio? —se sorprendió.
—Supuse que te la inventaste para que no me diera cuenta de que habías comprado tú la ropa. Olvidaste quitarle una etiqueta al pantalón.
—Vaya. Qué despiste.
—Fue un detalle por tu parte —sonrió—. Bien. Me pienso lo de Ana y te llamo con lo que decida. Adiós, Rodrigo…
—¡Silvia! —exclamó él.
—¿Qué?
—¿Y si vienes a verme y lo hablamos en persona?
—¿Ir a verte? ¿Cuándo?
—Hoy, mañana, pasado… Podrías pasar un par de días aquí. Conmigo.
—¿Me estás invitando a tu casa?
—¿Por qué no? Vivo solo, tengo sitio y… me gustaría verte. Fuera del trabajo, ya me entiendes.
Silvia guardó silencio.
—¿Intentas seducirme para que hable con Ana?
—Esto no tiene nada que ver con ella —contestó—, solo contigo.
Silvia se mordió el labio.
—Mañana te llamo para darte una respuesta. Sobre Ana —añadió—. De todos modos, gracias por tu invitación.
—Silvia…
—Adiós, Rodrigo.
Colgó. Se levantó del suelo y fue al baño, presa de una terrible excitación nerviosa. Las manos le temblaban. Tenía ganas de llorar, de reír, de salir de casa, de la ciudad, del invierno que no había hecho más que comenzar, y correr, correr como si le fuera la vida en ello. Escapar de sí misma, olvidarse del mundo y que el mundo también la olvidase. El teléfono volvió a sonar. Silvia gimió. Se apresuró por el pasillo y se abalanzó sobre el aparato, dispuesta a decirle que sí.
—¿Rodrigo?
—Disculpe, ¿podría hablar con doña Silvia Manzanares Pardo?
—¿Quién es?
—¿Hablo con doña Silvia Manzanares?
—Sí, soy yo…
—Buenos días. Soy Antonio Lucerna, director adjunto de Azur Seguros.
—¿Azur Seguros? —repitió—. No me interesa, gracias.

—¡No cuelgue, por favor! Señora Manzanares, no la llamo para venderle nada —dijo el hombre—, sino para hablar con usted en persona. Se trata de un asunto muy delicado que…

—Lo siento, no puedo.

—Señora Manzanares, entiendo sus reticencias, pero es sumamente importante que venga a vernos. Le aseguro que no le robaremos mucho tiempo. Estamos en la calle Marqués de Grijalbo, número ciento veinte.

Silvia pensó que las palabras «asegurar» y «robar» en una misma frase tenían su aquel, viniendo del director de una compañía de seguros.

—Oiga, si no me dice por qué quiere verme, yo no…

—Es algo relativo a unas pólizas de vida suscritas a su nombre —murmuró el director, en tono confidencial.

—Pero yo no he suscrito ningún seguro de vida…

—Precisamente, señora Manzanares. Eso es lo que necesitamos aclarar con usted. Si es tan amable, la esperamos mañana a las doce en nuestras oficinas de la calle…

—Marqués de Grijalbo ciento veinte, sí. Está bien.

Silvia desconectó el cable del teléfono. Se preguntó dónde estaría enterrada la guía telefónica. Necesitaba un abogado. Y lo necesitaba ya.

LXXXVII

Aldo, Julio, Isobel y Linares se presentaron a las ocho menos cuarto de la tarde en el despacho del fiscal. Domingo les esperaba.

—Hola —sonrió—. Pasad… Vaya caras, por Dios. Ni que hicierais horas extras. —Domingo le dio una palmada a Julio en el hombro. El teniente le dedicó una mirada fúnebre.

—Muy ocurrente, Domingo —dijo Aldo—. ¿Y el jefe?

—En la Audiencia.

—¿A estas horas?

—Acaba de filtrarse un asunto de escuchas ilegales a un par de políticos —comentó el secretario—. Podemos empezar esta puesta en común sin él, no sé lo que tardará.

—¿Y cuándo podremos reunirnos con el magistrado que lleva las diligencias del Chino? —insistió Aldo.

—Pues… eso es cosa de Tena —contestó el secretario, sin perder la sonrisa—. Ya te avisaré. Será mejor que os sentéis.

Los cuatro obedecieron. Aldo tosió. Julio se sirvió un vaso de agua. Isobel echó un vistazo al móvil y lo desconectó. Linares pasó la vista con aire distraído por los tomos enciclopédicos que relucían en la librería del fiscal. Se preguntó si alguien los habría leído

alguna vez.

—Bien —carraspeó Domingo—. Comencemos por el chico. He estado leyendo el informe forense. Por lo que veo, la identificación de los cabellos que encontraron en el cadáver no ha sido demasiado concluyente.

—La muestra era insuficiente para obtener el perfil genético —respondió Linares—. Sin embargo, si tenemos en cuenta el análisis de ADN mitocondrial y la prueba de tóxicos, creo que podemos afirmar que son de Águeda, dentro de la duda razonable. Si contara con una muestra de referencia sería otro cantar, claro.

—Si te refieres a exhumar el cadáver de Águeda, olvídate —dijo Domingo—. Ya hemos herido demasiadas susceptibilidades en Santa Marina. La cuestión es: ¿necesitamos vincular a doña Águeda con los hechos? Y, de ser así, ¿sería suficiente con esos resultados y con el testimonio de Linares para demostrar su implicación en…?

—Continúa —le pidió Aldo.

—Es que no sé a qué conclusión habéis llegado. —Domingo miró a la subinspectora Marcos—. Si es que habéis llegado a alguna. ¿Muerte accidental? ¿Homicidio? ¿Asesinato?

—Mira, Domingo —contestó Isobel—: a la vista de los indicios que encontramos esta mañana, el chico voló, literalmente, por una escalera de mármol desde una altura de unos cinco metros. Lo más lógico es pensar que fue impulsado. Cuando procesemos todos los datos podré ser más precisa.

—Bien. Vuelvo a preguntar: ¿es posible que Águeda lo empujara?

—Yo solo puedo afirmar que los cabellos encontrados en los eslabones de la pulsera que llevaba el chico son, con una altísima probabilidad, de su madre —dijo Linares, con cierta acritud—. Pero no tengo una bola de cristal para saber si ella lo empujó o no.

—Entonces encuentro un poco inútil insistir en obtener el perfil genético de Águeda. Además, no podemos imputarle un delito a un cadáver, a no ser que sea para exculpar a otra persona.

—Lo que no encuentro tan lógico es que no hayamos encontrado ni una sola evidencia biológica de Manzanares ni en el cuerpo ni en la ropa ni en ninguna de las pertenencias de Daniel —apuntó Isobel—, si tenemos en cuenta que es el principal sospechoso.

—Eso es cierto —admitió Julio.

—¿Y qué hay de los indicios hallados en el nicho?

—Inútiles —respondió Isobel—. No hemos podido sacar nada en claro ni de la huella palmar ni de las manchas de sangre. Lo único que sabemos con certeza es que no pertenecen a Manzanares ni a

Águeda. Puede que ese rastro lo dejara Flores, el supuesto cómplice —añadió—. Pero también carecemos de una muestra de control para comparar los resultados.

—Hablando de flores, ¿qué hay del ramo que encontraron en el nicho?

—Proviene de una floristería de Santa Marina. Y sabemos que Águeda era clienta asidua. Solo eso —dijo Aldo.

—Entiendo —asintió Domingo—. De manera que todos muertos. Sospechosos, víctima, cómplices. ¿Algún testigo?

—No lo sabemos, Domingo —contestó Aldo—. Es posible que no haya ningún testigo del homicidio, pero está claro que hay más personas implicadas, de una manera u otra. El doctor Beltrán Nájera, por ejemplo.

—El testaferro. —El secretario rebuscó entre la maraña de documentos que tenía en la mesa—. Detención incomunicada. —Leyó un auto judicial—. Vaya, teniente. Se ha dado prisa…

—Sí. —Julio miró a Aldo de reojo—. Mañana se harán dos registros simultáneos, en su casa de Marazul y en el despacho de la facultad. Pasado mañana tenemos previstos otros dos, en un chalet de la costa que comparte con su exmujer y en la consulta que aún conserva en Santa Marina.

—Pues que haya suerte. Si no encuentran nada, no podremos mantenerlo incomunicado mucho tiempo. Bien, entonces…

—Disculpe —le interrumpió Julio—, quería comentar algo más. Como sabe, he estado revisando la documentación que el capitán Herranz intentó entregarme antes de…, antes del atentado. En particular, los referentes al doctor Nájera. Y me ha llamado la atención un nombre que se repite en varias diligencias: Bernardo Prieto Gordillo.

—¿Prieto Gordillo, el abogado?

—Sí.

—¿Quién es? —se interesó Linares.

—El abogado de las putas, lo llaman —dijo Isobel.

—En realidad es el abogado de los proxenetas —puntualizó Aldo—. Representa a un grupo de empresarios con locales de alterne. Fue dirigente del Frente de Defensa Nacional en su época más virulenta, cuando se hacían llamar Frente para la Estabilidad Nacional.

—Y ha sido imputado varias veces por tráfico de drogas —añadió Julio—, pero nunca ha sido procesado. Lo curioso del asunto es que, al menos en tres ocasiones, Nájera firmó informes periciales que echaron por tierra denuncias de malos tratos y vejaciones

interpuestas por prostitutas. Todos los imputados eran clientes de Gordillo. Una de las chicas murió a consecuencia de una paliza que le propinó un grupo de skinheads poco después de retirar la denuncia. No se pudo demostrar que estuvieran vinculados al FDN, pero todo apunta en esa dirección.

—Vaya joya de abogado —murmuró Linares.

—Eso no es todo —prosiguió Julio—. Otro de los informes médicos que firmó Nájera, y en el que curiosamente no consta la participación de un segundo perito, como corresponde en estos casos, fue determinante para que se retirara otra denuncia, en este caso por agresión sexual, contra José Luis Ferrandis Alvarado, alias el Gago.

—¿Y? —preguntó Domingo.

—Que, según nuestro amigo Pillado, fue Ferrandis quien puso en contacto a Manzanares con la banda del Inglés —le explicó Aldo.

—Y su abogado también era Prieto Gordillo —subrayó Julio—. Ferrandis no tenía ningún negocio de alterne. Lo que sí tenía era un largo historial delictivo: tráfico de drogas, extorsión, estafa. Aunque se hizo más popular por organizar combates clandestinos de vale-tudo.

Linares miró al teniente, desconcertado.

—¿Vale-tudo?

—O vale todo —prosiguió Julio—, una mezcla de distintas modalidades de lucha que combina artes marciales y combate cuerpo a cuerpo. Se llama así porque lo único que está prohibido es meterle los dedos en los ojos al contrincante y dar mordiscos, pero las reglas varían. Ferrandis utilizaba a chicas muy jóvenes. Adolescentes de barrios marginales y toxicómanas, en su mayoría.

—¿Y dónde podemos encontrar al tal Ferrandis? —preguntó Domingo.

—Murió en prisión hace unos meses —contestó Aldo.

—Vaya por Dios. Con tanto muerto, no avanzamos —masculló el secretario.

—Bueno, yo creo que tenemos un triángulo perfecto —dijo el inspector—. Nájera, Gordillo y el Gago. Un forense corrupto, un miembro relevante del FDN y un mafioso conectado con la banda del Inglés. Los tres, relacionados de alguna manera entre sí y con Manzanares.

—Un momento —dijo Domingo—, ¿qué relación directa tenía Gordillo con Manzanares? Que yo sepa, Manzanares no estaba afiliado al Frente ni tenía negocios de alterne. ¿Era cliente suyo, acaso?

—No —contestó Aldo—. Aunque Manzanares simpatizó en algún momento con ese partido —puntualizó—, no lo olvides.

—Ya. Pero necesitamos algo más que eso para ir a por ese abogado. Es un tipo listo. Si no tenemos constancia de su implicación en alguno de los hechos que estamos investigando…

—Pues habrá que buscar una conexión —dijo Aldo—. Santa Marina es un reino de taifas, y los reyezuelos se conocen bien entre ellos. Si lo interrogamos…

—Ni hablar, Monteiro —contestó Domingo—. No vamos a citar a Gordillo sin tener algo que imputarle. Ese hombre te pone un pleito hasta por mirarle de reojo. Así que volvamos al principio. ¿De quién estábamos hablando?

—De Flores —contestó Julio.

—Sí. Qué bien, otro muerto. En fin, ¿qué sabemos de Flores?

—A ciencia cierta, poca cosa —reconoció Julio—. No tenía antecedentes. Fue chófer de Manzanares unos años, luego trabajó para tipos como el exalcalde de Santa Marina, Benítez Iscar, y acabó de encargado del cementerio…

—Cuando ya nadie se fiaba de él, por su fama de jugador y de confidente habitual de la Guardia Civil —añadió Aldo—. La subcontrata del Ayuntamiento que controlaba Manzanares, Nubia SL, fue la empresa que le dio trabajo. También sabemos que Águeda le donó en vida, poco después de la desaparición de Daniel, una propiedad muy valiosa que nunca llegó a disfrutar. Y parece evidente que ayudó a Manzanares a deshacerse del cuerpo del chico y que, probablemente, intentaba extorsionarlo.

—Y, por último —añadió Julio—, sabemos que murió en circunstancias muy extrañas y que las irregularidades en la investigación de su accidente tenían por objeto ocultar o destruir cualquier indicio de delito. Creo que cuando Herranz investigaba a Nájera, descubrió quién estaba detrás tanto del asesinato de Flores como de la destrucción de pruebas. Y por eso lo mataron…

—Pero ¿quién? —se impacientó Domingo. Julio miró al inspector, indeciso. Aldo le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Prieto Gordillo.

—Así nos va en este país —se lamentó Linares.

—¿No me ha escuchado, teniente? Olvídese de Gordillo.

—¿Por qué? —protestó Julio—. Su relación con Nájera es vieja. El doctor ya le había ayudado en algún caso con esos partes médicos dudosos. Y sabemos de al menos siete personas en esa comandancia que simpatizan abiertamente con el Frente de Defensa Nacional o que tienen familiares afiliados, incluidos los dos

detenidos tras el tiroteo.

—Disculpe, teniente —le interrumpió el secretario—. Pero no veo qué ganaba Prieto cargándose a Flores. Ni por qué le iba a hacer ese favor a Manzanares. A ese señor no le hace falta dinero ni nos consta que esté implicado directamente en ningún crimen.

—De acuerdo —asintió Julio—. No sé qué pudo ganar Prieto Gordillo, pero…

—Teniente —le interrumpió Domingo—, le digo lo mismo que a Monteiro: si no tiene al menos una prueba manifiesta e irrefutable de la relación de Gordillo con Manzanares ni nada que lo conecte con ese crimen indemostrable de Flores, no hay nada que rascar.

—Hay que presionar a Nájera —dijo Aldo—. Cuando cante, nos vamos a enterar de muchas cosas.

—No sé, Monteiro —dudó Domingo—. Tena está dispuesto a llegar a un acuerdo con él si nos facilita información sobre el paradero de las obras de arte. Por eso le decía antes al teniente que, si no encuentran nada en los registros, no vamos a poder mantenerlo incomunicado más de tres, cuatro días a lo sumo. Por cierto, te agradecería que nos explicaras algo de esa fundación.

—¿Qué quieres saber?

—Qué es y cómo funciona —le pidió Julio—. No acabo de entenderlo.

—No me extraña. —Aldo suspiró—. Verá: se trata de una entidad privada cuyo capital procede de la donación de una persona o una empresa, como las fundaciones públicas que todos conocemos. Solo que en este caso se constituye para fines privados. Esos fines suelen ser mantener el capital fuera de las manos del fisco en el lugar de origen, ya que se establecen en paraísos fiscales. O eludir los derechos de los descendientes sobre la herencia, donando los bienes a la fundación, o proteger los activos de un sujeto para asegurarse una jubilación por todo lo alto. O, simplemente, para blanquear dinero negro.

—¿Y aun así son legales? —se asombró Julio.

—Aquí, no. Pero en algunos países, sí, y están reguladas. De hecho, el capital de una fundación privada en esos territorios es inembargable por ley. Solo si contrajese deudas se le podría meter mano. Sin embargo, como no pueden dedicarse a actividades comerciales y no tienen ni socios ni accionistas, es difícil que adquieran deudas. En los años previos a su desaparición, Manzanares se dedicó a acumular propiedades, dinero en efectivo y bienes, como esas obras de arte, que luego donaba a su propia fundación en la isla de Jersey.

—¿Y cómo no lo descubrieron cuando investigaron sus cuentas? —preguntó Julio.

—Muy sencillo: el dinero en efectivo procede de las sumas que arañó de la contabilidad de sus propias empresas, de comisiones ilegales cobradas en metálico y de otros chanchullos que desconocemos. Dinero no declarado, en suma. Por lo que pudimos deducir de los archivos que Daniel logró copiar, eso constituyó el capital inicial de la fundación. A partir de ahí, el resto, las propiedades, las obras de arte, fue obtenido a través de la misma fundación o mediante alguno de los testaferros, como Nájera, casi siempre en el extranjero.

—Pero… ¿de qué le servía a Manzanares acumular obras de arte o propiedades si no podía darles salida en el mercado? —se extrañó Julio—. ¿No dice que una fundación no puede dedicarse a actividades comerciales?

—Eso es lo divertido, teniente. Puede hacerlo si sirve a sus propios fines. Lo que no puede es poner un negocio de obras de arte o de compra-venta inmobiliaria. Vender un cuadro o una casa, en cambio, es perfectamente lícito si se realiza de forma eventual. Teniendo en cuenta el valor aproximado de algunas de las piezas que aparecían en el inventario que Daniel copió, con que vendiera una o dos por año tenía para vivir como el sah de Persia en su época dorada. Sin olvidar que en el mercado negro podía hacerlo siempre que quisiera, aunque el beneficio fuera menor.

—¿Por eso necesitaba Manzanares falsificar su identidad? ¿Para crear la fundación sin despertar sospechas?

—No para crearla, sino para beneficiarse de ella —aclaró Aldo —. Manzanares es el fundador… material, digamos. Orion Dauber, el receptor de los beneficios. De todos modos, creo que su afán por cambiar de identidad se debía a otros motivos. Manzanares quería tener una vida plena sin necesidad de esconderse. Porque, en realidad, tanto el fundador como el beneficiario se mantienen en el más completo anonimato.

—¿Cómo? —preguntó Linares.

—Muy sencillo: utilizando un fundador y un consejo fundacional nominales.

—¿Sencillo? —dijo Linares—. Pues seré muy torpe, porque no lo entiendo…

—Quiero decir que Manzanares pagaba un sueldo a unos tipos para que figurasen en un registro de sociedades como administradores de la fundación. Gracias a la información que robó Daniel, sabemos que uno de ellos es el marchante de arte británico.

—Entonces, la fundación no es del todo anónima —dijo Julio—, figura en algún sitio…

—Figura, sí. Pero con trampa. En realidad, el único requisito que se les exige es que inscriban lo que llaman su «acta fundacional» en un registro público, donde aparecen los datos más relevantes de la fundación: propósitos, identificación de los miembros (de los miembros nominales, claro)… y algún otro dato que no recuerdo ahora.

—Si Manzanares pagaba a un tipo para que figurase como fundador, ¿no corría el riesgo de perder el control de su dinero? —preguntó Marcos.

—Isobel —sonrió Aldo—, esto de las fundaciones es la octava maravilla, tiene soluciones para todo gracias a un montón de documentos privados de los que no tienen que dar cuenta a nadie, como uno llamado «poder general de administración», suscrito entre el Consejo, el fundador nominal y el fundador real, que pasa a convertirse entonces en administrador general, manteniendo el control total sobre los bienes y el anonimato. La privacidad es la base de estas fundaciones. Y lo mejor de todo: es tan legal que hasta pueden abrir sus propias cuentas bancarias. Siempre y cuando se establezcan en paraísos fiscales, claro.

—Pues, si el fundador auténtico es Manzanares, el administrador es Manzanares y el beneficiario es Manzanares, ¿qué pintan el fundador nominal y el Consejo? —preguntó Isobel.

—Nada —contestó Aldo—. Solo reciben un sueldo por figurar como sujetos físicos en ciertos documentos. Por eso son «nominales». En realidad, ni administran ni realizan ninguna otra labor. En el caso del marchante de arte, suponemos que tiene una vinculación más estrecha con la fundación, pero de momento desconocemos cuál puede ser.

—Y ahora que Manzanares está muerto ¿qué pasa?

—Esa es una buena pregunta, teniente —dijo Aldo—. Pero no tengo una buena respuesta. Habría que consultar el acta fundacional para saber qué dispuso en ella a ese respecto. Normalmente, el beneficiario lo es hasta el momento de su propia defunción, si así lo dispone el fundador. Pero, en este caso, ambos son la misma persona física, así que habría que saber qué cláusulas especiales dispuso Manzanares para un caso así, si es que dispuso alguna.

—Otra duda —añadió Isobel—. Manzanares se hace nombrar ¿cómo dijiste?

—¿Administrador general?

—Eso, para así mantener el control. Pero ¿no se arriesga a ser descubierto al utilizar su propia identidad? Porque supongo que el beneficiario no puede ser también el administrador general —sugirió.

—No, a no ser que sea también el fundador. De todos modos, Manzanares corría un riesgo mínimo, porque por un lado su identidad quedaba protegida por los mecanismos internos de la fundación, que no está obligada a facilitar esos datos. Por otro, es probable que sus empleados allí no le hayan visto jamás ni sepan que Orion Dauber es…, era, también, Manzanares. Los trámites suelen realizarse sin la presencia física de todas las partes que suscriben esos documentos privados. Es como cuando a ti te contrata una multinacional: no sabes quién es el presidente, seguramente no lo verás nunca, y mientras cobres a final de mes, tampoco te importa.

—Y por desgracia la isla de Jersey se rige por unos estatutos especiales dentro del Reino Unido —añadió Domingo—. Los acuerdos de extradición que tenemos suscritos con el país vecino excluyen ese territorio. Supongo que el único riesgo que corría era que descubrieran que no existía ningún Orion Dauber. Pero, en ese caso, sería procesado únicamente por el delito de suplantación de identidad, porque por fraude difícilmente iban a juzgarlo.

—Solo que él no suplantó una identidad: la creó de la nada —señaló Julio.

—Lo que nos lleva a Daniel de nuevo —dijo Aldo—. Y al móvil del homicidio. Daniel descubrió los planes de Manzanares, tal vez por casualidad. Creo que buscaba otra cosa cuando se coló en su ordenador y logró desencriptar esos archivos.

—¿Qué cosa? —preguntó Domingo.

—Bueno… Raúl, el chico con el que planeaba fugarse, me dijo que Daniel había descubierto pornografía infantil en el ordenador de su padre. Sin embargo, no tenemos pruebas de que sea cierto. No había nada así en las carpetas que copió. En mi opinión, es muy posible que le ocultase a Raúl lo que en realidad estaba buscando: sus orígenes. Raúl solo sabía que Daniel pensaba extorsionar a Manzanares con una información muy comprometedora, y supuso que se refería al tema de la pornografía infantil. Ahora bien: lo que me hace pensar que Daniel descubrió su verdadero parentesco con Silvia es que usó la excusa de la pornografía infantil. Silvia fue madre con dieciséis años recién cumplidos. Y, por otro lado, ahora sabemos que poco antes de su desaparición se puso en contacto con ella, tras quince años de silencio…

—Suponemos que se puso en contacto —matizó Julio. Aldo lo miró, ceñudo—. No me mire así. Ella solo ha reconocido que le envió la revista.

—El tiempo me dará la razón —sentenció el inspector—. Sea como sea, solo Silvia puede sacarnos de dudas. Y ya que hablamos de ella…

—Aguarda, Monteiro. Terminemos primero con el chico —le pidió Domingo—. Decías que Daniel descubrió esos archivos por casualidad…

—Sí. Se apropió del alter ego creado por Manzanares y lo usó como seudónimo para firmar en la revista del instituto, quizás con la intención de provocar a su padre. Orion Dauber sonaba de lo más literario, además: un anagrama formado a partir del nombre de Rubén Darío…

—Que a nosotros nos trajo de cabeza —le recordó Julio.

—No hurgue en la herida, teniente —sonrió Linares.

—Y así, el suplantador fue suplantado —concluyó el inspector.

—Pero es tan extraño viniendo de Manzanares —comentó Isobel—. ¿Seguro que no sucedió a la inversa? Quizás fue Manzanares quien le robó el seudónimo a Daniel. Parece demasiado romántico para ocurrírsele a ese capullo.

—Comportamiento infantil, no romántico —la corrigió Linares—, que concuerda con su personalidad obsesivo-compulsiva y sus delirios de grandeza. Creo que el episodio del paraguas dice bastante de su capacidad imaginativa.

—¿Continúo con mi exposición? —carraspeó Aldo.

Domingo bostezó.

—Adelante.

—Yo lo veo así: Daniel tiene una doble revelación. Por un lado, descubre que Águeda no es su madre biológica. Por otro, da con los planes de su padre para cambiar de identidad y largarse a la isla de Jersey, más todo el tinglado de la fundación. Daniel está harto, ahora con más motivos. Además, está enamorado de otro chico: Raúl. No sabemos qué importancia pudo tener ese hecho en los acontecimientos posteriores, Manzanares era profundamente homófobo. Lo que sí sabemos, por las declaraciones de Raúl y los indicios que tenemos, es que Daniel pensaba extorsionar a su padre para que le financiara su propia huida. Tiene dieciséis años, está a punto de terminar la enseñanza obligatoria. Puede establecerse en otro sitio o salir del país… con un poco de ayuda. Ahí entra en escena Silvia. Creo que Daniel planeaba hacerle una visita, no sé bien con qué intención. Quizás quisiera pasar una temporada con

ella, quizás pedirle explicaciones. O, simplemente, extorsionarla. Debía de sentir una rabia devastadora hacia toda su familia en aquel momento.

—Y entonces —se impacientó Domingo.

—Entonces llegó el día del cumpleaños de Manzanares. No sé por qué eligió esa fecha. Según Raúl, no estaba previsto que se escaparan ese día. Algo sucedió para que cambiara de planes e hiciera el equipaje a toda prisa. Tal vez discutiera con Águeda. Quizás le dijo lo que había averiguado sobre Silvia. Puede que Águeda perdiera los nervios, que le diera un bofetón y que Daniel se defendiera, de ahí los cabellos transferidos al cadáver. Pero dudo que ella cometiera el crimen. Las chicas del servicio la vieron salir de casa a eso de las cinco y media, y tenemos una multa de tráfico que le pusieron en la ciudad tres horas y media después. Sabemos a qué hora regresó por las declaraciones de varios testigos, servicio incluido. Daniel estaba vivo cuando ella se fue. Y cuando regresó ya había desaparecido. Creo que en ese lapso Daniel amenazó a Manzanares con hacer público lo que sabía si no colaboraba. No había señales de lucha en el cadáver, solo las lesiones provocadas por la caída. En mi opinión, Manzanares también perdió los nervios esa noche, pero fue más lejos que Águeda. En lugar de darle un bofetón a su hijo, lo alcanzó al pie de la escalinata y lo empujó, deliberadamente. Luego llamó a Flores para que le ayudase a esconder el cadáver en el cementerio, esa misma noche. Ya sabemos lo que obtuvo Flores a cambio…

—Un pasaje al infierno —murmuró Linares.

—En tercera clase. —Aldo le guiñó un ojo—. Porque a los asientos de primera se accede por el Botánico.

—Te refieres a ella, ¿no? —dijo Isobel.

—Ajá —asintió Aldo, los ojos brillantes—. Parece que al fin tenemos algo. Una compañera del colegio recordó que Silvia solía llevar un broche en el abrigo. Un broche largo y afilado. Un alfiler de sombrero, en realidad. Objeto que concuerda con el que utilizaron para matar a Manzanares. La maestra dice que Silvia dejó de usarlo en torno a la fecha de la excursión al Botánico.

—¿No puedes ser más preciso? —preguntó Domingo.

—De momento, no. Pero creo que ya tenemos motivos suficientes para citar a Silvia como imputada. Y creo que sería conveniente volver a registrar su piso.

—¿Otro registro? —exclamó Isobel—. ¿Por qué?

—Por si pasaste algo por alto —contestó el inspector—. Sin querer, claro —añadió.

—Disculpa, pero no pasamos nada por alto. Si lo que buscas es ese alfiler, te aseguro que allí no está. Y no creo que Silvia sea tan estúpida como para conservarlo.

—Eso mismo pienso yo —la respaldó Julio.

—Bien. Aplacemos el registro —dijo Aldo. Luego se volvió hacia Domingo—. Pero, entonces, haz que declare mañana.

—Eso tiene que decidirlo Almeida, él instruye el caso —contestó Domingo.

—Pero Tena puede meterle prisa —insistió el inspector.

—Por mucha prisa que le meta, mañana no podrá ser, te lo aseguro —contestó el secretario, molesto—. Hombre, mira la hora que es y Tena aún no ha dado señales de vida… Estamos desbordados de trabajo, Aldo. Claro que eso a ti te da igual. Como te den cancha, te subes a la chepa de quien sea con tal de conseguir lo que quieres.

—Está bien. Pero no podemos dejar que se nos escape. Detengámosla, entonces.

—¿Detenerla? —protestó Julio—. ¿Con qué excusa?

—Homicidio, ocultación de pruebas, falsedad testimonial, peligro de fuga. Si se ha puesto en contacto con sus compañeros de trabajo, ya sabe lo que hemos descubierto. Insisto: es muy probable que sienta deseos de echar el vuelo. Podemos retenerla al menos cuarenta y ocho horas. Puede que entre tanto nos diga qué hizo con el condenado alfiler.

Un silencio incómodo se apoderó de la habitación. Nadie miraba a nadie. Julio se sirvió otro vaso de agua con la esperanza de burlar las ganas de fumar. Isobel conectó su móvil y consultó la hora: pasaban de las diez, vio con cierta desesperación. Aldo tosió, irritado con la actitud de todos ellos.

—¿Y bien? ¿Soy el único que piensa que esa mujer está implicada en un crimen? ¿De verdad todos la encontráis tan lastimosa, tan incapaz, tan… inimputable? Porque, si es así, flaco favor le hacéis. Ni es una niña ni una discapacitada mental. Es una mujer adulta responsable de sus actos. De todos sus actos —recalcó.

—De acuerdo —accedió Domingo—, solicitaré a la Judicial que curse una orden de detención. Y pediré un registro domiciliario. Así podemos alegar que la retenemos mientras se efectúa la otra diligencia…

—Añade riesgo de fuga —dijo Aldo.

—Lo que mandes —contestó Domingo—. Pero te lo advierto: tienes cuarenta y ocho horas. No vamos a incurrir en una detención ilegal. Si no consigues nada…

—Confesará —sonrió el inspector.
—Eso, Monteiro, solo te consuela a ti —respondió Domingo.
Los demás asintieron, con vehemencia.

Miércoles, 20 de diciembre

LXXXVIII

Silvia había conseguido una cita en un bufete de abogados —Maroto y Asociados— con un tal Esteban Trujillo. Salió temprano de casa, por temor a no encontrar aparcamiento, pero a las nueve y media ya estaba allí. Dejó el coche en una calle aledaña y se dirigió sin prisas hacia el bufete, mirando los escaparates de los comercios —una floristería, una juguetería, una boutique de señoras—. Se detuvo ante una tienda de telefonía móvil. Pensó que no le vendría mal un número nuevo, uno que no conociera nadie. Entró, compró un modelo en oferta y una tarjeta prepago.

A las diez y media se presentó en el bufete. Diez minutos más tarde ya estaba sentada ante el abogado, tratando de exponerle la situación de la manera más precisa posible al tiempo que soslayaba un único detalle: la verdad. Esteban Trujillo —joven, serio pero cordial— la escuchó sin meterle prisas. Tras contarle su último encontronazo con Monteiro en la oficina del forense, se quedó callado. Dejó la estilográfica con gesto pulcro sobre el escritorio y tecleó algo en el ordenador. Silvia cruzó las manos sobre el regazo, tensa. Por un instante le pareció que no estaba en el despacho de un abogado, sino en la consulta de un médico. Aguardó el diagnóstico con la esperanza de no padecer una enfermedad mortal. Esteban dejó de teclear y la miró a los ojos.

—Si quiere que le sea sincero —le dijo—, no entiendo nada. Me refiero a la actitud de ese inspector…

—Monteiro.

—Monteiro, sí. Esa forma de presionarla, de verter acusaciones contra usted en presencia de un funcionario de la Fiscalía, además. Es inaudito. Debió recurrir a un abogado desde la primera vez que la entrevistaron. O mejor dicho, que la interrogaron de manera solapada. ¿Y dice que se sometió a un test de paternidad?

—Sí. Para identificar el cadáver.

—Creo que debió negarse.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos si pueden utilizar esa prueba con intención de incriminarla. Aunque, puestos en lo peor, podríamos alegar un vicio de forma y quizás nos beneficie.

—¿Cómo? —preguntó ella, desorientada.

—Verá: desde el instante en que se le atribuye a alguien un acto

punible y se inicia una investigación por la vía penal, se abren diligencias y el juez que instruye el caso debe dictar un auto de inculpación para que los derechos del sospechoso no se vulneren. Pero a usted no le han notificado tal cosa…

—No.

—Bien —sonrió—. Hasta ahora ha tenido que prestar declaración en dos ocasiones, ¿no es así?

—Sí. En Ribera de la Calzada y aquí.

—En el primer caso declaró para dar testimonio como víctima en un proceso por detención ilegal y secuestro. En el segundo, como testigo en el marco de la investigación abierta para esclarecer el homicidio de su padre, que intentan conectar con la otra causa, por lo que entiendo, dada la implicación en ambos delitos de una misma organización criminal, ¿no es así?

—Eso creo, sí…

—De manera que hasta la fecha no ha declarado en calidad de imputada. Si hay una investigación abierta contra usted, deberían informarle de su situación, para poder ejercer su derecho a defenderse. Y a no declarar, y menos sin la presencia de un abogado. Le recomiendo que, de aquí en adelante, si no le muestran un requerimiento judicial, no se someta a más pruebas periciales. Si intentan interrogarla, exija asistencia legal de inmediato. No voy a engañarla, Silvia: creo que está en una posición muy delicada ahora mismo, así que evite colaborar con la policía hasta que sepamos qué quieren de usted.

—¿Y qué pasa con lo otro?

—No la entiendo…

—Lo de acudir al hospital para hablar con la mujer que me secuestró.

—No pueden forzarla a hacerlo.

—Lo sé. Pero ¿y si es verdad que así puedo evitar que me acusen de…?

—¿Qué fue lo que le dijo el agente que la llamó? —le interrumpió él.

—Que si colaboraba podían llegar a un acuerdo con el juez para olvidar lo de las amenazas.

—Le están vendiendo humo, Silvia. No pueden ofrecerle un acuerdo cuando ni siquiera la han imputado, ¿comprende? Además, usted no incurrió en un delito de amenazas. En todo caso, en una falta, que solo es perseguible si los afectados interponen una denuncia. Cosa que, al parecer, no ha sucedido.

—Pero ¿y las coacciones? ¿Y la omisión de socorro?

—Lo de la omisión del deber de socorro es muy discutible. En el momento de los hechos usted no estaba ni psicológica ni físicamente en posición de prestar ayuda a esa mujer. Y yo diría que es ese guardia civil el que intenta coaccionarla. De todos modos, le repito que no pueden ofrecerle un acuerdo cuando el juez, que sepamos, ni siquiera ha formalizado una imputación. Así que no debe preocuparse.

—¿Está seguro? —murmuró Silvia.

El abogado forzó una sonrisa y la miró con la misma expresión de paciencia infinita que adoptaba ella cuando tenía que explicarle por cuarta vez consecutiva la misma cosa a un niño y empezaba a dudar de sus habilidades. O de las del niño. Se preguntó si quizás no era demasiado joven, demasiado inexperto. Él pareció intuir lo que pensaba.

—Le diré lo que haremos —dijo—: vamos a redactar un escrito de personación.

—¿Un escrito de…?

—Un documento en el que usted me designa como su abogado —le explicó—, así podré consultar el contenido de las diligencias previas, si las hay, y averiguar cuál es su situación en estos momentos. A no ser que el juez de instrucción haya declarado el secreto de sumario sobre la causa, claro. En ese caso, no podré tener acceso a las diligencias.

—Y mientras ¿qué hago?

—Nada, al menos hasta que yo pueda recabar más información.

—Entonces, no debo ir a Ribera de la Calzada…

—Es decisión suya, Silvia. Yo no se lo aconsejo. Pero haga lo que haga, procure mantener las distancias con el inspector Monteiro. Si continúa acosándola, creo que deberíamos formalizar una denuncia. Una cosa más: antes mencionó que había recibido una llamada de una compañía de seguros.

—Sí, ayer.

—¿Qué compañía?

—Azur, creo que me dijeron. Azur Seguros. La oficina está en la calle Marqués de Grijalbo.

—Ajá. —El abogado lo apuntó—. Y el motivo…

—Algo relativo a una póliza de vida. Pero yo no he contratado ninguna póliza de ese tipo. Que yo sepa, el único seguro que tengo es el de la mutua de funcionarios.

—¿No le dieron más explicaciones?

—No, querían verme en persona. Me citaron hoy… —Silvia miró el reloj—. A las doce, ya llego tarde. ¿Cree que debo ir?

—Si me lo permite, contactaré en su nombre con ellos, a ver si me explican de qué va esa historia. ¿Le parece?

Silvia asintió.

—¿Hay algo más que deba saber? O que quiera consultarme…

—De momento —dudó ella— no se me ocurre nada, no. ¿Cuánto le debo?

El abogado se echó a reír.

—No se preocupe —contestó—. Le informaremos de la provisión de fondos cuando sepa algo más. Ahora solo necesito que me firme el escrito de personamiento. Mi secretaria le explicará el resto de los trámites. Aquí tiene el teléfono del bufete y un número para emergencias. Puede llamar a cualquier hora y pedir que me localicen. Atiendo por las tardes, excepto los lunes y los miércoles. Por las mañanas estoy en los juzgados, pero siempre hay alguien disponible. Por curiosidad, ¿viene recomendada?

—No.

—¿Cómo contactó con nosotros?

—Pues… Si le digo la verdad, por la guía telefónica. Fue el único que podía verme hoy.

—El destino. —Esteban le tendió la mano.

Abandonó el bufete de abogados algo aturdida. De camino al coche pasó de nuevo frente al escaparate de la juguetería. Se fijó en un peluche informe con un parche en el ojo. Le hizo gracia. Pensó en Yeimer. También en Ana… Y en Rodrigo. Eran las doce y cuarto. Si no había demasiado tráfico en la autopista, podía estar en Ribera de la Calzada sobre las tres y media. Estás loca, se dijo.

Silvia entró en la juguetería y compró el peluche.

LXXXIX

El dispositivo liderado por Julio se encontraba a escasos metros de la casa del doctor Beltrán Nájera. Los tres vehículos —un todoterreno, una furgoneta y un coche celular— permanecían detenidos en fila india frente a la única vía de acceso al chalet, al otro lado de la colina sobre la que se alzaba la universidad. Aguardaban una orden del teniente. Julio salió del todoterreno para estirar las piernas. Se quitó los guantes y buscó la cajetilla de tabaco en el bolsillo del anorak. Prendió un cigarrillo, tiritando. El conductor abrió la ventanilla.

—Teniente, ya son las nueve y media.

—Gracias, cabo. —Julio exhaló una bocanada de humo. Echó un vistazo ladera abajo. Marazul de la Encina. En aquel momento, sí, todo parecía de un azul roto en las antiguas dehesas despobladas de encinas. Julio dio una última calada y pisoteó la colilla antes de

montarse en el Patrol GR.

—La sirena, cabo —ordenó. Alcanzó el transmisor de radio y dio instrucciones a las otras dos unidades.

Nájera, en bata y zapatillas, abrió la puerta, aturdido.

—¿Qué demonios…? —exclamó al ver al teniente rodeado de hombres uniformados.

—Buenos días. Soy el teniente Mataró, ¿me recuerda? —Julio le mostró su identificación.

—¿Qué…, qué quieren? —balbuceó el médico—. ¿Qué es todo este tinglado?

—Tenga. —Julio le tendió la orden de detención—. Puede leerla mientras le explico sus derechos.

Nájera cogió la diligencia. Le echó un vistazo y se la arrojó a la cara. Trató de cerrar la puerta, pero Julio coló el pie entre el batiente y el marco para impedírselo. El cabo le ayudó.

—¡Esto es una violación de la intimidad, no pueden allanar mi casa! —gritó Nájera desde el otro lado.

—Sí que podemos, doctor —contestó el teniente—. Por favor. —Julio se volvió y extendió la mano hacia el secretario judicial, que le alcanzó una segunda diligencia—. ¿Ve? También traigo una orden de registro. Será mejor que nos abra y no oponga resistencia…

—¡No pueden detenerme! —Nájera soltó el batiente y echó a correr. Julio abrió de un empujón. El cabo y otro de los guardias se precipitaron dentro de la casa en pos del doctor. Lo atraparon al pie de las escaleras. Entre los dos lo arrastraron hasta el salón. Nájera, despeinado, sin afeitar, miró a Julio con ojos desorbitados. En bata no resultaba tan elegante ni tenía tan buena presencia como recordaba el teniente. Parecía senil, frágil. Una caricatura de sí mismo. Julio se acercó a él, apaciguador. No quería ocasionarle más sufrimientos de los estrictamente necesarios. Estaba a punto de ordenar que lo soltaran cuando el médico, con una agilidad pasmosa, echó el cuerpo hacia delante y le escupió.

—¡Subnormal! —gritó—. ¡Maricón!

—¡Será hijo de puta! —El cabo le retorció el brazo. Nájera se puso a chillar como si lo estuvieran degollando vivo. Julio se limpió la cara.

—Suéltalo.

—Pero…

—Soltadlo. —Lo liberaron, a regañadientes. Julio desenganchó las esposas del cinturón y se acercó a Nájera.

—Extienda las manos —dijo. El médico no se movió—. ¡Extiéndalas! —gritó Julio. Nájera obedeció, despacio. Julio lo esposó. Lo agarró de un brazo, lo arrastró hasta un sofá y le obligó a sentarse.

—Escuche, doctor —le dijo—, no creo que le convenga esta actitud. Mantenga la calma. ¿Va a colaborar con nosotros?

—Quiero llamar a mi abogado —berreó—. Esto es tortura policial.

—Tendrá morro —rezongó el cabo.

Julio comenzaba a sentirse mejor.

—No puede llamar a su abogado —le explicó.

—¡Sé mis derechos! ¡Quiero llamar a mi abogado! ¡Quiero que me suelte, mamarracho de mierda! —Nájera volvió a perder los estribos. Las venas del cuello le latían ostensiblemente—. ¡Suélteme, no puede esposarme! ¡Conozco la ley, conozco mis derechos!

—Usted no tiene derechos ahora mismo. —Julio puso cuidado en recalcar cada palabra.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Nájera—. Usted no puede… No tengo antecedentes penales, no he cometido ningún crimen.

—Abreviando, señor Nájera: le informo de que ha sido imputado por los delitos de apropiación indebida, blanqueo y evasión de capitales, receptación, falsedad documental, delitos societarios, así como por un delito de encubrimiento y otro de colaboración con banda organizada, por lo que en virtud del artículo 509.1 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal queda usted detenido.

—¡Hijo de puta, maricón de mierda! —rugió.

—¡Cállate, que todavía recibes tú! —le gritó el cabo.

—Cabo —dijo Julio—, déjelo. Creo que quiere añadir algún delito más a la lista. ¿Qué le parece obstrucción a la justicia, resistencia a la autoridad y delitos contra el honor, señor Nájera?

—¡Tu puta madre, ¿me oyes?! ¡La puta madre de todos vosotros! —chilló el médico.

—Este tío nos está buscando las cosquillas —dijo el otro guardia.

—Este tío va puesto de cocaína hasta las cejas, me parece a mí. —El cabo se acercó a la mesa del comedor.

Junto a un espejito con dos rayas ya preparadas y un esnifador de plata había una bolsita abierta. El cabo metió el índice y se lo llevó a la lengua.

—Coca, sí. Y bastante pura.

—¡Cómo se pone, abuelo! —se mofó el otro—. ¡Tan de mañana y ya colocado!

—Cabrón… —musitó Nájera, trémulo.

—Yo creo que hay unos doce o trece gramos —dijo el cabo.

—Suma y sigue —sonrió Julio—. Padilla, avisa al resto del equipo y que empiecen a sacar fotos de todo. Doctor Nájera —continuó—, ¿quiere colaborar o lo enviamos ya a su celda?

—No sabes con quién estás hablando, niñato —dijo el médico entre dientes—. Tienes los días contados. Cuando tus jefes se enteren…

—Creo que no entiende nada, doctor. Los buenos tiempos se acabaron.

Nájera se echó reír.

—Eso te crees tú, rubito.

—Bien, será un placer que me demuestre lo contrario.

El resto del equipo de Criminalística entró en la casa, guiado por el cabo. Cinco agentes en total: un inspector, un especialista en fotografía y delineación, un técnico en dactiloscopia, un brigada y el secretario judicial encargado de la cadena de custodia.

—¿Podemos iniciar la diligencia? —preguntó el secretario. Julio asintió.

—Doctor —dijo—, vamos a proceder al registro de la vivienda. Si hay alguna puerta cerrada con llave, le agradecería que nos la facilitara ahora. Si no, tendremos que forzar las cerraduras.

—No voy a darles nada —gruñó—. No voy a hablar. Quiero a mi abogado. Quiero hacer una llamada a mi mujer.

—Su exmujer —le corrigió Julio.

—Váyase al cuerno —siseó él.

—Está detenido en régimen de incomunicación. No puede hacer llamadas de ningún tipo. No puede solicitar un abogado, se le asignará uno de oficio.

—¡¿Qué coño se cree que soy, un puto terrorista?! —chilló—. ¿Quiere dinero? ¿Es eso?

—Abuelo, que se mete en problemas usted solito —se burló el guardia.

—Llévenselo —ordenó Julio—. Y que lo vea un médico antes de que lo metan en el calabozo.

—¡No! —gritó cuando los guardias lo levantaron del sofá—. ¡No puedo salir así!

—¿Qué dice, teniente? ¿Le dejamos que se vista o…?

—Échenle eso por encima. —Julio señaló una manta de angora que colgaba del respaldo del sofá. Ya no se sentía proclive a mostrar la más mínima compasión por aquel hombre.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó el médico—. ¡Maldito maricón!

Julio se abalanzó sobre él y lo agarró por el cuello.

—Vuelva a mencionar esa palabra y le juro que…

—Teniente, no —le detuvo el secretario judicial—. Es justo lo que está buscando.

Julio lo soltó, abochornado.

—Llévenselo —ordenó con voz hueca.

Escoltado por los dos guardias y por el inspector de la Brigada Central de Policía Judicial de la Guardia Civil, Nájera abandonó la casa. El médico se resistió hasta el mismo instante en que lo introdujeron en el vehículo. Julio lo presenció todo desde la puerta, resentido consigo mismo por haber perdido los estribos. Le parecía increíble que aquel viejo soez, insolente y desquiciado fuera la misma persona a la que había entrevistado en la universidad. Tuvo ganas de llamar a Monteiro, pero se contuvo. El Peugeot 307 reculó y se perdió camino abajo. En el sótano, el registro ya había dado comienzo.

—Qué cabrito el abuelo —comentó el guardia que había quedado de apoyo. Julio asintió, serio. Sacó la cajetilla de tabaco, cogió un cigarrillo y le ofreció otro.

—Gracias, teniente. ¿Podemos fumar aquí?

—Por qué no. —Julio le acercó el mechero. Lo observó con disimulo. No recordaba haberlo visto antes—. Disculpe, no recuerdo su nombre.

—Torres, mi teniente. Daniel Torres.

—Daniel…

Julio calló, pensativo. Seguro que Aldo no habría perdido los nervios con Nájera. Seguro que le hubiera callado la boca sin tocarle una sola hebra del batín con alguno de sus comentarios mordaces. O martirizándolo con el santoral, nunca mejor dicho. Julio resopló, irritado. Estaba a punto de hacerle alguna pregunta anodina al guardia, por cortesía, cuando oyeron un grito dentro de la casa.

—¿Qué pasa ahí? —Torres lanzó la colilla con destreza por encima de la barandilla del porche. Julio tiró la suya al suelo.

—¿Padilla? —exclamó al entrar.

—¡Teniente! —gritó el cabo desde el piso superior—. ¡Será mejor que venga…, en el dormitorio de Nájera!

Julio y el guardia subieron las escaleras a la carrera. Ya en el dormitorio, vieron que el cabo había desenfundado el arma. La mantenía en alto y apuntaba hacia un armario empotrado que, presumiblemente, acababa de abrir.

—¿Qué hace?… —Julio se aproximó al armario, cauto, la mano en la cartuchera. Torres lo siguió—. Pero ¿qué…?

—¡Coño!… —exclamó el guardia.

Entre las camisas impecablemente planchadas, los trajes protegidos en fundas de plástico y las americanas del doctor, un chico negro intentaba cubrir su desnudez con ambas manos. Los miró con cara de espanto. Parecía muy joven.

—Guarda el arma, Padilla. —El cabo obedeció.

—Joder —masculló el otro agente—. Qué pervertido, el viejo.

—Salga del arma… Salga de ahí, por favor. —Julio se acercó al chico, muy despacio—. ¿Habla español? ¿Entiende lo que le digo? —Él asintió, demudado. Al salir alzó las manos, aunque nadie se lo había pedido.

—Torres, busque algo para que se cubra —ordenó el teniente—. Puede bajar las manos —le dijo al chico. El guardia se acercó con una manta y se la echó por encima.

—Ay, mi Dios… Yo no hice nada, señor —musitó el joven, con los ojos llenos de lágrimas.

—El armario estaba cerrado por fuera con llave —explicó el cabo—. Subí para echar un vistazo y oí un ruido dentro. Abrí y ahí estaba, entre las chaquetas de ese cabrón. Me dio un susto de muerte…

—Y tú a él —dijo Julio. El chico parecía a punto de caerse al suelo—. Siéntese, por favor. —Julio le señaló la cama, grande y revuelta. El joven obedeció, tembloroso. Empezó a sollozar.

—Yo no hice nada, señor, se lo juro…

—Teniente, mire. —Torres se acercó a la mesilla de noche. Sobre un billete de cincuenta euros doblado a la mitad había un frasquito—. Popper, cincuenta pavos… El negrito es chapero. ¿Solo cobras eso, moreno? —le preguntó.

—Cállese, por favor. —Julio tomó nota mentalmente para no volver a trabajar con aquel guardia, si podía evitarlo—. Vaya abajo, avise a Rivas…

—¿Rivas? —preguntó.

—El brigada —le explicó Julio—. Dígale que venga. Usted quédese montando guardia fuera de la casa.

—Sí, señor —contestó, marcial.

El chico se cubrió la cara con las manos y dijo algo entre dientes. Julio se agachó junto a él, con intención de calmarlo. Sintió un olor desagradable. Vio un surco húmedo que descendía por su pierna. Miró al cabo por encima del hombro, interrogante.

—Se meó cuando vio el arma.

—Busca su ropa, a ver si encuentras alguna documentación —le pidió. En ese momento, el brigada y el secretario judicial asomaron

por allí.

—Teniente, ¿qué es todo eso de…? —dijo el brigada—. Vaya…

—¿Dónde estaba? —preguntó el secretario.

—Encerrado en el armario —contestó el cabo.

—¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

—Eso intento averiguar —dijo Julio—. Señores, somos demasiados en esta habitación…

El brigada asintió.

—¿Qué hacemos?

—Usted intente localizar a un forense, a ver si puede venir a examinarlo. Y dígale a Torres…

—¿Quién es Torres?

—El agente. Dígale que, si es necesario, vaya él a recogerlo. Si no, que se quede abajo y vigile el acceso a la casa. El cabo y yo nos encargamos. ¿Cómo va por el sótano?

—Hasta los topes de trastos, pero no parece que haya nada interesante…

El chico gimió.

—Bueno, voy a llamar. —Rivas salió de la habitación. El secretario judicial lo siguió.

El cabo se acercó al muchacho.

—Chico, ¿dónde dejaste la ropa? —le preguntó. Él lo miró, con cara de pánico—. ¡Chico, contesta, que no vamos a comerte!

—Padilla, basta. Busca en las demás habitaciones…

—¿Seguro que hablas español, chaval?

—Cabo, le digo que busque en las otras habitaciones —le ordenó Julio, con acritud. Padilla se dio la vuelta, molesto. Cuando se quedaron a solas, Julio volvió a agacharse junto al chico.

—Tranquilo —le dijo—. Estamos aquí para ayudarte, no te asustes. ¿Cómo te llamas?

—Vladi —logró articular, entre hipidos.

—¿Vladi?

—Vladimir.

—¿Puedes decirme qué hacías ahí dentro, Vladimir?

—Nada —contestó él.

—¿Te encerró el señor Nájera?

—¿Quién?

—El dueño de esta casa. —Julio fue hacia la cómoda y echó un vistazo a los retratos del médico y de su familia. Vio una foto reciente: Nájera, pescando a orillas de un lago, en un paisaje alpino. La cogió y se la mostró al chico—. Este es el señor Nájera. ¿Lo reconoces?

El chico asintió.
—¿Él te encerró en el armario?
—Sí. Cuando oímos las sirenas me dijo que m'escondiera ahí. Y luego loqueó la puerta. Pero yo no hice nada, se lo juro…
—¿De dónde eres, Vladi?
—De la República Dominicana, señor.
—¿Cuántos años tienes?
—Dieciocho.
El cabo entró de nuevo con las ropas del muchacho hechas un revoltijo bajo del brazo.
—Estaban en el baño. ¿Esto es tuyo, chico? —Padilla dejó la ropa sobre la cama. Vladimir asintió.
—¿Y no traías nada de abrigo?
—Una chamarra —dijo—. Está abajo.
—¿Y tu documentación dónde está? —le interrogó el cabo—. ¿En la chamarra?
Él chico se cubrió la cara con las manos.
—Cabo —le reprendió Julio.
—Solo pregunto. En su ropa no hay nada.
—Vaya abajo a ver si está allí.
En cuanto Padilla salió de la habitación, Julio volvió a intentar sonsacarle alguna información al muchacho.
—Vladi, mírame. —El chico apartó las manos del rostro—. Necesito saber dónde está tu documentación…
—Quiero lavarme —susurró él, con la cabeza gacha.
—Sí, luego vas al baño, te aseas un poco y te vistes —le prometió Julio, sin mencionar que primero quería que lo examinara un forense—. ¿Vladi?
—Sí, señor…
—¿De verdad tienes dieciocho años?
El chico hizo un gesto afirmativo, pero rehuyó su mirada.
—Ya. ¿Tienes permiso de residencia o un documento de identidad español?
Negó con la cabeza.
—¿Tienes pasaporte, entonces? —preguntó. El chico bajó la cabeza y no dijo nada—. ¿Dónde vives? ¿Con quién? Con tu familia, con amigos…
—Con mi hermano mayor —contestó en un susurro.
—¿Y cómo se llama?
—Max… Máximo.
—¿Dónde vivís?
De nuevo guardó silencio.

—Vladi, mira, no tienes que contestarme si no quieres, pero me ayudaría mucho saber si tú… Bueno, si tienes relaciones sexuales con otras personas a cambio de dinero.

El chico se encogió de hombros.

—Puedes decírmelo, no pasa nada.

—A veces.

—Por eso estabas aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cuándo conociste al señor Nájera?

—Anoche.

—¿Dónde? ¿En la calle, en tu casa…?

—En el club —soltó.

—En el club —repitió Julio, con el corazón en un puño—. ¿En qué club?

—El Alpendre de Baco, carretera de la Sierra, Km. 57 —dijo Padilla detrás de él. Traía una tarjetita en una mano y en la otra una cartera—. La encontré en un bolsillo del abrigo de Nájera. Tome, la cartera del chaval.

—¿Estaba en su chamarra? —preguntó. El cabo asintió—. ¿Algún documento?

—Una tarjeta de transporte público. —Padilla miró de reojo al chico—. Se llama Josué Vladimir Parra.

Julio examinó la tarjeta. En la foto parecía aún más joven.

—Me parece que es menor de edad —le susurró al cabo.

—Eso estaba pensando. Chaval, ¿y tu pasaporte dónde cojones está? —exclamó. El chico se echó a llorar—. Joder —se quejó—, ¿qué le pasa?

—Déjalo en paz, Padilla. Lo estás intimidando.

—¿Y qué hacemos?

Julio dio un profundo suspiro.

—Identificarlo. Cuando lo vea el forense, que le tomen las huellas. Podemos contactar con el Consorcio de Transportes, a ver qué documento de identidad les facilitó a ellos para obtener la tarjeta. Dice que es dominicano, tuvo que entrar con visado de turista.

—¿Se lo pasamos a Extranjería?

—Primero que lo examine el forense. Si es menor, podemos acusar a Nájera de explotación infantil. En ese caso, se lo remitimos a la Fiscalía de Menores, que investiguen si es víctima de alguna red de tráfico de personas… Cómo se complica todo —resopló.

—¿Y qué hacemos con el club?

—Eso ya es cosa de la Fiscalía —contestó Julio—. Nosotros no

podemos hacernos cargo ahora de ese tema.

—Nos interesa que declare, teniente.

—Sí —concedió Julio—, pero no podemos forzarlo. Necesita asistencia especializada. Espera aquí con él. Voy a hacer unas llamadas, a ver cómo gestionamos este lío. Pediré que otra unidad levante el atestado. Tú no le hagas más preguntas, deja que se calme un poco.

—¿No será un camello? Tanta coca por aquí…

—No sé, Padilla. Pero no lo presiones, ¿de acuerdo?

—Tranquilo. Menudo regalito nos dejó el viejo hipócrita —comentó—. Y resultará que también es racista…

—No te quepa duda —contestó Julio—. No te quepa la más mínima duda.

XC

Silvia llegó al cuartel de la Guardia Civil de Ribera de la Calzada a las tres y media. Dejó el abrigo y sus cosas en la cinta, pasó bajo el detector de metales y se acercó al mostrador. Preguntó por Rodrigo. Como se temía, el agente no sabía de quién le estaba hablando. Silvia desconocía los apellidos y no recordaba su rango ni en qué unidad trabajaba.

—¿Es por un asunto personal? —le preguntó.

—No. En realidad me pidieron que viniera.

—¿Quién le pidió que viniera? —dijo el guardia, con cara de extrañeza.

—Pues… Rodrigo.

El guardia la miró, fijamente.

—¿Me permite su DNI, por favor? —le pidió.

Silvia abrió el bolso, rebuscó entre sus cosas y se lo tendió.

—Espere un momento —dijo, y desapareció tras una mampara.

Silvia se preguntó de nuevo qué hacía allí, desoyendo los consejos del abogado, la lógica, la prudencia. El estómago le hacía ruido. Desde las ocho de la mañana no había vuelto a probar bocado. La calefacción era asfixiante. Había sudado mucho aquella mañana, tal vez por la tensión. Se alejó unos pasos del mostrador, tentada de salir corriendo. El agente que hacía guardia junto al control no le quitaba ojo de encima. Hasta las cámaras de seguridad parecían puestas en ella. Silvia reculó hasta un lateral del vestíbulo, una especie de sala de espera. Dejó la bolsa de la tienda de juguetes y el abrigo sobre un asiento. Ahora que lo pensaba, el peluche le parecía horrible. No creía que a Yeimer le hiciera gracia…

—¿Hola? —Silvia se volvió.

—Rodrigo…

—¿Qué haces aquí? ¿Y el teniente Mataró?

—¿El teniente? Pues… no sé. He venido sola, no sabía que…

—¿Cómo? ¿No has hablado con él?

—No. ¿Tenía que hacerlo?

—Bueno, sí. Tendrías que haberme llamado, al menos, para que le avisara. Este asunto lo lleva su unidad.

—Lo siento. Esta mañana fui a ver a un abogado y…

—¿Un abogado? —Rodrigo miró alrededor—. ¿Está aquí?

—No. He venido sola. Disculpa. Creo que metí la pata —susurró.

—Tranquila —sonrió él, afable—. No pasa nada. Veré si podemos arreglarlo para que no pierdas el viaje. Intentaré hablar con el teniente Mataró y con los compañeros de la Judicial, a ver si conseguimos que el juez autorice la visita… Espera aquí.

—¿Tardarás mucho?

—No lo sé. Toma. —Rodrigo le devolvió el DNI—. Será mejor que te sientes.

—Rodrigo —dijo ella—. ¿Y si vuelvo en un rato? No he comido nada.

Las tripas le sonaron, como si quisieran mostrarse de acuerdo. Silvia se llevó las manos al estómago, avergonzada. Él se echó a reír.

—A la vuelta de la esquina hay un bar que sirve menús —comentó—. Tal vez estés a tiempo de pillar la cocina abierta. Suele estar lleno de policías, eso sí…

—Mientras me dejen en paz —respondió—. Gracias. Me voy, entonces —susurró, indecisa.

—Espera, ¿quién es tu abogado?

Silvia buscó la tarjeta del bufete y se la pasó.

—Maroto y Asociados —leyó Rodrigo—. ¿Cuál de ellos?

—Ese —le indicó ella—, Esteban Trujillo.

Rodrigo frunció los labios. Le devolvió la tarjeta.

—Come algo y vuelve por aquí —dijo—. ¿Tienes un móvil, por si necesito localizarte?

—Sí. —Silvia se le quedó mirando, como hipnotizada, mientras él sacaba su teléfono del bolsillo.

—Bueno, pues dime el número —dijo.

—No me lo sé. Lo compré esta mañana. —Silvia abrió el bolso. Sacó una caja con el logo de la compañía telefónica y le mostró el número, apuntado en una etiqueta. Rodrigo lo registró en la memoria de su móvil.

—Hazme un favor: sácalo de la caja y conéctalo.

Ella asintió.

—Silvia… Me alegra verte por aquí —se despidió Rodrigo, con su sonrisa ladeada.

XCI

Julio recibió órdenes de interrumpir el registro e iniciar el segundo atestado en lo que llegaba el forense con otra unidad de la Judicial para hacerse cargo del muchacho. Trasladaron a Vladimir a una habitación más pequeña. El teniente dejó al cabo custodiándole y se dirigió al dormitorio principal para continuar redactando el acta de inspección ocular. Además del frasco con nitrito de amilo, los agentes encontraron otra bolsita con sesenta gramos de cocaína, un bote de píldoras azules sin etiqueta, unas esposas de uso policial, una pistola Taser —de descargas eléctricas— y una agenda con anotaciones, aparentemente en clave. Debajo de la cama descubrieron también un teléfono móvil. Uno de los peritos lo recogió y lo introdujo en una bolsa.

—Está apagado —dijo—. ¿Será del muchacho?

—Démelo —le pidió Julio—. Se lo preguntaré.

En la otra habitación, el cabo leía una revista sentado en un sofá. Vladimir permanecía hecho un ovillo sobre la cama, con la manta hasta el cuello y los ojos cerrados.

—¿Duerme? —le susurró Julio a Padilla.

—No. Cuando cree que no me doy cuenta abre los ojos y me observa con ojos de ternero degollado. ¿Verdad que sí, chaval? —dijo en voz alta.

El chico no se inmutó.

—Vladimir. —Julio se acercó a él, sujetando la bolsa con el móvil por un extremo. El chico abrió los ojos—. Vladi, ¿es tuyo este teléfono?

—No, señor —contestó, apocado. Julio sonrió.

—¿Seguro? ¿Y no será de tu hermano?

Vladimir negó con la cabeza.

—Entonces no sabrás el PIN…

—¿Cómo voy a saberlo, señor? —le contestó, con aire ofendido.

—Sí, ¿cómo va a saberlo, teniente? —gruñó el cabo—. El pobrecito no sabe nada.

—Cabo —le reprendió Julio.

El muchacho se cubrió el rostro con las manos. Exhaló un gemido que sonó un poco más afectado de la cuenta.

—¿Ve? —dijo el cabo—. Al chaval le gusta el teatro.

—Déjalo ya, Padilla. —Julio se volvió al chico—. Escucha, Vladimir. Queremos ayudarte, pero para eso tienes que ayudarnos tú también. ¿Cómo podemos localizar a tu hermano?

—No sé —sollozó—. Está por ahí…

—«Está por ahí» —lo imitó el cabo—. ¿Por ahí, dónde? ¿En el espacio exterior? —se burló.

—¡Padilla! —exclamó Julio—. ¿Y no tiene un teléfono al que podamos llamar para que venga a buscarte? —insistió Julio.

Vladimir se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No.

—Vladimir —prosiguió el teniente—. Mira, si eres mayor de edad tendremos que llevarte al juzgado y te abrirán un expediente de expulsión en cuanto te identifiquen…

—Eso si no has cometido algún delito, como venderle droga a Nájera —añadió el cabo—. Porque, en ese caso, puedes ir a la cárcel…

—Yo no le vendí droga a ese viejo —dijo el chico, con cara de desesperación.

—Está bien. Si no se la vendiste, mejor para ti. Pero, aun así, te expulsarán, a no ser que nos muestres tu pasaporte y sepamos que tu visado está en regla o que tienes un permiso de residencia, ¿entiendes?

Vladimir se encogió de hombros. Julio suspiró, contrariado.

—Vladi, antes o después vamos a saber la verdad. La otra posibilidad que tenemos es llevarte a un centro de protección de menores. Ellos se encargarán de averiguar tu edad y, si descubren que aún no has cumplido los dieciocho años, buscarán a tu familia en la República Dominicana y…

—¿Para qué? —preguntó, alarmado—. ¿Me van a largar de vuelta?

—Eso tendría que decidirlo un juez.

—No quiero volver. Y tampoco quiero ir a un centro de menores. Tengo dieciocho años.

—¿Prefieres seguir vendiéndote en un club, chaval? —le increpó el cabo. Él lo miró con aprensión, pero no contestó.

—Vladi —continuó Julio—, lo mejor es que digas la verdad, sea cual sea. Yo creo que eres más joven de lo que dices. A lo mejor un centro de menores no es tan malo como piensas. A lo mejor no estás tanto tiempo en él. A lo mejor no te obligan a volver a Santo Domingo. Pero si eres mayor de edad y estás aquí de forma ilegal…

—Teniente, será mejor que no le dé ideas —musitó el cabo.

Julio asintió, serio.

—En fin, Vladimir. Tú decides —dijo—. Ahora vendrá un médico a verte. Te hará una exploración y luego te llevarán a otro sitio para hacerte algunas pruebas.

—¿Qué pruebas? —Vladimir miró a Julio con ansiedad—. ¿Para qué?

—Pues… para saber tu edad. Te medirán, te pesarán, te harán análisis de sangre, de orina, radiografías, te examinarán la boca —le explicó Julio. Era una verdad a medias, porque el proceso para la determinación de la edad, si finalmente había que recurrir a él, llevaría semanas—. ¿Entiendes?

El muchacho se encogió en la cama y volvió a cubrirse con la manta hasta la cabeza.

—Está bien —se rindió el teniente—. No te molesto más.

—Menudo… —empezó a decir el cabo, pero Julio le hizo un gesto para que se callara.

—Vuelvo para allá, que tengo que consignar el móvil —le dijo.

Ya había salido del dormitorio cuando oyó al chico.

—¡Señor!

—¿Qué? —Julio se asomó por la puerta.

—Si le digo la verdad, ¿no me harán esas pruebas?

—Solo si puedes demostrar tu edad con algún documento identificativo, como tu pasaporte. Si no, tendrán que hacértelas de todos modos.

—Tengo quince años —confesó—. Yo no sé dónde está mi pasaporte, señor. Mi hermano se lo dio a doña Asensia.

—¿Quién es doña Asencia, Vladimir?

—La patrona del club.

—¿Hay más menores en ese club? —preguntó el cabo. El chico lo miró de reojo, pero no respondió.

—Vladimir, contesta —le pidió Julio.

—Yo conozco a dos rumanos que son gemelos. Tienen catorce. Y también hay una rusa que tiene trece. Pero no sé cuántos hay, no nos dejan que hablemos entre nosotros.

—Me cago en… —murmuró el cabo.

—¿Y tu hermano? ¿También trabaja en el club? —le interrogó Julio.

—Max se fue hace una semana y no sé nada de él…

—¿Qué edad tiene?

—Diecinueve. —Vladimir se tapó la cabeza con la manta. Empezó a sollozar. Esta vez sus lágrimas no parecían fingidas.

—Tranquilo, chico —se ablandó el cabo—. Ya verás que aparece.

—Vladimir, ¿seguro que este móvil no es tuyo?

—No —contestó, asomando la cabeza.

Desde la planta baja, les llegó la voz chillona de Torres.

—¡Teniente, ya están aquí!
—Aleluya —suspiró Julio.

Tras extender el atestado, el forense decidió trasladar al chico al Instituto de Medicina Legal para continuar allí el examen. En una primera exploración vio marcas de pinchazos en un brazo y laceraciones en la espalda, como si lo hubieran golpeado con un cinto, aunque las cicatrices no parecían recientes. No le permitieron vestirse ni lavarse hasta haber completado el reconocimiento médico. Cargaron en la furgoneta los indicios que el equipo de Julio había consignado ya en el acta, incluidos la ropa de Vladimir, las sábanas del dormitorio, un preservativo usado rescatado de la papelera del baño, cabellos extraídos del cepillo de Nájera y otras muestras biológicas para su cotejo en el laboratorio.

El teniente reorganizó a sus hombres para volver a centrarse en el registro. Al medir el interior del garaje comprobaron que las dimensiones no se correspondían con las del croquis, como si le hubieran escatimado unos dos metros y medio de fondo. Además, no tenía puerta de acceso directo a la casa. El brigada golpeó la pared «sospechosa» con los nudillos.

—Esto suena a hueco —dijo—. Necesito el taladro. En el sótano había una escalera de mano, ¿verdad?

Julio mandó a Torres a por la escalera, mientras Rivas abría un testigo en la pared. La broca entró con facilidad, pero se quedó atascada.

—Pladur —declaró cuando consiguió liberarla. Echó un vistazo por el orificio y metió el dedo enguantado—. Es un tabique doble con un aislamiento… de lana de vidrio. Hay que usar máscaras.

—¿Podemos echarlo abajo? —preguntó el teniente—. ¿O necesitamos un albañil?

—No, no hace falta un albañil —contestó el brigada—. Es sencillo, cualquiera puede hacerlo. Para evitar demasiado estropicio lo mejor es buscar las juntas e ir desatornillando las placas de los refuerzos, y luego desprender el tabique poco a poco, desde arriba. O usar una sierra eléctrica para ir cortando trozos.

—De acuerdo —dijo Julio—, probemos. —Su móvil repiqueteó en aquel momento—. Disculpen, tengo que atender esta llamada.

Julio salió del garaje.

—¿Aldo?

—Teniente. ¿Cómo le va?

—Bueno…

—¿Bueno?

—Más o menos —remoloneó Julio.

—No me asuste… Tienen a Nájera, ¿no?

—A Nájera y a un menor de edad.

—¿Un menor de edad?

—Sí. Un chico dominicano.

—¿Y qué hacía Nájera con…? —se sorprendió el inspector—. Espere, deje que lo adivine. ¿Actividades filantrópicas a comisión?

—Defina eso. —Julio le siguió la broma.

—Por amor al género humano —contestó Aldo—, pero remuneradas.

—Es una forma de decirlo —sonrió Julio—. El muchacho pasó la noche aquí. Nájera lo encerró en el armario de su habitación cuando nos oyó llegar. Con llave.

—¿Dentro del…? ¿Y dónde está ahora?

—Nájera, detenido. Al chico se lo acaban de llevar para hacerle una exploración médica y tratar de identificarlo. Parece que trabajaba en un club, el no sé qué de Baco. Dice que la dueña se quedó con su pasaporte…

—Pues vaya con el doctor.

—Ese es el comentario más escuchado hoy por aquí —dijo Julio —. Y no sabe cómo se nos puso. Parecía Jeckyll. O Hyde. ¿Cuál de los dos era el energúmeno?

—Hyde, teniente. ¿En serio? ¿Qué pasa, perdió la compostura?

—Me escupió. —Julio prefirió omitir la parte relativa a los insultos.

—Qué desagradable. Lo siento, Julio.

—Lo peor es que lo agarré por el cuello…

—¿Usted? No…

—Pues sí. En fin, no pasó nada. Me pararon los pies.

—Qué pendenciero, teniente. No le reconozco. ¿Y el chico? ¿Admitió que se prostituía?

—Sí. Prácticamente fue lo único que admitió.

—Esperemos que no se retracte. ¿Cuántos años tiene?

—Quince, dijo. Aún no lo hemos confirmado.

—Quince… Como se desdiga cuando le tomen declaración, no podremos acusar a Nájera. Solo si admite que cobró. O que Nájera lo forzó.

—Ya, ya lo sé. De todos modos, si Nájera frecuenta ese club… Bueno, la gente que va a un sitio así sabe cuál es la oferta. No creo que sea difícil demostrar a lo que iba.

—Eso espero. ¿Y el registro? ¿Han encontrado algo?

—Tenemos el ordenador. En el despacho hay una caja de

seguridad encajada en el muro. Sospecho que es donde guarda los documentos importantes, porque apenas encontramos papeles entre sus cosas. Nos hemos incautado de todo. Ahora estamos registrando el garaje. Hay un tabique falso —dijo, sin entrar en detalles.

—¿Un tabique falso?

—Sí. Vamos a echarlo abajo. Pero no se haga ilusiones: si hay un habitáculo oculto no tendrá más de dos metros y medio de anchura. No creo que quepan cuatrocientas obras de arte.

—Igual lo que se encuentran es un cadáver. O dos.

—Igual…

—Julio, tengo que dejarle. Avíseme si encuentran algo detrás de ese tabique.

Julio colgó y volvió al garaje.

—¿Empezamos o qué, teniente? —se le encaró Padilla, malhumorado—. Son más de las tres y media.

—Adelante, sí.

—Póngase una mascarilla —dijo el brigada—, la fibra de vidrio es…

El teléfono de Julio volvió a sonar. Padilla, Torres y el brigada miraron al teniente con cara de fastidio.

—Lo siento.

Julio se quitó la máscara y salió a toda prisa.

—Diga.

—¿Teniente Mataró?

—Sí, soy yo.

—Soy el sargento Sanjurjo.

—Sanjurjo, me pilla en mal momento. Le llamo más tarde, si no le importa.

—Le llamo por Manzanares. Está aquí.

—¿Silvia?

—Sí. Viene a entrevistarse con Goicoechea, pero dice que no ha hablado con usted…

—No, lo siento. Ayer no pude llamarla y hoy… Bueno, ha habido cambio de planes.

—Ya. ¿Y qué hacemos?

—No lo sé, sargento. Ahora mismo yo…

—Si me lo permite, teniente, podríamos intentar que el juez de guardia autorice la visita. Tal vez en otra ocasión Silvia no se muestre tan proclive a colaborar.

—Sí… Veré qué me dicen. Enseguida le llamo. Gracias, sargento.

Julio colgó, con el corazón disparado. Marcó el número del inspector.

—¿Aldo?
—Julio, ¿han encontrado algo? ¿Tan rápido?
—A Silvia…
—¿Emparedada? —exclamó el inspector, alarmado.
—No, no. En Ribera de la Calzada. Acaba de llamarme Sanjurjo. Parece que ha aceptado hablar con Ana Goicoechea, pero se saltó los trámites.
—¿Y a qué viene tanta prisa? ¿Cómo se le ocurre presentarse allí?
—Es culpa mía. Ayer no pude hablar con ella antes de la reunión, y después me pareció inútil hacerlo, si íbamos a detenerla.
—¿Y quién le informó, entonces?
—Sanjurjo, ¿recuerda? Habló con ella ayer, después de darle yo el visto bueno… Aldo, ¿ya tiene la orden de detención?
—Todavía no. Pero no creo que tarde mucho más.
—¿Qué hacemos?
—Bueno, sin la orden no puedo hacer nada, así que…, adelante, que se entreviste con Goicoechea. Pero que pinchen la conversación.
—Aldo —protestó Julio.
—No, en serio. Al menos, que intenten conseguir una autorización.
—Es todo demasiado precipitado. Tendría que decidirlo el magistrado de guardia, no el instructor del caso. Puede que no apruebe una petición de escucha.
—Inténtelo, Julio. Que le echen una mano sus compañeros allí. Ribera de la Calzada no es tan grande, seguro que entre ellos se conocen.
—Está bien. Veré qué se puede hacer. ¿Está vigilando el piso?
—Tengo a dos agentes allí aguardando la orden de detención.
—Pues dígales que Silvia está localizada y que de momento no aparecerá por casa. Le dejo, tengo que llamar —dijo.
Padilla salió del garaje.
—Teniente, ¿tarda mucho? —exclamó, exasperado.
—Enseguida voy. Deme un segundo, esto también es urgente.
—Lo que mande. —Padilla se metió de nuevo en el garaje. Julio llamó al sargento.
—¿Teniente? —le respondieron.
—Tiene carta blanca, sargento. Llame a Jefatura de mi parte, yo no puedo ahora. Dígales que pidan al juez la entrevista y… una escucha.
—¿Una escucha? —repitió Rodrigo.

—Sí. Escucha y grabación.

—¿Sin consentimiento expreso de… ella?

—A no ser que el juez lo desautorice, claro. Cuando llame a Jefatura, diga que le pasen con la teniente Romero. Y si quieren que les confirme la orden, que me localicen en este número. ¿Entendido?

—Está bien.

—Sargento, ¿podría hacerme un favor? —le pidió Julio—. Me gustaría estar al tanto de los movimientos de Silvia. Cuando regrese, ¿podría avisarme?

—¿Me está pidiendo que la vigile?

—No. No, nada de eso. Solo que me avise si por casualidad… Bueno, es tontería. Olvídelo.

—¿Es que van a detenerla? ¿A eso se refería con lo de «cambio de planes»?

—Sargento, tengo que colgar. Le llamaré en cuanto pueda —rehuyó la respuesta.

XCII

Por fortuna, la cocina todavía aceptaba comandas. Silvia se pidió un plato combinado y lo devoró. En lugar de postre, se tomó un café solo. Estaba a punto de pedir la cuenta cuando sonó el teléfono. Vio que era un número oculto.

Contestó, con cierta desconfianza.

—¿Silvia? ¿Estás en el bar?

—Rodrigo… Sí, aquí estoy.

—Todo solucionado. Vienen a recogerte para llevarte al hospital.

—¿Quiénes? —preguntó, inquieta.

—Dos agentes de la Policía Judicial. Ya te explicaré…

—¿Y tú? ¿No vienes?

—Eh… No, no puedo.

—Pero ¿te veré después?

—Claro. Ven, anda.

En el cuartel, Rodrigo la esperaba junto a dos hombres vestidos de paisano. La hicieron pasar a un despacho minúsculo y le explicaron lo que esperaban de ella: básicamente, escuchar a Ana y repetir el contenido de la conversación ante un funcionario en dependencias judiciales. Empezó a sudar. Quiso decirles que todo era un error, que no quería estar allí, que ya no deseaba hablar con ella, solo que la dejaran marchar… Miró a Rodrigo, angustiada.

—Está haciendo lo correcto, Silvia —dijo él.

Los agentes se pusieron en pie y le indicaron que los

acompañase. Ella recogió sus cosas. Le pareció que aquella escena no estaba ocurriendo en realidad. Que no era ella la que se levantaba de la silla y cogía su abrigo, el bolso, los guantes. Que no era ella la que sudaba a mares ni quien le suplicaba con los ojos a un desconocido que… ¿Qué?, se dijo. Él se acercó a despedirse.

—Rodrigo, yo…

—Gracias de nuevo por su colaboración. —Rodrigo le tendió la mano.

Silvia se la estrechó, confusa. No entendía aquella frialdad repentina. Los otros dos agentes aguardaban. Silvia los siguió. Cuando llegaron al vestíbulo, oyó que la llamaban. Se dio la vuelta. Rodrigo agitaba en el aire la bolsa de la juguetería.

—¡Se deja esto! —exclamó.

Ella volvió sobre sus pasos. Le arrancó la bolsa de las manos, con aire ofendido.

—Gracias —dijo.

—Cafetería Alaska, a las ocho —susurró él—. En la plaza del Adelantado. Si no estoy, espérame. ¿Te acordarás?

—Pero…

—Te veo allí —le dijo, tajante, y se dio la vuelta. Silvia volvió con los agentes, disimulando una sonrisa.

—Es un regalo para el niño —se disculpó.

—No va a poder dárselo, me temo —le informó el más adusto de los dos.

—Bueno, se lo daré a ella, entonces.

—¿A Goicoechea? No, lo siento. No podemos autorizarlo, por motivos de seguridad —le explicó el otro agente.

—Pero si solo es un peluche…

—Señora Manzanares, es importante que comprenda esto: Ana Goicoechea permanece inmovilizada, de momento, en una habitación de acceso restringido. No está permitido introducir ningún objeto que pueda suponer un riesgo para su vida, por inofensivo que parezca. No sería la primera vez que un detenido intenta asfixiarse con una bolsa de plástico o con el relleno de un oso de peluche.

—Oh —musitó ella. No lograba imaginar qué haría un detenido con un oso de peluche en una celda—. ¿Inmovilizada, dice?

—Sí. Ha intentado autolesionarse. —El agente le abrió la puerta del coche—. Si le pide que le quite o le afloje las correas que la sujetan a la cama, no lo haga bajo ningún concepto —continuó, ya dentro del vehículo—. Si necesita ayuda, nosotros estaremos fuera, no tiene más que llamarnos. Al finalizar la entrevista la

acompañaremos al juzgado para que declare y podrá irse a casa. Todo irá bien, se lo aseguro —añadió.

El hospital le trajo malos recuerdos. Subieron a la última planta y se adentraron en el área de Psiquiatría. Antes de dejarla entrar en la habitación, otra agente la cacheó. Le hicieron quitarse una cadenita que llevaba al cuello y el reloj. Se quedaron con sus cosas —el bolso, el abrigo, el peluche de Yeimer—.

—Recuerde: no le afloje las correas. No le acerque ningún objeto a las manos ni a la boca. Manténgase usted también fuera de su alcance y, si necesita algo, llámenos. Hay un timbre junto a la cama. Estaremos aquí, pendientes de usted.

—Me está asustando…

—Es mera formalidad —dijo el agente—, no tiene nada que temer, siempre que siga nuestras instrucciones. Ah, otra cosa… Le van a administrar un estimulante para despertarla un poco. Sigue bastante sedada. Puede que no aguante mucho, debido al dolor. De modo que no tiene demasiado tiempo. ¿Ha comprendido todo?

En ese momento apareció una enfermera arrastrando un carrito. Los policías la saludaron. Ella cogió una bandeja y entró en la habitación. Unos cinco minutos después se asomó a la puerta y les hizo una seña para que entraran.

—¿Lista? —le dijo el agente judicial. Silvia asintió, atragantada.

Al entrar, vio que la enfermera comprobaba los correajes que mantenían inmovilizada a Ana, sin demasiado tacto. Luego se acercó a la cabecera—. Goicoechea… ¿Me oye?

—¿Hummm?

Ana tenía un aspecto lamentable. La cara afilada y macilenta, los ojos hundidos. El pelo sucio, pegado a la frente. Toda ella parecía haber menguado. Silvio la observó, conmocionada. Le pareció un animal atrapado en un cepo.

—Tiene visita —dijo la enfermera.

—¿Sí?… —Ana pestañeó. Intentó incorporarse. La enfermera le dio un suave empujón en el pecho para que permaneciera recostada mientras inspeccionaba los viales—. ¿Silvia? ¿Eres tú, niña?

—Sí…

—Siéntese, por favor. —El agente le indicó un sillón situado a una distancia prudencial de la cama, junto a la mesita de cabecera. Silvia vaciló—. Siéntese —insistió él—. Ana, ¿recuerda el trato, verdad? El juez autoriza este encuentro toda vez que usted manifiesta su conformidad con prestar declaración voluntaria.

Ella asintió.

—Por favor, conteste.

—Sí, sí —balbuceó—. Quiero agua…

La enfermera le acercó un vaso a los labios, sin demasiada pericia. La mayor parte se derramó sobre su pecho.

—Bien. Disponen de una hora. —El agente miró a Silvia—. No pierda de vista mis advertencias —añadió.

Cuando ya salían, Silvia vio que la enfermera se había dejado un termómetro sobre la mesilla. Lo cogió, pensando en las advertencias que acababan de hacerle.

—¡Se olvida esto!

La enfermera se volvió. Enarcó las cejas, con cara de enojo.

—Déjelo donde estaba —le ordenó, hosca. Silvia soltó el termómetro—. Es para después —le explicó, en un tono menos agresivo. Había algo en ella que resultaba chocante. Y no eran solo sus modales. Silvia reparó entonces en sus zapatos, de calle, con un poquito de tacón. ¿Por qué no llevará zuecos?, se preguntó.

—Silvia —la reclamó Ana en cuanto cerraron la puerta—. ¿Silvia?

—Hola. —Silvia se acercó a la cama—. ¿Cómo estás?…

—¿Tú qué crees? Hecha un adefesio, no más —contestó Ana. Su voz de sirena se había convertido en un murmullo ronco, apagado. Se incorporó un poco y tiró de las correas—. Mira cómo me tienen… ¿Te das cuenta, niña?

—Lo siento, Ana. De verdad que lo siento.

—Y una mierda —se rio por lo bajo—. Qué lista fuiste, Silvia. Cómo nos la jugaste. —Los ojos se le humedecieron—. Echo de menos a mi santito, ¿sabes? —balbuceó—. Ay… Lo echo tanto de menos. —Se le escapó un sollozo—. ¿Qué nos pasó?

—Él te disparó, Ana…

—No —gimió—. No me disparó a mí…, perra. Te disparó a ti, pero se le torció el tiro… Tú tenías que estar muerta, no él… Tenía que haberte matado. Tenía que haberte matado y, en vez de eso, yo lo maté a él —lloriqueó.

Ana cerró los ojos y las lágrimas se desbordaron por sus mejillas. Sacudió la cabeza.

—Sécame la cara, niña —le pidió.

—No puedo…

—Por lo que más quieras, no seas malnacida y sécame la cara… Por favor, sécame la cara —insistió, subiendo la voz—. Sécame la cara… ¡Sécame la puñetera cara de una vez, puta de mierda! —chilló, con los ojos desorbitados. Silvia miró hacia la puerta cerrada, indecisa. Cogió una servilleta de la mesa y se acercó a ella. Con cuidado, casi con ternura, le secó las lágrimas.

—Gracias —musitó Ana—, gracias, cielito. Gracias. Eres un sol…

—Ana… Mira, siento todo lo que está pasando, pero no puedes culparme. Waldo estaba dispuesto a matarme y tú… Tú también. Yo solo intenté sobrevivir.

—Y bien que lo conseguiste, ¿verdad? Bravo, niña. Bravo —sonrió, súbitamente serena. Silvia no acababa de adivinar si pretendía ser irónica o si de verdad la felicitaba. Lo único seguro era que su voz volvía a ser cálida y vibrante, como ella la recordaba.

—¿Por qué querías verme, Ana? —le preguntó.

—Dime una cosa, niña. Entre tú y yo… ¿Dónde está el dinero?

—Ana… ¿Aún no lo entiendes? Nunca hubo ningún dinero. Vivo de mi sueldo de maestra, jamás acepté nada de mis padres.

Ana se echó a reír.

—Mientes —siseó—. Mientes. ¿Por qué le mientes a esta vieja puta que ya no puede hacerte ningún daño? —gimoteó, a punto de echarse a llorar de nuevo.

—Pero ¿qué demonios te han dado? —exclamó Silvia. Aquella labilidad emocional empezaba a resultarle sospechosa.

—Me están envenenando —bufó—. Me están envenenando, ¿verdad?

—No, no… No quería decir eso. Tienes que tranquilizarte, Ana. Debe de ser la mezcla de los calmantes con el estimulante que te han dado…

—Morfina —murmuró—. Adoro la morfina. Dame…

—No tengo morfina. —Silvia pensó que a ella tampoco le vendría mal una dosis.

—… El dinero. ¿Dónde está?

—No hay dinero —insistió Silvia.

—Dos millones. Lo sé…

—¿Dos millones?

—Dos millones… quinientos mil. Christine se fue de la lengua. Pobre Christine…

—¿Christine? ¿Quién es Christine? —le preguntó, pensando que deliraba.

—Era, niña. Era. La puta preferida del Inglés. Ella me lo contó. Dos millones y medio…

—¿Qué estás diciendo, Ana? No tengo nada, tú viste el estado de mi cuenta corriente.

—Ya sé que no lo tienes en el banco, tonta —le sonrió—. ¿Lo mandaste al extranjero? A una cuenta especial…

—No tengo ninguna «cuenta especial». Te engañaron, Ana. Lo

siento. Podríamos habernos ahorrado mucho sufrimiento si me hubierais creído desde el principio.

—Está bien. Guárdatelo para ti, cielo. Da igual.

—¿Para esto querías verme, Ana? ¿Por el dinero?

—Yeimer —susurró ella—. Mi niño… Me lo van a quitar, Silvia. Me van a meter en la cárcel y me lo van a quitar…

—No será para siempre —intentó consolarla—. Yeimer saldrá adelante.

—¡No! —exclamó—. Me lo van a matar, niña. Sé que me lo van a matar.

—No digas eso, Ana. ¿Quién lo va a matar?

—¡El Inglés! —aulló—. ¿Es que no lo entiendes? El Inglés no perdona. Lo matará y me dejará vivir lo suficiente para que me entere, antes de acabar conmigo. No sería la primera vez, niña. Le gusta, ese hijueputa disfruta matando niños… Tienes que ayudarme, niña… Tienes que protegerlo.

—¿Yo? Ana, es un juez quien decide esas cosas, yo no puedo…

—Sí que puedes. Yo te diré cómo. Pero antes dame agua.

—Acabas de beber.

—Dame agua, cielito. No voy a morderte.

Silvia la miró, nerviosa.

—Está bien —accedió. Llenó el mismo vaso de papel que había usado la enfermera. Cuando se lo acercó a los labios, Ana murmuró algo ininteligible—. ¿Qué? —Silvia se inclinó un poco más sobre ella.

—Me vas a ayudar o les largo que tú mataste al viejo —susurró ella.

Silvia se retiró y a punto estuvo de tirarle el agua por encima.

—¿Qué has dicho?

—No te alteres, m'hijita. Ya sabes que lo sé, ¿te acuerdas? ¿Y el agua? —pidió, con una sonrisa. Silvia volvió a acercarle el vaso y otra vez escuchó un siseo apagado saliendo de sus labios—. Quédate así un momento —le dijo en voz muy baja—. Tienes que escaparte con Yeimer fuera de aquí. Si lo haces, yo haré que cojan al Inglés y a todos esos desgraciados. Declararé. Diré todo lo que sé… Menos tu secreto. ¿De acuerdo, niña?

Silvia se apartó. Ana le indicó con un movimiento de cabeza que volviera a inclinarse. Obedeció, a regañadientes.

—No tenemos tiempo. Cuando los delate… acabarán conmigo, niña. Aquí o en la cárcel. Más pronto o más tarde, pero mis días están contados. Tienes que llevarte a Yeimer antes de que eso ocurra… ¿Lo entiendes?

—¿Me estás pidiendo que yo…? —empezó a decir en voz alta. Se interrumpió al ver que Ana sacudía la cabeza a ambos lados en señal de negación, como una posesa. Silvia volvió a agacharse.

—Nos están escuchando —susurró—. Tienes que cuidar de él, me lo debes. Prométemelo.

—No sé qué pretendes, Ana —le dijo. Ella arqueó las cejas. Sus ojos brillaban con una intensidad triste, un tanto opaca.

—Yeimer es todo lo que me queda —continuó, con un hilo de voz—. Me dijeron que está en un centro de acogida. A mí no me dejan verlo, pero seguro que tú puedes ir a visitarle. Llevártelo a dar un paseo. —Ana le guiñó un ojo—. ¿Lo harás? Di…

—Es… posible —no quiso comprometerse.

—Lo sacarás de allí y me lo llevarás a que se coma una hamburguesa —prosiguió, ensimismada—. El último recuerdo feliz que tengo de él es en un centro comercial, viendo cómo se comía una hamburguesa de dos pisos. Me lo llevarás a comerse una buena hamburguesa, ¿sí?… Prométemelo, Silvia. Prométemelo.

—Sí. Sí, lo intentaré —contestó, solo por dejar de oírla. Se alejó de la cama y se dejó caer en el sillón.

—Lo vas a hacer. Lo vas a hacer porque me lo debes. Me lo debes a mí, que he jodido mi vida y la de mi niño por salvarte el pellejo. —Ana cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás—. Mierda… Mierda puta…

—Ana, ¿qué pasa?

—El… dolor, niña. El dolor me está mordiendo… Necesito morfina…

—Avisaré a…

—¡No! —exclamó—. Dime que lo has entendido, Silvia. Dime que has entendido todo —Ana enfatizó la última palabra.

—¿Es verdad que conociste a mi padre?

—Las putas solo mentimos en la cama, cielo —dijo, con una risita ahogada—. Y nosotras no nos hemos acostado, ¿verdad?

—¿Cuándo? ¿Cómo…?

—Tú tendrías trece o catorce años. Me enseñó una foto tuya. Estabas tan linda con tus trencitas.

—Pero ¿cómo lo conociste?

—Por otro cliente. Un puerco abogado, no importa. Escúchame, Silvia: sé lo que te hizo ese desgraciado…

—No te entiendo. —Silvia se puso a la defensiva.

—No te hagas la tonta conmigo. Lo sé. Él me lo contó, de borrachera. Y luego me largó al infierno. Sé lo que te hizo ese bruto —repitió—. Te mató en vida, ¿verdad que sí, cielo?

—Cállate, Ana. —Silvia se levantó del sillón—. Voy a llamar a la enfermera, necesitas algo para el dolor.

—No. Aún no he terminado. Escúchame. Él lo mató. Tú tienes que saber lo que significa eso… Perder a tu hijo. Así.

—¡Cállate!

—No dejes que le pase a Yeimer… Prométemelo y no diré nada —susurró.

Silvia se acercó a ella. Le pasó una mano por la frente. Con suavidad le retiró el pelo, húmedo de sudor. Luego inclinó la cabeza y pegó la boca a su oído.

—No dirás nada porque no sabes nada —musitó.

—Eso es lo que tú te piensas, cielo —contestó Ana—. Pero puedo decir muchas cosas, no te conviene que hable, créeme… Sé, por ejemplo, dónde está el arma. No muy lejos de aquí, ¿verdad, niña? —Silvia la miró a los ojos, incrédula. Ana sonrió—. Olvidas que el santito y yo llevábamos meses vigilándote. Él no era muy listo, ya viste. No entendió lo que hacías aquella noche cuando te siguió hasta la presa, ni siquiera cuando supimos que Manzanares se había esfumado… Pero yo lo supe desde el principio, cielito. Bravo, niña. Bravo. Ahora te toca a ti ser comprensiva… Si no quieres que nos veamos las caras en la cárcel.

—No…

—Espera, no te apartes —le pidió Ana—. Ni a ti ni a mí nos conviene eso. Eres la única que puede… salvar a mi niño. Hazlo, Silvia. Hazlo por Daniel, por tu Daniel. Hazlo y me llevaré tu secreto a la tumba… Pero hazlo rápido o será tarde… El Inglés te está buscando. No sé dónde tienes el dinero, pero él… Dios… Él lo quiere, es suyo. Tienes que irte, sal del país. Y llévate a Yeimer, por favor, Silvia. Mi niño, mi niño no tiene culpa. Llévatelo contigo. —Ana se echó a llorar.

—Ana, ¿me estás pidiendo que lo secuestre?

—Te estoy pidiendo que le salves la vida —dijo—. Apártate, van a sospechar. Hablemos normal un rato. ¡Mierda! —exclamó—, cómo duele… Mierda de correas. ¡Cabrones!

—Ana…

—Me duele… ¿Qué miras, hija de puta? ¿Te gusta ver cómo me retuerzo de dolor, atada a esta cama como una perra? —exclamó, llena de rabia.

—Pero qué dices —murmuró Silvia, desorientada con aquel repentino estallido de furia. Ana le guiñó un ojo.

—Di, ¿es eso lo que quieres? ¿Que me pudra en la cárcel? Di… Di que sí de una vez y lárgate…

Silvia comprendió entonces lo que le estaba pidiendo en realidad. Asintió con la cabeza.

—¡Dilo, maldita sea!

—Sí —contestó—. Sí, Ana. Quiero que te pudras en la cárcel. Haré todo lo que esté en mi mano para… conseguirlo.

—No. Prométeme que lo harás.

Silvia tragó saliva.

—Lo haré. Te lo prometo.

Ana cerró los ojos. Silvia se acercó con una servilleta para secarle la cara.

—No —musitó ella, sin abrir los ojos—. Déjame llorar… Quiero sentirlo. Silvia…

—¿Sí?

—Dile que yo lo quería. No importa que nunca lo comprenda, tú no dejes de repetírselo. Díselo. Dile que era todo para mí, dile que lo estaré cuidando, que siempre cuidaré de él. Dile cuánto lo quería, Silvia… Y ahora márchate. Lo dejo en tus manos. Llama a esa foca de enfermera. Ya no aguanto más…

Silvia dejó la servilleta sobre la mesilla. Se dirigió a la puerta y llamó para que le abriesen. Apenas pudo distinguir al guardia. Las lágrimas lo desfiguraban todo a su alrededor.

XCIII

Tirar el tabique no estaba resultando tan sencillo como habían previsto. Además de estar bien reforzado, tuvieron que desistir de utilizar la sierra porque el revestimiento aislante se desmenuzaba y los filamentos de vidrio saltaban por el aire en todas direcciones. Tras desatornillar las juntas de la primera placa, decidieron turnarse: mientras uno cortaba fragmentos de yeso y lana sintética —encaramado en la escalera—, los demás iban amontonando escombros a un lado del garaje. Al llegar al segundo tabique, descubrieron que el interior estaba recubierto con espuma de poliuretano.

El brigada se quitó las gafas protectoras.

—Esto tiene que tener una entrada por algún sitio. ¿Cómo inyectaron el poliuretano?

—Arriba hay una terraza, ¿no? —dijo Torres—. ¿Y si hay una trampilla disimulada?

—Un momento. —El brigada logró arrancar un trozo de yeso—. ¿Alguien me alcanza una linterna?

Torres le dio una.

—¿Qué se ve? —preguntó Julio.

El brigada le indicó que se subiera a la escalera y le tendió la

linterna. Julio echó un vistazo por el boquete. El haz de luz centelleó sobre una superficie metálica, estrecha, de un metro de alto. Parecía un viejo archivador de gavetas. Vio algo más, pero no estaba muy seguro. Podían ser bastidores de madera. Todo el zulo parecía sellado con espuma de poliuretano. Para aislarlo de la humedad y los cambios de temperatura, pensó.

—¿Qué ve usted, teniente? —preguntó Padilla.

Julio recordó las palabras que —según un libro que había leído de niño sobre hazañas arqueológicas— había pronunciado Carter al descubrir la tumba de Tutankamón.

—«Veo cosas maravillosas» —dijo, con una sonrisa—. Vamos a terminar de tirar el tabique —añadió—. Con cuidado, no sabemos qué es todo eso…

Arriba, en la terraza, retumbaron unos golpes. Pedacitos de pintura se desmigajaron sobre ellos. Julio, alarmado, salió afuera.

—¡Torres! —gritó al ver que el guardia golpeaba el suelo con un pico—. ¿Qué hace? ¡Deje eso ahora mismo!

—Creo que hay una trampilla —contestó el guardia—. Pero está debajo de una capa de pintura aislante. Y esa cosa amarilla…

—¡Déjelo! —le ordenó Julio—. ¿Cómo se le ocurre ponerse a picar el techo, hombre?

—¡Teniente! —gritó el cabo. Julio volvió al interior del garaje justo a tiempo para ver cómo lograban desprender la placa exterior del tabique entre Padilla y el brigada. Julio corrió a echarles una mano. Tras apartar el aislamiento de fibra de vidrio, casi sin poder dominar ya los nervios, terminaron de tirar el segundo tabique. Con un crujido como de bizcocho duro, la capa de poliuretano cedió. La cámara —porque eso era en realidad— mantenía unas condiciones bastante buenas de temperatura y una humedad mínima. Torres tenía razón: en el techo se podían distinguir las juntas de una trampilla sellada desde fuera. El resto estaba cubierto de poliuretano, incluso el suelo. Julio se introdujo en el habitáculo.

—Antes que nada, fotografiad, desescombrad un poco, buscad indicios biológicos y, a continuación, huellas —ordenó. Le echó un vistazo a lo que había confundido con bastidores. En realidad eran cajas de embalaje, cuatro en total, de diferentes dimensiones.

—Es mejor sacar las cosas de ahí antes de ponerse a buscar huellas, teniente —comentó el cabo—. No hay espacio… Y este polvillo es peligroso —Padilla iluminó con la linterna los filamentos de vidrio que flotaban en el aire.

—¿Qué habrá en las cajas? —murmuró el brigada.

—Por el aspecto, yo diría que alguno de los lienzos que

buscamos —contestó Julio.

—¿Y en el archivador?

—No sé… Pero está blindado —observó.

XCIV

Silvia había estado declarando ante el secretario judicial hasta las ocho menos cuarto. Luego le pidieron que firmase la diligencia y le comunicaron que podía recibir una citación para comparecer como testigo cuando se celebrase el juicio oral contra Ana.

—Solo por curiosidad —preguntó—. ¿Qué pasa si no comparezco?

—Si no justificara su ausencia, le impondrían una multa —contestó, lacónico, el funcionario—. Y podría ser acusada de desobediencia.

—¿Y si no declaro?

—Lo mismo —gruñó—. Y si da falso testimonio, pueden caerle hasta dos años de cárcel… ¿Alguna otra pregunta?

—No —Silvia firmó la declaración—. Gracias.

Cuando ya salía de la sala, el funcionario la llamó. Silvia se dio la vuelta. Se había dejado la bolsa de la juguetería en una silla.

—No se olvide eso —le dijo.

Una vez fuera, paró un taxi. Se bajó en la plaza del Adelantado y buscó la cafetería Alaska. Rodrigo ya estaba allí. Sin el uniforme, le costó trabajo reconocerlo. Parecía más joven, menos… peligroso. Silvia se acercó a su mesa y se sentó frente a él.

—Siento el retraso —se disculpó—. Acabo de salir del juzgado.

—No te preocupes —contestó él—, ya sé cómo son estas cosas. ¿Qué tal te fue?

—Pues… Demasiado intenso, Rodrigo. Creo que no debí verla. No sé.

—No le des más vueltas. Ya ha pasado. ¿Quieres comer?

—Ahora mismo, no.

—¿Algo de beber?

—Lo mismo que tú. —Silvia señaló su copa.

Mientras Rodrigo pedía, Silvia aprovechó para ir al baño. Se lavó la cara y trató de arreglarse el pelo. No podía dejar de pensar en su encuentro con Ana. Si al menos Aurora se hubiera estado callada, si no hubiera nombrado el dichoso alfiler… Monteiro se estaría frotando las manos, pensó. Esperaba que Ana fuera más discreta. Pero ¿y si hablaba en serio? ¿Cómo iba a ceder ella ante aquel chantaje? Secuestrar a Yeimer, nada menos… Silvia sintió ganas de echarse a reír. Esto es patético, se dijo. Le pareció que las paredes se movían, que todo daba vueltas. Se aferró con ambas

manos al lavabo. Tomó aire. Se miró por última vez en el espejo y salió.

En la mesa había una botella de vino. Su copa estaba llena.

—¿Y esto? —dijo.

—Pensé que podíamos celebrarlo. —Rodrigo levantó su copa.

Silvia alzó la suya, tras vacilar un instante.

—¿Y qué celebramos? —preguntó.

—Que has venido, que estamos aquí. Que la noche es larga…

—Larga y fría. —Se estremeció ella—. ¿No vas a preguntarme qué quería Ana?

—Ahora no estoy de servicio —sonrió él—. Pero, si necesitas hablar, te escucho.

Silvia lo miró, sorprendida. El teniente Mataró le había dicho algo muy similar un par de días antes. Suspiró.

—¿Crees que un juez me daría la custodia del niño?

Rodrigo la miró, atónito.

—¿La custodia de…? —repitió—. ¿Estás loca?

—¿Por qué dices eso?

—No te ofendas, pero ¿te estás oyendo? ¿Cómo vas a hacerte cargo de ese chaval? ¿Qué te dijo Goicoechea para que de repente te plantees algo así?

—Que van a matarlo. La banda del Inglés. Y quiere que yo lo cuide…

—Menudo disparate —rezongó Rodrigo—. Nadie va a matar a Yeimer. Está en un centro tutelado y, si lo dan en acogida, protegerán su identidad. ¿En serio era eso lo que quería de ti?

—Eso y saber dónde escondo el dichoso dinero de mi padre. Dos millones quinientos mil euros.

—Dos millones quinientos mil. —Rodrigo dio un silbido—. Vaya. ¿Y dónde los tienes? ¿Debajo del colchón?

—No los tengo. No sé por qué se empeña tanto. —Silvia dio un trago. El vino le calentó el estómago. Sintió un poco de vértigo.

—Así que eres una rica heredera —bromeó él—. Un buen partido…

—Dudo que mi padre me dejara algo en su testamento. Y si lo hizo no pienso aceptarlo —Silvia sonrió—. Me temo que solo puedo ofrecerte mi hipoteca.

—No, gracias. De eso ya tengo yo también. Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

—¿Por ejemplo?

—No sé. Pregúntame algo —le propuso.

Silvia dio otro sorbo. Miró a Rodrigo, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué hago aquí?

—¿Aquí, en Ribera de la Calzada?

—Aquí, contigo

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé. —Silvia echó un vistazo por la ventana—. Es tarde. Debería volver a casa.

—No te vayas. Quédate esta noche. Conmigo —susurró él.

Silvia dudó. Rodrigo le gustaba. O le atraía, al menos. Su voz, sus gestos. Su boca. Su cuerpo. Pero no dejaba de ser un enemigo en potencia. Y sin embargo… Se sentía sola. Añoraba que la deseasen. Que quisieran besarla…

—Está bien —aceptó, tímida—. La verdad es que no me gusta conducir de noche.

—Si te quedas por no conducir de noche, puedo buscarte un hotel —dijo él, ofendido.

—No —se apresuró a rectificar ella—. No es eso. Es que normalmente no soy así…

—¿Así cómo?

—Tan impulsiva.

Él acercó la mano a la de ella. Se la acarició. Sonrió, de aquella manera aviesa, torcida, que tanto le había disgustado al principio y que ahora, en cambio…

—En realidad vine por ti —le confesó.

—Lo sé —dijo él—. Lo supe nada más verte.

—¿Tan transparente soy? —contestó ella, un poco embarazada.

—Seamos francos, Silvia: ni yo tengo hermanas ni tú te mueres por colaborar con la Guardia Civil. ¿Nos vamos?

—¿Y el vino?

Rodrigo se levantó y se puso el abrigo.

—En casa tengo otro. Uno mucho mejor —dijo.

Rodrigo vivía junto al paseo fluvial, en una zona bastante apartada del casco urbano. El piso era bonito, pero impersonal. A Silvia le gustaron las vistas desde la ventana del salón. El río, el bosque. Y, más allá, la meseta, negra, infinita en la noche. Una oscuridad interrumpida solo por pequeñas lucecitas que vibraban en la distancia, como si la llanura fuera un mar y las luces otro país, en la orilla opuesta.

—¿Qué es aquello? —le preguntó a Rodrigo.

—¿Las luces? Un pueblito diminuto. Sanmorales, se llama. ¿Por qué?

—¿Es bonito?

—No, no especialmente. Pero los alrededores sí. ¿Tienes frío? ¿Quieres que suba la calefacción?

—Estoy bien —Silvia se desprendió del abrigo. Lo dejó sobre el sofá, un poco insegura.

—Voy a abrir el vino. ¿Te apetece comer algo? Aceitunas, queso… ¿Una ensalada?

—Sí, vale. Lo que sea.

—Siéntate. Estás en tu casa.

Rodrigo desapareció en la cocina. Silvia se sentó en el sofá, frente al televisor. Al apoyar el brazo sobre el respaldo, se dio cuenta de lo mucho que había sudado aquel día.

—¡Rodrigo! —exclamó.

Él reapareció en el salón, con la botella ya descorchada y dos copas.

—¿Sí?

—¿Te importaría si me doy una ducha primero? Llevo todo el día de aquí para allá y…

—Claro. Ven, te enseño el baño.

Silvia se desnudó. Miró con recelo la puerta sin pestillo y se metió en la bañera. El agua caliente la relajó. La excitó. Por un instante, logró olvidarse de Ana, de Yeimer, de Monteiro. Solo pensaba en Rodrigo. En camiseta ganaba mucho, pensó. No era muy alto, pero tenía unos brazos fuertes. Un cuerpo proporcionado… y un buen culo. Suspiró, nerviosa. Se estaba enjuagando cuando percibió una silueta al otro lado de la cortina. Dio un grito.

—Tranquila. Soy yo —Rodrigo descorrió la cortina. Estaba desnudo. Silvia se volvió hacia la pared, turbada, y se cubrió con los brazos.

—¿Qué haces? —dijo.

Él no contestó. Se metió en la ducha. Se apretó contra su espalda, la abrazó con fuerza. Luego la obligó a darse la vuelta y la besó. Silvia le correspondió, sin oponer resistencia. Le rodeó la cintura, feliz. Por un instante.

Jueves, 21 de diciembre

XCV

Rodrigo se inclinó sobre ella y le dio un beso. Silvia parpadeó. Abrió los ojos, amodorrada.

—¿Qué hora es?…

—Las siete y media. Hora de irse al trabajo —contestó él, con su sonrisa torcida—. ¿Qué harás tú?

—Pues… supongo que volveré a casa —murmuró, pensando que eso era lo que él quería escuchar.

—De acuerdo. —Rodrigo no pudo disimular cierto alivio—. Te he dejado mi número en la cocina. No me llames al otro, por favor —le pidió—. Ciao —se despidió, con otro beso apresurado en los labios.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Cuando quieras. Ya sabes dónde encontrarme. Cuídate, Silvia.

—Tú también…

Tan pronto oyó cerrarse la puerta, Silvia saltó de la cama y corrió al baño. Tenía el estómago destrozado. Se puso las lentillas, se dio una ducha rápida, se vistió y salió de la casa. Cogió un taxi. Cuando llegó a la calle donde había aparcado el coche la tarde anterior, vio que la habían multado por estacionar en zona azul. Quitó la sanción del limpiaparabrisas y se apresuró a dejar Ribera de la Calzada, contenta de largarse de allí… y un poco abatida por dejar atrás a Rodrigo. El estómago se le revolvió de nuevo. ¿Sentiría algo por ella? Silvia no se hacía ilusiones. Después del sexo, Rodrigo le dio la espalda y se quedó dormido, como si hubiera perdido todo interés por ella. O tal vez solo estaba cansado, pensó, por abrir una brecha en la desesperanza.

Llegó a la ciudad sobre las doce y media. Aparcó en el garaje y salió a la calle. Era una de esas mañanas soleadas de invierno, fría pero agradable. Silvia se detuvo en el portal y buscó las llaves en el bolso.

—¿Silvia Manzanares Pardo? —Silvia se dio la vuelta. De la nada habían surgido dos policías, un hombre y una mujer. Lo primero que pensó fue en la multa.

—¿Sí? —musitó, nerviosa.

—¿Nos permite ver su documento de identidad, por favor?

—Un momento —dijo. Al verla rebuscar dentro del bolso, los

policías se alarmaron. El hombre se llevó una mano a la cintura. La mujer le hizo un gesto para que no se moviese.

—No haga eso —dijo—. Extienda el bolso abierto hacia mí.

Silvia obedeció, abochornada. La agente se puso unos guantes, cogió el bolso y metió una mano en él, con cautela. Los transeúntes aminoraban el paso para ver lo que sucedía.

—¿Qué lleva ahí? —El agente señaló la bolsa de plástico que sostenía en la otra mano.

—Un oso… —contestó ella, observando los gestos de la mujer, bruscos ahora—. De peluche. Está dentro de un bolsillo, en un tarjetero —le explicó.

La mujer la miró con frialdad. Al fin encontró el DNI.

—Es ella —dijo. El hombre le pidió la bolsa, echó un vistazo dentro y la dejó en el suelo.

—Dese la vuelta y apoye las manos contra la pared —le ordenó.

—¿Qué?

La agente se le echó encima.

—Dese la vuelta y abra las piernas —dijo, tajante.

La cacheó. Silvia vio que la vieja chismosa del bajo estaba asomada a la ventana. Parecía disfrutar con el espectáculo. Le pareció que asentía, satisfecha. Agachó la cabeza.

—Quiero hablar con mi abogado.

—Ponga las manos detrás de la espalda —contestó el policía.

—Quiero llamar a mi abogado —repitió ella. Sintió la conocida presión de las esposas alrededor de las muñecas—. ¿Me están oyendo? —exclamó, mientras la arrastraban por la calle hacia un coche patrulla estacionado frente a su edificio. La gente se había arremolinado alrededor y la miraba sin recato.

—Tiene derecho a permanecer en silencio —comenzó a enumerar el policía, en un tono neutro, letárgico—. Tiene derecho a no declarar contra sí misma y a no confesarse culpable. Tiene derecho a designar un abogado y a solicitar su presencia para que la asista en…

—¡Pues eso es lo que estoy pidiendo! —chilló, fuera de sí, mientras la introducían en la parte trasera del vehículo.

—Cuando llegue a la comisaría, señora Manzanares, podrá ejercer ese derecho —dijo la mujer, y dio un portazo.

Ya en comisaría le tomaron los datos. Luego volvieron a leerle sus derechos, mientras ella trataba de seguir los puntos en la copia de la diligencia que tenía delante. Pero era incapaz de entender lo que leía, y la voz hueca del funcionario no resultaba de gran ayuda.

Solo pensaba en una cosa: ¿habría roto Ana aquella especie de pacto al que habían llegado en la habitación del hospital?

—… En uso de los expresados derechos —concluyó el instructor —, el detenido manifiesta su deseo de…

—Un momento —le interrumpió Silvia—. No entendí lo del médico.

—Tiene usted derecho a ser reconocida por el médico forense o su sustituto legal —repitió, displicente—. ¿Quiere que la reconozca un médico?

—… No sé. Si pudiera hablar con mi abogado…

—Si quiere ser reconocida por el médico, marque la última casilla. Si quiere ser asistida por su abogado, marque la segunda casilla y escriba su nombre a continuación, donde pone «Letrado D.» —le explicó, como si estuviera hablándole a una persona con escasa capacidad intelectual.

—No soy idiota —dijo Silvia, molesta—. Tengo los datos de mi abogado en el bolso… O en el abrigo, no sé. ¿Pueden dármelo?

El instructor le hizo una seña a uno de los policías que la habían detenido. El agente salió de la sala. Al momento regresó con sus cosas en una bandeja. El instructor encontró la tarjeta del bufete y se la tendió. Silvia copió los datos en la diligencia.

—¿Dónde escribo el teléfono? —preguntó.

—Ya nos encargamos nosotros de localizarlo —dijo el funcionario—. ¿Desea prestar declaración?

—No, hasta que vea a mi abogado —contestó ella.

—¿Va a solicitar ser reconocida por un médico?

—¿Debería?

—Eso es decisión suya.

—… No sé.

—Señora Manzanares —resopló el policía—, llevamos una hora así. Le hemos leído tres veces la diligencia y cada vez hay algo que no entiende. ¿Va a firmarla de una vez?

—No, hasta que vea a mi abogado —insistió ella.

—Hasta que no firme, no podemos llamar a su abogado, ¿lo entiende? Es lo que significa este papel —gruñó—. Si no lo hace, entenderé que renuncia usted a sus derechos, la meteré en el calabozo y la dejaré ahí hasta que le designen un letrado de oficio.

—Esto no tiene ningún sentido —murmuró.

El instructor la miró con cara de agotamiento. Un agente entró en la dependencia.

—Señor —dijo—. El inspector Monteiro está aquí. Pregunta si puede ver a la detenida.

—Ah, sí… Que pase.

Silvia tensó el cuerpo.

—Monteiro, menos mal —le saludó el instructor. Silvia agachó la cabeza.

—Ramírez… No te levantes. Hola, Silvia. ¿Cómo le va? —Aldo se apoyó en la mesa, frente a ella. Silvia lo miró con desdén, sin abrir la boca.

—Mal —contestó el instructor por ella—. Le va mal. Estaba a punto de mandarla al calabozo.

Aldo echó un vistazo a la diligencia.

—¿Renuncia a un letrado, Silvia? —le preguntó.

—No —dijo ella—. Lo que quiero es que me dejen verlo antes de firmar nada.

—Pues marque esa casilla. —Aldo le pasó el papel—. Cuanto antes lo haga, antes podrán localizarlo.

Silvia vaciló. Finalmente, cogió el bolígrafo y trazó una equis.

—Fírmela, si es tan amable. —Silvia obedeció, esta vez sin chistar.

—¿Cuánto tardará? —preguntó.

—Le avisaremos de inmediato. Si en un plazo máximo de ocho horas no se presenta o renuncia a ser su representante legal, el Colegio de Abogados le asignará uno de oficio. Ahora la acompañarán al calabozo.

El instructor llamó a un agente que aguardaba junto a la puerta.

—Si no opone resistencia, no es necesario que la espose.

—Silvia —dijo Aldo cuando el policía la ayudó a ponerse en pie —. Declare. Declare voluntariamente y acabe de una vez. Está agotada. Esto es demasiado para usted, lo sé. Lo mejor que puede hacer es rendirse…

—No tengo nada que decirle, inspector —musitó ella. Intentaba conservar el tipo. Sin embargo, sentía que iba a derrumbarse de un momento a otro.

—Como quiera —contestó él—. La veré más tarde, entonces.

Silvia abandonó la sala cabizbaja, escoltada por el policía. Aldo se volvió hacia el instructor.

—¿Quién es el abogado? —le preguntó.

—Un tal Esteban Trujillo. ¿Lo conoces?

—No. No me suena…

—Por cierto —dijo Ramírez—, ya me enteré de lo del médico ese. ¿Dónde está?

—¿Nájera? Incomunicado, de momento —contestó Aldo, pensativo—. Haz que localicen al letrado y avísame cuando llegue.

Estaré en mi despacho, preparando el interrogatorio.

Silvia llevaba cerca de tres horas encerrada en una celda diminuta cuando vinieron a buscarla para trasladarla a otra dependencia. Allí la aguardaban Esteban —el abogado—, el inspector Monteiro, el funcionario que le había leído los derechos y una secretaria. Por el aspecto de la sala, Silvia comprendió que era el lugar donde la iban a someter al interrogatorio. El abogado parecía nervioso.

—Silvia —la saludó con un gesto.

—Creí que no iba a venir nunca —le reprochó ella. El instructor le indicó que se sentara. Esteban se acomodó a su lado y dejó el maletín sobre la mesa, circunspecto—. ¿Qué ocurre? ¿No van a dejarnos hablar en privado? —le preguntó Silvia.

—Después del interrogatorio. Ahora no conteste a sus preguntas, solo a las mías y ratifique que no desea declarar cuando se lo pregunten —le explicó—. ¿Procedemos? —le dijo al instructor. Ramírez les pasó la copia de la diligencia firmada por Silvia, volvió a repetir los motivos de la detención y le recordó sus derechos.

—Silvia Manzanares Pardo, ¿ha estado detenida o ha sido procesada en alguna ocasión? —comenzó a interrogarla, tras los formulismos. Silvia se volvió hacia Esteban. Él enarcó las cejas.

—No voy a prestar declaración.

—Silvia —intervino Aldo—, el pasado día tres de noviembre usted visitó el Jardín Botánico con un grupo de escolares. La acompañaba el señor Pedro Delgado Calviño. Llegaron al jardín sobre las doce del mediodía y abandonaron el recinto en torno a las dos y media, según las declaraciones del señor Delgado, que usted misma ha corroborado en anteriores ocasiones. ¿Es correcto?

—No voy a contestar. —Silvia miró a Esteban, insegura.

—Sobre la una y cuarto llegaron al invernadero de plantas tropicales con intención de continuar allí la visita. En ese momento, usted alegó una indisposición repentina…

—Las indisposiciones siempre son repentinas —apuntó el abogado. Aldo lo ignoró.

—… Y, con esa excusa, dejó al señor Delgado a cargo del grupo y salió del invernadero —continuó—. El señor Delgado declaró que por espacio de unos cuarenta y cinco minutos, entre la una y cuarto y las dos, permaneció usted fuera de su vista. En ocasiones anteriores, cuando ha sido interrogada al respecto, ha alegado que salió del parque, cruzó la calle y entró en una cafetería «cuyo nombre no recuerda». Tomó un café y regresó para continuar con la

visita, que duró hasta las dos y media, como ya he mencionado. ¿Es así?

—No voy a contestar.

—Sin embargo, en esos cuarenta y cinco minutos nadie reparó en usted. Nadie recuerda haberla visto salir del Jardín Botánico. Ningún camarero recuerda haberla visto en ninguna cafetería a ese lado de la calle. Nadie recuerda que usted volviera a entrar en el recinto. Nadie recuerda haberle pedido el tique para permitirle de nuevo el acceso, como ha manifestado usted. No existe ningún testigo que verifique que usted hizo, en suma, lo que dice que hizo en ese intervalo…

—Eso no es una pregunta —apuntó el abogado.

—¿Vio a Rubén Manzanares Ruiz en el Jardín Botánico aquel tres de noviembre, Silvia?

—No tengo nada que decir.

—¿Seguro? Porque aquella mañana él estaba allí —prosiguió Aldo—. Un testigo ha declarado que estuvo con él entre la una y la una y veinte. Después, según declaraciones del mismo testigo, Manzanares se dirigió a un cobertizo que los jardineros utilizan para guardar sus herramientas, situado a escasos metros del invernadero. Por indicios hallados en la ropa de Manzanares, que coinciden con otros encontrados en su piso, Silvia, sabemos que tanto él como usted atravesaron una zona concreta del parque…

—¿Qué indicios? —preguntó Esteban.

—… Una zona muy concreta —puntualizó el inspector, sin responder al letrado—. Lo que nos lleva a pensar que durante aquella visita, y antes de dirigirse al invernadero, usted vio y reconoció a Rubén Manzanares. Pero, en lugar de comunicárselo a la policía, decidió atentar contra él. Fingió un malestar súbito y, una vez sola, buscó al señor Manzanares… ¿Dónde lo atacó, Silvia? ¿En el paseo de las Escuelas Botánicas, cuando Manzanares se disponía a abandonar el parque?

—No voy a contestar —Silvia palideció.

Aldo sonrió, confiado. De un portafolio extrajo una fotografía y se la mostró.

—¿Reconoce este objeto?

—No conteste —le ordenó Esteban—. ¿A qué juega, inspector? ¿Qué es eso?

—Es un alfiler de sombrero —dijo Aldo—. Silvia, usted sí sabe lo que es, ¿verdad? Lo sabe porque tiene uno parecido. O, al menos, lo tenía por entonces. Solía llevarlo prendido en alguna pieza de ropa, según ha declarado otro testigo. Diga, ¿lo llevaba con usted el día

tres de noviembre durante la visita al Jardín Botánico?

—No tengo nada que decir.

—¿Acaso no fue ese el instrumento que utilizó para agredir al señor Manzanares?

—Se está extralimitando, inspector —le advirtió Esteban.

—¿Qué responde, señora Manzanares? —preguntó el instructor.

—... No tengo nada que decir.

—¿No es cierto que Rubén Manzanares no supo cómo reaccionar al verla allí tras quince años sin tener noticias suyas?

—No voy a contestar.

—¿No es cierto que entonces usted le atacó de frente, con alevosía, aprovechando la sorpresa que le había causado?

—¿Cuánto va a durar esto? —Silvia se volvió hacia el abogado —. ¿Por qué insisten si ya he dicho que no voy a declarar?

—Conteste a la pregunta, señora Manzanares —le pidió el instructor.

—No tengo nada que decir —repitió ella.

—Esto nos lleva, claro, a los motivos —dijo Aldo—. Qué razones tenía usted, Silvia, para atentar contra su padre. Para cometer un homicidio.

—Está vulnerando la presunción de inocencia de mi defendida —protestó Esteban—. Creo que este interrogatorio debería ir concluyendo.

—En diciembre de 1988 —prosiguió el inspector— su madre, Águeda Pardo, descubre que está embarazada. Un embarazo tardío e inesperado. Por motivos de salud decide trasladarse fuera de Ruinas de Santa Marina, a una casa de campo situada en Valverde de Calazor. Un lugar notablemente aislado. ¿Acompañó usted a su madre en ese viaje?

—No voy a contestar.

—En declaraciones anteriores manifiesta que sí. Y explica que permanece en la mencionada casa junto a la señora Pardo desde mediados de diciembre de 1988 hasta finales de agosto de 1989, y que en septiembre de ese mismo año entra interna en un colegio de religiosas para finalizar sus estudios de bachillerato. Ocho meses aislada en una casa de campo, sin recibir más visitas que la de su padre de vez en cuando, según ha dicho. ¿Por qué? ¿A qué respondía ese aislamiento?

—No contesto.

—Usted tenía por entonces quince años. En abril cumplió dieciséis. El pequeño nació, según afirmó usted en otra ocasión, el veintitrés de mayo, aunque en su partida de nacimiento consta que

fue el trece de septiembre. ¿Es cierto que Daniel Manzanares…, el segundo Daniel Manzanares Pardo, nació el veintitrés de mayo de 1989?

—Sí, claro que es cierto —no se pudo contener.

—Silvia, le aconsejo que no diga nada —la previno Esteban.

—Y usted sabe bien que esa y no otra es la fecha correcta porque usted estaba presente en el momento del parto, ¿no es así? —continuó Aldo.

—No tengo nada que decir.

—De hecho, aquel día había al menos tres personas en la casa de Valverde. Una era usted, otra era su madre y la tercera era el médico. El médico de confianza de la familia Manzanares. Una persona discreta y servicial. El doctor Beltrán Nájera. El mismo que falseó la partida de nacimiento de Daniel. Dígame, Silvia: ¿estuvo el doctor Beltrán Nájera presente en el alumbramiento?

—No…, no tengo nada que decir.

—¿Seguro que no tiene nada que decir? ¿Seguro que no fue él quien asistió a la parturienta, Silvia?

—Basta, por favor —gimió ella.

—Responda, señora Manzanares —la instó Ramírez.

—No tengo nada que decir…

—¿Seguro que no fue él quien ayudó a nacer a ese niño, Silvia? ¿A su hijo?

—Inspector, está presionando psicológicamente a mi defendida para hacer que declare en contra de su voluntad. Quiero que conste la actitud improcedente del señor Monteiro —añadió, dirigiéndose a la secretaria.

—Conteste, Silvia —la hostigó Aldo, sin prestar atención al abogado—. ¿No era por usted que estaban en esa casa, apartados de cualquier mirada indiscreta?

—Nada que decir…

—¿Acaso no era usted quien estaba embarazada?

—… Nada que decir.

—¿Acaso no fue Rubén Manzanares Ruiz la persona que la dejó a usted encinta?

—…

—Conteste.

—Nada que decir —repitió, con voz ahogada.

—¿Qué pretende con este… disparate de interrogatorio, señor Monteiro? —preguntó el abogado.

—Llegar a los hechos. —Aldo lo miró con fiereza—. Yo pregunto…

—Y yo no contesto —masculló Silvia—. No contestaré a ninguna pregunta, ¿por qué no me deja en paz?

—Silvia, a usted la retuvieron en contra de su voluntad en aquella casa durante los últimos cinco meses de gestación y los primeros meses de lactancia del bebé para evitar un escándalo. ¿No es así?

—No contesto.

—¿Cuánto tiempo duraron los abusos a los que la sometió su padre? ¿Meses, años?…

—…

—Hasta que usted se queda embarazada. Manzanares la amenaza para que no lo delate. Es una persona profundamente religiosa. Ni se le ocurre la posibilidad de un aborto. O tal vez teme que alguien descubra su secreto y lo denuncie. Al fin y al cabo, no solo es usted su hija, sino que además es menor de edad. De modo que convence a Águeda para que encubra el embarazo. ¿Cómo lo hizo, Silvia?

—… No tengo nada que decir.

—¿Le hizo creer que usted mantenía relaciones sexuales con otros chicos, quizás? ¿Cargó sobre usted la culpa? ¿Fue así como logró que Águeda aceptara participar en ese engaño?

Silvia se revolvió en el asiento, llena de rabia.

—No… diré nada.

—Y después… Después la desterraron, ¿no es así? Manzanares le tenía miedo. Temía que un día se fuera usted de la lengua. Era preferible mantenerla alejada del niño y de Águeda. Era preferible que olvidase que aquella criatura era fruto del incesto. Y usted aceptó el trato. Aceptó olvidar. ¿No es cierto?

Silvia se echó a reír.

—¿No es cierto? —insistió Aldo.

—¿Quiere saber la verdad, inspector? —exclamó.

—Silvia, le aconsejo que… —trató de prevenirla el abogado.

—… Mi madre lo sabía —declaró—, siempre estuvo al tanto de los abusos. Ella descubrió que yo estaba embarazada. Ella impidió que abortase… Fue ella quien amenazó a mi padre con denunciarlo si no hacía lo que ella quería, ella me encerró en aquella casa… Todo, absolutamente todo, fue idea suya. Mi padre aceptó. Mi padre la encubrió. Mi padre era un monstruo, sí. Pero mi madre no lo era menos. ¿Entiende? Ella… deseaba tanto ese niño… Tanto que…

—¿Por qué no lo concibió ella, entonces?

—¿No lo sabe? —preguntó Silvia, incrédula. Aldo enarcó las cejas, con expresión interrogante—. Cuando ocurrió el accidente, mi

madre estaba embarazada. Mi hermano pequeño murió… Y ella abortó. Meses más tarde, tuvo una infección. Tuvieron que extirparle la matriz.

Aldo la observó, sin poder disimular la impresión que sus palabras le habían causado. Esteban miraba la diligencia que tenía delante, algo cohibido. Ramírez permanecía impertérrito. Silvia se desinfló tras haber hablado. Se hundió en la silla, con los ojos enrojecidos.

—Entiendo. —Aldo hizo una pausa—. Silvia, esta es la última pregunta que le formulo. Cuando aquella mañana vio usted a Manzanares en el Botánico y lo agredió, ¿quiso vengarse del padre que abusó de usted o del hombre que, presumiblemente, mató a su… hijo?

—No voy a responder a más preguntas. Prefiero que me devuelvan al calabozo —susurró.

—Conteste al menos a esto: ¿fue Beltrán Nájera el médico que la atendió durante el parto?

—No tengo nada que añadir.

—¿Por qué protege a ese hombre, Silvia? ¿No desea que pague por sus actos?

—¿Qué importa ya? —repuso ella

—Silvia, no responda… —le indicó el abogado.

—Por última vez, Silvia. ¿Era o no era el doctor que la atendió Beltrán Nájera?

—… Sí —contestó finalmente—. Lo trajo mi padre desde Santa Marina cuando mi madre le avisó de que el parto estaba próximo.

—¿Puede repetirlo, por favor? —le pidió Aldo.

—El doctor Beltrán Nájera vino para atenderme. Eso sucedió el día veintidós de mayo de 1989. Daniel nació al día siguiente, el veintitrés de mayo, a las once menos cuarto de la mañana. El parto duró más de seis horas. Aquella noche estuve a punto de morir —dijo, sin emoción alguna—. De hecho, creo que una gran parte de mí murió aquella noche —añadió—. No diré nada más.

—Por mi parte, es todo —concluyó Aldo.

—Bien. —Ramírez se volvió a la secretaria y le pidió la transcripción—. Por favor, si es tan amable de firmar…

—Un momento —intervino Esteban—. Quiero solicitar una ampliación de la declaración.

Ramírez titubeó.

—… Sí, desde luego.

—Señora Manzanares… —comenzó el letrado.

—Llámeme Silvia. La señora Manzanares era mi madre.

—Silvia. Antes de hoy, ¿la han detenido alguna vez?

—No… —vaciló. No sabía si cuando Rodrigo le puso las esposas aquella noche, tras dejar a Yeimer y Ana con los okupas, podía considerarse una detención.

—¿Ha sido procesada en alguna ocasión?

—No.

—¿Ha recibido por escrito alguna citación en la que se le informe de que está usted imputada en algún proceso penal?

—No.

—¿Alguna citación oral?

—No.

—¿En qué momento se le informó de que estaba usted imputada en este caso?

—Pues… hoy. Cuando me trajeron aquí…

—O sea, al llegar a la comisaría, ¿no es así?

—Sí.

—¿No le explicaron los agentes los motivos de la detención en el mismo instante en que se produjo?

—… No. Me pidieron el DNI. Después me cachearon, me esposaron y me metieron en un coche.

—¿Qué estaba haciendo usted cuando fue abordada por los agentes?

—Estaba… Estaba a punto de entrar en el portal de mi edificio…

—De manera que la detuvieron en la vía pública…

—Sí.

—¿Presenció alguien su detención, alguien que usted conozca?

—… La vecina del bajo —dijo Silvia, un poco confusa—. En la calle había bastante gente, pero no reconocí a nadie más.

—¿Los agentes se identificaron como tales en el momento de la detención?

—Bueno… Iban de uniforme.

—¿Le mostraron su número de licencia, la orden de detención?

—¿La licencia?… No. Uno de ellos me puso un papel ante las narices, pero no pude ver lo que era.

—¿Le informaron de sus derechos? —continuó Esteban.

—Sí. Mientras me arrastraban esposada hacia el coche.

—Cuando llegó a esta comisaría, ¿le explicaron de nuevo sus derechos?

—Sí.

—¿La vio algún médico?

—No…

—Un segundo —saltó Ramírez—. No lo solicitó cuando se le dio

la oportunidad de hacerlo —adujo—. Y en ningún momento colegí que fuera necesario. La detenida no manifestó haber sufrido lesión alguna…

—De todos modos, quiero hacer constar que mi defendida no fue examinada por un forense, a pesar de que es aconsejable verificar el estado de salud de un detenido nada más llegar a dependencias policiales. También me gustaría saber qué diligencias están llevando a cabo que precisen medidas cautelares.

—Eso podrá consultarlo en el atestado si el juez lo autoriza —gruñó Ramírez.

—En ese caso, creo que he concluido —dijo Esteban. Ramírez pidió a la secretaria las copias y se las pasó al abogado.

—Fírmelas, por favor.

El abogado firmó las seis copias: tres corroborando que se le habían manifestado sus derechos a Silvia y tres por la declaración.

—¿Desea entrevistarse ahora en privado con su abogado, señora Manzanares? —le preguntó el instructor. Silvia quiso responder, pero Esteban se le adelantó.

—Disculpe —dijo—. No he terminado. Por favor, deme también el anexo. La solicitud de habeas corpus…

—¿Habeas corpus? —repitió Monteiro—. ¿Qué está diciendo, letrado?

—¿Tiene alguna objeción? —le preguntó Esteban.

—¿Tiene usted algo que justifique esa petición o solo quiere hacernos perder el tiempo? —contraatacó Aldo.

—Mi defendida está en su derecho a solicitarlo, y tenemos motivos sobrados para hacerlo. Para empezar, los agentes que la detuvieron no se identificaron ni le explicaron los motivos de su detención. El tratamiento que recibió fue desproporcionado y vejatorio. Silvia no opuso resistencia, como podrán corroborar los testigos. Y, desde luego, no estaba incurriendo en un delito flagrante por sacar unas llaves del bolso. En definitiva, es obvio que mi defendida no hizo nada que justificara el cacheo arbitrario al que la sometieron en la vía pública ni el uso de las esposas tras su identificación…

—Por partes, letrado —dijo Aldo—. Los agentes no obraron de manera incorrecta ni arbitraria, sino con prudencia. Tenían una orden judicial para detener a Silvia como sospechosa de homicidio. No podían saber si iba armada o si podía resultar peligrosa…

—Por favor —resopló Silvia, indignada.

—Discrepo. En cualquier caso, no veo justificación legal para esta detención. Ni Silvia está procesada ni existen indicios reales de

su participación en el delito que se le imputa. Todo lo que tienen, inspector, es un cúmulo de sospechas sustentadas en casualidades y conjeturas muy, pero que muy endebles… ¿Una foto de un alfiler? ¿Piensa presentarse con eso ante un juez? ¿Dónde está el instrumento en cuestión?

—Por eso está ella aquí —dijo Aldo, frío—. Para averiguarlo. Y evitar que destruya cualquier evidencia de su implicación en…

—¿Ve a lo que me refiero? —le interrumpió el abogado—. Está violando su presunción de inocencia una y otra vez. Si esto no es de por sí suficiente motivo para solicitar el habeas corpus, dígame usted qué puede serlo…

—Disculpe, letrado —intervino el instructor—. Ya que insiste, se lo diré. Esta detención obedece a un motivo muy concreto y totalmente legal: este. —Ramírez le tendió un documento. Esteban lo cogió.

—¿Una orden de registro? —dijo—. Esto no…

—Esto justifica que se retenga aquí a la señora Manzanares a fin de que no entorpezca el curso de la investigación que en estos momentos…

—Cuénteselo al juez instructor, no a mí —respondió Esteban—. Voy a solicitar la incoación y, tan pronto se admita a trámite el procedimiento, yo…

—¿Usted? —dijo Aldo.

—Esta detención no tiene por objeto evitar que su investigación se vea perjudicada, y lo sabe, señor… Monteiro. Mi defendida ha colaborado en todo momento con las autoridades policiales y judiciales. Y en algunos casos lo ha hecho sin las más mínimas garantías legales, por cierto.

—¿Ah, sí? —sonrió Aldo, con cierto cinismo.

—No se ría, inspector. Está claro que usted debería permanecer al margen de este caso. Su… obcecación, su empeño por inculpar a mi defendida a toda costa, raya el acoso. Puedo demostrarle que es ella quien corre auténtico peligro.

—Le escucharé encantado. A su debido tiempo —murmuró Aldo.

—Desde luego que me escuchará —contestó Esteban—. Y espero que entonces entre en razón. Ahora, si me permiten un minuto, tengo que rellenar esto —dijo, con la estilográfica preparada.

—Nadie se lo impide —masculló Ramírez.

Una vez completado el formulario, el abogado se lo pasó al instructor.

—Creo que ya no hay más que decir. Mi defendida solo declarará ante un juez —apostilló.

—Silvia —dijo Aldo—, sabemos que usted tenía el arma, la oportunidad y el motivo…

—Inspector —le increpó el abogado—, Silvia ya ha dejado clara su intención de no declarar. Las actas están firmadas. No puede seguir interrogándola.

—No interrogo. Solo comento.

—Pues ahórrenos sus comentarios. Ahora, si son tan amables, quisiera hablar con mi cliente.

—¿Desea usted hablar con su abogado, señora Manzanares? —le preguntó Ramírez.

—Sí —contestó Silvia.

—Si no les lleva mucho tiempo, pueden hacer uso de esta sala —dijo el instructor—. Si no, tendrán que hablar en el pasillo.

—No tardaremos —contestó Esteban.

—Bien. Cuando termine, comuníqueselo al agente de guardia —le indicó. Él y la secretaria salieron al mismo tiempo. Aldo remoloneó un poco mientras guardaba una serie de documentos en su portafolio ante la mirada censuradora del abogado y la desesperación de Silvia.

—Es usted novato, ¿verdad? —le preguntó a Esteban.

—¿Cómo dice?

—Sí —afirmó Aldo—. Lo es. Ya se dará cuenta de que las cosas no son como usted piensa. Un día se despertará y será solo un abogado, no un príncipe azul al rescate.

—Tengo muy claro lo que soy —contestó él, seco—. Y lo que seguiré siendo.

Aldo se dirigió a la puerta. La abrió, pero, antes de salir, se volvió de nuevo hacia el abogado.

—A propósito, ¿sabe qué día es hoy, letrado? —le preguntó, en tono jovial.

—… Claro que sé qué día es hoy. De momento, sigue siendo jueves, veintiuno de diciembre. Y no pienso permitir que agoten ustedes el plazo máximo de detención. Antes de veinticuatro horas…

—Veintiuno de diciembre —repitió Aldo, en un tono más solemne—. Día de Tomás, apóstol. El más escéptico de los doce.

—¿Disculpe? —dijo Esteban, perplejo. Silvia se echó las manos a la cabeza.

—«Maestro —declamó Aldo—, ni sabemos adónde vas ni sabemos dónde está el camino», dijo Tomás en el transcurso de la última cena…

—¿Y eso qué significa? —le preguntó Esteban.

—Significa que… Mejor, averígüelo usted mismo, letrado —sonrió y, sin añadir más, salió de la sala.

—Dios mío —murmuró el abogado cuando se quedaron solos—. Es un auténtico psicópata…

—Sí. Pero parece que yo soy su única víctima —contestó Silvia—. Por favor, dígame que puede sacarme de aquí —le rogó.

—Sí. Por eso solicité el habeas corpus. Es la forma más rápida. Escuche, Silvia —terció—: tengo que decirle algo muy importante…

—¿Cómo de rápida? ¿Qué quiere decir eso de habeas corpus? —insistió ella.

—Es un procedimiento para solicitar que la pongan a disposición judicial de inmediato, alegando un incumplimiento de las formalidades legales. Espero que cuele —suspiró—. Es la primera vez que lo solicito…

—No me diga que… —Es usted un novato, estuvo a punto de repetir las palabras del inspector. Pero se contuvo—. No me diga que espera que cuele, por favor. Necesito saber que saldré de aquí.

—Saldrá de aquí, se lo aseguro —contestó él, con una sonrisa nerviosa—. En veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? —exclamó ella—. ¿Bromea?

—Bueno —vaciló—. Tal vez antes, depende de las alegaciones que se presenten. Lo importante es que estoy seguro de que el juez resolverá a su favor. Tengo algo que…

—Entonces, ¿tendré que pasar la noche aquí? —le interrumpió Silvia.

—Me temo que sí. Silvia… Centrémonos en lo importante, ¿quiere? Con un poco de suerte, es posible que pueda hacer que declare antes de que transcurran las veinticuatro horas. Pero le aseguro que no la retendrán más tiempo…

—¿Por qué? —se alarmó—. ¿Cuánto tiempo más pueden tenerme encerrada?

—El plazo máximo es de setenta y dos horas desde el momento de la detención. Pero no tiene de qué preocuparse: eso no sucederá…

—¿Y cómo está tan seguro?

—Porque lo del plazo máximo tiene otra limitación legal: la privación de libertad es algo excepcional y debe estar plenamente justificada por algo. Una vez se resuelva ese algo, o la ponen a disposición judicial o la dejan en libertad. En este caso, ese algo que han alegado es un registro. Pero el registro no puede durar eternamente. En cuanto finalice, si el juez aún no ha admitido a

trámite el habeas corpus, tendrá que hacerlo. Y lo hará. En realidad, no sé por qué la han detenido…

—Quieren agotarme. Quiere que me declare culpable, ya lo vio usted.

—Sí. Luego volvemos a ese tema, Silvia. Pero primero déjeme que le informe de un asunto, por favor. Es muy importante…

—¿Qué asunto?

—Logré ponerme en contacto con esa compañía, Azur Seguros. Dígame una cosa. —El abogado abrió el maletín y extrajo una carpeta. Buscó algo entre los documentos que contenía, nervioso—. Silvia, ¿conoce usted al señor Adrian Lekker, escrito con doble «k»?

—No. ¿Quién es?

—Está completamente segura, ¿verdad?

—Sí…

—Piénselo bien. Esto es muy importante.

—No, no conozco a nadie con ese nombre. ¿Qué ocurre, quién es? —se impacientó ella.

—El beneficiario de un seguro de vida que usted contrató hace cosa de medio año.

—¿Yo? —se sorprendió Silvia—. Ya le dije que yo no he contratado ningún seguro de vida…

—¿Ninguno?

—No. Tengo el del coche… El de la casa, por el crédito hipotecario. Y el seguro obligatorio como funcionaria. Pero no tengo ningún seguro privado de vida. ¿De dónde ha sacado eso?

—Si solo fuera uno —suspiró Esteban—. Supuestamente, ha contratado usted seis pólizas distintas en las principales compañías de seguros de este país y en una filial suiza. Todas ellas con cláusulas adicionales por accidente, lo que supondría una indemnización total en caso de fallecimiento de unos dos millones y medio de euros. Para el beneficiario, claro. El señor Lekker.

—Creo que… tengo ganas de vomitar —susurró.

—Tranquilícese. Será fácil demostrar que usted no firmó esas pólizas y que otra mujer suplantó su identidad. Silvia, ¿se da cuenta de lo que esto significa? Hay que ponerlo en conocimiento de las autoridades. Pensaba hacerlo justo cuando me avisaron de su detención…

—Es cosa del Inglés —se le ocurrió—. Ayer, cuando hablé con Ana…

—¿Goicoechea? —dijo él—. Silvia, ¿por qué fue a verla? Le dije que no…

—Que no me lo aconsejaba, lo sé. Lo siento, no pude evitarlo.

Escúcheme: Ana dijo que me habían secuestrado porque creían que yo tenía dos millones y medio de euros escondidos en alguna parte. Pensaban que era el dinero que le debía mi padre al Inglés.

—Tiene sentido —asintió el abogado—. ¿La interrogaron después de hablar con ella?

—Tuve que prestar declaración en los juzgados de Rivera. Luego me dijeron que me citarían de nuevo en un juicio, como testigo.

—Bien. Creo que esto demuestra que es usted la víctima de un complot. Deberían protegerla hasta que la policía averigüe quién ha estado abonando las primas de esos seguros y quién es ese… Lekker. Y deberían dejarla en libertad sin cargos. Una cosa más… ¿Ha redactado usted su testamento ante notario?

—No.

—¿Tiene algún documento privado en el que otorgue a alguien la herencia de sus bienes en caso de fallecimiento?

—No, nunca he pensado en eso… ¿Por qué?

—Por nada, solo era una pregunta. —Esteban la miró, con aire grave—. Silvia, le seré honesto. No soy un experto en causas criminales. El inspector tenía razón en una cosa: estoy empezando mi carrera. Si desea que sea otra persona quien se haga cargo de su defensa, yo…

—No —se apresuró a decir ella—. No. Confío en usted. —Silvia pensó que quizás un abogado con experiencia no se habría tomado su caso tan en serio—. Solo dígame qué tengo que hacer…

—En primer lugar, tranquilizarse. Debe conservar la cabeza fría. En segundo lugar, sea positiva. Si el juez decide que hay motivos para procesarla, supongo que fijará una fianza, la pondrá en libertad con cargos y la citará para presentarse a juicio. Pero espero que dicte el sobreseimiento. De todos modos, intente pensar qué motivos tiene ese inspector para sospechar de usted y si… Bueno, si existe algo, algo tangible, que pueda utilizar en su contra. Pruebas, ¿entiende? Evidencias físicas que la comprometan a usted de algún modo. O… testigos. Por cierto, necesito una lista de las personas que recuerde haber visto ese día en el Jardín Botánico, en la cafetería, en la calle…

Silvia asintió, muda.

—Pero no lo escriba. No escriba nada. Solo reténgalo en la memoria. Mañana volveré a entrevistarme con usted y prepararemos su declaración. Necesito saber más detalles sobre ese… alfiler. Y también que me cuente con detenimiento su entrevista con Ana Goicoechea.

—Está bien.

—Silvia. —Esteban adoptó un tono confidencial—. Si vuelven a interrogarla, sea amable. Pida mi presencia. Y, si con alguna excusa se niegan, haga lo que le piden.

—¿Qué excusa?

—No sé. Puede que intenten incomunicarla. Sería del todo ilegal, no tienen motivos. Pero, si en un hipotético e improbable caso sucediera, colabore. Y acójase en todo momento a su derecho a guardar silencio. Expréselo de manera suave, sin provocar a los agentes. Su testimonio tiene poco valor probatorio, y puede cambiarlo cuando declare ante el juez. Aun así, no hable. No se fíe de lo que le digan. A veces intentan hacerle creer a un detenido que, si llega a un acuerdo con ellos y declara, podrá salir de inmediato. Es mentira. Recuerde que solo un juez tiene autoridad para decidir su puesta en libertad. Si le dicen que un testigo la ha delatado o la ha visto cometiendo el crimen, no reaccione de forma desproporcionada ni se le ocurra declarar para negarlo, porque pueden volverlo en su contra.

—Esteban —le interrumpió Silvia—, habla como si creyera que yo…

—Lo que yo crea no importa, Silvia. Solo la estoy previniendo para que no cometa ningún error mientras esté aquí. El inspector dijo algunas cosas muy alarmantes… Por cierto, vi que no ha pedido que comuniquen su detención a nadie. Debería hacerlo. Pueden visitarla.

—Hay alguien. Pero no quiero que se entere por la policía. Se llama Rodrigo. ¿Usted podría…, podría llamarle y explicarle…?

—Sí, claro. Déjeme su teléfono.

—Está con mis cosas.

—Bien. Antes de irme se las pediremos. No se preocupe. Necesitará también algo de ropa para mañana. Pida que le permitan ducharse. Si le apetece comer algo distinto de lo que dan aquí, puede encargarlo. ¿Tiene dinero?

—Sí. Bueno, también lo tienen ellos.

—Ahora lo solucionamos. Todo aquello que no suponga un riesgo para usted o los funcionarios que la vigilan puede conservarlo consigo en el calabozo. Pida… No, deje. Yo pediré mantas y que le permitan asearse. Y algo para leer. ¿Alguien puede traerle ropa?

—Si están registrando mi piso, lo veo difícil.

—Pues conviene que esté arreglada para ver al juez. Si me dice qué talla usa, le pediré a mi secretaria que le compre algo. Con su permiso, claro.

Silvia asintió.

—Y ahora tengo que ver lo que hago con esto. —Esteban señaló los documentos del seguro—. Me gustaría ponerlo en conocimiento de ese inspector yo mismo antes de hacer la denuncia, pero no sé…

—Espere. Hay otro. El caso lo llevan entre los dos. Se llama Julio Mataró. Es más asequible. Bastante más correcto que Monteiro.

—Bien. Intentaré localizarlo. Mañana, cuando sepa más sobre el curso de las diligencias y haya leído las copias de sus declaraciones anteriores, podremos trazar una estrategia para la comparecencia ante el juez. Mientras tanto, procure descansar. Y no olvide mis consejos.

XCVI

Lo primero que hizo Aldo al entrar en su despacho fue cerrar la puerta, dejar las cosas sobre la mesa y telefonear a Julio.

—Teniente —prorrumpió en cuanto le pasaron la llamada—, Silvia ha confesado…

—¿Cómo que ha confesado? —contestó Julio, atónito—. ¿Qué ha confesado?

—Bueno…, ha reconocido que dio a luz a Daniel. Y que Nájera la asistió en el parto, de manera que no solo falseó la partida de nacimiento. También encubrió a Manzanares.

—Entonces… Es cierto que Daniel era…

—Ajá. Por lo visto Águeda sabía que Manzanares abusaba de Silvia. Y a pesar de todo, cuando descubrió que se había quedado embarazada, la obligó a tenerlo.

—¿Águeda?

—Sí. Según Silvia, fue ella quien la retuvo a la fuerza en esa casa hasta el alumbramiento. Parece que todo fue idea suya. Manzanares accedió por miedo a que lo denunciara.

Julio enmudeció.

—¿Teniente? ¿Sigue ahí?

—Sí. Es que no me lo esperaba. De Manzanares sabíamos muchas cosas, pero de Águeda… Esto supera con creces lo peor que podía imaginar de la «vieja desalmada». Me pregunto si…

—¿Qué? —le apremió el inspector.

—Aldo, si esa mujer fue capaz de hacerle eso a Silvia, si tenía tan pocos escrúpulos como madre… ¿Y si estamos equivocados? ¿Y si ella empujó a Daniel por las escaleras y Manzanares solo actuó como cómplice? Tal vez las cosas sucedieron al revés de como las imaginábamos.

—Teniente, mucho me temo que no lo sabremos nunca. Pero sí

sabemos que Águeda quería a ese niño.

—¿Que lo quería? ¿Tanto como a Silvia?

—No, Julio. Águeda no estaba bien de la cabeza. Creo que lo único en lo que pensó cuando Manzanares dejó encinta a Silvia fue en recuperar al niño perdido. Por eso le puso Daniel. Por eso falsificó la fecha de nacimiento para hacerla coincidir con la de la muerte del otro pequeño. Lo resucitó, Julio. ¿No se da cuenta? Silvia nos dijo también que, a raíz del accidente de coche, Águeda abortó. Poco después le extirparon la matriz. Por muy retorcidas e inmorales que fueran sus motivaciones, el caso es que quería a ese niño. Lo quería a cualquier precio.

—A cualquier precio —repitió Julio—. Eso que dice es terrible, Aldo. ¿Cómo habrá podido sobrevivir Silvia a una experiencia así sin perder la razón?

—Dándole la espalda. Dándole la espalda a todo, hasta que un día Manzanares se cruzó de nuevo en su camino y sintió que había llegado el momento de tomarse la revancha.

—Entonces..., ¿es cierto? ¿Ha confesado?

—No. De momento. Tiene un abogado, un tipo recién salido de la facultad, con la cabeza llena de ideales todavía. Intenta llevarla a declarar ante el juez.

—Bueno, está en su derecho —comentó el teniente.

—Sí, ya lo sé. A propósito, estoy esperando noticias de la grabación de su encuentro con Ana Goicoechea. ¿Sabe algo?

—Está en manos del juez instructor, en Ribera de la Calzada. He hablado con los agentes de la Judicial que hicieron la escucha. Por lo que me han comentado, no es nada satisfactoria. El micrófono tenía poco alcance, estaba disimulado en la funda de un termómetro y Silvia casi se lo carga sin darse cuenta. Aparte de unos cuantos improperios y sinsentidos, no captaron más que cuchicheos...

—¿En la funda de un...? ¿Qué chapuza es esa?

—No tuvieron tiempo, Aldo. Fue todo tan improvisado que...

—No es excusa. En fin —suspiró el inspector—. Al menos lo intentamos. Ahora le toca a usted: ¿cómo le va a Nájera?

—Lo han vuelto a interrogar. Sigue hecho un basilisco y se niega a prestar declaración. De todos modos, tengo buenas noticias: ya han identificado las pinturas que encontramos ayer. Ninguna figuraba en la lista que Daniel copió. Algunas de las historias que arrastran son increíbles, como la de un lienzo de un pintor llamado Lawrence: Tres cabezas de niños. Pertenecía a un galerista de Ámsterdam. Los nazis expoliaron toda su colección cuando invadieron Holanda...

—¿Y el resto?

—Los más pequeños son de Picasso. Espere, que le digo… —Aldo le oyó teclear—. Sí. Uno es Tête de cheval, de 1962, y el otro, Verre et pichet, de 1944. Valorados en tres millones de euros cada uno. Fueron sustraídos de una exposición en una localidad cercana a Zúrich en noviembre de 2004, mire usted por dónde.

—¿Zúrich? ¿Por qué me suena tanto?

—Tal vez porque, justo después de la desaparición de Manzanares y el accidente de Flores, Nájera andaba por allí, ¿recuerda? La primera vez que hablé con él me dijo que se fue unos meses a Suiza por «motivos de salud». A la Interpol le ha interesado mucho este hallazgo, porque un par de meses después robaron cuatro cuadros más en otro museo de Zúrich y no han aparecido. La fecha coincide con el regreso de Nájera a España. Nos han pasado los datos. Son un Monet, un Cézanne, un Degas y un Van Gogh, tasados todos en unos sesenta y tres millones de euros…

—¿Qué hay del cuarto?

—El cuarto es la joya de la corona, y no solo por las dimensiones —dijo Julio—: Santa Rosalía contemplando una calavera, de Van Dyck. Al parecer es excepcional porque conserva la fecha de ejecución y coincide con el periodo que el artista pasó en Palermo, y apenas se conservan obras suyas de esa época. Ronda los cuarenta millones de euros…

Aldo dio un silbido.

—¿Y qué hay del archivador? —dijo—. ¿Han logrado forzar las cerraduras?

—Negativo. Las gavetas son pequeñas cajas de seguridad, de las llamadas «de sobreponer»: tienen un espesor considerable por los cuatro costados, chapas antitaladro y un sistema de apertura con combinación mecánica y llave. Las llaves sí las tenemos, estaban en la caja fuerte del despacho.

—¿Pudieron abrirla? —preguntó Aldo, sorprendido.

—Más que abrirla, la arrancamos de la pared. Solo tenía blindaje en la puerta. Pensé que se lo había dicho.

—No. Anoche no me comentó nada de esto.

—Lo siento. Fue un día muy largo. Estaba a punto de quedarme roque cuando me llamó.

—¿Y entonces? ¿No es posible abrir el archivador de alguna forma?

—Sí, pero lo mejor es esperar un poco, por si Nájera termina por darnos las combinaciones. Si fuerzan el mecanismo o intentan abrirlas a soplete, puede que el contenido sufra algún daño. En

cuanto al chico…

—El chico…, casi lo había olvidado —dijo el inspector—. ¿Cómo está?

—Asustado. Asustado y enganchado a la heroína, como pensaba el forense. Lograron identificarlo, y no mentía. Tiene quince años. Llegó a España hace cinco meses y llevaba tres desaparecido. Están montando un dispositivo para desmantelar ese prostíbulo en las próximas horas. De momento no sé más. ¿Cómo le va a Marcos con el registro en casa de Silvia? —terció Julio.

—No sé. Pero si no me ha llamado es que no han encontrado nada.

—Aldo, disculpe. Me llaman por otra línea. Tengo que dejarle.

—Sí, tranquilo. Nos vemos después…

Colgó, un tanto decepcionado. Se alegraba de los avances en la investigación que estaba llevando el teniente, pero sentía que el caso del Botánico se le iba de las manos por segundos. Marcó el número personal de Isobel. Tuvo que intentarlo tres veces antes de que ella contestara.

—¡Aldo! —exclamó—. ¿Qué quieres?

—Tranquila, Iso —dijo él, sorprendido por el tono—. Solo quería…

—Isobel, Aldo. I-so-bel. Ni Isi ni Iso. Estoy trabajando, ¿qué ocurre?

—Nada. Solo quería saber cómo te iba. Acabo de interrogar a Silvia, y su abogado ha solicitado el habeas corpus. Supongo que se lo admitirán a trámite. Si no encontráis algo…

—Aldo —suspiró—. De verdad, ya solo nos falta arrancarle el váter y picarle las paredes. Aquí no hay nada. Ni alfileres ni recibos ni cartas de Daniel ni sangre de Manzanares. Tampoco nos ha dejado una notita autoinculpándose debajo de la almohada. No hay nada, Aldo. Cero, aire, nada. Métetelo en la mollera de una vez.

—Está bien, no te pongas así —dijo el inspector, irritado—. ¿Y el coche?

—Limpio —contestó, lacónica—. Siento decírtelo, pero me parece que esta vez has patinado. Estamos despilfarrando presupuesto y esfuerzos para… No sé. Sinceramente, ¿por qué has puesto tanto empeño en castigar a esa mujer?

—Yo no quiero castigarla, Isobel. No es algo personal.

—¿En serio? Porque a mí me parece que sí se está convirtiendo en algo personal. ¿Seguro que no lo haces por ella?

—¿Ella?

—Juliette. Entiendo que no la hayas perdonado, pero…

—Mira, voy a colgar. Ya veo que no te cojo en buen momento.

—Aldo, por tu propio bien, tienes que tomar una decisión. Si tanto te preocupa el niño…

—Déjalo ya, ¿quieres?

—¿Por qué siempre te niegas a hablar de esto?

—¡Porque no tiene nada que ver con mi trabajo, recoño! —exclamó Aldo, y colgó.

Aldo se echó hacia atrás en la silla. Miró el atestado y la pila de alegaciones que iba a presentarle al fiscal. Le dio un manotazo. Los papeles cayeron al suelo en bloque, con un sonido tosco. Aldo hubiera deseado que revolotearan un rato por el despacho y que luego se depositaran poco a poco, suavemente, como las hojas en el otoño. Lo hubiera preferido mil veces a aquel plof austero, definitivo, sin concesiones. Sin pruebas materiales, sin confesión, sin testigos… Todo lo demás, todas las deducciones basadas en la concatenación de hechos y circunstancias, no serviría de nada en un juicio. Tenía que admitirlo: Silvia se libraría, una vez más… ¿Una vez más?, se dijo, desconcertado. No. Isobel estaba equivocada. Él no quería que Silvia pagase por los actos de otra persona, y mucho menos por los de Juliette. Solo que… era culpable. Nada más.

El teléfono le sobresaltó.

—Diga… —contestó, desganado.

—Soy yo.

—Ya me he dado cuenta, teniente.

—Aldo, ¿está bien?

—Sí. Disculpe, estaba ocupado. Dígame.

—Acaba de llamarme el abogado de Silvia. Dice que quiere enseñarnos algo importante. Algo relativo a unas pólizas de seguros. Está ahí, en comisaría. Le dije que hablara con usted, pero parecía un poco intimidado.

—Vaya por Dios —murmuró Aldo.

—¿Le importa si me acerco y charlamos los dos con él?

—Claro, teniente. Acérquese. De hecho, prefiero que hable usted.

—En quince minutos estoy ahí…

—Le espero —dijo, y cortó la comunicación.

Aldo se agachó para recoger los papeles del suelo. Sonrió, con amargura. El otoño se había desvanecido de golpe, con un sordo y triste plof. Aún era invierno.

Julio tardó más de media hora en llegar. Esteban le esperaba sentado en un banco del vestíbulo, con el móvil pegado al oído, apuntando algo en una agenda. A Julio le bastó una mirada para

saber que era abogado. Se acercó a él, sonriendo. Esteban colgó, cerró la agenda y se puso en pie. Miró a Julio con cara de enfado.

—¿Señor Trujillo?

—Teniente Mataró. —Esteban le tendió la mano—. Le esperaba hace rato. Tengo mucho trabajo, no puedo perder así el tiempo.

—Disculpe. Yo también tengo mucho trabajo. —A Julio se le quitaron las ganas de ser amable—. Voy a pedir que avisen al inspector Monteiro.

—¿De verdad es necesario? —dijo el abogado.

—Sí —contestó Julio.

Un agente que el teniente ya había visto otras veces, algo más bajo de la cuenta y con los ojos bastante saltones, les acompañó hasta el despacho de Aldo. Tocó a la puerta y, sin esperar que del otro lado le dieran permiso, la abrió de par en par.

—Jefe, el teniente Mataró y el abogado de la Manzanares están aquí —le anunció.

—Sí, Braulio. Puedo verlos justo detrás de usted —dijo Aldo—. Que entren, por favor.

El agente los dejó pasar y cerró la puerta. Aldo saludó a Esteban con un gesto de cabeza.

—Por favor: tome asiento —le dijo al abogado—. Y usted también, Julio. Yo me quedo la silla con rueditas, que por algo este es mi despacho.

Julio lo miró con cierta alarma. Sabía que Aldo no había bebido, nunca lo hacía. Pero su comportamiento resultaba un poco más chocante de lo habitual en él.

—Es la primera vez que veo a un inspector de Homicidios y a un teniente de la Guardia Civil trabajando de manera tan estrecha —comentó Trujillo, mientras abría su maletín.

—¿La primera vez en su dilatada carrera? —se burló Aldo. Julio le lanzó una mirada cargada de reproche. Esteban crispó las manos sobre el cierre del maletín.

—… Creo que debería ir directamente al juzgado —murmuró—. Esto es una pérdida de tiempo.

—Por favor —dijo Julio—. Le pido disculpas. Le pedimos disculpas. ¿Verdad, inspector? —añadió, mirando a Aldo a los ojos con expresión amenazante.

—Cierto, cierto. Disculpe, letrado. No pretendía ofenderle. Y bien, ¿qué es lo que tiene?

Esteban vaciló. Finalmente, abrió el maletín y extrajo las copias del contrato de la póliza que le había enviado el director de la

compañía aseguradora. Las depositó sobre la mesa.

—Esto —dijo. Aldo se limitó a echarles una ojeada por encima, con cara de aburrimiento. Julio las cogió, intrigado.

—Un seguro de vida —comentó—. No entiendo, ¿qué tiene de particular?

—En primer lugar, el beneficiario de esa póliza: Adrian Lekker.

—¿Quién es? —preguntó Julio.

—No lo sabemos.

—¿Qué quiere decir que no lo saben? —Aldo comenzó a mostrar interés.

—Pues eso: que mi cliente desconoce quién es ese señor.

—¿Un error de la compañía aseguradora? —aventuró Julio.

—No. No es ningún error. Silvia no ha contratado ningún seguro de vida con esta compañía. Ni con ninguna otra. Sin embargo, existen otros cinco contratos a su nombre, y en todos los casos el beneficiario es la misma persona. No tengo copias de las otras pólizas, pero el director de Azur Seguros me facilitó la información.

—¿Y cómo la consiguió él? —indagó Aldo.

—Política de las aseguradoras… No es la primera vez que alguien intenta ganar dinero a costa de asegurar a un ser querido para luego simular un accidente y…

—No aplica bien el término «ser querido», letrado —murmuró Aldo.

—Usted ya me entiende —contestó Esteban—. A lo que me refiero es que desde hace algún tiempo las aseguradoras tienen por norma intercambiarse información sobre los clientes que suscriben este tipo de pólizas si hay alguna sospecha de un posible fraude. En especial cuando el tomador coincide con el beneficiario, y no con el asegurado, y hay primas adicionales por muerte accidental…

—Pero este no es el caso —observó Julio.

—No, en efecto. La alarma saltó por otro motivo. El pasado viernes, día quince, un empleado de la compañía vio una foto de Silvia Manzanares en el periódico y comprendió que, a pesar del parecido, no era la misma persona que había firmado la póliza. El lunes comunicó sus sospechas al director, y este se puso en contacto con el resto de compañías para averiguar si existían más contratos a nombre de Silvia… En efecto, entre el diez de noviembre y el siete de diciembre, una mujer que se hizo pasar por ella y su pareja, el señor Lekker, contrataron seis pólizas en total, todas del mismo tipo: seguros temporales con doble indemnización en caso de fallecimiento por accidente.

—¿Temporales? —preguntó Julio.

—O de «vida a término». Por un año. Si al finalizar ese plazo el contrato de la póliza no se renueva y el asegurado sigue vivo, no hay devolución de capital.

—¿Y por qué no lo han denunciado? —intervino Aldo—. ¿Por qué se lo han comunicado a usted, en vez de ir directamente a la policía?

—El director de Azur Seguros pensó que la integridad física de Silvia podía correr peligro y quiso alertarla antes de acudir a las autoridades.

—Qué detalle —sonrió Aldo—. No suelen ser tan altruistas.

—Ya. También querían pedirle que cursara otra denuncia por suplantación y falsificación de datos que respaldase la de ellos. Y, no sé, tal vez llegar a un acuerdo. Imagino que temían que reclamase daños y perjuicios a la compañía.

—Eso ya tienen más sentido —dijo el inspector—. ¿Me deja echar un vistazo a esos papeles? —Julio se los pasó—. El número de DNI es…

—Es correcto —le interrumpió Esteban—. Y el de la Seguridad Social también. Utilizaron documentos falsificados. Los demás datos no coinciden con los auténticos, como puede ver…

—¿Y estos teléfonos? —quiso saber Aldo.

—El director me explicó que el móvil pertenece a un usuario dado de baja. El fijo es de un restaurante chino… A Silvia lograron localizarla por la guía telefónica.

—Un restaurante chino. Qué simpático —murmuró Aldo—. Aquí faltan cosas, ¿no? No aparece el número de cuenta, por ejemplo. Ni las mensualidades…

—Esos documentos son privados. Pero tengo los datos. Al tratarse de un seguro por un plazo tan corto, los estafadores pactaron una prima única con la compañía. El pago se realizó en metálico. No es lo habitual, porque los intereses son más altos, pero insistieron en hacerlo de esa forma, alegando que se trataba de una situación excepcional y urgente… La asegurada iba a viajar mucho en ese periodo y quería estar cubierta en caso de siniestro.

—Pero le pedirían algún tipo de chequeo médico, alguna garantía para saber si no era…, yo que sé…, una paciente terminal —se le ocurrió a Julio.

—Sí. Aparte del cuestionario, tuvo que hacerse un hemograma, análisis de orina y presentar un informe del médico designado por la compañía. No los tengo porque son datos protegidos por ley, como saben. Pero en su momento los facilitarán a las autoridades judiciales, cuando los reclamen.

—Así que ni siquiera hay un número de cuenta que podamos rastrear —comentó Aldo—. ¿Y qué hay del beneficiario?

—Segunda página, al final —le indicó Esteban.

—Adrian Lekker, en calidad de… ¿prometido?

—Sí.

—Qué cursilería. ¿Y esto es todo lo que saben del beneficiario? ¿Nombre, fecha de nacimiento y… ya está?

—El beneficiario no tiene que aportar más datos hasta que reclame la indemnización.

—Y el capital asegurado es…

—El de esta póliza en concreto, ciento ochenta mil euros —le explicó Esteban—. Pero el capital asegurado de todas las pólizas es de un millón… doscientos sesenta mil euros. Y como tenían cláusulas adicionales de doble indemnización por accidente, la suma total a percibir en ese caso supera los dos millones y medio de euros. Puede que tres, con los beneficios adicionales.

—Lo que cuesta un Picasso pequeñito —musitó Julio.

—¿Un coche? —se extrañó el abogado.

—No, un cuadro —dijo el teniente—. ¿Y qué riesgos cubre la cláusula de accidente?

—Esta póliza en particular, todos los supuestos salvo el suicidio. Accidente en transporte público, accidente aéreo, homicidio involuntario, homicidio doloso… A no ser, claro, que se pudiera demostrar que el beneficiario es autor material o inductor del crimen. No sé lo que cubren exactamente las otras.

—Entiendo. —Aldo le echó otro vistazo a la póliza—. Pero resulta una maquinación demasiado complicada para tener éxito. ¿A cuánto ascendían las primas que pagaron?

—Calculo que a unos dos mil o tres mil euros, entre todas —dijo Esteban—. No es mucho, si tenemos en cuenta la indemnización.

—No es mucho si sale bien. Y tampoco es demasiado el beneficio para correr tantos riesgos. Además, no es tan fácil simular un accidente…

—¿No lo es? —le contradijo Julio—. No sé, Aldo. Yo creo que no es tan difícil. Y si también cubre el supuesto de homicidio…

—Teniente: si Silvia fuera víctima de un homicidio, la primera persona que la aseguradora querría investigar sería el beneficiario.

—En eso coincido —dijo Esteban—. Un siniestro es lo más lógico.

—¿Qué necesitaba ese Lekker para reclamar la indemnización?

—Una copia de la póliza, certificado de defunción del asegurado, informe médico o forense, según el caso.

—Pues tampoco es sencillo conseguir esas cosas —apuntó Aldo.

—Bueno… El certificado de defunción es un documento público. Cualquiera que alegue un motivo puede solicitarlo. El beneficiario solo tendría que presentar el comunicado de la aseguradora que lo identifica como tal para obtenerlo. Lo mismo ocurre con el informe médico: basta con acudir a la funeraria con ese mismo comunicado y allí te lo facilitan. Tal vez lo más arriesgado sería la solicitud del informe forense…

—Que será lo primero que pida una compañía de seguros en un caso así —observó Aldo.

—Siempre se puede falsificar —dijo Julio—. Eso lo sabemos bien.

Aldo asintió, de mala gana.

—Continúe. ¿Qué más se necesita? —dijo.

—Un certificado de últimas voluntades para que la aseguradora verifique que nadie más tenga ningún derecho sobre la indemnización. De nuevo, es un trámite que puede hacer cualquiera.

—¿Qué pasa con los herederos de Silvia?

—Silvia no ha otorgado testamento, inspector —le informó Esteban—. Y no hay nadie que pueda reclamar legítimamente la herencia o las indemnizaciones. Ni padres ni hijos ni cónyuge ni hermanos.

—Pero el beneficiario del seguro sí podría hacerlo, ¿no? —preguntó Julio.

—Es posible —admitió Esteban—. Si no hay herederos, el beneficiario de un seguro de vida, reciente, además… Sí, podría exigir su derecho sobre la herencia.

—¿Y para qué arriesgarse a que salte la liebre contratando tantas pólizas? Si lo que en realidad querían era la herencia de Silvia, ¿no bastaba con una? —preguntó Aldo, escéptico.

—Lo está enfocando mal —contestó Julio—. Lo que desean es un beneficio más o menos seguro. Invierten un dinero porque tienen una certeza grande de poder recuperarlo y además obtener un amplio margen de ganancia. Creo que ese es el objetivo principal. Y lo de la herencia sería algo así como jugar una lotería. Si toca, toca, y si no… No pierden nada.

—¿Nada? Se arriesgan a que los detengan, teniente.

—El Inglés no. Porque él siempre delega en otro.

—¿Y cómo sabe a ciencia cierta que esto es cosa del Inglés? —preguntó el inspector—. A estas alturas, habrá más de un estafador con la vista puesta en ella.

—Sí, pero… Recuerde que, según Pillado, cuando el Inglés le perdió la pista a Manzanares creyó que se la había jugado y que se había largado sin pagar el último plazo. Esta póliza se firmó… el diez de noviembre. Manzanares murió en torno al día tres.

—Usted piensa que el Inglés ideó toda esta conspiración de los seguros para…

—Para cobrar lo que le debía, en primer lugar. Y de refilón, una vez al tanto de su muerte, ver si podía pillar algo de la herencia de Silvia.

—No creo que el Inglés se tome tantas molestias por tres millones de euros.

—Pues yo creo que sí, por tres motivos: uno, por amor propio. Si eres el jefe de una organización mafiosa, no dejas que nadie te tome el pelo. Si pensaba que Manzanares se había burlado de él, tenía que conseguir liquidar la deuda por una segunda vía. Silvia, en este caso. Pero ella no tenía ese dinero, así que se le ocurre esto otro.

—¿El segundo motivo? —interrogó el inspector.

—El segundo motivo es que, si tienes dinero, siempre quieres más, y no escatimas en medios para conseguirlo. Solo un pobre pensaría que no vale la pena molestarse tanto por tres millones de euros, perdone que se lo diga. Los ricos lo son entre otras cosas porque no desprecian ni un solo céntimo de beneficio. ¿Nunca leyó las historietas del tío Gilito?

—No. Me daba bastante asco ese personaje.

—Y, por último —continuó Julio—, conocemos bastante bien la personalidad del Inglés. No es solo un estafador. También es un tipo tan sanguinario que sus propios hombres le temen de una forma casi irracional. Aunque lo del seguro no le saliera bien, disfrutaría mucho asesinando a la hija de Manzanares…

—Si me permiten un segundo —interrumpió Esteban—, Silvia me comentó que Ana Goicoechea pensaba que Silvia tenía escondidos dos millones y medio de euros en alguna parte.

—¿Lo ve? —Julio se volvió al inspector.

—¿Qué veo? —Aldo hizo una mueca.

—Los secuestradores de Silvia… Oyeron campanas, no supieron dónde, pero las oyeron. No puede ser una casualidad. Imagine, por ejemplo, que el Inglés dejara caer un día entre sus hombres que, si Manzanares no pagaba, le sacaría esos dos millones y medio a Silvia, sin mencionar el método que pensaba utilizar. Imagine que a ese tipo, Oswaldo, el Santo, le llegara el rumor. Por lo que declaró el Chino y por lo que Silvia nos contó, Oswaldo era un don nadie dentro de la organización. Un matón de poca monta, que hacía de

correo y que a veces pasaba droga a través del Estrecho. Ana Goicoechea ni siquiera contaba con la confianza del Inglés…

—Sí, teniente —resopló Aldo—. Me suena esa película. Dos pobres diablos y un niño feo como el demonio que un día escuchan campanas, se lían la manta a la cabeza y secuestran a Silvia por su cuenta y riesgo para sacarle algo que no tiene, poniendo en jaque a la policía y al Inglés. Muy lúcidos, desde luego, no eran…

—O estaban muy desesperados por largarse y se precipitaron al actuar, como sostiene Silvia. Necesitaban dinero para salir del país y sobrevivir una buena temporada lo más lejos posible del Inglés. Los motivos los desconocemos.

—Ya. Como el bueno de Manzanares. Les podía haber recomendado la isla de Jersey —murmuró Aldo.

—Creo que me estoy perdiendo un poco —dijo Esteban, incómodo.

—Dios mío, teniente: el letrado nos ha oído. ¿Qué hacemos ahora con él? —Esteban dio un respingo.

—Aldo, basta ya —le reprendió Julio—. Hablo en serio.

—Yo también. Mire, no sé… Puede que el Inglés quisiera amortizar gastos a cuenta de Silvia, y seguro que no es el tipo que se piensa dos veces lo de cargarse a alguien, simular un accidente y luego tratar de cobrar la indemnización. Pero lo de la herencia me parece que ya es rizar el rizo, ¿no cree, letrado?

—No sé, inspector. Lo que sí sé es que Silvia está ahora mismo en el punto de mira de una banda organizada muy peligrosa de la cual han detenido ya a dos miembros. Y, en lugar de protegerla, usted intenta incriminarla a toda costa y sin pruebas…

—Letrado, no me venga de nuevo con esas.

—Déjeme terminar —le exigió Esteban—. ¿Por qué, si uno de los detenidos, criminal confeso y con antecedentes, estaba también en el Jardín Botánico el mismo día que usted supone que el señor Manzanares fue agredido, no se le considera el principal sospechoso? Seguro que instrumentos afilados no le faltaban entre sus herramientas de jardinero.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —le interrogó Aldo, irritado.

—Tengo conocidos que tienen conocidos que conocen el contenido del sumario. ¿A qué tipo de acuerdo llegaron usted y el fiscal con ese delincuente para que esté fuera de toda sospecha?

—Esa información es confidencial, señor Trujillo. No sé cómo ha tenido acceso a ella, pero no puede utilizarla. Pillado es un testigo protegido.

—Un testigo protegido —repitió Esteban—. ¿Le van a poner

escolta? ¿A facilitar un cambio de identidad? ¿Tan valioso es que merece el indulto? ¿Por eso quiere inculpar a Silvia, para desviar la atención de ese hombre?

—Déjese de sandeces —gruñó Aldo—. Sabe muy bien que no existe eso del indulto. Cumplirá la pena que le imponga el juez, pero sin hacerle correr riesgos innecesarios. Eso es todo. Y en cuanto a Silvia… ¿De verdad piensa lo que acaba de decir? Porque es una acusación muy grave la que ha formulado…

—Deberíamos tranquilizarnos un poco —medió Julio—. El inspector Monteiro tiene razón, señor Trujillo —añadió, en un tono sosegado—. No se busca inculpar a Silvia para proteger a otra persona. Y menos que a nadie, a Pillado.

—Lo siento —recapacitó Esteban—. No quería decir lo que dije.

—Bien. Creo que, entonces, ya hemos acabado —murmuró Aldo —. Gracias por informarnos sobre este… fraude de las pólizas. Ponga la denuncia cuanto antes.

—¿Eso es todo? —se quejó el abogado—. Usted ya ha juzgado a Silvia, ¿verdad? Detesto a la gente que cree estar en posesión de la verdad —dijo mientras se levantaba—. Lograré que el fiscal retire los cargos contra Silvia. No habrá juicio, se lo aseguro.

—Pues debería ir bajándose del caballo o empezar a buscar una forma alternativa de ganarse las lentejas si piensa ir por ahí boicoteando los juicios que le dan de comer —dijo Aldo, cáustico.

—Por favor —intervino Julio—. Están sacando las cosas de quicio, los dos. La decisión no nos corresponde a nosotros, sino a un juez.

—Desde luego, teniente —asintió el abogado—. Por fortuna, el señor inspector no sostiene la balanza. Aunque se comporte como si estuviera sentado en ella y le pesase el…

—¿El qué? —saltó Aldo.

—… El sentido de la equidad, no, desde luego —concluyó Esteban, mientras terminaba de meter los documentos en el maletín, enervado—. Buenas tardes —se despidió.

Esteban dio un portazo al salir del despacho.

—Será… Será… —mascculló Aldo.

—Le ha dejado sin palabras, ¿eh? —sonrió Julio.

—No, es que no se me ocurre nada suficientemente mordaz en estos momentos. ¿Qué le ocurre hoy a todo el mundo? ¿Qué mal hice en mi vida anterior para merecer esto?

—Usted sabrá. —Julio tenía ganas de seguir con la broma, pero algo en la expresión del inspector le hizo morderse la lengua—. Aldo, ¿qué le pasa? Está muy raro hoy…

—Julio, usted también cree que soy injusto con Silvia, ¿verdad? Que ya la he juzgado y todo eso —le preguntó.

—¿Por qué me lo pregunta si ya sabe lo que pienso? —contestó el teniente—. La cuestión no es que Silvia sea culpable o no. La cuestión es por qué le importa a usted tanto sentarla en el banquillo. Si le soy sincero, creo que este caso no tiene salida. Aunque fuera a juicio, aunque confesase o apareciera el arma, Silvia puede alegar cualquier cosa. Miedo insuperable, enajenación transitoria, defensa propia. Y en mi opinión sería muy injusto que un tribunal no tuviera en cuenta todos y cada uno de los atenuantes a los que pudiera acogerse. Ni siquiera sería tolerable que admitieran el parentesco como agravante. Si acaban condenándola por algo, espero que sea por una falta de lesiones. La autopsia está muy clara: no hubo ensañamiento, fue una muerte lenta, pero, dentro de todo, apacible.

—Homicidio culposo —susurró Aldo.

—O en grado de tentativa —añadió Julio—. Y con la historia que carga a cuestas, más esa trama de las pólizas… No la juzgarán, Aldo. El abogado tiene razón. Lo que aún no logro comprender muy bien es por qué a usted le afecta tanto que Silvia no sea juzgada.

—Porque no me gusta que una persona que comete un crimen quede impune, Julio. En eso no consiste hacer justicia, se lo he dicho mil veces.

—No me venga con esas… No se las dé de abanderado de la Justicia —se sublevó Julio—. ¿Justicia para quién? ¿Qué pasa con Silvia? ¿Con Daniel? ¿Quién les hace justicia a ellos?

—No quiero enzarzarme otra vez en esa discusión, teniente. Ya sabe lo que opino. Justificar que el crimen se pague con otro crimen es inmoral. Y no puede haber excepciones. Ninguna. Si no, la esencia misma del sistema judicial se vendría abajo.

—De acuerdo. Lo entiendo. Lo admito, es cierto lo que dice. Pero ningún sistema es perfecto. Somos humanos. Las excepciones son necesarias…

—No. No funciona así —insistió el inspector—. Todos creen que… No sé, que odio a esa mujer. Que intento infligirle un daño gratuito, inmerecido. Y lo cierto es que ni la odio ni busco herirla sin motivo.

—Busca herirla con motivo, entonces…

—No —protestó Aldo—. No, solo… intento que funcione la maquinaria. No me gustaría volver a los tiempos del ojo por ojo.

—Ni a mí —reconoció Julio—. Pero hay algo más, ¿verdad?

—Es usted la tercera persona que, de una forma u otra, me

formula la misma pregunta esta tarde… Ya no lo sé, teniente. Ya no estoy seguro. Y ya no sé si importa.

Aldo estiró los brazos, entrecruzó las manos por detrás de la nuca y miró a Julio con expresión dolida. El teniente sintió deseos de consolarlo, pero no se le ocurría de qué modo.

—¿Le apetece ir a tomar algo? —se limitó a decir, ruborizado.

Viernes, 22 de diciembre

XCVII

Las glicinias acababan de florecer. Las rosas rojas, en cambio, se desgajaban sobre la hierba, marchitas ya. Los narcisos, los agapantos, apenas despuntaban. El aroma de las flores carnosas del magnolio impregnaba el jardín entero. Ella dejó el libro de poemas sobre el banco. Abandonó la sombra de las glicinias que trepaban por la pérgola y se tumbó sobre la hierba recién cortada. Extendió los brazos, hundió los dedos entre las briznas húmedas y aspiró aquel aroma verde. Era un placer sentir de nuevo el sol en el rostro, tras un invierno tan largo y frío. Cerró los ojos, aletargada, y prestó atención a los sonidos del jardín. El zumbido de las abejas, el revolotear inquieto de los gorriones alrededor del magnolio y los silbidos de las golondrinas que cortaban el aire a la caza de insectos, mientras un moscardón se debatía en la trampa de la araña. Y, más allá, el indefinible, sutil murmullo del aire que vibraba entre las hojas. O era otra cosa… Algo que no acababa de reconocer. Abrió los ojos, se incorporó. Parpadeó, sorprendida. Una libélula azul oscilaba a un lado y otro del rosal segando pétalos con sus grandes alas transparentes.

—La libélula vaga de una vaga ilusión —recitó, pensativa.

El cielo se oscureció. Los gorriones se recogieron en las ramas del magnolio. Las golondrinas regresaron a sus nidos de barro; las abejas, a su colmena. Y en la trampa de la araña, exhausto, el moscardón se rindió a la fatal picadura. Solo la libélula permaneció allí, suspendida en el aire, cortando con sus alas de tijera un pétalo tras otro, un pétalo tras otro, ras, ras, ras, hasta cubrir de rojo la hierba, sus pies descalzos, sus piernas desnudas, su vientre. Silvia dio un grito, espantada.

Y entonces despertó. Entrevió las paredes descascarilladas, los barrotes en la puerta, percibió el leve efluvio a orines viejos que desprendía el camastro. Se incorporó, con la respiración entrecortada. Fuera ya había amanecido, pero la luz del día no llegaba hasta allí. Se recostó de nuevo. Con la mirada fija en el techo, intentó tranquilizarse. Pensó en Rodrigo, sin querer. Sus sentimientos hacia él eran demasiado confusos, demasiado contradictorios para darles forma. Sabía que no vendría a verla. Sabía que no había nada entre ellos. La idea, sin embargo, resultaba dolorosa. Se preguntó por qué, de entre todas las cosas prioritarias

que deberían angustiarla en aquel instante, Rodrigo ocupaba el primer lugar. La aventura de una noche. De una noche que probablemente no se repetiría, por más que ella quisiera.

Repasó los acontecimientos de la víspera, a partir de la detención. El interrogatorio. Un martirio, sí. Pero al menos ahora sabía que —de momento— Ana no la había delatado. De lo contrario, el inspector se habría mostrado mucho más implacable de lo que en realidad fue. Podía albergar esperanzas, pensó. Aquella pesadilla no podía durar mucho más. Cuando saliera de allí, vendería la casa, el coche. Dejaría el trabajo y se marcharía muy lejos, sin nada en la maleta, a un lugar sin inviernos. Tendría una casa a la orilla del mar. Una casa pequeña, con un bonito jardín. Un jardín soleado y lleno de flores que cuidaría ella misma, con esmero de viejecita inglesa. Leería libros a la sombra de las glicinias en primavera. Y siempre sería primavera. Solo que… no le apetecía estar sola en esa casa. Entonces se acordó de Yeimer. Todo lo que había visualizado se desvaneció en un segundo, como si el telón hubiera caído antes de tiempo sobre la escena, guillotinando a los actores.

A las nueve le trajeron el desayuno y le permitieron asearse. A las diez, el policía que había instruido la detención pasó por allí para comunicarle que se había admitido a trámite el habeas corpus y que la vista con el juez de instrucción estaba prevista para las doce y media. A las once, Esteban se presentó en los calabozos. Traía dos bolsas con el logo de unos grandes almacenes. El guardia lo registró y le dejó entrar en la celda. Silvia le sonrió, sentada en el camastro.

—Buenos días —la saludó el abogado—. Ya sabe la noticia, ¿no? A las doce y media comparecemos. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien.

—¿Algún percance durante la noche?

—No. No intentaron volver a interrogarme. Y la verdad es que dormí de un tirón…

—Estupendo. En fin, Silvia. Esto se acaba, se lo aseguro. No tenemos demasiado tiempo, así que le explicaré algunas cosas. Primero: no haga eso cuando esté ante el juez —le indicó. Silvia mantenía los puños firmemente cerrados sobre las piernas.

—¿Qué cosa? —preguntó, confusa.

—Cerrar los puños como lo está haciendo ni retorcerse las manos.

—Estoy nerviosa —se justificó.

—Intente relajarse. Cuando declare, si hace algún gesto, procure

mostrar las palmas abiertas. No juegue con el cabello…

—Nunca lo hago.

—… No cruce las piernas ni los brazos —continuó Esteban, serio—. No se frote los ojos, no se muerda las uñas. Y, sobre todo, no se toque la nariz. Siéntese bien erguida y no rehúya la mirada del juez. Si le resulta difícil, mire a su entrecejo. Él no notará la diferencia y usted no tendrá que enfrentarse directamente a sus ojos.

—Dios mío, ¿qué es esto? ¿Me van a juzgar por los gestos?

—No —sonrió Esteban—, pero no tiene idea de cómo influye el lenguaje corporal en la valoración que hacen los demás de uno, incluso de manera inconsciente. No adopte ninguna postura que denote inseguridad. Cuando alguien percibe debilidad en otra persona, tiende a ensañarse con ella. Tampoco se muestre altiva. La sala del tribunal es el territorio del juez. Y a los jueces no les gusta que nadie mee en su territorio, si me permite el símil…

—De acuerdo —Silvia probó a mirar al entrecejo de Esteban—. Le prometo no mearme en las esquinas y dejar las manos quietas.

—Estupendo. Está practicando conmigo, ¿verdad?

—¿Se ha dado cuenta?

—En absoluto. Lo hace muy bien.

Silvia señaló las bolsas.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó.

—La ropa que le prometí. Espero que le sirva. —El abogado le tendió las bolsas.

—Gracias. —Silvia echó un vistazo dentro—. Esteban… ¿Pudo llamar al número que le di ayer?

—Sí, lo hice.

—¿Y?…

—Bueno… Le expliqué a su amigo lo que había pasado y dónde se encontraba por si quería venir a verla. Nada más.

—¿Le dijo si vendría?

—No hablamos mucho. Yo le informé, él me dio las gracias y colgó. Aunque debo decir que no me pareció que la noticia le cogiera muy por sorpresa…

—Puede. Es guardia civil.

—Entonces es posible que estuviera al tanto, sí. —Esteban se rascó la frente, incómodo—. Silvia, si le parece, ahora debemos centrarnos en la comparecencia. Le explicaré un poco cómo será y luego tiene que arreglarse —dijo, consultando la hora—. Seré breve. Sobre las doce menos cuarto la escoltarán hasta el juzgado. Yo la esperaré allí. Primero declarará usted y después hablaré yo. Una vez que el juez escuche nuestras alegaciones, será el turno del inspector

Monteiro.

—¿Estará allí?

—Sí, pero no se preocupe. Declararán por separado, no lo verá en la sala. Cuando el juez haya escuchado a las dos partes y estudie las pruebas, dictará resolución en el acto. Si considera que los supuestos expresados por el inspector para su privación de libertad no están fundados en indicios sólidos, se ha vulnerado alguno de sus derechos o no existen motivos justificados para la detención, quedará libre.

—¿Y si no?

—Si el magistrado archiva el procedimiento y declara su conformidad con la detención, podrían enviarla de nuevo al calabozo, hasta que se cumplan las setenta y dos horas de plazo que permite la ley. En mi opinión, sería una decisión absurda. La otra posibilidad es que la pongan a disposición judicial y la acusen formalmente. No sé qué medida cautelar pediría la Fiscalía, mientras se decide una fecha para la vista previa…

—¿Qué vista previa?

—La del proceso por el homicidio que Monteiro quiere endosarle, Silvia. Lo más lógico sería que la dejaran en libertad bajo fianza, como ya le comenté, hasta el juicio oral. Pero seamos positivos: eso no va a ocurrir. Y si el habeas corpus es reparador…

—¿Reparador?

—Quiero decir que, si el juez le restituye sus derechos y la pone en libertad, dé por seguro que no habrá juicio. Si no hay motivos fundados para su detención, no encontrarán tampoco motivos para juzgarla por ese delito. No, mientras no se declare culpable, se saquen un testigo presencial de la manga o, lo más importante, aparezca el arma del crimen y lo relacionen con usted. Algo del todo imposible, ¿verdad?

—Sí. —Silvia extendió las manos abiertas hacia él y lo miró a los ojos—. Lo juro —añadió.

—No es necesario que me lo jure a mí —sonrió—. Una última cosa: recuerde que en esta comparecencia el juez solo examinará aquellos aspectos relativos a la legalidad o ilegalidad de su detención. No hable más de la cuenta. Conteste solo a sus preguntas. Debe quedar claro que antes de ser detenida nunca le comunicaron que estaba imputada por un delito, ni de homicidio ni de ninguna otra naturaleza… Bueno, yo insistiré en ese tema, pero es importante que por encima de todas las cosas deje patente su desconcierto por esta situación. No se indigne. No ataque a la policía. No sea excesivamente dramática: que el juez vea que usted

confía en la Justicia.

—Lo intentaré. Aunque, francamente, ahora mismo no creo mucho en ella.

—Pues procure que no se note. Lo último que quería decirle es que ya he cursado la denuncia por el fraude de los seguros. Está en manos de la Fiscalía. Silvia, es posible que necesite protección mientras no se aclare ese tema…

—¿Protección? —se alarmó.

—Escolta. Cuando salga. Al menos hasta que la policía averigüe…

—No quiero escolta —le interrumpió ella—. Es el colmo ya. ¿Cuándo me van a dejar vivir tranquila todos?

—Es por su seguridad, Silvia —argumentó Esteban—. Si le parece, lo discutimos después de la vista. Tiene que arreglarse. El traje es sencillo, nada del otro mundo, pero creo que le sentará bien. No pierda los tiques, por si quiere devolverlo. Le añadiré los gastos a la minuta.

Silvia sacó la ropa de la bolsa: un traje negro de dos piezas —falda alta entallada, chaqueta cruzada— y una blusa blanca con un lazo en el cuello que no le hizo mucha gracia.

—¿No pareceré una viuda?

—¿Una viuda? —dijo, un poco azorado—. No creo. En la tienda había un maniquí con el mismo traje y no parecía en absoluto una viuda.

—Un maniquí —susurró ella. Más o menos ese era el papel que le tocaba interpretar en aquel momento, pensó.

—En la otra bolsa están los zapatos —continuó él—. Espero que le queden bien. Las medias se las doy cuando lleguemos al juzgado, no me dejaron pasar con ellas.

—Medias… Vaya, está usted en todo.

—Ah, le traje también un cepillo para el pelo, por si acaso… Pediré que la dejen ir al baño, se acerca la hora. ¿Lista?

Silvia trató de relajar los músculos de la mandíbula. Cerró un instante los ojos y visualizó el jardín de su sueño. Enseguida los abrió, inquieta.

—Supongo que sí —contestó.

XCVIII

Aldo se levantó con el ego lastimado. Al mirarse en el espejo le pareció que había envejecido en aquellos últimos días —el óvalo de la cara menos definido, la piel más flácida, la barba de tres días poblada de canas—. Se afeitó y se metió en la ducha. La herida del brazo le dejaría una buena cicatriz, pensó. No era la primera

magulladura, seguro que no sería la última. Y, sin embargo, le hacía sentirse más melancólico que las canas o las arrugas. Recordaba cuando de pequeño se jactaba de ser el único chico en el barrio que, a sus quince años, no tenía un solo rasguño. Nunca se había caído. Nunca se había desollado las rodillas jugando. Siempre esquivaba los golpes cuando se metía en peleas —y no fueron pocas—. Lo consideraba una especie de don. Luego el don se esfumó. Aldo recorrió sus cicatrices con las manos enjabonadas. Algunas tontas, como la de la rodilla, cuando se cayó de la bicicleta en Holanda. Otras más serias, como la del brazo. El primer impacto de bala en toda su carrera. Hacía mucho tiempo que ya no era inmune a las heridas. Se hacía viejo. Aldo salió de la ducha. Enderezó los hombros, metió barriga. Se peinó y fue a vestirse. Se hacía tarde. El tiempo se me echa encima de tanto mirar cómo se me echa encima el tiempo, reflexionó. Domingo los había citado a las diez en el despacho de Tena con carácter urgente. Se puso el abrigo, cogió una bufanda —por primera vez aquel invierno— y salió de casa, con aire derrotado. Fuera, helaba.

Mientras desayunaba en el Café de Tánger, echó un vistazo al periódico. Dos noticias centraron su atención. Una, muy escueta, informaba sobre la desarticulación de una red de tráfico de personas. La Guardia Civil había irrumpido en un club de alterne —leyó— donde una veintena de extranjeros ilegales, algunos de ellos menores, ejercían la prostitución. La dueña del prostíbulo y varios clientes, cuyas identidades «no habían trascendido», había pasado ya a disposición judicial. La otra noticia llevaba un titular de lo más altisonante: «Caso de corrupción sin precedentes en Ruinas de Santa Marina». Aldo hizo una mueca. Entre sorbo y sorbo de café con leche, hizo un barrido general del artículo, pendiente del reloj. «Dos altos cargos de la Guardia Civil imputados por corrupción… Los dos oficiales, que presumiblemente encabezaban una organización criminal, no son los únicos implicados en la trama… Tres agentes, uno de los cuales… envuelto en un tiroteo… El juez instructor ordena secreto de sumario… Según las citadas fuentes, operativos especiales del Cuerpo de la Policía Nacional trasladados a la zona… Dos funcionarios del Registro Civil, un empresario y un conocido abogado vinculado a la extrema derecha, detenidos en la tarde de ayer… No se descarta que se produzcan nuevas detenciones en las próximas horas». Aldo pagó la cuenta, dejó unas monedas para el aguinaldo —aunque dudaba que los dueños celebrasen la Navidad— y salió a la calle. De camino a la Audiencia, recibió un aviso de Ramírez: el habeas corpus había sido admitido a trámite. La

comparecencia estaba prevista para las doce y media. Le telefoneó.

—¿Cómo que a las doce y media? —exclamó cuando Ramírez descolgó el teléfono—. ¿Tan pronto?

—Ese abogado ha hecho mucha bulla desde que salió ayer de aquí —fue la respuesta del policía.

Aldo llegó antes de tiempo a la cita. Julio no se había presentado aún. Al entrar en el despacho, el secretario del fiscal le dio una palmada en la espalda, un gesto de consuelo que al inspector no le gustó demasiado.

—Será mejor que te sientes —le dijo, con una sonrisa nerviosa.

—No vaya a ser que me caiga al suelo —musitó Aldo—. Dispara.

—¿No esperamos al teniente?

—Hazme un resumen. No tengo mucho tiempo, a las doce debo estar en el juzgado…

—Sí, lo sé. Pero hay tiempo de sobra.

—Tengo que pasar por comisaría para terminar de preparar las alegaciones. Aún no tengo el informe de Marcos y…

—Monteiro —le interrumpió Domingo, grave—, iré directo al grano: no te esfuerces mucho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aldo, aunque conocía la respuesta.

—Pues eso. Que no te molestes… demasiado. Tena está considerando retirar los cargos contra la hija de Manzanares. Sea cual sea la resolución del habeas corpus, Almeida piensa dictar auto de sobreseimiento si seguimos adelante con la acusación. Piensa que lo hemos manipulado, que metió la pata con esa orden de detención. El segundo registro ha sido un fiasco, como sabrás…

—No he podido hablar con Marcos. La he llamado cuando venía de camino unas tres veces, y no me la pasan.

—Qué raro. Yo hablé con ella a primera hora de la mañana. ¿La has llamado al móvil?

—No me lo coge. Da igual. —Aldo hizo un gesto de impotencia—. Intentaré ir a verla antes de la vista. Domingo, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Ha tenido algo que ver en esa decisión el abogado de Silvia?

—No —dudó—. No del todo. Pero supongo que estás al tanto del fraude de los seguros.

—Sí.

—Bueno, obviamente hay que replantear la investigación. Si el Inglés anda metido en esa historia, también puede estar detrás del

asesinato de Manzanares.

—¿De qué manera? —preguntó Aldo.

—Santiago Pillado. Nuestro principal sospechoso en estos momentos…

—¿El Chino? Eso es absurdo, Domingo —rezongó Aldo.

—¿Por qué? Él, al menos, ha reconocido que estuvo con Manzanares ese día. Que lo amenazó. Pudo perder los nervios y agredirle. Toda esa historia del broche…

—El alfiler de sombrero.

—Lo que sea. No está nada claro. La incisión que presentaba el cadáver pudo causarla un sinfín de objetos punzantes, Linares te lo confirmará. Si esa maestra no hubiera dicho nada del alfiler, no te habrías empeñado tanto.

—Pero lo dijo. Está ahí. Y ha desaparecido.

—Exacto. Ha desaparecido. No se puede probar que Silvia lo utilizara para atacar a Manzanares. Ni siquiera podemos probar que lo llevara con ella ese día. Caso cerrado, Monteiro. Hazte a la idea.

—Estoy en ello —murmuró—. Pero me habría gustado que Tena diera la cara por una vez. Últimamente parece que me rehúye.

—Tena anda muy liado con el revuelo organizado en Santa Marina, entre otras cosas. Deberías estar satisfecho, ha sido gracias a vosotros. Lo sabes, ¿no?

—Sí. Leí algo en la prensa. Pero no decían quiénes eran los imputados…

—Un teniente coronel en activo y un capitán retirado, un cabo, dos sargentos y varios agentes. Los oficiales están declarando ahora mismo. Los demás están en prisión provisional. No sé si sabes que también tenemos a ese abogado, Gordillo…

—No estaba seguro. En la prensa no daban nombres. ¿Cuándo lo atraparon?

—Anoche, gracias a la operación en ese antro de carretera. La dueña lo delató nada más empezar el interrogatorio. Dijo que Gordillo conseguía los visados para meter en el país a esa gente. Luego los encerraban en el burdel, les quitaban los pasaportes y los ponían a trabajar para pagar la deuda que habían contraído. Gordillo se llevaba la comisión más alta, por los derechos de explotación, digamos…

—¿Y los menores?

—A los menores los captaban aquí. El chico que encontraron en casa de Nájera llegó a España con su hermano mayor. Tenían orden de expulsión y, para eludirla, se metieron en ese infierno. Por cierto, el hermano sigue desaparecido.

—Eso pinta muy mal —murmuró Aldo—. ¿Alguna vinculación con el Inglés?

—Indirectamente, que sepamos: compartían intereses y negocios. Pero, en lo que respecta al tráfico de personas, el Inglés opera fundamentalmente en el mercado oriental y África, mientras que Gordillo y sus socios se decantan más por América Latina y algunos países de Europa del Este…

En ese momento, el teléfono dio un timbrazo. Domingo descolgó.

—Sí, que pase —dijo.

Julio asomó por la puerta con su cara de sueño habitual.

—Teniente, le esperábamos —le saludó Domingo—. Siéntese, por favor.

—¿Llego tarde? —Julio se sentó al lado de Aldo.

—Depende —dijo el inspector—. ¿O ya lo sabe?

—¿Qué cosa?

—Que quieren exonerar a Silvia.

Julio lo miró con cara de sorpresa.

—… No, no lo sabía. ¿En serio?

—Sí, en serio —dijo Domingo—. ¿Alguna objeción, teniente?

—No, no —se apresuró a decir—. ¿Y el habeas corpus?

—A las doce y media —contestó Aldo—. Supongo que, esta vez, yo pierdo —se quejó.

—Venga, Monteiro. No es cuestión de perder o ganar. ¿No estás cansado ya de todo esto?

—Bastante —suspiró—. Pero me frustra no haber podido resolver de manera satisfactoria ninguno de los dos casos…

—¿Dos casos? —dijo Domingo—. ¿Cuál es el otro?

—Daniel…

—Eso no es cierto, Monteiro. Creo que el trabajo que llevasteis a cabo ha sido excepcional. Solo que no se puede profundizar más en un asunto cuando tampoco queda ya nadie a quien atribuirle responsabilidades penales —le hizo ver el secretario—. Hemos destapado dos tramas de corrupción de las que hacen historia… Y recuperamos el cuerpo, que ya es mucho.

—Es una forma de verlo —murmuró Aldo, sombrío—. En fin, tengo cosas que hacer. Si eso era todo lo que tenías que decirnos…

—De momento es todo, sí —contestó el secretario—. Solo quería informaros de cómo está la situación… Y daros las gracias en nombre del fiscal.

—¿Nos estás dando el finiquito, Domingo? —preguntó Aldo.

—«Es una forma de verlo» —lo imitó el secretario, con una

sonrisa burlona.

—Pero… todavía quedan muchos temas por resolver —dijo Julio —. Aún no sabemos quién ordenó el tiroteo en Santa Marina ni quién colocó el artefacto explosivo en mi coche… No hemos podido abrir las cajas blindadas de Nájera ni ha aparecido el resto de las obras de arte…

—Lo sé, teniente —contestó Domingo—. Pero Silvia Manzanares no está implicada en ninguno de esos asuntos. De manera que…

—¿Y qué pasa con la fundación? —preguntó Aldo—. ¿Qué pasa con los socios de Manzanares en la isla de Jersey?

—Ese tema también trasciende ya el caso, Monteiro. Les toca a otros resolverlo. Necesitaremos toda la ayuda que la Interpol, la Europol y la diplomacia puedan brindarnos. Te lo aseguro: será un proceso muy, muy lento.

Los tres se quedaron callados, perdido cada uno en sus propias cavilaciones.

—¿Y ahora qué? —rompió Julio el silencio, con cierta desazón —. Quiero decir que… Me gustaría saber cuál es mi situación. ¿Seguiré colaborando con la Brigada de Homicidios o aquí se acaba la aventura?

—No puedo darle una respuesta, teniente. Ya sabe que hay ciertas reticencias en algunos sectores. Desde luego, el fiscal valora muy positivamente esta experiencia. De momento, el viejo proyecto de unificar todas las bases de datos está a punto de materializarse…

—Yo pensaba que la idea era unificar los dos cuerpos, no las bases de datos —dijo Julio, con acritud.

—Sí, teniente. Pero no se puede desmilitarizar un instituto armado de la noche a la mañana, usted debería ser el primero en comprenderlo. Y sin esa premisa no hay unificación posible. Es casi seguro que el Consejo de Ministros apruebe este año la creación de un mando operativo único. Es un primer paso, ¿no cree?

—¿Y quién será ese mando único? —le interrogó el teniente. Domingo miró a Aldo de soslayo.

—Decidirlo es competencia del Ministerio del Interior. Puede que propongan al actual director general de la Guardia Civil. O al de la Policía Nacional. O puede que designen a otra persona, alguien que no haya ejercido ninguno de los dos mandos y que no arrastre servidumbres de ningún tipo.

—¿Un inspector jefe de Homicidios, tal vez? —aventuró Julio. Aldo tosió.

—No. —Domingo miró al teniente con extrañeza—. Para ese puesto es indispensable ostentar algún cargo político de cierto peso.

Y al inspector le queda mucha carrera por delante. De momento, debería contentarse con subir de la escala ejecutiva a la superior, ¿no es así, Monteiro?

—Eso parece, sí —asintió Aldo.

—Yo creí que usted… —Julio lo miró, confuso.

—¿Que me iban a dar a mí ese puesto por mi cara bonita? —dijo Aldo—. No, teniente. Ni siquiera estoy afiliado a un partido político. Solo piensan promocionarme a comisario.

—Y yo pensando todo este tiempo que… Y usted alimentando esa idea, no lo niegue.

—Me hacía gracia —se justificó el inspector, sin querer entrar al trapo—. Lo siento, pero se me hace tarde. Aún tengo que sobrevivir al habeas corpus. A este paso, creo que mi promoción peligra.

Aldo se levantó, se puso la bufanda y el abrigo, y le estrechó la mano al secretario del fiscal. Julio también se puso en pie.

—Recuerde —le dijo Domingo al inspector—: no se…

—Lo sé, lo sé. No me lo tomaré demasiado en serio —contestó —. ¿Viene, Julio? —El teniente asintió.

—¡Eh! —les llamó Domingo cuando ya estaban a punto de abandonar el despacho—. Se me olvidaba: feliz Navidad.

—Que te den, Domingo —gruñó Aldo.

XCIX

El cielo estaba muy cubierto. El aire, helado, le lastimaba las piernas, a pesar de las medias que el abogado le había traído. Un agente salió de la comisaría. Bajó los peldaños y se puso a fumar. Silvia se acercó a él.

—¿Le importaría darme uno? —le preguntó.

Él le tendió la cajetilla abierta. Silvia cogió un cigarrillo. Sonrió, nerviosa, cuando el policía se lo encendió.

—Dicen que nevará —comentó él. Silvia miró al cielo.

—¿Quién lo dice? —preguntó, por decir algo. El policía dio un par de caladas rápidas y lanzó lo que quedaba del pitillo a la calle.

—El hombre del tiempo, será. En fin, que tenga buen día —se despidió, antes de subir las escaleras.

Silvia se quedó allí, aterida, con el cigarrillo pegado a los labios. Observó la calle. Supuso que debería estar contenta ahora que tenía una segunda oportunidad. Pero lo cierto era que no podía sentir ni satisfacción ni alegría. Solo una profunda desolación. Una sensación de vacío que, paradójicamente, se había adueñado de ella en el instante mismo en que el juez dictó su puesta en libertad. Buscó el móvil en el bolsillo del abrigo. Por quinta vez aquella mañana marcó el número de Rodrigo. Y por quinta vez no dejó ningún

mensaje cuando saltó el buzón de voz. Apagó el teléfono al sentir que alguien se aproximaba.

—Ya está. —Oyó la voz de Esteban detrás de ella.

Silvia dejó caer la colilla al suelo y se volvió.

—Todos los trámites formalizados —dijo el abogado—. Despídase de este sitio, Silvia.

—¿Qué pasará ahora? —le preguntó.

—Tendremos que esperar. Puede que la Fiscalía insista en seguir adelante con la acusación y tengamos que ir a juicio, o puede que decidan retirarse del caso. El procurador nos irá informando, pero creo que pronto recibirá una notificación para comunicarle que la exoneran de toda responsabilidad criminal. De momento, tiene que presentarse en el juzgado una vez por semana. No se preocupe —la tranquilizó—. Todo irá bien. ¿Quiere que la lleve a algún lado?

Ella se encogió de hombros.

—Silvia, lo que me preocupa ahora es el asunto de las pólizas —añadió Esteban—. Quisiera que me diera permiso para solicitar protección. ¿Quiere que hablemos en el coche?

—No. —Silvia se subió las solapas del abrigo, helada—. No quiero protección, se lo agradezco, pero no.

—Silvia… Piénselo. Al menos podríamos pedir cierto grado de vigilancia. O contratar un servicio privado de escoltas.

—¿Guardaespaldas? —se sobresaltó Silvia—. Por Dios. Ni quiero ni puedo permitírmelo…

—También quería hablarle de ese asunto. Vayamos al menos a una cafetería, está tiritando.

Silvia aceptó, de mala gana.

Encontraron un lugar tranquilo a unos quince minutos de la comisaría. Silvia aprovechó para hacerle otra llamada —infructuosa— a Rodrigo mientras Esteban pedía en la barra. Dejó el móvil sobre la mesa, con aire resignado. Cuando el abogado llegó con la taza de café, se aferró a ella como un náufrago a un salvavidas. Solo aspirar aquel aroma la tranquilizó.

—¿Qué quería decirme? —le preguntó al abogado.

—Con respecto a lo que hablábamos antes… No sé. Creo que debería mudarse, al menos por un tiempo. El Inglés sabe dónde vive. Está al tanto de todos sus movimientos, conoce todos sus datos. Yo que usted cambiaría de entidad bancaria, revisaría todos los documentos importantes. Incluso dejaría de utilizar la dirección de correo electrónico…

—No tengo.

—¿No tiene correo electrónico? —se sorprendió él.

—Ni siquiera tengo ordenador. Y no creo que pueda cambiar tan fácilmente de banco. Las domiciliaciones, la hipoteca, la nómina…

—Pues pida un cambio de cuenta. Y evite coger el coche. Quizás intenten manipularlo para que sufra un accidente.

—Dios —resopló Silvia.

—Sé que suena descabellado, pero hasta que no los atrapen cualquier precaución es poca. ¿Por qué no se va unos días fuera de la ciudad? Mientras no salga del país, no creo que el juez ponga objeciones. Puede presentarse en el juzgado de otra localidad si lo comunicamos con antelación.

—Unas vacaciones no me vendrían mal —musitó.

—Y piense en serio la posibilidad de pedir protección a la policía. Debe entender que ahora mismo está en peligro. Un peligro tan real como cuando la secuestraron. Supongo que no desea pasar de nuevo por esa experiencia…

—De acuerdo, lo pensaré —contestó—. ¿Eso es todo?

—No… Silvia, ¿piensa ejercer sus derechos sobre los bienes de su padre?

—No lo sé. Por un lado, detesto la idea. Pero por otro… Creo que debería hacerlo.

—Estoy de acuerdo —convino Esteban—. Y, si está conforme, puedo ayudarla. Me dijo que desconocía el contenido del testamento.

—Sí.

—No importa. Lo sabremos cuando pidamos el certificado de últimas voluntades. De todos modos, le aconsejaría esperar un poco.

—Hasta ver si hay juicio, ¿no?

—Es lo más prudente. Cuando el juez tome una decisión. En quince días podremos iniciar las gestiones.

—Lo que usted diga —asintió ella.

—Hay algo más que aún no he podido comentarle. Es sobre el tema de los seguros…

—¿Qué ocurre?

—Verá: esas compañías tienen una cierta responsabilidad en los hechos que hemos denunciado. Y no es una buena propaganda para su negocio que se airee el asunto. Creo que estarían dispuestas a ofrecerle una compensación económica por los daños que su falta de mecanismos para detectar el fraude podrían haberle ocasionado. O eso me dio a entender el director de Azur Seguros cuando habló conmigo. No sé qué opina usted. ¿Querría llegar a un acuerdo?

Silvia agachó la cabeza, pensativa.

—En estos momentos no me apetece hacer reclamaciones ni

meterme en más líos legales. Tampoco sé lo que me cobraría usted por hacer todos esos trámites. No tengo mucho dinero…

—Bueno, yo…

—Espere, no he terminado. Si dejo el papeleo en sus manos, ¿llevaría ese asunto a cambio de un porcentaje de la herencia, por ejemplo?

—Una comisión —le corrigió Esteban, rascándose la frente—. Yo defendería sus intereses con mucho gusto, ya se lo he dicho.

—Entonces, adelante. Hágalo. Reclame la compensación y, cuando crea que es el momento, la herencia, si piensa que merece la pena intentarlo. Si yo puedo quedarme al margen, mejor.

—De acuerdo —murmuró el abogado—. Deje que estudie el asunto. Solo quiero advertirle que tendrá que liquidar los impuestos de trasmisiones patrimoniales. Puede suponer un tercio o más del valor total de…

—Lo que sea —le interrumpió ella—. No pretendo hacerme rica, pero, si eso me ayuda a empezar de nuevo, no lo voy a rechazar. Ahora mismo no tengo nada que perder. —Silvia echó un vistazo al móvil—. Esteban, estoy muy cansada. ¿Podemos discutir esto en otro momento?

—Desde luego, disculpe. ¿Quiere que la acerque a su casa?

—Por favor —aceptó.

Eran casi las siete de la tarde cuando Esteban detuvo el coche frente a su edificio. Silvia cogió sus cosas —incluido aquel peluche que llevaba arrastrando de un lado a otro desde hacía dos días— y se despidió apresuradamente del abogado. Él aguardó con el motor en marcha mientras ella abría la puerta del portal. Una vez dentro, le hizo un gesto para indicarle que todo estaba en orden. Esteban arrancó. Silvia se metió en el ascensor, pulsó el cuarto. Subió el último tramo con el corazón en un puño. Al llegar al ático, sofocó un grito. La policía había vuelto a romperle la cerradura, y esta vez ni siquiera se había tomado la molestia de poner un candado. Con rabia, arrancó los precintos y de un empujón abrió la puerta. Encendió la luz. Ni un solo mueble estaba ya en su sitio. Silvia dejó caer las bolsas en el suelo, la respiración entrecortada. Fue a la cocina. Vio las alacenas arrasadas. La vajilla, los cacharros, amontonados sobre la mesa. Los cubiertos en el fregadero. El baño, el dormitorio, todo parecía haber sido saqueado por una banda de lunáticos. Silvia apoyó la espalda contra la pared. Se llevó las manos al estómago y se echó a llorar.

—Hijos de puta —gimió.

Buscó el móvil. Marcó el número de Rodrigo. Esperó a oír la señal para dejarle un mensaje de voz.

—Rodrigo, soy… Bueno, ya sabes quién soy. Por favor, si puedes llamarme, yo… te agradecería que me explicaras qué está pasando. Solo eso. Por favor, llámame…

Silvia se quitó la chaqueta, los zapatos. Se dejó la falda —lo único que le gustaba de aquel traje que Esteban le había comprado— y cambió la blusa del lacito en el cuello por otra, también blanca. Llenó una maleta, sin pararse demasiado a elegir. Se puso unas botas altas, un jersey negro de cuello vuelto y una boina de lana. Cogió el abrigo, sacó sus cosas y cerró de un portazo.

Arrastró la maleta por la calle hasta una parada de taxis sin mirar atrás, sin preocuparse lo más mínimo por tomar las precauciones que Esteban había insistido tanto en recordarle. En aquel momento, se sentía capaz de matar con sus propias manos a cualquiera que se cruzara en su camino. Ya en el coche, le pidió al conductor que la llevara al centro. El taxista —un chico joven, de cara redonda— le cayó simpático.

—¿Conoce algún hotel que esté bien y que no sea excesivamente caro? —le preguntó.

—¿Por el centro? En estas fechas y a buen precio, no sé yo…

—O una pensión, no importa.

—Conozco uno. En la plaza de Hernani, por el casco viejo. Puede probar. Tal vez tengan habitaciones libres.

—Probemos —dijo.

El Hotel Príncipe estaba junto al mercadillo que Silvia había visitado unos días antes. Hizo una reserva para tres noches y subió a la habitación. Era pequeña pero acogedora. La ventana daba a la plaza. La abrió y echó un vistazo. Estaba a rebosar de gente que se paseaba entre los mismos puestos de belenes y artículos de broma que recordaba de la otra vez. Las luces navideñas resplandecían en árboles y fachadas. Hasta ella llegaba el barullo entrecortado de las voces y los villancicos, y del tráfico, más allá. Tuvo de nuevo la sensación de observar la vida desde fuera. El mundo al otro lado se movía, hacía ruido, vibraba. Todo allá abajo parecía tener algún sentido. Se vio dolorosamente excluida. Cerró los postigos, corrió las cortinas y se sentó en el filo de la cama. Dejó vagar la vista por la habitación, retorciéndose las manos. Se acordó del móvil. Lo sacó del bolso, con la esperanza de ver el aviso de alguna llamada perdida… Nada. No sabía qué hacer. Si darse un baño y encargar algo de cena o… Salir, quizás. La idea de volver a emborracharse en

la habitación de un hotel le resultaba demasiado deprimente. Era veintidós de diciembre. Recordó las Navidades anteriores. Su viaje a Estambul. El Bósforo, los transbordadores, los puestos ambulantes de pescado frito. Las mezquitas, los mercados, el Gran Bazar. La tienda de antigüedades. El alfiler. Se levantó de un salto. Se abrigó y salió del hotel, decidida a celebrar… lo que fuera.

Vagabundeó por las callejuelas estrechas del casco antiguo, abriéndose paso entre la gente que entraba y salía sin cesar de los garitos de copas, las tabernas, los restaurantes, con ojos achispados, la risa fácil. Una masa vociferante y compacta. Guirnaldas y sombreritos de papel, matasuegras, cenas de empresa. La Navidad se les había echado encima y la ciudad entera era un anuncio, un derroche de luces artificiales que decretaba el estado de júbilo obligatorio. Además, era viernes. Para muchos, el inicio de las vacaciones. Silvia avanzaba a trompicones, un poco desconcertada por el alboroto en la calle, buscando —sin demasiadas esperanzas— un lugar apacible que no resultara deprimente. Dejó atrás la zona más concurrida del barrio alto y se adentró en otro más elegante. Los restaurantes allí ganaban en número a los bares, los clientes parecían menos vocingleros. Se detuvo ante un jazz-café que anunciaba música en vivo. Un local discreto, con la fachada ilesa en lo que a decoración navideña se refería.

El interior se parecía mucho a lo que andaba buscando: cálido, oscuro, un tanto melancólico sin caer en lo tétrico. Con rincones donde esconderse de los demás. Sobre el escenario, una banda —piano, saxo, trombón y contrabajo— interpretaba una pieza bastante clásica, nada estridente, que le resultó familiar. Eligió una mesita casi empotrada entre dos columnas, se quitó el abrigo. Dejó el móvil a la vista. Recorrió el local con la mirada mientras se acostumbraba a la penumbra. Había muchas parejas —casi todas de mediana edad—. Un señor mayor con un perrito. Un grupo de turistas, americanos, por el aspecto… Entonces reconoció la melodía: Un americano en París. Recordaba vagamente haber visto la película.

—¿Qué va a tomar? —susurró un camarero surgido de las sombras. Silvia echó un vistazo rápido a la carta.

—Una copa de… Chianti —decidió. El camarero asintió y dejó el programa de la actuación en la mesa. Le echó un vistazo. «Viernes, 22 de diciembre. Heavenly Jazz Quartet presenta Acordes en Negro y Azul: Un recorrido por el cine a ritmo de jazz y swing —leyó—. Rhapsody in Blue, An American in Paris (George Gershwin); Affair in Trinidad (George Dunning); Les parapluies de Cherbourg (Michel

Legrand); Anatomy of a Murder (Duke Ellington); Ascenseur pour l'Echafaud (Miles Davis); I want to live (Gerry Mulligan)…». Justo cuando el camarero dejaba la copa en la mesa, la pantalla del móvil se iluminó.

—¿Rodrigo? —se apresuró a responder.

—Silvia… ¿Qué tal?

—¿Qué tal? —repitió, con voz de reproche—. Te he llamado mil veces…

—Estaba ocupado… —contestó él—. ¿Qué es ese ruido?

—… No pude volver a casa, estoy en un hotel. He salido a despejarme un poco. Me sentía sola —le explicó, con la débil esperanza de tocarle alguna fibra sensible.

—Ya. Entiendo. Bueno, no será por mucho tiempo.

—No lo sé. No me apetece volver… Rodrigo, ¿qué ocurre? —preguntó.

—Nada.

—Por favor —estalló—. No digas que nada. ¿Es por la detención?

—No. No pasa nada. En serio.

—¿Y entonces? ¿Por qué estás tan distante conmigo?

—No es eso, solo que no…, no he podido llamarte antes. Lo siento.

—¿Cuándo podré verte? —le preguntó.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. La música cesó. Los aplausos llenaron el vacío. No pudo descifrar la respuesta de Rodrigo, su voz era casi inaudible con el ruido de fondo.

—Perdona, no te oigo… ¿Puedes repetir? —le pidió.

Sobre la tarima, apareció una mujer vestida con un traje de noche negro y larga melena. Aplausos. Uno de los músicos alcanzó un bombo y anunció el comienzo de la actuación con un redoble.

—¿Rodrigo? —repitió Silvia.

La mujer se acercó al micrófono, marcó el compás con las manos. La banda arrancó a su señal, salvo el piano, sustituido ahora por una batería.

—… Espero que lo entiendas —oyó su voz, muy lejos.

—¿Qué entienda qué? —casi gritó.

—… Que no podemos vernos. Durante un tiempo.

Silvia intentó digerir sus palabras mientras la voz sinuosa de la cantante comenzaba a fluir alrededor de ella, cercándola, ahogándola. I've been kissed before… Arms have held me fast… You can tell by my kiss… You weren't the first… And you won't be the last…

—¿Por qué? —le preguntó.

With heart and soul I kiss them… And file the memory under M… Tomorrow if I miss them… That maybe the only time I think about them…

—Es lo mejor. Para los dos —contestó—. Silvia, te oigo muy mal. Hablamos en otro momento. Cuídate.

—Pero… —musitó. Oyó un clic. Luego nada, salvo la música. Silvia cogió la copa. Dio un trago.

… A heart is broken nightly…

Y un segundo.

… A smile that they misunderstood…

Y un tercero.

… Unless you treat it lightly…

Hasta vaciarla.

… You'd better be going while the going is good.

Le hizo una seña al camarero.

—Otra… No. Mejor, tráigame la botella —le pidió.

Silvia se volvió hacia el escenario, donde la cantante continuaba su actuación. Admiró el movimiento sinuoso de sus caderas, de sus brazos. Admiró su voz, tan provocativa como sus gestos.

Many loves have I
You were just one more
But someday I'll be kissed
And maybe I'll doubt
That I've been kissed before
That I've been loved before…

El camarero dejó la botella de Chianti sobre la mesa, con la cuenta. Le llenó la copa.

On that day that I'm kissed…
I'll even deny…
That I've been kissed before…

Silvia la apuró de un solo trago. Se sirvió otra. Esta vez, saboreó el vino, sin prisas, un poco mareada. Hizo una inspiración profunda. Los labios se le curvaron sin querer en una sonrisa. Comenzaba a sentir un cosquilleo. Una sensación de pérdida. De liberación. Comprendió que Rodrigo acabaría siendo el recuerdo de un minúsculo tropiezo sin ninguna trascendencia en su vida. Que, con el tiempo, Daniel dejaría de dolerle y podría perdonarse. Había sobrevivido. O casi. Tal vez lo justo era decir que una parte de ella no lo había logrado. Pero de los restos del naufragio había surgido alguien diferente. Una persona que no iba a dejarse vencer. Ya había demostrado con creces que era capaz de cualquier cosa. De

cualquier cosa… Incluso de planear un secuestro y llevarlo a cabo si en ello le iba la vida.

Entonces, justo cuando la voz ondulante de la mujer del traje negro languidecía hasta morir y los platillos acometían los últimos compases, atronadores, y entre el público estallaban los aplausos…

… Silvia se echó a reír.

Jueves, 28 de diciembre

C

El día amaneció nublado. La temperatura en la calle no sobrepasaba los dos grados cuando Julio salió de casa. Tardó un poco en recordar dónde había dejado aparcado el coche, pero al final dio con él: un viejo Ibiza de color azul que su tía le había prestado unos días antes. Mientras dejaba que se calentara el motor, encendió la radio. Evitó los canales de noticias y sintonizó una emisora de música. El locutor mencionó que era el día de los Santos Inocentes. Julio sonrió, pensando en Aldo. No se le olvidaba la primera pregunta que le había formulado, nada más conocerse, ante el cadáver descompuesto de Manzanares. «¿Sabe qué día es hoy, agente?». Y su desconcertada respuesta. «Cinco de diciembre, señor». Día de san… Ya no lo recordaba. Al menos hoy sabía la respuesta correcta. Julio maniobró con cuidado y aceleró. Había quedado en recoger al inspector sobre las diez. La incineración estaba prevista para las once en el tanatorio municipal. Silvia no había querido que trasladaran los restos de Daniel a Santa Marina, y él lo agradecía como nadie. A Manzanares lo habían enterrado dos días antes, en el lugar que le correspondía, junto a las tumbas de Águeda y el primogénito de ambos. El inspector había asistido a la ceremonia. Julio ni siquiera había hablado con él aquella semana, pero vio una foto suya en la prensa. La recortó para pegarla en su álbum de recuerdos. Aldo aparecía en un segundo plano, un poco alejado del cortejo fúnebre —formado por una media docena de personas, entre las que no se encontraba Silvia—. Había nevado, y la figura del inspector destacaba, solitaria y oscura, sobre el fondo blanco. Tenía las manos en los bolsillos del abrigo, el gesto grave. Parecía realmente triste. Julio sabía la causa de su aflicción: la investigación del Botánico estaba, oficialmente, en suspenso por falta de indicios. Silvia había quedado en libertad sin cargos y aquel mismo día, el veintiséis de diciembre, el juez había decidido exonerarla. Además, no se había podido llegar a una conclusión definitiva en el caso de Daniel. El dictamen final de la subinspectora Marcos y su equipo y el informe de Linares no desvelaban si la muerte se había debido finalmente a una caída accidental o provocada. Y, en cualquier caso, no existía ya nadie a quien acusar del crimen. Con esa eran cuatro las muertes sin resolver, porque tampoco se había avanzado gran cosa en el esclarecimiento de los

hechos que rodeaban el accidente de Flores y el tiroteo que acabó con la vida del capitán Herranz. Motivos más que suficientes para estar afligido, meditó Julio.

Al menos podían sentirse satisfechos por otras cosas. Nájera había cedido por fin a las presiones de los interrogatorios y les había facilitado las combinaciones de las cajas blindadas. Además de algunas joyas y una colección de monedas antiguas, encontraron copias del acta fundacional que Manzanares había redactado, los datos personales y cargos de todos los miembros de la fundación —incluido Orion Dauber como beneficiario—, una declaración firmada por él en la que nombraba a Nájera fideicomisario de sus bienes y una lista actualizada donde aparecían, por un lado, el registro de las obras obtenidas de manera legal, con copias de los certificados de autenticidad y los documentos de tasación y compra —muchas de ellas, ya en los fondos de la Fundación en la isla de Jersey—, y, por otro, el registro de todas aquellas piezas procedentes del mercado de obras de arte robadas. Y lo más importante: la ubicación de estas últimas, unas doscientas en total, entre mobiliario, esculturas y lienzos. Todas a buen recaudo en un almacén de materiales de construcción situado en un polígono industrial de las afueras. Beltrán Nájera estaba en prisión provisional sin fianza, a la espera de que se iniciara el proceso. La investigación —que se preveía larga y complicada, como les había dejado caer Domingo— había pasado a manos de la Interpol, por un lado, y a la Brigada de Delitos Económicos y Fiscales, por otro. Tanto él como Aldo no pintaban ya nada en aquel caso. Era un alivio, pero también significaba el final. Y, de momento, Julio no sabía si volverían a trabajar juntos. Suspiró. Al menos había dejado de fumar.

El inspector aguardaba junto al portal de su edificio. Tenía buen aspecto. La cara más llena y una expresión diferente en la mirada. Como nunca había visto el coche, Julio tuvo que pitar para avisarle de que era él. Dio un frenazo y abrió la puerta. Aldo se apresuró a entrar, temblando de frío.

—Puntual como siempre —dijo, tras abrocharse el cinturón—. ¿Qué tal está?

—No me quejo —sonrió—. Usted tiene buen aspecto. Le están sentando bien las fiestas, ¿no?

—Si con eso se refiere a que estoy más gordo, sí, lo estoy —contestó—. Creo que son las primeras Navidades en las que disfruto. Moderadamente, claro. ¿Qué hizo usted en Nochebuena?

—Cené con mi tía, sus hijos y su nuevo… amigo.

—¿Y en Navidad?

—Pues… Almorcé con mi tía, sus hijos y su nuevo amigo. Ah, sí. También vino la novia de uno de mis primos.

—Apasionante. Ya no le pregunto lo que hará en Nochevieja. Usted también tiene buen aspecto, Julio —comentó—. Está… radiante.

Julio lo miró un poco escamado. No sabía si se estaba burlando de él. Sin embargo, Aldo no dio muestras de hablar en broma.

—¿Y este coche? —le preguntó.

—De mi tía. Antes no nos llevábamos muy bien, que digamos —comentó—. Pero desde que sale con ese tipo está diferente. Más atenta.

—Nunca me habló de ella.

—¿No? —Julio pensó que había muchas cosas de las que no había hablado con él, en realidad—. Cuidó de mí cuando murió mi padre. Y creo que yo no se lo puse demasiado fácil. En fin. El caso es que, de momento, me tengo que conformar con este cacharro.

—¿Cacharro? Yo lo encuentro más que decente. Por lo menos no tiene veinte años, como el otro…

—Pues ya le tengo echado el ojo a una maravilla que encontré en internet. Un Citroën DS19 de 1960 color escarlata.

—¿Un Citroën escarlata de 1960?

—Sí. Un Tiburón. ¿Sabe cuál es?

—Claro. ¿Y funciona?

—Iré a verlo la próxima semana, pero el vendedor me aseguró que está en perfecto estado. Y con la ITV al día. Ya le llevaré a dar una vuelta si me lo compro…

—¿Y adónde piensa llevarme, teniente? ¿A una feria de antigüedades? —bromeó.

—Hombre, si se pone así…

—Me muero de ganas, Julio. Era un chiste. Hablando de otras cosas… Sabe ya lo de Silvia, ¿no?

—Si se refiere a la resolución judicial, sí.

—No. No es eso. Ayer detuvieron a cinco hombres y a una mujer de la banda del Inglés en una redada, gracias a la información que proporcionó Ana Goicoechea al juez. En la rueda de reconocimiento, cuatro empleados de las compañías de seguros señalaron a la tipa como la suplantadora de Silvia. Otros dos tenían dudas. Ahora buscan al hombre que la acompañaba. Y sospechan que podría tratarse del Inglés en persona.

—Vaya. —Julio suspiró—. Es una buena noticia. Al final, Ana

Goicoechea ha sido de más ayuda que el Chino.

—Sí. Lástima que no estuviera tan metida en la organización como el otro —murmuró Aldo—. Pero bueno. Esa mujer está cooperando mucho. Solo ha impuesto una condición…

—¿Que se tenga en cuenta su actitud para reducir la pena?

—No. Nada de eso. Le ha pedido al juez que permitan que Silvia pueda visitar al niño y sacarlo del centro de menores de vez en cuando, aunque sea por unas horas…

—¿Silvia?

—Sí. ¿No es extraño?

—Un poco —reconoció el teniente—. ¿Y qué ha decidido el juez?

—Lo está estudiando —dijo—. ¿Sabe algo nuevo del tema de los cuadros?

—No. Salvo que Almeida ha aprobado la subasta de las obras que no fueron robadas para cubrir los agujeros financieros que dejó Manzanares en las empresas con participación municipal.

—Sí, eso ya lo sabía. Creo que Silvia va a reclamar la herencia. Domingo me dijo que su abogado había solicitado el informe forense —comentó—. Lo necesitarán para conseguir el certificado de defunción y el de últimas voluntades.

—Bueno, eso no es ningún delito.

—No. No lo es. —Aldo resopló—. Estuve en el entierro de Manzanares…

—Lo sé. Lo vi en el periódico.

—Prudencio le manda recuerdos —sonrió el inspector.

—No…

—Sí. Julio, ¿seguro que va bien por aquí?

—Es un atajo. Tranquilo. Aldo, ¿cómo lo lleva?

—¿Cómo llevo qué cosa, teniente?

—Lo de hoy. La incineración de Daniel.

—… Bien, supongo. ¿Qué mejor fecha que el día de los Santos Inocentes para ponerle fin a su historia? Solo siento no haber podido meter a Herodes entre rejas.

—Herodes está muerto —sentenció Julio—. Olvídelo.

El teniente tomó una desviación y se adentró en el cinturón industrial. No tardó mucho en encontrar el tanatorio. Dejaron el coche en el parking y se dirigieron al edificio. Pidieron información a un vigilante, la única persona a la vista que no parecía estar velando a sus muertos en aquel momento.

—¿Vienen por el chico? —les preguntó.

—Daniel Manzanares —dijo Julio.

—Por el nombre no sé, tienen que esperar a que venga el ordenanza. Pero en el crematorio ahora mismo solo hay una mujer esperando las cenizas…

Aldo miró la hora.

—¿Esperando las cenizas? Pero si era a las once…

—La cremación del muchacho hace rato que empezó. —El hombre echó un vistazo al reloj—. Ahora ya estarán a punto de pasar los restos por el cremulador.

—¿El cremulador? —repitió Julio.

—El pulverizador, vaya… Si quieren, pueden echar un vistazo. Al final del pasillo, tuercen a la izquierda y bajan un piso. Creo que la mujer está en la sala dos.

—Gracias.

Encontraron a Silvia sentada en un banco, fuera de la sala. Al verlos se levantó. Julio la encontró diferente, más atractiva. Se había cortado el pelo y se había dejado flequillo. Llevaba un abrigo tipo gabardina, un traje negro y zapatos de tacón. Parecía tranquila, pero resultaba obvio que había llorado. Tenía los ojos un poco hinchados.

—Inspector —murmuró, distante—. Teniente.

—Buenos días, Silvia —la saludó Julio, algo cohibido.

—¿Ya ha comenzado la cremación? —preguntó Aldo, con frialdad.

—Ya ha finalizado. Estoy esperando la urna.

—Pero era a las once —protestó el inspector.

—A las nueve —dijo ella—. Me dijeron que podía adelantarlo y no me apetecía compartir ese momento con nadie más. Siento que hayan venido para nada.

—Bien. En ese caso… Supongo que debo darle el pésame. —Aldo le tendió la mano.

Silvia dudó, pero finalmente se la estrechó.

—Y yo supongo que debo aceptarlo —contestó. Julio también le dio la mano—. Gracias, de todos modos…

—¿Por qué? —preguntó Aldo.

—Por encontrarlo. Por devolvérmelo. —La mirada se le enturbió.

—Es nuestro trabajo. ¿Puedo preguntarle algo?

—… Depende, inspector. Si es una pregunta capciosa, guárdesela para usted.

—No, solo me preguntaba qué piensa hacer ahora.

—Eso es asunto mío, ¿no cree?

—Es que… he oído que Ana Goicoechea ha insistido en que el juez le permita visitar a Yeimer. Me resulta extraño que su secuestradora haga semejante petición. Y me extrañaría mucho más que usted aceptase.

—Lo imagino. Pero insisto: no es asunto suyo.

—¿Intenta pedir la custodia de Yeimer?

—Nunca se da por vencido, ¿verdad? —dijo ella—. Es posible, sí. ¿Algún problema?

—¿Por qué…?

Aldo no terminó la frase. Avisaron a Silvia para que fuera a recoger la urna. Cuando desapareció de la vista, Julio se encaró al inspector.

—Aldo, no se pase. Recuerde que ya no es sospechosa.

—No, teniente. No ha sido procesada por falta de pruebas, que es distinto.

—Pero…

—No —le interrumpió—. No diga más. Tiene usted razón. Disculpe. No volveré a insistir.

—¿Está enfadado porque adelantó la hora de la cremación? —preguntó.

—¿Enfadado? No… Aunque no sé por qué de repente le importa tanto Daniel.

—Porque es su hijo, Aldo. Y creo que ahora puede afrontarlo. No la culpabilice más.

Aldo miró a Julio con expresión divertida.

—Es usted un bendito —sonrió.

—¿Me lo tomo como un cumplido? —dijo Julio.

—… Eh, se va. —Aldo señaló hacia las escaleras.

Silvia avanzaba, presurosa, hacia la salida del tanatorio, abrazando la urna, el bolso y los papeles que había tenido que firmar al recoger las cenizas. Las puertas automáticas se abrieron. Una ráfaga de viento le arrancó los papeles de las manos, pero ella no se detuvo. Atravesó el aparcamiento casi a la carrera hasta llegar al coche. Abrió la portezuela y, con cuidado, dejó la urna en el asiento. Extrajo una cajetilla de tabaco del bolso, se apoyó en el capó y prendió un cigarrillo. Se preguntó por qué había echado a correr de aquella forma. No se estaba llevando nada que no le perteneciera ni tenía que darle explicaciones a nadie de sus actos, pero… no entendía por qué lo había hecho. El inspector la había puesto nerviosa, se justificó, mientras daba una calada. Miró hacia el tanatorio. Los vio salir, recolectar los papeles que se le habían volado y quedarse allí, plantados junto a las escaleras. Silvia tiró el

cigarrillo, se metió en el coche y arrancó. Al llegar junto a ellos, frenó. Abrió la ventanilla.

—Siento haber salido tan deprisa —se excusó—. Recordé que… Bueno, tengo cosas que hacer. En fin, no pretendía ser desagradable.

—Tenga. —Julio se agachó un poco para darle los documentos —. Creo que son suyos. ¿Está bien?

—Sí. Gracias.

—¿Qué hará con las cenizas? —le preguntó Aldo, echando un vistazo a la urna, en el otro asiento.

—Aún no lo sé… Me gustaría encontrar un sitio apropiado para esparcirlas. Algún lugar que tuviera un significado para Daniel. Pero no sé. —Silvia tosió—. No sé si existe ese sitio…

—¿Puedo darle un consejo? —dijo Aldo—. Busque a Raúl. Raúl Sánchez. Pregúnteselo. Si alguien sabe dónde está ese lugar, seguro que es él. De paso, tal vez le apetezca que le descubra quién era su… hermano.

Silvia tensó las manos sobre el volante. Miró al frente.

—… Mi hijo, inspector —murmuró, con voz ronca. Silvia pisó el embrague—. Gracias por la sugerencia.

El coche levantó una pequeña polvareda cuando Silvia aceleró. Aldo y Julio observaron cómo se perdía entre los demás vehículos al tomar la autovía. Luego se encaminaron al Ibiza prestado de Julio. El teniente fue el primero en hablar, tras poner la llave en el contacto.

—Eso ha estado muy bien —comentó—. Que mencionase a Raúl, digo. Seguramente le hubiera gustado estar hoy aquí.

—¿Sí? —dijo el inspector, con aire ausente.

—Eso creo. En su lugar, a mí me habría gustado. —El teniente se sonrojó—. ¿Adónde vamos?

—Yo ya no mando en esta pareja —sonrió Aldo. Julio se puso alerta. ¿Lo había dicho con segundas o era un comentario inocente? —. Proponga usted.

—¿Tiene algo que hacer? ¿Algún caso del que ocuparse?

—¿Bromea? Estoy de vacaciones, por fin. Las que me interrumpieron cuando encontraron al húngaro. ¿Se acuerda?

—Y tanto… No hace ni un mes. Pero parece toda una vida.

—Sí. ¿Qué le parece si vamos a Santa Marina?

—Está de coña, ¿no? —dijo Julio, alarmado. Aldo se echó a reír.

—Vayamos al Café de Tánger, para celebrar los viejos tiempos. Y luego le invito a comer, si no tiene plan con su tía… O un nuevo caso del que ocuparse.

—¿Bromea? —lo imitó Julio—. Yo también estoy de vacaciones. Y creo que ya he cumplido con mi tía.

—Por cierto, no me dijo si tiene algún plan para Nochevieja.

—De momento, no. ¿Y usted?

—Cena familiar. ¿Le gustaría venir?

—¿Yo?

—Bueno, si le apetece. Ya conoce a Marcia, mi hermana. En realidad fue idea suya…

—Ah —murmuró Julio, decepcionado.

—… A mí también me apetece. Si usted quiere.

—Lo pensaré —sonrió—. Aldo…

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarle algo? Algo personal.

—Si va a preguntarme otra vez por mi pasado…

—No, no es tan personal. Pero quiero que sea sincero —dijo.

—Lo intentaré, Julio. Dispare.

—¿Por qué me eligió a mí?

—¿Por qué le elegí a usted? —repitió Aldo.

—Sí. Como enlace. Había gente con más experiencia en Jefatura. Era el primer caso importante que coordinaba yo solo.

—Pues… por su expediente. Porque no tenía cargas familiares y podía disponer de más tiempo. Porque nunca había cometido una sola infracción de tráfico —sonrió—. Y porque desde nuestro primer encuentro en el piso de Dauber me gustó su aspecto…

—¿Mi aspecto?

—Ajá. —Aldo observó con disimulo la cara del teniente. Una vez más, se había puesto rojo.

—Vaya. —Julio sintonizó la emisora de música. Aquel hombre no había perdido la virtud, ni la costumbre, de ponerle nervioso. Tomó la desviación hacia el centro de la ciudad y aceleró.

El coche se adentró en el caos circulatorio del mediodía. Sobre los edificios grises, la luz del sol comenzaba a filtrarse entre las nubes. El cielo se abría por fin sobre la ciudad.

—Julio —dijo el inspector—. Ahora que todo ha terminado, ¿qué le parece si nos tuteamos de una vez?

—Me parece fantástico —contestó Julio—. Absolutamente fantástico, Aldo. Yo también pensaba proponérselo.

Epílogo

Jueves, 14 de octubre de 2004

—¡Daniel! —exclamó Águeda—. ¡Daniel, ¿me oyes?!

Escuchó pasos al otro lado de la habitación. Tuvo el tiempo justo de cerrar el ordenador, quitar el pendrive y esconderlo en un cajón del escritorio antes de que ella abriera la puerta.

—¿No me oyes? —le increpó. Él se volvió, azorado—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada… Un trabajo para clase de Historia. Pero ya acabé —farfulló.

Águeda se acercó. Su mirada, penetrante y severa, saltó del ordenador a él y de él al ordenador. Daniel se preparó para escuchar alguna de sus agrias peroratas sobre los peligros de internet —si ella supiera—, pero no ocurrió nada de eso. Suavizó la expresión y le dio unos cachetes en la mejilla —su forma habitual de mostrarle cariño—. Daniel apartó la cara. Ella desvió la mano hacia su pelo, nerviosa, y se ahuecó el peinado.

—Me voy de compras en media hora. ¿Quieres venir conmigo? —le preguntó.

—Es que…, el trabajo de Historia… Tengo que entregarlo mañana —se disculpó.

—¿No dices que lo habías terminado?

—Casi. Casi está terminado. Pero aún tengo que corregirlo y… ya sabes. Lleva tiempo.

Águeda resopló, contrariada.

—Y tú sabes lo que pienso yo de que te pases el día nadando en esos sitios de internet.

—Navegando.

—Lo que sea. Si este semestre no sacas mejores notas, despídete del ordenador, de internet… Y de Raúl.

—¿Por qué lo metes a él también en el saco? —protestó Daniel, ceñudo.

—Porque te hace perder el tiempo. Os pasáis el día vagueando.

—Eso no es cierto. Nos pasamos el día estudiando…

—Pues no se nota. Últimamente no se nota —dijo—. Mira, hoy no quiero discutir. Si no quieres venir conmigo, de acuerdo. No

hace falta que inventes excusas —murmuró, retorciéndose las manos.

Daniel la miró. Intentó verla desde un punto de vista diferente, como a una desconocida. Una mujer pálida, ojerosa. Elegante y anticuada. Severa pero justa, según su propio esquema de valores. Frágil, sacudida por pequeños espasmos que en ocasiones no lograba disimular. Por eso nunca dejaba las manos quietas. Experimentó un sentimiento cercano a la compasión.

—No son excusas —dijo—. Tengo que terminar este trabajo. Si no, iría contigo… No perderé el tiempo en internet, de verdad.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Águeda hizo ademán de marcharse. Pero vaciló. Se volvió hacia Daniel.

—¿Me das un beso? —le pidió.

Él la miró, extrañado. ¿Sospechará alguna cosa?, se preguntó. Estiró el cuello y la besó en la mejilla. El olor de su perfume, intenso, sofocante como un jardín entero de flores exóticas —carnívoras, imaginó—, le provocó sentimientos ambiguos, de amor y odio. Aquel perfume era ella. No había olido a otra cosa desde que él era pequeño e imaginaba que así olían todas las madres. Águeda se apartó. Volvió a ahuecarse el pelo, con gesto coqueto, y le dio una palmadita en el hombro.

—¿Quieres que mire algo para tu padre de tu parte o…? —preguntó, antes de salir de la habitación.

—Ya tengo un regalo pensado, no te preocupes.

—Bien. Si cambias de opinión, estaré abajo.

Daniel espero unos minutos. Cuando la oyó dando órdenes a la criada en la planta baja, encendió de nuevo el ordenador. No tenía mucho tiempo: el autobús salía sobre las ocho y todavía no había terminado de guardar todas sus cosas en la mochila. Tampoco había hablado con él… Sacó el pendrive del cajón y volvió a conectarlo. No quería dejar las fotos en el portátil. Las grabó en la memoria externa y borró los archivos. El resto de lo que había descubierto podía dejarlo allí. Ya tenía una copia preparada para entregársela a… ella. Y otra para Raúl. Eran, por así decirlo, su «seguro de vida» —qué grandilocuente sonaba aquello—.

Mientras cargaba las fotos, pensó en él. En Raúl. Esperaba que lo comprendiese. No podía seguir allí ni un día más. Si no actuaba pronto, su padre encontraría la forma de impedírselo. Aunque lo del seudónimo no le había hecho gracia, tampoco parecía haberle quitado el sueño. Tramaba algo. Seguro.

Daniel extrajo el pendrive del portátil y lo cerró. Cogió el periódico y se echó en la cama. Buscó los horarios de autobuses. Había uno a las ocho, en efecto. Llegaría a las nueve y cuarto a la ciudad y aún tendría que buscar el apartamento de Silvia. Esperaba encontrarla allí. Tenía su teléfono, pero no se había atrevido a llamarla por miedo a ponerla sobre aviso y que se negara a verlo. Sobre todo, después de aquella carta que le había enviado. Si se presentaba por sorpresa, no le quedaría más remedio que hablar con él, divagó. Buscó el horóscopo, por ver qué le pronosticaba… Tenía un dilema: siempre había creído que era Escorpio, hasta que descubrió su verdadera fecha de nacimiento. Ahora resultaba que era Géminis. Decidió quedarse con la predicción más favorable. Empezó con su recién descubierto signo zodiacal. «Le deseamos que pueda sacar máximo partido a días como estos, infrecuentes y afortunados. Excelentes perspectivas». Sonrió, satisfecho. Buscó Escorpio: «Nadie puede pararle los pies —sonrió de nuevo—. Usted avanza, guiado por su "voz interior" que tiene la prudencia de escuchar con atención». Aquello lo desconcertó. ¿Quién «escuchaba con atención»? ¿Su voz interior o él? Supuso que en el texto faltaba una coma después de «interior». ¿Escuchaba él a su voz interior? ¿Hacía lo correcto o era todo una locura? No, decidió. No era una locura. ¿Cómo afrontar las horas con la verdad quemándole por dentro, día y noche, semanas, meses, años? ¿Cómo pretender que todo siguiera igual? Y si se rebelaba, ¿qué ocurriría? ¿Qué no haría su padre por callarle la boca? ¿Qué locura se le ocurriría a ella? No. Era imposible. Decidiera lo que decidiera Raúl —intuía que empezaba a acobardarse—, él tenía que irse de casa ya, aquella misma noche. Tendría que explicárselo… Y temía su reacción. No quería que lo convenciera otra vez para esperar un poco más. Estaba harto de esperar.

Daniel se acercó a la ventana. Corrió los visillos. Vio a su madre sacar el coche del garaje. Había llegado el momento. Abrió el armario, cogió la mochila que le habían regalado cuando decidieron enrolarlo en los boy scouts —cómo los odiaba— y revisó el contenido. Seleccionó un par de piezas de abrigo más, las dobló con esmero y las guardó. Por último, eligió la ropa que iba a ponerse. Algo cómodo. Un chándal y una cazadora, las zapatillas deportivas. Y por si aún le quedaba tiempo de ir a casa de Raúl, la camiseta que le había regalado. A Raúl le hacía gracia que no pudiera distinguir el rojo. No se daba cuenta de que pretender diferenciar los colores era una cuestión casi filosófica. O metafísica. Porque ¿cómo podía saber nadie de qué color eran las cosas en realidad? ¿Cómo podía

saber nadie si el azul, su azul, era el mismo que el de otro, por ejemplo? ¿Qué se estaba perdiendo si su rojo era diferente?, concluyó, de camino al cuarto de baño. Se dio una ducha y volvió a la habitación. Justo cuando terminaba de vestirse, oyó a su padre en el vestíbulo. Unas risas. La puerta al cerrarse, voces en el jardín. Echó un vistazo por la ventana. Marta y Luisa, las dos chicas del servicio, se alejaban camino del centro. Estaban solos. Miró la hora. Las seis. Con suerte, aún podría despedirse de Raúl e intentar convencerlo para que se viniera. La idea de irse solo comenzaba a pesarle.

Daniel terminó de guardar sus cosas. Metió el portátil en la funda, la cámara de fotos en la mochila. La cartera —el dinero, la tarjeta de crédito de su padre—. Guardó el móvil y el pendrive en un bolsillo de la cazadora. Se puso la pulsera que Raúl le había regalado por su cumpleaños, se peinó ante el espejo. Echó un último vistazo a su dormitorio, preguntándose si volvería allí alguna vez. Metió el portátil en la mochila —la única cosa de provecho que había sacado de los boy scouts, definitivamente—, se la colgó a la espalda y salió.

—«Nadie puede pararle los pies» —murmuró. Al final del pasillo, en el estudio, sintió la presencia de su padre. Avanzó con paso decidido a su encuentro.

Golpeó con los nudillos la puerta entornada. Rubén estaba sentado ante su escritorio, tecleando algo en el portátil. Lo miró, desconcertado, y apagó la pantalla.

—¿Estabas aquí? —dijo—. Creí que te habías ido con tu madre…

—No, no me apetecía ir de compras.

—Pues yo estoy ocupado. ¿Qué quieres?

—¿Viste el número nuevo de Prosa Nova que dejé sobre tu mesa?

—¿La revista? No. Ya sabes lo que opino. Pierdes el tiempo con esas mamarrachadas, en lugar de aplicarte en los estudios. Pero si te empeñas, no puedo hacer nada por evitarlo.

—… ¿No te importa que siga utilizando ese seudónimo, entonces?

Rubén se echó atrás en la silla y sonrió. Era una sonrisa que Daniel detestaba. Fría, cínica. Cruel.

—¿Y por qué iba a molestarme? —dijo entre dientes.

—Pues… porque lo sé.

—¿Qué sabes?

Daniel titubeó.

—Lo sé todo. Todo lo que tienes ahí. —Daniel señaló el portátil —. Sé quién es Orion Dauber.

Rubén tamborileó con los dedos sobre el escritorio con aire apático, sin dejar de sonreír.

—No me gusta que andes en mi ordenador personal. No me gusta que te metas en mis asuntos. No sé qué crees haber entendido, pero no existe ningún Orion Dauber.

—Lo tengo todo aquí. —Daniel sacó el pendrive del bolsillo de la cazadora y se lo mostró.

Rubén no se inmutó. Sin embargo, ya no sonreía.

—¿Qué tienes ahí, Daniel? —preguntó. Él sintió que las rodillas le flaqueaban. Aquello no estaba siendo tan buena idea, después de todo. Pero ya no podía echarse atrás.

—Tus planes. La isla de Jersey. Los cuadros. Las fotos. La verdad sobre mi nacimiento. Todo. —Daniel reculó hacia la puerta, el corazón latiéndole en los oídos. Rubén se levantó de la silla.

—Basta, Daniel —gruñó—. Tus jueguecitos de espías ya me están cansando. Todo eso es una ficción… Cosas que me invento para pasar el rato. Material para una novela. —Los gestos, la voz, eran comedidos, casi suaves. Pero sus ojos tenían un brillo diferente. Agresivo. Despiadado. Daniel dio otro paso atrás.

—Me voy —dijo—. Ya te diré qué tienes que hacer para que no cuente nada. Y no intentes impedírmelo, porque tengo copia de todo. Si no me voy ahora, no podré evitar que lleguen a otras… manos.

Rubén se detuvo. Se echó a reír.

—Vamos, hombre. ¿Tú te oyes? ¿Quién va a creerse todo ese cuento?

—Hablo en serio…

—Daniel, estoy a punto de cabrearme de verdad. Te estás ganando un guantazo.

Él retrocedió un poco más, hasta el pasillo. Rubén lo siguió, despacio, alerta a sus movimientos como un felino a punto de saltar sobre una presa. Daniel sintió pánico. Se dio la vuelta y echó a correr. Rubén también. Lo alcanzó antes de que pudiera llegar a la escalera. Lo agarró por la mochila y trató de meterle la mano en el bolsillo de la cazadora. Daniel se resistió. Rubén le retorció el brazo.

—¡Dame eso ahora mismo! —gritó.

La voz de Águeda resonó entonces en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre ahí arriba? ¿Qué hacéis?

—Nada. —Rubén lo soltó. Daniel se apartó, sofocado. Ya no tenía el pendrive.

—¿Cómo que nada? —Águeda empezó a subir las escaleras—. ¿A qué viene ese alboroto? ¿Qué pasa? —exclamó.

—¿Y tú qué haces aquí? —le espetó Manzanares.

—Olvidé la cartera… ¿Os habéis peleado? —Águeda reparó en la mochila de Daniel—. ¿Adónde vas? —le preguntó.

—No va a ningún lado —contestó Rubén.

Águeda subió los últimos peldaños casi a trompicones.

—Me vais a decir ahora mismo qué está pasando —exigió, temblorosa—. ¿Qué haces con eso? ¿Adónde pensabas ir? —insistió.

—Me…, me voy de… aquí —respondió Daniel, con la respiración entrecortada. Águeda lo miró, atónita.

—¿Te vas de aquí? ¿Qué significa eso?

—No le hagas caso. No va a ninguna parte. Está castigado.

—Dani —dijo ella—, ¿qué ocurre? Dímelo, por favor…

Águeda alargó la mano hacia su cara. Él se apartó.

—¡No me toques! —gritó.

—Da…, Dani… —balbuceó, aturdida—. Soy tu madre, no me hables así…

Él la miró a los ojos, con rabia largamente contenida.

—¡Tú no eres mi madre! —exclamó.

Daniel intentó escurrirse entre los dos, correr escaleras abajo. Rubén lo aferró por la mochila de nuevo. Águeda le cerró el paso, pálida como un espectro. Firme como una columna.

—¡Te he dicho que ya basta! —gritó Rubén

—… Yo soy tu madre —repitió ella—, soy tu madre…

Daniel tiró de la mochila con todas sus fuerzas. Logró liberarse de Rubén. Solo pensaba en huir, llegar a la puerta y correr, correr, fuera de allí, lo más lejos posible. Águeda lo sujetó por un brazo.

—¡Daniel!

Él intentó quitársela de encima. Le dio un manotazo. La pulsera que Raúl le había regalado se enredó en su pelo. Al apartar la mano, le arrancó un mechón. Ella gritó de dolor y lo empujó, en un acto reflejo. Daniel perdió el equilibrio. El peso de la mochila lo impulsó hacia delante y se precipitó escaleras abajo. Quiso frenarse con las manos, pero fue inútil. Se golpeó la cabeza contra un balaustre y se dislocó la mandíbula, un latigazo de dolor tan intenso que perdió el sentido. El cuello se le quebró unos peldaños más abajo, hacia la mitad de la escalinata. La recia barandilla de mármol frenó su cuerpo donde describía una curva. Quedó allí, desmadejado y sin vida, como un náufrago atrapado entre las hélices de un buque monstruoso encallado en el aire.

El catorce de octubre de 2004 el sol se puso a las siete y media.

La luna ya era visible sobre las montañas, preludiando el final del día. Un día excepcionalmente apacible y tibio de otoño. Nadie en las tranquilas calles de aquel barrio residencial escuchó los gritos de Águeda.

Nadie vio nada.

Era el comienzo de una larga noche.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todos los que, de una manera u otra, han hecho posible que esta novela cobrase vida. En primer lugar, a Juanjo Domínguez, que me ayudó a cimentar un deseo, el de la escritura, que resultó vital. Gracias, porque sin tu motivación tal vez no me hubiera atrevido a dar este salto.

Le debo un agradecimiento muy especial a la persona que me propuso encerrarme en una habitación con un cadáver: Javier Sánchez Zapatero. Nunca olvidaré la confianza que depositaste en mí al tenderme el primer puente hacia la edición.

Quiero agradecer a Alberto Rodríguez y a Gonzalo Izquierdo, mis editores, que apostasen por esta obra. Gracias por vuestra sabiduría, por vuestra paciencia: el trabajo enorme de revisión que ha requerido la novela no habría sido posible sin vuestras valiosísimas aportaciones. Gracias por lo mucho que os habéis implicado, por el respeto, por el entusiasmo y, sobre todo, por creer que valía la pena el esfuerzo.

Agradezco asimismo al doctor Miguel Orós Muruzábal que tuviera la gentileza de aclararme algunos conceptos básicos de la investigación forense. Gracias por contestar a mis preguntas cuando aún estaba construyendo la historia. Sus respuestas determinaron el rumbo de ciertos acontecimientos importantes en la trama.

Gracias a Vicente Domínguez, a Yaiza Vilas, a Pablo Domínguez: estaré siempre en deuda con los tres. Gracias por acogerme, por aguantarme, por dejarme, también, espacio para escribir.

A Nona Domínguez, que solía preguntarme «¿cómo le va hoy a Silvia?», y a la que en alguna ocasión le respondí llorando, gracias. Gracias por los paseos en bici a orillas del río, por las cenas en el jardín, por el té y las palabras cómplices en una época no tan feliz.

A Sara Miguel, mi amiga más querida, mi primera lectora. Gracias por tu entusiasmo, y por ese ejemplar hecho de retales que aún conservas. Gracias a mis otros primeros lectores: Manuel Holgado, Yaiza Vilas, María Isabel Peña, Pablo Sánchez…

Quiero agradecer también a Mar Caballero que me ayudara a poner en boca de uno de los personajes una duda necesaria.

Gracias a Pepa Delgado, a Miguel Vilas, por un verano inolvidable en Punta del Hidalgo. Muchos capítulos recobraron el

ritmo en esa casa, donde también fuimos felices.

Gracias a Besara Harris por acompañarme durante mi última noche en Rodas, por su empatía, por llevarme al aeropuerto en mitad de la tormenta. Gracias por las tres casas del misterio.

Esta novela se la debo, por encima de todo, a Apóstolos Mitsios. Gracias por alentar esta necesidad y leerme sin concesiones. Gracias por corregirme, por quemarte las cejas —y las pestañas— para descubrir lo que yo ya no podía ver, por instarme a dar lo mejor de mí. Con toda mi gratitud, con toda mi admiración: esta novela te pertenece.


A Virginia
le gustaba Vita
Pilar Bellver

A Virginia le gustaba Vita

Bellver, Pilar
9788494517082
256 Páginas
Cómpralo y empieza a leer

«Mi amor por ti es absolutamente verdadero, vívido e inalterable», le escribió Vita Sackville-West a Virginia Woolf en una de las muchas cartas que se intercambiaron. Tomando como punto de partida esas cartas íntimas y los datos biográficos de los que disponemos, Pilar Bellver ha construido una novela extraordinaria en todos los sentidos: por su deslumbrante calidad literaria; por su raro y perfecto mestizaje entre ficción y realidad y por la osadía del reto creativo al que se enfrenta como autora al atreverse a dotar de cuerpo y de voz tanto a Virginia Woolf, una de las escritoras más influyentes del siglo XX, como a su amante, Vita Sackville-West, también escritora y quizá la aristócrata más famosa de la Inglaterra de su época, una mujer con una personalidad arrolladora capaz de enamorar a Virginia y de inspirar en ella un personaje tan carismático como el protagonista de 'Orlando'.

'A Virginia le gustaba Vita' es una historia de amor real y a la vez magistralmente recreada en la imaginación de Bellver, que pretende, y lo logra, que admiremos el apasionado sentido de la libertad que llevó a Vita a tratar de conseguir el amor de Virginia saltándose todos los convencionalismos y, lo que es más difícil, que podamos colarnos dentro de la compleja mente de Virginia para entender mejor la lucha que mantuvo con sus fantasmas —físicos y mentales— a los que tuvo que vencer antes de aceptar el abrazo de Vita. Y todo dentro del rico marco histórico del período entre guerras, dentro del ambiente transgresor que unió a los miembros del grupo de Bloomsbury y sin olvidar los especiales lazos que se establecieron entre ellas y sus maridos, Harold Nicolson y Leonard Woolf.

Ábreme con cuidado

Prólogo de Gloria Fortún

Relatos inéditos de Isabel Franc • Clara Asunción García
Pilar Bellver • Carmen Samit • Gloria Fortún • Lola Robles
Carmen Nestares • Carmen Cuenca y Gloria Bosch Maza
Inspirados en Natalie Clifford Barney • Patricia Highsmith
Virginia Woolf • Marguerite Yourcenar • Aphra Behn
Carson McCullers • Elizabeth Bishop • Emily Dickinson y
Gloria Fuertes



Ábreme con cuidado

Franc, Isabel
9788494517037
240 Páginas
Cómpralo y empieza a leer

'Ábreme con cuidado' es el fruto de un desafío planteado a nueve magníficas autoras españolas: convertir las figuras de Natalie Clifford Barney, Patricia Highsmith, Virginia Woolf, Marguerite Yourcenar, Aphra Behn, Carson McCullers, Elizabeth Bishop, Emily Dickinson y Gloria Fuertes en protagonistas de un relato de ficción.

Isabel Franc, Clara Asunción García, Pilar Bellver, Carmen Samit, Gloria Fortún, Lola Robles, Carmen Nestares, Carmen Cuenca y Gloria Bosch Maza ofrecen una excelente muestra de su talento en estos cuentos inéditos que conectan el pasado y el presente de la literatura escrita por mujeres; nueve historias donde conviven pasiones y silencios, amores contrariados y relaciones forjadas frente a cualquier convención social.

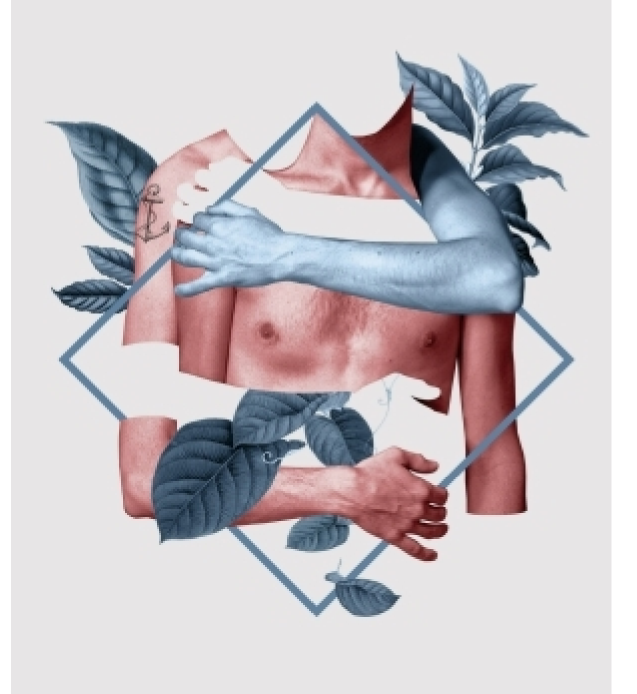
«La aparición de una antología como Ábreme con cuidado es motivo de celebración porque al visibilizar a estas escritoras subvierte el canon, las da a conocer a nuevas lectoras (¡y lectores!), reconoce la obra de estas figuras literarias y las coloca donde antes había un páramo. Por otra parte, aquí hay nueva ficción. Las que ahora vivimos y escribimos tendemos las manos a nuestras referentes, construyendo así un puente entre el pasado y el presente, una nueva historia literaria sin mentiras, secretos ni silencios» (Gloria Fortún)

Cómpralo y empieza a leer

Una barba para dos

y otros 99 microrrelatos eróticos

Lawrence Schimel



Una barba para dos

Schimel, Lawrence
9788494517044
200 Páginas
Cómpralo y empieza a leer

'Una barba para dos' apuesta por el erotismo en pequeño formato a través de cien microrrelatos que retratan con ironía y ternura un amplio muestrario de escenas cotidianas de la vida gay en los
tiempos de Grindr.

Coleccionistas de ligues de una noche, defensores de la monogamia, románticos empedernidos y practicantes del poliamor son solo algunos de los protagonistas de esta provocativa colección de
cuentos inéditos que vuelve a demostrar la inventiva desbordante de Lawrence Schimel.

El autor, galardonado en dos ocasiones con el Lambda Literary Award, dibuja un complejo mapa emocional y sentimental en el que reivindica la sexualidad en todas sus variantes, ofreciendo un
canto a la vida atrevido y sin prejuicios.

Cómpralo y empieza a leer

La vida de Kostas Venetis

Octavian Soviany

Traducción de Doina Făgădaru



La vida de Kostas Venetis

Soviany, Octavian
9788494618307
452 Páginas
Cómpralo y empieza a leer

La historia de Kostas Venetis, viejo pícaro resabiado, comienza en la decadente Venecia. Allí, al borde de la muerte, cuenta, cual exhausta Sherezade, las peripecias de una vida apasionante. El que escucha y anota sus palabras lo más fielmente posible es su joven amante, apodado Alemana por sus largas pestañas. A través del irreverente relato de Kostas, el lector es conducido desde la ciudad de los canales hasta las bulliciosas calles de la fascinante Estambul y, desde allí, al Bucarest de los tiempos del príncipe Cuza, al París revolucionario y a la Viena consumida por sus propios excesos. En su descenso a los infiernos, el protagonista será testigo de un mundo en plena transformación que anticipa el crepúsculo que envolvería la totalidad de Europa a finales del siglo XIX.

Saludada por la crítica como «una de las cumbres de la literatura rumana» (Luminiţa Corneanu) y «una obra superlativa» (Rita Chirian), 'La vida de Kostas Venetis' es una inagotable y exuberante «novela de novelas» que nos remite tanto a 'Las mil y una noches' y al 'Decamerón' de Boccaccio como al espíritu libertino del Marqués de Sade.

Con un realismo sórdido y violento, Octavian Soviany ha escrito un original tratado del decadentismo que no desdeña ni los componentes filosóficos y religiosos ni el erotismo más escabroso. Un libro por el que desfilan algunos de los personajes fundamentales de la historia europea y en el que las aventuras del protagonista, singular encarnación del Diablo, se suceden a un ritmo vertiginoso.

Cómpralo y empieza a leer

Mañana hablarán de nosotros

Antología del cuento cubano

Prólogo de Norge Espinosa

Recopilación de Michel García Cruz



Mañana hablarán de nosotros

VV.AA.
9788494517020
345 Páginas
Cómpralo y empieza a leer

Las historias reunidas en 'Mañana hablarán de nosotros' habitan en los confines de ese territorio de anhelos y contradicciones que es la Cuba actual. Las múltiples caras de la Isla son el escenario utilizado por un nutrido grupo de escritores para desarrollar diecinueve cuentos regidos por las ingobernables leyes del amor y del deseo.

Con una prosa exuberante que aúna el gusto por el exceso y el cuidado por los pequeños detalles, los autores expresan una decidida voluntad de dejar atrás las «maniobras del secreto» y mirar sin ambages las diferentes expresiones que la sexualidad —y la sensualidad— encuentra en su país. La fascinante mezcolanza de culturas, razas e ideologías sustenta una mirada provocadora e inconformista a la realidad LGTB que convierte este libro en un acontecimiento literario en el panorama de las letras hispanas contemporáneas.

«Hombres y mujeres que piensan a Cuba desde la sexualidad que no pacta con códigos castrantes, desde la Isla o fuera de ella, son los protagonistas de este volumen (…) Son autores que no tienen que pactar ya con las escaramuzas del secreto, que dejan a un lado las formas en las que, hasta no hace tanto, se debía inducir al lector para que comprendiera de qué se hablaba. El desparpajo, la transparencia, la confesión, son ahora las claves esenciales» (Norge Espinosa)

Cómpralo y empieza a leer